ANT.
XIX
988

JORNADAS DE GLORIA

ó

LOS ESPAÑOLES EN ÁFRICA.

JORNADAS DE GLORIA

25cms.

R.70.944

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

JORNADAS DE GLORIA

Ó LOS

ESPAÑOLES EN ÁFRICA

POR

DON VICTOR BALAGUER.

EDICION DE GRAN LUJO.

MADRID.
LIBRERÍA ESPAÑOLA, RELATORES, 15.

BARCELONA.
D. I. LOPEZ BERNAGOSI,
calle Ancha, número 26.

HABANA.
LIBRERÍA LA ENCICLOPEDIA,
O-Reylli, número 58.

1860.

Es propiedad del editor.

Barcelona.—Imp. de Luis Tasso, calle Guardia, núm. 15.—1860.

INTRODUCCION.

«El Dios de los ejércitos bendecirá nuestras armas, y el valor de nuestros soldados y de nuestra armada hará ver á los marroquíes que no se insulta impunemente á la nacion española, y que iremos á sus hogares á buscar la mas cumplida satisfaccion.»

Tales fueron las palabras que en un dia para siempre memorable en los anales de España, y en el seno del parlamento, pronunció el presidente del consejo de ministros, actualmente general en jefe de nuestro ejército de África.

La asamblea se levantó en masa movida por un solo sentimiento, y el grito electrizador de *¡Viva España!* hizo estremecer hasta en sus cimientos el augusto palacio de la representacion nacional.

A las patrióticas palabras del general Odonell contestó una voz bajo muchos puntos autorizada, un hombre bajo muchos conceptos respetable:

«Hoy, dijo Olózaga, hoy es dia de sentir la indignacion que causa al ver á un bárbaro y obcecado gobierno negarnos las justas satisfacciones que podemos tomarnos por nuestra mano; es dia de sentir el entusiasmo que esto despierta en el pueblo español; es dia de sentir la alegría que causa el vernos á todos unidos; y estos sentimientos, señores, elevan el alma á tal altura, que desde ella no podemos percibir las hondas divisiones que han existido y que aun volverán á existir entre nosotros; es dia de sentir el placer inmenso de que sea-

mos todos españoles, y nada mas que españoles, recordando los buenos tiempos de la antigua monarquía con los de la monarquía constitucional, llevando la gloria de nuestras armas al territorio de África, donde tanta alcanzamos en otra época donde hace siglos que nos está esperando.»

Y Olózaga tenia razon. Nuestra gloria nos estaba esperando en África hace siglos.

Al grito de *¡Guerra!* debieron estremecerse en sus tumbas nuestros grandes héroes, y las sombras de las víctimas caidas en la funesta jornada del Guadalete debieron cruzar vagorosas el espacio, mensajeras de justa venganza, haciendo oir do quiera el grito entusiasta de *¡Guerra al moro!*

El despertar de la España ha sido espléndido. Las naciones estrangeras han contemplado con asombro á esa tierra que creian profundamente aletargada y que estaban ya casi dispuestas á borrar del mapa desde que no la veian ocupar su asiento en los congresos europeos. Al rugido del leon ibero, el Atlas se ha estremecido en sus seculares cimientos, y España, irguiéndose armada y vencedora como Palas ante las naciones estranjeras, les ha hecho ver que era todavía el país de las grandes tradiciones caballerescas, la tierra clásica del valor y de la hidalguía, la patria de Pedro de Aragon y la cuna de Pelayo.

El sol de las Navas y de Lepanto vuelve á brillar en el cielo para España.

Ante este despertar espléndido y sublime, los corazones patriotas no pueden permanecer mudos ni los que blasonan de escritores entusiastas pueden permanecer callados. Todo ciudadano debe ocupar el puesto que le está designado en esta obra de rehabilitacion, como todo soldado ocupa su plaza bajo los pliegues de su bandera.

El autor de esta obra que por espacio de muchos años ha tenido marcado su puesto en la prensa periódica, se ve dolorosamente alejado de ella en el dia. Y como el militar retirado ó en reemplazo que al sonar la hora del combate vuela á ofrecer su espada, él se presenta, con su obra bajo el brazo, y ocupa el puesto en que cree poder prestar á su vez algun servicio á la madre patria. Ya que no puede compartir los peligros y los triunfos de sus compatriotas, cantará sus glorias.

Por lo demás, en nada se parece esta obra á las varias sobre el mismo asunto que hay en curso de publicacion. El autor no la ha publicado hasta que ha tenido los datos suficientes, hasta que cartas repetidas de los amigos que cuenta en las filas del ejército le han podido enterar plena y cumplidamente de los hechos, de la localidad, de los episodios.

Rico ya en datos y en noticias, comienza hoy su obra, á la cual para mayor variedad y amenidad ha procurado dar esa forma dramática y pintoresca que es generalmente la que mas agrada al público.

Sana y buena es su intencion. Esta obra, como tantas otras del autor, es hija esclusivamente de su entusiasmo pátrio y de su santo amor á la tierra en que ha nacido.

Barcelona 1 de febrero de 1860.

JORNADAS DE GLORIA

ó

LOS ESPAÑOLES EN ÁFRICA.

EL BAUTISMO DEL FUEGO.

I.

La obra que hoy comenzamos á escribir, no solo os hará conocer lo que es la España, sino que os enseñará á amarla.

La guerra que en la actualidad sostiene en África nuestro país, heróico siempre y siempre grande, es una verdadera y admirable epopeya. Es hija de uno de esos actos memorables en la vida de las naciones en cuyo corazon vive, inestinguible y eterna, la llama sacra del patriotismo.

El amor patrio es quizá el mas sublime de los amores por lo mismo que es acaso tambien el mas espiritual. El amor á la patria es una santa religion.

Tiene sus sacerdotes y sus soldados, tiene sus apóstoles y mártires.

Tiene la propiedad de haber hecho mas grandes á los hombres grandes.

Es dulce como la miel destilada por las abejas del Himeto, puro y casto como el que tiene una madre á su hijo, apasionado é idólatra como el que puede abrigar por su querida el amante mas entusiasta, santo como el que profesa el sacerdote al ara, apacible y sereno como el que se tiene á Dios.

Vive despierto siempre en el fondo del corazon, como vive, res-

plandeciente y pura la llama eternamente alimentada en el fondo de la religiosa capilla.

Los demás amores, todos sin distincion, se debilitan ó debilitarse pueden andando el tiempo.

El de la patria no se debilita jamás.

El ángel de la patria acompaña al hombre desde que nace hasta que muere. Permanece en pié á su lado junto á su cuna, le acompaña pronto siempre á todo en su peregrinacion por la tierra, se sienta sobre la losa de su sepulcro.

La primera palabra que pronucia el hombre es la de *madre,* y diciendo *madre* ¿no dice por ventura *patria ?*

Se oye comunmente á los blasfemos maldecir á la religion, á los santos, á Dios; atentan en sus blasfemias á las cosas mas sagradas. Sin embargo, nunca jamás les habreis oido maldecir á su patria ni blasfemar de ella.

Semilla de amor patrio da por cosecha frutos de grandeza, de heroismo y de virtud.

Al resonar el grito de *¡guerra al moro!* corriendo como una chispa eléctrica por toda España, la nacion hidalga y caballeresca en cuyos dominios hubo un tiempo que no se ponia el sol, se levantó movida por su patriotismo, ardiente en ella como la ígnea lava que arroja por sus vertientes el Vesubio.

Comprendió que en el gran reloj de los siglos habia sonado la hora de la venganza contra sus enemigos hereditarios y que habia llegado por fin el momento de pasar el estrecho é ir á buscar á los moros á su país, como ellos habian venido á buscarnos un dia al nuestro.

Diez siglos hace que la España estaba esperando este momento.

El ejército pudo convencerse de que la guerra era verdaderamente patriótica al ver que efectuaba su tránsito, sus descansos, sus embarques en poblaciones que lo recibian ó despedian en medio de los mas elocuentes vítores, en medio del entusiasmo y del delirio.

En Cadiz, en Málaga, en Algeciras, en el campo de San Roque, que era donde se iban acantonando las tropas para efectuar su embarque, el entusiasmo tenia algo de locura.

Algeciras y San Roque ofrecian un espectáculo que no hay términos hábiles para describir. El terrible azote del cólera, presentándo-

se como primera contrariedad de la campaña á poner á prueba el sufrimiento del ejército español, se cebaba en nuestros soldados, robando á muchos de ellos la gloria de morir con la muerte de los bravos, en el campo de batalla y de cara al enemigo. Lejos de amedrentar esto á la poblacion, sirvió solo para realzar su noble conducta. El paisanaje se disputaba el placer de albergar en sus casas y de cuidar como hermanos á aquellos hombres que estaban prontos á pasar al suelo estranjero á verter su sangre por la madre patria.

Y mientras tanto, un movimiento inusitado, una especie de agitacion febril reinaba en toda España.

Cataluña, palpitante de entusiasmo y estremeciéndose bajo su manto de montañas, ofrecia sus hijos reclamando la gloria de que fuesen los primeros en el combate, como un dia habian sido sus antepasados los primeros en pisar las abrasadas arenas del Oriente y en clavar la federal bandera de las gules barras sobre las vencidas cúpulas de Atenas. Aragon, recordando que un dia tuvo por escudo las ensangrentadas cabezas de cuatro reyes moros, se disponia á la lucha y al combate. Castilla agrupaba á sus hijos bajo la bandera nunca humillada de sus leones, la misma bandera que á los ojos atónitos del mundo plantó Isabel en las árabes torres de Granada. Asturias repetia la voz de guerra que iba á despertar en Covadonga los ecos adormidos desde que cesaran de oir la voz de Pelayo. Valencia evocaba los recuerdos imperecederos del Cid y de Jaime *el Conquistador*, terror de los moros en sus llanuras sembradas de flores, azote de la morisma en los cármenes amenos de sus eternos jardines. Y por fin, só el árbol de Güernica, los descendientes de los cántabros, los padres de provincia, llamaban á sus hijos á las armas con el mismo ceremonial que un dia les llamaron sus antepasados contra las huestes de Carlo-Magno.

En España no hay una provincia, una ciudad, un pueblo, un valle, un sitio por ignorado y apartado que sea que no guarde un recuerdo de una gloria alcanzada contra los hijos de Mahoma.

Los moros son nuestros enemigos de raza.

Desde el primer magistrado de la nacion hasta el súbdito mas infeliz y miserable, desde el que mora en el alcázar de nuestros reyes hasta el que habita en la pobre cabaña perdida entre las malezas del

monte, todos, á la voz de guerra, sintieron mover su corazon á impulsos de ese santo amor de patria; y el que no pudo contribuir con su brazo, se apresuró á hacerlo con sus ofrendas y sus dones.

Los municipios, las universidades, la aristocracia, las corporaciones, las órdenes militares, los establecimientos, las academias, el clero, los particulares, todos corrieron á ofrecer sus tesoros, sus bienes y riquezas. Los donativos llovieron de todas partes, las ofrendas fueron generosas y abundantes.

La lista de estos donativos y ofrecimientos es inmensa. Sobrepuja á todo cuanto se podia esperar.

Terrible es la guerra, espantosa, pero ¡bendito sea ese hidalgo sentimiento de amor patrio que nos ha permitido demostrar á la faz del mundo todo que el pueblo español, ahora lo mismo que en la guerra memorable de la independencia, lo mismo que en todas épocas, está unido como un solo hombre y compacto como un solo pensamiento siempre que se trata de guardar ilesa la honra nacional é inmaculada la gloria que ha heredado de sus padres!

¡Espectáculo sublime el que ofreció España toda al retumbar en los aires el primer grito de guerra!

Aquellos á quienes nos ha sido dado presenciarlo, guardaremos este recuerdo como un tesoro y un dia se lo contaremos á nuestros hijos para comenzar á sembrar en su corazon la semilla del mas puro patriotismo.

Y en lugar de menguar, este entusiasmo ha ido en aumento.

Segun la guerra ha ido avanzando y adquiriendo mayores proporciones, mas decidida se ha levantado la juventud española para correr al África; y en tanto que allí truena el cañon llevando en pos el horror y la muerte, en tanto que allí, sobre el suelo de la Mauritania que el ejército riega con su sangre á medida que va pasando, el soldado muere ó vence al grito de ¡Viva España! venciendo ó muriendo con júbilo porque vence ó muere por su patria, en las poblaciones de la península sus madres, sus esposas, sus hermanas lloran y oran por ellos, tiemblan á la noticia de cada parte telegráfico que llega, lo devoran con los ojos del alma mas que con los de la carne, respiran cuando saben que viven todavía aquellos á quienes aman, y vuelven de nuevo su pensamiento á Dios y su corazon á África, sin dejar por

esto de pasar los dias recogiendo limosnas y las noches haciendo hilas y vendajes.

Todas las manos se tienden para presentar su ofrenda mas pobre ó mas rica, todas las voluntades se unen para arbitrar medios con que socorrer ó premiar á los que derraman su sangre en la guerra contra los moros, todos los corazones impelidos por el mismo sentimiento y nutriéndose del mismo entusiasmo rivalizan en largueza, generosidad é hidalguía.

¡Cuadro imponente, magnífico espectáculo el que hoy nos ofrece España!

Es el de toda una nacion presa de un mismo sentimiento, de una idea única, de una aspiracion sola y de una sola voluntad!

II.

Es una historia lo que voy á contaros como son historias las que á esta seguirán.

Muchos de sus personages viven todavía, á algunos les conozco yo, á otros les conocemos todos.

Vamos á nuestra primera historia, que es la de un pobre soldado.

Poco tiempo despues de haberse recibido en Barcelona la noticia del ultrage hecho por los moros á España, derribando frente de Ceuta los pilares que marcaban las líneas divisorias de entrambos territorios y echando por tierra el escudo de nuestras armas colocado sobre uno de aquellos, y cuando se comenzaba ya á sospechar que la guerra seria inevitable, una pobre muger, á quien yo conocia de bastante tiempo, se presentó anegada en lágrimas en mi casa.

Esta muger, que vive aun, se llama Teresa Bello.

Y en tanto es verdad que vive, como que en el momento en que me he puesto á escribir estas líneas, acaba de salir de mi habitacion derramando tambien abundantes lágrimas, pero mas amargas, mas crueles que el primer dia á que he hecho referencia.

Decia pues que la pobre Teresa Bello vino á encontrarme un dia, á mediados de setiembre último poco mas ó menos.

Es viuda de un hombre honrado y valiente que sirvió en las filas liberales durante toda nuestra pasada guerra civil, y que conservaba de ella como recuerdo una herida que recibió en el sitio de San Vicente dels Horts y otra en la jornada de Peracamps.

El buen hombre murió dejando á su viuda tres hijos. De los tres, los dos quisieron ser soldados como su padre y se alistaron voluntariamente bajo la bandera del regimiento de Granada. Aun hoy dia militan en sus filas y se hallan en el campamento del Serrallo. Las balas les han respetado hasta ahora.

La buena muger venia á decirme, el dia á que me refiero, que su tercer hijo, Domingo, el mayor de los tres, la abandonaba para hacerse soldado como sus hermanos.

Y Teresa Bello, al decirme esto, me lo decia llorando. Su corazon de madre adivinaba que iba á comenzar la guerra, que una vez comenzada, el regimiento de sus hijos entraria en campaña, y ella ¡la pobre madre! no pensaba por el pronto en otra cosa sino en que sus tres hijos irian á la guerra contra el moro.

Precisamente esto era lo que habia decidido al mayor á hacerse soldado: la guerra. A ello le impelia su patriotismo por una parte y por otra el deseo de compartir los peligros de sus hermanos menores y ser útil á entrambos con sus consejos, con sus cuidados y con su esperiencia. Era el hermano mayor y los dos le miraban como un padre hasta cierto punto. Domingo comprendió que dos deberes le llamaban á la guerra, el deber de servir á su patria en el momento en que esta iba á emprender una lucha contra una nacion estrangera y el deber de estar al lado de sus hermanos mientras durase esta lucha.

Ni ruegos, ni lágrimas, ni consejos, ni amonestaciones pudieron detenerle.

Domingo partió.

Pocos dias despues era soldado del regimiento de Granada.

La pobre Teresa ya no tenia hijos. Los tres pertenecian á su patria.

No tardó en saber que el regimiento de Granada pasaba al campo de San Roque á formar parte de la primera division bajo las órdenes del general Echagüe. Creíase entonces, y los hechos vinieron luego á confirmarlo, que esta division debia ser la primera en pisar el sue-

lo africano tomando posiciones y fortificándose desde la plaza de Ceuta hasta la sierra de Bullones para protejer el desembarco de los demás cuerpos espedicionarios.

Como todo el mundo, seguia yo entonces con interés las operaciones. Impeliame á ello tambien un objeto particular, á mas del que podia y debia tener como buen español interesado en la honra de mi patria.

Aquella pobre madre que tenia tres hijos en el mismo regimiento, destinado para ser uno de los que debian inaugurar la campaña, me interesaba sobre manera, comprendia que debia ser una situacion horrible la de una madre que solo tiene tres hijos y los tres entran en fuego y se baten el mismo dia, á la misma hora, en el mismo campo de batalla, uno al lado de otro.

A mas, Domingo al partir me habia hecho un encargo.

Amaba á una muger, á una jóven modesta y bella que habita uno de esos pintorescos pueblos, cercanos á Barcelona, enlazados á la capital por la via férrea. Es uno de esos blancos pueblecitos que hay posados entre el mar y las montañas y que viven eternamente arrullados por las olas que se estrellan á sus piés y aspirando los perfumes que de sus bosques de naranjos se desprenden sobre sus frentes.

La muger amada por Domingo se llamaba tambien Teresa como su madre.

Domingo la amaba con toda la fuerza de un primer amor.

El dia antes de partir fué á verla y á despedirse de ella.

La hizo comprender que su deber le llamaba á la guerra, su deber de español, su deber de hermano. Así como así, no podia aun casarse con ella porque, pobre y sin recursos, no tendria para mantenerla cuando no tenia apenas con qué alimentar á su madre.

Teresa lloró amargamente, y el jóven se separó de ella con el corazon despedazado, dejándola bañada en llanto, y sin poderla consolar con las esperanzas que hizo brillar á sus ojos de un porvenir mejor y muy cercano.

Al partir, Domingo, que era realmente un muchacho de corazon noble, me habia confiado un encargo para aquella muger en caso de que él no volviese de la guerra.

Quise disuadirle y dar un giro alegre á sus pensamientos.

— No, señor, me dijo, el corazon me dice que no volveré á ver ni á mi madre ni á mi amada.

Acepté el encargo, y Domingo partió despues de una conmovedora escena de lágrimas y sollozos por parte de su anciana madre.

III.

Declarada la guerra, S. M. la Reyna dió un decreto firmado el 3 de noviembre de 1859 nombrando al presidente del consejo de ministros D. Leopoldo Odonell, general en gefe del ejército destinado á operar en Africa. A mas, por medio de este decreto el indicado general quedaba autorizado para dictar cuantas medidas juzgase convenientes al mejor desempeño del mando que se le confiaba, para proponer la concesion de cualquiera gracia en favor de las altas clases, y recompensar desde luego sobre el campo de batalla hasta la de coronel inclusive.

Cuatro dias despues de espedido este real decreto, Odonell salia en tren directo hasta Tembleque en donde le esperaban las sillas de posta que debian llevarle á él y su comitiva á Cadiz.

Una vez en Cadiz el general en gefe, y despues de haber recorrido en el vapor *Vulcano* la costa africana, pasó una gran revista á las tropas y dió la órden del embarque.

El 18 de noviembre toda la primera division, al mando del general Echagüe, pernoctaba en Ceuta.

De ella formaba parte el regimiento de Granada.

Se queria celebrar el 19 de noviembre, dia de S. M. la Reyna, con la entrada del ejército en el territorio enemigo.

Al toque de diana, que aquel dia debieron oir estremeciéndose los soldados, pues que quizá les anunciaba el dia de su muerte, se bajó en Ceuta el puente de tierra y las tropas en trage de campaña formaron en la muralla donde se les repartió aguardiente y municiones.

Algunas partidas de cazadores salieron á la descubierta.

Formáronse en columna cerrada los batallones cazadores de Madrid, Barbastro, Cataluña, Simancas, Las Navas, Alcántara, Mérida,

los regimientos del Rey, Borbon y Granada, el regimiento de caballería de Albuera, cuatro compañías de ingenieros, veinte y cuatro piezas de artillería de montaña, sesenta guardias civiles y cuatrocientos confinados, á quienes se habia prometido rebaja de condena, segun los servicios que prestasen; desfilaron las tropas en presencia del general Echagüe, y avanzaron sigilosamente hácia el campo moro.

No habia aun amanecido, y mudas permanecian aun las baterías de la plaza esperando el primer rayo del alba para hacer la salva de ordenanza en celebridad del dia.

La vanguardia la formaban el regimiento de Granada y los batallones de cazadores de Cataluña y de Madrid.

Se habian cumplido los votos del Principado. Los soldados que llevaban su nombre eran de los primeros en pisar el suelo marroquí.

Iba á la cabeza de la vanguardia el brigadier Lassausaye, entre medio de la vanguardia y del cuerpo del ejército seguia el general Echagüe con parte de su estado mayor, las fuerzas del resto de la division iban á las órdenes de un mititar catalan, el general Gasset.

Durante el camino, que se hizo á paso doble, no se percibió el mas ligero ruido. La tropa iba andando muda y silenciosa.

En esto, empezó á asomar el dia, pero amaneció frio y lluvioso dominando el levante con terrible violencia. Comenzaban los elementos á declararse contra nuestros bravos que iban á tener que luchar con ellos al mismo tiempo que con los moros.

El silencio mas absoluto, tan recomendado en todas las órdenes del ejército, reinaba en aquella masa de soldados.

Nuestros valientes tropezaron primero con el edificio llamado *la mezquita*, que consiste en un edificio pequeño, de piedra y cal, de un solo piso y dividido en dos apartamentos, de planta cuadrada, cubierto todo con una bóveda de las llamadas de cúpula. El primer departamento, al cual se entra por un arco árabe, servia de mezquita, y el otro, al que otro arco de la misma forma da entrada, era el dormitorio de un *santon* que murió á manos de los cazadores de Madrid en la salida que habian hecho el dia 13.

Las tropas atravesaron un estenso bosque de arbustos y malezas y llegaron al pié del *Serrallo*, situado á un cuarto de legua poco mas ó menos del hasta hace poco campo neutral.

La fuerza enemiga, muy escasa por otra parte, que custodiaba este edificio, al ver desplegarse en batalla á aquellas tropas, á tan poca distancia, sin haber oido un tambor ni una corneta, apareciendo repentinamente como si hubiesen brotado de la tierra, se sobrecogió de tal manera que empezó á dar grandes alaridos, á disparar sus espingardas sin órden ni concierto, y á huir en todas direcciones.

Algunos, sin embargo, desde la torre cuadrada del *Serrallo* rompieron en un nutrido fuego, contestado con tan buen acierto por nuestra vanguardia, que se consiguió apagar sin mas que tres heridos por nuestra parte.

Pocos momentos despues, el *Serrallo* estaba en nuestro poder y la bandera del inmemorial del Rey era arbolada en su torre, mientras llenaban los aires los vivas entusiastas de los soldados y las músicas de los regimientos batiendo marcha real.

Sin ninguna resistencia asi mismo se apoderaron nuestros soldados de las alturas de *La mona*, *Pico del renegado*, y otras que forman parte de la misma cordillera y dominan el *Serrallo*.

«Ya la campaña queda abierta, escribió aquel mismo dia un oficial á un amigo mio; ¡ahora, que Dios proteja la buena causa!»

IV.

Tambien Domingo escribió aquella noche á su madre, sobre su mochila, en un mugriento pedazo de papel y á la luz de un cabo de vela sostenida por una bayoneta clavada en el suelo.

Tengo esta carta en mi poder, y la copio casi al pié de la letra.

Dice así:

«Mi estimada madre: ya nos hallamos pisando el suelo enemigo. Mis hermanos Federico y Dionisio están buenos. No pase V. cuidado por ellos ni por mí, que Dios nos protegerá. A su santa guardia nos confiamos y á la de Nuestra Señora la Vírgen María.

»Sepa V. que esta mañana nos hemos apoderado del Serrallo, que es un edificio de los moros medio arruinado. Los moros han huido así que nos hemos acercado, y esta noche hemos visto brillar algu-

nas fogatas en las cumbres de las montañas vecinas, lo cual será sin duda señales que los enemigos se harán entre sí. Bien pudiera ser que viniesen á atacar esta noche el puesto que esta mañana no han sabido defender, pero si es así les daremos su merecido.

»Todos vamos muy animados, y, segun los bríos que tenemos, necesitamos doble número de moros. Que salgan de sus breñas y vengan á batirse con nosotros. Esto es lo que deseamos todos.

»Si hoy no vienen á buscarnos, mañana iremos á buscarles nosotros. El general Echagüe, que es el jefe superior de nuestra division, ha hecho un reconocimiento por las alturas, y los ingenieros que vienen con nosotros deben empezar mañana la construccion de dos reductos. Nuestro regimiento irá á proteger los trabajos. De modo que mañana tendremos fuego.

»Repito á V. que no pase cuidado ni por mí ni por mis dos hermanos. Yo cuido de ellos, estamos bien, y nada nos hace falta.

»En cuanto á tener valor y ánimo nos sobra. No se dirá de ninguno de nosotros tres que somos cobardes y que no sabemos pelear por nuestra patria. Ni mis hermanos ni yo nos dejaremos hacer prisioneros, pues dice que los moros tratan muy mal á los que cogen y les hacen sufrir muchos tormentos. Antes nos matarán que cogernos.

»Procure V. conservarse con salud, y ruegue V. por nosotros.»

Su hijo amante

Domingo.

V.

Tal es la carta que Domingo escribió á su madre. La he copiado casi testualmente.

El dia 19 pasó en efecto sin ningun episodio digno de atencion.

Segun Domingo decia en su carta, el general Echagüe practicó en persona un reconocimiento por las alturas que dominaban el *Serrallo*. A su vista no se ofreció otra cosa que una estension de frondosos bosques, en los cuales se veian aparecer de cuando en cuando algu-

nos moros que disparaban sus espingardas, ocultos en los barrancos y favorecidos por los árboles.

Nos causaron algunos heridos, pero á media tarde cesaron completamente en sus tiros, y el batallon cazadores de Cataluña, que ocupaba una buena posicion en Sierra Bullones y que habia sostenido el fuego con los grupos enemigos, recibió la órden de retirarse al campamento.

Este habia quedado montado en brevísimo tiempo. Las tiendas de campaña arrancaban del *Serrallo* formando anchas calles, y por todo el contorno del campamento se escalonaron algunas fuerzas que llegaban hasta las alturas inmediatas.

Los soldados encendieron hogueras, y pasaron parte de la noche en alegre bullicio, tan tranquilos y serenos como si estuvieran acampados en su propia patria.

La noche se pasó sin novedad.

VI.

El Serrallo y sus tradiciones históricas.

Aprovechemos los momentos que nuestros bravos consagran al sueño para hacer la descripcion del *Serrallo* y contar á nuestros lectores las varias leyendas que se refieren sobre los lugares primeros que en esta campaña han caido en poder de nuestras armas.

No ha sido esta la vez primera que los alrededores del *Serrallo* han sido regados con sangre española. Terribles combates han tenido lugar allí en otros tiempos, y creemos curioso para nuestros lectores el referirles los hechos que han llegado á nuestra noticia, registrando historias antiguas y modernas.

Comencemos ante todo por hacer la descripcion del edificio.

Este recinto, transformado en cuartel general así que los nuestros se apoderaron de él, es una de las construcciones en que se ve mas potente la arquitectura árabe. Aunque en estado ruinoso actualmente, se conoce haber sido un magnífico palacio, un suntuoso alcázar,

que se dice fué mandado edificar para residencia del emperador marroquí Muley Ismael durante el prolongado sitio que puso á la plaza de Ceuta á últimos del siglo XVII. Hoy no quedan ya sino los cimientos de la mitad del palacio.

En el centro del edificio existe todavía un gran patio con un algibe en medio y una galería cubierta al rededor. Varias de las habitaciones están llenas de escombros, otras medio derruidas, de modo que es difícil calcular el objeto para que sirvieron en sus principios. Lo que se conserva en mejor estado es la torre, de base cuadrada, con almenado árabe, sobre la que ondea hoy el pabellon español. Existe tambien en regular estado la que fué mezquita del *Serrallo*, que se conoce haber sido restaurada hace poco tiempo.

Inmediata, dice un testigo de vista, está la casa del alcaide, que así se denominaba el jefe moro del campo vecino á Ceuta. Esta casa tiene toda la forma de uno de esos antiguos castillos del tiempo del feudalismo: situada en un montecito, con sus aspilleras y una especie de torreon en el centro, se eleva como para servir de atalaya, sin duda para observar los movimientos de las guardias que teníamos avanzadas en la línea que dividia el campo moro del nuestro. Su interior ofrece muy poco: una sala baja con una cisterna al pié, y despues otra habitacion ennegrecida por el humo, sin nada de mueblaje ni adorno y todo completamente desmantelado.

Por lo demás, el sitio en que se levanta el *Serrallo* es delicioso. El espectáculo que desde allí se ofrece tiene mucho de pintoresco. Se divisan grandes bosques de encinas y de alcornoques; por encima del mar que se ofrece como un plateado espejo se ven á lo lejos las costas españolas; á un lado empieza un derrame de la célebre cordillera del Atlas, conocida allí con el nombre de Sierra Bullones, y se ven aparecer en lo alto de esta sierra los frondosos bosques que sirven como de muralla al pueblo de Anghera, que presta su nombre á una provincia.

Del *Serrallo* parten tres caminos, uno hácia el Norte en direccion á Tanjer, otro hácia el Poniente en direccion á Anghera y otro hácia el Sur en direccion á Tetuan.

Ya conocemos ahora la localidad: vamos á los hechos.

Hemos dicho que los alrededores del *Serrallo* han sido regados en

distintas ocasiones con sangre española, y nos proponemos dar cuenta de los principales encuentros que allí han tenido lugar entre las nuestras y las moriscas armas.

No es esta la vez primera que los españoles han llegado hasta el *Serrallo* y se han apoderado de él.

La primera vez que esto sucedió fué en 1720, siendo rey de España Felipe V. Poco tiempo hacia que Ceuta se veia libre del prolongado sitio que la pusiera el emperador de Marruecos Muley Ismael. En la corte de España surgió entonces la idea de hacer una espedicion al interior de África, y el rey Felipe V dió en setiembre de 1720 las órdenes oportunas para ello. El 19 de octubre empezaron á llegar á Ceuta algunas fuerzas; el 15 de noviembre desembarcó el marqués de Lede, nombrado general en jefe del ejército espedicionario, á quien acompañaban todos los demás generales que iban á sus órdenes y el resto de las tropas espedicionarias; el 16 del referido mes el general en jefe dispuso la primera salida para acampar sus tropas; y ¡rara coincidencia! las tropas del marqués de Lede se apoderaban de los alrededores del *Serrallo* el 19 de noviembre, á las cuatro de la mañana, el dia mismo y á la misma hora en que se han posesionado del mismo sitio las fuerzas del general Echagüe ciento cuarenta años mas tarde.

Cuentan las crónicas que acaecieron allí dos sangrientas jornadas. La segunda, particularmente, que tuvo lugar el 21 y que comenzó al rayar el dia para no acabar hasta que fueron á interrumpirla las primeras sombras de la noche, fué terrible, en especial, para los moros. Los españoles hicieron tanto destrozo en las filas de estos, que llegaron á formarse parapetos con los cadáveres, batiéndose y defendiéndose con arrojo y desesperacion tras de aquellas murallas de carne humana. El ejército marroquí hubo al fin de ceder, y aprovechó las sombras de la noche para abandonar el campo, marchando á situar su campamento en los *Castillejos* y dejando el *Serrallo* en poder de nuestras armas.

Sin embargo de esta victoria, el ejército español no avanzó mas allá. El general en jefe mantúvose por espacio de mas de dos meses, los mas crueles del año, diciembre y enero, en sus posiciones, sosteniendo, precisamente como hemos hecho ahora durante los dos mis-

mos meses, ataques continuos y luchas diarias; por fin, viendo que no se le enviaban recursos ni se le reemplazaban siquiera las bajas, viendo por otra parte que se desarrollaban en las tropas muchas y graves enfermedades por la mala calidad y corrupcion de los víveres, decidió retirarse otra vez á Ceuta con todas las fuerzas, lo cual efectuó el 2 de febrero de 1721.

Once años mas tarde volvemos á encontrar á los españoles en el *Serrallo*.

Fué en 1732.

Se hallaba de gobernador de Ceuta D. Antonio Manso, que tenia renombre de gran soldado y esperto capitan. El gobernador dispuso una salida para escarmentar á los moros que siempre se acercaban á inquietar á la plaza, y nuestras tropas se posesionaron del *Serrallo*.

Hé aquí como en sus *Recuerdos de África*, obra muy útil y curiosa por cierto, cuenta este hecho el teniente coronel marqués del Prado:

«Habiéndose, dice, apoderado los moros del *Serrallo*, los árabes pusiéronles asedio desde las colinas inmediatas disparando unos y otros continuamente sus armas. El jefe de la cristiana gente cansado de tanto tiroteo, dispuso desalojar á los mahometanos de sus posiciones, lo que consiguió no sin obstinada resistencia. Los árabes al abandonar los parapetos de la primera posicion, fueron á reforzar los de la segunda, ocupando aquella los granaderos de la columna. El fuego era muy nutrido por ambas partes, que hacian los mayores esfuerzos para rechazarse: al fin los moros se arrojan á recuperar el perdido monte y avanzan con estrema osadía, despreciando el fuego vivísimo de los españoles que lo defendian; poco falta para que lleguen á la cumbre, pero los iberos campeones con rostro sereno y pecho firme esperan llegar á las manos: al fin, el Dios de la victoria la otorga á los españoles, y no tan solo fueron rechazados los mauritanos de aquella altura, sino que inmediatamente perdieron la segunda.

«Los guerreros de España, despues de dispersar al enemigo, regresaban á la ciudad, mas al llegar á las alturas del Morro, Tope y Otero, que ciñen el horizonte de la plaza, divisaron á los mauritanos que intentaban picarles la retaguardia; formaron las tropas en batalla, mas no avanzando el enemigo, comenzaron á desfilar para la pla-

za sin ser molestadas ni que sus ataques se atrevieran á impedir el paso del Rivero. Las triunfantes armas castellanas entran en la ciudad orladas de laureles, tremolando siete estandartes sarracenos, conduciendo cinco cautivos y cargados de mucha pólvora, espingardas, gumías, alfanjes, lanzas, puñales, arcos, flechas, objetos de mina y zapa, monturas, y muchas ropas y efectos de crecido valor.»

Tales son las tradiciones históricas que del valor español guardan los campos del *Serrallo*.

Volvamos á coger ahora el hilo de nuestra narracion.

VII.

Hemos dicho que la noche del 19 pasó sin novedad.

El 20 amaneció nebuloso y frio. El horizonte cargado y la capa plomiza con que se cubria el cielo indicaban que no tardaria en caer á torrentes el agua.

Decididamente, los elementos comenzaban á declararse contra nosotros.

Sonó el toque de diana, y á esta señal que repitieron con eco lúgubre los vecinos montes, la brigada Larrose levantó su campamento y se dirigió á tomar las alturas de los cerros inmediatos. La brigada efectuó su proyecto: no solo tomó las alturas, sino que descendió al llano por la otra parte. Se presentaron algunos grupos de moros y se trabó un vivo tiroteo, pero acabaron ellos por retirarse y quedamos dueños de las posiciones.

Aquella mañana tuvimos por resultado ocho heridos y dos muertos.

Aquella misma mañana los ingenieros comenzaron la construccion de dos reductos, uno en el *Alto de la mona*, á la derecha del *Serrallo* y otro á la izquierda, que luego habian de ser bautizados con los nombres de *Isabel II* y *Francisco de Asis*.

El regimiento de Granada, en el cual iban nuestros tres conocidos, fué destinado para proteger los trabajos de construccion.

A media tarde, un grupo de doscientos á trescientos moros intentó paralizar los trabajos y atacó al regimiento de Granada que se sostu-

vo bizarramente sin ceder un paso. Esta refriega se trabó en medio de torrentes de lluvia. Granada se mantuvo firme, y los moros acabaron por retirarse llevándose sus muertos y heridos.

El dia acabó sin mas novedad que una lluvia incesante y continua. Quedaron atrincheradas todas las posiciones y fortificado el *Serrallo*.

El 21 transcurrió sin novedad.

A pesar de la lluvia que caia incesantemente, y algunas veces á mares, se continuaron los trabajos del dia anterior. Los presidarios en particular trabajaron con un ardor indecible.

Algunos de ellos, protegidos por una compañía, recibieron órden de adelantarse para pegar fuego á los bosques, cuya espesura servia de refugio y guarida á los moros. Sin embargo, no pudieron conseguir su objeto. La humedad del terreno y de los árboles y la lluvia que caia á torrentes imposibilitaron el que pudiese prenderse fuego. Tuvieron que retirarse.

El dia 22 fué tambien de prueba. A eso de media tarde aparecieron unos ochocientos moros en la falda de Sierra Bullones y frente al reducto que se estaba levantando en la *Altura de la mona*. El batallon de cazadores de Talavera, que protegia las obras, se vió casi sorprendido. Los moros se arrojaron sobre él dando salvajes ahullidos y dejando oir voces repetidas de *Alá! Alá!* que parece ser su grito de guerra.

Los bravos cazadores hicieron frente al enemigo portándose con admirable arrojo, y sostuvieron por espacio de mucho tiempo un incesante fuego, protegido por algunos certeros disparos de artillería que causaban no poco destrozo en las filas enemigas.

El batallon de cazadores de Simancas recibió aviso de entrar en fuego, y abriéndose en guerrillas, comenzó un nutrido tiroteo, al que vino á poner término el regimiento del Rey, que recibió órden de reforzar á las tropas que se batian, y cuyo primer batallon cargó á los moros á la bayoneta causándoles una pérdida tan considerable, que ya no volvieron á presentarse en ademan de atacar.

Tuvimos nosotros una pérdida de ocho muertos y cuarenta heridos, entre estos últimos algunos oficiales, y de este número el ayudante del general Gasset.

Los moros, como de costumbre, se llevaron sus heridos y muertos, protegidos por las sinuosidades del terreno y por los bosques y malezas que rodeaban los atrincheramientos, lo cual hacia imposible la persecucion.

El dia 23 transcurrió tambien sin novedad, quedando terminado en este dia el reducto de la derecha.

Tambien como los dias anteriores el 23 amaneció lluvioso y frio.

El campamento presentaba un aspecto triste. A los primeros rayos del alba los soldados abrieron una fosa para enterrar á sus compañeros muertos el dia antes. Nuestro Domingo fué uno de los que ayudó á sus camaradas en este piadoso servicio. Al arrojar con su pala el último puñado de tierra sobre los cuerpos de los que pocas horas antes estaban llenos de vida y valor, no pudo menos de enjugarse una lágrima que se deslizó traidora por sus mejillas.

Pensaba en su madre, en su novia, en su patria, pidió á Dios del fondo de su corazon que protegiese la vida de sus dos hermanos menores y que no le redujese un dia á la triste situacion de tener que arrojar sobre sus cuerpos el puñado de tierra que acababa de echar sobre la tumba de sus camaradas.....

En seguida, con los ojos arrasados en lágrimas, dirigió una mirada hácia las costas de España.

El mar rugia á lo lejos, azotado por la cólera del temporal, y levantándose en gigantes olas, cerraba el paso del Estrecho, incomunicando con España á quellos valientes campeones de la patria que se habian adelantado para sellar con su sangre y con el timbre de su gloria los comienzos de una campaña admirable.

Aquel dia fué muy triste.

El temporal amenazaba seguir impidiendo quizá por muchos dias que se recibiesen socorros, y, sobre todo, abastecimientos y material de guerra, necesarios entonces mas que nunca; la quema de los montes continuaba siendo imposible;los soldados tenian de noche que dormir sobre el barro y la humedad y batirse de dia en medio de torrentes de lluvia y con los piés hundidos en los charcos y en el lodo; y, para colmo de desgracias, el cólera, ese terrible azote, ese fiero é invisible enemigo con el cual no cabe lucha, se presentaba inopinadamente en el campamento amenazando hacer en él mas estragos que las moriscas balas.

Las circuntancias eran terribles, capaces de amedrentar á otros que no fuesen españoles.

Domingo enjugó la lágrima que á su pesar habia asomado á sus ojos al recuerdo de su patria, de su madre y de su novia, que estaba destinado acaso á no volver á ver, y se dirigió á su puesto.

Fué un momento de debilidad, pero pasajero. El valor y la firmeza de voluntad volvieron á recobrar en él su imperio.

Aquella noche le tocó estar de centinela en las avanzadas.

Domingo tomó su fusil, se envolvió en su capote, y se quedó inmóvil y fijo en el puesto en que le habian colocado, clavada la vista en el territorio enemigo.

Habia dejado de llover, pero el cielo continuaba tempestuoso. Ráfagas de un viento frio é impetuoso venian de cuando en cuando á azotar las lonas de las tiendas, derribando alguna que otra, y pasando luego á sumergirse entre los espesos bosques de los moros rugiendo como un coro de voces de condenados por entre los robustos árboles y enmarañadas malezas.

En los intérvalos en que el viento cesaba, todo permanecia mudo. Domingo aprovechaba aquellos momentos para inclinarse hácia el campo moro y escuchar. Todo permanecia tranquilo y callado. Era un silencio de muerte.

De pronto, Domingo sintió el rumor de unos pasos á sus espaldas, como viniendo del campamento. En medio de la lobreguez de la noche vió una sombra que se le acercaba.

La sombra no le dió tiempo para preguntar nada, porque le dijo en voz baja, pero no tanto que no pudiese llegar perfectamente á sus oidos:

—Soy yo, Domingo.

Era su hermano Dionisio, el mas pequeño, el corneta de órdenes.

—¿Qué diablos vienes á hacer aquí? le preguntó Domingo.

—El viento ha derribado la tienda en que dormíamos con los camaradas, echándola sobre nosotros, y no siéndome ya facil conciliar el interrumpido sueño, vengo á hacerte un rato de compañía. Cuando concluyas de hacer centinela, me iré á la tienda contigo.

Hubo un momento de silencio.

—Oye, Domingo,—dijo Dionisio á los pocos instantes.—Mañana vamos á tener un dia de jolgorio que ya! ya!

—¿Cómo sabes esto?

—Se lo he oido decir al capitan.

—¿Y cómo lo sabe el capitan?

—Lo sospecha porque se ha recibido el aviso de que hoy han llegado muchas fuerzas de moros de Tanjer y Tetuan, trayendo banderas, gaitas y tamboriles.

—Mejor.

—Ah! ¿tú crees esto mejor?

—Pues es claro. Cuantos mas sean, mas gusto ha de dar el batirles.

—Bajo este punto de vista tienes razon.

Domingo miró á su hermano.

—Dí,—le preguntó—¿tienes miedo acaso?

—¡Yo! Estoy esperando con impaciencia que me den la órden de tocar á ataque. En mi vida habré empuñado la corneta con mas gusto ni la habré llevado á mis labios con mas satisfaccion.

—Bien,—dijo Domingo estrechando entre sus manos la de Dionisio.—Considera que en estos momentos la patria todo lo espera de nosotros. El general en jefe no ha llegado aun, las demás divisiones se hallan todavía en España, y todo el mundo tiene fijos sus ojos en los que primero hemos desembarcado y pisado el suelo africano. Es preciso que en estos dias cada uno de nosotros valga por dos. ¡Qué gloria no seria para nosotros el vencer á esos condenados moros y darles una leccion terrible antes que llegasen nuestros camaradas de España!

—Es verdad.

—Así pues, si mañana hay combate, nada, ojo avizor, serenidad, calma, y apuntar bien para que cada bala se vaya á alojar en un pecho de moro. Por Dios, Dionisio, que me seas valiente! Mira que de otro modo deshonrarias á tus dos hermanos y á nuestro país. Ya sabes que en Cataluña no ha habido nunca cobardes.

Dionisio se atufó su pequeño bigote y lanzó una mirada á su hermano.

—Está bien,—le dijo este,—doy por no dicho lo que acabo de decir. Ya sé que cumplirás con tu deber, pero quiero tener la satisfaccion de escribir un dia á nuestra madre que has ganado una cruz. ¿Me prometes hacer todo lo posible para ganarla?

—Te lo prometo.

Y ambos hermanos se estrecharon la mano cordialmente.

Esta escena, que hemos procurado contar sin darle valor ni realce alguno, tenia lugar en medio de las sombras de la noche, pocos pasos distante del sitio en que quizá velaba el centinela moro.

VIII.

Amaneció el dia 24 triste, nebuloso y sombrío como los anteriores.

Se habia dado órden de empezar una batería al frente del *Serrallo* para colocar nuestras piezas rayadas, al objeto de que pudieran flanquear los reductos de derecha é izquierda y batir las cañadas.

Apenas se habia comenzado á poner mano á la obra cuando los moros, en número de mas de 2,000 vinieron á atacar el centro de nuestra línea.

El combate se hizo encarnizado y reñido.

Fué el primer dia que los enemigos se presentaron con mejor organizacion y bien dirigidos. Ya aquellas no eran kabilas salvajes y desordenadas, sino cuerpo de ejército organizado, moros de rey, en una palabra, como se les llama.

Despues de dos horas de fuego sin ventaja positiva por ninguna parte, los moros arrojaron sus espingardas, y, gumía en mano, se abalanzaron como un torrente sobre la artillería, de la cual deseaban apoderarse.

No hay que decir de que manera fueron recibidos ni con que valor fué defendido el reducto. Los artilleros tuvieron que trabar con ellos una lucha cuerpo á cuerpo, y muchos moros llegaron á asirse de los cañones, pero fué para morir sobre ellos.

Fueron terribles instantes aquellos.

Los artilleros tuvieron que hacer uso de su machete, la artillería empotrada en el lodo no podia hacer movimiento alguno, y sin embargo, los enemigos fueron rechazados.

Retiráronse, sí, pero fué para volver á la carga ciegos de rabia y

de coraje; así es que cansado el general de aquella salvaje insistencia, mandó que las tropas tomasen la ofensiva á su vez y cargasen á la bayoneta por ambos flancos.

El primer batallon del regimiento del Rey y el de cazadores de Simancas se encargaron de ejecutar este movimiento, siendo fuerza decir, para honra de nuestros soldados, que recibieron la órden con entusiasmo y que se lanzaron con gozo sobre fuerzas triplicadas al grito mágico y cien veces repetido de *¡viva España!* y *¡viva la reina!*

Los moros huyeron despavoridos por el sitio llamado *boquete de Anghera*, siéndoles imposible resistir el ímpetu valiente de los bravos que les arrollaban.

Aquel dia se comenzó á comprender que la bayoneta era un arma terrible y de efecto seguro para los moros.

Nuestros soldados cumplieron con su deber. Se batieron con brio, con serenidad, con entusiasmo, deseosos de probar á la faz del mundo que, aunque bisoños, son dignos herederos de las antiguas tropas españolas.

Tuvimos una pérdida de veinte y cinco muertos y setenta heridos, pero los enemigos la tuvieron cuatro veces mayor, sin embargo de que no pudo calcularse bien con respecto á los moros por el cuidado especial que tuvieron en retirar todos sus muertos y heridos.

No es de estrañar que pusieran este cuidado y que lo hayan puesto en todas las acciones. Los moros tienen sus costumbres en los entierros y quieren seguirlas con religiosidad.

Hé aquí la ceremonia que ejecutan, debiendo advertir que la estractamos de los viajes por Marruecos del célebre catalan conocido por el príncipe Ali Bey el Abbassi,—del cual hablaremos mas adelante—y de otros famosos viajeros.

Luego que muere un musulman, lo colocan en unas parihuelas, y lo cubren con su jhaik y algunas veces con ramas de árboles. En esta disposicion le conducen entre cuatro hombres y le acompañan gran número de personas sin guardar órden entre sí, ni dar alguna señal de luto, y marchando á pasos precipitados. La comitiva se dirige hácia la puerta de una mezquita á la hora de la oracion de mediodia: terminada esta, el iman anuncia que hay muerto á la puerta; todos se levantan para orar brevemente en comun por el reposo del

alma del fiel creyente, pero el cadáver no entra en la mezquita.

Acabada la oracion, vuelve la comitiva á ponerse en marcha, y camina siempre á pasos precipitados, porque el ángel de la muerte aguarda al individuo en el sepulcro para hacerle sufrir un interrogatorio y pronunciar el fallo que ha de decidir de su suerte. A cada instante se reemplazan los conductores, porque todos quieren contribuir á aquella obra de misericordia. Mientras dura el camino, todos van cantando versículos del Koran.

Llegado al cementerio y despues de una breve oracion, el cadáver es colocado en la huesa, sin ataud, y puesto sobre la tierra, un poco de lado mirando hácia la Meca, la mano derecha arrimada á la oreja por el mismo lado y como apoyada sobre ella: en seguida, dando tierra al cuerpo, la comitiva vuelve á la casa del difunto para dar el pésame á la familia. Durante este tiempo, como tambien desde el momento en que espira, y por ocho dias consecutivos, las mujeres de la familia se reunen para dar gritos espantosos que duran casi todo el dia.

Ahora bien, los moros creen que si dejan el cadáver de un compañero en poder de los cristianos, estos no lo entierran y por consiguiente el ángel de la muerte le espera en vano junto á su sepulcro. A mas, aun suponiendo que lo enterrasen, para ellos seria un sacrilegio el que no lo efectuasen poniéndole de medio lado y con la cara vuelta al Oriente ó á la Meca.

Hé aquí, pues, esplicado el afan que demuestran en retirar los muertos.

Antes de anochecer, volvió á reinar la calma en el campamento, y solo se oyó en toda la noche alguno que otro tiro á lo léjos, como si fuesen avisos que se daban los moros.

Nuestros valientes soldados, rendidos de fatiga, corrieron á entregarse al descanso para estar prontos al rayar el alba del siguiente dia, presintiendo que los moros volverian á atacarles con nuevo empeño para intentar vengarse de la leccion recibida.

Así fué.

El 25 nuevo combate, nueva victoria, pero rudo combate y victoria costosamente alcanzada.

Durante la noche del 24 pudo ver el general Echagüe desde el re-

ducto construido á la derecha del *Serrallo* que el número de hogueras que desde allí se divisaban en el país enemigo, era mayor que las otras noches. Hízole esto creer fundadamente que los moros habian recibido refuerzos, y quedó confirmada la noticia al amanecer del 25 por los partes que recibió del vigia del Hacho, comunicados por el gobernador de Ceuta.

Segun estos partes, un número considerable de enemigos, mas de 4,000 se estaban reuniendo al frente del reducto, á vanguardia del cuartel general. Echagüe tomó en su consecuencia las debidas precauciones.

Hasta las once de la mañana no hubo novedad. A dicha hora empezaron los moros su furiosa acometida, comenzando por disparar algunos tiros al aire, que es su señal de ataque, y lanzándose en medio de salvajes alaridos. Atacaron simultáneamente por el centro y por la derecha el *alto de la mona* y el *pico del renegado*, siendo recibidos por el brigadier Sandoval al frente del regimiento de Borbon y una batería de montaña.

Las fuerzas enemigas fueron rechazadas por el regimiento, que cargó dos veces, y se corrieron hácia el boquete de Anghera donde estaban los batallones de Alcántara y Madrid.

Lo que estos dos batallones hicieron entonces fué heróico.

A pesar de la muchedumbre de enemigos que los atacaba, reforzándose á cada paso con otros muchos que salian de los espesos bosques vecinos, pareciendo brotar de las entrañas de la tierra; á pesar de las infinitas bajas que sufrian, de hallarse en número considerablemente menor y de verse realmente envueltos por los contrarios, entrambos batallones sostuvieron sus posiciones sin perder un palmo de terreno y cargando distintas veces.

Veamos primeramente lo que hacian los cazadores de Madrid.

La séptima compañía de este batallon desplegada en guerrillas á la izquierda del *alto de la mona* fué la primera en romper el fuego, entrando á poco la octava en accion. Haciéndose el fuego muy vivo y nutrido, la octava compañía fué reforzada por la primera, y la séptima por una mitad de la cuarta, que desplegó á su izquierda.

La accion iba haciéndose mas seria á cada instante, los enemigos iban en aumento, y la séptima compañía quedó casi quintada por el

fuego certero de los moros, muriendo el teniente coronel, primer jefe, que habia corrido á animarla, y su capitan Galindo, y cayendo heridos tres oficiales. El subteniente Alaminos escapó milagrosamente de los moros que por dos veces distintas le cogieron.

El comandante Ochotorena, con un valor indomable, dió la órden de cargar á las dos compañías primera y octava, lanzándose espada en mano á la cabeza de ellas. Los soldados fueron recibidos por una lluvia de balas, el comandante Ochotorena cayó gravemente herido, y aun cuando se levantó con denuedo heróico dirigiéndose á su batallon y gritando: ¡viva la reina! ¡viva España! fué para volver á caer casi moribundo á los pies de los bravos que conducia á la gloria.

En el interin, la segunda y tercera compañías cargaban al mismo tiempo á la bayoneta sobre otro grupo crecido de moros, mientras que la cuarta, quinta y sesta, mandadas por el segundo comandante del batallon, que se puso á su frente así que hubo perdido los referidos jefes, impedian con su arrojo y bizarría que los moros llegasen á hacerse dueños del campo.

Al mismo tiempo poco mas ó menos se hallaba en una situacion próximamente igual y muy comprometida el batallon de cazadores de Alcántara.

Á los primeros disparos caia con una herida en la cabeza el bizarro capitan de la primera compañía. Al caer, una sola esclamacion salió de sus labios: ¡viva España!

Circuido de enemigos bien apoyados, sufriendo sus fuegos á quema ropa, el batallon Alcántara quedó desplegado en dos minutos del modo siguiente: escuadra de gastadores, primera compañía y una mitad de la segunda á la derecha de la posicion; tercera y la otra mitad de la segunda sobre la izquierda del boquete; la cuarta, quinta y sesta en el centro reforzando la primera, la séptima y la octava.

El grueso de los moros se echó sobre Alcántara en número cien veces mayor que el del batallon, que con una general é instantánea carga á la bayoneta, batiéndose cuerpo á cuerpo, logró, no obstante el crecido número de bajas que sufria, contenerlos y rechazarlos sucesivamente, ganando terreno, en cuyo movimiento quedó muerto el teniente Malavila y heridos otro teniente y el ayudante.

En medio de esta carga, que fué terrible para el enemigo, pues

se vió precisado á abandonar el terreno, á pesar de su obstinacion, tuvo lugar un hecho que debe referirse.

El asistente del oficial Sr. Malavila, al ver caer á su amo á quien queria entrañablemente, se arrojó furioso con la mayor abnegacion sobre el moro causador de su muerte y lo atravesó de un bayonetazo, lanzándose en seguida en medio de los enemigos, hiriendo y matando á cuantos se le oponian al paso, deseoso de vengar á su teniente.

Segun los partes oficiales, este bravo, que salió ileso, se llama Ramon Torrillo.

Otro hecho notable tenia lugar al mismo tiempo.

El padre capellan del batallon, D. Nemesio Francés, ansioso de prestar á los moribundos los ausilios religiosos, se hallaba cumpliendo con su ministerio en lo mas recio del combate cuando recibió un terrible golpe de espingarda que le asestó un moro. Volvióse repentinamente, y haciendo uso de una carabina que llevaba colgada á su espalda, disparó contra su agresor dejándole muerto en el acto.

A pesar de tan terrible y denodada carga á la bayoneta, los moros se rehicieron y atacaron con nueva furia y coraje.

El combate se hizo entonces mas encarnizado y sangriento que nunca, y á pesar de toda su bizarría y de su innegable denuedo, los cazadores de Alcántara se hubieran visto obligados á retroceder, si en aquel momento no hubiese oportunamente llegado el batallon cazadores de Talavera.

Avanzaron entonces unidos entrambos batallones y embistieron al enemigo, parte del cual se corrió á otro punto, haciéndose general la accion y tomando parte entonces en ella casi todas las fuerzas que tenia Echagüe á sus órdenes.

Los moros, que iban bien encaminados y dirigidos, ya no trataron entonces de flanquear las posiciones, sino que atacaron de frente en masas, y aunque en desordenada formacion, con notable intrepidez y con increible arrojo.

Parecian poner el mayor empeño en apoderarse de la batería apostada en el reducto, cuya construccion no estaba terminada todavía.

Los artilleros hicieron jugar sus cañones con admirable acierto.

Entre los moros que mas interés mostraron en apoderarse de los

cañones, distinguíanse unos que iban mejor uniformados y armados que el resto, perteneciente todo á las kabilas. Eran los moros llamados de rey que el general del ejército marroquí, situado entre Tanjer y Tetuan, habia destacado para el ojbeto.

Hubo un momento en que estos, aleccionados para el caso, arrojaron sus armas de fuego y arremetieron empuñando las gumías hasta llegar á la boca de los cañones. Su embestida irresistible se vió por breves segundos coronada del mejor éxito, y llegando hasta el sitio que anhelaban, á pesar de los disparos de metralla, consiguieron, como el dia anterior, trabar una lucha feroz y cuerpo á cuerpo con los artilleros que se defendieron con los machetes, escobillones y palas, mientras los oficiales lo hacian con sus espadas y sus revólvers.

La gloria quedó para los nuestros. Los enemigos fueron arrojados lejos del reducto, y por aquella vez fué escaso el número de muertos que pudieron retirar. Los mas quedaron en el campo de batalla.

Continuaba entretanto reñidísima la accion en toda la línea, hasta que el general Echagüe, conociendo que era llegado el momento de finalizar el combate, comunicó á los cuerpos la órden de un ataque general.

Como siempre, esta órden fué recibida con gritos de entusiasmo, y todas las tropas empeñadas en la accion se lanzaron á una sobre las rifeñas turbas, que, es preciso confesarlo, las esperaron por un momento á pié firme haciendo su última descarga.

Horribles fueron aquellos momentos postreros de lucha, dice un testigo ocular, imposible de describirlos la pluma mejor cortada. Un campo de turbantes y chacós se estendia á los piés de los combatientes, en medio de los moribundos, cuyos gritos desgarradores aumentaban el horror de la pelea.

Todos, unos y otros, revueltos y confundidos, saltaban por entre los cadáveres, apoyando sus piés en los destrozados miembros de las víctimas, calientes aun, de aquella terrible jornada.

En esto, el caballo del general Echagüe arroja un relincho, especie de gemido doloroso, se levanta sobre sus piés traseros, se vuelve, deja caer otra vez sus piés sobre el suelo, quiere lanzarse furioso, da dos ó tres saltos y cae arrastrando consigo á su ginete.

El general se incorpora inmediatamente y se levanta cubierto de la sangre de su caballo, pero ileso.

—Otro caballo! grita con voz ronca. No ha sido nada.

Le presentan otro caballo y vuelve á montar, gritando:

—A la bayoneta! á la bayoneta siempre! Valor y á ellos!

Continuó todavía la lucha por algunos minutos, pero el moro empezó á conocer que ya todo estaba perdido para él, y principió á retirarse sin desórden, pero una nueva embestida de los nuestros destruyó su línea, y entonces quedó completamente derrotado huyendo en todas direcciones y dejando en nuestro poder sus posiciones todas.

El general Echagüe, lleno de arrojo y de valor, se precipitó á la carrera por la cañada de la izquierda, seguido de su estado mayor. En aquel momento un grupo de cien moros, colocados como en emboscada para proteger la retirada de los suyos, hacian su última descarga. Una de las balas hirió al general llevándosele la yema del índice de la mano derecha y un poco del hueso.

El único grito de dolor que se escapó de los labios de Echagüe fué el de

—Adelante! adelante siempre! Victoria por la reina y por España!

Tal fué la jornada del 25 de noviembre.

IX.

« Tantas arremetidas, una tras otra—decia un oficial en carta particular fechada el dia de la citada accion—tal vez hagan formar una opinion exagerada de la tenacidad y fiereza de los moros. No hay que negarles estas cualidades, que en su mayor parte proceden del fanatismo religioso y de un ódio inveterado á los cristianos; pero bueno será no olvidar que su arrogancia procede tambien de las ventajas inmensas que les ofrece la aspereza del terreno y la formidable ciudadela que tienen á sus espaldas. Descienden de Sierra Bullones para sus rebatos, y en la Sierra vuelven á encontrar abrigo. Si nuestro ejército tiene alguna vez la fortuna de encontrarlos en campo raso, entonces se verá lo poco que sirve la fiereza, cuando no va guiada por el arte. »

Otra carta decia:

« El aspecto de los moros al atacar es terrible. La fisonomía en es-

tremo tostada, los brazos y las piernas desnudos, gritando como furias y á la desbandada. Esto debia producir cierta impresion, pero nuestros soldados los recibieron con la mayor calma, y cargaron luego sobre ellos con el mayor denuedo, dando ejemplo siempre los oficiales. »

En cuanto á su sistema de ataque, tal como lo demostraron en los dias 24 y 25, es de la siguiente manera:

Empezaban desplegando un peloton de cuatrocientos ó quinientos en el órden de ataque. Estos, formándose en desordenada guerrilla y guarecidos de los bosques, llevaban detrás igual número de hombres de reserva, pero sin armas. Los que iban sin armas tenian, por lo visto, el encargo, que ejecutaban con la mayor rapidez, de recoger y retirar los muertos y los heridos, reponiendo con las armas de estos las bajas de los combatientes.

Tras de esta reserva aun llevaban otra para ir sucediendo á los que entraban en combate.

Hechos memorables y dignos de eterna recordacion tuvieron lugar en la jornada que someramente hemos narrado.

Ya hemos referido alguno, y vamos á hacernos cargo ahora de los mas capitales.

Un bizarro soldado, asistente del capitan D. Federico Gomez, recibió dos heridas por querer salvar á su amo, no pudiendo al fin evitarlo.

Dejémosle esplicar el caso á él mismo y traslademos íntegra su carta escrita á un oficial que se hallaba en Valencia y á quien el indicado capitan Gomez habia nombrado su heredero por el testamento que hizo antes de partir al África.

Esta carta tiene demasiada elocuencia para suplirla con otra relacion.

Héla aquí:

«Sabrá V. como mi querido amo ha muerto como un valiente en el campo del honor. Yo tengo un balazo en el muslo y una herida en el brazo izquierdo, muy leve. Me tomo la libertad de escribir á V. porque quiero que V. sepa que no pude evitar la muerte de mi amo; que toda la division sabe que peleando á su lado, recibí las dos heridas que tengo, por lo cual me han dado la cruz de San Fernando, y que en quince años que llevo de servicio no me han visto temblar nun-

ca, y aquel dia lloré como un chico, pues hacia ya seis años que estaba con el capitan, y ahora habia hecho con él la guerra de Filipinas, á donde nunca hubiera ido, á no ser por no dejar á mi amo. Yo y todos, cuando le hicieron la primera herida, ya le queríamos llevar al hospital de sangre, y no hubiera sucedido nada; pero él nos gritaba: «Adelante, cobardes!» y todos le seguíamos matando moros, hasta que cayó del caballo diciendo: «¡Viva la reina!» y murió. Yo maté tres moros y un morito pequeño: todos gritaban de manera que aquello parecia un infierno. He entregado al capitan Cos todo lo que tenia del amo, así la ropa como veinte y cinco onzas, pues me han dicho que V. es el heredero.»

Tal es esta carta, que no tiene igual en su género.

El asistente autor de esta carta se llama Saboya, y se halla actualmente en Ceuta, convaleciendo de sus heridas.

El oficial, heredero de Gomez, regaló al asistente los 8,000 reales que declaró tener en su poder, añadiendo 2,000 mas de su propio bolsillo.

Veamos otro caso ahora.

La compañía de cazadores del primer batallon del regimiento del Rey se hallaba de servicio avanzado en los barrancos del boquete de Anghera, cuando fué atacada por cuatrocientos moros. En este rudo ataque la compañía sufrió alguna pérdida de muertos y heridos, cuyo número aumentó en sus movimientos de repliegue, á pesar de haberlo ejecutado en el mayor órden, combatiendo heróicamente al enemigo.

En estas maniobras de retroceso, un soldado, cuyo nombre es Francisco Lopez, advirtió que un camarada, un paisano suyo, mejor dicho su íntimo amigo, su hermano de armas Juan Molina, habia quedado herido en poder de los moros.

Al ver esto, volvióse á sus compañeros, y reprendióles amargamente por haberle abandonado. Todos se callaron, y entonces él, solo, movido por un sentimiento admirable de abnegacion, forma una resolucion heróica, arma su bayoneta, y atravesando la línea enemiga en medio de un fuego mortífero, llega al punto en donde quedó herido su amigo Molina, lo arranca de entre los moros, se lo carga en hombros y lo presenta á su compañía con todo su armamento y equipo.

«No sé que admirar mas en este hecho tan humanitario como heróico,—decia el comandante en jefe del primer cuerpo al general Odonell al darle cuenta del suceso,—si el valor que demostró en llevarle á cabo el soldado Lopez, ó los sentimientos nobles y generosos que le impulsaron á él.»

Este valiente fué el elegido por el general en jefe para recibir un magnífico premio que el Ateneo gaditano habia destinado para premiar una accion heróica llevada á cabo por un soldado.

Otros hechos, si bien menos notables que los anteriores, tuvieron asimismo lugar.

Un soldado á quien tenian que hacer en el mismo campo la amputacion de unas falanjes en la mano derecha, al animarle para que tuviera serenidad en la operacion, contestó al cirujano:

—Corte V. por donde quiera, con tal que me deje un dedo para poder disparar el fusil cuando regrese á mi batallon.

Otro soldado fué herido en la cabeza. Su capitan le dijo que se retirase.

—Nó, mi capitan,—le contestó,—no me retiro hasta que me hieran en el pecho, que es donde está el valor.

Despues fué herido en el pecho y murió.

Un sargento al espirar esclamó:

—Mi coronel, mi coronel, muero contento porque muero por la patria.

Tales fueron los principales episodios de aquella memorable jornada. Con soldados como estos podria conquistarse el mundo.

Y adviértase que los que de este modo se batian eran soldados bisoños, hombres que por vez primera oian silbar las balas, debiendo habérselas por vez primera con aguerridos y fieros montañeses, con moros salvajes y montaraces impelidos por odio feroz á nuestra raza.

Falta relatar otro episodio que dice mucho en favor de nuestros bravos.

Ya se ha dicho que en una de las cargas cayó muerto el teniente coronel, jefe de cazadores de Madrid. Diez ó doce moros se abalanzaron al cadáver para decapitarlo y poderse llevar en triunfo su ensangrentada cabeza. Algunos cazadores vieron la accion y se precipitaron á su vez para impedirlo. Trabóse una lucha desesperada,

terrible, murieron seis moros en ella y tres cazadores, pero acabaron estos por conseguir su intento, retirándose triunfantes con el cadáver de su querido y heróico jefe.

Y mientras esto sucedia, mientras tenia lugar esa serie de combates, de ataques, de cargas y retiradas, los ingenieros, impasibles, ayudados de algunos presidarios terminaban la construccion del reducto sobre el camino de Tanjer, sufriendo durante las obras el fuego incesante del enemigo y dejando de vez en cuando el pico y la pala para tomar el fusil y quemar algunos cartuchos.

El mismo cuerpo construia, siempre en idénticas circunstancias, la batería del *Serrallo* que fué luego artillada con cañones rayados de la primera brigada.

¡Admirables reductos estos levantados al silbar de las balas y con piedras teñidas de sangre de valientes!

X.

Hora es ya de que hablemos un poco de los tres hijos de la pobre Teresa.

Siempre que el regimiento habia entrado en fuego, los tres habian cumplido con su deber. Domingo y Federico particularmente consiguieron que sus jefes les distinguiesen.

El dia 25 por la noche Domingo y Dionisio estaban con otros camaradas calentándose á una hoguera que habian encendido cortando árboles del bosque inmediato. Federico se habia retirado así que rompió la noche, quejándose de un violento dolor de cabeza y diciendo que iba á tenderse un poco.

Todo era bulla y animacion en torno de aquella hoguera. Los soldados encontraban como el medio mejor para descansar de sus fatigas de la jornada, el pasarse allí la noche charlando sobre la accion del dia, contando cuentos y alegrándose y divirtiéndose como si no acabasen de tener un rudo combate y como si no fuese probable que al asomar el alba tuviesen que andar otra vez á tiros con los moros.

Tal es el soldado español. Valiente y atrevido en la lucha, alegre y decidor cuando esta ha terminado.

Ya no se acordaban del fuego nutrido que habian tenido que sostener durante el dia, sino para loar á aquellos que mas se distinguieran. Ya no se acordaban de los peligros por que habian atravesado, sino para prometer que se vengarian en los enemigos al dia siguiente. Ninguno de ellos pensaba en que quizá no estaba destinado ni siquiera á ver nacer el próximo sol.

El comportamiento del soldado era admirable en aquellas circunstancias. La muerte le rodeaba por todas partes. A su frente tenia unas turbas salvajes é indisciplinadas, sedientas de sangre, hambrientas de botin, deseosas sobre todo de satisfacer su odio de raza y de religion y su venganza de vencidos. Y luego, otro enemigo mas terrible aun que el que tenian en frente, acababa de introducirse en el campamento: el cólera.

Dios queria probar á la hueste espedicionaria por todos los medios, por el de enemigos bárbaros y feroces, por el de los peligros contínuos, por el de un clima contrario, por el de los elementos desencadenados y, finalmente, por el de la peste.

Pues bien, en medio de todo esto, el soldado estaba alegre y contento, y en torno de la hoguera mencionada, á cuatro pasos del lugar en que habian sido enterrados los cadáveres de aquel dia, á un tiro de fusil del enemigo, en torno de aquella hoguera, decimos, todo era bulla y algazara.

Nadie hubiera creido que aquellos hombres se hubiesen batido como héroes durante el dia y que estuviesen esperando la hora de batirse nuevamente.

El cielo estaba negro como si fuera una bóveda de ébano y hacia un frio intenso y vivo. A pesar de estar envueltos los soldados en sus capotes y hallarse junto á la lumbre, se apretaban unos contra otros como para resguardarse mejor del aire penetrante de la noche. En medio de la oscuridad se veian blanquear las telas de las tiendas, y mas allá, en lo alto, se veian interrumpidas las tinieblas por una masa mas negra y sombría. Era el *Serrallo*. A lo lejos, se oia el rugido del mar que se agitaba turbulento y tempestuoso. Parecia la voz lúgubre y cavernosa de un monstruo que se quejaba. El grito de alerta de los centinelas que iba repitiéndose como de eco en eco hasta estinguirse, iba de cuando en cuando á dominar todos los rumores del campamento.

Mientras que á pocos pasos de la fogata un soldado decia á otros dos que el general Echagüe, á pesar de la herida que habia recibido, no queria retirarse á Ceuta; un cabo que aquella tarde habia ganado los galones de sargento en el campo de batalla reemplazando al sargento de su compañía muerto gloriosamente, estaba narrando un picaresco cuento al numeroso auditorio que se agrupaba junto á la llama de la hoguera. Va sin decir que el cuento tenia su buena cantidad de color verde. El narrador lo contaba con la gracia, la verbosidad y la gesticulacion peculiares á los andaluces, pues que el cabo era de aquel hermoso pais, y el auditorio, al cual se habia mezclado una traviesa cantinera, reia á carcajada suelta.

En lo mejor del cuento estaba el narrador, y todos le escuchaban con los ojos fijos en él sin acordarse de que habia *moros en la costa*, cuando un soldado que acababa de llegar se acercó á Domingo y le tocó en el hombro haciéndole seña para que le siguiese.

Domingo se levantó, y tan profunda era la atencion que prestaban todos al cuento, que nadie reparó en el camarada que se iba.

Así que hubo dado algunos pasos fuera del círculo proyectado por la luz de la hoguera, Domingo preguntó al recien llegado:

—¿Qué sucede? Hay algo de particular, Pepe?

—Tu hermano está muy malo. Pregunta por tí y quiere verte al momento.

—¡Dios mio!—esclamó Domingo.—¿Le ha atacado el cólera?

—No lo sé, pero le considero enfermo de gravedad.

—Voy corriendo,—dijo Domingo.

Y despues de haber dado algunos pasos, se volvió diciendo á su camarada:

—Oye, Pepe. No hay que decirle nada á Dionisio que está muy entretenido oyendo el cuento y se alarmaria sin motivo quizá. Si hay necesidad de él, ya volveré á buscarle. Ni una palabra pues.

—Pierde cuidado.

Y Domingo se alejó apresuradamente volando al lado de su hermano.

Encontró á Federico en su tienda, tendido sobre un monton de paja, envuelto con su capote y unas mantas que le prestaran los camaradas.

—Federico, Federico ¿qué es lo que tienes?

Federico se volvió con pena hácia su hermano.

—No sé,—dijo con voz bastante debil,—tengo una calentura que me abrasa y la cabeza se me parte de dolor.

Domingo se arrodilló en la paja, inclinóse sobre su hermano, le tocó la frente é introdujo sus manos bajo las mantas como para tomarle el pulso.

—En efecto,—le dijo—estás ardiendo.

—Estoy malo, Domingo, muy malo. No puedo ni incorporarme siquiera.

—Esto no será nada,—le dijo su hermano para darle ánimo.—Voy á buscar el físico y le pediré que venga á verte.

—Ahora mismo ha estado aquí.

—Y qué te ha dicho?

—Que esto puede ser un tifus y que iba á dar órden para que me llevasen al hospital.

—¿Ves? No tengas cuidado,—dijo Domingo consolándole y tratando de ocultar su inquietud para no alarmarle.—Un par de dias de cama y se concluyó. Es un fuerte constipado que habrás cogido esta tarde al pié del reducto.

—He tenido que estar una hora metido en el barro que me llegaba hasta media pierna, aguantando como todos vosotros el chaparron que nos ha caido encima.

—Pues esto es. No te alarmes, que esto no será nada.

Todas estas reflexiones se las hacia Domingo para disipar cualquiera idea que pudiese tener de haber cogido el cólera.

—Nó, no me alarmo, pero estoy desesperado.

—¿De no poderte batir mañana? Yo te prometo hacerlo por tí y por mí.

—Oye, Domingo,—dijo el enfermo.—Oyeme bien, pero antes dí me si hay alguien en la tienda, y pueden oirnos.

—No hay nadie.

—Bájate, pues, y escucha.

Domingo se dejó casi caer en la paja acercando su rostro al de Federico.

—¿Qué es lo que hay?—le preguntó con solicitud.

—Te digo que estoy desesperado de no poderme tener en pié. Lo he probado despues de haberse ido el físico y antes que tú vinieras. Cuantas veces lo he intentado he vuelto á caer. Las rodillas se me doblan, comienzo á tiritar de frio, no tengo fuerzas ni para levantar un brazo y tengo que tenderme de nuevo.

—¿Y para qué hacer esas pruebas?

—Voy á decírtelo. Ayer me contó Dionisio que le habias hecho prometer que ganaria una cruz.

—Es verdad.

—Tú eres nuestro hermano mayor, nuestro padre, y cuando le hiciste esta recomendacion á Dionisio tan solo, fué sin duda porque creiste que á mí, que soy menor que él, no debias hacérmelo, pues en tu mente dabas ya por seguro que yo me ganaria la mia sin necesidad de encargármelo.

—Es así.

—Gracias por este pensamiento, mi buen hermano. Yo, pues, que así lo comprendí, me avergoncé de no haberla ya ganado en los cuatro ó cinco combates que llevamos, y marchéme á encontrar á nuestro capitan, que es tan bueno, diciéndole y suplicándole que procurase colocarme en un puesto donde me fuese fácil distinguirme para ganar una cruz.

—Esto hiciste?

—Sí.

—Y el capitan ¿qué te dijo?

—Me prometió procurarme esta ocasion. Y lo ha cumplido.

—¡Cómo!

—Este mediodia, en lo mas fuerte del fuego, cuando hemos atacado á la bayoneta á aquel peloton de moros dispersándole y quedándonos en la posicion que ellos ocupaban, el capitan, que sin duda ha visto lo que habia hecho por mi parte, se ha acercado á mí y me ha dicho: Bravo, muchacho: esta noche te daré una comision para ganar la cruz y algo mas.

—¿Y luego?

—Y luego, cuando todo ha concluido, me ha dado la comision.

—¿Te la ha dado?

—Sí, y esto es lo que me desespera.

—¿Por qué?

—Porque esta maldita enfermedad me imposibilita.

—¿Qué es, pues, lo que tenias que hacer?

—Doce hombres elegidos por el capitan debíamos salir hoy á la una del campamento sin que nadie lo supiera, en el mayor sigilo y con la mas profunda reserva. No sé á donde debíamos ir porque el capitan no me lo ha dicho tampoco, pero sé que se trata de algun servicio muy importante. Parece que debia guiarnos ese renegado que anteayer se pasó á nosotros.

Efectivamente, un renegado se habia acogido al campamento, huyendo de los moros.

—¿Y quiénes son los otros once camaradas?—preguntó Domingo.

—No lo sé. Ninguno lo sabe de otro. El capitan los ha elegido uno á uno, y como á todos ha encargado el secreto, no debíamos saberlo uno de otro hasta encontrarnos reunidos á la una de la madrugada junto á la tienda del capitan.

Es preciso advertir á los lectores que toda esta conversacion fué en voz baja, interrumpida á menudo por los acentos dolorosos que su malestar arrancaba al enfermo, el cual estaba haciendo realmente supremos esfuerzos para hablar.

—Ya ves, Domingo,—añadió el pobre Federico,—que me es imposible ir. Me caeria redondo á los dos pasos. Te he contado, sin embargo, todo esto porque necesito de tí.

—¿Qué es lo que quieres?

—Que vayas á ver al capitan y le digas el estado en que me encuentro, que le manifiestes mi desesperacion, mi.....

En esto se interrumpió Federico y sacando sus dos manos de entre las mantas y llevándoselas á su frente, esclamó:

—¡Dios mio! Y si el capitan me cree un cobarde!.... ¡Un cobarde!—repitió con exaltacion.

Y al decir esto hizo un esfuerzo desesperado para levantarse. No pudo conseguirlo. La postracion de sus fuerzas físicas era completa.

Domingo trató de calmarle y lo consiguió á duras penas.

Afortunadamente, el delirio vino en ausilio de Domingo. Pocos momentos despues, el enfermo empezó á perder el conocimiento de las cosas y á desvariar completamente. La calentura se le habia subido á la cabeza.

Domingo entonces pidió á un camarada que entró en la tienda que fuese en busca de Dionisio.

Este no tardó en llegar enterándose con sorpresa del estado de su hermano.

Como es de suponer, Domingo no le dijo una palabra de la conversacion que acababa de tener lugar, y aun cuando Federico en su delirio hablaba del capitan y de una comision, y repetia varias veces la palabra cobarde, lo achacó todo á su delirio, tanto mas cuanto que eran frases incoherentes é imposibles de enlazar.

A esto era ya mas de media noche.

Dionisio permanecia al lado de Federico cuidándole y procurando que en su delirio no se destapase, pues el físico habia encargado sobre todo que estuviese muy recogido. Domingo estaba sentado en el suelo, cruzado de brazos, y reflexionando profundamente.

Al cabo de media hora, poco mas ó menos, continuando cada vez en aumento el delirio y el frenesí del enfermo, Domingo se levantó como hombre que ha tomado una resolucion y que se dispone á llevarla á cabo sin titubear.

Acercóse al grupo que formaban sus dos hermanos, y encargó á Dionisio que cuidase mucho á Federico y que no le abandonase un momento, mientras no se lo impidieran los deberes de su servicio.

Dionisio por única contestacion clavó en él una atónita é interrogadora mirada.

—Pues, ¿á dónde vas tú?—le dijo.

Domingo se turbó un poco, pero reponiéndose, dijo en seguida:

—He cambiado mi turno de centinela con un camarada, y no podré volver hasta dentro dos horas lo menos. Adios, Dionisio.

Y volviéndose hácia el enfermo, le dijo tambien:

—Adios, Federico.

El enfermo no le oyó siquiera.

En cuanto á Dionisio no contestó tampoco. Siguió con la vista á su hermano en quien encontraba algo estraño que no acertaba á esplicarse, le vió tomar la mochila, apretarse las correas y empuñar el fusil. No le dijo una palabra, pero su mirada atónita le acompañó hasta perderle de vista.

Por lo que toca á Domingo, no se volvió siquiera, como un hom-

bre que ha formado una resolucion y que teme no tener valor para llevarla á cabo si fija su vista en algun objeto.

Domingo se dirigió á la tienda del capitan, á cuya puerta encontró á otros camaradas suyos.

Era la una.

No tardó el capitan en presentarse. Le acompañaban un gefe superior y el renegado, de que habia hablado Federico.

El capitan contó los hombres.

Eran doce. No faltaba ninguno.

Domingo ocupaba el puesto de Federico.

¡Noble hermano! No quiso que ni el asomo de una sospecha pudiese pesar sobre la honra y la reputacion de su hermano. Se calló, ocupó su sitio dispuesto á morir si convenia, y cuando el capitan, que llevaba nota de los elegidos, pasó lista entre las sombras á aquellos doce valientes, Domingo contestó: «Presente,» al oir llamar á Federico. Mas tarde, concluido todo, pensaba confesar aquella especie de supercheria al capitan y no le quedaba duda de que este sabria tener en cuenta los motivos que le habian impelido á obrar así.

El gefe superior dirigió la palabra á los doce hombres y les dijo, que no queria ocultarles que acaso iban á buscar la muerte, pues habian sido destinados para una espedicion muy peligrosa. Hízoles varios encargos, entre otros el de que tenian que caminar silenciosamente, sin disparar un tiro, á no ser que se viesen descubiertos y acometidos, y acabó por ponerles á las órdenes del capitan.

En seguida se pusieron en marcha, salieron del campamento dando el santo y seña á las guardias y avanzadas, y penetraron por un barranco el renegado en primer lugar, el capitan detrás de él con su espada en una mano y un revólver en la otra, y los soldados en último término.

¿A dónde iban?

Nadie lo ha sabido aun.

De los que con tanto misterio y precaucion salieron aquella noche del campamento, solo lo sabian el capitan y el renegado, que iba de guia, y ni uno ni otro volvieron vivos al *Serrallo*.

Aquellos catorce hombres fueron internándose por entre los bosques, cruzando barrancos, andando paso á paso y con precaucion,

encorvados casi siempre, adelantando poco á poco terreno, en pos siempre del renegado, que parecia ver perfectamente el camino y distinguir los objetos entre las sombras.

A las dos horas de haber dejado el campo, las avanzadas oyeron á lo lejos mucho tiroteo. Los centinelas dieron la señal de alarma. Los tiros se oyeron mas cercanos. Todo el campo se puso en movimiento, y el general Gasset, que llenaba heróicamente el puesto del bizarro Echagüe, acudió en seguida á los puntos mas avanzados.

No hubo nada. El tiroteo que se oyó hácia el campo enemigo cesó al poco rato, y todo volvió á quedar en calma.

Comenzaba á clarear el dia cuando once hombres se presentaron de repente ante los centinelas mas avanzados de nuestro campo, y se dieron á reconocer.

Eran once de los soldados que habian partido á la una de la madrugada. Regresaban llevando tres cadáveres, el del renegado, el del capitan y el del soldado Domingo.

Sin duda se encontraban ya muy cerca de los moros, y cruzaban un bosque, cuando fueron oidos. Los moros, que estarian de avanzada, dispararon sus espingardas en direccion al sitio del bosque donde habian oido el ruido. Desgraciadamente dieron en el blanco, hiriendo á los tres citados, que murieron sin exhalar un solo grito. Los demás soldados, que llevaban órden de no disparar sus armas, se encorvaron y ostuvieron aguardando con el fusil preparado, sin saber que hacer. Por un rato las balas llovieron á sus lados, y oyeron perfectamente los gritos de los moros que estaban muy cerca de ellos y que se retiraban, creyendo sin duda que una gran fuerza enemiga estaba oculta en el bosque.

Cuando la calma volvió á restablecerse, los soldados cogieron en hombros los tres cadáveres, é ignorantes de todo, se retiraron hácia el campo, abriéndose camino con mucha dificultad y siendo casi milagroso que pudieran regresar sin estraviarse por aquellos bosques.

Así es como tuvo lugar la muerte del pobre Domingo.

Federico, á su restablecimiento y cuando salió del hospital de Ceuta, supo por su hermano lo que habia pasado y de que modo Domingo ocupó su lugar con una verdadera abnegacion fraternal.

¡Pobre madre! ¡pobre Teresa Bello! Al recibir la noticia, que hubo de darle desgraciadamente el autor de estas líneas, la pobre mujer rompió en sollozos, y lloró tanto, tanto, que no parecia sino que su corazon se iba á deshacer en lágrimas por sus ojos.

Cuando me hube apartado de ella, llegué á temer que me aborreciera.

Las madres deben odiar á aquel que les da el primero la noticia de la muerte de un hijo.

Faltaba decírselo á la otra Teresa, á la novia del soldado.

Yo mismo se lo dije tambien.

Fuí á buscarla á su casita pintada de blanco, escondida entre un bosque de naranjos, desde la cual se divisa el mar.

Díle el encargo que Domingo me habia confiado y ya no hube de decirle nada. Ya ella comprendió que pues se le devolvian prendas de amor, era que su novio habia muerto.

Tambien lloró, tambien se deshizo en lágrimas, pero no sé que habia en aquel llanto y en aquellas lágrimas que no me impresionaron como las de la madre.

Y sin embargo, la jóven lloraba con amargura y estaba deliciosamente hermosa en medio de su llanto. Pocas mujeres he visto yo á quienes como á ella la poesía de las lágrimas comunique una belleza mas seductora.

Cualquiera otro que no tuviese ese santo respeto que yo tengo á las mujeres; cualquiera que, como muchos hay, hubiese podido permanecer impasible ante aquel dolor, y con cínico y sereno raciocinio hubiese querido analizar aquel llanto, hubiera dicho tal vez que aquella mujer lloraba solo porque sabia que llorando estaba mas hermosa.

Aquellas lágrimas parecian realmente tener mucho de exterior como las de una actriz, que despues de haber interpretado admirablemente su papel sentimental, abandona la escena para entrar en su cuarto riendo á carcajadas por cualquier incidente cómico de entre bastidores.

Aun no acaba aquí la historia.

Hay un desenlace, ó por mejor decir, un suplemento de desenlace que pesaria sobre mi conciencia si lo pasara en silencio.

Dos meses y medio mas tarde llegó á Barcelona la noticia de la toma de Tetuan.

No es ocasion de decir aquí como fué recibida esta noticia. Queda esto para otro lugar de esta misma obra.

En medio de las músicas, de la fiesta, del gozo y del júbilo á que se entregó por completo la ciudad de los condes-reyes, me acordé de la pobre Teresa Bello y fuí á visitarla á su humilde y modesta casa.

La encontré llorando al pié de una imágen de la Vírgen de los Dolores, llorando con la misma desesperacion y reconcentrado dolor que el dia en que la dí la funesta nueva, pidiendo con la voz de los sollozos, que es el lenguaje de las madres desesperadas, valor y resignacion á aquella santa imágen para ocultar su duelo y sus lágrimas á todos los que al salir á la calle pasasen por su lado entonando himnos de victoria, blandiendo los colores de España y solemnizando el triunfo de la patria con la embriaguez del entusiasmo.

Y esto, se lo pedia ella á la Vírgen de todo corazon, porque demasiado sabia que no significa nada el dolor de una madre cuando habla la gloria de la patria, y porque conocia instintivamente que no debia atravesar los grupos con su rostro innundado en lágrimas como para escarnecer con su dolor de madre el júbilo y el entusiasmo pintado aquel dia en todos los semblantes.

¿Quién es capaz de decir todo lo que sufria aquel corazon de mujer oyendo la algazara y el alborozo, viendo enarbolado ante sus ventanas uno de los pabellones de triunfo que enlazándose con cintas bicolores se estendian á lo largo de toda la calle?

La animacion y el bullicio de la calle subian hasta ella como un hálito de muerte, y los vivas que se daban á los vencedores en una plaza vecina llegaban á sus oidos, como un coro de voces infernales.

Pensaba en su hijo muerto y en sus otros dos hijos que acaso habian dado la sangre de sus venas y la vida de su corazon para que Barcelona tuviese aquel dia de entusiasmo.

¿No es verdad que, en medio de todo, á ella, á la madre, aquellas cercanas aclamaciones debian sonar á sus oidos como blasfemias?

Aquella misma noche, á la hora en que todos los balcones de la ciudad se iluminaban, á la hora en que la plaza de la Constitucion,

hirviendo en gentío, se estremecia á los ecos de la música y á los cantos de los orfeonistas, deslumbrándose á la luz de las bengalas de colores, y palpitando á los gritos entusiastas de las comitivas patrióticas que cruzaban, una pareja, que parecia entregada por completo á sí misma, departía de amores en el ángulo mas oscuro de la plaza, inmediata á las sombrías paredes de San Miguel.

Para aquella pareja todo era indiferente menos la conversacion que sabrosamente les entretenía.

Él hablaba de amor, y ella escuchaba con la sonrisa en los labios, con esa encantadora sonrisa que tienen todas las mujeres cuando se sienten felices y que es en sus labios el fruto nacido de la alegría del corazon.

Él era un marino, ella era Teresa, la novia del soldado, cuya muerte solemnizaba en aquellos momentos todo Barcelona, pues que las espansiones de triunfo de la patria son los grandes, los espléndidos funerales de los soldados muertos en el campo de batalla.

Aquella mujer se habia olvidado ya de Domingo.

Su recuerdo solo vivia en el corazon de su madre.

LAS NOCHES DEL SERRALLO.

I.

Los cuatro dias que sucedieron al combate del 25 transcurrieron sin combate digno de mencion.

El 26 el general Echagüe se vió obligado á resignar el mando en el general Gasset para pasar á Ceuta á curarse de la herida que habia recibido.

«Señores jefes, oficiales y soldados, dijo el general Echagüe al dejar el mando, os doy gracias por el brillante comportamiento con que os habeis conducido en la jornada de ayer. No es posible ni mas valor, ni mas entusiasmo, ni mas abnegacion que la que mostrasteis en el combate, y en verdad que no podia esperarse otra cosa de soldados españoles que pelean por su reina y por la honra de su patria.»

El general en jefe, que continuaba aun en Cádiz por impedir el estado del mar el embarque de las tropas, tuvo noticia de la herida de Echagüe y decidió pasar en seguida á Ceuta.

Efectuólo en la mañana del 27, siguiéndole la primera division del segundo cuerpo con el general Zabala.

Acto continuo, despues de haber visto al general Echagüe, que habia perdido la yema del índice de la mano derecha y algo del hueso, pasó el general en jefe á reconocer todas las posiciones del primer cuerpo, no hallando, segun él dijc luego oficialmente, nada que rectificar porque estaban todas bien elegidas y bien guardadas.

Aquella misma tarde volvió Odonell á Ceuta, y embarcándose en un vapor, salió á reconocer la costa, volviendo cerrada la noche y pasando en seguida al campamento.

El general en jefe principiaba á dar muestras de ser incansable.

Odonell, sabiendo sin duda cuanto anima al soldado la presencia de su jefe, sin detenerse en Ceuta, ni querer tampoco descansar en el *Serrallo*, que le brindaba cómodo y seguro albergue, pasó á situarse desde aquella misma noche en su modesta tienda de campaña en el cuerpo de vanguardia.

Los soldados le recibieron con tan entusiasta alegría y tan singulares transportes, que no pudo menos de conmoverse.

Pudo entonces enterarse por sí mismo que todos cumplian con su deber, convenciéndose tambien de que los presidarios estaban prestando muy buenos servicios, unos en el puerto y mar, otros en los hospitales y otros armados de esploradores ayudando al ejército.

El 28 y el 29 se pasaron tomando disposiciones, dictando órdenes, haciendo todos los preparativos necesarios. Todo premaneció tranquilo durante estos dos dias. Nuestros soldados podian ver desde su campo algunas tiendas de campaña de figura cónica, situadas en lo mas elevado de una de las cortaduras de Sierra Bullones. Tambien, con ausilio de anteojos, se podian descubrir algunos camellos y caballos. Sin duda las kabilas habian recibido refuerzos del cuerpo de ejército mandado por el hermano del emperador.

Durante estos dos dias el mar estuvo en calma. Pudieron efectuarse sin quebranto las difíciles operaciones del embarque y desembarque, y á cada momento iban llegando tropas pertenecientes al segundo cuerpo de ejército.

Mientras parte de los ingenieros terminaban los reductos, otros se entretenian en abrir un espacioso camino para dar paso á la artillería rodada.

El 29 por la tarde, mientras desembarcaba la reserva al mando del general Prim, reserva que iba á convertirse en vanguardia, Odonell, que estaba recorriendo las posiciones, observó el paso de muchos moros por el boquete de Anghera. Los enemigos eran en número considerable.

El general en jefe dispuso y ejecutó un movimiento avanzado para

cortar la retirada á los moros, y simultáneamente ligar las posiciones atrincheradas de nuestro campo; pero el enemigo se limitó á observar este movimiento, manteniéndose á larga distancia. En vista de esto y de lo avanzado de la tarde, Odonell retrogradó al campamento.

Llegó por fin el dia 30 y con él un nuevo combate, el primero que presenció y dirigió el general en gefe.

II.

Amaneció el 30 y notóse grande movimiento en el campo enemigo. Veíase á los moros plegar sus tiendas, y todo indicaba que se disponian al combate.

Seria sobre la una de la tarde cuando un ayudante avisó al general, que se hallaba en su tienda, que los moros atacaban nuestras avanzadas. Inmediatamente mandó tocar generala, pidió el caballo, se puso las espuelas y salió á escape hácia el punto atacado. Cada division sabia ya de antemano el puesto que debia ocupar, y á los pocos momentos todos los batallones estaban en movimiento, abandonando el primer cuerpo de ejército el campamento, que fué ocupado por el segundo, y marchando al encuentro del enemigo.

El punto atacado era un reducto que se habia construido á cosa de una legua del campamento, en un punto elevado desde donde se dominaba el llano. En él y á la intemperie habia una compañía con dos piezas de montaña: un pequeño foso, una escarpa y varios sacos, todo de tierra, era su única fortificacion.

En su primer empuje, los moros llegaron hasta el reducto. Ocho batallones salieron á rechazarlos, y comenzó por una y otra parte un fuego mortífero que duró toda la tarde.

Habia el enemigo dirijido la mayor parte de sus fuerzas sobre nuestra derecha, tomando las alturas hasta *la casa del renegado*, y por la izquierda sobre el boquete de Anghera, anunciando querer interponerse entre este punto y el *Serrallo*.

El general en jefe subió al reducto de *Isabel II*, desde donde podia

abrazar toda la estension del campo, habiendo antes ordenado que el segundo cuerpo, á las órdenes de Zabala, avanzase á las alturas que coronan el *Serrallo* y que la division de reserva, al mando de Prim, lo hiciese entonces á este último punto para en caso preciso ausiliar al primer cuerpo, que era el que entraba en combate.

Tomadas estas hábiles precauciones, los batallones de Borbon y Talavera atacaron vigorosamente á la bayoneta, arrojando á los moros hasta la falda de la sierra, en cuyos barrancos y espesos bosques se parapetaron disparando con mucha seguridad y puntería sus espingardas.

Lentamente, á costa de bastante sangre, y despues de algunas brillantes cargas á la bayoneta, los moros se vieron obligados á abandonar tambien estas posiciones.

En la derecha se sostuvo un vivo fuego por bastante tiempo hasta que, calculando Odonell que los enemigos que habian subido á la altura del *renegado* podian ya estar cortados, hizo cargar al regimiento de Borbon con su coronel á la cabeza por entre dicha altura y las peñas vecinas coronadas de moros. Estos, que vieron la imposibilidad de reunirse al grueso de los suyos por hallarse interpuestas nuestras tropas, no tuvieron otro recurso que precipitarse por los derrumbaderos que caen al mar, tirándose á él mas de trescientos y dejando muchos cadáveres en el camino.

Por la otra parte, nuestros soldados, con el arrojo de que tan brillantes pruebas han dado en esta campaña, perseguian al enemigo hasta las primeras chozas de la kabila de Belzús ó Beuza, de las que incendiaron algunas, retirándose otra vez al campo.

Fué una jornada gloriosa, y el triunfo se debió en gran parte, preciso y justo es confesarlo, al talento táctico del general en jefe.

La artillería disparó con mucho acierto sobre las masas enemigas, y mientras tanto, la division Gasset, que habia recibido la órden de cortar á los moros, hizo con este objeto un tan acertado movimiento que los desconcertó enteramente, pues se encontraron envueltos y atacados á la bayoneta por todas partes.

En esta accion, que fué reñida y empeñada tanto como pudo serlo la del 25, tuvieron tambien lugar algunos hechos y episodios dignos de particular mencion.

Un capitan, cuyo nombre no citan los testigos de vista, fué herido cuando iba á mandar por órden superior un ataque á la bayoneta. A pesar de la herida, dió la voz de mando y dirigió la carga al frente de su compañía, diez ó doce pasos delante de sus soldados. Odonell premió su arrojo concediéndole el grado inmediato sobre el campo de batalla y cuando era conducido al hospital de sangre.

Dos jóvenes oficiales, hermanos ambos, é hijos de un militar distinguido, ofrecieron tambien á la vista de todo el ejército un espectáculo conmovedor. Uno de ellos, el mas pequeño, fué herido y cayó en el instante en que su compañía efectuaba un movimiento de retirada. El hermano mayor, viendo al otro próximo á caer en manos de los moros, lanzóse como el rayo , solo y sin contar con mas ausilio que el suyo. Llegó á donde estaba el herido, y mientras le tomaba en brazos para arrancarle al peligro, dos crueles balas fueron á hacer que sellase con su sangre tanto amor fraternal y tanto heroismo. Ambos hermanos cayeron entonces estrechamente abrazados, muerto el mayor y gravemente herido el menor en el pecho. Este último fué retirado con vida aun del campo de batalla y los médicos manifestaron que tenian esperanzas de salvarle.

Terminada ya la accion, y en el momento en que Odonell se retiraba á su tienda, un soldado se presentó á él y le ofreció la espingarda que dijo haber arrancado á un moro con la vida.

—Mi general,—le dijo,—vengo con el permiso de mis jefes á regalar á V. E. esta espingarda de un moro, á quien he muerto.

—Pero, ¿le has muerto realmente tú? —le preguntó el general Odonell.

—Sí señor,—contestó el soldado.—De ello son testigos mi sargento y los demás camaradas de la compañía.

Enterado de la verdad del caso, el conde de Lucena recompensó el valor y la cortesía del soldado concediéndole la cruz de Isabel II, pensionada.

Nuestra pérdida en esta jornada fué la de 7 oficiales y 43 individuos de tropa muertos; 2 jefes, 14 oficiales y 258 individuos de tropa heridos y 3 oficiales y 38 soldados contusos.

La del enemigo, segun los cadáveres que quedaron en el campo y que solo dejan cuando les es imposible retirarlos, para lo cual ha-

cen los mayores sacrificios, consistió segun cálculo, en 230 muertos y 600 heridos.

III.

El campamento del Otero.—Una tradicion.

Vamos á hacer ahora la descripcion del campamento, tal como quedó despues de la accion del 30.

Despues de salir de Ceuta por la parte de tierra y haber atravesado tres recintos de murallas con fosos profundos por donde se comunica el agua del mar de un estremo á otro, haciendo de la ciudad una isla, se encuentra el llano llamado de las Damas, al que sigue lo que se llama *El Otero*, que consiste en una pradera que se va elevando gradualmente hasta terminar en una colina donde se asentó el cuartel general.

Nuestro campamento, que ofrecia la mas pintoresca perspectiva, estendíase desde el arranque del *Otero* hasta las alturas de la sierra del *Renegado*. Cuarenta y un batallones con sus blancas tiendas de campaña, acampaban en aquellos sitios regados copiosamente por la sangre de portugueses y españoles en siglos anteriores.

A la izquierda del cuartel general se hallaba el cuerpo de ejército de Prim, y á la derecha, en una altura sobre el mar, el monton de ruinas que indican al viajero que allí estuvo la primitiva Ceuta. En estas ruinas, á espaldas de un carcomido lienzo de la antigua muralla, abrieron los soldados la fosa comun en que descansan, revueltos y mezclados, los restos de los primeros valientes que dieron su sangre y su vida por la patria.

Los dos campamemtos estaban cada uno al lado del camino que se bifurca mas allá, dividiéndose en dos y conduciendo el de la izquierda á Tetuan y el de la derecha á Tánjer.

Siguiendo por este último camino se tropieza con el *Serrallo*, que llevamos ya descrito, y desde este punto en adelante la senda, pues ya

no es camino, se hace cada vez mas dificultosa y áspera, serpeando por entre un espeso bosque de alcornoques hasta llegar á la cima del cerro llamado *el alto de la mona*, donde quedó establecido uno de los reductos.

A su derecha, y sobre otro cerro, se divisa un pequeño edificio al que la tradicion ha dado en llamar *la casa del renegado*.

¿Por que?

Es una leyenda, una verdadera leyenda impregnada de sentimiento y de poesía.

Por causas que la tradicion no esplica, allá, en tiempos lejanos, un español, natural de Tarifa, se pasó al moro y renegó de su religion y de su patria. Habia dejado en su país su hogar y su familia, y bien pronto comenzaron á deslizarse sobre su frente dias llenos de amargura, noches crueles henchidas de tristeza. Lejos de su patria,—¡la patria! que adora hasta el hombre mas criminal,—recordaba con ese profundo dolor del corazon, que á ningun otro dolor es parecido, la tierra en que habia visto por primera vez la luz del dia, el suelo en que habian transcurrido llenos de delicias y de inocencia sus años infantiles, la casa en donde habia dejado á su esposa y á sus tiernos hijos, y, apartado para siempre de las dulces prendas de su corazon, se le veia en todas ocasiones triste, silencioso, abatido, con la frente inclinada al suelo, como comprendiendo que su única esperanza estaba ya en sepultarse en aquella tierra que hollaba con planta indiferente.

Aquel sentimiento llegó á ser en él tan profundo y continuo, la terrible enfermedad que se llama nostalgia llegó á apoderarse de él de tal manera, que solo encontraba un poco de consuelo en subirse al pico de una sierra desde donde se distinguia á Tarifa, su patria, perdida á lo lejos entre las brumas del horizonte y las nieblas de la mar.

Horas enteras se pasaba en lo alto de este pico con los ojos fijos en el punto donde le parecia ver blanquear las casas de la ciudad natal, horas de silenciosa amargura, de mudo y terrible desconsuelo para el cual ni siquiera eran bálsamo las lágrimas que surcaban sus pálidas mejillas.

Su permanencia en lo alto de aquella roca llegó á ser tan necesaria para su alma enferma, que decidió labrar allí su vivienda.

Puso manos á la obra y en poco tiempo fué levantada la casa.

Allí vivió desde entonces en adelante y allí murió, consumido por las penas, los recuerdos y los remordimientos, el pobre renegado.

Al llegar las tropas de Echagüe á esta casa, la convirtieron en una fortificacion.

La casa del renegado tiene hoy por nombre el de un reducto.

La tradicion ha desaparecido ya.

En frente del reducto de *Isabel II*, el cual fué en seguida enlazado á los demás por un camino, está la negra y sombría hendidura que se llama el *boquete de Anghera* y que abre paso para penetrar en el corazon del territorio enemigo.

Mas allá, y un poco mas abajo del reducto de *Isabel II* se construyó otro denominado del *príncipe Alfonso*, cuyos fuegos se cruzan con los del primero, y por fin se levantó el tercer reducto con el nombre de *Francisco de Asis*, que se comunica con los anteriores y con el *Serrallo* por medio de caminos abiertos por la piqueta de nuestros zapadores.

Hízose de modo que todos estos reductos, lo mismo que las demás fortificaciones de menos monta ó blokaus, tuviesen no solo comunicacion entre sí, sino tambien con el *Serrallo*, á fin de que á cada momento pudiesen recibir refuerzos si los necesitaban, constituyendo una formidable línea de fortificacion capaz de tener á raya al enemigo mas audaz y arrojado.

Al frente de estos reductos se encuentran las mas altas cumbres de la sierra, huérfanas de vegetacion y muy á menudo coronadas de espesas nieblas, y debajo de ellos, dominados por sus fuegos, se ve un pequeño, pero hermoso valle, en donde aparecen tres ó cuatro casas y un torreon casi en ruinas, abandonado todo. Este vallecito, cuyo terreno es húmedo y fértil y que bien cultivado, produciria como los mejores campos de Andalucía, se pierde por la izquierda entre montañas y por la derecha en un espeso bosque, prolongacion del que nuestros soldados comenzaron á talar para alimento de sus fogatas.

Ahora que ya conocemos la localidad, vamos á pintar brevemente la vida de sus personajes, la vida del campamento.

Despues del combate del 30 los moros pasaron ocho dias sin dar apenas señal de vida. Solo el disparo de algunos tiros, alguna insigni-

ficante lucha de guerrillas contra grupos enemigos que, ocultos en sus malezas, se ofrecian al alcance de sus fusiles, vinieron á dar un poco de colorido á la vida monótona del campamento.

Porque, en efecto, nada mas monótono ni triste que un campamento el dia de asueto, el dia en que no hay combate.

Vamos á tratar de describir esta vida teniendo á la vista varias cartas escritas desde el campo.

Al oirse el disparo de los dos cañonazos con que la plaza de Ceuta anunciaba el alba, las bandas de tambores, cornetas y músicas de todos los regimientos se reunian para el toque de diana. Entonces quedaba roto el profundo silencio que durante la noche habia reinado, interrumpido solo por el *alerta* de los centinelas, y todo el mundo arrastrándose comenzaba á salir de sus tiendas, apresurándose los soldados á encender sus fuegos para hacer el café.

La primera mirada de todos, jefes y soldados, al salir de su tienda, era dirigida al fuerte ó reducto de *Isabel II*, que ya se ha dicho ser el mas avanzado.

Este reducto, tan pronto como apuntaba el dia, anunciaba por medio de una bandera blanca si en todo el terreno que estaba á su alcance se veia movimiento alguno del enemigo. La ausencia de la bandera indicaba que todo estaba tranquilo.

El regimiento, al que le tocaba marchar á los trabajos ó á protegerlos ó á descubierta, se apresuraba á tomar el café con su racion de galleta correspondiente, y partia en seguida para el punto de su destino, no regresando al campamento hasta la puesta de sol.

En seguida, todo cobraba animacion y movimiento. Los oficiales envueltos unos en sus gabanes impermeables sobre el poncho, otros abrigados con mantas, iban apareciendo, cruzándose con los soldados que discurrian por el campo, formando unos y otros grupos de entre los cuales salian repetidas esclamaciones de bullicio y de algazara. El movimiento, la gritería y la animacion eran ya completas durante todo el dia.

Todos procuraban distraerse para olvidar amargos recuerdos, para no pensar en el cólera, el oculto enemigo que vivia entre ellos, y todos anhelaban que luciese el dia del combate y en particular el dia destinado á tomar la ofensiva marchando adelante, á Tanjer ó á Tetuan.

Aun no se sabia entonces á punto fijo contra cual de estas dos plazas iba á operar el ejército, pero bien pronto desapareció toda duda sobre el particular.

El general en jefe dió las órdenes oportunas para que los ingenieros comenzasen á abrir camino hácia Tetuan, protegidos por dos reductos que al efecto se formaron. Toda indecision quedó, pues, disipada.

Las noches eran sobre todo pesadas en el campamento.

Varios oficiales tuvieron la buena idea de reunirse cada noche para formar una especie de tertulia, matando el tiempo en alegre conversacion.

—Pronto habremos terminado nuestras conversaciones, dijo uno.

—No lo creas,—replicó otro.

—¿Pero de qué hablaremos?

—Contaremos cuentos.

—Yo,—dijo otro—me ofrezco á contaros verdaderas historias.

—Segun de que clase sean.

—Historias de sucesos pasados en África y en que figuran compatriotas nuestros.

El que esto decia era persona ilustrada y conocedor de la historia de Marruecos, particularmente en todo lo concerniente á sus relaciones con las potencias europeas.

—Oye,—le dijo uno.—¿Sabes la historia de D. Sebastian de Portugal?

—Perfectamente.

—Nos la vas á contar una noche.

—Con mucho gusto. Y os contaré tambien la del duque de Riperda, que despues de haber sido favorito y ministro del rey Felipe V de España, se vino á Marruecos para ser el cómplice y el amante de una sultana renegada.

—¡Bravo! gritaron todos.

—Y os contaré, si quereis, la de Ali Bey el Abbassi.

—¿Y quién era Ali Bey el Albassi?

—Un catalan.

—¿Un catalan moro?

—Un catalan, moro y príncipe á los ojos del emperador de Mar-

ruecos que le hizo su favorito, un catalan que tuvo en su mano dos cosas: hacer al rey de España emperador de Marruecos ó hacerse él emperador, nada menos.

—Perfectamente. Esta noche nos vas á dar comienzo á las historias.

—Cuando querais.

—Esta noche misma.

—Sea por esta noche.

—Nos reuniremos en la tienda.

—Yo he leido—dijo uno—cierta obra que se titula *las tardes de la granja* y que...

—Ya sabemos lo que vas á decir. Nosotros pondremos en accion tus famosas *tardes de la granja*, un libro clásico que antes leian los niños.

—Y que ahora no lee nadie.

—Quiere decir que nos reuniremos para contar historias.

—Es decir, para oirlas contar.

—Y tendremos tambien nuestras *tardes de la granja*.

—No, pero tendremos sí nuestras *noches del Serrallo*.

Encantados con aquel pensamiento y teniendo á mano un narrador que sabian debia ser incansable, nuestros oficiales decidieron efectuar su primera tertulia aquel mismo dia.

Así fué. Aquella noche abrieron sus salones, como dijo graciosamente uno de ellos.

Los salones consistian en un reducido espacio de techo y paredes de lienzo, cuyos adornos eran cuatro ó cinco sillas de tijera y una mesa tambien de tijera y cuyo alumbrado estaba reducido á cuatro velas clavadas en otras tantas botellas vacías.

La primera noche de reunion hubo un lleno completo. Los concurrentes se acomodaron unos en las sillas, otros en el suelo, todos alegres y dispuestos á oir el comienzo de las interesantes historias prometidas por su compañero, historias que mas de uno de los oyentes estaba destinado á oir en su comienzo, pero no en su conclusion.

El autor, á su vez, exacto narrador de los episodios de la campaña, contará lo que sucedia de dia en el campamento y repetirá lo que se contaba de noche en la tertulia de aquellos alegres y valientes oficiales.

IV

Hemos hablado de la accion que tuvo lugar el 30. Ni el dia 1 ni el 2 de diciembre hubo novedad alguna. El reducto de *Isabel II* permanecia silencioso y no ondeaba en él la bandera blanca.

El 1 el general García, jefe de estado mayor, salió en un buque con varios oficiales á hacer un reconocimiento hácia Tetuan. Los moros, desde una batería que tenian en la costa, supieron hacer un fuego tan certero, que todas las balas pasaron por entre los palos del buque. Esto no obstante, el general García regresó de su espedicion sin haber perdido un solo hombre.

El 2 no se presentaron tampoco los moros, continuando todo en el mismo ser y estado. Por la tarde se oyeron algunos cañonazos de una lancha que recorrió la costa hasta Tetuan.

Las tropas mandadas por el general Zabala relevaron en este dia á las del primer cuerpo de ejército que bajaron á colocarse en la antigua línea divisoria de los dos campos. ¡Bien necesitaban descansar aquellos valientes!

El 3 la misma tranquilidad en el campo y el tiempo bueno. El general en jefe hizo un nuevo reconocimiento por la costa hácia Tetuan, y empezaron á construirse almacenes en el campamento. Los ingenieros continuaron sus trabajos de abrir camino.

Aquella noche fué el primer dia elegido para la tertulia de los oficiales á quienes se ha aludido. Todos los que no estaban de servicio acudieron puntuales á la cita.

Como no tenian combate de que hablar, comenzaron á hacerlo de cosas del campamento.

—Señores,—dijo uno,—el cólera arrecia. ¿Sabeis cuántas bajas tenemos hoy?

—No queremos saberlas,—contestó otro.—¿Qué nos importa el cólera?

—Es verdad,—dijeron varios.

—Aquí no se debe hablar mas que del objeto que nos reune. Se

nos ha dicho que nos contarian episodios históricos referentes todos á hechos acaecidos en Africa. Se nos ha dicho que nos relatarian gloriosas jornadas de nuestros antepasados á los que no las sabemos. Por consiguiente yo vengo aquí como á una cátedra. Vengo para tener noticia de nuestras antiguas conquistas en esta tierra, de la espedicion del rey D. Sebastian de Portugal, y de otras muchas cosas de nuestra historia que no sé y que quiero saber pronto para que, si me matan un dia de estos, pueda irme al otro mundo hecho un sabio. Lo demás no me importa un comino y propongo que se prohiba hablar de cólera y de enfermedades en esta reunion.

—Perfectamente,—gritaron varias voces.

—Aquí está el narrador,—esclamó uno.

En aquel momento penetraba efectivamente en la tienda el oficial que habia tomado á su cargo el papel de historiador de la tertulia.

—Llegas en el momento preciso,—le dijo uno.—¿Qué nos cuentas esta noche?

—¿Quereis que os cuente lo del duque de Riperda?

—Nó, nó, lo de D. Sebastian—contestaron varias voces.

—Tiene una contra.

—¿Y es?

—Que fué una espedicion desgraciada y va á entristeceros.

—No por cierto,—esclamó uno.—Las sombras de los muertos nos piden venganza. Sepamos antes de dársela como combatieron. Si los portugueses fueron desgraciados, los españoles nos encargamos hoy de vengarles.

Todos estuvieron acordes.

—Sea pues,—dijo el narrador.

Y empezó su historia.

V.

D. Sebastian en Marruecos.

—No creais, comenzó á decir, que fuesen solo portugueses los que tomaron parte en la espedicion. Estaban en mayor número, puesto

que èran sobre 10,000, pero habia luego 2,000 castellanos, un tercio de tudescos, otro de italianos y uno, en fin, compuesto de aventureros de todos los paises. El ejército espedicionario se componia en su totalidad de 17,000 hombres.

Pero, vamos al caso tal como yo lo he leido en añejos cronicones.

Esta historia os hará ver, señores, que no es nueva la idea de una invasion en la Mauritania tomando por base y apoyo la península ibérica. Escipion la intentó el primero obteniendo el resultado satisfactorio que apetecia, y algunos siglos despues le imitaba Gensérico, rey de los vándalos, pasando tambien los godos el estrecho de Gibraltar por dos veces y haciendo tributarias de la corona de España estas costas marítimas.

A su vez, tambien los moros las pasaron un dia, y despues de su invasion en nuestra patria y de la batalla del Guadalete en que murió D. Rodrigo, último rey godo, la cristiandad por un millar de años no supo ó no quiso tentar empresas por esta parte.

Solamente despues de la toma de Granada, y cuando la reunion de Aragon y de Castilla consolidaba los dominios ibéricos, surgió de nuevo, en los príncipes españoles el pensamiento de estender su dominacion á la otra parte del mar. Varias tentativas desgraciadas hicieron abandonar el pensamiento, pero el rey D. Sebastian de Portugal quiso intentarlo seriamente en 1578.

Era D. Sebastian un príncipe caballeresco, de corazon ardiente y de alma fogosa, y la guerra con los moros parecia ser su sueño dorado, pues ya en 1574, cuando solo tenia veinte años, resolvió efectuar un desembarco en África. Pero esta espedicion, emprendida, digámoslo así, sin intervencion ni conocimiento de los que podian indicar sus inconvenientes, se redujo á un simple paseo militar á lo largo de la costa, á una especie de escursion por las cercanías de Tánjer. Los moros se limitaron á vigilar los movimientos de un enemigo, cuyo intentado desembarco no ignoraban, pero en cuya locura no ponian crédito.

Sin que llegara á trabarse ningun combate, D. Sebastian se embarcó de nuevo regresando á Portugal, pero todo prueba que aquella correría aumentó su ardor belicoso y le fortaleció en el propósito que tenia formado.

El pretesto de que se sirvió para declarar la guerra á Marruecos, fué el de sostener los derechos del hijo del ex-emperador, el jerife Mahomed, quien desterrado de su patria, despues de haber perdido el trono que le arrebató su tio Muley Melek, se habia refugiado en Tánjer, ciudad que era entonces de los portugueses. El jerife estaba continuamente instando á D. Sebastian para que emprendiese la espedicion, asegurándole que todas las provincias del imperio se sublevarian contra Muley Melek á la primera aparicion del ejército enemigo.

Apenas Muley Melek tuvo conocimiento de la resolucion que habia formado el rey de Portugal, cuando le dirigió una carta llena de prudentes reflexiones, rogándole desistiese de su proyecto, pero el príncipe lusitano no era bastante dueño de sí mismo para calmar su ardor caballeresco y el ímpetu de sus pasiones.

La guerra de Africa quedó resuelta.

El rey Felipe II de España era tio de D. Sebastian. Cuéntase que ambos monarcas se vieron y hablaron, y D. Felipe intentó disuadir al de Portugal de tan temeraria empresa, pero este estuvo cada vez mas tenaz y consiguió que aquel le concediese un refuerzo de 2,000 hombres.

Tambien el duque de Alba, hombre esperto en la guerra y columna fuerte entonces de la monarquía española, trató en vano de dar otro giro á los pensamientos del jóven monarca portugués. Ningun poder humano era capaz de hacerle volver atrás.

D. Sebastian ya solo se dedicó á reunir gente. Lo principal de la nobleza formó un cuerpo escogido que debia cuidar de la persona del rey y combatir á su lado. La España le dió los 2,000 hombres citados al mando de un valiente militar llamado Francisco de Aldana, 3,000 alemanes tuvieron órden de reunirse al ejército, 600 ó 900 italianos al mando de Hercole se le juntaron tambien, y lo demás lo completaron los portugueses en número de 10,000 sin contar la caballería y los aventureros.

El papa acordó indulgencias y concedió á la espedicion los privilegios de las cruzadas; y aun cuando Felipe II y el duque de Alba desaprobasen la empresa, se esperaba mucho del carácter ardiente y resuelto del rey, del entusiasmo de sus nobles, de las intrigas del jerife espatriado y del valor de los soldados castellanos, tudescos é ita-

lianos que constituian en aquella época la mejor infantería de los ejércitos.

Los portugueses poseian entonces en Africa una base de operaciones mejor aun que la que tenemos hoy los españoles. Ceuta, Tánjer, Mazagan y otras ciudades se hallaban en poder de ellos. Tánjer, rodeado de fuertes terraplenes y erizado de cañones, parecia una fortaleza inespugnable.

Animado por tantas y tan favorables circunstancias, D. Sebastian se embarcó el 24 de junio de 1578, haciendo rumbo hácia Cádiz la numerosa escuadra.

El rey se hallaba ricamente engalanado, rodeado de sus mejores lanzas, de sus mas valientes capitanes, vestidos todos lujosamente, como Rodrigo, el desgraciado rey godo, se encaminó en otro tiempo al sacrificio adornado de todas las pompas guerreras.

En medio del ruidoso estrépito y de la algazara, entre los gritos de mando y las descargas de artillería que hacian en el puerto los saludos de ordenanza, cuéntase que un paje de rey llamado Domingo Madeira entonaba aquella cancion del romancero español alusiva á D. Rodrigo, que empieza:

Ayer fuistes rey de España.
Hoy no tienes un castillo.

Muchos le oyeron cantar este romance, segun despues se refirió, pero nadie quiso tener en cuenta la profecía.

La flota zarpó para Cádiz, y desde allí para Tánjer y Arcilla, en donde desembarcaron las tropas, uniéndose con unos mil moros que habian seguido en su destierro al desgraciado príncipe Mohamed.

Ya os he dicho que los militares mas esperimentados de la España eran contrarios á aquel atrevido intento. Además del duque de Alba, tambien el duque de Medina Sidonia, gobernador de Cádiz, habia tratado por todos los medios imaginables de disuadir al rey para que no fuese en persona á la guerra, previendo los terribles peligros á que le espondria su ardor juvenil.

Todo fué inútil. La fatalidad le empujaba.

El duque de Alba le habia aconsejado que modificase al menos la empresa, renunciando á marchar por el interior del país, limitándose á operar sobre las costas y atacando una á una las plazas ocupadas

por los moros, para que de este modo pudiera contar siempre con el socorro de la flota en un caso imprevisto.

Divididos se hallaban los pareceres de los jefes del rey D. Sebastian. Los mas espertos opinaban por la idea espuesta por el duque de Alba, esto es, la de proceder siempre á lo largo de la plaza; los jóvenes vanidosos y atrevidos á cuya cabeza se habia puesto el príncipe Alfonso de Portugal, insistian por internarse; otros por conciliar los pareceres diversos, proponian que se marchara por la orilla hasta la embocadura del rio Lish ó Lukos, atravesarlo y de allí penetrar en el interior del imperio.

D. Sebastian adoptó el segundo proyecto por creerlo mas glorioso y fácil, y despreciando al enemigo, creyó que bastaria la presencia de sus tropas para amedrentarlo y ponerlo en fuga.

Al llegar aquí, el narrador suspendió su relacion dejándola para otro dia. Era ya muy tarde, y se anunciaba que al dia siguiente tendria lugar probablemente un combate. Los oficiales necesitaban descansar para estar dispuestos y prontos á la primera señal de alarma.

Tenian en frente á los mismos terribles y encarnizados enemigos que un dia hundieran el poder del desgraciado rey de Portugal.

VI.

El dia 4 amaneció lluvioso y frio. Sin embargo de los anuncios del dia anterior, se pasó sin novedad y los moros no molestaron el campamento. En cambio, el cielo estuvo inexorable durante la mayor parte del dia.

Llegaron al Otero á primera hora el regimiento montado de artillería de Sevilla y muchas brigadas de acémilas, entre las que se distinguia la de Zaragoza por su ganado y aparejos. El dia anterior habian desembarcado en Ceuta.

El ejército oyó misa junto al Serrallo con el general al frente, cu-

yo acto religioso celebró el vicario general castrense. Era realmente, segun afirman los testigos, un espectáculo magnífico y sorprendente el que ofrecian aquellos 30,000 hombres doblando la rodilla y rindiendo las armas ante el Rey de los reyes.

Apenas habian tenido tiempo para volver á sus tiendas, cuando cayó tan terrible aguacero, que inundó todo el campamento, hasta el punto de que el regimiento de Leon, que marchaba á ocupar su sitio, tuvo que sufrirlo en pié por no poder salvar los verdaderos torrentes que se despeñaban oponiéndose á su paso.

El de la Princesa, que no habia salido de Ceuta, se guareció bajo la muralla.

El mar se puso furioso y bravío, y á pesar del viento impetuoso y frio y de la deshecha tempestad, todos se asomaron para ver un vapor de ruedas que se adelantaba trabajosamente en demanda del puerto, luchando con las olas y tan descompuesto, que no se creia pudiese llegar á salvo. Afortunadamente, llegó sin tropiezo, consiguiendo salvarse.

Del 4 al 9 no hubo novedad en el campamento, escepto las enfermedades que fueron aumentándose. El 6 á medio dia el general Odonell bajó á pié á Ceuta pasando á visitar los hospitales. Se detuvo junto á las camas de los soldados, habló con muchos de ellos, reparó algunas faltas y dió órdenes terminantes para la enmienda, encargó que nada se escasease para el alivio de los dolientes, y repartió un duro á cada uno de los heridos.

En el intérvalo de estos dias, nuestros oficiales tertulianos se reunieron cada noche en la tienda, y oyeron el final de la historia de don Sebastian que les fué contada del modo siguiente:

VII.

D. Sebastian en Africa.

CONCLUSION.

Quedó, pues, aprobado el plan que queria D. Sebastian, y es preciso saber que el camino por tierra era en efecto muy peligroso.

Se trataba nada menos que de internarse haciendo seis dias de marcha antes de hallar el puente que los moros tenian sobre el rio Lish, ó un vado conveniente para que pudiese atravesarlo el ejército, porque D. Sebastian no llevaba material de puentes ni podia esperar encontrarlo en el camino.

Por otra parte, era de presumir que el enemigo hubiese preparado una fuerte defensa, tanto en el puente como á lo largo de las orillas del rio; y hasta el mismo Mahomed, aterrado con las dificultades que se ofrecian, aconsejó al rey que hiciese cambiar de rumbo á las tropas en la direccion de Larache, atacando mejor esta plaza por mar y por tierra. Esto hubiera sido una idea feliz. Pero el rey de Portugal, decidido ya, no quiso apartarse de la resolucion tomada, y se dirigió con todas sus fuerzas hácia Alcazarquivir, donde se hallaba el camino que conducia al puente de Lish.

A medida que se internaban en el camino, se aumentaba el temor de los portugueses, viendo la empresa temeraria en que el rey los arriesgaba. Por todas partes encontraban sitios desiertos, campiñas estériles, vastos arenales y poblaciones desleales ó enemigas.

A mas, los moros no daban pruebas de simpatía en favor del destronado Mahomed, como él habia esperado; mas bien le detestaban por haber dado su confianza á los infieles. Y por fin, faltaban las vituallas para un número tan grande de gente, y demasiado se sabia que no pasarian por ningun sitio que fuese bastante rico para abastecerse de lo necesario.

El 29 de julio alojóse el rey en el lugar llamado de los molinos, á tres leguas de Arcilla, que es donde habia primitivamente acampado por estar inmediato á Tánjer.

El 30 llegó á Menera.

El 1.° de agosto pasó á Cabeza de Ardana.

El 2 por fin llegó á Barkain, de donde para avanzar le era preciso vadear el rio Macazen, siendo necesarios aun dos dias de marcha para llegar al puente de Lukos ó del Lish.

Mientras el rey D. Sebastian estaba en este alojamiento, llegó á su campo D. Francisco de Aldana, que se habia retrasado, hombre práctico en guerra, que antes de entonces habia tenido grandes pláticas sobre la campaña con el mismo D. Sebastian, habiendo corrido dis-

frazado mucha parte del imperio de Marruecos para observar, tomar lenguas y adquirir noticias. Era portador de cartas, con nuevas advertencias y consejos, de Felipe II y del duque de Alba y llevaba en nombre del monarca español á D. Sebastian el yelmo y las armas que vestia Carlos V, cuando la toma de Tunez. Este bravo y entendido castellano fué recibido con grande alborozo por el rey, quien le mandó aposentar cerca de su persona, nombrándole superintendente general del ejército.

En el interin, advertido el emperador Muley Melek de la marcha del ejército portugués, se puso á su vez en marcha con los suyos, llegó el 2 de agosto á Alcazar, y de allí, pasado el puente hácia el cual se dirigian los portugueses, se acampó en posicion fuerte y adaptada para las maniobras de su caballería, poco distante del rio, el dia mismo en que sus enemigos habian vadeado el Macazen, poniendo así entre ellos y el mar un nuevo obstáculo á la retirada.

El dia 3 de agosto se avistaron, pues, entrambas huestes, dia en que todos los autores convienen en decir que el cielo lanzaba verdadero fuego aun para los árabes guarecidos en sus puestos cubiertos. Dícese que aquel dia el sol se levantó á manera de un globo rojizo, rodeado de siniestros vapores y en medio de una especie de lago de sangre.

Muley Melek, famoso hombre de guerra, habia querido mandar en persona el ejército, á pesar de hallarse gravemente enfermo, para asegurar mejor la victoria. El caudillo moro procedia con gran cautela en todo, mientras que D. Sebastian solo daba pruebas de atrevimiento y de imprudencia. Llegado que fué el moro al frente del enemigo, que se habia acampado al otro lado de un riachuelo cerca de Alcazarquivir, visitó una á una todas sus divisiones, haciéndose conducir en una litera, por hallarse casi moribundo, y confió á su hermano el mando de la caballería.

El ejército marroquí formaba una masa de 40,000 caballos y 8,000 infantes con 31 piezas de gruesa y pesada artillería.

Los jefes musulmanes que acompañaban á D. Sebastian, estaban perfectamente informados de lo que pasaba en el campo enemigo, y sabian con toda certeza que el emperador de Marruecos luchaba en vano, y con toda su energía, contra el mal que le devoraba, y que

su fin estaba muy próximo, pues era resultado su enfermedad de un tósigo que habian encontrado medio de hacerle suministrar algunos dias antes. El jerife, cuyo nombre se daba siempre á Mahomed el pretendiente, sabia todo esto y trató de persuadir por lo mismo á D. Sebastian que aplazase la batalla para aprovecharse cuando menos de las ventajas que daban esperanzas de conseguir la próxima muerte de su enemigo.

Imprudentes consejeros hicieron valer la falta de provisiones que comenzaba á esperimentarse desde dos dias antes; otros en cambio propusieron matar los mulos de transporte y esperar; pero para atemperarse á semejante espediente, era necesario ser otro hombre que el fogoso D. Sebastian.

Resignado, sin embargo, aunque siempre dispuesto á pelear, se hallaba en su tienda, cuando cuentan que uno de sus capitanes penetró hasta él mordiéndose los puños de rabia y aparentando grande enojo porque no se comenzaba el combate que, segun dijo, las tropas esperaban con impaciencia.

No necesitaba mas que este aguijon un hombre del carácter de don Sebastian. Ya no quiso aguardar mas, y despreciando los consejos del jerife y desoyendo las advertencias del capitan Aldana que con militar franqueza le anunció que iba á perderse, mandó á este que marchase á preparar los escuadrones, y todo se dispuso para la pelea.

El órden de batalla parece que fué el siguiente:

D. Sebastian formó una masa cuadrada, defendida por treinta y y seis piezas de artillería, y tomó el mando del ala izquierda, confiando la derecha al duque de Aveiro. Formaban la vanguardia los castellanos, tudescos é italianos, el centro los portugueses, y la retaguardia se componia de gente bisoña y de toda la turba inútil que habia seguido al ejército.

Muley Melek, seguido de sus consejeros y de los renegados cristianos, que eran en gran número en su campo, mandó formar una vasta media luna con el objeto de envolver al enemigo. Este plan de batalla era cual convenia á la disposicion del terreno así como á las circunstancias en que se encontraba, y todo da á conocer la presencia de espíritu de que se sentia animado el jefe árabe, tanto mas admirable cuando dictó sus órdenes estando agonizando, teniendo que ha-

cer un esfuerzo sobrenatural para montar á caballo y tomar las primeras disposiciones.

Desgraciadamente, D. Sebastian no comprendió que su primera posicion era la mas ventajosa, porque tenia el rio Macazen por un lado y las vastas lagunas por el otro, con el Lukos sobre sus alas. Así fué que, abandonando aquella especie de trincheras naturales, salió resueltamente á la vasta llanura, considerándola digno teatro de tan grande batalla. El enemigo estendió inmediatamente los estremos de su vasta media luna para circuir por todas partes á los cristianos.

La artillería de los portugueses se hallaba tan mal servida, que no se dictó ninguna disposicion para preservarla de un golpe desgraciado. La de Muley Melek permaneció algun tiempo emboscada, de modo que así que empezó sus disparos, hizo los mas terribles estragos. El cañon de los portugueses contestó á sus fuegos, pero sin fruto, y los trenes fueron inmediatamente abandonados.

Hasta entonces D. Sebastian no dió el grito de *Santiago*, tan impacientemente esperado, y sin el cual ningun cuerpo podia empezar el combate.

Los castellanos é italianos se arrojaron los primeros con tal ímpetu, que la infantería enemiga se vió rota y dispersada en un momento. Los escuadrones portugueses á su vez llegaron entonces tan adelante, que Antonio Mendez, que era un simple criado del cuartel maestre, salió de en medio de los batallones musulmanes con una bandera que habia ganado.

La victoria estuvo por un momento en manos de los cristianos.

En aquel momento Muley Melek, que se habia presentado al ejército adornado como para una victoria y montado en su caballo de guerra, viendo la rota de los suyos, levantó su alfanje y se dispuso á ponerse á su frente para llevarlos de nuevo al combate, pero sin fuerzas ya y conociendo que su fin se acercaba por instantes, hubo de apearse, y al tenderse para morir detrás de las espléndidas cortinas de su litera, tuvo valor para dar las órdenes mas terminantes al objeto de que se ocultase su muerte, diciendo que de ello dependia la victoria. ¡Rasgo de firmeza estraordinaria en aquel gran capitan que quiso antes de dejar el mundo ceñirse una nueva corona de laureles!

Un renegado, genovés segun unos y portugués segun otros, com-

prendió en aquel momento cuanto importaban el ardid y la serenidad. Así es, que arrimándose á la litera, entreabrió las cortinas y se puso á improvisar y á dar órdenes, como si las fuese recibiendo de su emperador. Un rey muerto siguió, pues, mandando la batalla.

La infantería cristiana seguia ganando terreno, y el rey D. Sebastian y el duque de Aveiro acosaban bizarramente á la caballería árabe, prometiéndose todos la mas venturosa jornada, cuando en lo mas ardiente de la refriega se oyó una voz que gritaba: *¡Atrás! ¡Atrás!*

¿Quién dió esta voz? ¿Diéronla el rey y el duque, como pretenden unos, ó salió de una boca desconocida, como afirman otros?

Lo cierto es que desde aquel instante todo se perdió.

Una frase sublime, sin embargo, respondió á aquel grito de desaliento. El hermano del conde de Matosiños, Sebastian da Sá, esclamó:

—¡Huir! ¡Cómo huir! ¡Mi caballo no sabe volver atrás!

Y fuése á buscar la muerte en medio de los moros.

El movimiento de desaliento que habia llegado á afectar á los dos campeones del ejército no duró mucho; el rey y el duque de Aveiro volvieron con nuevo ardor á la pelea. D. Sebastian, antes de comenzar el combate, habia dicho:

—Si me veis, será á la cabeza de mis escuadrones; si no me veis, estaré entre las masas de los enemigos.

Entonces cumplió su palabra, pero ya era tarde.

Mientras peleaba como un caballero en vez de mandar como un general, los moros dirigian habilmente sus certeros tiros contra el cuerpo de aventureros. Este comenzó á ceder, y el aspecto de la batalla cambió completamente de faz.

El duque de Aveiro, que habia ya perdido una mano, se lanzó al frente de su caballería yendo á buscar una muerte gloriosa entre los enemigos. Juan de Mendoza, el bizarro gobernador de Indias, el valiente justador, le fué fiel en la vida y en la muerte, y cayó á su lado.

Los guerreros prácticos y esperimentados conocieron entonces que todo estaba perdido.

La confusion y el desórden comenzaron á reinar en el campo cristiano, y D. Sebastian, acompañado de su porta-estandarte el jóven y denodado Jorge Tello, hizo prodigios de valor y de fuerza, cuidándose de pelear como un leon acorralado, pero sin tomar una medida de prudencia para contener aquel desórden.

Allí murió, peleando como bueno, y cubriendo al rey con su cuerpo, el bravo capitan Aldana; allí, como buenos soldados, cayeron D. Gonzalo Chacon, caballero castellano, el jefe de los tercios tudescos y el que mandaba los italianos; allí murió la flor de los caballeros, entre ellos D. Alonso de Aguilar, coronel de los españoles, que á pesar de ver cuan forzosa era la retirada, arremetia siempre mas fuerte contra los moros, diciendo:

—No quiera Dios que nunca vuelva atrás la casa de Aguilar.

El desórden y la confusion llegaron entonces á un fatal término.

Si el ejército se hubiese podido salvar con el valor de su rey, de seguro lo habria conseguido; pero D. Sebastian no quiso conservar la vida á precio de su libertad. Habiendo encontrado á D. Jorge de Albuquerque Coello, y habiéndole dicho que se apease para tomarle el caballo, pues el suyo no podia ya moverse, D. Jorge le dijo:

—Id, señor, y salvaos, porque mi vida nada vale y la vuestra es muy importante.

Pero el rey se lanza sobre el caballo de este fiel servidor, y precedido de su porta-estandarte, se precipita de nuevo sobre el enemigo con el semblante de llevar á cabo una victoria, aunque con la firme resolucion de encontrar la muerte.

El alferez porta-estandarte, siguiendo siempre á su rey, cayó por fin de caballo. Muchos fueron los valientes que perecieron entonces en defensa de la bandera real. Un hombre denodado, Luis de Brito, la salvó, arrollándola á su brazo izquierdo y lanzándose hácia el rey. Este le preguntó si se habia salvado el estandarte real.

—Salvo está, señor, le dijo Luis de Brito, pues rodea un brazo que sabe herir.

D. Sebastian dijo entonces:

—Abracémosle y muramos con él.

Tales fueron las postreras palabras que profirió D. Sebastian para la historia.

La mayoría de los escritores afirman que D. Sebastian murió en la batalla. Algunos, muy pocos, cuentan que se salvó retirándose á un desierto á llorar sus culpas y desgracias.

El fundamento que hubo para fábula tan acreditada fué el que de los pocos que se salvaron, llegaron aquella noche á las puertas de Ar-

cilla cuatro ó seis mancebos. Los centinelas no habian de abrir sin que llegase la mañana, y entonces los fugitivos, temiendo ser perseguidos, alegaron que iba con ellos el rey D. Sebastian. Abriéronse á este nombre las puertas, mandando el gobernador encender algunas antorchas; y acaso por no ser conocido alguno de los hidalgos que allí iba, ó por vergüenza de haber sobrevivido á sus compañeros, se caló el embozo cubriéndose el rostro y desapareciendo por las calles de la ciudad.

En contra de esto, los mas refieren que el rey murió en el campo peleando como caballero y como valiente, y cuentan que en el mismo dia de la desgraciada batalla, Sebastian de Resende, paje de la real cámara, al pasar como esclavo por entre aquella multitud de cadáveres de amigos y enemigos, todos en cueros, porque indistintamente los habian despojado de sus vestidos, Sebastian de Resende, pues, vió entre otros cuerpos el del rey, cuyo servidor habia sido. A aquella vista dolorosa echó á llorar amargamente, y grabó en su memoria el sitio de aquella triste escena.

Al dia siguiente por la mañana, habiendo dado cuenta á los caballeros de lo que habia visto, les pareció que debia decir al nuevo emperador Ahmed, hermano del difunto Muley Melek, que no dejase aquel cuerpo sin sepultura. Enviaron, pues, un mensaje á aquel príncipe, quien mandó que dos moros, acompañados por Resende, fuesen en busca del cadáver, el cual fué encontrado en el lugar señalado.

Fué recogido el cadáver del que indicó Resende ser el rey, y se le dió sepultura, colocando sobre el sitio en que se le enterró algunas piedras y tejas para que en todo tiempo se le pudiese reconocer.

Otros historiadores suponen finalmente que el rey murió en realidad, pero que su cadáver no fué encontrado, dando esto lugar á la fábula de que consiguió salvarse apelando á la fuga.

Solo falta decir ahora que Mahomed, el pretendiente á la corona, murió tambien. Despues de haber dado buenos consejos, que por desgracia no se siguieron, despues de haber peleado como un valiente, cuando vió la rota de los cristianos, buscó su salvacion en la fuga, muriendo ahogado al atravesar el Macazen, que venia muy crecido á la sazon.

Tal fué aquella batalla en que murieron tres reyes.

Los moros se quedaron con todo el campamento cristiano y con infinidad de cautivos que llevaron á Fez, donde sufrieron lo que no es dable decir ni imaginar.

Hay quien supone que solo lograron escapar sesenta hombres del ejército cristiano, quedando prisionero todo el resto con la flor de la nobleza portuguesa. De este último número fué el embajador español que iba con D. Sebastian.

¡Desgraciada jornada esta!

Desde entonces acá, los europeos no hemos hecho nada ó muy poca cosa al menos en África. Aquella dolorosa catástrofe, además de ocasionar la caida del Portugal en manos de Felipe II, disuadió á las potencias de Europa de tentar otras espediciones á parajes tan llenos de peligros y defendidos por tribus armadas y valientes, á quienes el fanatismo dobla las fuerzas cuando se trata de combatir á los cristianos.

Los franceses han sido en este siglo los primeros que con la batalla de Isly han roto el antiguo prestigio derrotando el ejército del difunto emperador de Marruecos, mandado por el que lo es ahora; y no parece sino que presentándonos nosotros á nuestra vez, venimos á vengar el triste fin de D. Sebastian y del puñado de valientes españoles que le acompañaba.

Antes de terminar dejadme añadir algunas palabras,—dijo el oficial que hacia á sus compañeros esta reseña histórica;—debemos confiar en la prudencia de nuestro general en jefe. Nada podemos saber de su plan de campaña, pero por lo que yo traduzco por las disposiciones que se toman, se me figura que es conocedor de la historia de D. Sebastian, y sobre todo que tiene presente el consejo que en iguales circunstancias que las nuestras le dió el duque de Alba. Todo me induce á creer que vamos á operar á lo largo de la playa y sin perder de vista las costas, precisamente como aconsejaba el duque de Alba.

Señores,—añadió al terminar,—yo confio mucho en Odonell. El ejemplo de la rota de D. Sebastian nos será provechoso.

Así concluyó el narrador. Los oyentes quedáronse todavía un buen rato discurriendo, unos sobre lo que acababan de escuchar, mientras

otros hablaban de los hechos peculiares del campamento.

Hacia ya ocho dias que ni siquiera un combate de guerrillas venia á turbar la monotonía del campo. En cambio, las penalidades aumentaban, porque el campamento continuaba interceptado por mar á causa del furioso temporal que dominaba en el estrecho, y el viento impetuoso, la lluvia, el frio, la humedad contínua y las enfermedades tenian asediados á nuestros valientes, como si con tantas calamidades juntas pretendiera Dios poner á verdadera prueba su resistencia y su heroismo.

Eran dias de amargura aquellos, y no habia soldado ni oficial que no desease el combate.

Aquella calma les aterraba, dándoles lugar á pensar, que era por el pronto lo mas temible.

El estado sanitario del ejército era poco satisfactorio, pues no cesaban de entrar enfermos á todas horas en los hospitales. El segundo cuerpo de ejército, acampado entonces en el *Serrallo*, era el que mas sufria, atribuyéndose á ser malsana aquella localidad, puesto que la enfermedad habia desaparecido casi por completo del primer cuerpo, que antes estaba allí, apenas fué relevado por el segundo.

No faltaba quien murmuraba en el campamento, quejándose de la inaccion del ejército que permanecia allí dias y dias en terreno poco sano y en la estacion mas cruda, sin adelantar un paso, y sufriendo de vez en cuando un choque de los moros que, si bien eran rechazados siempre, causaban sensibles pérdidas en nuestras tropas.

Estas murmuraciones se trocaron en plácemes mas tarde cuando conocieron la cautela y prudencia con que procedia el general Odonell.

Un jefe escribia en aquellos dias á los redactores de un periódico creado solo para hablar de la guerra:

«Todos los trabajos de estos dias (del 1 al 8) se reducen á la recomposicion del camino de Tetuan y á fortificar mas y mas los reductos. El del centro aun no tiene, sin embargo, artillería. La opinion pública impaciente ha precipitado la venida de Echagüe y la del mismo Odonell antes de que el ejército estuviera organizado del todo y en disposicion de obrar pronta y enérgicamente.»

El dia 8 el general Prim hizo un reconocimiento por el camino de Tetuan para proteger los trabajos que se estaban haciendo por aquel

lado á fin de abrir paso á la artillería. Un grupo de cuarenta ó cincuenta moros hizo algunos disparos, que Prim despreció no haciéndoles ni la honra de contestar. Solo las lanchas cañoneras respondieron á sus fuegos arrojándoles algunas granadas con bastante acierto.

Por la tarde de aquel dia se vieron moros en gran número sobre la sierra.

Esto hizo creer á algunos que al dia siguiente habria combate.

Así sucedió.

VIII.

Combate del 9 de noviembre.

En este dia los moros se decidieron á proporcionarnos un nuevo triunfo.

Sabiendo sin duda que el reducto del centro aun no tenia colocados sus cañones, se propusieron atacarle, y aprovecharon las sombras de la noche para correrse por el bosque y ocultarse en él hasta rayar el alba, acechando el momento propicio para su intento.

Al amanecer salieron ocho compañías de cazadores á la descubierta ordinaria. Los marroquíes ocultos les dejaron pasar, quedando sobre su retaguardia, y apenas se habian separado lo bastante, cayeron sobre el reducto al mismo tiempo que otros dos cuerpos de quinientos hombres atacaban las compañías cortadas.

Los moros, en su ataque al reducto, llegaron hasta el mismo foso donde los nuestros se batieron cuerpo á cuerpo con ellos, dando relevantes pruebas de un valor heróico, en tanto que las compañías cortadas sufrian considerablemente, y mientras que un regimiento que subia al relevo, el de Arapiles, soportaba un espantoso fuego que le hacian parapetados tras los árboles y matorrales.

El regimiento que se hallaba de guarnicion en el reducto era el de Castilla, y como este no lleva *roses*, los moros se lanzaban á él gritando algunos en español:—Ser soldados de la sultana de España y estar gallinas.

Gritaban esto porque á los nuestros que llevan ros y pantalon colorado los creian entonces franceses al servicio de España.

Apenas oyó el fuego el general en jefe, salió de su tienda y á pié se dirigió al sitio del combate hasta que le llevaron el caballo, apresurándose á dictar las disposiciones y órdenes convenientes.

En el interin las compañías avanzadas iban retrocediendo hácia el reducto luchando en desigual pelea, los regimientos de Castilla y Arapiles, atacados á un tiempo, tenian numerosas bajas en pocos momentos. El coronel de Castilla cayó herido, lo mismo que otros varios oficiales, y por una y otra parte se disputaba el terreno palmo á palmo, luchándose con igual bravura y tenacidad.

El combate era desigual en estremo. Afortunadamente, acudieron en breve fuerzas mayores del segundo cuerpo de ejército, á las órdenes de Zabala, y de la reserva, al mando de Prim. Estendidos en línea los nuestros, comenzaron á batir el bosque árbol por árbol, arrollando á las turbas moriscas, que muy diezmadas y perseguidas por todas partes, fueron retrocediendo hácia la sierra, recogiendo como siempre cuantos heridos y muertos les fué posible, á pesar de lo cual quedaron no pocos esparcidos por el campo.

Reforzados los marroquíes, aun repitieron el ataque, pero entonces Prim, dando afortunado comienzo á sus brillantes hechos de armas en esta campaña, que ha sido para todos, pero en particular para él de buena y legítima gloria, Prim, repetimos, consiguió en parte cortarles la retirada, y sus tropas se vengaron en toda regla, á pesar del nutrido fuego que sufrian y que no cesó hasta media tarde.

Por primera vez se vió en esta jornada alguna caballería de enemigos.

Al caer de la tarde aun se veian desfilar los moros por los montes en largas hileras, envueltos en sus blancos alquiceles, y disparando sin cesar sus espingardas, sin embargo de estar á una distancia tres veces mayor que el alcance de las balas.

«Nuestras tropas hoy como siempre, decia un oficial en una carta, se han batido con tal intrepidez, que mas que animarlas ha sido preciso contener su demasiado arrojo, y bien pueden, sin miedo de desdoro, ponerse al lado del mejor ejército del mundo. He visto á estos soldados, bisoños en su mayor parte, tan alegres, contentos y satisfe-

chos despues de este reñido combate, como si de muchos años estuvieran habituados á las batallas y á los mas crudos azares. »

Gloriosa fué la jornada, pero nos costó mucho. Obtuvieron en particular los honores de ella los regimientos de Castilla y de Arapiles.

Tuvimos una baja de cincuenta muertos y mas de doscientos cincuenta heridos con veinte y cinco oficiales, entre ellos el ayudante de Zabala, hijo del duque de Ahumada, el teniente coronel de Córdoba, los coroneles de Castilla y de ingenieros, y dos oficiales del estado mayor.

Se calcula que los moros eran en número de 8000. Tuvieron pérdidas de consideracion. Solo en el campo dejaron treinta ó cuarenta muertos que no pudieron retirar.

Tampoco se hizo ningun prisionero. Antes que entregarse, se hacian matar.

El general en jefe concedió varias gracias sobre el campo de batalla.

Los trabajos por la parte de Tetuan no fueron interrumpidos, á pesar del combate.

En este mismo dia quedó instalada en el campamento la hermosa brigada de artillería rodada de Sevilla, y desembarcó en Ceuta mucho comestible, entre otras cosas mas de doscientas cajas del fondista que iba dispuesto á seguir al ejército durante toda la campaña.

Tambien se supo en el ejército que Ceuta habia sido declarado puerto franco, escepto para los artículos estancados como tabaco, pólvora etc.; noticia que alegró sobremanera porque todo se vendia hasta entonces á precios fabulosos.

IX.

La noche del 9 no hubo tertulia, ó á lo menos no estaban los oficiales para entreteñerse á oir relatos. Reuniéronse todos como de costumbre, pero solo fué para hablar del combate de aquel dia, de los hechos de valor que habian tenido lugar y de los incidentes y episodios de la jornada.

Un jefe contó que las balas llegaban hasta el reducto de *Isabel II* en donde estaba el general Odonell. Un coronel le rogó que se retirase del peligroso sitio que ocupaba, pero el conde de Lucena contestó tranquilamente:

—No tengais cuidado. Mi vida está en manos de la Providencia, y yo confio muchísimo en ella para que vele por mí.

Otros hablaban de sus compañeros muertos y heridos. En efecto, faltaban á la reunion cinco oficiales y se contaba de que manera se habian portado y lo gloriosamente que habian combatido.

Uno hacia observar que entre los moros que habian atacado aquella mañana se veian muchos mulatos, lo cual, á su parecer, probaba que el emperador habia enviado tropas del interior de Marruecos; otro elogiaba el comportamiento de los presidarios refiriendo haber visto uno que, armado solo de un puñal, mató á un moro cogiéndole la espingarda; no faltaba quien ensalzase la vida del general Odonell en el campamento, haciendo notar que apenas dormia y que mas bien podia decirse que descansaba solo, recorriendo de dia y de noche las calles de las tiendas, parándose á hablar con los jefes y alguna vez con los soldados, bajando á visitar los hospitales y recorriendo de noche á horas impensadas los puestos avanzados para ver si habia en todo la debida vigilancia; últimamente, otro se felicitaba del próximo establecimiento de una fonda en el campamento, provista de fiambres, pastas y toda clase de vinos.

Entretenidos en estas y otras conversaciones, pasaron mas de hora y media hablando, pero los mas se hallaban fatigados de la jornada, en la que algunos habian tomado una parte muy activa, y por lo mismo la reunion se disolvió bien pronto aquella noche.

El 10 no hubo novedad en el campamento. El tiempo estuvo bueno y pudieron continuarse los trabajos, dejando ya aquel dia, segun se dijo, tres leguas del camino de Tetuan espedito para la artillería. Fueron colocados en los reductos piezas de á diez y seis y algunos obuses.

Aquella noche ya nuestros oficiales estaban descansados y tuvieron su tertulia. Despues de un buen rato consagrado á oir la relacion de algunas anécdotas del campamento y de la accion del dia anterior, el oficial que les había contado la rota de D. Sebastian comenzó un nuevo relato histórico.

X.

El duque de Riperda.

Voy á contaros, les dijo el narrador, la historia del famoso y aventurero duque de Riperda, hombre que figura ruidosamente en la historia de Marruecos. No era español, sino holandés, y se presentó en Madrid como enviado de Holanda. Era un audaz aventurero, un hombre decidido y dispuesto á sacrificar cuanto se oponía á sus pasos, mientras pudiera satisfacer su ambicion. El baron de Riperda, porque entonces no era duque aun, habia nacido católico, pero se habia hecho luego protestante, y al estar en España, nacion eminentemente católica, que habia escogido para teatro de sus planes, volvió á ser católico.

Era hombre que no se paraba en barras.

Riperda consiguió introducirse en palacio y fué poco á poco granjeándose las simpatías del rey Felipe V, y especialmente de la reina, cuyo confesor era el mas acérrimo parcial y panegirista del baron.

Cuando Alberoni cayó del poder, el baron fué llamado á sucederle al poco tiempo, y no tardó en ser nombrado duque y grande de España de primera clase. Por algunos meses fué el hombre de confianza del rey y el primero en España.

El pueblo, que raras veces se equivoca en el juicio que forma de los gobernantes, fué el primero en declararse contra Riperda; su cualidad de extranjero, su volubilidad en materia de religion, su conversion sospechosa al catolicismo, su arrogancia y otra multitud de circunstancias, fueron objeto de que su nombre anduviera ridiculizado en coplas y en romances, eco de la general opinion.

Comenzó en fin el rey á desconfiar de su favorito y á mostrarse con él frio y reservado, y por fin sonó la hora de su desgracia. El ministro cayó ruidosamente, tanto que fué preso y encerrado en el alcázar de Segovia.

Allí vejetaba tristemente en 1727, atormentado por los recuerdos

de su privanza, enfermo, decaido y abandonado de todos los que un dia se agrupaban á su lado haciéndole el ídolo de sus ilusiones. En aquel tiempo murió el alcaide de la torre, que le tenia algunas deferencias, y entró á sucederle otro que, por ser quizá enemigo suyo, se mostró mucho menos condescendiente con su prisionero.

Así es como de dia en dia se presentaba el porvenir mas negro para el antiguo favorito de Felipe V, y habíase ya acostumbrado á la idea de que envejecería y moriría entre aquellos muros, cuando un ausilio inesperado vino á cambiar completamente su situacion.

Este ausilio se lo procuró una mujer.

Servia de doncella á la alcaidesa una jóven natural de Tordesillas, graciosa de rostro y adornada de un talento mas cultivado que lo que su condicion prometía. Llamábase Josefa Ramos.

Esta jóven criada, ya sea que la infeliz situacion del duque la moviese á piedad, ya que calculase hábilmente este medio de hacer rápida fortuna, lo cierto es que resolvió poner término al cautiverio de Riperda procurándole la fuga.

Púsose de acuerdo con él, concertaron juntos los medios de la evasion, venció con habilidad y maña cuantos obstáculos se oponian á sus planes, sobornó algunos soldados, y combinó la evasion del duque para el dia 30 de agosto, deseosa de aprovechar la confusion que en dicha noche reinaria en la ciudad y en el alcázar por ser víspera de las funciones de toros.

Todo estaba, pues, dispuesto y preparado, cuando llegó la noche del 30.

Aquí llegaba tambien de su narracion el oficial, cuando un soldado se precipitó en la tienda en busca de un jefe. Este oyó algunas palabras que el soldado le dijo, y se levantó en seguida.

—Señores, esclamó,—cada uno á su puesto. Vamos á tener jarana esta noche.

La reunion se disolvió en un abrir y cerrar de ojos.

Cada oficial marchó corriendo á ocupar su sitio.

La noche estaba bastante plácida y despejada, una de las mejores que hasta entonces habia disfrutado el ejército.

No era infundada la alarma que tenia lugar.

El general Zabala acababa de dar aviso que se habian visto cruzar algunos moros por entre el reducto de *Isabel II* y la *casa del renegado*, en direccion al campamento.

Comunicáronse, pues, rápidamente las órdenes convenientes, adoptáronse las medidas que el caso y la prudencia exigia, y se pasaron un par de mortales horas alerta todo el mundo, y todo el mundo preparado.

Por fortuna, nada acaeció. Los moros, conociendo sin duda que habian sido sentidos y eran esperados, se retiraron.

La noche se pasó tranquilamente.

XI.

Embarque de la division de Ros de Olano.

Tambien el 11 discurrió sin incidente alguno.

En cambio, mientras en el campamento todo era tranquilidad y calma, en Málaga todo era agitacion y bullicio aquel dia por ser el destinado á embarcarse la division del general Ros de Olano.

Málaga despidió á los soldados que iban á combatir por la patria, con frenéticas muestras de entusiasmo.

Reunidos los catorce batallones que constituian la tercera division, formaron en masa en la alameda, y al desfilar fueron bendecidos por el obispo de la diócesis que, acompañado de las autoridades locales, se habia situado junto á un sencillo altar de campaña, levantado al efecto.

Una carta escrita desde Málaga el dia 12 refiere la escena de este modo:

«Desde la alameda y por dos puentes provisionales levantados en los muelles viejo y nuevo, se trasladaron simultáneamente las tropas con toda comodidad y en el mayor órden á los vapores que las esperaban. La apiñada multitud, que ocupaba todas las avenidas y todas

las alturas, apenas les dejaba trecho para pasar cómodamente, no obstante las precauciones que al efecto se tomaron. Esta parte de la ciudad presentaba un aspecto imponente. El puerto poblado de buques de vapor; las numerosas músicas que daban al viento sus alegres y marciales sones; los atronadores vivas de aquella entusiasta multitud; las voces de mando del ejército y de la marina, y toda aquella inmensidad de gentes de todas clases y condiciones que cruzaban el puerto en ligeros botes, y que llenaban los barcos, el muelle y todos los alrededores, moviendo y agitando sus pañuelos y arrojando al aire sus sombreros, presentaba un espectáculo imposible de describir. Y si imposible de referir es este acto, mas lo son aun las variadas escenas á que daba orígen. Madres despidiéndose de sus hijos; esposas que abrazaban, quizá por última vez, á sus esposos, y amigos que estrechábamos con efusion á nuestros amigos, porque todos los malagueños hemos afirmado mas de una amistad imperecedera con los valientes del tercer cuerpo, formábamos un singular contraste con la estraña alegría que el vulgo espresaba en dichos agudos ó en frases hijas del corazon y del sentimiento.»

La division, tan calurosamente despedida por los malagueños, comenzó á embarcarse á las dos de la tarde, concluyendo á las cuatro. Media hora despues el general Ros con su estado mayor entraba en el *Vasco Nuñez;* y al oscurecer, los diez y ocho vapores salieron del puerto con viento y mar bonancibles, hallándose ya á las doce de la noche entre Ceuta y Gibraltar, bandeando hasta el amanecer, hora en que entraron en el puerto.

Aquella noche, que los de la tercera division pasaron en el mar, la ocuparon los varios oficiales del campamento, de los cuales hemos hablado, oyendo de boca de su compañero la continuacion de la historia del duque de Riperda, interrumpida por la alarma de la víspera.

XII.

El duque de Riperda.

(CONCLUSION)

Dejamos la relacion en los momentos en que todo lo habia preparado la doncella Josefa Ramos para la fuga del ex-ministro.

Tuvo lugar esta con toda felicidad para él.

Salió el duque por una puerta falsa que daba al parque, y á favor del gentío que llenaba las calles, consiguió ponerse en salvo, tomando el camino de Portugal, acompañado de un caballerizo. Poco tardó en reunírsele la Josefa Ramos, que, para no escitar sospechas, aguardó al dia siguiente para salir de Segovia.

De Portugal, el duque de Riperda pasó á Lóndres, siempre acompañado de Josefa Ramos, con la cual vivia maritalmente y de quien tuvo un hijo. Una vez en Lóndres, donde fué muy bien recibido por los reyes que estaban entonces mal con España, se estableció magníficamente, adoptando la divisa *Dextra Domini liberavit me.*

En vano la corte de España, la mas rencorosa de Europa en aquel tiempo, reclamó la persona del que habia sido su ministro. No se le dió oidos.

Sin embargo, bien pronto Riperda con su altanería, su ambicion y su anhelo de mezclarse en los negocios de la corte, se hizo odioso á los reyes. Vióse precisado, pues, á abandonar la Iglaterra, y pasó á Holanda, su patria, en donde no fué muy bien recibido. El gabinete de Madrid continuaba persiguiéndole con encarnizamiento y halló algun apoyo en el gobierno holandés.

Riperda entonces pensó en pedir hospitalidad á la Rusia, dió algun paso con este motivo cerca de la embajada de aquella nacion, pero recibió una respuesta equívoca.

Hallábase, pues, perplejo, sin saber á que punto del globo encaminarse para huir de las iras de la España, cuando un dia, hallándose

en la Haya, se le presentó el almirante del rey de Marruecos, que era un renegado español llamado Perez.

Propúsole pasar á África, diciendo que un hombre como él podria ser muy útil al emperador marroquí. Su querida, la Josefa Ramos, apoyó las razones que le daba Perez, pero Riperda no accedió al pronto. Dijo que se reservaba contestar para cuando hubiese apurado los recursos que aun le quedaban. Consistian estos en escribir al rey de Francia pidiéndole su proteccion, que le fué negada; y en escribir al rey Felipe V una humilde carta pidiéndole su perdon, la cual quedó sin respuesta.

Creyéndose ya con esto Riperda libre de todc compromiso con su conciencia, envió á decir al almirante marroquí que aceptaba sus proposiciones, y partió para África con su querida, Josefa Ramos, dejando sus hijos en Holanda.

La corte de Marruecos era un magnífico teatro para los planes de un hombre de audacia y de intriga como Riperda. Reinaba entonces en este país Muley Abdalá, jóven imberbe á quien dirigia su madre la sultana viuda, que habia sido una hermosa esclava, inglesa de nacimiento, llamada Leyla Jannet. Abdalá recibió al duque en Mequinez con brillante ostentacion, dándole audiencia pública y señalándole despues largas rentas para su mantenimiento, permitiéndole ejercer libremente su religion que, á decir verdad, no se sabia bien fijamente cual era.

Sagaz y astuto, no tardó en conocer el duque de Riperda que quien verdaderamente mandaba en Marruecos era la sultana madre, y por lo tanto, dirijió á ella sus miras y se consagró á ganar su buena voluntad y su favor. Leyla habia sido muy hermosa, y lo era aun. El duque no era despreciable en su figura, y se dedicó á hacerla el amor, tomando su partido y haciéndose decididamente en la corte su campeon y su caballero.

La sultana, aparte de lo sensible que pudiese ser como mujer, era de una ambicion sin límites y revolvia en su cabeza gigantescos proyectos para los cuales necesitaba un instrumento eficaz y pronto. Riperda se ofreció á serlo, y la sultana entonces se confió á él.

Riperda fué elevado á un grado de confianza y familiaridad desconocido hasta entonces en las costumbres y usos del Oriente y de África.

¿Seria un obstáculo para los futuros proyectos del aventurero duque el tener á su lado á la jóven aquella que le habia salvado, proporcionándole el poderse fugar del alcázar de Segovia? ¿Los celos de la sultana ó los de Josefa Ramos estorbaban al duque y le embarazaban?... Difícil es decirlo; pero es lo cierto que á poco de sus relaciones con Leyla, Riperda pasó á Tánjer con su querida, y allí enfermó gravemente Josefa.

Entonces el audaz aventurero, aquel hombre sin creencias y sin corazon, se deshizo de su querida, de su salvadora, de la madre de su hijo, y la envió á Holanda, donde murió al poco tiempo.

Josefa era ya para él una carga pesada y se desprendió de ella.

Cuando hubo partido su querida, volvió á Mequinez á los brazos de la sultana y á embriagarse entre ellos, no de amor, sino de ambicion.

Por aquel tiempo la corte de Madrid tornó á ocuparse de su antiguo ministro. Fué sorprendido y preso en Ceuta un criado de Riperda, y por sus declaraciones oscuras, por su turbacion, al par que por ciertas confidencias recibidas, se sospechó fundadamente que el antiguo favorito de Felipe V, de acuerdo con el emperador de Marruecos, intentaba un golpe de mano contra la plaza de Ceuta.

Parece que esto no quedó bien probado, pero de todos modos algo se maquinaba y para algo habia ido á Ceuta el servidor de Riperda, á quien se encontraron sumas considerables, quizá para comprar á alguno y para hacer secuaces.

Con este motivo, el rey de España espidió un real decreto anulando la gracia de duque y grande que habia otorgado un dia á su ministro, haciendo esto, decia el decreto, por *haber cometido Riperda el enorme delito de pasarse á los moros de Mequinez.*

Ya no se volvió á hablar mas de ninguna tentativa para apoderarse de Ceuta. Si es verdad que Riperda, de acuerdo con Muley Abdalá, habia formado este proyecto, hubo sin duda de desistir de él á causa de las dificultades que ofrecia.

La sultana y él combinaron entonces otro proyecto.

Es preciso tener en cuenta que en aquella época estaban en todo su auge las intrigas del Serrallo. La favorita del emperador era otra esclava inglesa llamada Leyla Genax. Esta y la madre del monarca Ley-

la Jannet, estaban continuamente entregadas á una sorda lucha, hija del odio mortal que entrambas se profesaban.

Leyla Genax, la favorita, se esforzaba por suplantar en el cariño y valimiento del emperador á Leyla Jannet; y esta, aun cuando no temia que triunfase su rival en ambicion, comprendia, sin embargo, la posicion precaria en que se hallaba, pendiendo solo de la vida de Muley Abdalá, pues no tenia otro hijo, y quiso prevenirse para todo evento con el dominio de un reino ó provincia en donde imperar libremente, y que en cualquier trance desgraciado le sirviese de refugio y de posicion fuerte desde donde vengarse de sus enemigos.

Comunicado este pensamiento á Riperda, parece que este fijó sus miradas en Tetuan y su provincia, es decir—añadió el narrador—en los sitios en que pronto brillarán al sol nuestras banderas, por poco que Dios nos preste su ayuda.

Riperda pidió plazo para madurar su proyecto, y decidió pasar á Tetuan, sacándole preliminarmente la sultana la indispensable autorizacion de su hijo.

Antes de que este viaje se efectuase, aquellas dos almas ambiciosas, que tan bien se comprendian y para las cuales el mútuo amor que se demostraban era solo una máscara, urdieron un complot contra la favorita de Abdalá, objeto del odio violento de Leyla Jannet.

Faltan pormenores para saber en qué consistia esta intriga y como estaba urdido este complot. Solo se sabe que no obtuvo buen éxito.

Riperda partió para Tetuan y comenzó por establecerse allí, en cuyas cercanías es fama que hizo labrar multitud de tierras que permanecian incultas. Agradóle sobremanera la situacion de la ciudad, y habia echado ya sus planes para combinar el modo de declarar independiente toda aquella provincia, nombrando reina á la sultana madre y casándose él con ella para ser rey; cuando cierto dia se le presentó un aleman, que allí se hallaba, llamado Teodoro, á cuyo nombre añadia el título de baron de Neoff.

Este hombre era un aventurero tan acabado y perfecto como podia serlo el duque de Riperda.

Habia nacido en Westfalia, desde donde pasó á España, y habiendo gastado el dinero que el gobierno de esta nacion le diera para levantar un regimiento, fugose á Francia y anduvo errante y vagabun-

do mucho tiempo por Europa, fingiéndose inglés en Liorna, español en Londres y sueco en Génova, y haciéndose llamar indistintamente Napoer, Niffer ó Neoff. En Génova se le ocurrió la idea de auxiliar á los corsos en su sublevacion contra aquella metrópoli, y en efecto, pasó á Córcega, tomando parte en el movimiento y logrando distinguirse, mas viendo los pocos medios de defensa que tenian los sublevados, les aconsejó que acudiesen al emperador de Marruecos en solicitud de su apoyo, y se ofreció él mismo á desempeñar la embajada.

Este era el motivo de hallarse en Tetuan el baron de Neoff.

Los dos aventureros se vieron en este último punto y no necesitaron mas para entenderse. A nadie mejor que á ellos, con motivo de haberse encontrado en tierras tan apartadas de su país, podria aplicarse aquel sabido refran de *Dios los cria y ellos se juntan*.

Con las largas conversaciones que los dos aventureros tuvieron en Tetuan, las ideas de Riperda tomaron otro giro, y concibió la idea de desembarcar en Córcega y hacerse proclamar rey de aquel país, todo con el dinero y los recursos que le proporcionase la sultana, á quien le pareció que podria hacer aprobar su plan ofreciéndola que reinaria con él en Córcega. La sultana, sin embargo, no fué de este parecer y se opuso á que el duque saliese de África, aunque, con largueza digna de los pensamientos que abrigaba, facilitó cuanto dinero fué necesario para la empresa.

Riperda en semejante trance, sin abandonar la idea de coronarse rey de Córcega, se vió precisado á nombrar su lugarteniente á Neoff, y dándole armas y dinero le puso en situacion de llevar un considerable socorro á los sublevados.

Desembarcó Teodoro en Córcega, y olvidándose de lo prometido á Riperda, se hizo coronar á sí mismo rey de aquella isla, cuyos pueblos todos le prestaron obediencia, escepto algunas plazas guarnecidas de genoveses, pero el entusiasmo de los corsos por su nuevo rey fué muy breve; los genoveses desembarcaron nuevas tropas, y el rey Teodoro se vió precisado á volver á emprender su vida errante y vagabunda por Europa.

Riperda recibió un golpe mortal con la traicion de su amigo, y trató de presentarse, aunque confuso y vacilante, ante la sultana para

darle cuenta de que modo se habian malgastado sus tesoros, desapareciendo con ellos sus esperanzas.

Se disponia, pues, á dejar Tetuan, á donde pensaba luego volver con abundancia de oro para poner en planta á lo menos sus primitivos proyectos, cuando el gobernador ó alcaide de la ciudad se le presentó á decir que tenia órden de no dejarle salir de la ciudad hasta nuevo mandato. Desconsolado el duque, escribió á la sultana haciéndola sabedora de lo que pasaba y diciéndola que impetrase de su hijo el permiso de poder regresar á Mequinez, pero cuando esperaba ansiosamente este documento, recibió la terrible noticia de la muerte de su amante.

Las desavenencias entre las dos sultanas habian llegado á tal término, que acabaron por tener un trágico desenlace.

Leyla Jannet murió envenenada por Leyla Genax.

Así acabó aquella célebre inglesa que, á su vez, tantas vidas habia sacrificado á sus planes ambiciosos, y que tantos otros tósigos habia suministrado, al único objeto de preparar y asegurar el imperio y dominacion de su hijo Muley Abdalá.

El duque de Riperda, privado con la muerte de la sultana, del apoyo que pudiera tener para llevar á cabo los proyectos que sin cesar abortaba su imaginacion calenturienta, pidió permiso al emperador de Marruecos para pasar á Roma, al efecto, segun dijo, de cumplir un voto que habia hecho en un lance apurado; pero el emperador, que habia oido repetir á su madre que nunca convendria dejar salir de África al duque por los altos secretos que del imperio sabia y por lo terrible y fatal que seria su revelacion en Europa, nególe el permiso que solicitaba. Entonces fué cuando Riperda, no pudiendo avenirse con la idea de renunciar para siempre á su independencia, empezó á decaer de sus sueños y delirios, y enfermando gravemente, concluyó sus dias en Tetuan á fines de noviembre de 1737.

Así terminó el relato histórico del duque de Riperda, y, como es natural, promovióse alguna discusion sobre el personaje cuyas estrañas y novelescas aventuras se acababan de oir.

En esto se hallaba la conversacion, cuando un oficial le dijo al narrador:

—Pero hasta ahora, solo nos has contado cosas que todo lo mas nos interesan ligeramente. Yo quisiera que nos relataras alguna de nuestras antiguas glorias en África, algo que nos ataña de mas cerca, algo que pueda hacer hervir la sangre en nuestras venas al considerar que somos descendientes y sucesores de los que ilustraron su nombre en gloriosas campañas.

—Os complaceré á todos, contestó el interpelado; dejadme reunir mis recuerdos y para mañana os prometo, si no me han muerto los moros, contaros alguna cosa que haga mas al caso y que podais escuchar con mas gusto, en vuestra doble cualidad de españoles y guerreros.

Alcanzada esta oferta y promesa, la reunion se disolvió por aquella noche, quedando aplazada para la siguiente, si algo grave no lo impedia.

XIII.

La accion del 12.

Con la aurora del dia 12 lució la de un nuevo combate y la de una nueva victoria

El general en jefe habia dispuesto que Prim saliese al romper el alba con su division para proteger la construccion del camino que se estaba abriendo desde el campamento á los Castillejos, en direccion á Tetuan.

El general conde de Reus escalonó sus tropas, haciéndolas tomar posicion en las faldas de los cerros, y entonces el primer batallon de ingenieros, el primer batallon y el segundo de los regimientos tercero y quinto de artillería, emprendieron los trabajos del camino bajo la direccion del coronel de ingenieros Sr. Angulo, secundado por el teniente coronel de artillería Sr. Berraeta.

A cosa de mediodía los moros salieron del *boquete de Anghera* en número de 6,000 infantes aproximadamente y ciento cincuenta caba-

llos, corriéndose hácia la izquierda de la division Prim y molestando á la retaguardia con sus fuegos.

El general conde de Reus hizo que las tropas se mantuvieran serenas é impasibles. La inmovilidad á que en aquellos primeros momentos las condenó el general, les impacientaba, pero pronto conocieron las ventajas del plan. Los moros, que tampoco estaban acostumbrados á aquella inmovilidad, se precipitaron ufanos al llano, y este movimiento fué contestado presentando los batallones que hasta entonces habian permanecido como alejados.

Al mismo tiempo que este plan, Prim les habia preparado una emboscada, haciendo que permaneciesen ocultos el batallon de cazadores de Vergara, tres compañías de Luchana y una de Cuenca.

Obtuvo todo el mejor éxito.

Nuestros valientes se lanzaron sobre los moros al tenerlos en el llano. Los enemigos, rodeados por todas partes, sufrieron un grande descalabro. La emboscada dispuesta por el general les desconcertó.

Como llevaban caballería, uno de nuestros batallones formó en cuadro, creyendo que atacaria, pero no cargó como se esperaba. Pero si ellos no lo hicieron, hízolo en cambio, y bien, la fuerza del escuadron de carabineros que sufrió muy pocas bajas, á pesar de su indecible arrojo.

El intento de los moros era envolver y aislar aquel cuerpo de ejército, que era de escasa fuerza, y combatieron con gran ahinco para conseguirlo, corriéndose al efecto desde la sierra hasta la costa, próxima á la cual iba el camino que se estaba abriendo en direccion á Tetuan. El arrojo y serenidad del general y de las tropas hicieron vano su propósito. La escolta de Prim y su cuartel general con su jefe al frente dieron una brillante carga en los momentos de mayor peligro, habiendo quedado heridos algunos oficiales.

Tambien en un momento oportuno llegaron cuarenta caballos al mando de D. Manuel Coig, comandante graduado capitan de caballería, sobrino y ayudante del general en jefe, los cuales prestaron gran servicio, teniendo el Sr. Coig la desgracia de quedar herido en una pierna.

Prim, que habia ya arrollado á los moros en el llano, dispuso entonces tomarles sus posiciones y mandó cargar á la bayoneta. Lanzá-

ronse á la carrera las compañías de cazadores de Cuenca, Luchana y una de Vergara con los cuarenta caballos del capitan Coig; dos columnas apoyaron al paso de carga esta recia embestida, y protegidas por su derecha por cuatro compañías de infantería que Prim puso á las órdenes del coronel de ingenieros Sr. Pasaron, se consiguió un éxito completo, pues además de causar al enemigo pérdidas considerables en hombres y caballos, se le desalojó de las ruinas de un castillejo y de una casucha llamada del Marabut.

Precisamente en aquellos momentos llegó al lugar del combate el general García, jefe del estado mayor general, contribuyendo con sus ayudantes y oficiales de estado mayor á reforzar la carga, y fué testigo de la impetuosidad y bravura con que se condujeron las tropas de la division de reserva.

Nuestros valientes conservaron las posiciones tomadas, pero el fuego continuó hasta el oscurecer; y llegada con esta hora la de volver al campamento, emprendióse la retirada por escalones en el mayor órden. Los moros continuaron constantemente su fuego contra la retaguardia, sin que una sola vez pudieran desordenar los escalones en marcha, y al llegar la division de reserva á donde estaban situadas las tropas del primer cuerpo, que habia mandado el general en jefe, la marcha se continuó con mas tranquilidad.

Odonell, que permaneció en el reducto del *príncipe Alfonso*, desde cuyo punto podia abarcar todo el teatro del combate, presenció la lucha y pudo ver al enemigo victoriosamente rechazado. A mas de enviar con batallones del primer cuerpo refuerzos á la division Prim, mandó prevenir todas las fuerzas por si el fuego se generalizaba en toda la línea, cosa que no llegó á verificarse.

Tambien dispuso el general en jefe que una seccion del tercer regimiento montado de artillería tomase posicion en la falda del reducto citado, previendo que el enemigo, no conociendo el alcance de nuestras piezas rayadas, iria por las alturas á colocarse bajo la accion del fuego de las mismas.

Así sucedió.

La seccion de artillería tuvo ocasion de romper el fuego haciendo disparos certeros á distancias admirables.

Desde aquel instante los moros se contuvieron, y aun cuando tra-

taron de avanzar á una altura que acababan de dejar nuestros soldados, tuvieron que retroceder en desórden y precipitadamente á impulsos de una carga á la bayoneta dada por una compañía del regimiento de Granada y dos del de Almansa, continuando despues á larga distancia y fuera del alcance de sus tiros un fuego inofensivo.

Brillante fué esta accion, y el general Prim tuvo ocasion de comenzar á dar muestras en ella del arrojo y de la pericia que en esta gloriosa campaña de África debian poner tan alto su nombre.

Se calcula que el enemigo tuvo mas de cuatrocientos muertos.

Observóse que muchos de los moros que atacaron aquel dia iban mejor vestidos que los de los dias anteriores. Entre los cadáveres que dejaron en el campo se encontró uno que llevaba tres camisas, á mas del albornoz, y una de ellas con botones y presillas de seda y con diferentes bordados. Quedó tambien sobre el campo un moro ricamente vestido, que por las trazas debió de ser un jefe principal entre ellos. El elegante traje que vestia fué llevado al general Odonell, que lo conserva.

Por nuestra parte tuvimos poca pérdida. Entre nuestros muertos figuraba el coronel de artillería D. Juan Molins, sugeto muy conocido y apreciado por sus bellas cualidades en Barcelona. Era catalan y murió como un valiente al lado del conde de Reus. El escritor Alarcon, que sigue como voluntario las operaciones de la guerra, cuenta de él que el dia 9, contemplando los inanimados restos de dos cazadores que acababan de caer á su lado, esclamó proféticamente:

—¡Cuántos padres no volverán á abrazar á sus hijos!

Tres dias despues, hora por hora, los hijos del coronel Molins no tenian padre.

Entre los heridos tuvimos al coronel de ingenieros señor Pasaron, al de Luchana señor Canaleta, al ayudante de Prim señor Pita, al ayudante de Odonell señor Coig y á otros varios oficiales.

En este mismo dia 12, segun ya llevamos dicho, desembarcó en Ceuta el cuerpo de ejército al mando de Ros de Olano, acampando por el pronto en la plaza y terraplenes de la ciudad.

Las enfermedades parecieron disminuir en este dia. Sin embargo, se continuó activamente formando hospitales. El Casino de Ceuta fué destinado para oficiales y en una plaza se formó otro de tablas.

XIV.

Fué el 13 un dia de completa tranquilidad en el campamento, pero en cambio lleno de incidentes y movimiento.

Al amanecer, los centinelas avanzados vieron salir á un moro de entre los árboles y malezas. El moro, así que vió que los centinelas le encaraban el fusil, arrojó sus armas y les gritó en español puro que iba á presentarse.

Era un renegado.

Lleváronle á presencia del general en jefe, al cual dijo que para el dia 15 vendrian para los reductos 15,000 moros, los cuales estaban dispuestos, segun les oyera decir el renegado, á morir todos ó á encerrar á los españoles en Ceuta.

Parece que el mismo renegado dijo al general que las pérdidas de los moros hasta aquella fecha ascendian á 5,000 hombres, muriendo generalmente todos los heridos á causa de usar de la cauterizacion para curarlos.

A medio dia se dió parte al general, como en confirmacion de lo que al amanecer le dijera el renegado, que el vigia del Hacho anunciaba haber visto pasar por el camino que hay mas allá del *boquete de Anghera* sobre 4,000 infantes y 6,000 caballos, fuerza que sin duda enviaba Muley Abbas para aumentar el gran número de moros que se encontraban frente de nuestras posiciones á fin de llevar á cabo la tentativa preparada para el 15, segun el renegado.

En este dia llegaron al campamento, conducidas por el ayudante Ceballos, las dos banderas que mandaban S.S. M.M. acompañadas de una carta autógrafa de la reina para el general en jefe. Éste dispuso que fuesen confiadas á los regimientos de infantería Rey y Reina, números 1 y 2, como mas antiguos, hasta que llegase el caso de que se entregaran á los dos cuerpos que se hiciesen mas acreedores á tan señalada distincion.

La division del general Ros salió de Ceuta y pasó á ocupar el sitio

en que habia tenido lugar la accion del dia anterior, á una legua de la plaza poco mas ó menos.

Con esta division iba un escritor distinguido, D. Pedro Antonio de Alarcon, jóven y entusiasta poeta, que quiso ser testigo de la guerra de África y escribir un diario, comenzando por sentar plaza de soldado voluntario bajo la bandera del regimiento de Ciudad Rodrigo. Como Ercilla y como Camoens, Alarcon quiso pelear y escribir á un tiempo.

Tambien formaba parte de esta division un artista conocido y justamente reputado, el Sr. Vallejo, y un jóven llamado Eduardo Buller, de quien hablaremos mas adelante.

El tercer cuerpo de ejército acampó en los sitios indicados para proteger el camino que se abria en direccion á Tetuan, ocupando un terreno, aunque no llano, despejado de bosques.

Tambien el dia 14 transcurrió sin novedad.

Acabaron de desembarcar las acémilas y demás bagajes del tercer cuerpo, y llegaron al campamento 600 voluntarios procedentes de Barcelona y 300 de Málaga.

El cuartel general con la division de reserva avanzó á colocarse cerca del Serrallo en las alturas del mismo.

El general Ros de Olano mandó empezar grandes trabajos en su campamento tomando todas las precauciones que creyó necesarias para su resguardo. Colocadas ya las tiendas, dispuso que sus soldados alzaran una trinchera, y en menos de dos horas brotó de la tierra, como por ensalmo, una fortificacion que se estendia mas de dos kilómetros, con reductos avanzados para las grandes guardias y que ponia completamente á cubierto el campamento de un golpe de mano.

Ros de Olano mandó establecer en el mismo real los hospitales de sangre bajo anchas, espaciosas y abrigadas tiendas de campaña.

Las ocupaciones del servicio no habian permitido á nuestros oficiales tertulianos volver á reunirse hasta la noche del 14 en que lo efectuaron.

Como siempre, su conversacion giró sobre incidentes de la accion última y sobre lances del campamento.

Se habló de Prim, de la serenidad que habia demostrado y del acierto con que habia dirigido el combate, y se hicieron comentarios sobre la guerra y los acontecimientos futuros.

—Hasta ahora, decia uno, los moros son los que atacan, pero con algunas como la de anteyer acabarán por cansarse.

—Nuestra posicion es inespugnable, dijo otro. Que ataquen todo lo que quieran. Tenemos á Ceuta á la espalda, á la izquierda el mar, á la derecha y en el centro reductos bien construidos y bien artillados. Por lo demás, me parece comprender perfectamente cuales son los planes del general. El camino que manda construir próximo á la playa y en direccion de Tetuan se dirige á mantener espedita la comunicacion entre la base sólida de nuestro campamento y la línea de operaciones, de manera que entre una y otra no se pueda interponer una fuerza enemiga. Por el pronto protegen la construccion de este camino los cuerpos de Prim y de Ros de Olano, y cuando esté concluido, su proximidad á la costa hará que pueda ser perfectamente protejido por la escuadra. Así podremos avanzar luego nuestra línea hasta Tetuan y tomaremos esta plaza, escarmentando antes en el valle, si en él se atreven á presentarse, á los marroquíes y su caballería, cualquiera que sea su número.

Mientras en un grupo de oficiales se hacian los anteriores comentarios, en otro tenia lugar la conversacion siguiente:

—Pero, contadme algo, decia uno, ya sabeis que acabo de salir del hospital donde he estado trece mortales dias. Apenas sé lo que ha pasado.

—Chico, solo puedo decirte que los moros se baten como unos condenados y que en este último combate he tenido lugar de hacer una observacion.

—¿Cuál?

—Que no llevan ya las balas y municiones sueltas, como acostumbraban desde tiempo inmemorial, sino que gastan cartuchos á la europea.

—¿Y qué es eso que me han contado de un corneta que salvó la vida á mi amigo Alcayna?

—Es verdad y es un lance notable.

—¿Y cómo fué ello?

—Hélo aquí. Tuvo lugar en la accion del 9. Eduardo Alcayna, que como sabes, es ayudante del brigadier Angulo, habia caido en poder de tres moros. No habia remedio para él y te aseguro que se libró de un lance bien apurado, pues con su sola espada no podia contra los tres. Un corneta de órdenes de Saboya, que se llama Domingo Montañá, le vió en aquel aprieto y corrió á librarle. De los tres moros, el buen corneta mató á uno de un tiro, al otro le atravesó con su bayoneta, y el tercero huyó. Afortunadamente, el ayudante Alcayna salió del lance con solo una herida de gumía en la pierna.

—¿Y el corneta?

—Ileso. El general en jefe le premió sobre el campo de batalla, y oye el diálogo que tuvo lugar con este motivo.—En nombre de la reina, le dijo el general, concedo á V. la cruz de San Fernando con la pension de treinta reales al mes.—Gracias, mi general.—A la reina, señor corneta, contestó lacónicamente Odonell.

En otro grupo, finalmente, se hablaba de la accion del 12 y un oficial, testigo del caso, contaba lo que habia sucedido al teniente coronel de ingenieros D. Antonio Pasaron.

Este jefe se hallaba alineando algunas fuerzas puestas á sus órdenes, cuándo recibió un balazo en la espaldilla derecha. Hubiera podido retirarse del campo de batalla, pero su pundonor y delicadeza se lo prohibieron. Continuó, pues, con la mayor sangre fria al frente de la tropa y logró, por medio de una sencilla maniobra, rechazar una considerable fuerza de caballería enemiga que atacaba y casi tenia cortado al batallon de Vergara, el cual se batia con heroismo. A poco, el Sr. Pasaron recibió instrucciones de Prim para fingir una retirada y secundar en seguida el ataque directo, procurando envolver al enemigo, lo que se consiguió fácilmente y con poca pérdida; de manera que solo pudo atender á su herida despues de terminada la accion y de retiradas las tropas al campamento, es decir, siete ú ocho horas despues de herido, lo que hizo imposible la estraccion de la bala.

Otro contó en seguida que entre los jefes moros de la misma accion habia uno que iba montado en un gran caballo y tremolaba una bandera negra, diciendo que lo habia matado de un balazo en la frente uno de los tiradores de la escolta de Prim, á tiempo que el moro, que

parecia ser un santon, apuntaba ya con su espingarda á un jefe ú oficial de la misma escolta.

Estas conversaciones ocuparon largo rato á los oficiales agrupados en la tienda y fuera de ella, no terminando hasta que uno se dirigió al mismo que hasta entonces les habia relatado las narraciones históricas que hemos transcrito, diciéndole:

—¿Has pensado ya en lo que nos vas á contar hoy?

—Sí por cierto.

—Mira que es preciso que sea algo que nos caliente, que nos encienda la sangre, y que nos deje bien dispuestos para el combate de mañana.

—Ola! ¿Tú sabes que mañana habrá combate?

—Y acaso el mas rudo que hayamos sostenido.

—¿Cómo así?

El oficial relató entonces lo que, segun se decia en el campo, habia dicho el renegado al general Odonell acerca de que los moros iban á hacer el dia 15 un esfuerzo desesperado.

—Bueno; pues entonces para añadir ánimo al que teneis, voy á referiros uno de nuestros grandes hechos en África.

—¿Y es?

—La toma de Oran por el cardenal Cisneros.

—Venga en seguida.

—Prestadme atencion.

No necesitaba encargar esto último, porque de seguro que ningun dia se dispusieron á prestársela con tanto interés como aquella noche.

—Debo advertiros que antes de la toma de Oran mediaron otras conquistas preliminares, como la de Mazalquivir y el Peñon. En su consecuencia empezaré por ellas.

XV.

La toma de Mazalquivir.

Corria el año 1505, cuando el rey D. Fenando, muerta ya su esposa la célebre Isabel I *la católica*, decidióse á seguir los consejos

que con instancia le daba el cardenal Fray Francisco Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo. Estos consistian en armar un ejército para pasar al África y continuar la guerra con los moros.

Era este, digámoslo así, el sueño de oro del cardenal Cisneros. En ello tenia ocupado el cardenal todo su pensamiento, porque era hombre de ánimo elevado y al que solo grandes empresas satisfacian.

Habíalo ya tratado diversas veces en vida de la reina D.ª Isabel, y despues de la famosa conquista de Granada; y cuando las empresas contra moros se acabaron en España, él fué quien aconsejó pasar al África y conquistarla.

Un hombre se encontró en la corte dispuesto á secundar sus proyectos y á facilitar la empresa. Era el conde de Tendilla.

Este guerrero hizo una proposicion al rey. Comprometióse á conquistar las ciudades de Oran y Oné, las villas de Tihuente, Tabasaria y Guardania con el castillo y pueblo de Mazalquivir así como todas las demás villas fuertes que habia en el reino de Tremecen en la costa, desde Melilla, que ya pertenecia á España, hasta la ciudad de Arjel. Para hacer todo esto solo pedia que se fijase una suma, advirtiendo que si algo sobraba de ella, seria para el rey, pagando él de su propia hacienda lo que escediese. El rey debia proporcionarle los buques que fuesen necesarios, pagando el conde los fletes y la gente con el dinero de la suma que se fijase. En cambio, debia percibir ciertos derechos de la conquista.

Por muerte de la reina D.ª Isabel y por las novedades que á consecuencia de esto se siguieron en Castilla, desistió el conde de tomar á su cargo la empresa de aquella guerra, pero no así el cardenal Cisneros, que cada dia instaba al rey con mayor ahinco, llegando á ofrecer una crecida suma á D. Fernando para que pudiese con ella reunir la gente que era necesaria al objeto de emprender aquella conquista.

El rey aceptó la oferta del cardenal, y decidido ya á poner en planta su proyecto, espidió las órdenes convenientes para que gente y armada estuviesen dispuestas á partir en agosto de 1505.

Componíase la flota de seis galeras y gran número de carabelas y navíos al mando del almirante catalan D. Ramon de Cardona, y embarcáronse en ella hasta cinco mil hombres, cuyo mando se dió

á don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles.

La primera idea fué la de enviar esta armada á Tedeliz, que era un rico lugar de la costa de Berbería, entre Bujia y Arjel. El porqué de esta idea era á consecuencia de que un moro muy principal de aquellos lugares habia tenido por mucho tiempo grandes relaciones con D. Juan Aymerich, virey de Mallorca, por conducto de un catalan llamado Ramon Vidal que residia en el citado lugar de Tedeliz, ofreciéndose á entregarlo al rey. D. Fernando quiso enterarse primero de la conquista que se le ofrecia, y envió á un servidor de su palacio llamado Martin de Robles con la escusa de comprar caballos de Berbería á fin de que reconociese el lugar de Tedeliz, su posicion, importancia y circunstancias particulares. A su regreso, Martin de Robles no dió tan buenas noticias como se esperaban, y se decidió por consiguiente volver á la idea del cardenal y emprender decididamente la conquista de Oran y de Mazalquivir.

El dia 29 de agosto estaba todo preparado en el puerto de Málaga para el embarque de las tropas, pero como el tiempo era contrario y el mar borrascoso, detúvose la espedicion hasta el 3 de setiembre, en cuyo dia se hizo á la vela dirigiéndose á Mazalquivir.

Era este uno de los mejores puertos de África en el Mediterráneo, y de tanto renombre en los tiempos antiguos, que fué llamado el puerto grande de la Mauritania Cesariense.

Llegó allí la armada á los cuatro ó cinco dias de navegacion, y como el viento le era contrario y no podia tomar puerto, hubo de recogerse tras el cabo llamado de Falcon, á una legua de Mazalquivir. Reunió allí el general toda la flota y al siguiente dia entró en el puerto.

Ya estaban los moros dispuestos á recibir á los españoles, pues habian tenido aviso de la espedicion. Con la gente que les habia llegado de Oran, que está cercano al citado puerto, habian guarnecido la fortaleza y tenian en la punta del muelle y en los desembarcaderos toda su artillería, arreglada á la usanza francesa, con un gran baluarte que batia á un tiempo la mar y la tierra.

Fué forzoso hacer entrar la armada hasta ponerla debajo de los fuegos de su artillería, y ejecutada esta operacion, dos de nuestras naves empezaron á bonbardear la fortaleza, mientras que la gente

efectuaba su desembarco. Esto solo se hizo con grandes trabajos y peligros porque, no solo la mar estaba alborotada y el dia tempestuoso, sino que estaba lloviendo á mares en aquellos precisos momentos.

Con esta dificultad y con no poder asegurar las lanchas, el desembarco no se hizo tan rápidamente y con tan buen órden como convenia, contribuyendo á estorbarlo 3000 moros de infantería y 200 de á caballo que se colocaron junto á la playa, dispuestos á impedir á todo trance que los nuestros tomaran tierra.

No pudieron, sin embargo, lograr su propósito.

Varios caballeros nuéstros llegaron á tierra, siendo el primero que saltó en ella un muy valiente guerrero, D. Pedro Lopez el Zagal, y tras de él Lope Sanchez de Valenzuela y Ruy Diaz Ceron. Bien pronto al lado de estos valientes aparecieron otros, y ayudados de D. Ramon de Cardona, que desembarcó tambien con parte de su gente, pudieron, no sin graves pérdidas, hacer retroceder á los moros lanzándoles de los cerros mas cercanos de los cuales se apoderaron.

Así pudieron estos esforzados guerreros proteger el desembarque de los suyos, y cuando ya la gente estuvo ordenada y todos en disposicion de entrar en combate, avanzaron á tomar un cerro que estaba entre la villa y la sierra.

Largo fué allí el combate, encarnizado y duro, pero la victoria acabó por coronar los esfuerzos de nuestra gente. El cerro fué tomado.

Quedaron en la fortaleza de Mazalquivir hasta 400 moros, volviéndose la demás gente á Oran, porque se acercaba la noche y sobrevino un deshecho aguacero.

Aquella misma noche se tomó la sierra alta, que domina la fortaleza, con poca resistencia, pues que la habian desamparado y quedaban en ella muy pocos moros. Allí acampó nuestra gente, atrincherándose y tratando de hacerse fuertes, siendo fama que padecieron mucho de frio y de lluvia.

Al siguiente dia un número crecido de moros les atacó, pero defendiéronse valerosamente, sostuvieron sus posiciones y rechazaron con gran pérdida al enemigo.

Al otro dia se supo que llegaban á los moros trescientos ginetes de Tremecen y hasta 2000 infantes, de socorro, con un guerrero fa-

moso al frente, llamado el Mezuar. El alcaide de los Donceles entonces envió á colocarse en un cerro vecino á Juan Hurtado de Mendoza, Salazar, Borja y Gutierre de Avilés con 2000 hombres á sus órdenes. Esta tropa avanzada se colocó entre la mar y la sierra, para disputar el paso al Mezuar é impedir que los de este entrasen á socorrer la fortaleza.

Al propio tiempo con la otra gente se puso cerco al lugar por mar y tierra, combatiéndolo con tanto denuedo y tanta suerte, que en el primer combate fué muerto de los primeros tiros de artillería el alcaide de Mazalquivir, así como muchos soldados y varios de sus jefes, consiguiendo tambien desbaratar los mejores tiros que tenian asestados, que es como decir ahora apagar sus fuegos.

Los que venian con el Mezuar hubieron por su parte de volverse, batidos por los valientes que les esperaban al paso.

La muerte del alcaide ó gobernador de Mazalquivir aterró y desbarató á los sitiados. El faltarles caudillo, junto con la rota del Mezuar que iba á socorrerles, les hizo perder el ánimo y con él la esperanza de poderse defender; así es que entraron en tratos con el general español y le entregaron á mediados del mismo mes de setiembre el lugar y la fortaleza, saliendo ellos con sus armas y todo lo que pudieron llevarse, segun se estipuló en la capitulacion.

En las torres y almenas de la fortaleza fueron enarboladas las banderas y pendones reales, y el alcaide de los Donceles hizo que sus abanderados, agitándolas al aire, diesen por tres veces el grito de: «África, África por el rey de España nuestro señor!

El mismo dia en que Mazalquivir se rindió, se juntaba en la sierra gran número de morisma que debia marchar á socorrerle, y que, á haber llegado á tiempo, hubiera causado gran daño á los nuestros. Estos al posesionarse del lugar y castillo hallaron grande acopio de trigo y mucha municion, así como tambien mucha artillería, armas y efectos.

Los moros que iban á socorrer á Mazalquivir, juntáronse en Oran luego que supieron haberse rendido el alcaide de los Donceles, y decidieron salir á combatir con los nuestros, llevando á su frente por caudillo al Mezuar. El alcaide de los Donceles, como hombre de ánimo grande, no quiso esperarles al abrigo de la fortaleza, sino que

les salió al encuentro y tuvo en el campo su hueste cuatro dias sin desarmarse.

Los enemigos pusieron su campamento en la atalaya de Oran, que estaba mas vecina de Mazalquivir, y en lo alto de la sierra. Cada dia parecia que bajaban muy decididos á acometer á los españoles, llegando con grande algazara hasta muy cerca de ellos, pero antes de caer la tarde se volvian á su puesto.

Lo cierto es que no se atrevieron á embestir, y á los pocos dias se fueron de sí mismos dispersando, quedando solo un número crecido de á caballo que tomaron por obra hacer frecuentes correrías junto á la fortaleza para sorprender á cualquiera de los nuestros que se descuidase y saliese algo lejos de las murallas. Mientras tanto, los españoles repararon el castillo y lo hicieron mas fuerte, poniéndole en disposicion de sostenerse contra cualquier ataque, por recio que fuera.

Un dia, sin embargo, parte de los nuestros que formaban lo que entonces se llamaba la bandera de Sevilla y ahora llamaríamos el regimiento de Sevilla, salieron al campo para hacer leña unos y agua otros con que abastecer la flota. Los moros que andaban por las cercanías les vieron salir y les aguardaron emboscados, cayendo sobre ellos cuando les tuvieron cerca y acometiéndoles con gran furia. Mucho y bien pelearon los nuestros, teniendo la buena suerte de poderse retirar á un lugar angosto y escabroso en donde la caballería mora apenas podia obrar. Murió en aquel combate uno de nuestros mas valientes capitanes, Juan de Ortega, que era el que mandaba la gente de Ubeda, pero sus ballesteros y espingarderos le vengaron haciendo mucho daño al enemigo.

Mientras estaban peleando con bravura, llegó socorro á los nuestros, compuesto de la bandera de Córdoba con su capitan Iñigo de Ayala y otras banderas. Con este ausilio los nuestros pudieron ya tomar la ofensiva acometiendo á su vez á los moros, que trataron de hacerse fuertes en un risco. Porfiado fué allí y reñido el combate, y mas de 500 moros quedaron tendidos en el campo.

Los demás retrocedieron y echaron á huir, cometiendo entonces los nuestros la grave falta, tratándose de enemigos tan astutos y porfiados como son ellos, de seguirles al alcance tierra adentro y muy

desordenadamente. Otra emboscada habia dispuesta en un bosque vecino, al llegar al cual los españoles, se echó sobre ellos impetuosamente un tropel de árabes que hicieron gran carnicería en los nuestros. Allí murieron como buenos, y de cara al enemigo, los capitanes Iñigo de Ayala y Diego Carrillo, siendo gravemente heridos muchos otros.

En medio de todo, los españoles efectuaron su retirada con mucho órden y sin cesar de pelear se dirigieron á Mazalquivir dejando aun otros cien enemigos tendidos en el campo.

Despues de esta accion, el alcaide de los Donceles envió á Oran una embajada para celebrar una tregua, que á todos convenia, pero en particular á los de Oran, pues que teniendo los nuestros el puerto, impedia su comercio y sus tratos, que eran de mucho provecho, con las galeras de la señoría de Venecia que eran entonces las que principalmente hacian el comercio con Africa.

Acordada la tregua, el alcaide de los Donceles dió instrucciones al almirante D. Ramon de Cardona, que se volvió entonces á Málaga con la armada, portador de la feliz victoria y buena nueva de la toma de Mazalquivir, nueva que causó grande alegría en nuestro país, pues que la posesion de aquel puerto no solo era de gran importancia para el comercio español, sí que para la empresa de la conquista de Africa en que el rey, aconsejado del cardenal Cisneros, pensaba emplearse sin levantar mano.

Este fué, señores,—concluyó diciendo el narrador—el prólogo de la conquista de Oran que os relataré otro dia, si en el combate que parece se dispone mañana no me depara Dios la misma suerte de Iñigo de Ayala y Juan Ortega.

XVI.

Accion del 15.

Las seis de la mañana serian cuando sonó la *diana* en el cuartel general de Odonell, repetida en seguida por todos los cuerpos del ejército.

Salieron los soldados de sus tiendas á preparar el desayuno, marcharon las grandes guardias á la descubierta, y retiráronse los *escuchas* que habian pasado la noche en vela y con el oido atento.

A las nueve estaba dispuesto todo el ejército para una ceremonia religiosa. El general en jefe habia ordenado la celebracion de una misa de difuntos en sufragio de los muertos en la campaña, celebrándose en paraje que pudiese verse de todo el campamento, y asistiendo á ella los cuerpos sin moverse de sus cantones.

Al pié de los paredones que indican el lugar donde estuvo un dia la antigua Ceuta, junto á un monton de ruinas, estaban enterrados los que hasta entonces habian muerto combatiendo por la honra nacional. Comenzóse por bendecir el terreno de este cementerio, y despues de ello empezó la misa de *requiem* con responso por cuatro capellanes de ejército, revestidos, presididos por el vicario castrense, y hasta unos catorce en traje ordinario, por no haber mas ornamentos en sus escasas capillas.

Asistia á la misa el general en jefe con su estado mayor. Odonell estaba sereno é impasible, esperando quizá en su interior que se cumpliese de un momento á otro el aviso que para aquel dia le diera el renegado. El ejército, formado en las alturas inmediatas, oraba por sus compañeros con el mayor silencio y devocion.

Era aquel un espectáculo soberbio é imponente, lleno de toda la poesía y grandeza que pueda caber.

Estando en este religioso acto se oyeron algunos disparos lejanos y vióse como se coronaban de moros las alturas de la sierra, que aparecieron lo mismo que siempre, brotando de entre los bosques y malezas.

El aviso del renegado se cumplia.

Los moros presentáronse este dia de una manera imponente, como nunca. Parecian ser en número de 15,000 hombres lo menos. Vióseles descender de las fragosas alturas de la sierra, llevando sobre 1500 ginetes, quienes por sus atavíos y por el órden en que marchaban sus escuadrones, demostraban ser moros de rey ó tropas regulares del imperio. Podíanse distinguir perfectamente las diversas tribus que formaban el grueso de los infantes. Las ya diezmadas turbas de la tribu de Anghera agrupábanse bajo su bandera roja; los sanguina-

rios habitantes de los cerros de Beuzú ondeaban su bandera verde y amarilla; y los salvajes y feroces mantañeses del Negron, que habitan las escarpadas sierras vecinas á Tetuan, desplegaban su bandera verde.

Comenzaron los moros por simular un ataque contra el ala izquierda de nuestra línea, verificando simultáneamente uno muy empeñado para forzar nuestro centro por la izquierda del reducto *Francisco de Asis*.

Odonell con su cuartel general subió al reducto del *Príncipe Alfonso*, y observando el vivo fuego que hacia el enemigo por el boquete de Anghera y que sus balas atravesaban el camino de comunicacion de los fuertes, ordenó al general García que se trasladase rápidamente al sitio del combate, tomase el mando de las tropas y obrase segun lo exigiesen la situacion y las circunstancias. Al mismo tiempo mandó al general Ros que avanzase una division para envolver el ala derecha enemiga, haciendo retirar con precipitacion toda la fuerza que tenia en frente.

El reducto *Príncipe Alfonso* entretanto cañoneaba vivamente á los moros portándose admirablemente las tropas del primer cuerpo, que cubrian el servicio avanzado. El general Gasset se cubrió de gloria, y supo mantener á raya al enemigo.

Mientras tanto, llegó el general García al sitio que se le habia indicado, y viendo á los moros en el umbral del bosque esforzándose por rechazar las tropas que defendian nuestras posiciones, causando en ellas bastantes pérdidas, conoció que era preciso arrojarles del punto donde se encontraban. Hizo avanzar, pues, el primer batallon de Granada, uno del Rey y el de Simancas, y poniéndose á su frente, y dirigiendo á los soldados algunas, pero enérgicas y calurosas palabras, dió una brillante carga al grito de *¡viva la reina!*

El empuje fué irresistible. Los moros echaron á huir, mezclada y confundida su infantería con su caballería, trepando esta por parajes por los cuales parece increible que se pueda transitar á caballo. El bosque quedó completamente limpio, y los enemigos fueron á reforzarse en unas alturas al otro lado del barranco, pero la brillante carga de los tres batallones con el general García á su cabeza habia decidido del éxito de la jornada.

Entretanto el general Zabala, á consecuencia de las órdenes de Odonell, habia ido á cubrir con el segundo cuerpo nuestras posiciones avanzadas, mandando una brigada para sostener las tropas del general García, y colocando las demás fuerzas de su mando entre los reductos *Isabel II* y *Francisco de Asis*, dispuestas á apoyar al primer cuerpo, si era preciso.

Este caso no llegó á suceder, como tampoco fué necesario que tomase parte en el combate el conde de Reus, que se habia quedado con sus fuerzas sobre el *Serrallo* y alturas inmediatas á los fuertes.

Los moros rechazados por las tropas del general García, quisieron intentar otra vez, con esa insistencia desesperada que ellos tienen, un nuevo ataque sobre la derecha del cuerpo de Ros de Olano.

Este les dejó qne se acercaran tranquilamente, sin inquietarse de sus alaridos y de sus disparos que no llegaban al blanco que se proponian, pero cuando les tuvo á distancia conveniente, mandó hacer fuego á la artillería rayada que Odonell habia enviado pocos momentos antes á su campamento. Los disparos de los cañones obtuvieron un éxito completo, pues los proyectiles fueron á caer precisamente entre la caballería agarena, sembrando en sus filas el desórden y la confusion mayores.

El poeta Alarcon, que se hallaba en las trincheras del campamento de Ros de Olano, cuenta que aquel episodio proporcionó un rato de solaz y de fiesta á los soldados. Estos, á quienes no alcanzaban los disparos de las espingardas, se divertian viendo correr de una parte á otra á los moros, buscando donde ponerse al abrigo de las balas.

En el ínterin que esta especie de cómico incidente tenia lugar en el campo de Ros de Olano, junto al reducto de *Isabel II* tenia lugar otro de género bien distinto, en el preciso instante que á él llegaba el general en jefe, que allí se dirigió viendo que el fuego continuaba aun vivo por aquella parte.

Nuestros bravos no solo habian arrojado á los moros, sino que habian avanzado mucho, demasiado, tanto que un crecido número de enemigos, situados sobre un alto formado por unas peñas muy escarpadas, y seguros ya de no poder ser cortados, hacian repetidos disparos sobre los nuestros con grande algaraza y gritería de júbilo, porque ellos eran los que llevaban allí la mejor parte. El general

Odonell mandó tirar algunos cañonazos contra aquellos pedruzcos y retirar las tropas. Los disparos de la artillería fueron muy acertados y no bajaron por cierto los moros á habérselas con los nuestros, cuando les vieron retirarse.

El enemigo hubo, por fin, de retirarse á las alturas y barrancos que se hallaban frente á nuestra línea. pero el general en jefe resolvió arrojarlo de esta posicion ó esterminarlo si se atrevia á aguardar allí á las tropas. Entonces fué cuando obró la division que habia dado órden al general Ros para avanzar al efecto de envolver la derecha enemiga.

Bien y pronto fué ejecutado el movimiento, pero el enemigo lo comprendió; y aquellos mismos hombres que tres horas antes descendian de sus sierras con arrogancia y altivez, empezaron entonces á huir con precipitacion y desórden, acosados por el fuego incesante de las tres baterías de piezas rayadas del tercer regimiento montado, situadas junto á los reductos. Los certeros disparos de estos cañones alcanzaban á la caballería árabe á mas de media legua de distancia, produciendo en ella el efecto que era de esperar.

Vencidos y rotos como en las anteriores jornadas, hubieron de retirarse dejando en su camino no pocos cadáveres y la huella de sangre de los heridos que retiraban.

Pronunciada en retirada la caballería, replegóse la infantería detrás de las breñas, desde cuya posicion estuvieron por espacio de dos horas haciendo fuego al aire, porque ni con el cañon se alanzaba á la distancia en que se habian colocado, huyendo de nuestros valientes.

Esta es su costumbre. Despues de una accion desgraciada, no queriendo pasar por declararse vencidos, y no queriendo que su silencio se interprete por postracion de ánimo ó cobardía, pasan largas horas disparando sus espingardas. Les parece que obrando así no han de ser tachados de cobardes, y les sirve como de consuelo el ser ellos los que disparen los últimos tiros.

Todos los cuerpos que por nuestra parte entraron en accion aquel dia se batieron bizarramente, lo mismo los cuerpos de línea, que la artillería, ingenieros y oficiales de estado mayor.

La artillería llamó muy particularmente la atencion. Las piezas rayadas de 8 centímetros llenaron á todos de asombro por su alcance

y buena direccion. Se hicieron disparos de granadas con mucho acierto y á grande distancia, puesto que muchos de ellos pasaban mas allá de las cumbres de la sierra, por cuyas quebradas discurrian los moros esparcidos á centenares.

Nuestros enemigos, hagámosles esta justicia, se batieron bien y dieron pruebas sobradas de valor y osadía. Se observaron ginetes con magníficos trajes y arreos; uno de ellos, que parecia ser un jefe muy principal, ostentaba un riquísimo albornoz color de grana que cubria casi todo su caballo: le rodeaban seis ú ocho ginetes con albornoces blancos.

Segun mas tarde se supo, por las comunicaciones de los marroquíes remitidas á Gibraltar, las fuerzas que atacaron al cuerpo de Ros de Olano por la parte de Tetuan, eran mandadas por Side-Absalan-Ben-Ouda, gobernador del Algarbe, que acababa de llegar al teatro de la guerra con 1,000 caballos de tropas irregulares; mientras que las que atacaron por el lado de Tánjer iban al mando del gobernador del Riff.

Considerables fueron las pérdidas del enemigo en este dia, por lo que pudo calcularse. Debió tener mas de 1,500 hombres fuera de combate entre muertos y heridos.

Las nuestras consistieron en un oficial y 36 individuos de tropa muertos; 10 oficiales y 153 soldados heridos, y 5 oficiales y 44 soldados contusos.

El conde de Lucena, seguido de su brillante estado mayor y cuartel general, y de una vistosa y elegante escolta, compuesta toda ella de generales, jefes de todas las armas, oficiales estranjeros, corresponsales de los periódicos y artistas, recorrió toda la línea del combate, y llegándose á los batallones de Arapiles y Castilla, que eran los que tan bizarramente habian defendido los reductos en los primeros momentos del ataque,

—Señores jefes, oficiales y soldados,—les dijo,—en nombre de la reina y de la patria os doy las gracias.

A todo esto, es preciso advertir que nadie apenas se habia aun desayunado aquel dia, y eran ya las cinco de la tarde.

XVII.

Como siempre, despues de la tempestad la calma. El 16 pasó sin novedad.

El general Prim salió con su division á proteger los trabajos del camino de Tetuan hasta dos leguas de distancia del campamento.

Esta operacion, decia el general en jefe en el parte telegráfico que envió aquel mismo dia, es indispensable y preliminar de toda otra en un país como este, que es sumamente quebrado, y sin mas comunicaciones que sendas casi impracticables.

Tambien el general Ros avanzó una division sobre la derecha del camino, pero ni una ni otra fuerza fueron molestadas por los moros, lo que probó efectivamente el estado en que les dejara la jornada del dia anterior.

El cólera aumentó algun tanto en este dia.

Los oficiales á cuyas tertulias hacemos asistir á nuestros lectores, se reunieron aquella noche. Afortunadamente por aquella vez no faltaba ninguno. Todos habian salido ilesos del combate, habiéndose portado todos ellos como dignos descendientes de los héroes de Mazalquivir, cuya historia habian oido la víspera de la accion.

Tenian impaciencia y prisa, tanto era lo que les habia interesado la historia precedente, de oir referir á su compañero la relacion de la toma de Oran.

El narrador no se hizo de rogar y comenzó su relato.

XVIII.

Descalabro del alcaide de los Donceles.—Conquista del Peñon.

—Bueno será que antes de hablaros de la toma de Oran, os diga algo de una cruel derrota que sufrió el alcaide de los Donceles, así co-

mo de la conquista del Peñon de Velez de la Gomera, que precedió á la de Oran.

Tomado Mazalquivir á los moros de la manera que os dije anteayer noche, el Sr. de Córdoba, alcaide de los Donceles, quedó mandando como capitan general en la costa de Berbería.

Pasáronse dos años sin acontecimiento notable, y corria el de 1507.

Córdoba habia recibido refuerzos, particularmente de soldados que habian hecho la guerra en el reino de Nápoles, y como los moros cuidaban poco de la tregua pactada, yendo á molestar la guarnicion de Mazalquivir hasta el pié mismo de la fortaleza, decidió por el mes de junio de dicho año hacer una larga entrada y correría en tierra enemiga.

Salió, pues, un dia de Mazalquivir, puesto ya el sol, y con 1,000 infantes y 150 caballos se metió tierra adentro por el camino de Tremecen, pasando á saco tres lugares, el postrero de ellos Gargasan que está á cinco leguas de Oran.

Mucho botin recogieron los nuestros, y trataron de volverse con mas de 4,000 cabezas de ganado, vacas y camellos y mas de 1,500 cautivos.

Desgraciadamente, habian tenido lugar de juntarse los moros de toda la comarca, y decidieron salir al paso á los españoles, que habian llegado hasta muy cerca de las huertas de Oran. Eran los agarenos en número considerable, suponiéndose que lograron reunirse 30,000 peones y 11,000 ginetes.

Era imposible que los del alcaide de los Donceles pudiesen resistir á aquella masa de gente, pero decidióse su capitan, ya que no á vencer, á pelear como bueno, como cristiano y español.

Formáronse los nuestros en escuadron cerrado, é hiciéronse una muela, como se decia entonces lo que hoy llamamos un cuadro, recogiendo dentro los de caballo, que eran sobre 90, pues los demás habian muerto ya en escaramuzas. Cercáronles los moros por todas partes, y al primer ataque muchos de los nuestros cayeron muertos. Sin embargo, no pudieron desbaratar nuestras filas.

El capitan general, alcaide de los Donceles, conoció bien que todos eran perdidos, y quiso hacer un esfuerzo desesperado.

—Sígame quien pueda,—esclamó.—¡Adelante!

Y poniéndose al frente de los ginetes, á quienes seguian los infantes, arremetió con tanto esfuerzo contra los moros desprevenidos, pues no pensaban ser atacados, que los rompió, escapándose con 70 de á caballo y 200 infantes. Los demás quedaron muertos ó prisioneros en el campo, y pocos pudieron salvarse, llegando á Mazalquivir al poco tiempo de haber entrado en él el alcaide de los Donceles.

Terrible y desgraciada fué para los nuestros aquella jornada, y recuerdo haber leido en las crónicas antiguas que el alcaide de los Donceles quedó tan lastimado de este caso, que pensó perder el sentido y la vida.

En medio de esto, los moros no llegaron á acercarse á la fortaleza de Mazalquivir, que el alcaide de los Donceles habia fortificado haciéndola inespugnable.

Al año siguiente de esta derrota sucedió la toma del Peñon.

Esta tuvo lugar de la siguiente manera.

El rey no abandonaba nunca el pensamiento de emplear la gente de sus reinos en hacer la guerra contra los moros para la conquista de África. Allí estaba Cisneros á su lado para que no lo olvidase. Comenzó, pues, á mandar que se aparejase la armada en el puerto de Málaga, confiando el arreglo y el mando de ella al capitan general conde Pedro Navarro.

Las órdenes de D. Fernando fueron obedecidas, y el puerto de Málaga empezó á poblarse de naos, galeras y fustas, segun entonces se llamaban los barcos. Pedro Navarro estaba en la ciudad atento á todo y cuidando que los mandatos reales tuviesen exacto cumplimiento.

Con el motivo de irse reconcentrando en el puerto citado las embarcaciones, hubieron de quedar algo desamparadas las costas del reino de Granada, y los moros corsarios, entre los cuales sobresalian por su ferocidad y arrojo los de Velez de la Gomera, aprovecharon aquella favorable coyuntura para llevar á cabo sus piraterías.

Obtuvo un éxito feliz su propósito, y se volvian con el fruto de sus robos y despojos y cargados de cristianos cautivos, cuando el conde Pedro Navarro, que hábia tenido noticia de ello, les salió al encuentro con algunas galeras. Consiguió darles alcance, les ganó algunas fustas en que murieron muchos moros, y dando caza á las otras, llegó á la isla que está delante de Velez de la Gomera, á una milla,

que hasta entonces se habia siempre llamado la isla de Velez.

Habia en esta isla la fortaleza conocida por el Peñon, cuya defensa estaba confiada á 200 moros. Estos comenzaron á disparar su artillería contra las galeras del conde y un galeon que aquel habia mandado colocar entre el Peñon y tierra firme, pero la artillería estuvo poco acertada y no le hizo ningun daño.

Pedro Navarro decidió entonces hacer un desembarco en el Peñon castigando la audacia del enemigo, y como no habian llegado aun las demás naves, que se habian retrasado por la calma del mar, envió dos galeras por ellas que las trajeron remolcando, y pasáronlas entre el Peñon y Velez, poniéndose las galeras á cubierto de todo peligro.

Los moros del Peñon viendo los preparativos, creyeron que el conde queria dar el combate á Velez, y queriendo ayudar á sus hermanos, se embarcaron precipitadamente y pasaron á tierra firme dejando poco menos que abandonado el Peñon.

El conde se aprovechó prestamente de este error de los moros. Echó su gente á tierra, y sin resistencia, pues no podian hacerla los pocos que habian quedado, tomó posesion de la fortaleza del Peñon en nombre del rey D. Fernando.

Era este punto tanto mas importante cuando desde él se sojuzgaba el puerto y lugar de los Velez, de manera que teniéndole los nuestros, nó se podian allí acoger naves de enemigos, impidiendo así el comercio, principal riqueza de Velez. Los moros sintieron tanto el error que cometido habian en desamparar aquel punto tan importante, que los mas se salieron de Velez, conociendo el daño que se les podia seguir.

Efectivamente, estaban tan sojuzgados al Peñon el lugar y toda la marina, que no hubo casa en todo Velez que en los dias que allí se detuvo la armada no recibiese algun daño de nuestra artillería. Los moros que quedaron en el pueblo no tuvieron otro remedio que acogerse á los huecos de unas peñas, que les sirvieron de estancia y vivienda, mientras que otros se iban á lo alto de la sierra á ponerse fuera del alcance de nuestra artillería.

Importante bajo muchos conceptos fué para nosotros la toma del Peñon, pues que con ella se aseguraron la mayor parte de las costas de Valencia, Murcia y toda la Andalucía, quitándose á los infieles

un puerto en donde encontraban fácil guarida las naves piratas.

Inmediatamente el rey mandó labrar en aquel punto una sólida fortaleza, pertrechándola con buena guarnicion y con.....

XIX.

Alarma.—Combate del 17.

El narrador fué bruscamente interrumpido al llegar á este punto de su relacion. Oyéronse algunos tiros bastante inmediatos y un desusado rumor partia del campamento.

Los oficiales se precipitaron sable en mano fuera de la tienda y en un abrir y cerrar de ojos se dispersaron, volando cada uno á su puesto.

La oscuridad era completa y densa; los soldados, á la primera señal de alarma, salieron de sus tiendas á rastras y en silencio, cumpliendo cada uno lo que tanto se habia encomendado para cualquier caso de alarma nocturna. Algunos jefes corrieron de un lado para otro encargando que no se disparase un solo tiro.

En esto, se oia una fuerte gritería y un confuso rumor de voces humanas y relinchos de caballo por el lado donde estaban las caballerías del campamento.

—¿Qué es eso?—se preguntaban los unos á los otros.

—Los moros han intentado sorprender nuestro campo,—decia uno.

—Han llegado hasta las tiendas.

—No puede ser.

—¿No habeis oido los tiros?

—Pero han cesado.

—¿Y ese alboroto que se percibe?

—¿Qué mil diablos puede ser eso?

—Han huido ya.

—Habian llegado hasta el campamento del tercer cuerpo.

—¿Pero cómo pueden haber atravesado la línea de escuchas y de avanzadas?

—Es imposible.

—Se arrastran como reptiles por entre las malezas.

—No puede ser.

—Si tal.

—¡Silencio!

Todas estas preguntas, respuestas y esclamaciones y muchas mas se dirigian unos á otros los soldados en los primeros momentos de alarma.

El caso es que ya el rumor cesaba y la agitacion iba calmándose.

¿Qué habia sido ello? ¿Por qué aquella alarma?

Pronto tuvo todo el mundo la esplicacion, la cual dió tanta risa como susto y alarma produjera al pronto.

El caso se redujo á que bajaron algunos chacales y lobos de los montes vecinos, alborotándose con este motivo los mulos y caballos. Los soldados lograron ahuyentarles disparándoles algunos tiros, que fueron los que produjeron la alarma.

El 19 amaneció nublado y amenazando lluvia, pero despues se despejó el cielo haciendo un dia bastante grato.

Prim pasó á ocupar las mismas posiciones que el dia anterior para proteger los trabajos, que avanzaban rápidamente. La mañana se pasó en perfecta tranquilidad, pero á eso de la una de la tarde se coronaron de moros las alturas de las sierras. Poco despues comenzaron á hacer un fuego *estúpido*, segun espresion feliz del general Prim, pues que nuestros soldados se hallaban á larga distancia, completamente fuera del alcance de sus proyectiles. Como es de suponer, Prim no permitió que se contestase á su fuego, el cual duró largo rato.

Los vapores de nuestra armada que seguian las operaciones del ejército á la menor distancia que les permitia el poco fondo de la costa, fueron los únicos que por el pronto contestaron á sus disparos disparándoles algunos cañonazos.

Ros de Olano recibió órden de reforzar á Prim, y en seguida una de las divisiones de este cuerpo, la primera, pasó á escalonarse en las montañas de la izquierda hasta darse la mano con las tropas del general conde de Reus.

Entre tres y cuatro de la tarde los moros abandonaron su entrete-

nimiento de disparar tiros al aire y gastar pólvora y balas en salva, y trataron de emprender la accion.

La division Prim se vió entonces reciamente acometida á un tiempo por unos 300 caballos que cargaban su centro, mientras que grupos muy considerables de infantería lo hacian con el ala derecha.

Prim hubo que habérselas, pues, con infantería y caballería á un tiempo. De ambas supo dar buena cuenta.

Un oficial en sus correspondencias á las *crónicas del ejército y armada de África* dijo que esta accion fué la mas brillante de cuantas hasta entonces habian tenido lugar por la buena disposicion de las tropas y los talentos militares que desplegó Prim.

Caballería é infantería fueron rudamente recibidas y victoriosamente rechazadas. Unos 200 moros fueron cortados en un barranco sin pérdida notable por nuestra parte.

Los cazadores del Príncipe se distinguieron notablemente. Mandóles el general tomar una loma á la bayoneta y lo hicieron al grito de *¡viva la reina!* Como buenos y como dignos se portaron. Con menos pérdidas de las que era de temer, consiguieron apoderarse de unos peñascos á la derecha del Castillejo primero, en donde supieron hacerse fuertes, facilitando de este modo que pudiesen llevarse á cabo las demás operaciones ordenadas por el conde de Reus.

Si bien se portaron los cazadores del Príncipe, dignos fueron asimismo de loa los granaderos de Almansa y primera de cazadores, los cuales cargaron bizarramente tambien á la bayoneta.

Tuvo lugar en este ataque un lance que merece referirse.

El soldado Luis Navarro, de la primera de cazadores, perseguia á un moro por entre una lluvia de balas. Al descenso de un barranco, el moro se vuelve y le dispara, pero yerra el tiro; el cazador avanza y le da un bayonetazo. Herido el moro se vuelve, gumía en mano, y le coge por el pescuezo. Trábase entonces una lucha cuerpo á cuerpo, y ambos contendientes caen rodando al suelo; el cazador echa mano á la navaja y coge al moro debajo; acuden en aquel momento supremo otros cazadores, pero ven levantarse á Luis Navarro, desencajado, sudando y cubierto de la sangre del otro.

—Ya está despachado, dijo á los que llegaban.

Allí se quedó cadáver el moro.

Los enemigos rechazados por el cuerpo de Prim atacaron entonces rudamente á la division del tercer cuerpo que habia avanzado á proteger la retirada del primero al campamento. El general Turon recibió con serenidad á los moros presentándoles cuatro batallones; Zamora, Baza, Ciudad Rodrigo y Albuera. Estos lo mantuvieron á raya hasta muy entrada la noche.

Entretanto, Prim, á quien los bravos del Príncipe, con haber tomado á la bayoneta la posicion citada, le permitian efectuar con toda tranquilidad una retirada que la proximidad de la noche hacia forzosa, comenzó á encaminarse para el campo, siguiéndole los moros de colina en colina y causándole algunas bajas.

Nuestra pérdida en este combate consistió en ocho muertos y veinte y cinco ó treinta heridos, todos de tropa.

Los moros, particularmente su caballería, tuvieron pérdidas vistas de gran consideracion.

Al anochecer de este dia desembarcó el segundo regimiento de artillería montada y se esperaban tres escuadrones de la division de caballería á la mañana siguiente.

XX.

El aguacero.—El cólera.

Con la noche del 17 y la jornada del 18 aguardaban á nuestros valientes de África momentos terribles de prueba y de amargura.

No tuvieron que pelear con los moros,—mejor hubiera sido—pero tuvieron que luchar con los elementos desencadenados.

El 17 por la noche comenzó á llover y ya no paró de hacerlo hasta la madrugada del 19, pero fué una lluvia contínua, incesante, de diluvio. El agua cayó á torrentes, sin parar un solo minuto, por espacio de treinta y seis horas, y es indecible lo que durante este tiempo tuvieron que sufrir nuestros valientes.

Las tiendas empezaron por calarse, y esto fué aun lo de menos. Durante la noche del 18, despues de haber estado diluviando todo

el santo dia, despues de estar convertidos los campamentos en unas completas lagunas, se levantó un violento huracan acompañado de un aguacero tal que no parecia sino que eran nuevamente llegados los tiempos del diluvio.

Casi todas las tiendas vinieron al suelo, unas volaron yendo á parar al mar ó á las sierras, otras costó no poco trabajo retenerlas para impedir que fuesen á su vez arrastradas por el huracan. Sus habitantes, encontrándose de repente al descubierto y espuestos á aquel verdadero diluvio, se esforzaban en vano por restituirlas á su primitivo estado, cosa que no se conseguia tan fácilmente y solo despues de haberse calado hasta los huesos.

Entre otras de las tiendas que volaron, fué una la del general Turon y su estado mayor, quienes se hallaron de repente sin abrigo, teniendo que correr á refugiarse en otra, que no tardó en seguir la direccion de la primera.

¡Fué aquella realmente una cruel y terrible noche!

La rebramante voz del huracan se dejaba oir esparcida en un concierto de salvajes sacudimientos, las peñas descuajadas de sus seculares cimientos rodaban por el monte, crugían estrepitosamente los árboles y malezas al doblegarse ó al troncharse, el mar rugia embravecido levantando montes de olas, y por los barrancos se precipitaban los torrentes lanzando una especie de mugidos feroces al quebrarse entre las puntas de las rocas ó al precipitarse impetuosos desde grandes alturas.

Aquella salvaje tierra de la Mauritania y aquel enemigo cielo del África parecian haberse unido para lanzar de sí á los hombres que invadian aquel país y osaban sentar en él sus tiendas, resistiendo impasibles y serenos las recias embestidas de las tribus montañesas.

Y si esto sucedia en el campamento, ¡qué no habian de sufrir en aquella noche infernal los pobres soldados que estaban de guardia en las trincheras, de avanzada en los cerros ó de escuchas entre la maleza!

Hubieron de soportar toda la furia de los elementos, todo el empuje de aquel descompuesto temporal, á campo raso, sin mas abrigo que sus mantas y capotes, la mano en el fusil y la confianza en Dios.

Un oficial que habia estado de avanzada, escribia al dia siguiente:

«Nosotros, que estamos en lo alto de una montaña, camino de Tetuan, hemos pasado lo que, no viéndolo, es imposible figurarse. Yo, que no tengo miedo alguno á las tempestades, y muy poco á las balas, estoy horrorizado.»

Algunos soldados estuvieron á punto de ahogarse y se ahogaron decididamente varias acémilas y tres ó cuatro caballos de guardias civiles.

En una palabra, los elementos se desataron con no vista furia sobre el campamento.

—«Yo creia haber visto llover en los años que llevo sobre la tierra, escribió Alarcon con fecha del 19, pero estaba en un error. En Europa no llueve; cuando mas, llovizna. Una deshecha tempestad de verano, de esas que nos parecen ahí el fin del mundo, no pasa de ser un blando rocío en comparacion del aguacero que ha caido sobre nosotros. Esto no es llover, es hundirse el cielo.»

Y en medio de todo esto, ¿qué hacian nuestros bravos soldados?

¿Qué hacian?

Muchos de ellos, viendo que el viento descomponia ó se llevaba la tienda ó que esta habia ya quedado completamente inútil para guarecerse de la tempestad, empezaron á entonar cantares y á mover algazara considerando aquel contratiempo que les impedia dormir y descansar como un motivo de broma y alegría.

Un corresponsal del periódico inglés el *Times*, que se hallaba aquella noche en el campo, escribió á su periódico una carta haciendo pomposos elogios de la serenidad, contento y alegría de nuestros soldados en medio de aquellos contratiempos, diciendo que era un espectáculo magnífico el que presentó aquella noche el campo, bastándole aquello, decia, para comprender lo que vale y lo que puede el soldado español.

A la mañana siguiente, cuando comenzó á dejar de llover, pudo verse todo el destrozo y trastorno causados por el temporal. Apenas habia quedado una tienda en pié y las pocas que aun permanecian, estaban plantadas en medio de lagunas; verdaderos ríos y lagos profundos aparecian en el campamento, aislando unas de otras las tiendas; todo presentaba un terrible aspecto de desolacion.

El temporal habia dispersado tambien el ganado vacuno de los mo-

ros, lo cual proporcionó á nuestras tropas el placer de cazar con bala, al amanecer, algunas reses que vagaban estraviadas y que en el mismo campo se dividieron y almorzaron. El coronel de Borbon, Sr. Caballero de Roda, mató dos, valiéndose de las carabinas de dos gastadores de su regimiento.

Apenas desapareció el temporal, y comenzó á despuntar el sol, los soldados, como si semejante cosa hubiese sucedido, comenzaron á bailar al compas de los alegres sones de la *jota* y de la *muñeira* que daban al aire las músicas militares.

El dia se empleó en abrir zanjas y acequias á fin de desaguar el campamento, en levantar de nuevo y afirmar mejor las tiendas, en enjugar al sol los vestidos y equipajes, en limpiar las armas, en una palabra, en reparar todos los destrozos causados por el temporal.

Despues de los estragos del aguacero y del huracan vinieron los del cólera.

Aquel país indomable de la Mauritania, viendo que para arredrar á nuestros soldados, no bastaba con arrojar sobre ellos las salvajes kabilas de las montañas, con lanzarles la furia de las aguas, de los huracanes y de las tempestades, quiso desencadenar en mayor escala sobre ellos el azote de la peste.

Este reapareció entonces en el campamento, pero terrible y destructor, causando él solo mas víctimas en un dia que las balas en todos los combates juntos. Cebóse entonces particularmente en el campamento de la *Concepcion*, que era el nombre que se daba al del general Ros de Olano. Este distinguido jefe fué uno de los primeros atacados, pero por fortuna pudo despues de algunos dias volver á ponerse al frente de sus soldados. No quiso que se le trasladase á Ceuta, y pasó la enfermedad en el campamento y en su tienda sobre la cual se colocó otra gran tienda blanca, á fin de resguardarle mejor de la intemperie con aquella doble tela.

Por espacio de algunos dias, á consecuencia de las humedades y pantanos que habia dejado el terrible aguacero del 19, el cólera, las fiebres y el tifus se complacieron en diezmar nuestros valientes batallones y en llevarse unos tras otros á los jefes aguerridos, á los serenos soldados que habian permanecido impasibles ante las bocas de

las espingardas y las puntas de las gumías y habian recibido con carcajadas al huracan y á la tempestad.

Fueron aquellos dias de amargura y de terror.

Dios, ya lo hemos dicho otra vez, se disponia á probar por todos medios y á hacer pasar por todos los trances mas amargos á nuestras tropas.

XXI.

Ataque de los moros el 20.

Nuestro campamento estaba en pleno cólera, cuando los enemigos volvieron otra vez á atacarnos á las doce del 20.

Desde el amanecer habia ya avisado el Hacho que se divisaba un número considerable de moros en Sierra Bullones y el reducto de *Isabel II* se habia puesto su bandera blanca por penacho.

A pesar de creerse próximo el combate, desde por la mañana, habiendo aparecido el dia despejado, se siguió trabajando con la mayor actividad en el camino de Tetuan, que, no obstante de abrirse entre la fragosidad de los bosques y muchas veces en peña viva por llegar las rocas en algunos puntos hasta el mar, se hallaba ya terminado hasta el primer *Castillejo*, teniendo tres varas de ancho.

Era cosa de mediodia cuando los bosques de las pendientes de los reductos *Francisco de Asis* é *Isabel II* se fueron ocupando sucesivamente por los moros en número de 7 ú 8000. Casi todos formaban parte de cuatro kabilas nuevas de los rifeños, y era por consiguiente la vez primera que entraban en combate.

Como nuevos, estuvieron impetuosos, aunque solo se les contestó al principio con el fuego de algunas guerrillas, hasta que salieron á terreno despejado cerca del reducto de *Isabel II*.

El general en jefe conde de Lucena al primer aviso que recibió del general Gasset, encargado interinamente del mando del primer cuerpo, montó á caballo, y seguido de su estado mayor, fué á situarse en las inmediaciones del reducto de *Isabel II*.

En aquel momento llegó tambien el general Echagüe, que impaciente por ponerse al frente de sus tropas, se salió de Ceuta al primer anuncio de combate, pudiéndole ver todo el mundo subir á pié y con la mano vendada hasta el *Serrallo*.

Ocupadas las posiciones por los bizarros regimientos que componen el primer cuerpo, comenzó un fuego vivo y nutrido, pero el conde de Lucena dispuso que por el pronto no se emprendiera ningun movimiento ofensivo, proponiéndose dejar producir su efecto á la artillería, de la cual se situaron en batería doce piezas de montaña y ocho rodadas. La metralla y granadas arrojadas al bosque produjeron el mayor espanto y sembraron grande confusion entre las masas enemigas. Entonces creyó el general llegado el caso de operar un movimiento ofensivo, y al toque de ataque dado por las bandas, se lanzaron como leones á la bayoneta los regimientos Rey y Reina y los batallones de Mérida y Alcántara.

Los cazadores de Mérida persiguieron á los moros hasta el fondo de un barranco, habiendo cargado con ellos, por órden del general en jefe, 20 carabineros de los 30 que forman su escolta de á pié, al mando del capitan Gonzalez.

Cuéntase que estos valientes tenian casi cortados y cogidos á unos 20 moros entre unos zarzales y pinabetes en el fondo del barranco, cuando recibieron órden de retirarse, lo cual hicieron, aunque refunfuñando. Hasta tal punto raya la disciplina. El general en jefe, por otra parte, no podia saber lo que les acaecia.

Cuatro cazadores de Mérida en este ataque tuvieron la buena suerte de hacer un prisionero,—el primero que se hizo en los muchos dias que iban de lucha y de campaña—y corrieron á presentarlo al general.

Los enemigos se retiraron con estraordinaria confusion y considerable pérdida, yendo á colocarse en unos riscos vecinos, su último asilo de defensa, pero tambien en aquel punto fueron alcanzados por los certeros tiros de nuestra artillería. Cuatro piezas de montaña, situadas en una posicion muy avanzada y servidas al descubierto por los intrépidos artilleros, les hicieron abandonar aquel último refugio, bajando entonces á parapetarse en el laberinto de malezas y jarales de que aquel paraje está cubierto, y desde donde continuaron gas-

tando inútilmente sus municiones, haciendo un fuego tan nutrido, segun su costumbre de ser los últimos en hacerlo, como inofensivo por la distancia.

La artillería se portó admirablemente en esta jornada, y todo el ejército se entusiasmó por la certeza de la puntería y los destrozos que causó en las filas enemigas.

En esto se hallaba el combate, cuando Odonell bajó del reducto acompañado del general Zabala, para dirigirse hácia el campamento de Ros de Olano. El grueso de los moros se habia corrido hácia él como si quisiera tomar su revancha en el tercer cuerpo.

Tambien allí les esperaba un nuevo desengaño.

Avanzó una division del cuerpo de Ros á recibir á los enemigos que eran allí en número de 2,000 infantes y 1,000 caballos.

El general Turon se fué muy tranquilamente con las guerrillas como si se tratase de ir á una fiesta.

Cuatro piezas de montaña contuvieron con sus bien dirigidas granadas el avance de los moros, causando en sus grupos visibles estragos, y aun cuando la caballería marroquí quiso amenazar la estrema izquierda de la division, no pudo hacerlo por las dificultades que el terreno le oponia, teniendo que retroceder en completa dispersion, acosada por dos batallones de la segunda division y alcanzada por los proyectiles de dos piezas de la citada batería, que el general en jefe—que habia llegado ya—mandó trasladar al costado izquierdo de nuestra línea.

A las cuatro de la tarde el conde de Lucena dispuso la retirada á sus campamentos de las tropas que habian tomado parte en el combate. La del tercer cuerpo se verificó sin incidente alguno. Para proteger la del primero y escarmentar al enemigo si trataba de molestar á las tropas en su movimiento de retirada, el general Gasset colocó en emboscada en el descenso de la altura del *Renegado* el batallon cazadores de Simancas, teniendo preparado para apoyarle uno del regimiento del Rey.

La artillería avanzada y los batallones que la apoyaban comenzaron á retirarse en buen órden hácia el reducto. El enemigo se lanzó á la carrera á hostilizarlos, pero apareciendo repentinamente Simancas, tuvo que retroceder á sus guaridas, perdiendo en la fuga hombres, armas y pertrechos.

La accion total terminó pronto siguiéndose á bastante distancia un tiroteo poco importante. Los moros, segun dijo en su parte oficial el general en jefe, no atacaron con el ardor con que lo hicieran en anteriores combates, advirtiéndose en ellos algun desaliento.

Nuestra pérdida consistió solo en 5 oficiales y 75 soldados, heridos de mas ó menos gravedad, y 6 muertos pertenecientes todos á la clase de tropa.

Tuvieron lugar tambien en este combate, como en todos, algunos hechos parciales de arrojo y bizarría. Solo referiremos uno, que prueba el valor y el sufrimiento incomparable del soldado.

D. Federico Pareras, capitan del primer batallon de Zamora, notó que uno de sus cazadores se hallaba herido de alguna gravedad, y, sin embargo, se mantenia en su puesto haciendo fuego como si tal cosa. Acercóse á él y le mandó que se retirara.

El soldado era catalan y le contestó en su idioma:

—*¿Per qué, si no tinch rés?*

Insistió el capitan, é insistió el soldado en decir que no tenia nada y que queria disparar media docena mas de tiros. Y sin embargo, se estaba desangrando y se tambaleaba ya como hombre á quien faltan las fuerzas.

«¿Creerán ustedes—dijo la persona que escribió este hecho despues de haberlo presenciado,—creerán ustedes que el capitan tuvo que usar de toda su autoridad para que aquel hombre se retirase? Pues así fué, y solo obedeció á la órden terminante que le fué dada.»

En esta accion y entre las guerrillas que sostenian los cazadores de Baza estuvo toda la tarde el artista y dibujante Sr. Vallejo, al cual le concedieron *por favor*, segun él mismo dice, disparar algunos tiros en cambio de los servicios que prestó con sus gemelos, gracias á los cuales veia bien á los moros indicando sus movimientos á los cazadores.

XXII.

El prisionero.

Ocurrió durante la accion que de referir acabamos, un aconteci-

miento, que aunque en sí de poca importancia, escitó la curiosidad general y ocupó la atencion de todos por algunas horas. Fué cogido, segun hemos ya indicado, un prisionero, y era natural que esto diese que decir y que curiosear, ya que era el primero que se hacia, pues que el moro huye ó se hace matar, pero raras veces se deja coger.

El de que hablamos fué alcanzado junto con otros cuatro por cuatro cazadores de Mérida y un sargento cuando el citado batallon dió con tanto arrojo su carga á la bayoneta. De los cinco moros, solo él se dejó cojer. Los otros cuatro se defendieron tan encarnizadamente con sus gumías, que hubo necesidad de matarles. El de que hablamos, herido de bayoneta, aunque no de consideracion, en la cara, muñeca derecha y lado derecho del vientre, se dió á los cazadores pidiéndoles misericordia con sus gestos y en su lenguaje, ininteligible para ellos. Se la acordaron, y, aunque no sin dificultad, pudieron llevarle hasta nuestras líneas de defensa.

El primero que le habló fué el intérprete Anibal Reynaldi, que pidió permiso para ir en su busca apenas se supo que se habia hecho un prisionero. Reynaldi le animó asegurándole la vida, y el moro al oir que le hablaban en su idioma esclamó:

—Ah! ¿Tú eres árabe? ¡Alabanzas sean dadas á Dios!

En seguida añadió:

—Vengo lleno de heridas. Haz que tengan piedad de mí.

—Nada temas,—le contestó Reynaldi.

Despues de estas palabras preguntó el moro:

—¿Quién es aquí el jerife?

—Aquí no hay jerife,—le replicó.—Es un general muy bueno y piadoso, como todos los españoles.

—Enséñamele y llévame á él,—dijo entonces el moro.

Así lo hicieron el intérprete y los soldados que le habian hecho prisionero. Al hallarse en presencia del general, el moro se arrodilló, pero Odonell le hizo levantar en seguida, mandando que le curasen, lo cual se hizo en el acto, encargándose de hacerle la primera cura el médico Sr. Losada en el mismo reducto de *Isabel II*.

En el ínterin, el conde de Lucena dijo á los que le habian traido:

—Es preciso ser generoso con los vencidos.

Y de su bolsillo particular dió cuatro duros á cada uno de los cua-

tro cazadores y ocho al sargento, concediéndoles á mas á todos la cruz de *Isabel II.*

El prisionero dijo llamarse *Buselejam-Belgileli-El-Amori-E-Bene-Sasi* de la tribu de Berzi Amar, y se le encontró encima al registrarle un rosario de cien cuentas, un frasquito con aceite, balas y pólvora.

Vivia en Arcilla, costa de Tánjer, dedicado á la agricultura, cuando empezó la guerra. Era hombre de cincuenta años. Habia nacido en Oran, y pasó á Marruecos cuando los franceses hicieron prisionero á Abd-el-Kader. Desde entonces se halla en la kabila de Benzú. Dijo que tenia tres hijos y una mujer muy jóven, habiendo fallecido la otra que tenia.

Fué trasladado á Ceuta, y allí, en el hospital, sirviéndole de amanuense Raynoldi, pues su herida en la mano derecha se lo impedia, escribió á sus hijos.

XXIII.

El 21 transcurrió sin novedad. Las obras del camino de Tetuan y de los reductos continuaron sin incidente notable.

Llegó al campo la caballería y artillería de á caballo y la del segundo regimiento de Valencia, anunciando que iba á llegar muy pronto el tren y tercer regimiento montado de artillería.

Por lo adelantado de los trabajos y las disposiciones tomadas respecto á tiendas, raciones, acémilas y vapores, se creia en el campamento que muy pronto iba á emprenderse la marcha hácia Tetuan.

La division Prim estuvo en el Otero ejercitándose en maniobras militares. El objeto principal era adiestrarla á romper y cerrar filas para dar paso á la caballería y cargarla á la vuelta. Para esto se dividian en grupos de seis hombres, que formaban cada uno un pequeño cuadro, por entre el cual cargaba la caballería española y figuraba pasar la enemiga.

En este dia, por ser el en que fué atacado del cólera el general Ros de Olano, reinó mucha tristeza en el campamento de la Concepcion.

Tambien, de un ataque fulminante de cólera, murió en este dia el jóven Eduardo Butler.

XXIV.

Eduardo Butler.

Hé aquí lo que á propósito de este jóven se publicó en el periódico de París el *Español* correspondiente al 5 de enero de este año.

«Creemos que nuestros lectores verán gustosos la carta que con fecha 19 de diciembre dirigió á su familia desde el campamento africano el malogrado D. Eduardo Butler, agregado al cuartel general. Dice así:

»Querido hermano: nada sé de tí y te escribo poco menos que á caballo.

»El dia 17 entró en fuego nuestro buen amigo el general Ros de Olano, que se ha portado como un valiente. No bien oí los tiros corrí á su lado y no pudo disimular su contento á mi presencia. Tres veces me mandó retirar del fuego, que en verdad era bien sério, pues oíamos las balas en todos tonos y direcciones.

»Te aseguro que son asombrosas la serenidad y disposicion de este bizarro general.

«La tropa, muy contenta, belicosa y en buen sentido: el general Odonell es siempre el hombre de los momentos supremos. Impávido en el combate y previsor en las medidas, goza, y con justicia, de la entera confianza del ejército.

»Verdad es que, fuera de la liza, el general se convierte en padre del soldado. Cuando no está en accion, se le encuentra en los hospitales de heridos y coléricos, consolando á unos y socorriendo á otros. Si alguna parte de la prensa pudiera prescindir por momentos de las pasiones políticas, deberia proclamarle á una voz héroe de la patria.

»No tengo tiempo mas que para encarecerte des mis entrañables afectos á esa queridísima familia, y ofrecerse hasta la muerte tu amante hermano. —EDUARDO.»

El que esto escribia era un jóven de 25 años, de prodigiosa y varonil belleza, claro talento, valor á toda prueba, alegre continente y angelical carácter.

Hijo del cónsul inglés de Tetuan, nació en dicho punto el Ramadan ó sea pascua de moros, por lo que le llamaban sherif, equivalente á santo. Muerto el padre y trasladádose á España la familia, fueron inútiles todos los esfuerzos que se hicieron para arrancarle de su país natal. Quedóse en África, y adorado de sus habitantes, pasaba la vida cruzando á su pueril antojo las escarpadas cumbres que separan á Tánjer y Tetuan, cuyas poblaciones formaban los alambres de la jaula que aprisionaba aquella existencia tan libre de cuidados como risueña y juvenil.

Su inmenso prestigio sobre los moros, su inteligencia en los usos, costumbres y lenguaje del país, y el profundo conocimiento de un terreno que habia recorrido palmo á palmo desde su niñez, le hicieron alhaja de esquisito valor para la empresa que la España ha acometido en defensa de su honra.

Un digno general, jefe de uno de los cuerpos de ejército que operan contra África, propuso á la familia que existe en Madrid dependiente del real patrimonio de S. M. la reina, la adquisicion del espresado jóven en favor de nuestra causa. Sus hermanos accedieron gustosos á la invitacion, á fuer de buenos españoles, y trataron de hacerle venir, aun cuando desconfiaban del éxito por considerar harto difícil hacer olvidar á Eduardo el amor y las simpatías que esperimentaba hácia las frondosas colinas y tranquilas playas de la que ayer fué su patria y hoy su tumba. Para ello apelaron al sentimiento mas pronunciado del alma del jóven, al honor, sentimiento que entre las rocas y las selvas se habia conservado tan puro como la perla dentro de su concha.

Le escribieron «que un asunto en que mediaba la honra de la que siempre era su familia, necesitaba de su apoyo, que acudiera sin demora al sitio que se le designaba, si queria llevar sin mancilla el nombre de su padre.» Sus otros hermanos de Cádiz le mandaron uno de los vapores de su propiedad á Tánjer con la carta, y puesta en sus manos no fué menester mas; metióse al momento á bordo, sin mas ropa que la puesta, dejando abandonados sus humildes, pero para él

suficientes intereses, en Tetuan, y trasportóse á Cádiz, donde se le dijo:—«en Madrid te esperan,»—y sin mas esplicaciones partió para la corte. Fáltanos decir que los hermanos de Cádiz obraban de acuerdo con los de Madrid, pues todos tenian empeño en arrancarle de aquel suelo que les privaba de un objeto tan querido y de tan inestimable valor.

Llegó á la corte, abrazó tiernamente á sus hermanos con esa pureza de alma que no habian podido modificar los combates sociales, y preguntó con avidez cuál era la circunstancia que le hacia necesario á la honra de los suyos. Antes que se le pusiese de manifiesto el inocente pretesto que motivó su venida, se presentó el general á que hemos aludido, avisado oportunamente, y con la elocuencia que tanto le distingue, le patentizó la justicia de nuestra causa, los deberes de la santa religion que Eduardo profesaba, la imperiosa necesidad de ceder á los eficaces ruegos de toda su familia, avecindada en España, y una parte de ella dependiente de su augusta reina. Su cuñado, con quien se crió, dos hermanas y cinco sobrinitos, completaban el solemne cuadro que se ofrecia á la vista espantada del jóven, y despues de haberse anublado varias veces su espaciosa frente y juguete de mil encontradas sensaciones, se arrasaron sus ojos de lágrimas y tendiendo su mano al general y abrazando á toda su amorosa familia, se puso á disposicion de aquel, que le condujo á presencia del Excmo. señor presidente del consejo de ministros, hoy general en jefe, donde despues de varias esplicaciones sumamente satisfactorias, quedó adherido á nuestra santa causa.

Ni puestos militares de elevada graduacion, ni sueldos ni intereses de ninguna especie, quiso admitir; la única exigencia que hizo fué la siguiente: «Ni mi nombre, ni mi honra, dijo, me permiten ir como »un espía, al lado del ejército español; iré sin carácter oficial, pero »iré á batirme. Quiero que mis paisanos vean les ataco con las ar»mas en la mano, noble y lealmente, y exijo los puestos de mayor »peligro en el combate.» Esta peticion le fué otorgada por el digno general Odonell. Volvióse á casa de su familia no queriendo admitir el hospedaje que le ofrecia en la suya el referido general, fué visitado y tratado por personas de la mas alta gerarquía, y todos quedaron prendados de su varonil belleza y simpático carácter. Muchas tardes,

en sus horas de tristeza, recordaba con voz entrecortada y acento melancólico su casa de Tetuan, sus armas y caballos, su huerta siempre llena de flores..... Aquella alma pura, abandonaba á veces su cuerpo; pero por la palabra, y en alas de su fantasía, atravesaba el espacio para ir á posarse en las arabescas molduras de su moruna vivienda y en los pétalos de aquellas flores que los ojos de su dueño no debian volver á ver jamás. Las canciones que entonaba á solas en el recinto de su cuarto, eran todas árabes, y en son tan melancólico, que mas que un canto de vida, parecian un himno de difuntos.

Llegó por fin la hora de partir: despidióse llorando, y un fatal presentimiento, oculto á duras penas, acudia á sus labios de entre los que salia envuelto en una amarga sonrisa, dirigida á neutralizar las sospechas de su angustiada familia.

Llegó al campamento acompañando al general Odonell, en cuya compañía estaba; asistió á todos los combates, y el dia 17 se batió al lado del general Ros de Olano; segun se desprende de la carta antes copiada. El 20 por la tarde volvió á batirse junto con el espresado general, quien lo escribe así; pues ya se ha dicho que siempre que este amigo suyo entraba en fuego, corria á su lado á participar de sus peligros, y el 21 á las nueve de la mañana era cadáver, víctima, segun se dice, de una fulminante enfermedad.

Habia sido condecorado con las cruces de Isabel la Católica y Cárlos III.

La patria ha perdido un valiente, el ejército un poderoso auxiliar que le hubiera sido sumamente útil ante las murallas enemigas en la guerra y en la paz, sus hermanos el ídolo de su cariño y sus amigos el mas leal y puro de todos los corazones.

Que á su muerte alcance la paz de su vida y no aparecerán tan negros los lutos que desconsolada viste su apreciabilísima familia.

XXV.

Accion del 22.

Al amanecer de este dia, subió el general Prim, como de costumbre,

á protejer con su divison las obras del camino de Tetuan, y á la una de la tarde comenzó á ser hostilizado por los moros, sin que por esto se suspendieran los trabajos hasta las cuatro, hora fijada para terminarlos y regresar al campo.

Para esplicar lo que pasó en esta accion dejemos hablar á un corresponsal, que fué testigo de vista, y el cual escribió con fecha del 23:

«Como una hora despues de haber salido el general Prim me puse en camino en union de otros dos corresponsales, y nos dirigimos hácia el Castillejo, sitio donde creimos que comenzarian las operaciones.

»Al mediar el dia llegamos al término de nuestra peregrinacion, y nos encontramos al lado del general Prim y delante de los dos escuadrones de húsares, únicas fuerzas de caballería que le acompañaban.

»El general estaba recostado en un lecho natural de muelles piedras, y los principales puntos ocupados por la infantería, principalmente por los soldados de Almansa. Al lado del general estaba formado en masa el valiente regimiento de Luchana, ese regimiento que carga en catalan á la voz de *anem*, y que tan escarmentado tiene ya al enemigo. Al límite de la colina que ocupaba el cuartel general habia varias piezas de montaña. El Castillejo estaba defendido por los confinados, que formaban la vanguardia; en la costa habia un vapor remolcando una cañonera, y las avanzadas del tercer cuerpo cubrian la retaguardia de las tropas de la antigua reserva.

»Los moros, apenas fueron avisados del movimiento de las tropas por los vigias ó atalayas que siempre tienen en las cumbres, comenzaron á descender á pié y á caballo por las vertientes de las sierras Ximera y Bullones, corriéndose á lo largo de nuestra línea y comenzando el fuego frente á las trincheras avanzadas del campamento del general Ros de Olano, á la sazon en cama en su tienda, con uno de esos cólicos nerviosos que habitualmente padece.

»Con el movimiento que hizo el enemigo, partiendo de la derecha de nuestra línea, coincidió otro de la izquierda, desde el promontorio del Cabo Negro hácia la casa del Marabú y el citado Castillejo.

»La caballería descendió de las cumbres en dos largas filas que parecian interminables, y ocupando el risueño valle del Castillejo, que puede decirse tiene por límites al Sur el dicho ruinoso edificio, al Norte el mar, al Este el Cabo Negro, y al Oeste el límite de las obras

españolas, y ayer la artillería de montaña y detrás la caballería española.

»Caracolearon largo tiempo por la verde llanura haciendo tremolar varios banderines y dos estandartes ó pendones, uno rojo perteneciente á la kabila de Anghera, y otro encarnado y morado, que no recuerdo en el instante á la kabila á que pertenece. Tambien me dijeron que ondeó el verde pendon de los montañeses, defendimiento y guarda de Tetuan, pero yo no lo ví.

»No bien el enemigo se presentó en suficiente número, el general Prim comenzó á dar órdenes y principió la escaramuza para nosotros, y para ellos batalla harto sensible, puesto que hasta el santon que llevaba orgulloso el encendido pendon de la guerrera Anghera, cayó por tierra, abrazado á la enseña que se le habia confiado, y fué valiente hasta en la desgracia, porque despues de caer intentó dos veces levantarse y otras dos agitar la bandera que los audaces montañeses se apresuraron á recoger.

»El ataque, como usted supondrá, comenzó por la infantería, y fueron los primeros á romper el fuego las guerrillas de la derecha del general Prim y la vanguardia de confinados situada en el Castillejo.

»El conde de Reus dejó bajar al llano la caballería, molestada solo por algunos disparos de granada del vapor y el fuego de la fusilería, y dió órden de montar á un escuadron, el primero de húsares.

»En este instante se presentó el señor Queipo, ayudante del general en jefe, para informarse de lo que ocurria. « Bastantes moros hay, contestó el general Prim, pero creo que bastará una carga para dispersarlos, » y un momento despues mandó avanzar el escuadron de húsares.

»Pero la cañonera habia comenzado á disparar proyectiles, y fueron tan certeros algunos disparos, que colocó las granadas en medio de las filas y grupos de caballos que descendian á la llanura, por lo cual volvieron grupas los ginetes, y escaparon por las vertientes arriba, como cabras monteses en fuga.

»Los ginetes del llano salieron á escape tambien y se resguardaron en un segundo vallecito ó en un pintoresco barranco, defendido hácia la parte del mar por una peñascosa colina.

»Entre tanto el escuadron de húsares descendió á la llanura y for-

mó en batalla. Al ver aquellas dos filas de caballos avanzar majestuosas, los pocos árabes que habian quedado huyeron despavoridos entre la mas desaforada gritería. Nuestros ginetes recorrieron el valle, y vinieron á situarse en masa en la colina del Castillejo.

»Nada mas pintoresco que este paseo militar, si así puede llamarse. Los blancos dormanes, con remates negros de los húsares, se destacaban sobre el fondo verde claro de la llanura, y los caballos piafaban, y cada línea de batalla parecia un solo hombre por la igualdad con que marchaban.

»La gritería de los últimos ginetes puso el campo enemigo en alarma, y de todas las colinas, de todos los barrancos, comenzaron á salir ginetes que se precipitaban á galope en el vallecito donde se ocultaron los primeros.

»Allí parecia como que citaban á nuestros ginetes, y para llamarlos, solian adelantarse caracoleando algunos. Nuestros soldados los veian impasibles con la carabina montada y apoyada en el muslo.

»No parecia sino que en aquel barranco ó en las sinuosidades que le siguiesen, tenian parapetadas sus fuerzas ó preparada alguna emboscada.

»El escuadron recibió órden de retirarse, visto que los árabes no presentaban ni aceptaban la batalla; y descendiendo á la llanura, lo verificó en el mismo órden, con la misma serenidad.

»No bien se plegaron nuestros ginetes, cuando los árabes, dando espantosos alaridos y sacando sus pendones, invadieron de nuevo la llanura; pero en este instante comenzaron á jugar á un tiempo la artillería de montaña y la del vapor y la cañonera, y una lluvia de granadas cayó sobre el verde valle.

»Entonces fué cuando el rojo pendon de Anghera rodó por la abrasada arena, cuando los ginetes perdieron espingardas y chuzos, y gumías, y algunos hasta espuelas ó acicates, retirándose precipitada y desordenadamente al abrigo del barranco.

»Durante todo ese tiempo, la infantería siguió fogueándose con nuestras guerrillas, y los confinados desalojaron al enemigo de varias posiciones.

»Un momento despues, los dichos presidarios ó cazadores de las montañas, recibieron órden de abandonar el Castillejo, y lo hicieron,

aunque de un modo muy sensible para el enemigo; pues despues de emprender la retirada, se quedaron unos veinte hombres ocultos, y á los primeros ginetes árabes que avanzaron á ocupar la colina, les hicieron una descarga cerrada que los dispersó y los tuvo recelosos algun tiempo para arribar de nuevo á la altura.

»Volvió á jugar la artillería de montaña con mucho acierto, y poco despues, al comenzar el crepúsculo, se emprendió el movimiento de retirada, escalonándose las fuerzas como se habia hecho en los dias anteriores.

»Por nuestra parte, las bajas que yo ví fueron un muerto, soldado de Almanza, un herido grave, y otro contuso, y tres ó cuatro heridos leves mas.

»No sé lo que ocurriria en el resto de la línea, porque cuando yo llegué al campo del general conde de Almina, ya los moros se batian en retirada segun su costumbre de no pelear mas que de crepúsculo á crepúsculo.

»Fuera de las trincheras de este último campo, ó en una de las trincheras de las grandes guardias avanzadas, estaba el general en jefe con su estado mayor y el gobernador de Ceuta. Allí me dijeron que en el resto de la línea habria cómo unas diez y seis bajas, entre ellas dos cazadores, que, alcanzados por unos ginetes árabes en la sorpresa que intentaron de una guerrilla, fueron degollados en el acto.»

Hasta aquí la carta.

Poco hay que añadir á la relacion que antecede, escrita por persona autorizada y la cual vió la luz en el periódico de París *El Español* del que la hemos tomado.

Segun de los partes oficiales se desprende, el número de moros era muy considerable en esta jornada, pues su línea de fuegos ocupaba mas de una legua de estension, pero sus disparos no fueron muy acertados, pues en cinco horas de fuego solo nos causaron 40 heridos, doce de ellos graves solamente y 40 muertos.

En el ijar de uno de los caballos barberiscos se encontró clavado un enorme acicate, que el general en jefe se guardó. Por su forma y longitud estraordinaria, mas parecia construido para matar al animal que para estimularle. Los moros lo usan con cierto tacto y arte,

que, sin embargo, no impide que los caballos queden bastante estropeados, segun pudo verse por las profundas heridas causadas en el vientre de un caballo que se cogió en la accion anterior.

Concluida la accion, el conde de Lucena se llegó al campamento de Ros de Olano y entró á visitar á este, que proseguia enfermo en su tienda, permaneciendo en ella mucho rato.

En este dia el camino de Tetuan quedó terminado hasta los Castillejos.

XXVI.

El 23 transcurrió sin particularidad notable. Los moros nos dejaron tranquilos.

El general Galiano con su escolta y el general Zabala con la suya recorrieron los puestos ó campos de caballería, que presentaban una vista pintoresca. Formadas las tiendas en calles uniformes, y siempre en forma de medio círculo ó media luna, y colocadas las lanzas en pabellones, entre tienda y tienda, ofrecian un agradable espectáculo.

Circuló por el campo la noticia de que al dia siguiente iba á llegar la escuadra, la cual, pertrechada de víveres y municiones, y habilitados para hospitales muchos de sus buques, debia ir costeando mientras el ejército se pusiese en marcha por el camino que se acababa de abrir.

Durante todo el dia lo ocuparon en cruzar la goleta *Buenaventura* desde Cabo Negro á Castillejos; el vapor *Leon* desde Cabo Negro á Tetuan; y la goleta *Ceres* en recorrer la costa del Sud hasta Tetuan.

El dia anterior esta última goleta y la cañonera número 3 fueron las que estuvieron en la costa haciendo varios disparos para proteger el cuerpo de Prim.

El vapor *Piles* y el falucho *Terrible* pasaron al Norte, con el objeto de correr la costa hácia Tánjer, y lanzar algunos proyectiles huecos á los campos que habian establecido los moros en las cumbres de las montañas de Sierra Bullones y Sierra de las Monas por la parte del

mar. Fueron en efecto y dispararon, pero el campo estaba fuera de tiro de obús y fué muy corto el daño que pudieron hacer.

Echagüe volvió á tomar el mando de su cuerpo de vanguardia.

Prim salió tambien por la mañana al romper el alba á la continuacion de trabajos, y aunque adelantó mucho por los Castillejos, los moros no le inquietaron, volviéndose por la noche al campamento sin haber disparado un tiro.

Llegaron 300 presidarios voluntarios de Cartagena, gente muy dispuesta, y se esperaban mas para formar cuerpos de guias.

Dióse órden por el conde Lucena para que al siguiente dia, por ser el de Nochebuena, se diese á las tropas doble racion de vino y dos reales por plaza.

Por la noche del 23 hubo recepcion en la tienda de los oficiales tertulianos. Durante todas las anteriores noches, desde la de la alarma, habian quedado cerrados *los salones*, á causa de haber caido enfermo uno de los oficiales que ocupaban la tienda. El acostumbrado narrador les relató como sigue la toma de Oran, que ya sabemos por que causa habia tenido que interrumpir.

XXVII.

La conquista de Oran.

Al año siguiente de haber sido ganado por el conde Pedro Navarro el peñon de la Gomera, se efectuó la espedicion á Oran. Corria, pues, el año 1509.

Desde el invierno anterior se estaban haciendo grandes preparativos á fin de tener dispuesta y pronta la armada, y el cardenal Cisneros, que era quien precisamente instaba para la espedicion, se determinó á formar parte de ella para mas levantar el ánimo de las tropas.

Diéronse, pues, la órdenes necesarias, y apercibiéronse para aquella jornada muchos hombres de armas y mucha gente de á pié y de á caballo, al mando de capitanes famosos por su pericia y bizarría, entre otros Diego de la Vera, á quien se dió el cargo de comandante

de la artillería, Gerónimo Vianelo, veneciano, que era hombre de gran cuenta en casos de guerra, Pedro López de Orozco, á quien llamaban el Zagal, y Gonzalo de Ayora, buen capitan, que fué tambien el cronista de la espedicion.

Las crónicas del tiempo cuentan que el cardenal entendia en el arreglo de todo, haciéndolo con tanta aficion como si se hubiese criado en la guerra. Por disposicion suya se fué reuniendo toda la gente y preparando la armada, y solo cuando todo estuvo ya pronto, se declaró solemnemente que se habian hecho todos aquellos aprestos para ir á la conquista de la ciudad de Oran, otra de las del reino de Tremecen.

Reunida ya la flota y la gente en Cartagena, pasó el cardenal á dicho punto donde se avistó con el capitan general de la armada, que lo era Pedro Navarro.

Se habia fijado la marcha de la espedicion para mediados del mes de abril, pero hubo necesidad de detenerse por aguardar algunas compañías de gente de armas que iban muy despacio, y tambien por ser contrario el viento para hacerse á la vela. Durante este tiempo hubo algunas diferencias entre el cardenal y Navarro. Este desconfiaba del primero porque temia que lo de la espedicion á Oran fuese una farsa, y recelaba que se enviase la armada contra Venecia, en cuyo caso, decia, antes que consentirlo preferia tirarse al mar y morir de mala muerte. El cardenal, por su parte, sospechaba que el conde Pedro Navarro era enemigo de la espedicion por creer que importaria mas arrojarse sobre Arjel y entrar esta ciudad á saco. Esto hizo que los soldados se dividieran en dos bandos, lo cual amenazó desbaratar la empresa, pero por fin los dos citados personajes tuvieron una entrevista, y despues de las esplicaciones que entre ambos mediaron, todo quedó arreglado, prestando el conde Navarro pleito homenaje delante del conde de Altamira y en manos de D. Antonio de la Cueva de no hacer mas que lo que el cardenal le ordenase.

La armada, que constaba de 80 naves y 10 galeras, llevando á bordo 14,000 hombres, salió del puerto de Cartagena con próspero viento el 16 de mayo, llegando al siguiente dia á Mazalquivir, comenzando á desembarcar la gente.

Los moros coronaban en gran número la sierra, presenciando el

desembarque, y hasta hicieron algun movimiento como para bajar al llano. Cuéntase que entonces el cardenal, que habia desembarcado ya, é iba montado en una mula, seguido de muchos y nobles caballeros, dió la bendicion al ejército cristiano que dobló en el suelo la rodilla para recibirla, entrándose luego Cisneros en Mazalquivir.

El conde Pedro Navarro mandó en seguida alinear la gente colocándola en el llano á la falda de la montaña que atraviesa entre Mazalquivir y la sierra de Oran, y cuando ya todos hubieron desembarcado, nuestra infantería comenzó su movimiento ofensivo subiendo á la sierra en donde esperaban los moros.

Eran estos en número de 12,000 entre ginetes é infantes, pero nunca los españoles hemos contado el número de los enemigos, cuando los tenemos en frente. Los nuestros comenzaron á escaramucear por las faldas de la sierra, en tanto que avanzaban los caballos y jugaba la artillería, que causó bastante daño entre las filas mulsumanas. Poco á poco, fueron los nuestros adelantando y ganando parte de la sierra, que era por cierto muy escabrosa, aun para andar peones por ella.

Muerto iba de sed y de cansancio nuestro ejército, pero pudo por fin reponerse cuando llegó á unos caños de agua, de cuyo sitio fueron los moros arrojados bizarramente.

El combate no cesó por esto. Los agarenos hubieron de ceder ante el empuje de los españoles. Ganaron estos la sierra, y al desbandarse los moros que no pudieron resistir el postrer choque, la codicia de los nuestros fué tanta, que echaron á correr tras ellos, sin que bastasen á detenerles las voces que daban los capitanes. Los fugitivos pensaban entrarse en Oran, pero al llegar ante las murallas encontraron cerradas las puertas, y como los españoles iban á sus alcances, se pasaron de largo, siguiéndoles los nuestros con la mayor parte del ejército, mientras que muchos se desmandaban ya á escalar la ciudad intentando subir á las murallas ayudados de sus picas.

A la otra parte de la ciudad detuviéronse los fugitivos, mandados por el Mezuar, al cual acompañaban los principales de Oran, y trabaron una sangrienta refriega con los perseguidores.

En el ínterin, las galeras con la gente que habia quedado en ellas se fueron acercando á la playa de la ciudad, y echaron á tierra algu-

nas compañías de soldados y marineros. Oran, cuya guarnicion era escasa, pues todos sus hombres de armas estaban con el Mezuar, se vió entonces acometida á un tiempo por dos lados, teniendo que resistir dos asaltos simultáneos: el que por parte de tierra le daban los soldados que se habian apartado del grueso del ejército que iba tras del Mezuar, y el que por el lado de la playa le daba la gente recientemente desembarcada.

Débil resistencia pudo oponer Oran. Así es que mientras los unos por una parte se apoderaban de una puerta y escalaban el muro, los otros ganaban por la otra algunas torres, penetrando en la alcazaba.

Los moros que estaban en el campo, sin dejar de combatir con los nuestros, pudieron efectuar un movimiento que les permitia dirigirse á la ciudad, en la que deseaban refugiarse para resistir mejor, pero su asombro y su admiracion fueron estraordinarias al ver flotar en sus torres el pendon de los cristianos. Los nuestros, apoderados ya en gran parte de Oran, sobre todo de las murallas, abrieron una de sus puertas y destacaron algunas compañías contra los moros, que se encontraron entonces entre dos fuegos, como diríamos ahora.

La victoria fué completa por nuestra parte. Los moros perdieron gran parte de su gente, siendo escaso el número que pudo ponerse en salvo.

Un dia solo bastó á nuestros valientes antepasados para desembarcar, ganar la sierra, tomar la ciudad, y vencer al enemigo haciéndole 5,00 prisioneros y causándole 4,000 muertos.

No es estraño, pues, que, atendida la rapidez casi fabulosa de esta conquista, las crónicas antiguas lo achaquen á un milagro.

La ciudad se acabó de ganar aquella noche, pues en ciertos parajes aun resistian los moros con esfuerzos aislados, y el dia siguiente el cardenal bendijo la mezquita mayor, consagrándola á Santa María de la Victoria.

Cuéntase que solo un dia permaneció en Oran el cardenal. Parece que, á pesar de todo lo mediado, su inteligencia con el conde Navarro no era muy franca, cosa que no es de estrañar, pues nunca han hecho buenas migas los hombres de armas con los de iglesia.

Cisneros dejó, pues, á Pedro Navarro de gobernador en Oran, y dejando sus planes de mayor conquista de territorio, se partió en se-

guida para España, á fin de ser el que diese al rey la nueva de la conquista.

A los 15 dias de aquella espedicion tan rápida como gloriosa, estaba ya el cardenal en Alcalá de Henares, su patria.

Por lo demás, señores, prosiguió el narrador, la toma maravillosa de Oran no fué sino el preludio de otras conquistas en África, que os contaré otra noche.

XXVIII.

Nebulosa y oscura se presentó la mañana del 24. La niebla envolvia como un turbante las cumbres de los cerros y el viento era huracanado. Pero á eso del mediodia fué despejándose la atmósfera, y al caer la tarde ni una sola nube se veia ya en los horizontes del campamento y ni una ráfaga de viento agitaba la tela de las tiendas de campaña.

Por la mañana llegaron á Ceuta ocho cañoneras procedentes de Cádiz y la goleta *Rosalía* de Algeciras, saliendo para este punto la *Ceres*.

Se presentó otro renegado al general en jefe diciéndole, segun se corrió en el campo, que habia hácia Tetuan 25,000 moros entre infantes y ginetes, asegurándole además que el cólera les afligia mucho y que en Tetuan hacia estragos.

El conde de Lucena salió á recorrer el campamento, y observando la alegría pintada en el rostro de los soldados, y recordando que en aquella noche se celebraba en el mundo cristiano la venida del Mesías, quiso que tambien celebrasen los soldados Nochebuena, y al efecto se dió por su órden doble racion de vino, buena carne á unos, á otros bacalao y 2 reales de plus.

Durante todo el dia se vieron llegar comestibles al campamento, y así que hubo anochecido, presentó el verdadero aspecto de una verbena. Todo era fiesta y algazara. Encendiéronse muchas hogueras, y desde las alturas de Sierra Ximera hasta las del Otero, todo era una vasta luminaria.

Por órden superior se dispuso que algunas músicas esparcidas por el campo lo alegrasen con sus marciales tocatas, y esta circunstancia dió en efecto un colorido particular á la animacion haciendo que subiera de punto la alegría. Los soldados bailaban y cantaban en torno de las hogueras, y como la retreta y la queda se tocaron una hora mas tarde, facilitándose á los soldados batatas y castañas, fué aquella noche en el campo una diversion y una alegría continuadas.

Nadie hubiera dicho que aquellos hombres, que tan desordenadamente se entregaban al regocijo, se hallaban á dos pasos del enemigo que podia en un momento helar la risa en su garganta y trocar sus carcajadas en gritos de agonía.

Á eso de media noche, y al decir de los escuchas, se oyeron varios disparos en las vertientes de Sierra Bullones, contestados por otros en las llanuras y vallecitos de los Castillejos. Debian ser señales y avisos y nada que pudiera producir alarma por el pronto, pues sabido es que el árabe no ataca cuando las tinieblas cubren la tierra con su manto. Sin duda creian que la Nochebuena seria para el ejército español una noche de embriaguez y de desórden que dejaria inútil por algun tiempo al soldado.

Por esto quizá, apenas los campos quedaron en silencio, el enemigo trató de reunirse para atacar al romper el alba.

Los moros, estrañando la algazara que reinaba en el campamento, y sabedores por los renegados de la causa que la producia, dispusieron un ataque para la mañana siguiente, creyendo que iban á encontrar ébrios y dormidos á nuestros soldados y que podrian hacer en ellos una fácil y terrible carnicería.

El general conde de Lucena habia, empero, previsto el pensamiento que podia acudir á los moros, y todo lo habia preparado para recibirlos.

Amaneció el dia 25 y la pascua de Navidad se inauguró con un duro y sangriento combate.

XXIX.

Accion del 25.

Al toque de diana, los moros que durante la noche se habian emboscado en los bosques que circunvalaban el campamento del tercer cuerpo, lo acometieron de pronto en grupos numerosos de infantería y caballería, y mientras llamaban la atencion por la derecha con un nutrido fuego, se corrian parte de ellos por las colinas de la costa á fin de penetrar por la izquierda.

Su plan fué semejante á la sorpresa intentada el dia 9. Entonces fueron rechazados por el segundo cuerpo, y los cazadores de Arapiles se cubrieron de gloria. El 25 fueron rechazados por el tercer cuerpo, y los cazadores de Barcelona se portaron heróicamente.

Un batallon del regimiento de Zamora cubria en guerrillas la derecha; seguian los cazadores de Albuera, que ocupaban el centro, y Barcelona que protegia la izquierda sobre las vertientes que dan á la playa.

El enemigo llamó la atencion por la derecha del campo, y hasta por la derecha de la línea, pues la kabila de Benzú no dejó de hacer un amago á los reductos llamando hácia aquel lado algunas fuerzas del primero y segundo cuerpo.

En tanto que esto hacia, se situó un grupo de caballos lujosamente enjaezados, y que parecia una especie de estado mayor, al abrigo de unas rocas mirando á la playa y descubierto solo por la marina. Desgraciadamente no teníamos entonces ningun buque en aquellas aguas.

La infantería, seguida de algunos caballos, descendió por los barrancos y se corrió por la playa para atacar el campo por su parte baja, mientras otros atacaban por la altura. Esto hizo que los primeros cuerpos que entraran en fuego fuesen Zamora y Albuera.

La artillería de montaña, que inmediatamente se situó en las altu-

ras, rompió un vivísimo fuego sobre los enemigos, haciendo en ellos horrible estrago y forzándoles á retroceder de loma en loma hasta los montes mas lejanos, donde aun no se hallaban seguros de los proyectiles.

Por otra parte, los que amenazaban por la izquierda y temerariamente se habian adelantado hácia nuestras posiciones, al ver fallido su intento y que era imposible seguir adelante, quisieron retirarse precipitadamente, encontrándose de todo punto cortados por nuestras tropas, que cargaron sobre ellos á la bayoneta.

Los cazadores de Barcelona, que fueron sin disputa los que mas se distinguieron, se corrieron por las alturas y luego bajaron, siempre á la bayoneta, hasta la playa, en donde cortaron 30 moros, que allí quedaron tendidos en la arena ó en los barrancos. A haber llegado á tiempo entonces nuestra caballería, se hubieran cortado, segun asegura un testigo, al pié de 300 moros; pero á la carga de los cazadores huyeron y solo pudieron cogerse los 30 citados, que prefirieron morir á dejarse hacer prisioneros. Moro hubo que se tiró contra las rocas de la orilla del mar, otros al agua, y otros rodaron por la pendiente ó se defendieron como fieras en la playa. Así es que hubo cadáver que tenia sobre veinte heridas.

Durante la accion fueron sucesivamente llegando los cazadores de Baza y Ciudad Rodrigo, y algunas fuerzas de Segorbe.

La gloria de esta jornada pertenece por entero al tercer cuerpo. El general en jefe citó con recomendacion en su parte á los generales Turon y Quesada.

El conde de Lucena vió por sus propios ojos mas de 40 cadáveres enemigos, que los moros en su precipitada retirada no pudieron recoger.

Una batería de montaña y dos de á caballo hicieron disparos acertadísimos, y tan nutrido fuego, que parecia de fusilería. Estaban sobre las trincheras de las grandes guardias del campo, al centro y á la derecha. En la retirada del enemigo hácia las sierras, los reductos fueron disparando sucesivamente.

A las doce del dia, cuando los moros comenzaban á operar su movimiento de retroceso, llegaron á la playa el vapor *Leon*, y las goletas *Rosalía* y *Buenaventura*, cuyos buques, puestos en franquía, dispararon con bastante acierto sobre todo el valle. Quien primero huyó

Lit Vazquez R. 31.

EPISODIO DEL 25 DICIEMBRE.

fué el grupo de ginetes de que hemos hablado y que parecia el estado mayor.

A la una poco mas ó menos, otro vapor, el *Piles*, remolcaba cinco cañoneras, pero habia mucha mar por el viento Sudeste fortísimo que soplaba, y tuvo que pedir ausilio apenas dejó el abrigo de la bahía del Norte. Otro vapor fué en su ayuda, y con mucho trabajo condujo á bahía dos cañoneras, llevándose el *Piles* las tres restantes al sitio del combate.

Escasa fué nuestra pérdida en esta accion en que las tribus recibieron una de las mas duras lecciones de la campaña. Tuvimos un jefe herido, el primer comandante de Albuera, y 3 oficiales, 43 individuos de tropa y 8 muertos de esta última clase.

Las de los moros fueron considerables. La mayor parte de sus heridos han muerto siempre. Además de ser muy grandes los estragos de las balas cónicas y de la metralla en sus filas, carecen de buenos médicos, hospitales y otros muchos recursos indispensables para la cura y restablecimiento de sus heridos. Tetuan estaba demasiado lejos para que pudieran conducirlos allí sin riesgo de morir en el camino, ó de llegar al menos en gravísimo estado; así es que, no contando con ninguna poblacion grande por aquellos alrededores, tenian que dejarlos en los aduares y en las casas de campo donde, mal asistidos y peor cuidados, morian á centenares.

Se calcula que en la accion del 25 tuvieron mas de 400 hombres fuera de combate.

Entre otros de los objetos que quedaron en poder de nuestras tropas, hay que enumerar seis libras de pólvora inglesa en un morral, varias bolsas con amuletos y preservativos, rosarios de cien cuentas y un caballo gravemente herido entre otros muertos, cuernos con aceite, bolsas de balas, algunas muy caprichosas, muchas espingardas y gumías.

Al terminarse la accion, comenzó un nuevo temporal que arreció sobremanera al principio de la noche.

Nuestros valientes hubieron de soportar despues del combate una noche parecida á las del 18 y 19. El viento sopló con tanta violencia,

que deshizo y se llevó algunas tiendas, entre otras la de los intérpretes y la del general Zabala.

La lluvia no cesó hasta al amanecer, y el viento continuó aun.

Todas las tiendas volvieron á calarse y se pasó otra noche terrible de malestar y angustia.

XXX.

Como de costumbre despues de un dia de combate, los moros nos dejaron en paz. El 26 transcurrió sin novedad ni incidente notable.

Empezaron á hacerse preparativos para avanzar, mandando que las tropas se racionaran para cuatro dias.

Quedaron habilitados para hospitales los vapores *Barcelona*, *Cataluña*, *Torino* y *Villa de Lion*. En la *América* iban los utensilios del hospital; *Rita* llevaba el arroz; *Tajo* vino, aúzcar y café; *Tarsis* y *Pelayo* pan; *Sena* municiones de fusil y *Duero* y *Ebro* heno y cebada.

El mal tiempo siguió durante todo el dia, pero por la noche pareció calmarse, pues el viento arrolló las nubes y despejó la atmósfera.

Los oficiales, condenados á no salir de la tienda por causa del huracan, se agruparon aquella noche en torno de su compañero, que continuó contándoles nuestras antiguas glorias en África.

XXXI.

Conquista de Bujía.—Sumision de Arjel.

El rey D. Fernando quiso continuar sus conquistas en tierra de África, tan feliz y brillantemente conquistadas. Dió, pues, las órdenes oportunas para que la armada se reuniera en Mazalquivir á disposicion del conde Pedro Navarro, á quien se comunicaron particulares instrucciones.

Quedó entonces por gobernador y capitan general en Oran el alcaide de los Donceles, y Pedro Navarro se embarcó en Mazalquivir y fué á buscar la otra parte de la armada que estaba en Iviza al mando de Gerónimo Vianelo.

Como se estaba en lo mas crudo del invierno, detuviéronse allí todo el mes de diciembre, á fines del que Pedro Navarro declaró que la armada real iba á emprender sus operaciones contra Bujía, dictando en su consecuencia las disposiciones oportunas.

El dia 1.° de enero de 1510 salió la flota del puerto de Iviza, siendo sus capitanes y jefes principales el conde Pedro Navarro, Gerónimo Vianelo, Diego de Vera, los condes de Altamira y de San Estevan, Ruy Diaz Maldonado, Miguel Cabrero, Gonzalo Cabrero y Diego de Guzman.

Bujía, la ciudad que se iba á conquistar, está en la costa de la provincia de Numidia. En lo antiguo habia estado sujeta al reino de Tunez, pues que fué conquistada por los reyes de Tremecen, acabando finalmente por ser cabeza de un reino y tener rey independiente y propio. Lo era de ella en la época á que me refiero el llamado Abdurramel.

La armada cristiana llegó á Bujía la víspera del dia de Reyes antes de amanecer. Entraron primero en el puerto cuatro naves, pero, como tenian contrario el viento de tierra, no pudieron pasar las otras hasta las primeras horas de la tarde. El conde Pedro Navarro salió en un batel á reconocer el lugar, seguido de otro batel que iba mandado por Diego de Vera. Los moros de la ciudad comenzaron á disparar su artillería y á tirar á las naves, pero fué todo sin ningun efecto, porque no hicieron el menor daño.

Los moros tuvieron lugar de armarse durante todo aquel dia y ponerse en defensa. Sacaron fuera de la ciudad las mujeres, niños y ancianos, y recogiendo el rey de Bujía todo lo que era útil y de guerra, llegando á reunir sobre 10,000 peones y algunas partidas de á caballo, salió al campo por lo alto de la sierra, bajando desde allí á la marina al objeto de oponerse al desembarque de los nuestros.

Al dia siguiente, fiesta de los Reyes, el conde Navarro lo ordenó todo para tomar tierra. La artillería de los buques comenzó á disparar contra los moros haciendo grandes estragos en sus filas, tanto,

que hubieron de retirarse á las cumbres de la sierra para ponerse fuera del alcance de los tiros.

Este fué el momento que aprovecharon los nuestros para desembarcar, cuya operacion se efectuó admirablemente. Así que el conde tuvo á los suyos en tierra, comenzó á ordenar su gente, haciendo de ella cuatro escuadrones, y en seguida, colocada ya la artillería en el lugar conveniente, subióse por la sierra arriba con el ejército, decidido á echar de ella á los moros y á combatir la ciudad por lo mas alto.

El movimiento de los cristianos tuvo un éxito mas feliz del que su mismo jefe se esperaba, pues fué tanto el miedo que sobrecogió á los enemigos, que, no obstante ser muy inferiores en número los nuestros, no se atrevieron á esperarles, recogiéndose el rey de Bujía con toda su gente dentro de la ciudad. El conde Pedro Navarro decidió aprovechar aquel visible desaliento de los moros, y dió órden para que en seguida los suyos se echasen sobre la plaza.

Como leones se arrojaron los nuestros al asalto, y, forzoso es decirlo, apenas hallaron resistencia. El rey de Bujía con su gente, presa de un completo pánico, apenas entró por una puerta se salió huyendo por la otra. Los últimos escuadrones árabes salian de la ciudad, cuando la vanguardia de los nuestros comenzaba á escalar sus muros por el lado del monte. Los moros que en ella quedaban hicieron una resistencia tan desesperada como inútil. Abandonados de su cobarde rey, que les dejó en aquel terrible aprieto llevándose la gente de combate, no pudieron hacer otra cosa para defenderse que morir.

Bujía quedó en poder nuestro antes de mediodía, y aquella misma noche salia de la ciudad Diego de Vera en direccion á España para dar al rey la importante nueva de la victoria.

Luego que se hubo ganado la ciudad de Bujía, como era una de las principales de África, y la cabeza de aquel reino, todos los lugares que le estaban sujetos, así de la costa como de la tierra adentro, ó se desampararon ó trataron de rendirse. Entre ellos era el mas señalado la ciudad de Arjel. Pero Navarro envió á ella un noble caballero llamado Enriquez intimándola que se rindiera al rey de España, enviándole luego todos los cautivos cristianos que tenia.

Los de Arjel no se atrevieron á resistir, y con el caballero Enri-

quez, que se volvió á Bujia, enviaron al conde Navarro dos moros embajadores de parte de la ciudad y de los Jeques vecinos y moradores de ella, cuyos dos embajadores firmaron la capitulacion de Arjel el último dia del mes de enero bajo las bases siguientes:

1.ª Que la ciudad de Arjel se entregaba al rey de España con toda su comarca, ofreciéndose todos sus moradores á ser vasallos fieles del dicho rey, prestándole pleito homenaje y jurándole guardar toda fidelidad, comprometiéndose á ser amigos de los amigos del rey y enemigos de sus enemigos.

2.ª Que los dos embajadores moros, á su regreso á Arjel, harian que todos los de esta ciudad prestasen el citado juramento, eligiéndose dos caballeros moros de los mas principales para que pasasen á España á llevar al rey la sumision y juramento de obediencia de sus nuevos vasallos de Arjel.

Y 3.ª Que las personas de Arjel que fuesen á dar la obediencia al rey, debian llevarle todos los cautivos cristianos que se hallaban entonces en la comarca.

Hé aquí, pues, como la toma de Bujía nos procuró antes de concluirse el mes la posesion de esta misma ciudad de Arjel que hoy, como la de Oran, está en poder de los franceses.

El rey de Bujía Abdurramel, entretanto, no habiendo sabido defender la ciudad como valiente, levantó un ejército y aparentó marchar contra ella para arrancársela á los cristianos. El conde Navarro decidió no esperarle sino ir en su busca.

Abdurramel habia acampado á ocho leguas de Bujía, sobre el rio; y allí decidió ir á buscarle Pedro Navarro.

La batalla fué sangrienta, pero gloriosa para nuestras armas.

Las gentes del conde, llevándole á él al frente, acometieron el real de los moros con tanto denuedo y bizarría, que arrollaron cuantos obstáculos se les opusieron, introduciéndose en el campamento enemigo, el cual pasaron á saco, prendiéndole fuego en seguida. Allí murieron el famoso caudillo árabe llamado el Mezuar, y su mujer y toda su familia; pereciendo tambien la mujer del rey y su hija, los alcaides del castillo y de la ciudad de Bujía y hasta trescientos moros, cayendo cautivos mas de doscientos.

Con esta presa y un rico botin, volviéronse el conde y los suyos á

Bujía para gozar descansadamente de su triunfo y preparar el ánimo para nuevas empresas y victorias.

Aun tengo que contaros alguna otra de nuestras glorias en África —añadió el narrador—y os las referiré mañana, antes de que levantemos nuestro campo, pues si no mienten las noticias que tengo, vamos á salir para Tetuan antes de cuatro dias.

XXXII.

El 27 amaneció lloviendo, no cesando de hacerlo en todo el dia. Por la mañana el general en jefe envió el siguiente parte telegráfico al gobierno:

«El espíritu del ejército es inmejorable. En el mes que llevamos acampados no ha habido necesidad de formar una sola sumaria, ni una disputa ni exceso de ningun género ha sido necesario castigar.»

Llegó á Ceuta nuestra escuadra, compuesta de los siguientes buques:

Navío *Isabel II*, su comandante el brigadier D. Blas Quesada.

Fragata *Princesa* (hélice) al mando del brigadier D. Manuel Sibila.

Fragata *Blanca* (hélice) mandada por el capitan de fragata D. Manuel Albear.

Corbeta *Villa de Bilbao*, al mando del capitan de fragata D. Juan Quesada.

Vapor *Colon*, su comandante el capitan de fragata D. Joaquin Posadillo.

Vapor *Vasco*, su comandante el capitan de fragata D. Juan Soler.

(Este vapor llevaba á bordo al excelentísimo señor jefe de escuadra D. Segundo Diaz de Herrera).

Vapor *Santa Isabel*, al mando del teniente de navío D. Adolfo Guerra.

Vapor *Leon*, su comandante el teniente de navío D. Andrés Fala.

El jefe de la escuadra conferenció con el general Odonell, y en seguida circuló por el campamento la noticia de que se iba á emprender un ataque contra los fuertes de Tetuan.

Si mala estuvo la mañana, infame fué la tarde. La lluvia y el viento continuaban, y el campo estaba convertido en un verdadero lodazal.

Los oficiales, con quienes hemos hecho trabar conocimiento á nuestros lectores, apresuráronse á refugiarse en la tienda, despues de cumplidas las exigencias del servicio, y allí, arropados en sus capotes, se dispusieron á escuchar la continuacion de nuestras antiguas glorias, cuya narracion habia dejado pendiente su compañero en la noche anterior.

XXXIII.

Conquista de Trípoli.

La conquista de Bujía fué de grande importancia para nuestras armas. Contado queda ya como á consecuencia de ella se sometió Arjel y toda su comarca, pero aun tuvo otros resultados mas favorables.

El rey D. Fernando en el interin mandó publicar que se hacia esta guerra en África porque queria proseguir su empresa contra los infieles hasta someter la casa santa de Jerusalen.

Antes que se ganasen Oran y Bujía, el rey de Tenez, llamado Muley Yahyia, se habia ofrecido á ser vasallo del rey de España, pero como aun no lo hubiese efectuado, apresuróse entonces á reducirse bajo la obediencia de aquel tras cuyos pendones iban en África la gloria y el esplendor. Envió, pues, un embajador al conde Pedro Navarro para que en nombre del rey lo recibiese como vasallo, é hízolo el conde bajo los pactos siguientes:

1.° Que el rey de Tenez se obliga á servir como vasallo á D. Fernando acudiéndole y ausiliándole en cualquier guerra que tuviese, debiéndole el rey pagar la gente de armas que llevase consigo, como era costumbre entre moros.

2.° Que el mismo rey de Tenez se obligaba á poner inmediata-

mente en libertad á todos los cautivos cristianos que estaban en su reino.

3.° Que, en reconocimiento de su señorío, se comprometia á dar cada año dos caballos y cuatro halcones, ofreciendo poner en rehenes para cumplir todo esto á un hijo que tenia, llamado Muley Boabdil.

Y 4.° Que se comprometia á que de las costas de su reino no saliese nave alguna que hiciese mal ni daño á los cristianos ni á sus bienes, obligándose en caso contrario á pagar los daños y perjuicios.

Tal fué lo que se estipuló á 13 del mes de marzo entre el embajador del rey de Tenez y el conde Pedro Navarro, en nombre del de España. El pacto fué firmado en Bujía.

Á los pocos dias otra ciudad se sometia tambien. Los moros de Tedeliz, que está en aquel mismo reino á treinta millas de Arjel, enviaron embajadores al conde Pedro Navarro y se hicieron asimismo vasallos y tributarios de la España.

Por este tiempo llegaron á España y se presentaron al rey que estaba en Calatayud los embajadores moros de Arjel. Llevábanle todos los cautivos cristianos que habia en aquel reino é iban á prestarle obediencia como á su rey y señor, segun el pacto establecido con Pedro Navarro.

No fueron solo las citadas poblaciones las que entonces se nos sometieron en África. El alcaide de los Donceles, que gobernaba en Oran, consiguió que el rey de Tremecen se hiciese vasallo del monarca español, reduciéndose con esto al poco tiempo los moros de Mostagan.

Nuestras conquistas en África iban viento en popa, y, gracias al conde Pedro Navarro, no tardó España en tener otro dia de gloria con la conquista de Trípoli.

Pedro Navarro habia salido de Bujía, á la cual fué enviado como capitan general D. García de Toledo, con la armada en la cual llevaba 8000 hombres, pasando primero á los mares de Italia en donde recogió nuevos buques completando entonces su gente hasta el número de 14000.

Con esta armada se dirigió á Trípoli, ciudad muy famosa y rica en la costa de Berbería. Dos dias antes de llegar al puerto, mandó el conde pasar toda la gente á los bergantines, barcas y á otros buques

de remos que llevaba, á fin de que con mas facilidad y presteza pudiese sacar todo su ejército junto á tierra.

Consiguiólo como lo deseaba.

Es preciso advertir que la ciudad de Trípoli era muy fuerte. Por un lado la ceñia el mar y por el otro apartado de la marina tenia un ancho foso lleno de agua. La muralla era buena, estaba bien fortificada de baluartes, y contaba con 14000 moros, con su rey ó Jeque al frente, dispuestos á rechazar á los españoles ó á enterrarse en las ruinas de la ciudad.

El conde Pedro Navarro echó su gente á tierra y la ordenó en escuadrones, todo esto en medio del fuego de artillería contínuo y nutrido que hacian los moros desde los baluartes, torres de las murallas y alcazaba.

Como los moros habian adelantado un cuerpo de infantería y caballería para defender la boca del puerto, el conde dividió su ejército en dos mitades para combatir á un tiempo la ciudad y el grupo de la morisma que estaba fuera de ella.

Vióse esta medida coronada del mejor éxito, y por de pronto una y otra mitad del ejército se lanzaron con arrojo.

Dura fué y encarnizada la pelea. Arrimáronse escalas á los muros, y el asalto comenzó. Mientras tanto, la armada, que no dejaba de hacer grande daño en la ciudad con su artillería, envió algunos grupos de infantes y marineros con escalas á combatir el barrio de la marina, sospechando que hallarian en él menos resistencia por creerlo los moros mas seguro.

De esta manera trábose la batalla por tres partes á un tiempo, siendo por una y otra parte muy reñida, pues si vigorosamente atacaban los cristianos, valerosamente se defendian los agarenos.

La victoria comenzó por fin á declararse en nuestro favor. De todos los moros que estaban fuera de la ciudad, cuentan las crónicas que ni uno solo quedó vivo. Esto dió gran ánimo á los sitiadores, que hicieron un nuevo esfuerzo y consiguieron por último entrar en la plaza escalándola por junto á una puerta á la cual despues llamaron de la Victoria.

Dícese que quien primero subió al muro fué un infanzon aragonés llamado Juan Ramirez, el cual, á pesar de haber sido herido, sostu-

vo largamente y solo el combate con una porcion de moros, hasta que se acudió en su socorro.

Despues que los moros hubieron sido echados de las torres que se tocaban casi en las murallas unas con otras, quedando los nuestros dueños y señores de los muros, comenzóse otro combate tan encarnizado y sangriento, ó mas aun que el anterior. Los mahometanos, reducidos á la desesperacion, decididos á morir todos antes que entregarse, comenzaron á hacerse fuertes en las calles y en las casas.

Defendieron palmo á palmo el terreno con un arrojo y bizarría que admiró á los mismos vencedores. Causaron en nuestras filas notables estragos, muriendo entre los nuestros muy buenos caballeros y muy valientes soldados.

Dicen las historias que la batalla en el recinto de la ciudad fué muy mas brava y terrible, sin que quedase plaza, ni calle, ni mezquita, ni torreon donde no hubiese muy sangrienta pelea. Combatian tan desesperada y temerariamente los moros, que no pocas veces obligaron á retroceder á los cristianos, pero por fin hubieron de ceder al valor heróico de los nuestros, y entonces no se rindieron ni dieron á cuartel, sino que se hicieron pasar á cuchillo. Algunos se recogieron en la mezquita mayor y allí pelearon hasta que quedó uno solo con vida.

Fué horrible la matanza que los nuestros se vieron obligados á hacer en la ciudad para apoderarse de ella, y á muy pocos consiguieron hacer prisioneros, contándose en este último número al rey ó Jeque de Trípoli y á un hermano y un hijo suyo.

Mientras esto sucedia en la ciudad, fuera del puerto dos naves nuestras daban alcance á unos barcos moros consiguiendo cautivarlos y hacer un rico botin.

Fué la de Trípoli una de las mas señaladas victorias de aquellos tiempos; así es que al llegar la noticia á nuestro país fué celebrada con un regocijo estraordinario, inflamando de tal manera el ánimo del rey D. Fernando, que entonces se hallaba celebrando cortes á los aragoneses en Monzon, que declaró solemnemente estar dispuesto á ir con su propia persona á ponerse al frente de los valerosos soldados que combatian en África. Circunstancias políticas y nuevas guerras que emprendió le obligaron á abandonar su proyecto.

Con la alegría que causó esta victoria, se comenzaron á hacer grandes preparativos para la conquista de Tunez, pero por desgracia un terrible acontecimiento, una cruel derrota que sufrimos en Gerbes, vino á retrasar esta jornada que ya no se llevó á cabo sino hasta mas tarde y por el emperador Carlos V.

Otro dia, si Dios y los moros nos lo permiten, os contaré los sucesos que tuvieron lugar despues de la gloriosa toma de Trípoli, que es uno de los hechos mas notables y llevados á cabo con mas honra por las armas españolas en las playas africanas.

XXXIV.

Tambien el 28 transcurrió sin que los moros inquietasen nuestro campamento.

Llovió bastante durante gran parte del dia, aunque no tan copiosamente como venia haciéndolo desde el 24, último dia de fuego.

Esta lluvia contínua llegó á convertir el campamento en un vasto lodazal por donde no era posible transitar ni á pié ni á caballo. Esta humedad incesante hizo que se recrudecieran las enfermedades, y que el cólera se desplegase en mayor escala, causando un número tan considerable de enfermos, que estaban llenos 21 hospitales y dos barcos.

Todo estaba preparado para avanzar, y se dispuso que se levantaria el campamento el 31, si no lo impedia la lluvia.

Todos sin distincion, jefes y soldados, todos anhelaban que llegase este momento impacientemente esperado, como todos deseaban asimismo que mejorase el tiempo, que hasta entonces habia sido nuestro mas cruel y terrible enemigo.

Por esto decia el general Odonell:

—Si Dios me concediera tantos dias buenos como malos los hemos tenido, la gloria de esta espedicion seria envidiada de todos.

Y tenia razon ciertamente.

Los concurrentes á las reuniones de la tienda de oficiales tenian aquella noche impaciencia por oir lo que á los españoles habia suce-

dido en Gerbes, así es que en cuanto apareció el narrador, pidiéronle todos con insistencia que les contase el caso.

Aquel tomó entonces la palabra, y se espresó así:

XXXV.

En los Gerbes.

Fué una fatal jornada la de los Gerbes.

Allí mismo donde los almirantes catalanes habian puesto muy alta la gloria de su país clavando muchas veces vencedor en aquella isla el pendon de las barras de Aragon, allí mismo hubieron de lamentar una terrible derrota las fuerzas unidas del conde Pedro Navarro y D. García de Toledo.

Aunque es triste recordar este hecho, voy á contároslo. Su recuerdo nos enseñará que desde luengos tiempos tenemos agravios que vengar de nuestros enemigos hereditarios, y que todavía vagan por los aires las sombras de muchos de nuestros antepasados pidiendo venganza á sus sucesores.

Mientras que el conde Navarro esperaba ausilios y órdenes del rey para la empresa de Tunez, despues de haber llevado tan felizmente á cabo la de Trípoli, determinó juntarse con las tropas de D. García de Toledo, hijo mayor del duque de Alba, y dirigirse contra la isla de los Gerbes, cuyo Jeque no habia querido someterse al dominio del rey de España.

La isla de Gerbes era muy rica entonces por el comercio que con ella tenian así los mercaderes moros y turcos, que hacian los viajes de Alejandría y de otras partes de Levante, como los del reino de Tumez y de toda la Berbería.

Recuerdo que las crónicas antiguas hacen bellas y pintorescas descripciones de esta isla, tal como estaba entonces, floreciente y rica.

Dicen ser la mayor y mas principal de todas las islas de la costa de África, tan allegada á la tierra firme, que por una parte se continúa con ella por un puente, llena de bosques de palmas y olivos, y

poblada toda de caseríos en que habitaban los moros con sus familias. Por el lado del mar tenia un fuerte castillo en que estaba el Jeque con todos sus deudos y corte.

Era la noche del 28 de agosto de 1510 cuando se presentaron ante los Gerbes las armadas unidas del conde Pedro Navarro, D. García de Toledo y Diego de Vera, llevando entre todos sobre 12,000 hombres.

Al dia siguiente por la mañana muy temprano comenzó á desembarcar la gente, tomando tierra junto á una torre que estaba muy apartada del castillo del Jeque. Hizóse el desembarco con el mayor órden y felicidad, sin que los nuestros fuesen inquietados por los moros ni vieran siquiera aparecer uno de ellos.

Habíase acordado que el coronel Gerónimo Vianelo formase el cuerpo de vanguardia y adelantase con él, pero D. García de Toledo y los suyos, impacientes por batirse y ganosos de lauros, pidieron ocupar aquel sitio. Segun parece, el conde Navarro se opuso á ello diciéndole que guardase el lugar que le habia señalado como general, pero insistió D. García, llegándose á trabar de palabras este, el conde y Diego de Vera. Finalmente, medio por fuerza y contra su voluntad hubo de acceder el conde, y entonces proveyó que fuese con D. García la mejor parte del ejército.

Todos los historiadores que yo he leido están contestes en decir que los moros estaban aterrados y que era muy poca la gente de armas con que podia contar el Jeque de Gerbes. ¿Cómo, pues, siendo así, y estando tan amedrentados los enemigos que ni siquiera se opusieron al desembarco, cómo, pues, pudieron vencer á aquel animoso ejército? Esto es lo que voy á referir.

Comenzó á ponerse en marcha la vanguardia, mandada por el de Toledo, siguiéndola otro cuerpo de ejército, y quedando el conde Pedro Navarro en la playa para apresurar el desembarco de los otros.

Era mediodia cuando las primeras tropas se pusieron en marcha, y tan escesivo el calor, que antes de haber caminado dos leguas iba toda la gente muy fatigada y perdida, pues cuentan que era tal el ardor del sol, que parecia que el aire ardia y la arena abrasaba.

Fué marchando el ejército al principio en el mayor órden, pero con el ardor grande y con el polvo que salia de los arenales, al mismo

tiempo que con la fatiga que la gente traia del mar, por haber pasado muchos dias embarcados, se les despertó tan estraordinaria y abrasadora sed, que muchos iban cayendo muertos conforme iban andando.

Llegó el escuadron delantero en que iba D. García cerca de unos palmares, y allí se esforzó en ordenar la gente, que andaba ya desconcertada, pero era tan ardiente el sol y estaban las tropas tan desmayadas de sed, que no hubo medio posible de ponerlas en órden. Contribuyó á esto la noticia que circuló de pronto de que mas adentro de los palmares, junto á unas casas derribadas que se descubrian, habia algunos pozos de agua dulce; así pues, con el ansia de llegar á beber, toda la gente acabó de desordenarse arrojándose hácia los pozos.

Este fué el momento en que se presentaron los moros.

D. García fué el primero en ver asomar las avanzadas enemigas, y en seguida se dió gran prisa en sacar de los pozos á la gente que comenzaba á beber. Nuestras tropas se presentaron ante los moros no solo vencidas por el calor y la sed, sino medio muertas y sin esperanza de remedio.

Viendo los moros cuales iban los nuestros, cobraron ánimo para acometerlos á manera de rebato á la entrada de unos palmares. Eran solo 500 infantes y 70 caballos, pero fué tan brusca su embestida, que no pudieron resistirla las tropas del de Toledo, fatigadas y quebrantadas como se hallaban.

D. García, hombre de corazon y de valor, arremetió el primero para animar á los que le seguian, y entrándose á cuchilladas por entre los moros, comenzó á gritar á los suyos que le siguiesen, diciéndoles:

—Bueno seria haber llegado á este lugar para escapar huyendo.

Nada, empero, pudieron hacer los esfuerzos desesperados de D. García y de los caballeros que con bravura digna de mejor causa peleaban á su lado. Los soldados echaron á huir, abandonando muchos sus armas, y D. García, para satisfaccion de su honra, creyó que debia hacerse matar.

Allí murió, pues, peleando como quien era, y allí murieron con él muchos nobles y esforzados caballeros.

Cuando el conde Pedro Navarro vió que de aquel modo volvian

huyendo los soldados, hizo que dos escuadrones que quedaron en la retaguardia se pusieran en el paso por donde huia la gente, á fin de que los moros no pudiesen seguir el alcance. Gracias á esta disposicion, el estrago fué menor.

Aunque en esta terrible jornada cayeron muchos heridos por los enemigos, fueron sin comparacion muchos mas los que perecieron de sed y del ardor del sol y los que se ahogaron en el mar por querer embarcarse mas precipitadamente.

Los fugitivos llevaron el desórden y la confusion á los que estaban aun en la playa formando la retaguardia, y ganó de tal modo el miedo hasta á los que aun no habian entrado en combate, que el mismo conde Pedro Navarro, en medio de ser un hombre cuyo valor era probado, fué de los primeros en embarcarse abandonando toda la gente en el campo. Grandes escenas de confusion se siguieron en nuestro campo á las escenas del combate, y con mucho trabajo pudo irse embarcando la gente, pereciendo desgraciadamente en el mar gran número de soldados, á causa de estar las naves algo lejos.

Hasta 4,000 españoles quedaron aquel dia cautivos en poder de los moros, y aun, para mayor desgracia, cuando la armada se apartó de los Gerbes, sufrió tan deshecha tormenta, que perdió desastrosamente tres naves.

Aquí teneis, pues, como siempre hemos tenido que luchar con los elementos que nos han sido constantemente contrarios en la tierra de África. Apesar de ello el brillo de nuestras glorias raya tan alto, que apaga y oscurece nuestras escasas derrotas.

Al saber el rey D. Fernando la derrota de su ejército en Gerbes, mandó hacer gandes preparativos de guerra, al efecto de tomar sangrienta y completa venganza, y partió él mismo para Sevilla para apresurar el armamento de la flota. En seguida dió aviso á todos los príncipes de la cristiandad que iba á salir en persona á la guerra contra infieles y á continuar sus conquistas en África.

Por este tiempo nuestras armas obtuvieron algunos otros triunfos parciales contra los moros, no siendo el menor el haber desbaratado la armada que el rey de Tunez envió para ganar la ciudad de Trípoli. Poderosa era esta armada, y llegó á presentarse ante la plaza que tan gloriosamente habia arrancado Pedro Navarro á la media lu-

na, pero fué rechazada con grave daño y hubo de abandonar la empresa.

En esto, era llegada ya la época en que el rey habia dispuesto embarcarse para África, y se dirigia ya á Málaga con este objeto y con todo el ejército que habia mandado levantar, cuando le llegaron nuevas de Italia, obligándole no solo á desistir de su propósito de ir en persona á la campaña de África, sino hasta de continuar esta campaña. Efectivamente, nuestros soldados fueron entonces á conquistar laureles abundantes en Italia, quedando por el pronto en paz y tranquilidad los moros.

Ya no tuvo lugar mas empresa formal contra África hasta la conquista de Tunez que llevó á cabo algunos años mas tarde el emperador Carlos V.

XXXVI.

Accion del 29.—Bombardeo de los fuertes de Tetuan.

Este era el dia señalado para operar la escuadra sobre los fuertes de Tetuan.

Al amanecer salió de Ceuta con rumbo al Cabo Negro, oscuro promontorio que se levanta delante de Tetuan. Detrás del Cabo, y casi oculta por su punta, sobre la cual se divisa en los dias claros y serenos un arruinado castillejo, memoria acaso de mejores tiempos para el imperio marroquí, hay una espaciosa ensenada, en cuyo centro se alzaba una fortaleza defendida por 14 cañones y una batería rasante. Á destruirla se dirigió nuestra escuadra, y á poco de haberse escondido las naves tras la avanzada punta del Cabo, vióse desde el campamento aparecer una nube de humo, indicio de que la escuadra acababa de romper el fuego.

Poco antes de que esta hiciera sus primeros disparos, los moros habian atacado en gran número nuestro campamento.

Con objeto de ensanchar una parte del camino de Tetuan para el paso de la artillería, salió por la mañana un batallon de la division

de reserva, verificando su cometido sin molestia hasta la una, á cuya hora fué atacado por un crecido número de moros.

El batallon era el de cazadores de Vergara.

La accion empezó en el momento mismo en que una compañía de ingenieros practicaba la cortadura de unas enormes rocas para ensanchar la via.

Los moros salieron del campamento que tenian establecido en el fondo de la larga y agreste cañada que se abre detrás de los Castillejos, y su primer intento fué el de romper el centro y envolver la derecha del batallon que estaba protegiendo las obras.

El valor de nuestros soldados contuvo la recia acometida del enemigo, que con su natural ímpetu, y fiado como siempre en su número, se lanzó contra nuestras guerrillas dando feroces y salvajes alaridos. Heroicamente contuvo Vergara á los moros, sosteniendo su posicion durante todo el dia.

El enemigo verificó tambien un movimiento sobre el ala derecha del tercer cuerpo, cargando con muchas fuerzas, lo que motivó que algunos batallones del mismo, que el general en jefe tenia prevenidos convenientemente, avanzaran escalonados notándose en esta operacion una brillante carga dada por uno de ellos, que rechazó á los moros hasta los bosques de donde habian salido.

El enemigo figuró tambien un ataque á la estrema derecha de nuestra línea, pero solo hizo algunos disparos.

Ni en medio del fuego abandona á nuestros soldados esa bulliciosa alegría que les hace mirar los peligros con indiferencia y la muerte con desprecio. Así es que eran de oir los oportunos dichos y las salidas graciosas con que amenizaron aquel dia el siniestro espectáculo de la accion.

Ya era uno que remedaba el mahullido de un gato, ya otro que al disparar mandaba *espresiones* de su carabina para el moro á quien heria; ya quien se lamentaba de no poder poner *sobre* á las *balas* para mandar sus correspondencias á Muele Habas, que era como dieron en llamar los soldados al hermano del emperador; ya quien calificaba de canto de pájaros el silbido de los proyectiles que pasaban por encima de su cabeza.

«Es preciso verlos, dijo con este motivo un testigo ocular, para

admirar á esos pobres muchachos, la mayor parte casi unos niños, tan valientes, tan sufridos, tan dispuestos para toda empresa heróica, tan disciplinados, en fin, que todavía desde que salieron de sus guarniciones no han dado motivo para que se formara una sola sumaria.»

Los moros tuvieron en esta accion notables pérdidas, que el general en jefe graduó en 400 ó 500 hombres fuera de combate.

Por nuestra parte tuvimos 7 oficiales y 89 individuos de tropa heridos, con mas algunos muertos.

Veamos ahora de que modo cumplia la escuadra.

Preparada la artillería y hecho zafarrancho de combate, momentos antes de izar al tope la señal de romper el fuego, el general Herrera desde la popa del vapor *Vasco Nuñez de Balboa* dió un *viva á la reina*, que repitieron todas las tripulaciones, y pronunció en seguida estas solas palabras:

«El ejército está derramando noblemente su sangre por la patria; vamos nosotros á derramar la nuestra.»

Acto contínuo dió otro viva á la reina repetido con igual entusiasmo por las demás tripulaciones, y el *Balboa* hizo seña á la primera division de romper el fuego.

Al primer tiro de este buque disparado contra el castillo que defendia la entrada del rio Martin, contestó una batería rasante de construccion moderna. Dicha batería, perfectamente encubierta entre la arena, no se descubria sino en los momentos de hacer fuego.

Todos los disparos de los buques se dirigieron entonces hácia ella.

Momentos despues de roto el fuego por el *Balboa*, fué secundado por el navío y vapor *Isabel II* y por las fragatas *Princesa* y *Blanca*, cuyos buques dispararon su artillería de estribor, siguiendo su marcha y dando lugar á que hicieran fuego el vapor *Santa Isabel* y corbeta *Villa de Bilbao* con los vapores *Leon*, *Vulcano* y *Colon*.

Seria la una y cuarto de la tarde cuando se principió el fuego por el buque almirante, haciéndose general en toda la línea á la una y media.

A esta hora una granada, disparada por el *Balboa* ó el *Leon*, pues los dos hacian un fuego certero, incendió la batería, que acabaron de destruir los tiros del vapor *Santa Isabel*, corbeta *Villa de Bilbao*, que

siempre hacia un fuego sostenido y preciso, y el vapor *Vulcano*.

Las fragatas *Princesa* y *Blanca*, el navío y vapor *Isabel II* dirigian al mismo tiempo un vivo fuego sobre el castillo ó torre de la ria, cuyas almenas iban cayendo á pedazos, siendo de notar que el navío *Isabel* estaba sobre un fondo de seis brazas. El vapor *Colon* hacia fuego tambien con estos buques.

Es imposible describir minuciosamente todos los accidentes de este combate, concluido con el mejor éxito por nuestras fuerzas navales.

Todos, comandantes, oficiales y tripulaciones, todos estaban animados del mayor entusiasmo, y en vano seria señalar los buques que mas se distinguieron cuando todos se portaron cumplidamente.

Los disparos de tierra apenas hicieron daño á la division. Solo la fragata *Princesa de Asturias* recibió un balazo en la aleta de estribor, que afortunadamente no ocasionó desgracia alguna. Las baterías marroquíes estaban artilladas con piezas de grueso calibre, pues las balas cruzaban entre las járcias de los buques.

Apagados los fuegos de la batería, y tremolando todavía medio caida la bandera marroquí en la torre del rio Martin, á pesar de estar acribillada á balazos y rotos sus muros por las balas y granadas del navío y vapor *Isabel II*, que casi lo arrasaron, mandó poner el general Herrera la señal de *Alto el fuego*. Y como algunos le manifestaran el deseo de abatir á cañonazos el pabellon que ondeaba aun en las ruinas de la citada torre, contestó:

—Yo no ofendo á un enemigo que no contesta ya al fuego de mis cañones.

No pudieron naturalmente apreciarse las pérdidas del enemigo. Incendiadas sus baterías y voladas las municiones, es natural las sufriera de consideracion.

Un vapor de la marina imperial francesa presenció desde Cabo Negro el fuego de nuestra division.

Un mes antes, y casi dia por dia, pues lo que vamos á contar sucedió el 26 de noviembre, el almirante francés Desfossés habia bombardeado el mismo fuerte con los buques *Bretagne* y *Saint Louis*.

Hé aquí en que ocasion y con que motivo.

La Francia habia mandado una escuadra á las aguas de Algeciras antes de comenzar la guerra, escuadra de observacion como la inglesa, que allí estaba tambien.

El navío *Saint Louis* fué un dia destacado de crucero por el almirante, y al pasar por delante de la ria de Tetuan, el fuerte de los moros hizo fuego sobre él tomándole por un buque español.

Para cohonestar este error dijeron luego que los buques de España se habian aproximado algunas veces con bandera de otras naciones, y que como al mismo tiempo sabian que habia vapores franceses de gran porte al servicio de la espedicion española, lo habian tomado por enemigo.

Esto sin embargo, el almirante francés juzgó oportuno vengar el insulto hecho á la bandera de su nacion demoliendo la batería.

Así pues, sin consultar á su gobierno, mandó á la ría de Tetuan los buques *Bretagne* y el mismo *Saint Louis*, los cuales hicieron fuego hasta demoler completamente la batería, que los moros volvieron á alzar mas tarde.

Hecho esto, el almirante francés se contentó con enviar al gobierno de su nacion un parte notable por su concision y laconismo en el que solo referia sencillamente el caso.

El autor de esta obra en aquellos dias publicó con este motivo una fábula en el periódico satírico titulado *El Cañon rayado*, periódico redactado por buenos amigos suyos y que aun continúa dando á luz el mismo editor de esta obra.

Quizá los lectores encontrarán gusto en que se les traslade esta fábula.

Héla aquí pues:

UNA POTENCIA NEUTRAL

(FÁBULA.)

Ahora que se ha hecho justicia, recobro mi neutralidad.

Palabras del almirante Romain Desfossés, despues de haber bombardeado los fuertes de Tetuan.

Cuentan, lector, que un dia
en la edad, que edad media se llamaba,

un leon con un tigre combatia,
y un águila, que el lance presenciaba,
pacífica y neutral permanecia.
Mas, ¡oh dolor! quiso la suerte fiera
que en lo mejor del caso
una garra del tigre se escurriera
al águila rozándole de paso.
—*¡Nom de Dieu!* dijo el águila. (Y no es cuento,
que es preciso que sepas, lector caro,
que el águila en cuestion, por caso raro,
se esplicaba en francés que era un portento).
«*¡Nom de Dieu!* dijo el águila. ¡Pelmazo!
»Ya te haré yo saber cuantas son cinco.»
Y acercándose á él, de un picotazo
rompióle por mitad el espinazo.
Dijo, hizo, pegó un brinco,
y á su puesto volvióse sosegada
diciendo: —*¡Avant!* siga el combate fiero:
«Yo soy neutral y no me meto en nada,
»que la neutralidad es lo primero.»
Esto, lector, te esplica
que es preciso rascar en donde pica.

XXXVII.

Combate del 30.

Serian las tres de la tarde de este dia poco mas ó menos, cuando el enemigo atacó las grandes guardias del campamento del general Ros de Olano, corriéndose por los bosques de la derecha del mismo punto. Reforzados estos puestos por tres batallones al mando del general Turon, los moros fueron rechazados con tanto vigor como lo fuerte y rudo de su ataque exigia.

El fuego duró, sin embargo, hasta las seis de la tarde próximamente.

En el momento de oir el fuego, el general en jefe se trasladó al lugar del combate, pudiendo presenciar la bizarría con que se batieron las tropas.

El fuego del enemigo fué nutridísimo, como pocas veces ó jamás lo habia sido, y hubo de ser rechazado de nuestras mismas trincheras hasta donde se acercó con arrojo increible.

En algunos puntos los moros llegaron á ponerse debajo del parapeto y con el estremo del cañon de sus espingardas empujaban las piedras que los coronan haciéndolas caer encima de los soldados. Fué esto debido á que la compañía que defendia dicho parapeto habia agotado sus municiones, y como las que recibieron les fueron dadas de mayor calibre, se vieron precisados á no poder hacer uso de ellas.

Entonces aquellos valientes soldados hubieron de defenderse á pedradas hasta que les llegó refuerzo.

Cuenta un corresponsal que entre este parapeto y otro situado mas á la izquierda, á unos 300 pasos, habia un pequeño barranco por el cual subia un grupo de moros con el objeto de coger los atrincheramientos por la espalda, pero al asomar esta fuerza fué cargada por una guerrilla de Ciudad Rodrigo, compuesta de unos 20 hombres, al mando del segundo comandante del batallon, que con arrojo admirable arrojó al enemigo al barranco.

Este hecho y el de la compañía que hubo de defenderse á pedradas, fueron presenciados por el general en jefe, que al ver tanta bizarría, no pudo menos de esclamar:

—Esos dos oficiales, quien quier que sean, tienen ya el empleo inmediato. Se lo concedo en nombre de la reina.

En esta accion los moros se presentaron con una impetuosidad y un valor que solo tenian ejemplo en los primeros dias de combate junto á los reductos que se construian en el *Serrallo*. Formando una línea mas continua y cerrada de lo que tenian de costumbre, sostuvieron desde ella un fuego nutridísimo, acompañado de su incesante salvaje vocerío, pero nuestros soldados, segun dijo en su parte oficial el conde de Lucena, sin necesidad de rebasar las líneas, y protegidos por ellas, amortiguaron pronto su ardor con su aprovechado fuego y el

certero de dos baterías de montaña, obligándoles á huir en todas direcciones.

Nuestra pérdida consistió en 9 soldados muertos, 2 oficiales y 34 soldados heridos, 1 jefe, 4 oficiales y 50 individuos de tropa contusos.

La del enemigo fué mas considerable, y no debió bajar de 300 hombres entre muertos y heridos, pues ya hemos dicho que en su primer ímpetu llegó hasta el pié de nuestras trincheras donde hubo de sufrir un fuego mortífero á quema ropa.

Las tropas celebraron el final del combate con un entusiasta grito de *¡viva la reina!*

Poco antes de principiarse la accion, un oficial de la guardia civil habia acompañado á la presencia del general en jefe nueve ingleses que iban decididos á seguir el cuartel general.

El conde de Lucena habló con ellos un rato, y al principiarse la accion dió órden para que se les colocase en lugar de donde pudiesen ver los movimientos del tercer cuerpo.

Despues de la accion se presentó un miserable mendigo moro. Los pocos harapos que le cubrian y su aspecto de hediondez y miseria, le hacian casi repugnante. Segun dijo el intérprete era un esclavo. Era negro, hablaba muy poco, y aun de un modo estúpido. En los primeros momentos pidió la vida y dijo que tenia hambre y frio. No contestaba apenas á ninguna pregunta y cuando lo hacia era solo para decir que era «Dios y santo, y que le dejasen en paz porque sino á una seña suya se juntarian el cielo y la tierra.»

Llegó en este dia al campamento el corresponsal del *Diario de Barcelona* D. Joaquin Mola.

XXXVIII.

El 31 quedaron hechos todos los preparativos para que el ejército pudiese ponerse en marcha al dia siguiente, lo cual debia efectuar muy temprano, segun las órdenes comunicadas á los cuerpos.

Las tropas fueron racionadas para seis dias.

Cuarenta y un dia llevaban ya nuestros bravos de campamento en el *Serrallo*, y en estos cuarenta y un dia tuvieron ocasion de dar á la Europa el ejemplo que hubiera podido dar el mejor ejército del mundo.

Durante todo este tiempo tuvieron que estar con el fusil en la mano, interrumpiendo su sueño para volar al combate ó para luchar con la tempestad; tuvieron que resistir las incesantes y continuadas lluvias que calaban sus tiendas, que empapaban sus ropas, que convertian en un pantano el suelo sobre el cual tenian que dormir y pelear; tuvieron que rechazar ataques contínuos de hordas indisciplinadas y salvajes que se arrojaban á combatirles con el ardor del fanatismo y con el odio inveterado de una raza vengativa; tuvieron que construir sus reductos, sus fortificaciones, sus trincheras y sus caminos bajo el fuego perseverante del enemigo ó bajo el hálito de la tempestad y de los huracanes mas desechos; tuvieron en fin que resistir á un enemigo mas terrible, mas implacable y mas mortífero que todos los demás juntos: el *cólera morbo*.

¿Puede darse mas abnegacion ni mas heroismo?

Y en medio de todo esto, jamás faltaron nuestros soldados al amor á la disciplina, al entusiasmo por su patria.

Todos los males á un tiempo llovieron sobre ellos; Dios quiso ponerles á prueba con dias henchidos de dolor y de amargura, con esos dias negros que hacen vacilar el corazon mas duro y flaquear la virtud mas sólida; la guerra, la peste, las lluvias, los combates de cada dia, los sufrimientos de cada noche, las penalidades contínuas, todo cayó sobre ellos; y sin embargo, léanse las numerosas correspondencias de que han venido llenos los periódicos durante esta época, ni una sola queja exhalaron aquellos valientes, ni un acento de tristeza ó de amargura dejó escapar su corazon. Penetrados de que allí estaban, en aquel puesto de honor, para gloria de su patria y para defender su honra, peleaban ó morian sin lanzar un solo gemido que pudiese revelar los dolores de su alma.

En estos cuarenta y un dias el ejército español llevó á cabo una obra fabulosa: dejó limpia de moros una estension de ocho leguas sobre un terreno escabrosísimo, poblado de bosques y malezas, de

barrancos y precipicios, terreno en el que aun hoy dia parece milagroso que hayan podido abrirse paso el azadon y la pala de los zapadores.

Y sin embargo, lo han abierto, construyendo un camino ancho y cómodo que allí queda para honra y gloria de España, camino que tuvo que abrirse á través del fuego y balas enemigas, por medio de una doble y terrible lucha con el duro suelo y con los salvajes kabilas del país.

Dígasenos ahora si no hay de sobra en todo esto para acreditar á un ejército de valiente, de aguerrido, de constante, de heróico. Dígasenos si no hay de sobra en todo esto para dar á nuestra nacion la fama y el nombre que las naciones estranjeras han pretendido negarla creyéndola empequeñecida por sus luchas y disidencias intestinas.

De este modo nuestro sufrido y heróico ejército terminó su gloriosa campaña de África el año 1859.

El dia 1 del año 1860, que debia inaugurarse con un gran triunfo para las armas españolas, fué, pues, el destinado para levantar el campo.

Al toque de diana la division de reserva, al mando de Prim, convertida ya en division de vanguardia, y el segundo cuerpo, al mando de Zabala, con dos escuadrones de húsares de la Princesa, dos baterías de montaña del primer regimiento de artillería y una batería afecta al primer regimiento de á pié, seguido todo del cuartel general, debian emprender su movimiento hácia los Castillejos para tomar posesion y acampar en ellos.

Los cuerpos primero, al mando de Echagüe, y tercero, al mando de Ros de Olano, debian permanecer en sus posiciones, y la artillería montada y de á caballo debian avanzar solamente hasta situarse debajo del reducto del *Príncipe Alfonso*.

Todos ansiaban salir de aquellos pantanos rodeados de montes y de selva, donde estaban como enterrados en un profundo y anchuroso hoyo. Así es que al divulgarse la noticia entre los soldados que se iba á levantar parte del campamento, apoderóse de ellos un entusiasmo indecible.

Iban por fin á subir la sierra, á tener mas luz, mas espacio, á respirar otros aires.

Allí donde iban estaba el grueso de los moros, allí estaba el cam-

pamento enemigo del hermano del emperador, allí estaban el peligro, la lucha, la muerte quizá.

Pero tambien estaba allí la gloria.

Aquella noche Prim debió ver á su amiga, á su inseparable compañera *la Victoria*, sonreirle en sueños y hacerle una seña con la mano para atraerle á sí.

Aquella noche Prim debió mirar al cielo, y como estaba hermoso y despejado, debió ver que su estrella brillaba en él todavía.

CASTILLEJOS.

I.

Noticias históricas y descripcion geográfica á vista de pájaro.

Antes de pasar adelante, conviene enterar á nuestros lectores, si quier sea muy someramente, de los sitios en que tuvieron lugar las glorias de nuestros bravos espedicionarios. Es fuerza hacer este bosquejo geográfico, pues para formar un juicio cabal y exacto de los triunfos de un ejército, se debe conocer, en sus principales detalles al menos, el teatro en que ha acampado, la escena en que ha combatido, conquistando en ella dias de buena y valedera gloria.

Por lo demás, las noticias que vamos á dar á nuestros lectores les han de ser útiles y provechosas, pues escogemos las que les han de servir para sus observaciones en el curso de esta obra: solo de dos ó tres páginas les retardaremos la continuacion de la historia de nuestra campaña, que así estarán en el caso de apreciar mejor.

Toda la costa africana del Mediterráneo, desde Egipto hasta el estrecho de Gibraltar, contando mas ó menos profundidad en el interior, se llama *Berbería*, verosimilmente por la palabra *Bar*, que significa desierto; y de aquí dieron á los primeros habitantes el nombre de *berberiscos*, que todavía conservan.

La ventajosa situacion de Berbería empeñó á los romanos, á los

griegos, á los sarracenos, á los vándalos y á los árabes y moros á hacerse sucesivamente dueños de ella.

Marruecos, Fez y Suez son un mismo imperio, y es esta una de las regiones mas montuosas, agrestes y fértiles de la tierra.

En el imperio de Marruecos, á mas de haber hombres de todas castas y religiones, de todas figuras y colores, pues no faltan en él negros, como que están vecinos; se hallan tambien todas las bellezas que la naturaleza liberal derrama pródigamente en los paises mas favorecidos: grandes llanuras, cuestas agradables, majestuosos montes, bosques y selvas, rios que serpenteando mansamente inundan despues las campiñas y las fertilizan, y otros que apresuran en torrentes sus espumosas olas, ó, cayendo de lo alto, se precipitan en cascadas.

El rey de Marruecos, que tiene el título de emperador, toma tambien el nombre de *Scheriff*, esto es, jefe de la religion. El es quien nombra los *alfaquíes*, que son los ministros de esta, y con sus decisiones, que estos adoptan como él quiere, hace sagradas sus ordenanzas; de modo que no existe en el mundo otro gobierno que sea mas absoluto y tiránico. Un gesto, una mirada del príncipe son muchas veces una sentencia de muerte. Cada vasallo se apresura á obedecerle, y creen que los que mueren en la demanda, van derechos al paraiso.

Precisados los emperadores á tener entre tantas naciones y razas como están á sus órdenes, alguna que les cobre afecto, han elegido á los negros de algun tiempo á esta parte: estos son los que forman su guardia, á estos confian sus tesoros y concubinas, á estos elevan á las primeras dignidades del imperio. Envian á buscarlos jóvenes á Guinea, y solamente les hacen enseñar el manejo de las armas y una obediencia ciega á las órdenes del emperador.

En las cosas espirituales dan á entender que ceden alguna superioridad al *Mufti*, pero este, antes de decidir, sabe ya lo que desea ó quiere el príncipe.

El emperador es el heredero de todos los bienes de sus vasallos, y no tienen los hijos mas que lo que les quiere ceder de las riquezas de sus padres. Sus rentas consisten en estas herencias, y además en la venta de los empleos, en las multas que exigen de los que los ejercen, en el derecho sobre los corsarios, que llega á una décima parte

en limpio de las presas, además del de poder comprar todos los esclavos por cincuenta escudos cada cabeza, vendiéndolos algunas veces al céntuplo, aunque ordinariamente los conservan para hacerles trabajar en utilidad suya, lo cual es un ramo de sus rentas. Tambien tienen el diezmo de todos los ganados, pero esta cobranza es costosa, porque les obliga á enviar tropas, que no siempre son bien recibidas de los árabes, moros y berberiscos que viven en los campos.

Los judíos y los cristianos les pagan tambien un derecho por la libertad de poder comerciar.

La majestuosa cordillera del Grande Atlas divide el imperio de Sudoeste á Nordeste en dos partes: la que cae hácia las vertientes occidentales comprende los reinos de Marruecos al Sur y de Fez al Norte: á este reino pertenecen los sitios que vamos á describir, teatro reciente de las glorias de nuestras armas.

Muchas de las cimas del Atlas se alzan á mas de 3,000 metros sobre el nivel del mar. El monte Miltsios, que es el punto mas culminante, se eleva á la altura de 3,475 metros.

Las cumbres mas altas del Atlas están cubiertas de nieve todo el año; la nieve aglomerada en las laderas se derrite en el estío, y da orígen á multitud de arroyos, que, serpenteando por las gargantas y valles que forman las innumerables ramificaciones que se derivan de tan grandiosa cordillera, van á parar al mar ó á otros rios, aumentando el caudal de sus aguas, que en su curso mantienen la feracidad y frescura en los valles y llanuras, y despues desembocan en los dos mares que bañan las costas septentrional y occidental de tan dilatada region.

Los pastos del Atlas crian aquellos escelentes caballos que llaman bárbaros, los dromedarios estimados por su ligereza, y los camellos tan útiles para sus largos viajes por desiertos áridos y arenosos.

Las ramificaciones del Atlas cubren casi todo el suelo del imperio. La costa Norte del mismo forma una profunda curva, de la cual la estremidad occidental avanza en el mar, erigiendo un inmenso promontorio que casi toca á la parte mas saliente y meridional de España, formando con ella el Estrecho de Gibraltar. En el lado que cae al Este de dicho promontorio se encuentran los parajes de que vamos á ocuparnos.

Las ramificaciones del Grande Atlas, que, como hemos dicho, cubren casi todo el suelo del imperio, haciéndolo por demás agreste, pintoresco y fértil, en sus últimas derivaciones tocan las costas de los dos mares que lo bañan. Una de estas ramificaciones forma una cordillera de 1,200 metros de altura sobre el nivel del mar, conocida con el nombre de *Sierra Bullones*, y que avanza de Sur á Norte por el inmenso promontorio citado, hasta terminar en su estremidad mas culminante y septentrional en punta Leona y el promontorio Cirés, cubriendo los alrededores de Ceuta, y siendo el Hacho una prolongacion de ella.

Las derivaciones que de esta cordillera caen á la parte de Levante hasta besar las aguas del Mediterráneo, forman desde Ceuta hasta el cabo de Tetuan cuatro valles á que dan nombre los diferentes rios que los riegan.

Saliendo de las alturas cubiertas de espesos bosques que dominan el *Serrallo*, y en las cuales fueron construidos los reductos de que se ha ido hablando en el curso de esta obra, y que ahora han quedado dominando el camino de Tánjer, el famoso boquete de Anghera y el camino de Tetuan; atravesando el barranco llamado de las Colmenas, cuyo fondo llenan con frecuencia las aguas torrentosas, y siguiendo por la playa del Canto, se entra en el primero de dichos cuatro valles, al que se ha dado el nombre de los *Castillejos* por las torres ruinosas que en él se levantan cerca de la orilla del mar: al arroyo que atraviesa este valle se le ha dado tambien el mismo nombre de *Castillejos:* sobre una de las colinas que accidentan el fondo verde del valle, se ostenta uno de esos blancos edificios de forma cónica que tanto abundan en las regiones habitadas por musulmanes, y que sirven de morada de eterno reposo á las cenizas de algun santon ó morabito reverenciado de aquellos fanáticos habitantes. Los moros dan al valle el nombre de *Fuedk* y al arroyo que lo riega el de *Ayoats:* el edificio de que acabamos de hablar se llama la *Casa del marabut.*

Las *alturas de la condesa* cierran al Sur el valle de los *Castillejos.* El nombre español con que se distingue esta derivacion de Sierra Bullones procede de los siglos XVI y XVII, cuando todo el litoral de Marruecos y Berbería estaba sometido á España y Portugal.

Las *alturas de la condesa* y el *monte Negron* forman un valle de

pantanos y lagunas, escelente criadero de las famosas sanguijuelas de Berbería, de que tanto consumo se hace en Europa y América, y por cuyo arrendamiento ha percibido este último año el emperador de Marruecos la considerable suma de 140,000 duros.

El rio *Manuel*, que dá nombre á este, y así se llama por el de uno de los monarcas portugueses predecesores del infortunado rey D. Sebastian, ó rio *Mnuel*, como los árabes lo pronuncian, se pierde en dichas lagunas. Entre las lagunas y el mar hay un estrecho paso por donde nuestro ejército siguió su marcha el dia 6 de enero, dejando burlado al enemigo en las alturas que rodean el valle, en las cuales esperaba confiadamente ser atacado y poder sepultar á todo el ejército en las lagunas, no pudiendo presumir que tomase la direccion que llevó.

En el monte *Negron*, cuyas vertientes riegan los rios *Neftsó* y *Azmir* acampó nuestro ejército el dia 7. En estas montañas, segun luego veremos, se vió asaltado y entorpecido en su marcha, no por la resistencia del enemigo, sino por los elementos desencadenados, por una horrible tempestad. Tres dias de angustia pasó en aquellas vertientes, incomunicado por tierra y mar, regando con su sangre en tres sucesivos combates los picos de aquellas montáñas.

Entre el monte *Negron* y las derivaciones de la sierra Bullones, que avanzando mas al Sur dentro del mar forman la gigantesca mole de Cabo Negro, se abre el valle de Zamir ó del *Azmir*, regado por el rio que los árabes llaman así y que en los siglos antes citados se llamó de *Capitanes*.

Las playas de *Zamir* y de Cabo Negro lamen en todo lo largo de la costa este valle, y en ellas se provisionó nuestro ejército de víveres y municiones durante los dias 11, 12 y 13 de enero.

El dia 13 pasó el ejército el rio Azmir por cerca de su desembocadura en el mar por dos puentes, el uno construido por la marina con botes de los buques, barricas y pipas, y el otro, admirable por su solidez, construido por los ingenieros con retamas, pequeños arbustos y arenas, únicos elementos de que podian disponer en aquellas playas.

Entre Cabo Negro y las derivaciones de la sierra de Bullones, que forman el cabo de Tetuan, se abre el estenso y hermoso valle en que se encuentra la ciudad del mismo nombre, por cuyas cercanías pasa

el *Guad-el-Jelú*, el Guadalajar, como le llaman otros, y el Martin como le llaman algunos, que á cuatro millas distante de ella desemboca en el Mediterráneo, aumentado el caudal de sus aguas por otros riachuelos que lo hacen navegable para buques de poco calado hasta una distancia de dos millas próximamente.

Tomadas á viva fuerza y despues de un reñido y sangriento combate, las alturas de *Cabo Negro* el dia 14, el ejército descendió el valle en los dias 15 y 16, posesionándose de la orilla izquierda del rio.

Estas ligeras noticias é indicaciones podrán servir al lector de norte para formarse una idea del terreno en que tuvieron lugar los hechos gloriosos que vamos á referir.

II.

La batalla de Castillejos.

Nuncio de victoria, el dia amaneció sereno y despejado.

Al romper el alba, emprendió la marcha sobre los *Castillejos* el general Prim con su division, los dos escuadrones de húsares de la Princesa y dos baterías, con encargo de tomar posicion y echar un puente en la desembocadura al mar de un riachuelo, al efecto de que pudiese pasar la artillería rodada.

Despues del general Prim, emprendió la marcha el conde de Lucena con el cuartel general, siguiéndole el segundo cuerpo con su comandante en jefe el general Zabala, quien, aunque enfermo, hizo un esfuerzo supremo para no abandonar el cuerpo de su mando en la arriesgada espedicion á que estaba destinado.

La division Prim se encontraba ya de seis á siete de la mañana fuera de las trincheras del tercer cuerpo, que era el que mas avanzado acampaba.

Teniéndose noticia de que fuerzas considerables enemigas se encontraban al frente, dispuso el general sus tropas para el combate, y continuó su marcha.

Las tropas marchaban con regularidad trepando el monte, y por cierto que es preciso decir que iban alegres como nunca. Llevaban en su corazon la esperanza, iban mandadas por Prim en quien el ejército vislumbraba ya al héroe de la campaña, y se hallaban convencidas de que les estaban aguardando nuevas victorias y triunfos.

A mas, todos sabian, y no era este poco consuelo, que el paso del *valle de los Castillejos* les abria un terreno mas despejado y fácil para sus movimientos que el accidentado y fregoso que hasta entonces habian ocupado. Los moros conocian de sobra que iban á perder todas las ventajas para los bruscos y atrevidos ataques que hasta entonces contra nuestras posiciones habian intentado; así es que resolvieron oponer con todas sus fuerzas una tenaz resistencia á la marcha del ejército español.

El enemigo habia observado el movimiento de las tropas desde los bosques que coronaban, y se notó en seguida mucha animacion y algazara, señal infalible en él de prepararse al combate.

En esto, el conde de Lucena recibió un aviso del general Echagüe advirtiéndole que, al hacer la descubierta desde el reducto *Isabel II* se habian visto en las alturas inmediatas muchos grupos de moros, y que seguian bajando otros, como si amagasen un ataque por aquel lado.

El general en jefe, no abrigando ningun temor por aquella parte, atendido lo fuerte de la posicion, y persuadido de que el enemigo se dirigiria contra los cuerpos que avanzaban viéndoles seguir su movimiento, dió órden al general Echagüe de que hiciese subir sus tropas á los reductos por si se verificaba el ataque amagado, y continuó marchando.

En el ínterin, las demás fuerzas enemigas acampadas en los elevados montes que dan frente á la costa y cierran por este lado el *valle de los Castillejos*, empezaron á descender en número considerable y ocuparon con su caballería y parte de la infantería el valle, corriéndose al mismo tiempo sobre nuestro flanco derecho y comenzando un vivísimo fuego con las guerrillas de flanqueo destacadas de la division Prim, vanguardia de nuestras tropas.

No contuvieron estas, sin embargo, su marcha. Antes por el contrario, protegidas por el vivo y certero fuego de las fuerzas sútiles,

y, á pesar de engrosarse continuamente las del enemigo, que siempre se veia obligado á retroceder, nuestros bravos soldados llegaron bien pronto á la llamada *punta del canto*, á cuya falda empieza el valle de los Castillejos, que era el punto marcado como término de la primera etapa del ejército.

Cada vez iba en aumento el número de moros, y los fuegos de las fuerzas sútiles que iban siguiendo desde la costa el movimiento de nuestras tropas, eran ya insuficientes para contener el arrojo del enemigo siempre mas hostil, siempre mas amenazador, siempre mas dispuesto á una tenaz resistencia.

En efecto, llegó el momento en que Prim conoció que era preciso pasar por encima de todo, y mientras la brigada Serrano del segundo cuerpo, con una batería de montaña, tomaba una posicion que flanqueaba el bosque ocupado por el enemigo, decidióse él á emprender las operaciones contra la *casa del Marabut*, en donde los moros tenian de avanzada una fuerza considerable.

El toque de corneta dió la voz de *alto* á las tropas del bizarro general, el cual, colocándose á su cabeza, rodeado de sus ayudantes, mandó preparar la batería contra el bosque enemigo, y destacó algunas fuerzas para atacar. Algunas palabras de aliento y resolucion se exhalaron de los labios del general, que fué victoreado por sus tropas, y al momento resonó por el espacio el toque electrizador de ataque, arrojándose todo el mundo hácia adelante.

La batería limpió el bosque de enemigos; *la casa del Marabut* fué tomada.

Mucho arrojo y mucha serenidad se demostró en este primer glorioso episodio de aquel dia, pero era nada aun para lo que quedaba que hacer.

Aquí debemos hacer mencion de un hecho que, si muy glorioso por lo atrevido para los oficiales y tripulaciones de las fuerzas sútiles, quisiéramos no ver repetido, segun palabras de un periódico autorizado (*la Gaceta militar*), en razon á las desagradables consecuencias á que pudiera haber dado lugar.

Cubiertos algunos moros por los *Castillejos*, donde debia sentar su real la division Prim, detenian con su certero fuego el descenso de nuestras tropas, causando en ellas algunas bajas. Visto esto por las tri-

pulaciones de las lanchas cañoneras, no pudieron contener su valor y su impaciencia, y al mando del comandante de las fuerzas sútiles, capitan de fragata D. Miguel Lobo, saltaron en tierra, y cargando denodadamente al enemigo, le pusieron en vergonzosa fuga, cooperando así á remover un obstáculo que indudablemente hubiera sido arrollado, como otros muchos, por las tropas de tierra, sin necesidad de exponer al ejército á verse privado del ausilio de las fuerzas sútiles, entonces tan indispensables por no haber hombres que sirvieran las piezas de á bordo.

Esto no obstante, el capitan Sr. Lobo, los oficiales de marina que le acompañaron, y los marineros, debe decirse en su obsequio, dieron una relevante muestra de su patriotismo y una prueba palpable de su valor y denuedo.

Al mismo tiempo que los marineros, descendian al llano los dos escuadrones de húsares que iban con Prim, y que pronto, á su vez, debian cubrirse de gloria.

Los moros fueron replegándose á una posicion que á tiro corto de fusil domina el *valle de los Castillejos*, reconcentrándose allí y aumentándose progresivamente con numerosos grupos de caballería y de infantería, que acudian en su ausilio, pareciendo brotar de la tierra por entre las cañadas y por las cumbres de los cerros.

Era preciso desalojarlos de ella.

El general en jefe encomendó esta operacion á Prim.

A ningun general podia encomendarse mejor semejante difícil operacion, dijo un periódico militar al dar cuenta de este combate, porque este, guerrillero por naturaleza, audaz y valiente, pundonoroso, pródigo de su sangre, y, finalmente, acostumbrado á la guerra de monte, conocedor de los ardides que prestan las sinuosidades de terrenos semejantes, habia cumplidamente de llevar á feliz término su importante cometido.

Al ver los moros que los nuestros se adelantaban hácia su posicion, comenzaron un fuego nutrido y horroroso, pero Prim, sereno en medio de las balas como puede estarlo en un salon de baile, prohibió que se les contestara con fuego alguno, hasta que estuvo á un cuarto de tiro de fusil, en cuya ocasion mandó una descarga é hizo resonar el toque de á la bayoneta.

Los soldados, obedientes á aquel toque, como el caballo á la espuela, lanzáronse como el rayo sobre la posicion.

Hubo una escena de destrozo y carnicería. La posicion fué rudamente defendida, pero, por lo mismo, fué heróicamente tomada.

Diez minutos duró esta escena de sangre, que concluyó con una nueva gloria para el soldado español.

Téngase muy en cuenta que ya era en esto la una de la tarde y que la division de Prim se batia desde las ocho de la mañana.

Y sin embargo, solo estaba al principio de su jornada de gloria.

Numerosas fuerzas marroquíes de caballería y de infantería habian vuelto á invadir parte del valle anteriormente ganado. Consecuentes en su táctica de huir y esconderse, avanzar y retroceder, se precipitaron de nuevo sobre un punto, ya por ellos abandonado, descendiendo á un tiempo de todos los cerros, bajando de todos los picos, saliendo de en medio de las cañadas, naciendo, si así puede decirse, de entre las rocas y grietas. Esto es lo que, segun parece, hizo esclamar entonces al general conde de Reus, acompañando estas palabras de una ligera sonrisa:

—Tóma! toma! aquí brotan moros como en mi tierra hongos.

Y dió órden á los dos escuadrones de húsares para que cargasen al enemigo.

Tuvo entonces lugar otro de los grandes y épicos episodios de esta jornada, que quedará en las páginas de nuestra historia como un título de indisputable honor para la nacion española.

La carga de aquellos dos escuadrones, dada con un arrojo y valentía imponderables, fué la señal de un nuevo glorioso combate.

Nuestros húsares cayeron con tal ímpetu y con tan estraordinario vigor sobre los enemigos, que atropellándoles y derribando con sus sables cuanto se les ponia por delante, se dejaron arrastrar de su bravura, llegando hasta penetrar en el campamento marroquí, fuertemente establecido en lo mas hondo del valle, encerrado entre escarpadas alturas.

Así fué como nuestra brillante caballería, lanzada contra los árabes que huian de todas partes, se empeñó en la cañada que conducia al campamento enemigo, cuya anchura en su final apenas permitia el paso de seis hombres de frente.

Lit. Vazquez R. 31

PEDRO MUR

apoderandose de una bandera.

Una vez allí, ya en el campamento, junto á las mismas tiendas, tuvieron que sufrir un horroroso fuego.

Su ardor les habia llevado en efecto demasiado allá.

Resguardados los árabes tras de sus tiendas y por los troncos de los apiñados árboles, rompieron un fuego nutrido y vivo, causando pérdidas de consideracion en las filas de nuestra caballería, y acabaron por cargar con todas las fuerzas sobre nuestros denodados ginetes, que, acosados de cerca por aquel mortífero fuego, se vieron precisados á batirse cuerpo á cuerpo, sin casi poder hacer uso de sus armas, y llegando algunos hasta el punto de tener que defender sus vidas agarrando por los cabellos á sus fieros enemigos y emprendiendo con ellos una lucha á puñetazos.

Los húsares hubieron de retroceder por fin dejando muchos muertos, entre ellos un oficial, y llevándose no pocos heridos, de cuyo número eran dos jefes que les mandaban, D. Juan Aldana y el marqués de Fuente Pelayo, pero en cambio de esto, regresaron á su campo sácios de gloria y llevando como trofeo una bandera enemiga.

¿Quién habia cogido esta bandera?

Un aragonés, un soldado llamado Pedro Mur, un hombre que, como un título de gloria, llevaba por una providencial casualidad, ese mismo nombre de Mur, célebre en los antiguos anales de la corona de Aragon, famoso en los fastos de Aragon y Cataluña por haberlo llevado, con una gloria que ha cruzado los siglos, hombres ilustres que lo hicieron brillar ostentosa y dignamente en encarnizados campos de batalla.

En lo mas rudo de la refriega un peloton de moros se batia con denuedo contra unos pocos húsares. Estos eran inferiores en número, pero eran españoles y se defendieron con serenidad y heroismo.

En aquel momento, un cabo se destaca de la línea en que se hallaba, y, como inspirado por una idea atrevida, hija de su patriotismo, da riendas á su caballo, aprieta la espuela y se lanza á carrera tendida sobre el peloton con el cual se baten denodadamente sus compañeros.

Este cabo se llama *Pedro Mur*.

Ha visto ondear el rojo estandarte árabe entre el peloton enemigo, y se lanza á él con la rapidez del águila sobre su presa.

Ha jurado en su interior que se hará dueño de aquel estandarte ó morirá en la demanda.

Llega al grupo enemigo sable en mano, ábrese un sangriento camino entre los moros, y traba una lucha encarnizada, cuerpo á cuerpo, con el que empuña el rojo pendon.

Esta lucha concluye con la muerte del árabe, y Pedro Mur, cubierto de sangre, vuelve á su puesto tremolando el trofeo tan admirablemente y victoriosamente conquistado.

Pedro Mur fué despues premiado por el general en jefe con la cruz laureada de San Fernando pensionada y el empleo de sargento.

Otro hecho notable tenia lugar casi al mismo tiempo que el que acabamos de referir.

Un teniente, el Sr. Abaurran, acababa de caer herido al lado de su caballo, acribillado de balas. Un moro lo iba arrastrando y luchaba para colocarlo á la grupa de su corcel.

Vióle el cabo Francisco Perez Navarro, y arrojóse sobre el enemigo, á fin de salvar á su teniente.

Entonces el árabe, viendo al soldado que se dirige contra él, abandona su empeño y huye.

Perez Navarro salvó de este modo la vida de su teniente, pero no se contentó con esto, sino que, aguijoneando su caballo, se lanzó á la carrera en persecucion del moro, en cuya espalda logró clavar el hierro de su lanza.

Al sentirse herido el moro, aprieta la carrera de su caballo, y se precipita en medio de su campamento, sin que cejase Perez Navarro en su empresa, pues que en el campamento enemigo se precipitó tras él, y logrando darle alcance entre las tiendas, acabó allí con la vida del fugitivo.

Iba á volverse terminada esta hazaña y satisfecho de haber vengado á su teniente, cuando se encontró el húsar rodeado de enemigos. Solo vió ante sus ojos un bosque de lucientes gumías amenazándole todas á un tiempo.

Perez Navarro en aquel momento supremo se hizo superior á sí mismo, repartió algunos sablazos á derecha é izquierda para abrirse paso, y en seguida, tendiéndose sobre el caballo y abrazándose á su cuello, partió como un rayo, atropellando á cuantos se

le oponian al paso y en medio de una verdadera lluvia de balas.

Dios quiso que bien pronto volviese á encontrarse sano y salvo entre los suyos.

Quince cazadores de Vergara, batallon que en esta campaña se ha portado con grande heroismo, siguieron á los húsares en su carrera, y estuvieron luchando cuerpo á cuerpo con los moros en su mismo campamento hasta que se retiraron con la caballería.

Dueño entretanto el general Prim de la altura que el general en jefe le habia ordenado tomar, distinguia perfectamente en el fondo del valle el estenso campamento enemigo. Paseó, pues, por él su mirada, y creyendo que era posible atacarlo y apoderarse de él, lo puso en conocimiento del conde de Lucena por medio de un ayudante que envió á su lado.

El general en jefe, desde el momento que recibió el aviso del general Prim, abandonó la *casa del Marabut* en donde se encontraba y se trasladó á la altura ocupada por aquel; previniendo antes al general García, que, á una señal convenida, partiera desde la *casa del Marabut* con siete batallones del segundo cuerpo y atacara el campo enemigo por el valle, mientras él propio lo ejecutaria con las fuerzas de Prim, desde la posicion que estas ocupaban.

Examinando detenidamente el conde de Lucena la posicion del campamento marroquí, desde la altura en que se hallaba Prim, creyó que la operacion de atacarlo y apoderarse de él no podia llevarse á cabo sin grandes pérdidas, y por lo mismo no quiso seguir el consejo del conde de Reus, y se volvió á la *casa del Marabut*.

Prim no hubiera vacilado un momento en hacerlo, á mandar él en jefe.

Solo Dios sabe el resultado que esto hubiera podido dar.

Reforzado el enemigo con los numerosos grupos dispersos, destacó de su campamento nuevas tropas de refresco.

La posicion de Prim era un poco crítica, cuando le llegaron en su ausilio dos batallones del regimiento de Córdoba, cuyos soldados, dispuestos para la marcha, estaban cargados con las mochilas.

Hízoselas dejar el conde de Reus sobre un pequeño cerro inmediato en donde se situaron dichos batallones, y continuó observando los movimientos del enemigo.

Estos se dirigian en gran número á desalojar las fuerzas nuestras de la altura en que estaban.

Prim, á pesar de las órdenes del general en jefe, que le habia mandado no moverse, salió al encuentro del enemigo, situándose en una altura desde donde podia maniobrar con mayor libertad, y desde donde podia protejer mejor y asegurar la posesion de la primera.

Las huestes moras siguieron avanzando, y trataron, al ver este movimiento del general, de cortarle la retirada por medio de una pequeña division, mientras con el grueso le presentaban la cara retándole á la lucha.

Un reto á Prim era seguro que habia de ser aceptado y que habia de serlo á muerte.

El conde de Reus aceptó y tomó la ofensiva.

Hecha la primera descarga y dignamente contestada, siguió por ambas partes un fuego vivo y nutrido. Hubo momento en que el ruido de la fusilería no dejaba apercibir el toque atronador de las cornetas, y que, en medio de la humareda, cruzaban los ayudantes del general sin ser vistos á cortísima distancia del enemigo.

Los moros fueron valientemente rechazados.

Sin embargo, con su tenacidad natural volvieron á la carga, estando el general Prim en la otra posicion, y dirigiendo desde ella el combate.

A pesar de la decision de nuestros soldados, los marroquíes, fuertes por su número, no solo resistieron las sacudidas de la tropa española, sino que se lanzaron entonces como una nube sobre nuestros batallones fatigados por la duracion de la lucha y por la pérdida de hombres, haciéndoles replegar de la posicion ocupada.

«¡Qué momento aquel! dice Nuñez de Arce, el celoso é ilustrado corresponsal de la *Iberia* que estaba con el general Prim. ¡Qué momento aquel! Los moros se precipitaban sobre nosotros con la violencia y el estrépito de una avalancha que rueda de lo alto de las cumbres, y era tal su frenético arrojo, que nuestras guerrillas los recibieron á pedradas sin que nada contuviera su ímpetu.»

El general Prim tiró de la espada, avanzó con dos batallones y recobró la posicion, regresando otra vez á la primera.

No por esto cesó el combate. Antes bien cada vez se hacia mas encarnizado, cada vez mas sangriento.

Lit. Vazquez R.ª 31.

PRIM EN CASTILLEJOS

Segunda vez volvieron los moros á apoderarse de aquella posicion; segunda vez, siempre con Prim al frente, volvieron á recobrarla los nuestros.

Los árabes estaban desesperados y peleaban con una tenacidad, de que nunca quizá habian dado tan relevante muestra.

Aquella posicion, ganada ya y perdida dos veces, tercera vez fué atacada por los marroquíes, tercera vez fué ocupada por ellos que en este último ataque lo rebasaron todo, llegando hasta el cerro en donde los batallones de Córdoba habian dejado sus mochilas y apoderándose tambien de este cerro.

El momento era crítico y solemne.

Nuestros soldados jadeantes, fatigados, exhaustos ya de fuerza, se veian envueltos por una espantosa y abrumadora muchedumbre, siempre creciente y siempre mas violenta en sus ataques y en su empuje.

La posicion disputada era un cerro que dominaba todos los inmediatos hasta la playa. Perdida, los moros podian despedazar el cuerpo de ejército del general Prim, ya bastante quebrantado, y la gloria de la jornada pertenecia entonces á los árabes por completo.

Es fama que Prim posee el talento de dominar los grandes peligros, y que su golpe de vista no le abandona jamás.

Arrojó una mirada á su alrededor, hízose cargo de lo crítico de la situacion, y en tan solemne momento, arrancando la bandera de Córdoba de manos del oficial que la llevaba, y volviéndose á los soldados, les dijo con la admirable elocuencia que le prestó la sublimidad del peligro y con voz ronca por el coraje y la fatiga:

«¡Soldados, adelante! El que dé un paso atrás, maldecido sea de la patria que le dió el ser. En las mochilas que allí quedan abandonadas está vuestro honor. Venid á recobrarlo, y si no, yo voy á morir entre los moros y á dejar en su poder vuestra bandera. ¡Viva España! ¡Viva la reina!»

Dijo, y picando espuelas á su caballo, sin volver la vista atrás, sin cuidarse de si le seguian, se metió denodadamente por entre las apiñadas filas de moros tremolando en alto la bandera.

Detrás de él se precipitaron tambien al grito de *¡viva la reina!* las tropas entusiasmadas, ciegas, dispuestas á morir con su general ó á vencer con él.

Cedamos un momento la palabra á Nuñez de Arce para que nos esplique lo que pasó entonces.

«El espectáculo que en aquel momento ofrecia el campo, dice, no puede esplicarse: se siente y se admira. Los mas valientes, los que primero habian respondido á la voz del conde de Reus, cayeron acribillados á balazos; la bandera está agujereada y rota por mil partes; el caballo del general herido. Aquello era la boca del infierno; las balas silbaban á millares en un reducido espacio, y rodaban por donde quiera cristianos y moros, revueltos y confundidos. La lucha se trabó cuerpo á cuerpo, y despues de una resistencia desesperada, casi heróica, los marroquíes tuvieron que abandonar el campo, y el regimiento de Córdoba recobró con sus mochilas su bandera, que será de hoy mas un monumento histórico, un título de gloria para los valientes que la salvaron.

«¿Cómo vive todavía el general Prim? preguntarán Vds.—continúa diciendo Nuñez de Arce en su carta á los redactores de la *Iberia*.—Esto mismo me pregunto yo, sin que sepa como esplicarme el hecho de haber el conde de Reus salido ileso de aquel diluvio de balas, de aquel choque tremendo de sables y gumías, yendo como iba á caballo y llevando desplegada una bandera; circunstancias que debian atraer necesariamente sobre él la atencion de los enemigos. Hay ocasiones en que debe creerse en milagros, y esta es una.»

III.

La accion de Castillejos contada por Prim.

Interrumpimos por un momento nuestra relacion para poner en este lugar una carta escrita por el conde de Reus á un amigo suyo refiriéndole lo que los periódicos llamaron entonces con mucha oportunidad el heróico *episodio de las mochilas*.

Hé aquí la carta, en lo que se refiere al hecho:

«Las posiciones, dice, se mantuvieron solamente por las fuerzas de mi division hasta la una de la tarde; en esta hora me llegaron dos ba-

tallones de Córdoba, y les mandé dejar las mochilas, pues con tal peso no es posible que el soldado se bata: esto fué lo que dos horas despues me obligó á hacer lo que hice.

»A las tres, los moros, habiendo reconcentrado todas sus fuerzas, cargaron tantos y tan furiosos, que nos hicieron perder la posicion mas elevada: me hallaba yo en la segunda; tiré de la espada, avancé con dos batallones, y la posicion se volvió á recobrar, regresando yo á la de antes. Llegan moros de refresco, embisten furiosamente otra vez, y los mios vense obligados á retroceder, llegando á donde yo estaba algo arremolinados; allí estaban las mochilas del regimiento de Córdoba; cien pasos mas de retirada, y se las llevan los moros.

»En momento tan supremo, cojo la bandera de este regimiento, les dirijo cuatro palabras con toda la energía de mi corazon, llamo á mis valientes, los que quedaban del Príncipe y de Vergara, y nos lanzamos espada en mano sobre el enemigo, que le teníamos tan encima, que nuestros soldados, por no entretenerse á cargar, no hacian uso sino de la bayoneta. Lo que allí pasó no se puede esplicar. ¡Moros y españoles mezclados, y en cruz bayonetas y yataganes! Momento terrible! pero mis soldados van subiendo; los mas bravos siguen á su general abanderado, y al grito de *¡viva la reina!* y *¡viva España!* vencimos por última vez aquel dia; los moros huyen, y el estandarte castellano ondea definitivamente en la posicion tres veces conquistada.»

IV.

Mas detalles.

Cuando el general Zabala, que llegando con cuatro batallones, se lanzó con su acostumbrado denuedo al enemigo, y uniendo sus esfuerzos á los del general Prim, compartir quiso su gloria, ya fué tarde, puede decirse.

Y sin embargo, Zabala y los suyos llegaron aun á tiempo para batirse y para batirse bien, pues que tuvieron hasta cerca de 300 hom-

bres de baja, siendo heridos dos ayudantes de Zabala, al lado del mismo general.

En el valle se hallaba el general en jefe cuando el enemigo avanzó para renovar la lucha, segun queda esplicado, y conociendo desde luego sus designios, marchó á donde estaba el general Prim haciendo que le siguieran á la carrera los dos batallones de la Princesa con el brigadier Hediger, jefe de la segunda brigada de la segunda division del segundo cuerpo, y que el general García, con los batallones de Navarra y Chiclana, al mando del general D. Enrique Odonell, subiera al mismo tiempo por la derecha á proteger aquel flanco.

Cuando el general en jefe llegó al sitio del combate, el momento decisivo habia pasado, y al amagar una carga con el cuartel general y su escolta, el enemigo acabó de retirarse.

Los batallones de Vergara, Príncipe, Cuenca y Luchana, que iban con el general Prim, habian quemado hasta el último cartucho, y estaban cansados de la tenaz lucha que durante todo el dia habian tenido que sostener.

El general en jefe dispuso que fuesen relevados en las posiciones que ocupaban por la primera division del segundo cuerpo, y que se retiraran á la que los ingenieros acababan de atrincherar ligeramente bajo el fuego enemigo.

Los moros, al abrigo de los bosques y de las rocas, continuaron haciendo fuego con bastante intensidad hasta cerrar la noche.

El general en jefe dispuso entonces que el general Prim quedase con sus tropas en la posicion atrincherada, que durante el dia habia sido teatro de tan sangrientas escenas, y que las del segundo cuerpo bajasen á su campo.

Tal fué la gloriosa batalla de Castillejos que, amedrentando al enemigo, hizo mas fácil el camino de Tetuan á nuestro ejército.

Catorce batallones, dos escuadrones y tres baterías, de las cuales dos eran de montaña, fueron las fuerzas que tomaron parte en el combate. Nuestras pérdidas consistieron en un brigadier, 13 jefes, 55 oficiales y 481 individuos de tropa heridos: 7 oficiales y 63 individuos de tropa muertos.

Muley Abbas, hermano del emperador y generalísimo de sus ejér-

citos y su segundo el gobernador de Tetuan, bajaron á mandar el ejército enemigo despues de mediodia.

Les hicimos 5 prisioneros, los cuales dijeron que sus fuerzas se elevaban á 40,000 hombres. El número parece muy exajerado, pero de fijo no bajaron de 20,000 los moros que aquel dia entraron en accion.

Sus pérdidas pudieron calcularse, sin incurrir en error, en 2,000 hombres.

Solo en el campo de batalla dejaron sobre unos 300 cadáveres.

Entre los muertos habia un moro de gran distincion, cuyo armamento se quedó el general Prim. Llevaba un cinturon de seda con brillantes y muchas monedas de oro y plata, que el conde de Reus regaló al general en jefe.

Los prisioneros que se cogieron estaban todos heridos. Uno de ellos, que despues se supo que se llamaba Saled y era alcaide de Larache, llevaba una cabellera muy larga y el pelo rizado, de tal manera que los soldados decian que era una mujer. Estaba herido en el hombro derecho de un balazo que le fracturó la articulacion.

Los que le vieron dicen de él que es un jóven moreno, de barba negra y escasa, de hermosos ojos y vivísima mirada. Su fisonomía regular y agradable, revela inteligencia y audacia.

Uno de los prisioneros tuvo que sufrir la amputacion de un brazo.

El general en jefe del ejército dispuso que el estandarte árabe cogido en la refriega fuese enviado á S. M. la reina, y dándole noticia de esto, mandó el siguiente parte telegráfico al ministro interino de la guerra:

«En la brillante y arrojada carga que el dia 1.° dieron los dos escuadrones de húsares de la Princesa en el valle de los Castillejos, arrollando cuanto encontraron hasta penetrar en el campamento marroquí, el cabo Pedro Mur cogió el estandarte de la caballería mora, matando al que lo llevaba. Este estandarte lo mando, por medio del comandante general de Ceuta al gobernador de Alicante, á fin de que con un oficial de la guarnicion lo dirija á V. E. rogándole lo ponga á los piés de la reina nuestra señora como un homenaje de su ejército de África, ganado con gloria y salpicado con abundante y generosa sangre de sus soldados.»

V.

Hechos particulares.

Se han referido varios hechos notables de la accion de Castillejos, y los periódicos insertaron una porcion de ellos, algunos de los cuales no fueron confirmados mas adelante.

Nosotros referiremos aquí varios de los que se han dado como verdaderos, ratificándose en ellos los periódicos ó las correspondencias particulares.

Cuando ya la accion se terminaba, pero en ocasion en que el fuego era todavía vivísimo, el general conde de Lucena se adelantó á las primeras guerrillas de la reserva, convertida como ya sabemos en cuerpo de vanguardia. Odonell llevaba la espada desnuda en la mano y con elocuentes palabras infundia nuevo aliento á los soldados, esponiéndose al fuego enemigo, cada vez entonces mas nutrido y acertado.

Fué tanto lo que avanzó, que el general Prim hubo de detenerle en su camino, diciéndole amistosamente, pero oponiéndose con resolucion á su marcha:

—Mi general, aquí mando yo y no le permito á V. pasar adelante.

El conde de Lucena comprendió la razon que asistia al general Prim, y se retiró prudentemente, no lejos del peligro, pero sí á donde no pudiera tan fácilmente llegar una bala y comprometer con una catástrofe la suerte del ejército.

Entre los despojos recogidos en el campo de batalla, hallóse sobre un moro muerto un rosario de cuentas gordas, sin dieces, varias monedas y una carta en que se le trataba con mucha consideracion y respeto, llamándole jeque, y pidiendo para él y sus hijos la bendicion del Dios clemente y misericordioso.

Una carta particular dijo que un oficial de húsares debió su salvacion al retrato de su novia que llevaba en el pecho, y cuyo medallon contuvo la violencia de la bala, siendo esto causa de que solo fuese levemente herido.

En la accion de este dia se pudo observar que algunos ginetes árabes llevaban un lazo á imitacion de los indios de la América del Sur. Consiste este lazo en una cuerda hecha de cáñamo basto, del grueso de un dedo, y de 7 á 8 varas de largo.

En uno de los cabos hay un ojal que sirve para hacer un nudo corredizo, y el otro remata en un gancho de hierro que, á caballo, se asegura en la perilla de la silla, y, á pié, sirve de punto de apoyo.

Este lazo que es mas peculiar á la caballería que á la infantería, tiene dos objetos: el uno es coger al adversario para arrastrarle fuera del alcance del fuego y decapitarle á mansalva, saboreando la fiesta; el otro es sacar del campo de batalla los compañeros muertos ó heridos para sepultarlos ó curarlos.

Despues de arrojar su lazo, sale á escape el ginete árabe, llevándose por peñascos y breñas al infeliz prisionero, medio ahogado y terriblemente destrozado.

Una carta particular describió de esta manera la brillante carga dada por los húsares de la Princesa.

«Los dos escuadrones, dice, cargaron con tanto ardor y entusiasmo á la voz de *¡Viva la reina!* que llegaron al campamento enemigo. Encima de las tiendas quedaron muertos los tenientes Salvadores y Herrera: el primero mató tres moros, siendo al fin víctima de su arrojo, como muchos del escuadron: los dos comandantes están heridos, y el teniente coronel, el capitan Perez Valledor y Abaurrea, el cual debe la vida á Mathé, que se portó como un valiente, reuniendo á su seccion en medio de un fuego que los diezmaba y salvando á los heridos.

»Paulino Córdoba cayó con su caballo hecho un lio, y Salazar lo salvó, montándolo á la grupa de un húsar; el caballo se escapó á los

moros; á Valledor le mataron el caballo, y se libró de buena; acudieron cinco húsares y lo salvaron, despues de haberle quitado los moros todo lo que pudieron.

»Falta tiempo para describiros uno por uno los rasgos de valor y espíritu de cuerpo que hemos visto, y creo lo conocereis al saber que ni con un solo herido se han quedado los moros.

»Caballos hubo 20 muertos y 32 heridos.

»Los hombres que tuvimos fuera de combate fueron entre todos 52.»

El bravo teniente de húsares D. Carlos Abaurran, salvado de una muerte segura, por el arrojo del cabo primero Francisco Perez Navarro señaló á su salvador una pension, y además, le ofreció su casa para cuando hubiere cumplido los años de servicio que le faltan.

Hallándose el comandante Ruiz, que lo es de un batallon de la Princesa, haciendo una advertencia al capitan de la compañía de cazadores Sr. Buchon, sintió dar una bala entre este y el corneta Juan García. Llamando la atencion al indicado capitan, observaron habia herido en el costado al dicho corneta. En el acto el jefe ordenó que se le condujera al hospital de sangre, lo cual hubo de hacerse con sentimiento del corneta, que se dolia de haber sido herido sin tener el gusto de disparar su carabina. Sin embargo, á la media hora volvió á aparecer Juan García muy alegre, y dirigiéndose á su comandante, le dijo:

—Ya me han sacado la bala; es poca cosa; estoy curado y vuelvo á mi puesto.

El corresponsal de un periódico de Barcelona dijo refiriéndose á este combate.

«He visto algunos soldados muertos con la cabeza cortada y otros mutilados; esto sucede siempre que nuestros soldados tienen que retroceder, aunque sea un trecho muy corto. En volviendo la espalda parece que los moros brotan de debajo de tierra.

»Las tropas se han batido con la bizarría de costumbre, algunas veces con demasiada quizá para la clase de enemigo con el cual tienen que combatir. Los moros se baten mal en terreno descubierto, abandonan con muy poca defensa posiciones inespugnables. Cuando se defienden en los bosques, aguardan á los soldados á quema-ropa, hacen su descarga, que es siempre mortífera, porque, á mas de ser bien dirigida, cargan las espingardas con balines y pedazos de hierro, y desaparecen por entre los matorrales con su ligereza salvaje. Si alguno queda cortado, no se defiende, sino que se cruza de brazos y se deja matar. Son enemigos terribles y audaces hasta lo increible cuando hay que volverles la espalda, siquiera sea para retirar cien pasos, ó bien cuando intentan un golpe contra un punto poco defendido.»

La gran baja de oficiales que el ejército sufrió en esta accion, hizo espresarse en estos términos á la *Gaceta Militar:*

«Fijos nuestros ojos en el cuadro de los cuerpos que han tomado parte en el combate, y de las pérdidas sufridas, nos dice una voz secreta cuan heróica ha sido la conducta de nuestros oficiales. Siete regimientos de infantería, tres batallones de cazadores, un regimiento de artillería, uno de húsares y el Estado Mayor aparecen con bajas, y los totales ponen en evidencia una verdad que, notada ya en diferentes acciones, ha venido á tomar un carácter alarmante en la del dia 1.° Setenta y seis oficiales han quedado fuera de combate entre un total de 500 bajas; es decir, cerca de 20 por 100 de la pérdida, cuando corresponden á la tropa del 3 al 4 por 100 de oficiales. Regimiento ha habido que sufrió la baja de 18 de estos, cuerpo que tiene heridos todos sus jefes, y cuadro de caballería y artillería, cuya mayoría de oficiales ha sido tambien baja.

En este dia el jóven escritor D. Pedro Antonio de Alarcon, de quien hemos hablado con el debido elogio, recibió la siguiente carta de su general, á consecuencia de haber sido contuso en la accion del dia anterior:

31 *de Diciembre.*

«Sr. D. Pedro Antonio de Alarcon:

»Querido amigo mio: La última bala de ayer fué para V.: como era de noche, no pude cerciorarme al pronto de si estaba V. herido ó contuso: el ruido del golpe me indicaba ser lo segundo, pero el temor nacido del afecto que profeso á V. me tuvo inquieto hasta que me avisaron del hospital de sangre su estado de V.

»Los moros tiraban ya al mundo cuando dieron á V. en la carne, y esto revela que la espone V. á todas horas como soldado que aprecia

El general Ros de Olano.»

VI.

La calma despues de la tempestad.

Como de costumbre despues de un dia de combate, el 2 transcurrió sin novedad.

Los cuerpos de ejército de los generales Prim y Zabala colocados en las posiciones avanzadas, conquistadas en la víspera, quedaron acampadas en ellas para que las tropas descansaran de las fatigas de una batalla tan sangrienta y desesperada como la del dia anterior.

Aquel dia era el memorable aniversario del triunfo de las armas de Castilla sobre la morisma de Granada, dia solemne para los españoles, dia de triste recordacion para los moros.

Trescientos sesenta y ocho años hacia que Fernando de Aragon é Isabel de Castilla habian humillado la soberbia de Boabdil, arrancándole esa hermosa Granada, prenda cara de los árabes, centro de sus placeres y de sus triunfos.

Como si los moros, recordando dia para ellos tan siniestro, trataran de ocultar su vergüenza delante de nuestras armas, ni uno de ellos se dejó ver en todo el dia. La llanura y el monte parecian vastos desiertos en donde ni una voz, ni un disparo, ni el canto de un pája-

ro turbaron la soledad y el silencio de aquel dia al parecer de luto para el africano suelo.

Por otra parte el tiempo era primaveral. El cielo estaba azul y resplandeciente, el sol era espléndido y lo bañaba todo con sus rayos de oro, las brisas de la mar eran frescas y perfumadas.

La naturaleza parecia toda vestir de gala como para celebrar la victoria alcanzada la víspera por los españoles.

A las diez se recibió un parte que daba el vigia del Hacho anunciando que al frente de nuestro ejército se veia un grupo de unos 12,000 moros de infantería y caballería con unos 2,000 bagajes. Añadia el vigia que esto le hacia presumir que los moros que se habian batido el dia anterior, habian levantado el campo para trasladarlo á otro punto en la direccion de Tetuan.

Al recibirse este aviso en el campamento, tomáronse algunas disposiciones preventivas. Tendiéronse fuerzas en guerrilla, apoyadas por cinco batallones en masa á distancia conveniente para ausiliarse en caso necesario, en tanto que patrullaban por el frente de esta infantería algunos batallones de caballería.

Esto no obstante, nada sucedió y bien pronto se supo por parte del mismo vigia del Hacho que los moros habian efectivamente levantado su campamento, añadiendo que habia visto pasar unas 1,000 camillas en direccion á Tetuan, que seguramente llevaban los heridos de la accion del dia anterior.

Finalmente, mas tarde se supo que los moros habian trasladado su campamento á Monte Negron, un poco mas hácia Ceuta de la montaña de Cabo Negro, sobre el camino de Tetuan.

Se dió órden al brigadier Makena para que con cuatro escuadrones practicase un reconocimiento en direcion de Tetuan, lo cual efectuó adelantándose hasta legua y media de nuestro campamento sin ser inquietado.

Nuestro ejército quedó acampado en la orilla del mar en la disposicion siguiente: un cuerpo á unos tres cuartos de hora mas allá del rio del valle de Castillejos tocando á la llanuva. A retaguardia de este cuerpo estaba situado el cuartel general al pié de una pequeña casita junto á la playa. A la parte de acá del riachuelo toda la division de caballería con la mayor parte de la artillería de montaña y rodada. De-

trás otro cuerpo de ejército ocupando las vertientes meridionales de unas colinas, y á la derecha, por la parte de la montaña, otro cuerpo acampado en las mismas posiciones tomadas el dia anterior.

En los reductos del *Serrallo* quedó una brigada, habiendo bajado la otra á reforzar el ejército.

Los batallones establecidos á vanguardia y sobre el flanco derecho, atrincheraron sus posiciones, únicas por donde podia aparecer el enemigo.

La mayor parte de la escuadra y todas las fuerzas sútiles de la marina estaban fondeadas delante de los Castillejos dispuestas á marchar á la altura de las tropas y protegerlas con sus fuegos, siempre que se presentase ocasion.

«He ido á inspeccionar por mí mismo—dijo con fecha de este dia un corresponsal de la *crónica de la guerra*, —el campo de batalla de nuestro ejército en el dia de ayer. He llegado hasta el *Castillejo* donde está acampada la caballería, y he visto allí un edificio de construccion árabe, todo en ruinas. Dentro he visto hasta un ciento de ladrillos refractarios, con la marca de una fábrica inglesa. Tambien he visto un molino de hierro con muela de granito y unas planchas de hierro, que me han parecido de un horno ó cocina de campaña. Mas allá hay otra casita mas pequeña, cubierta aun, y donde se ven los estragos causados el dia anterior por los proyectiles lanzados por nuestras lanchas cañoneras.»

El tercer cuerpo al mando de Ros de Olano levantó su campo en este dia y fué á acampar á tres leguas de Ceuta.

En una carta particular fechada en el campamento de los Castillejos, leimos los siguientes bellos párrafos, que no podemos resistir á la tentacion de publicar, sintiendo no poder citar el nombre de su autor por sernos desconocido.

Dicen así:

«Se ha aclimatado entre las tropas un canto de victoria y de esperanza, triste como el canto de un amante enviado al través de las montañas y de las olas bramadoras al hogar sagrado de la patria, tierno como el suspiro de un niño y sublime como una plegaria: canto que nadie ha compuesto, que no resiste, es verdad, á la crítica de un purista, pero que encierra toda la grandeza de un sentimiento y toda la magnitud de una heróica situacion.

»Así es un himno guerrero, como una balada misteriosa; así es un recuerdo de amor, como un voto religioso. Ha brotado en medio de los campamentos como una flor; se ha formado por sí mismo como un diamante de una lágrima del cielo; nadie se lo ha enseñado, nadie ha sido el primero en cantarlo, y, sin embargo, todos lo saben, todos lo entonan á un compás, y en todos los labios es igualmente armonioso y sublime.

»El dia 2 semejante canto pobló constantemente el espacio. Los moros debieron oirlo clara y distintamente, y tal vez se figurarian oir los salmos del pueblo de Israel dando gracias á su Dios por las victorias conseguidas contra los ejércitos de Faraon. Ese canto, esa epopeya mística, cayó por fin al espirar la tarde, al ocultarse el sol detrás de una cordillera de montes que á lo lejos se divisaba como una nube de escarlata, como una valla de transparente coral.

»Entonces cesó la armonía del canto para dar paso á las armonías de la noche; se ocultó el sol detrás de los montes para que la luna, enorme y resplandeciente, se alzara majestuosa como un globo de fuego del fondo de las olas azuladas del Mediterráneo. El grito de *alerta* de los centinelas, que mas que la voz de un hombre parecia allí la cantinela del mirlo de nuestros bosques, principió á oirse sin interrupcion, y un cerco de bayonetas como otras tantas luciérnagas del campo, veíanse resplandecer sobre los montes vecinos y en el fondo de los campamentos.

»La noche se pasó sosegada y tranquila, pero con el ojo avizor como la liebre temerosa de la emboscada, ó como el cazador alerta al menor ruido de las hojas que le indiquen el rastro de la serpiente.»

LAS ALTURAS DE LA CONDESA.

I.

Ningun acontecimiento notable señaló tampoco el dia 3.

Al primer albor del dia, un agudo toque de corneta resonó por el espacio, cuyo toque fué contestado en el acto por el de otras muchas cornetas.

Era la diana del campamento.

Nadie, como no la haya sentido, conoce la intensa emocion que causa el toque de diana en la vasta llanura de un campamento, sobre todo cuando este campamento se halla en tierra estranjera, en país enemigo, entre rocas, montes y peñas, cada cima de las cuales puede verse coronada en un momento por una muchedumbre hostil.

Las cornetas de caballería sobre todo producen un efecto singular: su sonido tiene algo de terrorífico, y la menor de sus notas parece preceder al degüello: así es que, al derrumbarse por las concavidades del terreno, y al rodar de eco en eco, yéndose á perder á lo lejos sus sones cada vez mas lejanos, mas lúgubres, mas imponentes, parecian el recuerdo de la trompeta del ángel del Señor sobre los muros de Jericó.

Despues del toque de diana, se dió la órden de levantar el campo de la division del general Prim á fin de que pasase á posesionarse del punto llamado *Los tres cantos*, sobre la playa, y á la boca misma de un temible desfiladero.

Igual órden recibió el del general Zabala, pero debiendo colocarse un poco mas atrás.

Tambien el general Ros de Olano levantó su campo, y, cruzando los *Castillejos*, se trasladó á formar la línea, colocándose á retaguardia por el lado de la derecha, en una colina entre los *Castillejos* y los *Tres cantos*.

Hé aquí una descripcion, que de seguro agradará á nuestros lectores, sobre el modo de levantar el campo.

Todo se verifica á la voz de corneta. Cuando se da la órden de desmontar las tiendas, ya todos los soldados se hallan con los morrales á la espalda y ataviados para la marcha.

Tres soldados al rededor de cada tienda y frente por frente de cada uno de los grandes palos que sostienen la lona, se hallan aguardando los toques que marcan el órden de la operacion. Al primer golpe de corneta todas las tiendas bambolean como movidas por un igual resorte: los palos se hallan ya fuera de sus quicios. Al segundo golpe de corneta se replegan sobre su base. Al tercero se humillan todas las tiendas como le sucede á un campo de doradas mieses al impulso de un recio vendabal, y dos minutos despues cada soldado lleva sobre sí mismo la parte que le corresponde.

Entonces se forman en batalla y á la voz de *¡marchen!* abandonan el terreno que queda surcado por líneas iguales.

Un momento despues aquel trecho, antes tan poblado y alegre, queda desierto y triste como un cementerio.

Solo de noche acuden allí el buho y los cuervos á devorar los desperdicios que tal vez encuentran apetitosos, hartos de la carne de los cadáveres de que acostumbran á estar llenos las cercanías de los campamentos.

Las tiendas levantadas no se colocaron el dia 3 en el lugar de los *Tres cantos* é inmediaciones, hasta muy entrada la tarde, porque el tiempo seguia siendo apacible y hermoso.

Aquella noche la mayor parte de los soldados prefirieron pasarla al aire libre ó contemplando desde el interior de sus tiendas el manso oleaje del mar que resonaba murmurante á sus piés como el canto de una madre junto á la cuna de un niño.

Por la mañana encalló en una roca de la playa de Castillejos el

vapor *Tajo* que llevaba cargamento de vino, y por la tarde estaba descargando mientras que el *Negrito* se acercaba á prestarle ausilio para ver si podria arrastrarlo.

Aunque á costa de muchos trabajos consiguieron por fin ponerle á flote.

El dia anterior habia sucedido una gran desgracia lamentable en la bahía de Algeciras.

Al hacer un saludo la fragata *Princesa de Asturias*, uno de los cañones, cuya granada por un descuido casi imperdonable se habia dejado dentro, atravesó de parte á parte el casco de la *Villa de Bilbao*, hiriéndole siete hombres de la tripulacion, de los cuales murieron dos.

II.

El ejército adelanta.

El 4 llevó el ejército su campamento una legua y media mas adelante, situándose en las alturas llamadas *de la Condesa* sobre el valle que precede al Monte Negron.

Los moros retiraron su campamento como una legua del punto en que fué visto el dia anterior, sobre el camino que por las montañas conduce á Tetuan.

A mediodia todos los cuerpos estaban en movimiento, y al comenzar su marcha, se encontró el ejército en un terreno espacioso, cubierto de matorral espeso y de poca altura. Los barrancos fueron reconocidos como poco profundos y fáciles de atravesar.

Marchaban á vanguardia guerrillas de esploradores de caballería ligera; seguian detrás otras de infantería con su reserva.

El tercer cuerpo desfilaba paralelamente por cuatro puntos, con el fondo doblado, porque los matorrales no dejaban marchar en columna. Á la derecha, por la cordillera que sigue la orilla de un barranco paralelo al mar, iban las guerrillas apoyadas por reservas interiores. Despues iban las acémilas, la artillería y la caballería, que de cuando

en cuando formaba en columna. Seguia luego el segundo cuerpo marchando en columnas paralelas.

Al llegar el tercer cuerpo á las *alturas de la Condesa*, que dominan el rio *Manuel*, segun nosotros, ó *Mnuel*, segun los árabes, se encontró en frente de un valle delicioso y cultivado en parte.

Á una legua de distancia, y perfectamente al alcance de la vista, se hallaba el campamento moro sobre un cerro. Parecia una ciudad, y se calculó que podia tener sobre 800 ó 1000 tiendas. Estaban tan cerca, que indudablemente desde él debia verse el nuestro pudiendo tambien oir nuestras músicas de diana.

Hasta el punto en que acampó el tercer cuerpo llegaba la carretera, que el general en jefe dió órden de continuar por la costa al dia siguiente, salvando con puentes las lagunas próximas.

Prim fué el destinado tambien á proteger estos trabajos.

El ejército pudo tomar buenas posiciones en terreno despejado sin que el enemigo le molestara, á pesar de que se presentaron como 2,000 caballos y otros tantos infantes, que, sin embargo, no se aproximaron á tiro hasta media tarde.

Entonces el tercer cuerpo formó una línea de masas de batallon á unos veinte pasos de distancia, y cada batallon desplegó á su frente una compañía en guerrilla con su reserva. A la derecha guerrillas de infantería y caballería cubrian el claro que habia entre el segundo y tercer cuerpo. De este modo el ejército, cuya izquierda se apoyaba en el mar, donde habia fondeados varios vapores y cañoneras, dejaba en el centro un vasto espacio para los trenes y acémilas.

Empeñóse un combate de tiradores presentándose los moros como á retar á nuestras tropas para que saliesen de sus trincheras, al efecto de llevarlos á una emboscada en donde tenian mas de 500 caballos.

El conde de Lucena debió adivinarlo porque mandó echar algunas granadas á un valle oculto, y se vió entonces á los ginetes salir huyendo, con grande algazara de nuestras tropas.

Continuó el tiroteo bastante vivo y nutrido, pero cerca del anochecer fueron reforzadas nuestras guerrillas y se les hicieron á los moros algunos disparos de artillería, que contribuyeron á su retirada y á acallar sus fuegos.

Tuvimos el coronel Ulibarri y un oficial heridos, diez y siete soldados tambien heridos y cinco muertos.

Para acabar de comprender lo audaces y atrevidos que son los moros, citaremos un hecho que ocurrió al anochecer de este dia en el *Serrallo*.

Un árabe se decidió á bajar por una cañada, atravesando á rastras la línea de reductos. Escondido detrás de unas matas, disparó contra un carabinero de á caballo que pasaba, y despues de cortarle la cabeza, desapareció con ella y con el caballo.

El general García, jefe del Estado Mayor general, hizo por la tarde un reconocimiento por la orilla del mar hasta el monte Negron, al efecto de facilitar al general en jefe datos suficientes para emprender los trabajos del siguiente dia.

Cuando el general llegaba á un punto muy cubierto de matorral, por delante del cual acababa de pasar sin notar nada la escolta, el ayudante vió asomar por entre la maleza dos cañones de espingarda dirigidos al general.

El ayudante no tuvo mas tiem po que el de dar un grito, diciendo:

—¡Mi general!

Volvióse el general García de repente creyendo que sucedia algo, á la voz azorada de su ayudante, y al hacer este movimiento, su caballo recibió dos balazos, echando á correr los moros y desapareciendo entre las matas, por entre las cuales se escabulleron y escondieron como lagartos.

Los cuerpos que sostuvieron la accion de este dia fueron los batallones de cazadores de Ciudad Rodrigo y Segorbe y el batallon de Zamora.

III.

Noticias y observaciones.

Los hechos que acabamos de citar relativos al general García y á la muerte de un carabinero, nos obligan á interrumpir momentánea-

mente nuestro relato, á fin de copiar algunas noticias, sacadas de diversos escritores y viajeros, que de seguro interesarán á los lectores para que puedan tener un verdadero conocimiento de nuestros enemigos de África.

Esceptuando los terrenos montañosos, como los que están al frente de Ceuta, el Riff, y otras provincias del interior, el hombre en Marruecos empieza á montar á caballo al salir de su infancia. Se le confia para sus ensayos de equitacion el cuidado de los potros, en los cuales se encarama para ir á guardar los rebaños.

Tan pronto como tiene la fuerza suficiente para manejarlo, se le da un fusil, y colocado ya en la categoría de hombre, sus ocupaciones se reducen á sembrar la tierra y á pelear con las tribus vecinas. Nada de estraño que con esta educacion tenga el árabe del campo todas las condiciones necesarias para la guerra de emboscadas y de sorpresas.

El árabe es, pues, robusto, activo, valiente y sufrido. Su primer empuje, sobre todo, es temible.

Lo mismo que los actores en escena exajeran sus gestos para producir mas efecto; los árabes al acometer agitan sus armas, lanzan gritos salvajes, y, al estilo de los héroes de Homero, tratan de asustar desde lejos á sus adversarios.

Pasado este primer arranque, calmado el entusiasmo del primer ímpetu, el árabe, si encuentra resistencia, desmaya fácilmente y huye diciendo para tranquilidad de su conciencia: *¡Dios lo quiere! Así estaba escrito.*

El mayor gozo del árabe es el de quemar pólvora, ya en funciones de guerra, ya en diversiones particulares. Por esta razon sufre con serenidad el fuego á distancia, pero no resiste al arma blanca, mas por falta de organizacion que por falta de ánimo. Como sus esfuerzos son individuales y carecen de concierto, los movimientos convergentes le atemorizan y deciden al momento su derrota.

La mejor táctica para pelear con árabes es evitar el tiroteo á largas distancias, reservar el fuego en órden concentrado para rechazar la acometida cuando á ella se atrevan, y buscar la victoria con la punta de la bayoneta ó del sable en momento oportuno.

La caballería monta caballos enteros de poca alzada, pero ágiles y duros para la fatiga. Las yeguas se reservan para la monta; el pienso se

compone generalmente de paja y cebada, beben una sola vez al dia; no tienen herraduras, á no ser los caballos de los jefes, que suelen ir herrados de las manos.

El árabe no limpia nunca su caballo, sino echándole agua cuando lo lleva al abrevadero. Lo deja, de noche como de dia, espuesto á la intemperie y atado por una mano á los piquetes de las tiendas. Pasados los seis años de edad, no se le cortan al caballo las colas ni las crines.

La silla es de madera forrada de cuero y con cordones muy levantados como los que usan los picadores; así es que va el ginete encajonado en su montura, llevando los estribos muy cortos. Para proteger el lomo se colocan debajo de la silla una ó dos mantas plegadas, pero, á pesar de esta precaucion, la mayor parte de los caballos están matados.

El caballo árabe es dócil, conoce la voz del amo y raras veces se defiende ó cocea.

Las armas del ginete, como se sabe, son el fusil ó la gumía. Algunos, además, llevan pistolas y puñales colocados en un ancho cinturon. Llevan el fusil ó espingarda á la espalda ó en la mano, segun están de camino ó prontos al combate, y lo manejan á manera de maza con gran facilidad.

Tienen en sus fiestas, y forman parte de ellas—pues de no ser así no fueran fiestas completas,—unos juegos ó ejercicios militares, á que ya se acostumbran desde niños, y que recuerdan el elegante ejercicio del *djerid* de los orientales; solo que, en lugar de lanzar diestramente una ligera caña, como hacen los mamelucos junto á los muros de Constantinopla, los berberiscos y habitantes de Marruecos se sirven de la espingarda, la que disparan en medio de una violenta carrera, que solo interrumpen para cargar de nuevo el arma.

Las circunstancias que acompañan á estos juegos, son muy pintorescas. Los ginetes, casi en pié sobre sus corceles á causa de lo corto de los estribos van blandiendo sus largas espingardas y despidiendo agudos gritos. Páranse luego de repente en lo mas veloz de su carrera para disparar, pero el éxito no es en todos el mismo; unos vuelcan, y hasta se dejan caer á veces los mismos caballos á causa de lo tirante de los frenos, pero otros jugadores mas diestros se preparan de nuevo á otra prueba.

Los fusilazos, los *espingardazos*, pásesenos el término, lo mismo que la música son continuos; de modo que no hay fiesta por sencilla que sea, que no vaya acompañada de este doble accesorio.

Nada tiene, pues, de estraño que estos hábitos y costumbres, estos juegos en los que se ocupan desde la infancia, hagan á los ginetes árabes arriesgados y temerarios, seguros como están de su caballo y de su puntería.

Hé aquí porque en la accion del 4, que acabamos de referir, un corresponsal no pudo menos de admirarse al ver que algunos ginetes árabes venian de cuando en cuando á disparar sus espingardas cerca de nuestras guerrillas, retirándose en seguida con la velocidad del rayo. Es precisamente lo que les enseñan sus continuos ejercicios, lo que aprenden á hacer en sus juegos y en sus fiestas.

Nuestro paisano D. Domingo Badia, conocido y famoso con el nombre de el príncipe *Ali Bey el Abbassi*, del que nos ocuparemos en esta obra, dice en sus viajes por Marruecos:

«En las guerras de África para nada casi se cuentan los infantes, y los príncipes no valúan sus fuerzas sino por el número de caballos. Segun este principio, los moros procuran adquirir toda la posible destreza en la equitacion. En Tánjer se ejercitan por la orilla del mar haciendo carreras de caballos sobre la arena húmeda de la baja marea. Tan continuos ejercicios los hacen diestrísimos ginetes. La silla que usan es muy pesada y los arzones escesivamente altos. Dos cinchas muy apretadas pasan oblicuamente por debajo de los hijares y el vientre del caballo. Montan con estribos muy cortos, y sus espuelas se componen de dos puntas de hierro largas de ocho pulgadas. Con semejante equipaje y un bocado durísimo martirizan á los pobres caballos, de modo que se ve frecuentemente brotar la sangre por sus hijares y su boca.

»Una sola maniobra forma aquellos ejercicios militares. Tres ó cuatro ó mas ginetes parten á la vez dando grandes gritos, y al aproximarse al término de la carrera, disparan su fusil en desórden. A veces corre uno tras otro, siempre gritando, y cuando está á punto de alcanzarle, le dispara el fusil entre las piernas del caballo.»

El oficial francés llamado A. de Francia, que estuvo cinco meses prisionero entre los moros, dice de ellos:

«Cuanto tienen la fuerza suficiente para manejar una escopeta, sin necesidad de cumplir un determinado número de años, los niños pasan á la clase de hombres, y no tienen otra ocupacion que la de sembrar y guerrear. El primer signo distintivo del carácter árabe consiste en sus gustos, en sus inclinaciones por el oficio de las armas, desdeñando todo otro. Su vida es una prolongada hostilidad, una lucha perpetua. Emboscadas, asaltos, marchas, batallas: hé aquí las primeras imágenes que se ofrecen á los ojos del niño; y las emociones que esperimenta su corazon, al presenciar estos aventurados, terribles y animados espectáculos, son demasiado profundas para que las olvide fácilmente.»

A todas estas noticias del carácter del árabe, que nos dan veraces historiadores, hombres que han vivido entre ellos mas ó menos tiempo, y que, por consiguiente, han tenido ocasion de conocerles, hay que añadir que el árabe de los bosques es un salvaje á quien la idea de Dios le hace buscar con frecuencia la muerte y la recompensa del paraíso por medio del asesinato que prepara con la mayor sangre fria, tratándose de un enemigo.

Así pues, movidos por un resorte poderoso, por el fanatismo religioso, que en ellos llega hasta lo mas culminante, los árabes aguardan en acecho debajo de una mata, entre las hojas de un árbol, tirados al suelo junto á un barranco, enroscados como la serpiente entre dos rocas, el paso del enemigo, para descargar sus armas ó lanzarse sobre él como una pantera. No les importan las horas que pasan en una posicion incómoda ó violenta. No les importa tampoco el número de enemigos. Si pueden herir á mansalva y caer sobre uno solo, lo harán con igual encarnizamiento que contra un ejército. No piensan en su vida; solo anhelan prodigar su muerte. Y para ellos el morir matando cristianos equivale á ir via recta á su paraíso, donde les esperan voluptuosas huries para ofrecerles las delicias de una vida eterna, que ha de transcurrir entre los deleites eternos de mágicos y resplandecientes jardines.

Así pues, en la guerra con esos hombres son muy frecuentes los hechos de que acabamos de hacer mencion, lo mismo que el que vamos á contar, acaecido en aquel mismo dia y poco mas ó menos á la hora en que el general García se libraba milagrosamente de una emboscada.

Al pasar una pequeña vanguardia de cinco hombres, que iban de esploradores, por entre dos grandes matas de juncales, uno de nuestros soldados oyó un sordo ruido como el que produce una serpiente al arrastrarse sobre la yerba seca de un bosque. Hízolo notar á sus compañeros, paráronse de repente los cinco, levantaron el martillete de sus fusiles, y escucharon.

El ruido cesó un momento para volver á oirse en seguida, pero nada vieron.

Uno de ellos apartó con su bayoneta la rama de un árbol que le interceptaba un pequeño claro entre los juncales, y de repente sonó una detonacion á cuatro pasos de los soldados.

El que acababa de separar con su bayoneta la rama del árbol, habia sido herido en la mano.

Los cuatro restantes dispararon sus fusiles sobre la nube de humo que habia producido el disparo del enemigo, pero en vano. Al estampido de sus fusiles contestó un grito salvaje de alegría lanzado por un árabe, y casi al mismo tiempo se oyó el ruido de agua como el que produce en cuerpo humano al lanzarse en ella. Pocos momentos despues se oyó el mismo grito á gran distancia y por la parte opuesta del lago.

Tales son los enemigos con quienes combaten hoy en África nuestros hermanos.

IV.

Perspectiva—Enfermedad de Zabala.

Ya hemos dicho que el sitio donde estableció su campamento nuestro ejército el dia 4 de enero, es el conocido por las *Alturas de la condesa*.

El panorama que se ofrecia á los ojos de nuestros soldados desde aquellas alturas era á un tiempo mismo triste y risueño.

Mar, playa, valle, monte, yermo y bosque, todo lo descubrian de una sola ojeada, menos la tierra de la amada patria, que, á lo mas, se les presentaba como una nube azul en los lejanos horizontes.

Desde las *Alturas de la condesa*, el mar se estiende al Norte; al Este se eleva una vasta cordillera de montañas; al Oeste se ven las olas tumultuosas del Océano, y al Sud están los desiertos ardientes de Sahara. Los valles llenos de ondulaciones y quebradas, algunos de ellos sembrados de maiz y los demás de trigo y cebada; el monte cerrado y oscuro como una negruzca cortina estendida en el fondo de una risueña perspectiva; los yermos ostentando una tierra amarilla surcada por grandes venas de granito y pizarra; y finalmente, el bosque seco y sombrío, circuido en sus márgenes de grandes cañadas y espesísimos juncales, tal es el cuadro que desde allí se ofrece á la mirada del observador.

En la noche del 4 hubo de ofrecer, sin embargo, otro espectáculo á la vista del campamento: el incendio de los bosques del pié de Sierra Bullones y del boquete de Anghera.

Despues de anochecido, y antes de la hora de retreta, algunos cañonazos dirigieron sus fuegos curvos sobre aquellos bosques que luego despues ardian como si un volcan hubiese estallado en su seno. El chisporroteo de las resinas se oia á gran distancia, produciendo un rumor siniestro, igual al ruido de hondos y prolongados truenos; la llama subia hasta las nubes ó bajaba rastreando por las laderas propagando el incendio. Por fin, el humo, á grandes bocanadas, interceptaba de cuando en cuando el espectáculo, hasta que una ráfaga de viento despejaba el espacio para presentar el panorama mas sorprendente y asolador á la luz rojiza del incendio.

El general en jefe dispuso que el general García se encargase interinamente del mando del segundo cuerpo por haber tenido que retirarse Zabala á Ceuta.

Ya sabemos que, enfermo como se hallaba, habia querido el dia 1.° montar á caballo para compartir con sus hermanos de armas la gloria que pudiesen obtener en su marcha al valle de Castillejos; sabemos mas; sabemos que en efecto compartió esta gloria.

En el instante en que el conde de Reus echaba su vida en la balanza á fin de inclinar á nuestro lado la victoria, el conde de Paredes, viendo la crítica posicion de su amigo el general Prim , quiso correr

en su ausilio y, para llegar antes, le fué preciso atravesar una cañada interpuesta entre sus posiciones y las de Prim.

Aquella cañada estaba precisamente defendida por un gran número de enemigos. Ni un momento, sin embargo, titubeó Zabala. Con una intrepidez, digna de él, al frente de su estado mayor, al frente de sus tropas, siguió adelante, arrojó á los moros de la buena posicion que ocupaban, é impidió de este modo que se corriesen por la cañada y envolviesen á Prim que tremolaba en aquel momento la vencedora bandera del regimiento de Córdoba en el cerro, gracias á su bravura reconquistado.

Zabala relevó luego á Prim y continuó batiéndose hasta la noche.

Ahora bien, cuando los moros se hubieron pronunciado en retirada, cuando todo hubo concluido, Zabala fué á echar pié á tierra, pero no pudo.

Sintióse como clavado en la silla.

El movimiento que hizo para desmontar, le arrancó un gesto y un grito de dolor.

Estaba baldado.

Imposibilitado de valerse de sus piernas, al dia siguiente hubo de abandonar el campo y ser trasladado á Ceuta.

V.

Sucesos del 5.

Durante todo este dia ambos campamentos continuaron ocupando las mismas posiciones.

La intencion del general en jefe era la de pasar el rio *Manuel* y las formidables lagunas, de que hemos hablado al hacer la descripcion topográfica del terreno, pero esto necesitaba sus preparativos.

Por su parte, las tropas enemigas, posesionadas de las alturas que rodean el valle, ansiaban la hora de caer sobre el ejército con esperanzas de sepultarlo en las lagunas, y, con objeto de atraerle, le en-

viaban sus balas muertas, disparando á larga distancia sus espingardas. Sus intentos habian de salirles fallidos: el ejército no habia de ir á desalojarles de las alturas.

Nuestro ejército quedó en este dia incomunicado con Ceuta, por tierra á lo menos; primeramente por haberlo dispuesto así el general en jefe á consecuencia de algunos hechos aislados, y luego porque diversos grupos de moros se corrieron hasta la playa, bajando á los valles donde cuatro dias antes estaban nuestros campamentos.

El dia antes habia sido asesinado un cantinero que iba al campamento, pudiéndose salvar milagrosamente un paisano que con él iba; en este dia se encontró por la mañana en el camino el cadáver de un soldado que iba ó venia.

A pesar de los fuertes construidos en la cordillera, el camino por tierra no podia ofrecer seguridad ninguna, pues los moros, fieles á sus tradiciones y á sus hábitos, se bajaban escondidos y á rastras, si era preciso, por el fondo de los barrancos para estar esperando un dia entero, sin pestañear, detrás de una mata al infeliz que acertaba á pasar solo, y asesinarle con toda seguridad y sin misericordia.

Por la mañana se habia visto tambien salir un grupo de 200 á 300 moros del boquete de Anghera, que iban á reunirse con los demás de su campamento pasando por la sierra. Vióse á muchos de ellos separarse de los demás y bajar á recorrer el sitio donde estuviera el campamento del tercer cuerpo, llevándose algunos cajones y barriles vacíos que habian quedado abandonados en la playa.

En cambio de los hechos que acabamos de referir, tuvo lugar otro que merece citarse.

Una de nuestras avanzadas vió este dia por la tarde que corria hácia ella una vaca descarriada del campamento enemigo, y seguida por un moro, dos niños y un negro. El animal avanzó demasiado, y el moro con su comitiva paró su carrera.

Entonces el oficial que mandaba la avanzada se adelantó y le hizo señas para que sin temor ninguno recogiese su res y marchara con ella á su campamento. Receló el moro por algunos momentos, pero de repente, penetrado de la verdad con que el oficial le invitaba, dió la espingarda al negro, se acercó á la res y se volvió con ella, espresando su agradecimiento con mil zalamerías que hacian él y los niños.

Hé aquí el parte que desde las *Alturas de la condesa* mandó este dia al gobierno el general en jefe:

«Hoy no ha habido novedad. El enemigo no ha hecho movimiento alguno. Mañana el general García, por ausencia del general Zabala, pasará con el segundo cuerpo á la izquierda del monte Negron á proteger los trabajos de dos malos pasos que hay en el camino. El tercer cuerpo, la division de reserva y la caballería permanecerán en sus posiciones, á no ser que el enemigo me decidiese á variar de plan.»

EN EL MONTE NEGRON.

I.

Paso de los desfiladeros.

Mucho antes de que amaneciera el dia 6, un cañonazo disparado por uno de los vapores de la escuadra hizo señal al segundo cuerpo para ponerse sobre las armas.

Ya hemos dicho que lo mandaba el general García, á causa de la enfermedad del general Zabala.

La brigada de vanguardia al mando del brigadier Serrano empezó el movimiento, al mismo tiempo que se amagaba un ataque al enemigo. Este, confiado en que se le iria á atacar en sus posiciones, se quedó á retaguardia de la derecha, permitiendo de este modo que se tomaran por nuestro ejército posiciones formidables sin ninguna resistencia.

«Es verdaderamente pasmoso, escribia al gobierno el general en jefe á las cinco de la tarde de aquel dia, que las posiciones que hemos tomado no nos hayan costado un sangriento combate.»

A las cuatro de la mañana el segundo cuerpo habia emprendido el movimiento de pasar el desfiladero entre las lagunas y el mar, y fué á posesionarse de las crestas del monte para proteger el paso del resto del ejército. Constituido el segundo cuerpo en semejantes posiciones, quedaron en poder de nuestras tropas tres sierras enlazadas entre sí por pequeñas ondulaciones que forma el terreno. La una de ellas

dominando la playa y por lo mismo la laguna y estenso arenal que habia que atravesar, y las otras dos impedian al enemigo acercarse, so pena de sufrir un terrible escarmiento.

De esta manera pudo pasar todo nuestro ejército sin dificultad y al propio tiempo todo el inmenso tren de diferentes clases que le acompañaba.

Al caer los moros en la cuenta de la operacion que se les jugaba, trataron de oponerse á ella, pero ya era tarde. Trabóse entonces un fuego de tiradores poco vivo de cresta á cresta de las posiciones, pero sin mas pérdidas por nuestra parte que un muerto y tres heridos.

El movimiento tuvo todo el éxito feliz que podia esperarse.

Nuestras tropas fijaron aquel dia su real en el Monte Negron.

II.

Un paso mas.

Las descubiertas se hicieron el dia 7, sin observar otra cosa que la de haber levantado su campo el enemigo, sin duda para continuar su movimiento paralelo al nuestro.

Así que los clarines y bandas de tambores y músicas hubieron roto la diana, se presentó en el campo el general de la armada, Bustillos, con quien conferenció el conde de Lucena respecto á las operaciones.

A consecuencia de esta entrevista de los dos generales, Bustillos volvióse á bordo y dispuso que el vapor *Piles* partiese para Algeciras con órden al comandante del navío de embarcar la division Rios en los vapores que allí tenia y que le enviaba al efecto, con mas el *Isabel II.* y el *Santa Isabel*, que los escoltarian recibiendo tropas si necesario fuese.

Estaba dada ya la órden para que nuestro ejército se pusiese en marcha, y apenas lo efectuó empezó á llover con furia, declarándose un tan furioso temporal de Levante, que obligó á zarpar á todos los

buques que seguian los movimientos del ejército, dejándole incomunicado por mar.

A pesar de esto y de la lluvia, merced á los eficaces esfuerzos de los ingenieros y artilleros, la marcha continuó hasta situar el campamento en las alturas que dominan al rio Zamir, Azmir, Gualdaquivir ó Capilanes, que con todos estos nombres es conocido.

A la una de la tarde se presentaron algunos grupos de moros por las alturas que se enlazaban hácia el O. con nuestro campo, pero en seguida el general Prim, que habia pasado ya á mandar el segundo cuerpo, tomando Rubin de Celis el mando del de Prim, dispuso que algunos batallones ocupasen las posiciones avanzadas de nuestro campamento, quedando las restantes fuerzas del segundo cuerpo sobre las armas y dispuestas á acudir donde necesario fuese.

El enemigo rompió el fuego con su acostumbrado desórden, presentándose siempre en grupos aislados mas ó menos numerosos. Nuestras guerrillas contestaron con éxito, pero viendo que el fuego iba adquiriendo bastante intensidad por ambas partes, el general en jefe mandó lanzar algunas granadas por las baterías que se hallaban ya en posicion, cuyo efecto acabó de contener á los moros, que se retiraron al anochecer sin haber vuelto á pisar las posiciones que invadieron al principio y de las que fueron rechazados por nuestras tropas, las cuales se replegaron con buen órden á nuestro campamento.

Consistieron nuestras pérdidas en 1 soldado muerto, 2 oficiales y 28 soldados heridos y 1 oficial y 7 individuos contusos.

Tuvo lugar un hecho que fué referido del siguiente modo en una carta particular:

«Desde que pasamos de Ceuta, dice el que escribe, las escenas de la vida doméstica pertenecian para nosotros á la esfera de los recuerdos, pero así que hemos ido dejando atrás esos montes regados de sangre, ya el hogar, siquiera sea pobre ó desamparado, ha ido apareciendo á nuestros ojos. Por aquí ya se ven algunas miserables chozas rodeadas de tierras cultivadas, pero sus pobres moradores las han abandonado á nuestra aproximacion.

»En una de esas chocitas fueron sorprendidos por nuestros soldados dos niños que dormian apaciblemente en tanto que su madre an-

daba por los montes cuidando algun ganado á fin de ganarse su sustento y el de sus tiernos niños. Al despertar estos y encontrarse con nuestros soldados, se asustaron y trataron de esconderse, pero una caricia bastó para tranquilizarnos y aun para que se hicieran amigos de los soldados.

»Cuando su madre asomó por las crestas inmediatas, y vió su choza invadida por los cristianos, no huyó, á pesar de la terrible idea que los moros tienen de nuestra humanidad: acudió valerosa á donde estaban sus hijos, pidiendo con la elocuencia de las lágrimas que no se los arrebatasen ni les diesen muerte. El general Odonell, ante quien fueron conducidos sin hacerles daño alguno la mora y sus inocentes hijos, mandó ponerlos en libertad y aun dulcificó su miseria con una gratificacion. La pobre mujer iba llorando de agradecimiento y de alegría, y yo tambien sentí húmedos mis ojos al presenciar esta escena.»

Tambien tuvo lugar en este dia otro hecho, de un género á fé muy distinto y que dió lugar á muchos comentarios.

Por la mañana se presentó en una de las avanzadas de la division de Prim un hombre vestido con poncho y pantalon de húsar, se acercó á un caballo, llamó á un ordenanza, le mandó que le tuviese el estribo, montó y partió.

En esto, dos soldados que le miraban atentamente, conocieron que era moro, y fueron á detenerle. Entonces el fugitivo sacó de debajo del poncho una gumía para defenderse en su carrera. Dispararon sus carabinas ambos soldados, y el moro cayó al suelo atravesado de dos balazos.

Las *crónicas del ejército* cuentan esta anécdota, que tiene por cierto mucho de estraña, cuando no de increible.

III.

Tres dias de tempestad.

Ya hemos dicho que al ponerse en marcha nuestro ejército el dia 9

comenzó á llover copiosamente. Nuestros valientes viéronse asaltados y entorpecidos, no por la resistencia del enemigo, sino por una espantosa tempestad, por la furia de los elementos desencadenados.

Tres dias de horrible angustia hubo de pasar nuestro ejército, perdido en los áridos picos del Negron, incomunicado por tierra y por mar, sufriendo los torrentes de agua que se desgajaban de las nubes y las furias del huracan que destrozaban los débiles abrigos de la tienda de campaña.

Al sobrevenir la tempestad, al soplar el levante, todos los buques que á poca distancia de la costa seguian al ejército, se hicieron á la mar buscando un abrigo, como un vuelo de paviotas que se dispersan fugitivas al oir el disparo del cazador.

Al caer de la tarde del 7 comenzó á arreciar la tormenta y á llover de tal manera y con abundancia tal, que los habitantes de Ceuta no recordaban haber visto cosa parecida.

El horizonte estaba cerrado y oscuro, la lluvia caia á torrentes, el viento soplaba con desusada furia y sin igual violencia, el mar mugia y levantaba gigantescas olas... Parecia que era llegado el fin del mundo.

Todo el mundo estaba alarmado en Ceuta.

Y no era el motivo de la alarma por los buques que se estrellaban en la playa, por los restos de naufragios que veian arrastrar por las olas, por las casas que se hundian en el interior de la ciudad, por los invadidos del cólera que eran en gran número, no; su alarma era por la suerte del ejército.

Todos en medio de aquel desecho temporal que no cesaba, que se iba prolongando un dia tras otro, todos pensaban en los pobres defensores de la patria que estaban en la sierra del Negron sufriendo toda la cólera y violencia de los elementos sin mas abrigo que un miserable techo de tela, eso aun aquellos á quienes el huracan no hiciese pedazos su tienda esparramándola en harapos por los barrancos y abismos de la montaña.

La ansiedad y la angustia eran cada dia mas crecientes en Ceuta.

A pesar de la lluvia y del viento, todos subian á lo alto de las casas para examinar el horizonte, para, con la ayuda de buenos anteojos, fijar la vista en el Negron y tratar de descubrir las tiendas de los defensores de la patria...

Imposible.

La cerrazon era completa en el horizonte.

Durante tres dias no se vió á veinte pasos de diferencia otra cosa que una masa sombría é impenetrable.

Entonces todos se daban parte de sus temores, todos se comunicaban sus recelos, todos se participaban sus inquietudes y zozobras.

—¿Qué harán? decian unos.

—Retrocederán quizá, contestaban otros, se vendrán á Ceuta.

—Nunca. Antes de que tal piense Odonell, será preciso que todos, uno tras otro, queden tendidos en la playa.

—Los marinos dicen que tienen víveres para cinco dias.

—Temporales de esta clase ha habido que han llegado á durar ocho dias. ¿Tienen cinco raciones? ¿Y qué son cinco raciones? El agua lo avería é inutiliza todo. Con cinco raciones tendrán apenas para tres dias.

—Odonell enviará una division en busca de víveres.

—En primer lugar esta division tendrá que abrirse paso por entre los árabes que invaden ahora los lugares que ayer ocupaban nuestros soldados. Derramarán su sangre, saldrán vencedores, llegarán aquí.... y ¿qué víveres podremos darles nosotros? ¿No están todos á bordo de los buques, que andan ahora esparramados y que han ido en su mayoría á buscar un abrigo en Algeciras ó en Gibraltar? Los víveres que aquí tenemos, ¿no son los que necesitamos para la division de Echagüe que está en el Serrallo, para esa gran division de enfermos y heridos de que tenemos llenas casas y hospitales?

—¿Y cómo lo harán en el campamento con los enfermos que de fijo irán en aumento con el temporal y con las humedades?

—Y si tienen que batirse, ¿qué harán de los heridos no teniendo buques á donde transportarlos?

—Los tendrán que tener allí á la intemperie casi, bajo una tienda que chorreará agua por todas partes, sobre un colchon que nadará en los charcos.

—¡Es horroroso!

Tales eran poco mas ó menos las conversaciones que tenian lugar en Ceuta.

Y entretanto, ¿qué hacian en el campamento?

¿Qué hacian?

Leed lo que escribia un oficial y que nos apresuramos á copiar de una carta que se nos ha facilitado.

La carta tiene la fecha del 9 y habla de como pasaron la noche del 8.

«Una estensa capa plomiza cerraba de lobreguez y tinieblas los horizontes. Primeramente se dejó oir el trueno mezclado con el granizo. Despues empezó á llover á torrentes, como si se hubiesen abierto á un tiempo todas las cataratas del cielo.

»Las avanzadas del campamento sin una tienda, sin un árbol donde guarecerse, parecian á lo lejos una sucesion de negruzcas rocas engastadas en la tierra arcillosa de las montañas: solo de cuando en cuando las bayonetas de los fusiles, á la luz del relámpago, brillaban por sus movimientos, como si fuesen otras tantas luciérnagas del campo. Pero el grueso de las divisiones que se hallaba guarecido debajo sus tiendas de campaña, ofrecia otro espectáculo diverso. Cada soldado procuraba arroparse del mejor modo posible, porque el frio, que se habia hecho mas intenso á medida de la proximidad del huracan, era ya inaguantable cuando el granizo principió á caer en profusion.

»El que hubiese podido contemplar con los ojos del espíritu aquel cuadro, hubiera sin duda sentido una terrible impresion. Dentro de las tiendas se veian apagar y encender sucesivamente las velas, las lámparas y las teas. Una bayoneta clavada por la punta en el suelo sirve de candelabro para aquella iluminacion, tres guijarros hacen las veces de chimenea, donde chisporrotean los troncos recinosos, y unos vasos de metal suplen la lámpara cuartelaria. El rostro de los que se guarecian debajo de las tiendas tenia algo de siniestro en unos para otros. Trémulo el resplandor de las luces, y apagadas de vez en cuando al rebufar el aire debajo de la débil lona de las tiendas, parecia que hasta la tierra bamboleaba. ¡Qué noche!

»Y sin embargo, era nada. A las tres horas de aguacero, las camas de hierro iban empotrándose en el lodo estableciéndose en ellas un desnivel que hacia imposible el descanso del cuerpo: á los que se hallaban tendidos sobre el jergon y la manta les era imposible resistir el vaho y la humedad de la tierra; aun mas, al cambiar de lugar en busca de un alivio se encontraban que con el peso del cuerpo habian

producido un charco de agua debajo del jergon como sucede en la orilla del mar al hacer un hoyo en la arena.

»Cuando cesaba por un momento el estrépito del huracan, se oia el ruido del mar que habia ido ensoberbeciéndose rápidamente, oyéndose tan de cerca, que no parecia sino que se estrellaba á nuestros propios piés.

»La noche de ayer fué cruel, espantosa. En vano contra sus rigores trataron los jefes de dar todas las disposiciones que su pericia y prudencia les sugerian. Solo lograron, si así puede decirse, sufrir ellos mas que nadie la rudeza de aquel terrible combate.

»¿Quién logró conciliar el sueño en aquella triste noche, cuando los que no se hallaban en el campo raso recuerdan con horror sus estragos? Me han dicho posteriormente que la ciudad de Ceuta temblaba como si la agitase un viento subterráneo.

»A medida que iba avanzando la noche, parecia que la tempestad se iba cebando mas y mas contra el campamento: todos esperábamos la hora del alba como el náufrago espera ver la luz, una estrella de salvacion. Pero en vano; los primeros albores de la mañana aparecieron en medio de una cerrazon completa, sin menguar la lluvia, sin cesar el viento, sin sosegarse la mar, que principiaba á divisarse turbia como un lago de lodo, revuelta como un ancho sumidero. Los buques que se hallaban á poca distancia de la playa habian desaparecido. ¿Los habian tragado las olas? No; aprovechando la propia direccion del huracan han ido á guarecerse á los puertos mas inmediatos. El ejército se halla incomunicado por mar y tierra.

»¿Quién habia de imaginar que, despues de tantas horas de un desahogo tan terrible de la naturaleza, esta habia de persistir en sus furores? Cuanto mas recio es un temporal, es menos duradero; cuanto mas brama el mar, mas pronto enmudece; cuanto mas el agua de las nubes desciende á torrentes, mas pronto el arco iris asoma en el firmamento: por lo menos así sucede en nuestros climas.

»Sin embargo, aquí es lo contrario. Lo peor de todo es que escaseamos de víveres. Estamos hoy á media racion. Dícese que mañana el general Prim irá con una columna á Ceuta en busca de víveres.

»Nuestra posicion es muy crítica. Las horas van transcurriendo unas tras otras, lentas como las de la agonía: el viento y la lluvia

continuan sin dar señales de desvanecerse y la mar no decrece.

»¡Qué será de nosotros, Dios mio!»

Hasta aquí la carta.

El 8, aprovechando unos instantes en que cesó de llover, los moros se presentaron frente á nuestro campamento en una estensa línea de grupos muy considerables, con ademan de embestirnos, pero se alejaron á consecuencia de algunos disparos de artillería y del fuego de nuestras guerrillas que dieron buena cuenta de ellos, porque venia mucha gente á caballo.

Nuestra pérdida consistió en un soldado muerto y algunos heridos.

El mismo dia por la mañana, continuando el desecho temporal de agua y viento, el general en jefe recibió aviso de haber varado en la playa la goleta *Rosalía*. Inmediatamente envió al general Rubin con un batallon para socorrerla, y se recogió la tripulacion, que fué ausiliada, llevándola al campamento. Ningun socorro fué posible prestar al buque por el estado en que se hallaba.

No fué esta sola la pérdida de nuestra marina en tan desecho temporal.

Mientras sucedia el percance mencionado á la goleta *Rosalía*, en las playas de Algeciras se perdian el vapor *Santa Isabel*, nueve cañoneras y tres faluchos.

Los elementos se declaraban decididamente nuestros mas implacables enemigos.

El dia 9 al anochecer, en medio de la tempestad que no calmaba, hubo consejo de generales en la tienda del conde de Lucena. Comenzaban á escasear las provisiones, podia el temporal prolongarse, y se necesitaba salir á toda costa de aquella angustiosa situacion.

Quedó, pues, decidido que al apuntar el dia marcharian todas las acémilas á Ceuta en busca de raciones. Prim con algunos batallones y la caballería á la lijera fué el encargado de llevar á cabo esta operacion.

Difícil y peligrosa era la mision que se le encomendaba, pero ¿á quién mejor que á él podia confiarse?

Por lo demás, la empresa era arriesgada y temible por otra parte.

El enemigo, que era mucho superior en número, podia apercibirse del movimiento operado en nuestro campo, y entonces podia dividirse

en dos grandes masas, aguardar con la una sobre algun desfiladero á la division del bizarro Prim y oponerse con la otra á cualquier movimiento que tratase de operar el cuartel general.

La suerte del infortunado D. Sebastian aguardaba entonces á Odonell.

Los buques no estaban allí para recoger á los nuestros en caso de un descalabro.

Sin embargo, era preciso exponerlo todo, arriesgarse á todo.

Quedó, pues, decidido que si durante la noche del 9 al 10 no llegaban socorros de Ceuta, el animoso Prim se pondria en marcha al amanecer.

Fácil es que nuestros lectores se imaginen la ansiedad con que se pasó aquella terrible y angustiosa noche. La tempestad lejos de menguar, parecia crecer: el estado mayor de Prim se iba disponiendo, y se comunicaron á los jefes de los cuerpos elegidos las órdenes necesarias.

Todo el ejército pudo pues enterarse de lo precario de su situacion, y aquella noche nadie durmió en el campamento. Todos escuchaban, abatidos, con religioso silencio, el ruido del viento y de la lluvia, haciéndose muy á menudo la ilusion de que cesaba.

A la una de la madrugada el viento parecia ser menos intenso y la lluvia caia mas mansa y sosegada, pero mucho antes de amanecer el toque de diana dió la señal á las tropas de la division Prim para ponerse sobre las armas. Los cuerpos designados para marchar, acudieron á formarse en medio de las tinieblas y entre una fuerte revenida de lluvia y de huracan.

La primera luz del dia fué á sorprender al general en jefe en una altura, donde hacia ya mas de una hora que se hallaba, con el anteojo en la mano, esperando con febril impaciencia que clarease el alba para interrogar el horizonte y tender su mirada por la vasta llanura del mar.

Nada, no vió nada.

Odonell aquel dia paseando su mirada por el espacio en busca de un buque, debió esperimentar algo de lo que sintió Colon cuando fijaba sus ojos en el horizonte buscando un punto que le indicara tierra.

El conde de Lucena dió la señal de marcha.

Prim montó entonces á caballo y subió á la altura en donde se hallaba el general en jefe para tomar sus últimas órdenes. Permaneció un momento á su lado viendo desfilar parte de su division, y luego se despidió de él para ir á alcanzar la cabeza de la columna y ponerse al frente de los suyos.

Era su lugar: el primero siempre en el camino del peligro.

La division se puso en marcha.

La retaguardia estaba solo á un tiro de fusil del campamento, cuando Odonell, que no cesaba de interrogar el espacio con la ayuda de su anteojo vió que el mar se habia calmado bastante, y sobre todo el humo de un buque de vapor que se aproximaba á la costa.

No pudo contener un movimiento de alegría.

Ya no era, pues, necesario el sacrificio.

Inmediatamente envió una órden á Prim para que retrocediese.

«No pueden Vds. figurarse—escribió un corresponsal—que esplosion de júbilo estalló en todo el campamento en presencia de aquel buque, mensajero de la vida y de la abundancia, porque á poco, detrás de él, divisamos diez ó doce vapores, es decir, la ciudad flotante que nos habia abandonado, nuestros grandes almacenes, nuestros hospitales, nuestras provisiones, la existencia, en una palabra, de nuestro ejército.»

En cuanto el general Prim, retrocedió, pues era ya inútil su partida, pero llegó, sin embargo, hasta donde estaba la goleta *Rosalía* y salvó los fondos y varios efectos.

IV.

Sucesos y accion del 10.

El primer vapor que llegó á la costa fué el *Duero*, á cuyo bordo iba el alferez de navío Sr. Pastor encargado de entregar unos pliegos, al parecer de importancia, al general en jefe.

La mar estaba todavía muy movida y no permitia que las embarcaciones se acercasen á la playa.

Esto no obstante, el indicado Sr. Pastor mandó echar un bote al agua y se lanzó con intrepidez á la costa, sucediendo lo que era ya fácil de presumir. La rompiente de las olas hizo zozobrar el bote, y el oficial de marina tuvo que ganar nadando la costa, viéndose los remeros que le conducian muy comprometidos para salvarse y salvar su pequeña embarcacion.

En aquel momento toda la playa estaba llena de nuestros soldados, y en medio de vivas y aclamaciones, el Sr. Pastor, empapado de agua, fué á buscar al general en jefe para entregarle los pliegos que conducia.

Algun tiempo despues, el Sr. Bustillos, jefe de la armada, se aproximaba tambien á la costa, y no sin dificultades pudo saltar en tierra y conferenciar con el conde de Lucena, procediéndose despues, á pesar de los riesgos y los obstáculos naturales con que se tropezaba por el estado del mar, á desembarcar provisiones de boca para el ejército y las caballerías.

El general Bustillos dirigió y aun ayudó personalmente las operaciones.

En esto era ya mediodia, el tiempo se habia calmado, el sol brillaba con todo esplendor, y los moros se decidieron á atacar los puestos avanzados del frente de nuestro campo con fuerzas de infantería y caballería en grande número.

El ataque comenzó á la izquierda, corriendo su línea algo oblícua respecto á la nuestra.

Prim fué quien dirigió la accion: su cuerpo,—ya sabemos que mandaba el de Zabala,—su cuerpo el que entró en fuego.

Nuestro ejército ocupaba aquel dia una posicion tan pintoresca y bella como fuerte. Estaba á dos tiros de fusil del Cabo Negro, del cual le separaba el rio *Zamir* ó Capitanes. A su espalda tenia la costa, en frente las derivaciones de Sierra Bullones, que van á juntarse y á formar dicho cabo, y terminaba el campamento en una suave elevacion, en donde se habia construido la conveniente trinchera, dejando paso á un barranco, ó mas bien un valle accidentado, defendido por otra elevacion por donde se presentaron los moros.

A los primeros tiros, el general en jefe se trasladó al lado del ataque, cuyo frente, como el mas vulnerable de la posicion que ocupa-

ba el ejército, tenia con anticipacion guarnecido con 18 piezas de artillería de montaña, 12 del segundo regimiento montado y 4 de posicion.

El conde de Reus habia ya mandado ocupar por un batallon de Saboya y otro de Córdoba las primeras alturas de nuestro frente, y cuando llegó el general en jefe, un batallon de Castilla marchaba á colocarse en la vertiente interior de la primera posicion, mientras que el enemigo, creciendo en audacia, adelantaba en esparcidos grupos su caballería, amenazando sucesivas cargas contra nuestras guerrillas. Un vivo cañoneo de las citadas piezas de artillería, esparciendo sus bien dirigidas granadas, por los bosques y vertientes, hizo instantáneamente salir de aquellos abrigos á los desconcertados grupos de hombres y caballos.

En aquel momento el batallon de Castilla apareció sobre la cumbre de la colina que lo resguardaba, y con verdadera intrepidez se arrojó á la bayoneta, apoderándose al paso de carga de la segunda série de alturas, donde supo mantenerse, secundado por las guerrillas de Saboya y Córdoba, seguidas de sus reservas.

Con igual éxito avanzó despues á la tercera línea desalojando tambien de ella al enemigo y resistiendo vigorosamente su empuje en las diversas acometidas con que intentó recobrar aquella posicion.

Mientras tanto los generales Odonell (D. Enrique) y Orozco, cumplian con sus divisiones las órdenes que les habian sido comunicadas y por medio de un fuego certero y nutrido sabian mantener á raya al enemigo.

Los moros fueron aumentando en número é insistian en avanzar con esa marcada audacia que se ha visto siempre en ellos.

El conde de Reus juzgó, pues, que era llegado el momento de obrar enérgicamente.

Así pues, á su órden de ataque, repetida en toda la línea, hizo dar un avance general á la bayoneta, y arrollando entonces los nuestros al enemigo, que hubo de ceder á su empuje y brío, ocuparon las terceras y últimas posiciones, donde se habia visto poco antes su concentracion, y por donde se notaba que recibia sus esfuerzos.

Cuéntase que en este brillante ataque el regimiento de Toledo se vió obligado á cargar cinco veces á la bayoneta, dos de ellas á la ca-

ballería, quedando dueño de la posicion disputada. Castilla por la izquierda y las demás fuerzas por el centro obtuvieron igual éxito.

«El general conde de Reus, dice un documento oficial, siempre el primero en el lugar del peligro, marchaba al frente de sus tropas dirigiendo sus movimientos con su habitual serenidad y sangre fria.»

Odonell habia dispuesto que dos escuadrones de coraceros, al mando del brigadier Bidate, se pusieran en movimiento combinados con la línea de masas en que consistió el órden de la batalla, pero no hubo necesidad de emplearlos. No así la batería de montaña afecta al quinto regimiento á pié, que, mandada por el capitan Lopez Dominguez, pasó á situarse en una de las posiciones avanzadas, continuando desde allí con mucho acierto el fuego que habia sido forzoso suspender en las baterías de nuestro campo por no causar bajas en las tropas avanzadas.

Apagados por completo los fuegos del enemigo, y acercándose la noche, el general en jefe dió á Prim la órden de regresar al campamento, movimiento que el último llevó á cabo con el mejor órden y precision, escalonando y protegiéndose los batallones en su movimiento de retroceso, con la notable circunstancia de que el enemigo, ni al iniciarse el movimiento ni en su ejecucion hizo un solo disparo, contra su costumbre, dando con ello claros indicios de que se le habia hecho sentir gravemente nuestra superioridad.

Grande fué, en efecto, el daño que se les causó á los moros. Uno de los muertos llevaba un riquísimo traje color de escarlata, otro ostentaba una bandera, que lograron retirar. Las armas que se cogieron fueron muchas, y algunas labradas preciosamente.

Es de creer que murió aquel dia un personaje de importancia entre los moros. Se vió que por la noche bajaban pareciendo buscar con cuidado algun cadáver entre los que allí quedaron tendidos.

Su pérdida en este combate no debió bajar de 800 hombres.

Por lo que toca á la nuestra, fué de 2 jefes, 13 oficiales y 149 soldados heridos, con 13 muertos de esta última clase.

V.

La intencion del general en jefe era la de adelantar el campamento, pero como, á pesar de haberse presentado los vapores el dia anterior,

no habian podido desembarcar apenas nada por causa del mar, hubo de demorar su resolucion. Al proseguir el movimiento, queria hacerlo provisto de todo, para que no tuviese que pasar nuevas horas de angustia y de zozobra si una nueva tormenta se presentaba á barrer de embarcaciones el mar.

El dia 11 se ocupó por entero en aprovisionar al ejército, cosa que no pudo hacerse mas que con muchos tropiezos á causa de las rompientes de las olas en la playa.

Aun se resentia el mar de la pasada tormenta.

Las provisiones se desembarcaban en grandes barricas, y nuestros soldados, lo mismo que los marineros, se arrojaban al mar con agua al cuello para tirar de las gruesas maromas, con cuyo ausilio eran arrastradas las barricas á la playa.

El general en jefe, montado á caballo, asistia á esta operacion, y su sola presencia bastaba á moderar la impaciencia general, estableciendo el mayor órden.

«¿Saben Vds. lo que era lo que todo el mundo buscaba con mayor afan? dice una correspondencia. Pues era el tabaco, eran los cigarros, de los cuales se hace un gran consumo en las eternas horas de ócio de la vida de campamento; y como no hay provisiones de este artículo de lujo, y en algunos de primera necesidad, casi todos se quedaron sin él al tercer dia de nuestra incomunicacion por mar.»

Tambien se desembarcó el tren de puentes que el general en jefe habia enviado á pedir á Ceuta.

Del *Serrallo* se dió aviso que en los desmontes que se practicaban en las cañadas que hay á la parte opuesta de los reductos de *Isabel II* y *Francisco de Asis*, se encontraban montones de cadáveres moros enterrados de mala manera, y otros sin enterrar escondidos en el fondo de las cañadas.

Esto indicaba cuan grandes habian sido sus pérdidas en los primeros combates.

El general Prim, al pasar á encargarse del mando del cuerpo del general Zabala, habia dirigido la siguiente órden general á su division:

«Soldados de la division de reserva:

»Por disposicion del Excmo. señor general en jefe paso á tomar el

mando del segundo cuerpo durante la enfermedad de su muy digno general el conde de Paredes. Semejante nombramiento llenaria mis deseos si él no me obligara á separarme de vosotros, mis bravos camaradas, vosotros que en cuatro combates sucesivos, enrojeciendo con vuestra sangre el suelo africano, habeis en todos ellos triunfado del feroz enemigo que combatís, mereciendo por vuestra valentía la benevolencia de nuestra augusta soberana, la consideracion del ilustre caudillo que nos manda, y la estima de la noble España.

»Los nombres de los batallones Príncipe y Vergara, Luchana y Cuenca, primero y segundo de ingenieros, cuarto y quinto de artillería de á pié y plana mayor, llenarán una brillante página de la historia de mi vida militar.

»El general Rubin de Celis que viene á reemplazarme es digno de vosotros: obedecedle ciegamente como á mí me habeis obedecido, y, como yo, os conducirá al triunfo.

»Señores jefes, oficiales y soldados de la division de reserva, vuestro general os estrecha la mano con efusion y entusiasmo.

PRIM.»

VI.

La accion del 12.

Otro reñido combate, y, por consiguiente, otra espléndida victoria.

Era ya mucho mas de la una de la tarde del dia 12 cuando algunos grupos poco numerosos de moros se presentaron al frente de nuestro campo sobre el mismo terreno en que tuvo lugar el combate del 10.

Su escaso número al principio y el presentarse en pelotones indicaba, mas que un ataque formal, uno de esos alardes de osadía de que tan continuas pruebas han dado durante toda la campaña; pero esto no obstante, el general Prim, cuya division era la que amenazaban, hizo ocupar por dos batallones los primeros cerros inmediatos á sus trincheras y formar masas delante de ellas al resto de la primera division de su cuerpo.

El general en jefe se encontraba en la playa presenciando el desembarque de provisiones, que aun continuaba, cuando le dieron parte del movimiento del enemigo.

Inmediatamente se trasladó al punto amenazado, y aprobando las disposiciones de Prim, hizo avanzar por la izquierda una compañía del tercer regimiento montado de artillería y una de montaña, que con las tres del segundo regimiento montado que seguian en la misma posicion que ocupaban el dia 10, formaron una respetable batería cuyos certeros disparos no debian tardar en sembrar el terror y el estrago entre los moros.

Las tropas se encontraron entonces en un órden de batalla tan perfecto, que no parecia sino que se trataba de un simulacro.

Formaban una especie de semicírculo. Las guerrillas, ocultas entre los matorrales y las piedras, estaban apoyadas por sus reservas respectivas. Detrás de estas reservas, de distancia en distancia, habia varios batallones en columna, y á retaguardia del de la izquierda una reserva de un escuadron de caballería ligera.

El enemigo entretanto fué creciendo en número y en audacia al mismo tiempo, convirtiendo en ataque formal y vigoroso lo que inició en un principio como ligera escaramuza.

Su línea de fuegos, cada vez mas nutrida, se fué sucesivamente estendiendo por todo el escabroso terreno que por el Sud de nuestro campo se prolongaba desde el flanco derecho del tercer cuerpo del ejército, por delante de todo el segundo hasta la division de reserva.

Los moros, presentándose con audacia y hasta con temeridad, apostaron un crecido número de buenos tiradores, que hacian un fuego continuado y nutrido sobre el grupo del cuartel general, pero nuestra artillería les hizo abandonar mas que de prisa aquella posicion.

Una de las granadas que se les dispararon rebotó sobre el mismo caballo de uno de los jefes, haciendo pedazos caballo y caballero.

Segun cuenta un testigo presencial, el general Prim, dirigiéndose con su Estado Mayor á donde estaban los batallones de la izquierda, mientras que las tropas que cubrian nuestra derecha se portaban heróicamente rechazando al enemigo á la bayoneta, el general Prim, decimos, mandó simular una retirada falsa.

Las guerrillas por su órden se replegaron precipitadamente, y como los moros no veian á los dos batallones que estaban en masa á la

espalda de la colina, cargaron con impetuosidad sobre nuestras guerrillas, dando grandes gritos y creyéndose ya vencedores.

La artillería, que habia hecho muy buenos y muy certeros disparos, tenia sus piezas cargadas y prevenidas para cuando Prim obligase á los moros á descubrirse al abandonar las posiciones y las cañadas.

Todo sucedió como el general habia previsto.

Cuando las guerrillas que se replegaban corriendo perseguidas por los árabes, llegaron hasta el punto marcado, los batallones de Arapiles y Llerena, conducidos por el mismo Prim, dieron una brillantísima carga á la bayoneta, sembrando la confusion entre los enemigos y haciéndoles siete prisioneros, entre ellos uno que llevaba un estandarte, que los que huian pudieron recoger en su precipitada carrera.

En aquel momento tambien, teniendo los moros que abandonar los barrancos, se vieron espuestos á un vivo y certero fuego de cañon hecho por las baterías de montaña y rodada, que sembraron el espanto entre el enemigo que huía á la desbandada.

Los batallones de cazadores de Llerena y de Arapiles, siempre con Prim al frente, les acosaron hasta las últimas alturas.

Este vigoroso ataque decidió la accion.

Verdad es que los moros se rehicieron y trataron de volver al ataque, pero fueron rechazados de todas partes con un vivo fuego de fusil ayudado en la derecha por algunas piezas de montaña.

Las pérdidas del enemigo en este dia fueron bastante considerables: son prueba de ello el no haberse atrevido á hostigar nuestra retirada, y el que no obstante el terco empeño que siempre pone en ocultar sus pérdidas, dejó sobre el campo 47 muertos y los prisioneros citados.

Las nuestras consistieron en 1 oficial herido y 2 contusos, en 1 soldado muerto, 30 heridos y 41 contusos.

En esta accion los soldados se vieron precisados á matar á bayonetazos á algunos moros que no querian rendirse.

El primer prisionero que se hizo era un jóven de unos diez y seis años. Tenia cinco ó seis heridas. Se presentó con mucha serenidad ante el general en jefe, el cual le preguntó por medio del intérprete si era Muley Abbas quien mandaba la accion.

—Sí, contestó el moro. Ha mandado la de hoy y tambien la del otro dia.

—Pues lo hace bastante mal, dijo Odonell.

En este dia fueron enviados á Ceuta cinco vapores para que trajeran á remolque las lanchas cañoneras.

El tiempo quedó bueno y parecia haberse sentado.

La salud del campamento, á pesar de las fatigas y privaciones, habia mejorado notablemente.

VII.

El dia 13 no se dejaron ver los moros.

Nada mas natural segun su costumbre.

Pasó el dia con toda tranquilidad, y el general en jefe, provisto ya completamente de todo, dió las oportunas órdenes para adelantar al dia siguiente.

Al anochecer el brigadier Cervino, con dos batallones del regimiento de Albuera y el de cazadores de Ciudad Rodrigo, que componian parte de la brigada de su mando, se situó en las llanuras bañadas por el Azmir ó Zamir para proteger el paso de toda la artillería por un puente construido por los ingenieros con admirable prontitud y solidez, y solo con las retamas, pequeños arbustos y las arenas, únicos elementos que ofrecieron aquellas inhospitalarias playas.

La operacion duró toda la noche.

Las avanzadas del enemigo se veian al frente y á corta distancia, y los tres batallones mencionados permanecieron tada la noche sobre las armas y en la húmeda arena, esperando con el mayor silencio al enemigo, que sin embargo, siguiendo su costumbre de no pelear de noche, no se movió de sus posiciones.

Desde el 5 al 11 habia habido cuatro encuentros con los moros, todos igualmente encarnizados: nuestro ejército siguió su marcha

triunfal en medio de los desfiladeros y de los pantanos, combatido por la tormenta y atacado por masas considerables de enemigos.

Y sin embargo, esto no fué mas que un ensayo para llegar á la sangrienta batalla del 14.

Vamos á hablar de ella, pero antes, permítasenos decir algo de los desastres sufridos por nuestra marina en la tormenta que cuatro ó cinco dias antes habia tenido lugar.

UNA PAGINA TRISTE.

I.

Dejaríamos de cumplir con los deberes que nos impone nuestra mision de escritores, si no consagráramos un recuerdo á nuestra heróica marina.

Tambien ella en la campaña cuyos hechos vamos narrando tiene su indisputable gloria; tambien ella ha hecho grandes y costosos sacrificios; tambien ella se ha sacrificado gustosa por la honra de la patria; tambien ella ha tenido sus gloriosos desastres; tambien ella finalmente, merece la gratitud del país, que es la recompensa de los que luchan, de los que sufren, de los que se baten, de los que vencen para sostener incólume el pabellon español.

Hemos ya hablado del desecho temporal que tuvo lugar en los dias 7, 8 y 9 de enero.

Si sus estragos fueron terribles en tierra ¿cómo no habian de ser mucho mas terribles, mucho mas desastrosos en el mar?

Bien merece que consagremos una página, si quier sea una triste página, á la recordacion de los sufrimientos que tuvieron lugar aquellos dias para nuestra marina, sufrimientos que es preciso decirlo para honra suya, soportó con un valor heróico y con una admirable resignacion.

Muchas desgracias se hubieran evitado sin duda si la escuadra hubiese abandonado su inseguro fondeadero á los primeros amagos de la tempestad, pero era deber suyo permanecer á la vista del ejér-

cito mientras le fuese posible, y cumplió con este deber hasta llegar al heroismo.

Nunca se encarecerá lo bastante el servicio que desde el principio de la campaña, y mas especialmente desde que el ejército salió del campamento del *Serrallo*, está prestando la marina. Para apreciarlo debidamente, se necesita comenzar por reconocer que la marina carecia de base de operaciones por cuanto no hay en la costa por donde ha navegado durante la campaña ningun puerto ni abrigo en que buscar refugio en caso de tempestad; así es que al anunciarse vientos del S. E. su posicion debia ser muy comprometida.

Si desde luego tomaban los comandantes de los buques las precauciones que la inminencia del peligro aconsejaba, tenian que retirarse dejando incomunicado al ejército y privándole por consiguiente de toda clase de ausilios; pero repugnándoles, como era natural, llegar á este estremo, hacian los mayores esfuerzos para aguantarse con la esperanza de poder dominar los elementos.

Nuestros lectores nos permitirán que insertemos como un documento oficial, y lleno del mayor interés, pues es justo que ocupe un lugar en las páginas de esta obra, el parte oficial que desde Puente Mayorga y con fecha del 9 de enero dirigió el general Bustillos al Excmo. señor ministro de marina.

Hé aquí la parte de este documento que mayor interés puede tener para nuestros lectores.

Dice así:

«El 7 á las ocho de la mañana, á mi regreso del cuartel general, me encontré con el incendio de las carboneras del vapor *Barcino*, cuyo cargamento era de granadas y municiones del ejército: personalmente atendí á este siniestro, consiguiendo cortar el incendio, pero sin haber descuidado el descargar las municiones, operacion trabajosa desde las nueve, en que el viento del S. E. empezaba á molestar; por esta razon y considerando habia de arreciar, dispuse la salida para Ceuta de los vapores trasportes, llevándose los cañoneros, y para Algeciras ó Puente Mayorga, segun las circunstancias del tiempo, la de las fragatas *Princesa de Asturias y Blanca*.

»Yo me quedé con los vapores de guerra para situarme á la vista del ejército, con el firme propósito de permanecer allí mientras hu-

manamente fuese posible. Avanzado el ejército hasta las inmediaciones de Cabo Negro, allí me situé con los vapores, fondeando con algun abrigo del S. E. que entonces reinaba. A las nueve de la noche, sobre un chubasco, se llamó el viento al E. que era desde entonces travesía en aquel punto, refrescó considerablemente é hizo faltar la cadena del vapor *Lepanto* de mi insignia; se fondeó segunda ancla que faltó casi instantáneamente, y por ella tuve que dejar aquel fondeadero á las nueve y media; pero no antes de ver el buque en el mas inminente riesgo de perderse en la costa, pues al quedar sin amarras al garete, y próximo á enredarse con los demás, tuve especial cuidado de maniobrar de un modo tal, que nunca pudiese arrastrar conmigo ninguno de los otros, conformándome con perderme solo: para ello tuve materialmente que vaquear en medio de todos y con el *Lepanto* atravesado: un pequeño abordaje con el vapor *Tharsis* hizo aproar al *Lepanto* despues de desarbolar de nuestro bauprés, y fué indudablemente lo que permitió que se salvara, haciendo avante con la máquina y arriando por mano las dos cadenas faltas cuando ya estaba muy próximo á las rompientes.

»Mientras todo esto tenia lugar, hice señales á los demás vapores de hacerse á la mar, cuando era humanamente imposible quedar á la vista del ejército. Únicamente circunstancias tan estremas podian haberme impedido amanecer cerca de la costa con los vapores de guerra, segun me habia propuesto, considerándolo así conveniente y de mi deber por razones que están bien al alcance de V. E. Con el viento duro al S. E. hice derrota á franquear la costa, la mar aumentando por momentos y frecuentes chubascos ahuracanados. Sin un cambio de viento al N. E., que permitió granjear al E. tomándolo por babor con los cangrejos antagallados, era muy dudoso el poder montar la punta de Almina sobre que me hallaba comprometido, logrando verificarlo á las ocho de la mañana; ya entonces mura á estribor, pues el viento volvió al S. E. despues de dos horas de soplar del N. E. hice rumbo á la bahía de Algeciras, y tomé el fondeadero de Puente Mayorga ayer á medio dia.

»El *Lepanto* habia perdido el cepo de una ancla en el fondeadero de Torre-Cuadrada, de manera que para fondear en Puente Mayorga tuve que disponer se formase uno con barras de cabrestante al ancla

que quedaba, y con ella aguanté el S. E. en el espresado fondeadero, empleando los chicotes que habian quedado de las cadenas faltas. En Gibraltar estaba fondeado el vapor *Colon*. En Puente Mayorga encontré al *Vulcano* y á la *Buenaventura*, de los que estaban conmigo en Cabo Negro, y el transporte *Alava*, llegado últimamente de Cádiz con tropas y el tren de sitio.

»No tengo noticias de los vapores *Leon* y *Alerta* y goletas *Ceres* y *Rosalía*, que tambien estuvieron en Cabo Negro á los cuales los supongo en Ceuta ó que hayan corrido al Océano, pues el tiempo sigue muy duro. Llegó á Puente Mayorga al anochecer de ayer el vapor *Isabel II* con pérdida de un ancla, y por su comandante supe la del vapor *Santa Isabel* en aquella playa. Por la noche ha estado el tiempo del S. E. variable en fuerza, pero siempre cerrado y de mal cariz.

»Esta mañana, sobre chubascos muy fuertes de granizo y lluvia, roló el viento al S. E. á las diez, llamando en seguida al N. O.: mis vehementes deseos de no perder instante me hicieron levar y dirigirme á Algeciras, sin embargo de la desconfianza que me ofrecia el cambio: allí trasbordé al *Vulcano*, pero habiendo vuelto á entablar el S. E., tuve que volver á este fondeadero con los vapores *Colon*, *Lepanto* y *Piles* para estar con mayor seguridad. A los dos últimos les faltan dos anclas con sus cadenas; y en razon á la urgente necesidad de proveerlos de estas amarras en las circunstancias presentes y crítico de la estacion, he dispuesto que el cónsul de España en Gibraltar los surta inmediatamente de ellas. He visto que el *Lepanto*, además del destrozo de parte de los tambores con los alojamientos de los mismos, tiene desmentido el tajamar, y por lo tanto la necesidad de que en un arsenal se proceda á su reparacion.

»El vapor *Piles* he omitido decir á V. E. que se hallaba tambien en Puente Mayorga, y de la pérdida de sus anclas en Algeciras y circunstancias en que se encontró enterará á V. E. la comunicacion de esta fecha, en que le doy traslado de lo que me ha dicho su comandante. El *Colon*, *Vulcano* y *Buenaventura* han perdido su ancla.

»Anoche han naufragado en la costa de Tunara hasta cinco buques de cruz y un vapor francés procedentes de Oran, con cargamento de tablas para Ceuta.»

En otro parte de fecha del 10, el mismo general manifestó que se

le habian unido en la tarde anterior los dos vapores *Alerta* y *Leon*, habiendo este capeado el tiempo en el mar, y habiéndose corrido el otro hasta la ensenada de Jeremías.

La corbeta *Ceres* pudo fondear en Ceuta.

Antes de salir de Puente Mayorga para Ceuta, el general Bustillos dejó en via de accion las disposiciones siguientes, segun él mismo refiere:

«Los vapores *Vulcano* y *Alerta* con el *Colon* preparándose para pasar á Gibraltar á surtirse de combustible porque era imposible hacerlo en Algeciras, y muy urgente que todos los buques estuviesen listos para todas las operaciones que se ofrecieran.

»El *Alava* desembarcando el transporte, y tambien con órden de pasar á Gibraltar, para que utilizando los ausilios de buzos de aquella plaza pueda aclarar una válvula alimenticia.

»El *Leon*, que tiene avería en las calderas, con instrucciones de pasar á Algeciras, y desde allí aprovechando la primera oportunidad de buen tiempo, trasladarse á Cádiz, dejando su salida á discrecion del comandante del navío *Reina*.»

II.

La pérdida del vapor *Santa Isabel* costó la vida á cinco de sus tripulantes. Además de todas las lanchas y chalanas de desembarco que estaban en Algeciras, se perdieron ocho cañoneras.

La artillería del *Santa Isabel* y de las cañoneras se salvaron despues.

En cuanto á la pérdida de la *Rosalía* ocurrió de la siguiente manera, segun la siguiente relacion oficial:

«Trabajando con la máquina, el buque se sostuvo hasta las nueve de la noche, en cuya fatal hora entrando un furioso golpe de mar en la máquina apagó los hornos. Espantoso fué entonces el peligro, porque arrojando el mar el barco á la costa, todos hubieran perecido, á

no dar casualmente en una playa arenosa á no gran distancia de la tierra, puesto que pudieron llegar á ella con andariveles.

»Tres hombres que se metieron en la lancha perecieron con ella.

»El comandante no quiso abandonar el perdido buque y mandó al segundo, D. Cárlos Pineda, con cuatro hombres, á dar parte en el campamento, al general en jefe, del naufragio ocurrido. Pero este jóven oficial no pudo desempeñar su cometido y se vió espuesto á graves é inminentes peligros por haberse estraviado en el bosque, separándose mucho de los cuatro marineros.»

Es muy triste lo que ocurrió á este intrépido marino.

Hé aquí como lo refiere una correspondencia del puerto de Santa María:

«En el estado mas lamentable ha llegado á este puerto, donde tiene su familia, una de las principales de la ciudad, el jóven marino habilitado de oficial D. Cáros Pineda, náufrago en la corbeta *Rosalía*. Ha llegado todo destrozado, lleno de cardenales, con tres ó cuatro heridas en una pierna, y cubierto con un gorro y un vestido viejo de marinero. Todo lo ha perdido en el naufragio, hasta la salud, pues está casi baldado.

»A las nueve de la noche, apagada la chimenea del buque, dieron los tripulantes en la costa, pudiendo á duras penas salvarse, por medio de andariveles. Tres marineros que tomaron la lancha perecieron con ella. Ya en tierra y sin saber dónde estaban, le mandó su comandante esplorar el campo con cuatro marineros que no siguiendo tanto como él, se perdió en el bosque temiendo á cada momento dar con el enemigo. Andando á la ventura, oyó antes de amanecer trompetas destacados á propósito para buscarle, y casi medio muerto llegó al campamento, donde ya estaban sus compañeros. Un señor coronel, cuyo nombre sentimos ignorar, lo recogió en su tienda, cediéndole *su cama* los cuatro dias que permaneció allí, siendo objeto, así como sus compañeros, del mas afectuoso y cariñoso trato por parte del ejército. El coronel su huésped, tuvo que dormir en el suelo. Tal es la fraternidad que reina entre nuestros bravos soldados y bizarros marinos. El jóven Pineda, á mas de su equipaje, libros é instrumentos y cuanto tenia, ha perdido un precioso Album con mas de 40 vistas de todas las acciones y paisajes que desde su buque habia copiado al natural.

»Los náufragos de la goleta *Rosalía* prefirieron perder sus equipajes y salvar el fondo de la tropa, unos veinte mil reales que llevaban y entregaron al general Odonell, á quien se presentaron casi desnudos, despues de correr el doble peligro del naufragio, y el de atravesar los bosques hasta llegar al campamento, espuestos á caer en poder de los enemigos.

»Despues que la tripulacion de la *Rosalía* abandonó la desierta playa buscando un refugio á su miseria y un abrigo en el campamento, acudió una horda de moros que incendió el buque, frustrando así el deseo de salvarlo, cuando el tiempo abonanzara, manifestado ya por el jefe de las fuerzas navales.»

Tales fueron los estragos y sensibles pérdidas sufridas por la escuadra, que tan útiles servicios ha prestado al ejército de África, en el desecho temporal de los dias 7, 8 y 9 de enero.

EN CABO NEGRO.

I.

Accion del 14.

Fué grande dia este para nuestro ejército.

Desde las elevadas cimas de *Cabo Negro*, mas de la mitad de los soldados pudieron ver en el fondo de la llanura, entre un nido de follaje, la ciudad de Tetuan, la tierra prometida, la sultana del valle.

Sin embargo, para verla hubieron de verter su sangre. La cordillera solo fué tomada despues de un largo y sangriento combate, en que los árabes fueron vencidos como lo habian sido en Sierra Bullones, como lo fueron en Castillejos.

Al toque de diana, mucho antes de amanecer, el ejército levantó sus tiendas y comenzó á efectuar su movimiento.

Efectuóse el paso del Zamir por el puente de que ya hemos hablado, construido en solos un dia y una noche.

El segundo cuerpo, á las órdenes de Prim, el general soldado, como le llamaban los nuestros, el Massena español, como le llaman los estranjeros; el segundo cuerpo, decimos, tomó la vanguardia. Para él la honra y la gloria de iniciar el movimiento, pasando el primero las escarpadas gargantas y difíciles desfiladeros de *Cabo Negro*.

Habia sido racionado el ejército todo por seis dias.

La division mandada por Orozco, primera del segundo cuerpo, á la cual se habia agregado una compañía de ingenieros y una batería de montaña, formada en ordenadas columnas avanzó sin tropiezo alguno hasta posesionarse de las primeras alturas de aquella continuada serie de ásperas sierras que constituyen las montañas de Cabo Negro.

La segunda division á las órdenes del general D. Enrique Odonell pasaba entretanto en buen órden el estrecho desfiladero, se organizaba tambien en columnas, y seguia los movimientos de la primera division para protegerla en caso necesario.

Posesionada la primera division de las alturas, segun acabamos de indicar, logró atravesar felizmente la profundísima cañada, que, cercada de ásperas cumbres de elevadísimos montes de muy difícil acceso, presentaba insuperables obstáculos al paso de nuestras tropas, á causa de la frondosa y agreste vegetacion de que están cubiertos. Afortunadamente, no fueron bastantes á detener la resuelta y decidida marcha de la primera division, ni la altísima, imponente y estensa barrera que la naturaleza presenta en aquellos selváticos sitios, cortados por profundísimos barrancos y revestidos de jarales y ásperas malezas de grande altura, ni la tenaz resistencia que desde entonces comenzó á oponer el enemigo. Vencidas tantas dificultades por aquellos bravos soldados, quedó definitivamente asegurada la primera línea.

Habiendo penetrado en la cañada las dos divisiones del segundo cuerpo, continuaron avanzando, trabándose desde aquel momento una serie no interrumpida de encarnizados combates, quedando en todos ellos arrollado el enemigo á pesar de las formidables posiciones que ocupaba, escalando una tras otra, sin desmayar un momento en tan dura fatiga, las crestas mas elevadas de la sierra y arrojando de todas al enemigo hasta divisar el estenso y pintoresco valle de Tetuan, cuya vista sonreia á nuestros héroes como una suprema esperanza de recompensa por su abnegacion y sacrificios.

A las diez de la mañana se presentó el enemigo con tal fuerza y en posiciones tan formidables, que era muy serio el intentar desalojarles de ellas.

Todo el mundo se hallaba en una situacion indefinible, cuando el

general Prim dió la órden terminante de avanzar, diciendo á las tropas:

«¡Adelante! ¡Adelante hasta coronar las mas elevadas alturas que dominan el valle! ¡Qué nada nos detenga! Si se encuentran barrancos con agua, no hay que detenerse á buscar paso; al agua: si se encuentran malezas, atravesarlas; si se hallan precipicios, salvarlos; adelante, cada uno por donde pueda; nuestra mision es la de abrir paso al ejército. ¡Viva España! ¡Viva la reina! ¡Adelante!»

A los cinco minutos se rompió el fuego, y como durante las dos primeras horas la lucha tuvo lugar en una honda cañada, se armó tal estruendo y tal humareda, dice una correspondencia, que aquello era un infierno.

Por fin, á las dos horas y media de un combate encarnizado, los nuestros coronaron las crestas mas elevadas y dieron vista al valle que apareció cubierto de enemigos de infantería y caballería.

Los batallones de Castilla y cazadores de Simancas, á cuyo frente marchaban sus jefes, fueron los primeros en tremolar sus banderas cubiertas de gloria en aquellos empinados vericuetos.

La primera division del segundo cuerpo quedó dominando la cordillera, cubriendo sus batallones las altas crestas que se estienden de izquierda á derecha, situados del siguiente modo:

El batallon de cazadores de Figueras en la estrema izquierda; despues el segundo batallon del regimiento de Castilla; y á continuacion de este se estendian el primero de Córdoba y la batería de montaña del primer regimiento. Esta batería colocó atrevidamente sus cañones en lo mas alto de la cresta de la posicion, y con sus nutridos y certeros fuegos batia y molestaba un reducto que los moros habian construido sobre un mogote, y que tenian muy bien guarnecido de gente en suficiente número para defender y cubrir la salida de las gargantas al valle.

Por el flanco derecho ocupaban las pendientes y cimas mas elevadas el primer batallon del regimiento de Saboya y el segundo del de Córdoba, y por las cimas y pendientes del mismo costado izquierdo los batallones de cazadores de Simancas y Arapiles y el primer batallon del regimiento de Castilla. Sin embargo, la toma de estas últimas posiciones fué muy costosa.

En tal situacion se vió atacada nuestra derecha por un gran número de enemigos, mientras los del valle atacaban de frente con la esperanza sin duda de echarnos otra vez á la hondanada.

La presencia de Prim en la derecha, á donde corrió inmediatamente para vigorizar aquel punto, clave de la posicion, lo que efectuó con la rapidez propia de su carácter, le permitió obrar con desembarazo, y cuando los moros creian haber envuelto á los nuestros, sonó la corneta el paso de ataque; cada batallon se lanzó al puesto que de antemano le habia indicado el general, y la embestida dió por resultado que nuestras tropas se situaran en el segundo estribo de la gran cordillera.

No se desanimó á pesar de esto el enemigo. Volvió fogoso á atacar, limitándose los nuestros á defenderse, hasta que viendo el general que habian llegado á cierto punto, mandó de nuevo tocar la carga, y se avanzó otro estribo.

El terreno era ya bueno y á propósito para la caballería. Cargó en consecuencia la enemiga á dos de nuestros batallones de vanguardia, Simancas y Arapiles, los cuales la rechazaron denodadamente, aprovechándose de esta coyuntura para bajar el penúltimo escalon de aquella gigantesca cordillera.

Uno mas, y dominaban por completo la llanura.

Fué la primera vez que se presentó y tomó parte en el combate la guardia negra, esa caballería estraña y fantástica de que tanto se hablaba antes y la cual creian los moros que bastaba que se presentase para causar estragos.

Los batallones que recibieron esta caballería con la punta de la bayoneta no retrocedieron un solo paso.

Simancas y la Princesa estuvieron admirables de valor y de heroismo.

En el ínterin, el general en jefe se adelantaba con su cuartel general, seguido de sus escoltas de infantería y caballería, previniendo al paso al brigadier Cervino, jefe de una de las brigadas del tercer cuerpo —que toda la noche habia estado protegiendo el paso de la artillería por el puente construido por los artilleros y cuya marcha iba cubriendo,—que se adelantase rápidamente hasta la primera posicion para cubrir la marcha de las tropas empeñadas en el combate, con cuyo

movimiento debia dejar á todo el segundo cuerpo enteramente dispuesto y desembarazado del todo para las ulteriores operaciones que el general en jefe meditaba.

Despues de haber reconocido atentamente el conde de Lucena las posiciones ocupadas por el enemigo, hecho cargo de las fuerzas considerables que en ellas tenia dispuestas al combate y las que sucesivamente iban apareciendo por su derecha, y que supuso con mucho fundamento no podian ser otras que las del campamento de las lagunas, comprendió que Muley Abbas trataba de defender con vigor dichas posiciones, concentrando allí todos los elementos que podian ofrecer una desesperada resistencia, pensando acaso que lograria hacer retroceder á nuestros valientes soldados.

Teniendo ya á cubierto la retaguardia de todo ataque, previno el conde de Lucena al general García, jefe de estado mayor general, que se quedara á su retaguardia para hacer pasar el resto del ejército por el desfiladero, y que desde luego hiciera avanzar las otras tres brigadas del tercer cuerpo, verificándolo cada brigada por separado, para evitar de esta manera el retraso que de otro modo podria esperimentarse en dicho movimiento.

Dadas estas órdenes, que fueron cumplidas con puntualidad, el general en jefe se trasladó al centro de nuestra línea donde el combate se mantenia con vigor, con sin igual encarnizamiento de una y otra parte, mientras que los moros seguian reconcentrando sus numerosas fuerzas, como si instintivamente conocieran ya que una vez perdidas sus posiciones, les seria de todo punto imposible volver á recobrarlas.

Preciso es decir que si la resistencia era tenaz, no lo era menos el ardoroso ataque de nuestros soldados. Por el contrario, cuanta mayor era la resistencia que oponian á nuestros valientes, mayor y mas grande era el entusiasmo que á estos animaba, creciendo gradualmente el ardor con que acometian á sus numerosos enemigos.

Los ocho batallones de la segunda division del segundo cuerpo que ocupaban dicho puesto, lo sostenian bizarramente, apoyados por los cuatro de la brigada Cervino, y seguian adelantando terreno.

El conde de Lucena dispuso al mismo tiempo que la tercera batería de montaña del primer regimiento se adelantase, y situadas sus piezas convenientemente, rompió el fuego con la viveza y acierto de

que tantas pruebas han dado en esta campaña nuestros bravos artilleros.

Desesperado el enemigo al verse ya lanzado hasta el último estribo, se rehizo y volvió al ataque con nuevo vigor y lleno de rabiosa saña, pero los batallones de cazadores de Simancas, Chiclana, Arapiles y Alba de Tormes salieron al paso los primeros y le contuvieron, y cargando despues así que estuvieron apoyados por los batallones de Córdoba, Saboya, Toledo y Princesa, lo desalojaron bizarramente de aquella segunda, mas fuerte é inespugnable posicion, que definitivamente quedó en poder de nuestras tropas.

Mientras esto sucedia en el centro de nuestro ejército, la estrema derecha se veia seriamente amenazada por numerosas fuerzas enemigas, así de infantería como de caballería, que por momentos se aumentaban. El general D. Enrique Odonell, hermano del general en jefe, que allí mandaba, se puso entonces al frente de un batallon de la Princesa, del de cazadores de Simancas y de cuatro compañías del de Chiclana, cargando con notable arrojo á pesar de ser tan superiores las fuerzas del enemigo. Consiguió arrollarle, desalojarle de sus formidables posiciones y quedar dueño de ellas.

Por este hecho se le dió luego la gran cruz de Carlos III.

Vencido en toda su línea, que ocupaba una hora de estension, rechazado de monte en monte, diezmado por el hierro y por el fuego, solo quedaba ya al enemigo la última línea de colinas: trató de hacerse firme en ella, reuniendo sobre las cimas y pendientes sus fuerzas de infantería, y al pié su numerosa caballería.

Para arrojarle de aquel punto, el general en jefe dispuso que Ros de Olano, con dos brigadas de su cuerpo de ejército, avanzase apresuradamente, previniendo á Prim que dispusiese sus batallones para un ataque general.

En esta disposicion, los moros que Prim tenia en frente, trataron de hacer un esfuerzo desesperado y se lanzaron sobre nuestros soldados en muchedumbre innumerable, envolviéndonos en un semicírculo de fuego. Nuestra artillería esparció la muerte y el estrago en sus filas, pero esto no bastó á detenerles.

Llegaron en esto muy oportunamente dos escuadrones, uno de húsares y otro de lanceros de Villaviciosa, y de órden de Prim se colocaron detrás de los primeros batallones.

Lit Vazquez R. II

ACCION DEL 14 ENERO 1860.

Toma de un reducto por la escolta de Carabineros, en el paso de Cabo Negro.

Los moros llegaron á tocar la altura..... Todos creian que era llegado el momento de avanzar ó tener que retroceder la vanguardia, todos esperaban con ansia que se diese la órden de cargar, todos con sus miradas manifestaban al general Prim la estrañeza que les causaba su calma al ver que el enemigo avanzaba y la crítica posicion en que se hallaba la vanguardia. Hubo él de conocerlo, pues se volvió con su serenidad nunca desmentida, y dijo:

—Todavía no es tiempo. Es preciso que la izquierda llegue á la cuesta.

Pocos momentos despues de esto, cuando creyó oportuna la ocasion, hizo tocar á ataque, púsose á la cabeza de los batallones, mandó que se pusiese en movimiento la caballería, y..... aquello no fué una carga, fué una avalancha que todo lo destruye, un huracan que pasa y lo arrasa todo.

El campo quedó sembrado de cadáveres moros juntamente con las espingardas, gumías y demás efectos que arrojaron en su fuga.

El mismo conde de Lucena y su cuartel general no pudieron menos de manifestar su aprobacion y aplauso al ver el denuedo y bravura de aquellas brillantes cargas dadas con tanta oportunidad y en tan críticos momentos.

Desde aquel momento se puede decir que ya no hubo batalla.

Nuestras tropas llevaron á los enemigos hasta la planicie con las puntas de sus bayonetas.

Mientras sucedia lo que de contar acabamos, el batallon de cazadores de Figueras y cuatro compañías del de Córdoba, precedidos de la escolta de carabineros del general en jefe, se apoderaron á viva fuerza del reducto anteriormente citado, cabiendo á los carabineros la gloria de ser los que primero penetraron en el reducto batiéndose al arma blanca con las fuerzas marroquíes, que por ser su última trinchera, su último refugio, lo defendieron con desesperacion y con heroismo.

La victoria era completa en todos los puntos de la línea.

Tres eran los resultados que de aquel triunfo debia reportar el ejército.

En primer lugar nuestras tropas quedaban dueñas de unas posiciones fortísimas desde las cuales dominaban por completo todo el fértil y poético valle de Tetuan.

En segundo lugar veian huir á sus piés en todas direcciones al enemigo consternado, y esta derrota debia contribuir á su futuro desaliento, como debia dar en cambio nuevos bríos y valor á nuestros soldados, cada una de cuyas etapas era una victoria.

Finalmente y en tercer lugar, nuestro ejército quedaba libre para asentar su campo en los parajes que mas conveniente le pareciese, pudiendo hacerlo en posiciones inespugnables.

El conde de Lucena dispuso que el general Ros avanzase con el tercer cuerpo para cubrir todas las ventajosas posiciones que con tanta bizarría habian ganado y ocupaban los heróicos soldados del segundo, á fin de que sus batallones fatigados por el combate que todo el dia habian estado sosteniendo, y en el que habian agotado sus municiones, pudiesen proveerse de ellas y tomar algun reposo y alimento, pues nada habian comido en veinte y cuatro horas.

Eran las cinco de la tarde y comenzó á llover, reinando un viento huracanado que auguraba mala noche á los pobres soldados, rendidos de fatiga.

Afortunadamente, luego se calmó un poco, y no fué la noche tan mala como al principio se habia creido.

Así que el manto de las tinieblas hubo caido sobre la tierra, el campamento presentaba un golpe magnífico. Centenares de hogueras desde la orilla del mar subian en forma de escalinata de fuego hasta la cúspide misma de los cerros. Las miradas atónitas de los habitantes de Tetuan debieron fijarse en aquellas fantásticas luminarias que les aparecian como el reflejo de la civilizacion que un ejército vencedor llevaba á su comarca.

Junto á la playa y en el mismo sitio y á la misma hora en donde la noche anterior brillaban las candeladas de la vanguardia marroquí, se estendia aquella noche el fuego de un animado vivac, en donde á las luces de sus rojizas llamas se veia hablar con grande animacion y alegría á un grupo de generales y jefes, destacándose entre ellos una figura imponente y severa, que en aquellos momentos abandonaba la muda actitud que durante todo el dia observara.

Era la figura del general en jefe, que, con el general jefe de estado mayor y algunos individuos del cuartel general, contaban los lances del dia y celebraban la jornada, en tanto que sus empapados vestidos se enjugaban al amor de la lumbre.

No habiendo podido llegar muchos de los equipajes, y encontrándose en este número el del conde de Reus, este pasó toda la noche echado sobre una manta que le prestó un soldado, por único abrigo.

II.

A pesar de tantos y tan porfiados combates, nuestras pérdidas en esta accion consistieron en 1 oficial y 24 individuos de tropa muertos; 4 jefes, 26 oficiales y 363 individuos de tropa heridos; 1 jefe 48 oficiales y 141 soldados contusos.

En cuanto á las pérdidas del enemigo y á lo admirablemente que se portaron los caudillos de nuestras tropas, cedamos por un momento la palabra al conde de Lucena, que se espresa de este modo al terminar su parte oficial:

«Aunque no puedo detallar con exactitud la pérdida del enemigo, qué con gran presteza retiró sus muertos y heridos, por lo que me manifestaron algunos de estos últimos, recogidos por nuestros soldados, la calculo al menos en el doble á la nuestra. Muchas circunstancias han concurrido este dia para que no juzgue exajerado el cálculo. —Tales son los certeros y multiplicados fuegos de nuestra artillería; los vivos de la infantería en un terreno, aunque quebrado, bastante limpio, y en donde el enemigo, que se empeñaba en arrojarnos de las posiciones, tenia que venir muchas veces á descubierto; y por último, las decididas cargas que se dieron, en las que siempre lograron alcanzar á los que mas audaces se empeñaban en resistir.

»Prolijo seria si hubiese de enumerar en este parte los hechos de valor que tuvieron lugar en este dia; algunos he recompensado sobre el campo de batalla, y de otros me prometo elevarlos á S. M. para su soberana resolucion: no obstante, la justicia exige que nombre y coloque en primer lugar al teniente general conde de Reus, que desplegó durante todo el dia tanta inteligencia en dirigir los ataques como energía en llevarlos á cabo; á los generales Orozco y Odonell, que como jefes de las divisiones empeñadas desde el principio del combate dieron pruebas de lo que valen, distinguiéndose en esta jornada. A mi

jefe de estado mayor el general García, que tan bien secundó mis disposiciones. Al general Ros de Olano, que desplegó la mayor actividad para llegar con su cuerpo de ejército al sitio del combate, logrando, merced á ella, hacerlo á una hora en que todavía podia utilizar sus fuerzas con notable ventaja. A los brigadieres Serrano y Hediger, jefes de brigada, que nada dejaron que desear á su general. Los jefes de los regimientos y batallones que he citado y combatieron constantemente; el jefe de estado mayor del cuerpo de ejército, oficiales del mismo cuerpo y ayudantes de los generales, han debido al comandante en jefe y generales de division elogios que no puedo menos de consignar, aunque los estrechos límites de un parte no me permitan citarlos sino colectivamente.

»Por último, Excmo. señor, me creo obligado á citar al general Makenna, segundo jefe de estado mayor general; los oficiales del cuerpo que sirven en el cuartel general y á mis ayudantes de campo, que tanto en esta ocasion como en todas las demás no han economizado peligro, encontrado obstáculos, ni visto dificultades al trasmitir mis órdenes, haciéndose por ello dignos de una mencion especial.»

III.

Mientras nuestro ejército se batia de la manera que acabamos de contar, no estaba ociosa nuestra escuadra.

El comandante general de las fuerzas navales habia llevado á cabo un reconocimiento de la costa hasta el rio de Tetuan. La batería del Norte del rio hizo dos disparos al buque, bastante bien dirigidos, á los que se les contestó, sin consecuencias por ninguna de ambas partes.

Por la tarde, y cuando aun estaba muy empeñada la accion, llegaron á la playa de Zamir los vapores que llevaban á bordo la division al mando del mariscal de campo D. Diego de los Rios.

Este nuevo cuerpo de ejército, mandado formar por real órden de 17 de diciembre, constaba de los cuerpos siguientes:

Regimiento de infantería de Zaragoza, n.° 12; el segundo batallon del de Africa, n.° 7; uno del de Iberia, n.° 30; el segundo del de

Soria, n.° 9; el primero del de Bailen, n.° 24; los provinciales de Orense, n.° 15; el de Málaga, n.° 20; y un escuadron del regimiento de Farnesio, quinto de caballería, con 120 caballos. El total de las fuerzas ascendia á 6,000 hombres próximamente.

La division pasó embarcada la noche del 14 al 15.

La noticia de la llegada de un refuerzo tan considerable, causó gran satisfaccion en el ejército, que veia en él una ámplia concesion de las bajas sufridas desde la memorable batalla de los Castillejos hasta la no menos memorable de aquel dia.

IV.

El dia 15 transcurrió tranquilamente. Era de esperar.

Al amanecer, y poco despues de haberse tocado diana, desembarcó el general Bustillos con el general Rios, jefe de la division embarcada, y entrambos pasaron á verse con el conde de Lucena, subiendo con él á los reconocimientos.

En la entrevista que tuvieron quedaron de acuerdo en que la division Rios desembarcaria al dia siguiente en la playa de Tetuan, batiéndose antes los fuertes de la ria y posesionándose de ellos.

Despues de esta entrevista, Bustillos y Rios se volvieron á sus buques.

El ejército pasó el dia en las posiciones ocupadas la víspera. Divisáronse algunos enemigos en unas alturas á media legua de distancia dominando el valle de Tetuan, pero sin que durante el dia hiciesen ningun movimiento hostil.

Continuó habilitándose el camino para el tránsito de la artillería.

Las vanguardias del ejército podian divisar perfectamente la ciudad de Tetuan con sus casas blanquecinas y altas torres, sus antiguos muros y su parduzca alcazaba, presentando un agradable aspecto. A su alrededor veian muchas casas de campo, que se destacaban entre verdura, y no lejos asomaba el campamento enemigo, distinguiéndose á una gran muchedumbre de moros que esperaban á nuestros soldados, posesionados de las alturas.

Durante todo el dia no se habló de otra cosa que de Tetuan en nuestro campamento. A los unos, llamándoles la atencion el que en la ciudad no se viese humo alguno ni se percibiese movimiento de gente á su alrededor, se les figuraba que habia sido abandonada y que allí no encontrarian mas que calles desiertas y moradas silenciosas. Otros, observando lo mismo, creian que toda la poblacion estaria minada, y que apenas el ejército pusiese el pié en ella, se desplomaria causando horribles estragos.

En lo que sí todos estaban de acuerdo era en que al dia siguiente tendria lugar un nuevo choque entre los dos ejércitos.

V.

El 16 fué un dia lleno de incidentes.

Comenzaremos por contar lo que hizo nuestro ejército.

El general en jefe resolvió descender de sus posiciones de Cabo Negro para aproximarse á la playa, donde debia desembarcar la division Rios, y por donde debia proveerse el ejército de todo lo necesario para su subsistencia.

Al toque de diana se abatieron tiendas y se cargó el bagaje, y cubierto convenientemente el flanco derecho, comenzaron á desfilar en la misma direccion el regimiento de artillería de á caballo y el tercero montado de reserva.

Presumiendo el general en jefe que el enemigo trataria de hostilizar á nuestras tropas en este movimiento, dispuso que el segundo regimiento de artillería montada bajase al llano y pusiese en batería sus 12 piezas rayadas, apoyadas á derecha é izquierda por los cuatro batallones de la primera brigada de la division de reserva en columnas cerradas, á las órdenes ambas fuerzas del general Rubin, y la division de caballería á las órdenes de su jefe superior el general Galiano, formada en dos líneas á retaguardia, la primera compuesta de los escuadrones de coraceros y uno de los húsares de la Princesa, y la segunda de los de lanceros y el otro escuadron de húsares del mismo regimiento.

Como lo habia previsto el general en jefe, apenas comenzó el ejército á ponerse en movimiento, los moros, que se hallaban situados en los estribos de la Sierra Bermeja, empezaron tambien á bajar en grandes grupos de infantería y caballería, pero algunas granadas de los cañones rayados les hicieron volver presurosos á sus posiciones que acababan de abandonar.

«Apenas se rompió el fuego de artillería, dice Odonell en su parte, el enemigo huyó en el mayor desórden, y los proyectiles le alcanzaron hasta cerca de Tetuan.»

Entonces el general en jefe, á fin de provocarlos al combate en terreno donde los moros pudiesen hacer uso de toda su caballería, hizo avanzar las fuerzas anteriormente citadas en el mismo órden de formacion, hasta el centro de la llanurá. La línea avanzó, y haciendo un cambio de frente sobre el costado izquierdo, se colocó delante del enemigo, que se mantuvo impasible sin atreverse á dar un paso adelante.

El ejército, desde los puntos en que estaba acampado, miraba con orgullo aquella corta fuerza separada de él desafiar en terreno abierto á todo el ejército marroquí.

Este no tuvo por conveniente aceptar el reto.

Sin duda no habia ningun Prim entre los moros.

Transcurrida mas de una hora en esta disposicion, viendo el general en jefe que el enemigo no intentaba ningun movimiento, dispuso que las líneas avanzasen hasta ponerse á tiro de él, y que cañoneasen sus mismas posiciones para obligarle á admitir el combate ó abandonarlas.

Ejecutado este movimiento, para lo cual se separaron aquellas fuerzas del ejército cerca de media legua, empezaron á cañonear á los moros.

En la alternativa estos de aceptar el combate ó abandonar sus posiciones, optaron por lo último, y huyeron en todas direcciones en la mas completa confusion hasta colocarse á una distancia inmensa de nuestras tropas.

Visto esto por el general en jefe, dispuso que las fuerzas avanzadas regresasen en el mismo órden á sus campamentos.

Esta operacion, este alarde guerrero, que no nos costó una sola

gota de sangre, contribuyó á fortalecer mas y mas la moral de nuestras tropas. El general en jefe manifestó quedar plenamente satisfecho de los generales Rubin y Galiano por lo bien que comprendieron y ejecutaron sus órdenes, de la actitud tranquila y resuelta de la infantería y caballería, y de la prevision, órden y certera puntería con que el segundo regimiento de artillería montada efectuó sus disparos.

Mientras las fuerzas de tierra verificaban sobre el campo enemigo estas brillantes operaciones, veamos de que manera procedia la marina al desembarco de la division Rios y como tomaba esta posesion de los fuertes situados á la embocadura de la ria.

VI.

Desembarco.

Apenas amaneció, todos los buques de guerra y mercantes, que habia fondeados en la playa del Zamir, se pusieron en movimiento para doblar el Cabo Negro.

Los vapores mercantes remolcaban las cañoneras que habian ido á buscar á Ceuta el dia anterior.

La escuadrilla se componia de las fragatas *Princesa* y *Blanca*, de la corbeta *Villa de Bilbao*, y del vapor *Vulcano*, que llevaba en el tope la bandera de almirante ó capitana. Al ponerse en movimiento todos los buques de guerra izaron su bandera de combate.

Tambien iban varios faluchos guarda-costas, todos los buques de provisiones y municiones y los que llevaban á bordo la division Rios que eran el *Sena*, el *Victor Manuel* y otros de los vapores fletados por el gobierno.

Al doblar el *Cabo Negro*, Tetuan, la ciudad prometida, se ofreció instantáneamente á la vista de los espedicionarios asentada al estremo de un brazo de montaña. La ciudad les pareció grande, y vieron sus edificios, que eran todos blancos. Por la parte de arriba de la poblacion, se alzaba un castillo del que se veia desprenderse una mu-

ralla bastante alta, con torres cuadradas de trecho en trecho, que circuia la ciudad.

Nuñez de Arce, el corresponsal de la *Iberia*, que iba con la flota espedicionaria, á bordo del *Duero*, escribia lo siguiente:

«Figúrense Vds. primero una larga cadena de empinadas rocas cercando un verde y fertilísimo valle poblado de blancos caseríos, que parecen vistos de lejos palomas prontas á levantar el vuelo. En medio de esta vega se estiende Tetuan, dominada por la Alcazaba, vetusto castillo ó palacio situado en una eminencia, y casi en el centro de la ciudad se eleva un alto minarete, tal vez el de la mezquita, cuya construccion no es fácil percibir á la distancia en que yo me encontraba. Tetuan, como creo haber dicho á Vds., es una ciudad blanca y hermosa contemplada desde fuera; nada turba la agradable monotonía de su color, ni los tejados que no tiene, ni las ventanas que apenas se divisan: parece formada como Venus de la espuma del Mediterráneo.

»A mitad del camino hácia la playa se divisa la Aduana, edificio grande, pero al parecer de grosera arquitectura, y ya en la playa misma, el castillo que tan mal parado dejaron sucesivamente las granadas de las escuadras francesa y española.

»Es este último una fortaleza cuadrada, robusta en su base, pero de poca resistencia en el remate, malamente aspillerado. Súbese á ella por una escalera de cuerda colgada en la parte esterior del muro y que alcanza hasta el segundo piso de la torre, donde está la entrada pobre, mezquina y dificultosa.

»Parece un nido de cigüeñas.

»Sobre una colina y al pié de un castillejo derruido se divisa cerca de Tetuan el campamento moro. Todas sus tiendas son cónicas, como las que tienen nuestros oficiales, y están bastante bien ordenadas.»

Efectivamente, segun decia Nuñez de Arce, los moros estaban cerca de Tetuan. Acampaban frente de la Alcazaba, sobre la vertiente O. de las sierras que rodean el valle; al E. está la costa; al S. se ven las nevadas crestas del pequeño Atlas; y al N. estaba nuestro campamento.

Sin duda despues de la accion del 11, y al ver los árabes la divi-

sion de nuestras tropas, quisieron oponérseles en las sierras mismas, creyendo que esquivando los pantanos del valle, se correrian al Oeste para dominar desde la sierra la Alcazaba. Por esto quizá tenian abandonada la costa, como vamos á ver.

Las cañoneras y los guarda-costas se dividieron en dos grupos, y se tendieron en batalla cinco cañoneras con un guarda-costas á cada orilla, dejando la desembocadura del rio en medio. La derecha hizo algunos disparos á la costa, y despues el vapor *Vulcano* se puso en franquía, y envió cuatro ó cinco granadas á una de las baterías y al castillejo.

En tanto la *Princesa* y la *Blanca* habian tomado la vuelta para colocarse frente al castillo y á un edificio como polvorin ó depósito ó batería que estaba detrás.

La primera se puso en franquía y largó una andanada á la torre.

Las baterías árabes permanecieron mudas, y no contestaron como no lo habian hecho tampoco al saludo poco fraternal del *Vulcano*.

Viendo, pues, aquel silencio, la segunda division de cañoneras ó de la izquierda, avanzó hácia el rio; se aproximó tambien la primera, y se hizo seña para que principiara el desembarco de las tropas, ínterin se echaban á tierra 100 hombres de tropa y marinería á las órdenes del capitan de fragata Sr. Bernabé para apoderarse de los fuertes, no habiendo tenido necesidad de desembarcar toda la tropa y marinería que habia preparada para el caso en que los moros se hubiesen defendido.

La marinería desembarcada escaló la citada torre y arboló en ella nuestra bandera.

En ella se encontraron siete piezas de hierro viejas, mohosas, montadas sobre unas gruesas rodajas de madera, toscamente trabajadas y pintadas de negro. Al pié de los cañones habia un considerable número de cartuchos de artillería, vacíos, hechos de papel inglés, y en un nicho, cerca de la puerta, dos barriles de pólvora fina, tambien inglesa, uno de aceite y tres cajas de municiones.

Fueron encontradas tambien unas 1,000 balas de cañon y una bandera.

En la batería del N. se hallaron tres cureñas parecidas á las otras, 25 granadas de 68 sin cargar y 13 balas sólidas de 32.

Detrás del castillejo habia un almacen ó cuartel, con un agujero en el techo, abierto probablemente por alguna de las granadas que se arrojaron anteriormente. En este edificio hallaron nuestros marinos una docena de tiendas cónicas con listas azules y una gran cantidad de leña que sirvió por la noche para que los soldados de la division Rios encendieran hogueras.

En algun tiempo debieron pensar los moros en defender la embocadura del rio porque, además de las baterías rasantes que tenian mirando al mar, habian levantado una fuerte y dilatada trinchera, con buenas defensas contra la artillería.

Por lo que toca á la torre, tenia recientemente reparada toda su parte del S. E. conociéndose por lo nuevo el gran destrozo causado en ella por nuestros buques el 29 de diciembre.

A un lado y otro del castillo y del almacen veíanse esparcidas varias chozas, algunas casi perdidas en los pantanos, chozas de aspecto miserable que sus dueños abandonaron precipitadamente al ver aparecer los buques. Solo habian quedado guardándolas algunos perros de ganado que miraban recelosamente y con desconfianza á los estranjeros que se atrevian á hollar aquellas inhospitalarias playas.

Al lado de algunas chozas estaba la tierra removida, y la curiosidad obligó á algunos marineros á cavar en aquellos sitios, creyendo encontrar sin duda algun tesoro. Lo único que encontraron fué cadáveres de moros.

«Por todas partes y en todas direcciones, dijo Nuñez de Arce en una de sus pintorescas cartas, se veian las huellas recientes de la ancha babucha moruna, de caballos, bueyes, camellos y cabras. La aparicion de la escuadra habia ahuyentado de allí hombres y rebaños; todo habia huido de nosotros, menos la tierra sombría y muda.»

Mientras eran reconocidos estos sitios, desembarcaba la division Rios una milla al N. de la torre, empleándose en esta operacion, dirigida por el capitan de fragata D. Manuel de la Rigada, las lanchas que con este objeto habian enviado de Málaga y Algeciras, remolcadas por botes de los transportes y escampavías del resguardo.

Este desembarque tuvo lugar con toda prontitud, en el espacio de dos horas.

Dispúsose en seguida que los transportes fuesen á fondear cerca la

boca de la ria para desembarcar por ella los efectos pertenecientes á la division Rios y víveres para el ejército, al mismo tiempo que se mandaba regresar á Algeciras á las fragatas y al vapor *Isabel II*, que llevó de remolque á la corbeta *Villa de Bilbao*, disponiéndose que fuesen á sus cruceros los guarda-costas y entrasen en la ria las cañoneras, todo porque inspiraba poca confianza el aspecto del tiempo.

A las cinco de la tarde tomó el general Rios las posiciones de la ria, haciendo entrega de ellas el jefe del destacamento de marinos que quedó en la torre, capitan D. Segundo Diaz de Herrera.

El general en jefe, que avanzaba hácia la Aduana, edificio no muy distante de la torre, suspendió el movimiento en razon á haber encontrado un vado sobre el que habia que formar un puente para el paso de la artillería.

VII.

En una carta particular leimos, descrita de la siguiente manera, la operacion efectuada al tomar la torre:

«Cuando todos los buques de la escuadra aparecieron en línea de combate atracados á la costa, con solo dos brazas de fondo y prontos á fulminar sus proyectiles contra las baterías rasantes y fuertes, que los moros tenian artillados á la entrada de la ria de Tetuan, un hombre subido en el tope del falucho *Terrible* dió la voz de que los moros de la Torre Fuerte la abandonaban, retirándose en tropel hácia la Aduana. Al mismo tiempo la capitana daba la señal de *á tierra*. En aquel acto el alferez de fragata D. José Bayona pidió permiso á su comandante para lanzarse al agua el primero, y habiéndolo obtenido, y seguido de veinte hombres de la tripulacion, se arrojaron hácia la playa con el agua á la cintura unas veces y otras sumergidos. El alferez, marchando siempre á la cabeza, llevando al hombro derecho la bandera nacional y en la izquierda la carabina, llegó á tierra el primero y plantó la bandera sobre la playa; pero notando que no habia moros en las baterías rasantes ni en la trinchera, y que las tripulaciones de los demás buques saltaban á tierra y se dirigian

á la Torre, lleno de ardor y patriotismo corrió á la mencionada Torre, seguido de los del *Terrible*, y mientras unos apalancaban la puerta, situada á mucha elevacion, otros aseguraban una escala sobre las troneras de la dicha Torre.

»En esta operacion llegó la tripulacion del *Vulcano* y se presentó el capitan general de marina D. José Bustillos, cuyo jefe, enterado de que Bayona habia sido el primero en lanzarse al agua, en poner el pabellon español sobre la playa y el primero en llegar á la Torre, arrostrando el riesgo de ser víctima de una emboscada ó ataque imprevisto de los moros, le concedió la honra de ser el primero tambien en escalar la Torre, arrancar el pabellon marroquí que ondeaba sobre una almena de la misma, y plantar triunfante en su lugar la bandera de España, perteneciente al *Terrible*. La marroquí fué conducida al *Vulcano*.

»Mas de sesenta buques mercantes y de guerra de todos portes anclaron en la desembocadura del rio. Algunos faluchos y las cañoneras penetraron y fondearon en él.»

VIII.

Deseosos de que nuestros lectores puedan formarse una idea completa de las operaciones de nuestro ejército, vamos á transcribirles una carta que leimos en un periódico adicto al ministerio y que creemos escrita por el literato Sr. Navarro, que iba en el ejército espedicionario con un carácter oficial.

Héla aquí:

«Recordarán Vds. que les escribí una carta un poco alarmante recpecto á los peligros desconocidos que nos esperaban tal vez al paso de Cabo Negro y al desembocar en el valle de Tetuan. No sabíamos el número de enemigos que nos esperaban, si eran caballería, si eran infantería, qué géneros de obstáculos nos presentarian, si tendrian muchos reductos que, semejantes á la batería rasante situada en la playa, fuesen la última palabra de la ciencia militar de nuestros dias, si el terreno seria mas pantanoso de lo que temíamos, si solta-

rian las acequías que riegan este fecundo valle, si los moros que resistiesen nuestro empuje superarian en número, segun la declaracion de un prisionero herido, declaracion que tiene un tinte oriental, á las arenas que tienen las mares.

»Las termópilas del Cabo Negro fueron salvadas con tanto atrevimiento é inteligencia como fortuna, en un dia memorable para las armas españolas. Se dominaron desde entonces las alturas que desembocan en el valle de Tetuan, y al dia siguiente se pudo ver el valle, la ciudad, la ria, el fuerte Martin, y conociendo el terreno, prepararse para dar una batalla al enemigo, calculando sus fuerzas, y poder en su vista desembarcar en el valle sin peligro.

»Así se hizo en efecto el dia 14, de una manera tan bella, tan cumplida, tan admirable como Vds. habrán podido inferir por una de las anteriores correspondencias en que les describí con bastante minuciosidad, y sobre todo con mucha exactitud, aquella magnífica funcion militar. El general en jefe, que dirigió esta batalla, el general Mackena y brigadier Villar que trasmitieron su pensamiento, y el general Rubin que mandaba la division de reserva, que fué la que presentó la batalla, y el general Galiano que mandó la division de caballería en apoyo de la artillería é infantería, son acreedores á los mayores elogios.

»El enemigo huyó, y lejos de aceptar la batalla en un valle en que tan fácilmente hubiera podido maniobrar su caballería, que es el nervio, que es la fuerza mayor de su ejército, tuvo que retirar su campamento de la montaña mas avanzada huyendo del fuego graneado y certero de nuestra artillería rayada de á doce.

»Se sabia, pues, á qué atenerse, si no respecto al número de sus fuerzas, al menos respecto á su empuje y á las asechanzas que el enemigo nos tenia preparadas en el valle. Así, desembarcaba el mismo dia con gran fortuna la nueva division del general Rios; así, nuestra marina plantaba el pabellon de Castilla en el fuerte Martin; así, en el siguiente, fuerzas españolas se posesionaron pacíficamente de la Aduana de Tetuan; así, mas adelante, todo nuestro ejército tomaba posicion en su valle y desfilaba sin inconveniente alguno ese inmenso bagaje, esa bien llamada IMPEDIMENTA, que encierra siempre en un círculo de hierro á cualquier general que mande operaciones en Africa.

»Hoy dia, los diferentes cuerpos de ejército que tenemos en este valle se estienden desde la Aduana hasta la playa, apoyada nuestra izquierda en la ria, que el enemigo no puede salvar; la retaguardia en la costa, que es invulnerable, y la vanguardia y nuestro flanco derecho por el terreno pantanoso que tenemos en frente, por dos riachuelos y además por nuestra trinchera.

»No hemos tenido hasta ahora ocasion en que nuestro general en jefe no nos haya dado á conocer sus grandes cualidades estratégicas; pues con sus concepciones ha logrado grandes ventajas y economizado mucha sangre. El paso del Monte Negron en el gran desfiladero que le precede, y el del Cabo Negro, en que su ejército llegó á ocupar una línea de dos leguas, es obra de mérito y de un estudioso análisis. No es posible entrar en mas detalles: quede sentado, sin embargo, que de cualquiera de los puntos de esta estensa línea, las tropas estaban en disposicion de combatir y con sus reservas, las armas bien combinadas, y la impedimenta prosiguiendo su camino con órden, con desembarazo y con completa seguridad.

»Tanta ventaja no se logra sin dos cosas principales; buena cabeza directiva é inteligentes personas que la secunden, que la comprendan. El general en jefe está ya juzgado como militar y nada nuevo se puede decir de él. Ha sabido elegir un personal de generales, estado mayor y ayudantes que secunden sus pensamientos admirablemente. Del ejército nada se puede ni se debe decir: es español y basta. »

Á ORILLAS DEL GUAD-EL-JELÚ.

I.

Todos esperaban un ataque serio para el dia 19, y sin embargo, no lo hubo. Los árabes se limitaron á adelantar un cuerpo de caballería como en observacion, y el dia se pasó sin mas novedad que la de alguno que otro cañonazo.

El cuartel general bajó á acampar á orillas del rio, junto á la torre tomada el dia anterior, siguiéndole todas las tropas, menos Prim, que con los suyos y algun refuerzo quedóse á retaguardia guardando las alturas.

Visto el movimiento, los moros variaron su campo, dando el frente al nuevo campamento. Le colocaron en mitad de las vertientes al O. del valle, y paralelo á la alcazaba de Tetuan.

Prim no emprendió su retirada hasta la noche.

Por la mañana dos batallones de infantería de la division Rios se establecieron en el edificio llamado la Aduana, fondeando tambien junto á él algunas cañoneras.

Ya hemos dicho que la Aduana está colocada junto al rio, á una milla de la costa. Al reconocerla, se encontraron en ella varios efectos, muchos sacos de azulejos, muy caprichosos y pequeños, como para las menudas labores de las construcciones árabes; varios cascos de botellas de cerveza inglesa, café sin tostar, una sombrilla y un abanico de mujer, camas de tablas con colchones rellenos de plantas

aromáticas, alcuzas, un velon con cuatro mecheros igual á los que se usan en España, un columpio para mecerse en pié, dos barriles de caparrosa, cajas con magnífico vidriado de loza inglesa, pólvora inglesa, tres tiendas en buen estado, un barril de rom y varios fardos de cueros.

El artista Vallejo, que es el que ha dibujado las láminas para las *crónicas de la guerra*, cuenta que en una habitacion de la Aduana halló el *Gil Blas* en francés.

Nuñez de Arce dice que al entrar en ella los soldados hallaron en el hogar lumbre encendida, y en un puchero, separado del fuego, pero todavía caliente, una gallina guisada que tuvieron la precaucion de no tocar, porque, si, como dice el refran, puede tomarse del *enemigo el consejo*, es sin embargo muy peligroso tomar de él el cocido; mucho mas si este enemigo es moro y tiene en su poder, como el intendente de la Aduana, tres barriles de sulfato de cobre, que tambien cayeron en nuestras manos.

El cuerpo de Rios acampó al rededor de ella en vanguardia, siguiéndole la caballería, el cuerpo de Ros mas á la derecha, la artillería mas al centro; luego el cuerpo de Rubin y el cuartel general, y á la derecha, casi sobre la costa, Prim.

Una vez acampado el ejército, los oficiales, los corresponsales de periódicos, los curiosos que seguian la campaña, comenzaron á hacer sus observaciones, á recorrer los lugares hasta el punto donde prudentemente podian aventurarse, á estender su vista hasta donde alcanzaba y á investigar y hacerse cargo de los sitios y circunstancias que les rodeaban.

Por de pronto pudieron ver un ancho camino que desde la costa conducia á la puerta Sudeste de la ciudad, cuya entrada parecia estar defendida por una batería como de ocho cañones. En la alcazaba vieron ondear un pabellon que con el anteojo y los cambiantes de sol parecia ser de un rojo oscuro.

En cuanto á la ciudad, continuaba como siempre, sin dar señales de vida como si estuviese abandonada y semejando un gran monton de piedras blancas. Entre sus casas podian distinguirse perfectamente grandes huertos de naranjales y granados. En una torre ó castillo de la ciudad se veia flotar una bandera negra.

Al principio, segun ya hemos indicado, se creyó que Tetuan estaba desierto, pues ni se veia humo ni se percibian luces, ni, á pesar de una detenida observacion, se notaba allí vida ni movimiento alguno, pero ya luego fueron todos persuadiéndose de lo contrario, y se supo que dentro la ciudad quedaba aun mucha gente. Era natural que las personas bien acomodadas y que mas tuviesen que perder se hubiesen ausentado para ponerse en salvo, llevándose todo lo posible de sus bienes, pero las restantes habian permanecido, resignadas á lo que pudiese sobrevenir. Por lo demás, en las casas moras no hay chimeneas, en la mayor parte al menos, y en cuanto á las luces, era muy posible que no las encendiesen ó las ocultasen mucho para que no sirviesen de blanco á nuestra artillería.

El edificio de la Aduana fué muy especialmente objeto de curiosidad é investigaciones. Todo el mundo lo queria ver, todos querian entrar en él, todos ansiaban visitarle. Y sin embargo, nada de particular ofrecia. Pronto pudieron convencerse de lo que era: un edificio irregular en su forma con algunas habitaciones espaciosas y techos de bien labrada madera, y algunas ventanas adornadas de pequeños azulejos por la parte interior y cubiertas con persianas. La escalera y las puertas en estremo mezquinas, sin que nada revelase el buen gusto que en otras épocas presidió á las construcciones árabes en España. Todo el edificio termina en azoteas, sin que haya tejado alguno, y está bien blanqueado, por lo cual presentaba de lejos un agradable aspecto. En uno de sus ángulos tenia una como garita ó torrecilla sobre las tapias de un corral y en frente un cobertizo para caballerías. Mas que Aduana ó fortaleza, pareció á nuestros soldados una especie de casa-cortijo, una casería andaluza ó un meson pequeño de los situados á orillas de los caminos.

El general en jefe dispuso muy oportunamente hacer obras de fortificacion en torno de la Aduana y establecer en ella y en la Torre almacenes de víveres y municiones para que el ejército de nada careciese, aun cuando el viento de levante, tan terrible y frecuente en aquellas costas, dispersase otra vez la ciudad flotante que hasta este dia fué la providencia de los espedicionarios.

Pasemos ahora á la descripcion del terreno para que nuestros lectores puedan comprender, no solo la situacion del ejército, sino las

operaciones de que hemos aun de dar cuenta en el curso de esta obra.

Desde la playa hasta la distancia de una legua, poco mas ó menos, solo se divisaba una estensa llanura húmeda y pantanosa, donde solo crecian espadañas y juncos en abundancia. No tardó en decirse, sin embargo, que la verdadera causa de dominar entonces en el valle de Tetuan el terreno pantanoso, consistia, mas bien que en las condiciones naturales de su topografía, en la circunstancia de haber abierto los marroquíes varias sangrías en el Guad-el-Jelú con objeto de inundar los campos é impedir el paso de nuestro ejército.

A la derecha de este, y mirando hácia Tetuan habia lagunas que convertian el terreno de todo punto intransitable por aquel sitio. Despues se le empezaba á ver elevarse un poco y ya por fin se le veia cultivado, cubierto de árboles, y sembrado de blancas casitas que daban un colorido pintoresco á la perspectiva.

Por último, veíase una especie de meseta ó colina prolongada, que declinaba hácia el rio por la parte del Sur, y corria al Norte á enlazarse con otras que se sucedian hasta unirse con el Cabo Negro.

En la pendiente de esta colina, próxima al rio, veíase asentada la ciudad de Tetuan, y en la misma, hácia la parte del Norte, el campamento marroquí junto á una vetusta torre que tenian entonces rodeada de cañones.

En último término de este pintoresco panorama veian aparecer nuestros soldados una sierra alta y escarpada, de aspecto semejante á la tantas veces nombrada y para siempre famosa Sierra Bullones.

Nuestro ejército se encontraba por lo tanto con el mar á la espalda, el Guad-el-Jelú ó Martin á la izquierda, y apoyado el flanco derecho en las lagunas, pudiendo únicamente ser atacado por el frente.

Dudábase de que, en la precipitacion con que el enemigo habia abandonado las obras construidas á orillas del mar, hubiese tenido tiempo de retirar su artillería. En su consecuencia, comenzaron á practicarse escavaciones en todos los puntos donde se veia la arena removida. Al principio, solo se descubrieron grandes zanjas en donde se habian enterrado cadáveres, pero por fin, aquella misma tarde, al pié de una de las baterías, se hallaron siete cañones de hierro de grueso calibre con sus cureñas correspondientes, y unos y otras en

mejor estado por cierto que los que en su fuga habian abandonado los moros en la casa fuerte.

Con estos mismos cañones se artilló el reducto formidable construido delante de la Aduana, y que ponia á cubierto de cualquier sorpresa intentada por los marroquíes el repuesto general de víveres que luego se estableció en ella por disposicion del general en jefe.

II.

Nos hemos propuesto ir narrando dia por dia los sucesos de nuestra gloriosa campaña, siguiendo paso á paso el ejército en su camino erizado de peligros, sí, pero lleno de gloria. Ya habrán observado nuestros lectores, que ni un solo dia hemos dejado en blanco, pues creemos que es el mejor método para que puedan ellos apreciar debidamente los acontecimientos.

El 18 fué, como el anterior, un dia bastante infame para la tropa. Reinó un poniente fuerte, cayendo frecuentes chaparrones, que los soldados sin embargo recibian alegres, sirviéndoles aun de tema para sus dichos y sus bromas.

Fueron continuando los trabajos de atrincheramiento de la Aduana, y siguieron desembarcándose víveres y efectos. Desde el dia anterior siguió ya sin interrumpirse la llegada de vapores tanto nacionales como extranjeros, fletados por cuenta del gobierno español conduciendo en grande escala toda clase de víveres y municiones, que la actividad y constancia de los soldados y marineros lograban poner á cubierto en los nuevos almacenes de la moruna Aduana, á pesar de las dificultades que oponian la barra y la poca agua del rio.

Ocupada ya por el ejército la embocadura del Martin, sus fuertes y la Aduana de Tetuan, el general en jefe envió este dia á la aprobacion de S. M. un decreto declarando dichos puntos, y la poblacion de Tetuan, cuando se ocupara, puertos francos para toda clase de artículos sin escepcion de ningun género.

Esta disposicion, firmada por S. M., se publicó en la *Gaceta* algunos dias mas tarde.

El enemigo permaneció todo el dia en su mismo campamento, á tiro de cañon rayado al frente del nuestro.

El conde de Lucena se adelantó á reconocer el camino por el lado de Tetuan, pues siendo el terreno pantanoso, quiso enterarse por sí mismo de los sitios que ofrecian menos dificultad al paso del ejército. Los moros, que le distinguieron desde su campamento, le dispararon á él y á su escolta algunos cañonazos, pero los proyectiles se quedaron á mitad del camino.

Por la tarde, un jefe de estado mayor hizo otro reconocimiento por la derecha.

Llegaron dos vapores y un buque, remolcado por uno de los primeros, conduciendo el tren de sitio que habian embarcado en Cádiz.

Constaba este tren de 27 morteros de á 27 y 32; de 18 piezas de á 24 y 16; de 4 obuses de á 21, calibre nuevo, y 4 piezas rayadas de á 12; en todo 44 bocas de fuego, á las que se podian agregar 6 piezas rayadas del tercer regimiento de artillería montada. El embarque se hizo en Cádiz en cuatro buques, dividiendo el tren en otras tantas secciones, formando cada una de estas un tren pequeño, á fin de que, en el caso de no llegar á tiempo alguno de los buques, por uno de esos incidentes tan comunes en la navegacion, se tuviesen siempre piezas de todos los calibres necesarios. El número de proyectiles aprestados para el servicio de este tren, ascendia á 9,000 bombas y 13,000 balas y granadas.

III.

Tambien el 19 transcurrió sin novedad por parte de los moros.

El general en jefe publicó una órden del dia dando oportunas disposiciones: 1.° para que no hubiese desórden en la marcha de los bagajes; 2.° para que con el bagaje de cada batallon no marchase mas que un soldado por compañía; 3.° para que no se incendiase ninguna choza, advirtiendo que serian castigados con el mayor rigor los que tal hiciesen; 4.° para que los jefes de divisiones, inmediatamente despues de concluido un combate, diesen la relacion nominal de los

muertos y heridos; 5.° para que en los dias de accion no se separasen de las filas conduciendo heridos mas que cuatro hombres para cada camilla y un individuo para los heridos que pudiesen marchar por su pié, hasta encontrar la guardia civil; y 6.° para el cuidado de las acémilas, con absoluta prohibicion de que los brigaderos fuesen maltratados por nadie.

Estas disposiciones fueron dictadas para evitar algunos abusos cometidos.

Hubo que lamentar un hecho desgraciado.

De resultas de los bombardeos que tanto los buques franceses como los nuestros habian llevado á cabo contra la Torre situada á la embocadura del rio, habian quedado esparcidas por el campo muchas balas y granadas. Estando reunidos un artillero y varios soldados de caballería se determinó el artillero á sacar la pólvora de una granada que allí habia, y como era aquella de percusion, al dar con ella un golpe se inflamó, resultando hecho pedazos el artillero, que era del tercer regimiento, y un soldado de caballería, quedando cinco muy mal heridos.

IV.

No hubo nada de particular en este dia.

Continuaron por nuestra parte los trabajos de trincheras y el desembarque de víveres y municiones. Por parte de los moros una inmovilidad completa.

En la noche de este dia tuvo lugar un hecho, que despues se reprodujo varias otras veces desgraciadamente, y que prueba lo alerta que debian vivir nuestros soldados para con sus enemigos.

Unos 20 moros, con la intencion de causar alguna víctima, se aproximaron á nuestras trincheras á favor de las tinieblas, y dispararon algunos tiros, causándonos un herido de poca consideracion. Los soldados que hacian el servicio de las trincheras contestaron á sus disparos, y los moros huyeron.

No podemos resistir el placer de insertar por entero una carta que

con fecha de este dia nos escribieron desde el campamento, y la cual dice de este modo:

«Nada notable ha ocurrido aquí, pues todo consiste en hacer preparativos para la toma de Tetuan, colocar baterías, hacer trincheras y racionar la tropa. La ciudad, segun unos, resistirá, pero hay quien cree que no hará gran defensa. Ayer se presentaron unos moros para hablar al general en jefe, pero este no quiso recibirlos; dice que no admite mas proposicion que la rendicion completa de la ciudad, ó de lo contrario la destruye. Su idea es no perder un solo hombre en el ataque. El tiempo sigue muy variable, el sol se asoma por momentos, pero las nubes vencen y parece que nos amenazan. La vida del campamento es monótona, pero no deja de ser el cuadro interesante y animado. Al amanecer los toques de diana en los distintos regimientos forman una confusion de sonidos no del mejor efecto, pero agradable segun como se interpreta. Las primeras voces que se oyen son las de los soldados que se piden unos á otros sal, fuego ó algo por el estilo. Entre la bulla y la algazara se oyen ocurrencias felices, capaces algunas de que Breton las envidie: con burlas ó con chanzas contestan á los vendedores de ginebra ó aguardiente que van y vienen, y siempre para ellos es tiempo de risa, siempre oportunidad para sus dichos. Sus primeras faenas son encender las hogueras y preparar el café; lo toman ellos y nos lo entran á nosotros. Acto continuo se levantan las camas, es decir, se recogen los sacos llenos de juncos que llamamos camas. Preciso es salir de la tienda para ver el cuadro general que presentan sus alrededores: grupos por todos lados, los unos cortan leña, otros la encienden, otros se dirigen á la playa en busca de provisiones. Aquí un monton de galleta, no muy lejos, en bien ordenadas filas, las ya célebres latas de carne; humo por todas partes y confusion de objetos, tiendas, acémilas y juncos en direccion al mar que sirve de fondo al cuadro. Preparadas ya las provisiones empieza un período de mas calma; se condimenta el almuerzo ó la comida, y entretanto los soldados limpian sus armas ó se ocupan de su aseo personal. El interior de las tiendas ha cambiado tambien de aspecto: sentados los oficiales en donde mas cómodamente pueden colocarse, se dedican unos á escribir, otros á relatar los hechos pasados, y no son pocos los que matan el tiempo en un inocente tresillo, una pro-

saica brisca ú otro pasatiempo por el estilo. El contínuo viento, alternado con la lluvia, no nos permite pasear mucho, y esperamos la hora de comer ocupados como he repetido á Vd.

»El plato diario es el arroz, con cuyo motivo ha tomado el nombre de *fijo de Ceuta*; el de honor es carne de latas, muy exquisito por cierto: este último plato merece todas las distinciones. Repetidas veces durante el dia se interrumpe la escritura, el relato y el juego, por los disparos de espingarda, que nada indican mas que deseos de molestar, y que por lo mismo no se les hace caso. La noche hace mudar el cuadro totalmente. Las infinitas hogueras, el humo que despiden y las sombras de las tiendas dan un color particular á la decoracion. A esta hora está todo animado otra vez: los soldados cantan, las músicas tocan y se oyen mas ó menos cercanos los motivos de Bellini, no dejando de hacer una impresion grata y extraña á un mismo tiempo los trozos de la *Sonámbula* oidos en las plazas de Africa, ó los cantos de los *Puritanos* junto á los muros de Tetuan. Profanan estos sonidos los relinchos de las tristes acémilas, tomando parte en la bulla los jumentos y haciendo todo lo que saben. La noche adelanta y va cesando todo; las fogatas se apagan, las recortadas sombras que en ellas se proyectaban desaparecen, y cada uno busca su saco de juncos ó un puñado de yerbas para esperar el siguiente dia.

»Anublan este cuadro los heridos y enfermos, cuya asistencia no ha llegado todavía á la perfeccion que seria de desear. A la orilla del mar hay una tienda, destinada á recibir á los dolientes antes de su embarque para la traslacion á los hospitales flotantes, Ceuta ó España; pero como es bastante reducida, esto produce á veces alguna confusion, que aumenta los padecimientos de los infelices. Sin embargo, se hace lo posible por remediarlo y poco á poco se va perfeccionando este servicio.

»Los catalanes que tenemos por aquí acreditan lo que son, y honran á esas provincias: siempre activos, siempre provechosos, distinguiéndose por sus servicios. Ellos son los que atienden y proveen con mas acierto y mas ventajosamente al campamento; carnes, pan, velas y trajes de los de mas utilidad son ellos quienes los proporcionan, y entre los cantineros y vendedores ambulantes son los mas atentos y en quienes se ve mas cortesía é instruccion. Si venden licores ó aguar-

diente, si su traje es andrajoso y su porte es malo, no hay que preguntar, estos no pertenecen á Cataluña; si por el contrario se encuentra uno que vende chorizos, quesos, camisas de algodon, mantas ó artículos de alguna importancia, no hay que poner en duda que pertenece á esas provincias. En todas partes se les halla y ponen de manifiesto su adelanto y su capacidad. Concluiré dando una noticia, única novedad de hoy. A algunos soldados que ambiciosos de coger unas naranjas que les ofrecian los árboles que tenemos cerca de nuestro campo se habian alejado demasiado, los moros, siempre en acecho han tenido una linda ocasion para cogerles. Caras naranjas! desgraciado deseo! Nada puedo añadir por hoy, se desea vivamente salir de la inaccion, tanto para adquirir un nuevo triunfo, como porque es sabido que las enfermedades aumentan cuando se acampa dos dias seguidos en un mismo punto.»

V.

El 21 llegó al campamento el general Pavía, acompañado de su estado mayor, con objeto de visitar al general en jefe y al mismo tiempo ver las tropas y reconocer el campamento, operacion que efectuó á las cuatro de la tarde acompañado del general en jefe, comiendo luego con este, durmiendo en su tienda y saliendo á las cinco de la madrugada del dia siguiente en direccion á Málaga.

El general Pavía estaba destinado para ser el jefe de otro cuerpo de ejército, si era necesario que pasasen nuevas tropas al Africa.

Fué el 21 dia de llegada de personajes al campamento.

Llegó el jóven conde de Eu, descendiente de una augusta casa é hijo del duque de Nemours, que tan merecidos lauros conquistó para la Francia en sus campañas de Argelia. El ilustre descendiente de la casa de Orleans fué destinado como nuevo ayudante de órdenes del general en jefe.

Segun cartas del campamento, es un jóven de diez y siete ó diez y ocho años, de figura simpática, alto, rubio, de hermosos ojos que

revelan gran penetracion y viveza, y de elegantes modales en los que se descubre una cortesía y una franqueza especiales.

El 27 de diciembre habia salido de Lóndres con su padre á bordo del vapor *Sultan*, sufriendo una horrible tempestad, la cual les obligó á gastar once dias en un viaje que se hace en tres. Hasta el 7 de enero no llegaron á Vigo ambos personajes. El 8 estaban en Lisboa donde el rey de Portugal, primo del conde de Eu, se apresuró á ofrecer una régia hospitalidad al padre y al hijo en su palacio. Cuatro dias permanecieron en Lisboa, y luego el vapor de guerra portugués *Doña María Ana* los condujo el 14 á Cádiz, en donde les esperaba ya, enviado por el general en jefe conde de Lucena, su ayudante de órdenes, teniente coronel y oficial que fué de artillería Sr. Velarde, ayudante del duque de Montpensier.

Pocos dias estuvo el conde de Eu en Cádiz, los suficientes solo para que le hicieran su uniforme. Cuando lo tuvo listo, hizo sus visitas de ordenanza, y tan luego como lo permitió el tiempo, se embarcó con el Sr. Velarde con rumbo á nuestro campamento.

El duque de Nemours, que mira con predileccion el suelo africano, teatro de gloria en mejores dias para su noble familia, al despedirse de su hijo, derramando lágrimas, le dirigió las siguientes palabras:

—Hijo mio, cumple con tu deber y no olvides nunca el nombre de tu familia.

El duque de Nemours no fué al campamento á presentar en persona su hijo al general en jefe, por no dar importancia á este acto y por no causar embarazos con su presencia, á lo que parece, cosa que realmente revela en él mucha delicadeza. El duque, sin embargo, escribió una carta al conde de Lucena recomendándole su hijo.

En el mismo vapor en que llegó al campamento el conde de Eu, lo efectuó tambien un subteniente de la guardia imperial de Rusia, el caballero Waldemaro Becker, natural de Finlandia, quien, con permiso de su gobierno, iba á unirse á nuestro ejército para seguir las operaciones de la guerra.

El conde de Eu y el caballero Becker fueron recibidos por el general en jefe de nuestro ejército con la amabilidad y finura que le caracterizan, habiéndoles convidado á almorzar lo mismo que al señor Velarde.

Continuaron durante este dia los trabajos del campo.

Por lo que parecia, pues las intenciones del general en jefe eran impenetrables, se iban á construir tres reductos, ó, por mejor decir, dos, que formando con el fuerte Martin un triángulo, dominasen siempre las costas, sostuviesen las comunicaciones con la escuadra, y preparasen y apoyasen el movimiento que se proyectaba sobre Tetuan. Parece que se trataba de que el primer reducto lo constituyese por si dicho fuerte en el punto de confluencia de la ria con el mar; el segundo la Aduana, que se fortificó de una manera formidable, ofreciendo cabida desahogada para un batallon, y el tercero debia construirse en medio del valle; de modo que á un tiempo se dominara el campamento de los marroquíes y quedara el ejército en disposicion, sin necesidad de tomar este campamento, de constituirse en el sitio mas conveniente para hacer sentir el peso de todo su poder á la plaza enemiga.

VI.

Poco ó nada, para espresarnos mejor, tenemos que decir tocante al dia 22.

Ninguna novedad ocurrió en el campamento, y prosiguióse activándose el desembarco de los efectos de guerra y la fortificacion de los puntos señalados.

Hubo, pues, una calma completa, pero en este dia fué la calma que precede á la tempestad, pues que el 23 estaba destinado á ver otro sangriento combate y por lo mismo otro notable triunfo por nuestra parte.

Desde el memorable dia 14 los soldados no habian tenido ocasion de batirse con los marroquíes, y por cierto que estaban ya impacientes, porque, como se decia en una correspondencia: «cuando la tropa se acostumbra á combatir, el dia que no hay funcion, ó, lo que es lo mismo, cuando no andan á tiros, parece que les falta algo.»

La lucha con todas sus peripecias y peligros llega á ser una necesidad para los hombres avezados á sus violentas emociones, sobre

todo en razas como la española, por naturaleza bélicas y guerreadoras.

Sin embargo, en todos aquellos dias de calma, pocos fueron los soldados del ejército de Africa que estuvieran ociosos en las cortas horas en que el sonoro clarin no les llamaba á los combates, por ellos tan ardientemente anhelados.

Caminos, trincheras, fortines y reductos, descarga y conduccion de víveres y municiones, transporte de heridos y enfermos, tales fueron las variadas y no interrumpidas faenas con que probaron en aquellos dias los bravos del ejército espedicionario que sus virtudes y paciencia estaban á la altura de su valor.

Aprovechemos la ocasion para decir algo del estado higiénico de nuestro ejército, segun lo que se desprende de las observaciones hechas por facultativos y personas peritas.

Nuestras tropas sufrian las contrariedades del clima con resignacion y hasta con alegría: se iban aclimatando, y algunos, repuestos de las primeras influencias, se robustecian y se mostraban ya con todas las condiciones de fuertes veteranos.

El resultado del repentino cambio de clima produjo al principio, como era de esperar, fuertes impresiones en todos. Las mañanas en África son húmedas y nebulosas, con tal intensidad, que penetraban sus miasmas hasta en los huesos de nuestros soldados. Desde el toque de diana, hasta que el sol resplandecia algo avanzado en su salida, esa niebla y esa humedad se mantienen en la admósfera. Pronto, empero, el sol, penetrando y recogiendo esa humedad, disipa la niebla. El calor de todas las horas que siguen es pegajoso, penetrante y poco sano.

Puesto el sol, empiezan la niebla y la humedad, que van aumentando por la noche, produciendo un rocío semejante á menuda lluvia, y al dia siguiente se repite lo mismo.

En cuanto á las tempestades, participan de la furia del huracan y de la gravedad de la tormenta. Se desatan las lluvias en abundancia produciendo canales y arroyos ó inundando la tierra. Sacude el aquilon millares de árboles de los bosques como si fueran una ligera cabellera, y troncha las ramas débiles y los troncos mal seguros, dobla las tiendas de campaña y mezcla la variedad de su ruido al confuso murmullo del mar que brama á no larga distancia como si amenazara sumergir al mundo.

Este espectáculo y la perspectiva de una naturaleza feraz y accidentada sorprendia al principio de la campaña á nuestros soldados, al paso que los rigores del clima les causaban muchas bajas de calenturas, cólera, pasmos y dolores. A los mismos oficiales y tropa que no sentian alteraciones en la salud se les veia pálidos, demacrados, flacos, con los ojos hundidos, fruto tambien de las malas condiciones para entregarse al sueño, lo que, añadido á la barba larga y destrozada ropa, les daba un aspecto triste en oposicion con el humor jovial y la firmeza de corazon que les animaba.

Todo esto fué cambiando con lo avanzado de la estacion en África y con la llegada á la vega de Tetuan. Las nieblas y humedades disminuian y aumentaba el calor. El cólera tambien desaparecia y le reemplazaban unas calenturas de carácter irritante, que se atribuia al abuso del café, pero poco á poco, aleccionado ya el ejército con el sistema higiénico de campaña, fueron reduciéndose á muy pequeña proporcion las bajas por enfermedades.

VII.

Accion del 23.

Tocábales á los soldados de la division Rios recibir su bautismo de fuego y de sangre. Lo recibieron como buenos y como valientes.

Al amanecer se comenzó á trabajar en los trabajos de la fortificacion que se estaba levantando en medio del valle y á la que se daba el nombre de *la estrella*. Se hallaban protegiendo estos trabajos un batallon de infantería, dos escuadrones de caballería, y un escuadron del regimiento de artillería de á caballo, á las órdenes del brigadier Villate.

A las nueve de la mañana, poco mas ó menos, estuvo allí el general en jefe, y solo vió algunos grupos de moros de infantería y de caballería que, á mas ó menos distancia, se hallaban colocados en direccion á su campamento y que disparaban alguno que otro tiro á que no se les contestaba. El general examinó los trabajos, hizo sus prevenciones

al jefe, y regresó al campamento en la persuasion de que nada intentaria el enemigo.

Sin embargo, no fué así como vamos á ver.

Eran los dias del príncipe Alfonso, y el general, con objeto de celebrarlos en algo, habia ordenado que las divisiones se dispusieran para una formacion que se verificaria por cuerpos en su campo respectivo, para ser revistadas por él una despues de otra.

La batería situada á vanguardia disparaba de cuando en cuando contra los moros, que iban aumentando paulatinamente sus grupos.

Concluida la revista, algunas divisiones se pusieron á maniobrar. Las del segundo cuerpo evolucionaban á la orilla del mar, mientras que algunos batallones de la del general Rios lo verificaban á la derecha de la Aduana.

Era ya mas de mediodia, cuando el general en jefe recibió un parte del brigadier Villate, notificándole que progresivamente se haba ido aumentando la fuerza enemiga que tenia al frente con mucha infantería y caballería, pareciendo todo presagiar que los moros intentaban dar un ataque serio.

El conde de Lucena, sin perder un momento, se dirigió entonces al punto amenazado, ordenando que le siguiese la caballería, que avanzase el tercer cuerpo, dos escuadrones del regimiento artillería de á caballo, y una compañía del tercero de posicion; y al general Rios que con algunos batallones se adelantase á cubrir la izquierda.

Al llegar el general en jefe al reducto en construccion, el enemigo habia avanzado hasta ponerse á menos de tiro de fusil de dicha posicion, procurando estenderse en crecido número de caballería por la derecha de nuestra línea. Tambien se hallaba cubierto de grupos de caballos marroquíes el llano, al otro lado del rio Alcántara, más que rio, riachuelo que desciende de Sierra-Bermeja y desagua en el Guad-el-Jelú.

Interin llegaban las tropas del tercer cuerpo y la division Rios, el general en jefe ordenó al general García que contuviese al enemigo por la derecha, lo cual efectuó con dos escuadrones de caballería y una compañía de infantería, que, desplegada en guerrilla al pié de las lagunas que cubrian todo el frente, alejaron bien pronto los caballos enemigos, los cuales se colocaron á distancia. La batería del regi-

miento de artillería de á caballo, que formaba parte de las fuerzas encargadas de proteger los trabajos del reducto, cañoneaba con buen éxito al enemigo.

En esto, llegaron las otras dos baterías del mismo regimiento y una de posicion, con las cuales y la ya citada, el general en jefe quiso alejar al enemigo de nuestro frente sin empeñar el combate.

Sin embargo, un incidente vino á desbaratar este plan del conde de Lucena.

Ya hemos dicho que los batallones de la division Rios entraban aquel dia por vez primera en fuego. Llegó dicho general al punto que se le habia señalado con un batallon del regimiento de Cantabria, el cual desplegó en seguida una guerrilla. Los soldados ardian en deseos de distinguirse y de igualar en valor á sus bizarros compañeros de los otros cuerpos; así es que la guerrilla desplegada lanzóse denodadamente sobre el enemigo, empeñándose en perseguirle, y arrastrando en pos de sí á todo el batallon.

El general en jefe le envió órdenes terminantes para que se detuviera, pero estas órdenes no llegaron á tiempo, y el batallon se encontró al otro lado de las lagunas, separado de nuestra línea por ellas y en un terreno despejado donde podian obrar todas las armas.

El enemigo, astuto y conocedor del terreno, quiso aprovechar aquel momento para esterminar el batallon.

Comprendió el general Rios todo lo crítico y solemne de aquel instante, y viendo ya muy cerca á la caballería enemiga, que habia ido engrosando por momentos, se dispuso para recibirla formando el cuadro con el batallon, y encerrándose dentro de él con el brigadier Morales Rada, con el teniente coronel Armada, que le habia ido á comunicar órdenes del general en jefe y que no pudo retirarse, y con todo su estado mayor, mientras que el coronel de Cantabria quedaba fuera con la compañía de cazadores protegiendo el cuadro y formando pelotones de por sí para resistir al enemigo.

Este avanzó entonces, algunos de sus caballos llegaron hasta tocar la bayoneta de nuestros soldados, pero al verlos á estos compactos, resueltos, impasibles, formando una muralla de bayonetas, sin disparar un solo tiro, les faltó corazon y retrocedieron, desplegándose entonces el batallon y haciendo un fuego horroroso por des-

cargas cerradas sobre la caballería enemiga, puesta en fuga.

La formacion de este cuadro, las circunstancias que lo acompañaron, la bizarría del general Rios, la serenidad de sus soldados, merecieron elogios generales en todo el ejército.

Parece ser que momentos antes de entrar en fuego, colocado este mismo batallon bajo el campamento enemigo, los oficiales se entretenian en beber alguna copa de ginebra, y uno de ellos alargó y presentó una al general, que acertó á pasar en aquel momento.

El general Rios, que no bebe licor alguno, tomó, sin embargo, la copa que le ofrecian, y dirigiéndose á todos sus soldados, esclamó:

—Yo no bebo, pero hoy lo hago por el valor de todos vosotros, y espero que lo demostrareis haciendo huir al enemigo.

En seguida llamó á uno de los soldados y partió con él la copa.

El batallon de Cantabria contestó dignamente, frente á los moros, al brindis de su general.

El general en jefe, que habia previsto el pensamiento del enemigo, y le vió disponerse á atacar el batallon de Cantabria, se lanzó en apoyo de este con las fuerzas que tenia á sus órdenes: eran estas dos escuadrones de lanceros de Farnesio, mandados por el brigadier de caballería Sr. Romero Palomeque, el batallon de cazadores de Baza, el del regimiento de la Reina, y cuatro compañías del de Zamora y de los de cazadores de Ciudad Rodrigo y Segorbe.

Las lagunas que cubrian el frente de nuestra línea eran profundas y cenagosas, ofreciendo un obstáculo verdadero, pero en aquella ocasion nadie reparó en ella. Caballería é infantería, desde el general en jefe hasta el último soldado, con agua hasta la cintura los soldados y hasta la cincha los caballos, atravesaron lagunas y rios bayoneta calada ó haciendo fuego sobre el enemigo.

Este se creia seguro con esta trinchera ó con este foso que le formaba la naturaleza, pero bien cara pagó esta loca creencia.

«No creo, dice un corresponsal con fecha del 24, que los zuavos franceses, al atravesar el canal que pasaron en Palestro para tomar una batería á los austríacos, hicieran mas de lo que ayer hicieron nuestros soldados.»

Atravesadas las lagunas, el general en jefe ordenó al general Ga-

liano, jefe de la division de caballería, que cargara al enemigo.

El general Galiano, al frente de los dos escuadrones de Farnesio, de una seccion del regimiento caballería de Albuera y de la guardia civil de caballería del cuartel general, cumplió la órden arrollando á los moros y persiguiéndoles hasta el pié mismo de su campamento.

Muchos de los oficiales de Farnesio habian recibido lanzas de antiguos milicianos nacionales de Jerez y del Puerto de Santa María, y cuéntase que al recibir dichas armas de sus generosos huéspedes, ofrecieron devolvérselas teñidas con la sangre de los enemigos.

En este dia comenzaron á cumplir brillante y heróicamente su oferta.

Cuando regresaron al campamento, mas de un soldado volvió con la banderola de su lanza enteramente roja, como si la hubiese bañado en un lago de sangre.

A la division Rios y á la caballería pertenecen los honores de la jornada que vamos describiendo.

Los escuadrones de Farnesio, de Borbon, de Villaviciosa, de Albuera y los húsares, dieron brillantes cargas, pero ninguna fué tan cumplida y de tan grandes resultados como la de los lanceros del primero y segundo escuadron de Farnesio.

La carga se prolongó en una estension de mas de tres cuartos de legua, de modo que por un lado se llegó hasta las mismas tapias de las huertas de Tetuan, y por otro hasta el boquete por donde se veia desfilar de dos en dos á los enemigos para guarecerse en su campamento.

Allí cayó, acribillado á balazos, uno de los mejores y mas intrépidos oficiales del arma de caballería, el teniente Seoane. Cargados por una turba de marroquíes que chillaban como perros, metidos en una especie de callejon donde ni volver sus caballos podian, no quisieron cejar, sin embargo, los que hasta allí habian llegado, ni incorporarse á su escuadron que se hallaba poco distante, hasta poderse llevar el cadáver del teniente Seoane, para librarle de la bárbara profanacion de nuestros salvajes enemigos. El capitan graduado D. Antonio Gonzales Antero, que se hallaba á pié, y el alférez Vitoria hicieron grandes esfuerzos para conseguirlo, á pesar de verse acosados por la morisma, consiguiéndolo por fin, y logrando á duras penas incorporarse al escuadron, donde estos valientes recibieron los plácemes de sus compañeros por su heróica conducta.

Mientras esto sucedia, un soldado del segundo escuadron de Farnesio, Pedro Castillo, conseguia apoderarse de una bandera amarilla, que arrancó de manos del moro que la llevaba, despues de haberle dado muerte, teniéndola luego que defender de otro moro que denodadamente se arrojó á recuperarla, pero que no consiguió otra cosa que perder la vida á manos del mismo valiente Castillo.

A todo esto, hay que notar que los moros, poco antes de esta carga, se habian arrojado al llano para tentar un ataque desesperado. El regimiento de Cantabria, con el agua y el barro hasta la cintura, resistió la tremenda arremetida de la morisma, metido en el pantano, sin cejar un solo punto, á pesar de ser muy inferior en número á las fuerzas que le acometian. Una compañía se vió bastante apurada, pero afortunadamente llegó á tiempo para sacarla del riesgo la vigorosa carga de los escuadrones de Farnesio y Villaviciosa.

El terreno, cubierto de pantanos, imposibilitó la continuacion de la carga, y la caballería tuvo que detenerse, pero sin retroceder un paso. Luego que llegaron el resto de la caballería y algunos batallones de infantería, dispuso el general en jefe que la caballería se replegase por escalones á la masa general.

Cuando el conde de Lucena se presentó delante del escuadron de Farnesio, el que lo mandaba dió el grito de *¡Viva el general en jefe!* que fué contestado por todos, en tanto que el conde de Lucena respondia: *¡Viva la reina!* cuyo eco se perdió por las alturas ocupadas por el enemigo.

El general en jefe felicitó entonces al brigadier Romero Palomeque por su bravura.

Al tiempo que el conde de Lucena atravesaba las lagunas, llegó el general Ros de Olano con las fuerzas de su mando. Los soldados del tercer cuerpo sin vacilar se arrojaron á las lagunas y las atravesaron con el agua á la cintura, sin cuidarse de nada mas, como los anteriores, que de preservar de la humedad su fusil y municiones.

La artillería se condujo con igual resolucion que la caballería y la infantería. Una batería del regimiento de á caballo atravesó al trote las lagunas, lanzándose en seguida al galope para ocupar la primera línea; y entre tanto las otras dos baterías del mismo regimiento y la de posicion cañoneaban al enemigo en sus mismas trincheras y hasta

en sus tiendas, y dos baterías de montaña marchaban con los primeros batallones.

Eran las cuatro de la tarde, y á esta hora no era ya posible impulsar mas lejos el movimiento. A haber sido mas temprano, el general en jefe, segun él mismo confesó luego en el parte oficial en que dió cuenta de la accion, hubiera aprovechado el entusiasmo de los soldados, que era imponderable, para atacar y apoderarse del campamento enemigo, pero á dicha hora, siendo imposible emprender un movimiento formal, ordenó la retirada de los cuerpos á sus respectivos campos, operacion que encomendó al general García.

Con arreglo á las instrucciones dadas al jefe de estado mayor general, las tropas atravesaron todo el mal terreno con la luz del dia, y al anochecer se hallaban todas en sus respectivos campos.

El enemigo, aterrado por los ataques que acababa de sufrir, no se atrevió á inquietarnos, y aunque alguna vez pareció intentarlo, el órden y actitud de nuestros batallones, escuadrones y baterías le impusieron de tal modo, que renunció á ello y solo hizo algun fuego á distancia, fuego que ni aun mereció el honor de que contestasen nuestras guerrillas. Hasta la nube de caballería que cubria la llanura al otro lado del Alcántara retrocedió al galope sobre Tetuan al ver el empuje de nuestros soldados, aun cuando estuviesen á gran distancia para temer nada de ellos.

Nuestra pérdida fué menor de lo que al principio se creia, atendido lo serio del combate.

Tuvimos 1 oficial y 7 soldados muertos, 2 jefes, 2 oficiales y 45 soldados heridos y 7 oficiales y 32 soldados contusos.

La del enemigo, segun espresion oficial del conde de Lucena, fué considerable, pues, además de las muchas bajas que le causaron el fuego de nuestra infantería y la impetuosa carga de nuestra caballería, sufrió por espacio de tres horas el vivo y certero fuego de nuestra artillería, cuyos proyectiles llegaron hasta su campamento y trinchera.

El conde de Lucena recomienda en su parte al jefe de estado mayor general, D. Luis García, al general Galiano, al general Ustariz, al brigadier Romero Palomeque, al brigadier Villate, al general Rios, al coronel Naneti y al brigadier Morales de Rada.

Quedaron tres moros en poder de nuestr as tropas, pero dos de ellos mortalmente heridos.

VIII.

Pormenores y episodios.

Nos creemos obligados á dar algunos mas pormenores de esta brillante accion y á contar algunos bellos é interesantes episodios que tuvieron lugar aquel dia.

La accion terminó cuando el sol enviaba sus últimos rayos á través del desfiladero sobre que se asienta Tetuan : era un espectáculo admirable el que ofrecian nuestras tropas formadas en batallones , y á lo léjos algunas compañías desplegadas en guerrillas , mientras que todas las músicas llenaban los aires con las conmovedoras armonías de la marcha real.

Poco despues, hubo un momento de silencio. El general en jefe se presentó al frente del batallon de Cantabria, que tan heróicamente se habia portado, y le arengó con estas sencillas palabras:

«Soldados, estoy altamente satisfecho de la manera con que habeis inaugurado esta campaña. Cántabros , os habeis conducido como el batallon mas aguerrido y veterano del mundo. Soldados, viva la reina! »

El grito que le contestó fué inmenso, y resonó en todo el valle de Tetuan y en los dos campamentos.

En uno de los momentos mas críticos, cuando la caballería daba una de sus brillantes cargas, se distinguió notablemente el nuevo ayudante de órdenes del general conde de Eu, que acompañaba al señor Velarde, y á quien gritaba su ayuda de cámara que no corriese tan irreflexivamente en busca del peligro, pero el jóven príncipe marchaba adelante diciendo solo: *Laissez moi! Laissez moi!*

Fué uno de los primeros en recoger los trofeos del enemigo, puesto en vergonzosa fuga.

Incorporado de nuevo el conde de Eu al cuartel general, el conde de Lucena, con esa eterna sonrisa, que tiene lo mismo para la oposicion en el parlamento, que para los enemigos en el campo de batalla, le dijo al verle:

—Me parece que no es mal bautismo el que recibe V. A.

Y en seguida, en nombre de la reina, colocó sobre su pecho la cruz de San Fernando, así como dió el grado de coronel al Sr. Velarde.

Los corresponsales que tenian algunos periódicos en el campamento, dijeron que en esta accion hubo rasgos individuales de un valor y de una serenidad imponderables.

Así fué en efecto.

El marqués de San José, que durante la guerra civil y en la legion inglesa de caballería demostró tanto arrojo, viendo sin oficiales á una seccion de lanceros, porque se habian adelantado en la otra, que estaba cargando, se puso al frente de ellos con un hijo del conde de Mirasol, perteneciente á la artillería de á caballo, marchando impávidos sobre la caballería enemiga y haciéndola retroceder á su campamento, de modo que llegaron hasta su trinchera.

Un pobre asistente, llamado Vicente Repollés y Ferraz, que llevaba un canastito con un poco de comida para su amo el teniente coronel de artillería perteneciente al cuartel general Sr. Santiago, buscando á este por todas partes, y yendo muchas veces, como todo el que iba á pié, con agua hasta la cintura, se encontró con un moro, que, á boca de jarro, se preparaba con su espingarda para dispararle. El asistente, que habia recogido en el camino un sable, le cortó un brazo del primer tajo y luego le atravesó, dejándole muerto en el acto.

El corresponsal que cuenta este hecho,—el escritor Navarro otras veces citado—dice que él mismo le vió presentarse á su amo con grande alegría y entregarle los trofeos del vencido, consistentes en una bonita espingarda y una gran cantidad de monedas de cobre.

Aquel pobre asistente, que por amor á su amo le llevaba la comida preparada para que no le ocurriese lo que á todos habia pasado

muchas veces, que era estar todo un dia de accion sin tener un pedazo de pan que llevar á la boca; aquel pobre asistente, que tan bien sabia defender su vida y, que tan valientemente supo vencer al enemigo que se le presentó, fué premiado con la cruz de San Fernando, pensionada con treinta reales al mes.

Se cuenta de un paisano, llamado D. Eduardo Laclave, acabado de llegar al campamento para visitar á uno amigo suyo, oficial de Farnesio, que montó á caballo con él y llegó hasta la misma trinchera enemiga con el escuadron que dió la carga.

En una de las correspondencias de la *Época* leimos los párrafos siguientes de su corresponsal, á propósito de esta accion:

«Hasta ahora no he visto nada mas bello que la batalla del último dia; belleza terrible, belleza imponente, es verdad, pero belleza que arrebata las imaginaciones y templa el ánimo para las acciones heróicas, para los trances difíciles; para las situaciones supremas.

»Veíase aquí á un herido que luchaba con las ansias de la muerte, mas allá á un soldado atascado en la laguna, á este que buscaba á su camarada que habia desaparecido á su lado, á aquel que recogia los despojos de su enemigo muerto; por el suelo, como el reguero de sangre indica la huella de la fiera que huye, los cadáveres de los moros, entreabierto el ojo vidrioso en donde minutos antes centellearia un relámpago de salvaje ira, y entretanto zumbaban las balas por todos lados, y se estremecian los caballos al oir pasar por encima de sus cabezas las granadas de nuestros cañones, y rebentaban en el aire las que vomitaban sin resultado los morteros enemigos, y se oia el toque de ataque de nuestros cornetas y los salvajes alaridos de la morisma y las armonías de nuestras músicas y los entusiasmadores y unánimes gritos de «Viva la reina, viva España,» y el cielo se oscurecia con el humo de tantos disparos, y se divisaban á lo lejos los colores de amaranto y oro de las banderas de nuestros lanceros persiguiendo al enemigo, y pasaban, como llevados por el viento, las figuras fantásticas de los ginetes árabes, desplegando al aire sus an-

chos alquiceles, destacándose la silueta en el límite del horizonte y eternamente en movimiento á los ayudantes del general en jefe, llevando órdenes, trayendo noticias, cuidando de la situacion de nuestras guerrillas, haciendo retirar ó avanzar, segun la necesidad del momento; nervios movibles de una cabeza, de una voluntad, la voluntad y la cabeza de quien sereno, impasible, risueño casi siempre, estaba dirigiendo el combate.»

En la noche que siguió á esta accion se observó que algunos moros bajaron con luces al sitio del combate, en busca sin duda de los cadáveres de sus compañeros. Tambien se vieron bastantes luces en el lado izquierdo de la ria hácia Tetuan, creyéndose por algunos que estarian preparando á toda prisa trabajos de fortificacion por aquella parte, temerosos de que por allí se realizaria nuestro ataque.

La alegría y buen humor de nuestros bizarros soldados no se desmentia un momento, demostrándose en sus chistes y ocurrencias.

Mientras tenia lugar la accion, un cazador que no oyó bien el toque de ataque que estaban sonando al otro lado del riachuelo las trompetas de la division Rios, preguntó á su pareja:

—¿Qué tocan?

—La polka del general Prim, le contestó su camarada poniendo una cápsula á su carabina.

Ya hemos dicho que se cogieron tres prisioneros, que lo fueron en la carga de caballería.

Dos de ellos, ambos de bastante edad, pero robustos y fuertes, se hallaban en muy mal estado, heridos de sable y lanza en la cabeza y en el pecho. El otro no tenia mas que un ligero rasguño, y fué enviado á Ceuta para que hiciese compañía á los demás moros que allí estaban presos, y, por lo que parecia, nada descontentos de su suerte.

Los dos moros heridos espiraron aquella noche y fueron sepultados al pié de la torre Martin, en el fuerte mismo que no habian sabido defender.

En una carta de Nuñez Arce, el que fué corresponsal de la *Iberia*, encontramos los siguientes párrafos referentes á la accion del dia 23:

«Yo ví bajar del cerro y estenderse por el llano gran número de ginetes, armados de espingardas, y mezclados con los infantes, que se acercaban aisladamente á nuestras guerrillas para disparar sus armas y huir luego como liebres medrosas. Entre ellos habia uno elegantemente ataviado con turbante, albornoz negro forrado de blanco, túnica ó camiseta tambien blanca, y medias encarnadas, que ví caer del caballo, herido sin duda, en el momento mismo en que cruzaba de un punto á otro con esa movilidad y desconcierto de la caballería árabe.....

»Vista á distancia, la vega es hermosísima; la yerba que la cubre es de un verde vivo y brillante; divísase por todas partes cubierta de espesos juncales, donde puede esconderse de pié un hombre, tan altos y crecidos son: pero apenas se adelanta, toda la ilusion desaparece; el llano es una corrompida charca, una interminable laguna. Aquellas yerbas que desde lejos atraen con encanto la vista, crecen y se desarrollan en un pantano, y deben al agua misma en que vegetan su color, su brillo y su pujanza ficticia y fofa. En esta laguna misteriosamente oculta por la naturaleza, y que se estiende por la derecha de la frondosísima, pintoresca y hermosa huerta de Tetuan, como resguardándola y defendiéndola, es donde los moros sufrieron ayer una nueva y sangrienta derrota, cuando menos podian esperarlo.»

Hé aquí dos hechos horribles:

Un subteniente de caballería, que llevado de su escesivo arrojo, se metió solo entre un grupo de moros, fué derribado del caballo, cortándole aquellos bárbaros la cabeza.

A un desdichado cazador que cayó en manos de los moros y que se resistió valerosamente contra todos, le abrieron en cruz el pecho y se cebaron en él como tigres en su presa. Esto tuvo lugar pocos momentos antes que los lanceros diesen su brillante y arrojada carga.

El general en jefe anunció con el siguiente parte telegráfico la toma de una nueva bandera y su envío á la corte:

«En el glorioso combate de hoy, y en medio de una lucha empeñada, ha caido en nuestro poder una bandera de las tropas marroquíes. La conduce á la península el vapor *Sena*, y el ejército de África, si S. M. la reina lo permite, desea ofrecer esta prenda de la victoria á S. A. R. el príncipe de Asturias, como un homenaje de su profundo respeto y adhesion con motivo de sus dias.»

Hasta este dia todos los moros que se cogian prisioneros eran pobres, é iban sucios y mal vestidos, pero en la accion del 23 tuvieron ocasion de observar nuestros soldados en la caballería enemiga algunas personas elegantemente vestidas, luciendo blancos turbantes y ricos albornoces y galopando gallardamente en magníficos corceles. Se creyó que serian altos personajes que acompañaban al hermano del emperador, generalísimo de aquellas tropas que contaban el número de derrotas por el de acciones.

IX.

Operaciones marítimas.

El movimiento de la marina en este dia fué el siguiente, segun de los partes oficiales se desprende.

Por la mañana continuó el desembarco de víveres, municiones y efectos de guerra. El viento S. O. habia calmado, pero como la arriada era fuerte desde la noche anterior, dificultaba la maniobra.

Se desembarcaron 73 caballos.

Llegó el *Piles*, trayendo una chalana, y el *Menorca* un salvavidas, ambos de Algeciras. El *Balear* y el *Brasil* salieron descargados para Cádiz, salieron tambien descargados para Ceuta y puestos á disposicion de la administracion militar los vapores *Menorca* y *Barcelona*, y salió en fin para Málaga el vapor *América* con objeto de llevar de remolque una chalana á las playas de Tetuan.

Por la tarde las cañoneras pudieron prestar buen servicio haciendo disparos bastante certeros sobre la caballería enemiga, siempre que durante la accion trató de correrse sobre la izquierda.

Durante todo el dia siguióse con actividad la descarga, quedando por fin en aquella jornada desembarcadas todas las municiones de artillería é infantería, 6,300 bultos de víveres, 100 bueyes y 50 pipas de vino.

Los buques saludaron y engalanaron por ser los dias de S. A. el príncipe de Asturias.

X.

Serian sobre las nueve de la mañana del 24 cuando se vió bajar del campamento enemigo á unos 1,000 moros, y aunque se creyó que lo hacian con el objeto de hostilizar á las fuerzas que estaban protegiendo los trabajos de construccion del reducto de *la estrella*, no dispararon un solo tiro y se dirigieron hácia la ciudad.

La marina continuó sin descanso el trabajo de descarga, aunque con mucha dificultad por lo atemporalado del O. que reinaba.

Regresó el vapor *América* conduciendo una chalana anegada, pero sin mayor avería.

Llegaron tambien el *Alerta* y los vapores *Bizantin*, *Mina* y *Abatucci* con grandes cargamentos de víveres y efectos.

El general en jefe con fecha de este dia envió un parte al ministro de la guerra interino diciéndole que el reducto de la Aduana habia quedado concluido, que se continuaban con actividad los trabajos de los otros dos, que se habian ya desembarcado veinte dias de víveres para el ejército, así como tambien las municiones de fusilería y artillería de batalla de repuesto, y que la marina continuaba activamente el desembarco de los demás efectos con los medios que tenia á su disposicion.

Al llegar la noche de este mismo dia, sobre las nueve de ella, unos veinte moros bajaron hasta ponerse á tiro de fusil de nuestra trinchera, proponiéndose sin duda alarmar nuestro campamento. Hicieron

primero una descarga cerrada y despues algunos disparos, que no fueron contestados por los centinelas avanzados, conforme á la órden que se les tenia comunicada. No nos causaron desgracia alguna, y se retiraron.

Poco despues la corneta del cuartel general tocó á silencio y todo el mundo se retiró á sus tiendas.

XI.

No pesará de fijo á nuestros lectores que les digamos algo de los valientes soldados de la division Echagüe, que, despues de haber sido los primeros en pisar el suelo de África y en regarlo con su sangre, se habian quedado en la retaguardia, guardando las posiciones del Serrallo.

Todo estaba tranquilo en este campamento.

Los moros les habian dejado en paz desde que se alejaron los demás cuerpos de ejército del camino de Tetuan.

Las tropas que en el Serrallo quedaron acampadas, disfrutaban de buena salud, habiéndose empezado á construir casas de piedra y barro, siendo el batallon de cazadores de las Navas el primero que inició las obras, y emprendiéndolas despues los de Barbastro y Mérida.

Estas construcciones iban adelantando de un modo tal, que aquello parecia ya un pueblo en embrion, al que acudian diariamente una multitud de especuladores con variadas mercancías.

El general Echagüe formó un batallon de presidarios, que puso á las órdenes del segundo comandante, capitan que habia sido de cazadores, Sr. Dorregaray. Dióse por objeto á este batallon esplorar el campo, facilitar la corta de árboles, y mantener libres las comunicaciones con el campamento, previniendo toda sorpresa, grande ó pequeña.

El mismo general Echagüe habia dispuesto aquellos dias una salida, que se verificó con toda felicidad, llegando hasta el célebre pueblo de Anghera, patria de los mejores tiradores de las kabilas, que se encontró completamente abandonado.

En una gran casa se encontraron hacinados multitud de cadáveres moros, así como se habian hallado muchos otros insepultos por los campos.

Hé aquí una carta escrita por un oficial desde dicho campamento:

Serrallo, 24 de enero.

«Muchos dias han transcurrido desde mi última, pero ninguna novedad ha ocurrido por este campamento. Se siguen arreglando los reductos, haciendo dentro de ellos acuartelamiento para su guarnicion, componiendo los caminos y haciendo algunos nuevos.

»Esto es ya como muchos puntos de España: se ven hilos telegráficos, postes kilométricos, muchas barracas construidas por los mismos soldados; en fin, hemos entrado de lleno en la vida de guarnicion. Cada dia entra una brigada de servicio, la mitad de ella cubre los reductos, y los otros dos batallones van á ayudar con sus trabajos á los ingenieros.

»Todos los que componemos este cuerpo sentimos mas de lo que os podeis figurar que nos hayan dejado aquí: no nos anima mas esperanza sino que el quinto cuerpo, que al mando del general Pavía se está organizando en Algeciras, nos releve, y nosotros avancemos, sea en cualquiera direccion, pues lo que deseamos es ver y andar y batirnos; en una palabra, hacer la guerra, y no estar aquí guardando estos picos donde el viento y la lluvia no nos dejan parar.

»En los montes contiguos se están haciendo grandes carboneos por cuenta del gobierno, con lo cual se consiguen dos ventajas: una, despejar el campo, y la otra surtirse abundantemente de combustible, no solo para las tropas, sino para la plaza de Ceuta, los buques, etc.»

XII.

Escaramuza del 25.—Prisioneros.

Volvamos ahora al campamento de Tetuan:

El dia 25, apenas el alba iluminaba el horizonte con sus primeros

resplandores, fueron despertados nuestros bravos por los tiros de un considerable número de moros, que, contra su costumbre, habian madrugado mas que los otros dias. Tanto se aumentó el hormiguero mientras iban tomando posiciones nuestras tropas, que al poco rato y sin haberse hecho casi nada de fuego, se les cargó denodadamente á la bayoneta, cogiendo á unos 50 marroquíes detrás de un escarpado, á la orilla misma del mar, los cuales estaban haciendo fuego, sin sospechar siquiera, tal era su entusiasmo, que estaban completamente envueltos por nuestros bravos y ágiles cazadores.

Fué aquello el espectáculo mas terrible que puede imaginarse; los que lo presenciaban de lejos, no podian ver mas que soldados que habian embestido á la carrera, mezclados con los moros sorprendidos, peleando cuerpo á cuerpo, y metidos en la mar hasta la cintura persiguiéndolos, ya que los moros, que habian podido llegar al mar, habian preferido ahogarse á rendirse.

Despues de un rato de combate tan encarnizado, ya no se veian mas que soldados españoles sacando cadáveres moros de dentro del agua.

Se hicieron dos prisioneros, los cuales aseguraron que estaban tan faltos de víveres, que no tenian nada que comer ni recursos, lo que se concebia perfectamente á la simple vista; pero se negaban tenazmente á dar noticias que pudiesen perjudicar á los suyos en lo mas mínimo.

Ya el dia anterior se tenia noticia de la falta de víveres en el campamento enemigo por un marroquí que se presentó en el nuestro desnudo y tan desfallecido, que mas que ser humano parecia un espectro.

Compadecidos al ver tanta miseria, le socorrieron los soldados mismos con cuanta generosidad era compatible con su modesta posicion. El moro llegó tan acosado por el hambre, que decia estar decidido á preferir cualquier género de muerte á la horrible y lenta que le amenazaba á seguir mas entre los suyos.

A pesar de esplicarse en un dialecto casi ininteligible, misto de castellano, italiano y árabe, se pudo deducir de sus palabras que el estado de desanimacion y temor de los marroquíes era sumamente estremado. Dijo que el emperador, segun habia oido decir á los moros del rey, estaba decidido á «pedir paz *al gran cristiano* por ser poderoso

mucho; hacer bien muy alto á los moritos *atrampados*; *ser solo castigador con los que llevan espingardas.*»

Estas fueron sus palabras, únicas que dijo en mal castellano. No dejó de sospecharse si las llevaria estudiadas, lo que nada de estraño hubiera sido, pues al dia siguiente desapareció el morito de nuestro campamento. Sin duda se valió de aquellas trazas para introducirse y espiar.

No obstante, por varios conductos quedó confirmado lo que dijo acerca de la situacion precaria del ejército marroquí.

A pesar de que el general en jefe de nuestro ejército espedicionario conocia muy bien la mala fé de los moros, el dia 25 dió una comision á un marroquí prisionero, para cuyo objeto se le habia mandado traer de Ceuta con otro compañero.

En la mañana de aquel dia, á primera hora, este moro, que apenas contaba la edad de 28 años, fué enterado por el intérprete de la comision que se le iba á encomendar. Era esta la entrega de una comunicacion al gobernador de la ciudad de Tetuan.

Despues de haber prometido regresar, cosa, en la cual no debia creerse aun cuando lo hubiese jurado por Alá, fué llevado, vestido como un cazador español, desde la torre-fuerte de la orilla del rio, hasta la última avanzada de nuestro campamento, acompañado de un ayudante de campo y de un oficial de Estado mayor del general en jefe.

Llegado allí, se quitó con gran contento el traje de soldado, se caló el albornoz y se marchó tranquilamente hácia Tetuan.

Por si, como era probable, se quedase este entre los suyos, el general Odonell reservaba al otro para una comision análoga, habiendo ofrecido el general la libertad á entrambos, cualquiera que fuese el éxito de sus misiones respectivas.

XIII.

El campamento.

Nuestros lectores nos permitirán que para hacer la descripcion del

campamento, cedamos la palabra á alguno de los escritores, que siguieron al ejército siendo testigos de la campaña. Bien pudiéramos estractar sus cartas, contar de otra manera lo mismo que ellos cuentan y añadir á la relacion algo ó mucho de nuestra cosecha propia, pero sobre que esto no seria leal tratándose de compañeros nuestros, los lectores tendrian derecho á quejarse si de aquel modo lo hiciéramos.

Los que han estado en el campamento, los que lo han visto todo con sus propios ojos, los que han sufrido con nuestros soldados aquella vida de tres meses, llena sí de gloria, pero llena tambien de amargura, tienen derecho á ser escuchados y á que les sea cedido el paso.

Por lo demás, ¿con qué derecho se lo negaríamos?

Tambien ellos tienen su gloria, y si trasladamos la proclama de un general ó el parte de un jefe de division, bien podemos trasladar, si quier sea de vez en cuando, alguna de las cartas escritas por los autores á quienes aludimos.

Nuestra obra, ya lo hemos dicho otra vez, no es una obra de imaginacion, sino histórica. No inventamos; contamos. Nuestros lectores nos han de permitir que de vez en cuando, lo menos posible, copiemos una que otra de las bellas é interesantes cartas á que nos referimos.

Los lectores no harán sino ganar en el cambio, y nosotros por nuestra parte cumplimos así con un deber de conciencia y con lo que se exige de la delicadeza de un historiador.

Cedamos, pues, la palabra por un momento al Sr. Nuñez de Arce, que decia así con fecha del 25, describiendo el aspecto que ofrecia entonces la playa de Tetuan:

«De los puertos de Ceuta, Algeciras, Estepona y Gibraltar llegan diariamente á la embocadura del rio multitud de faluchos, botes y lanchas que apenas comprendo cómo se atreven á surcar las aguas del Estrecho, cargadas de víveres y provisiones de boca que no figuran en la racion. Allí, sobre la márgen izquierda del rio, desde su desagüe en el Mediterráneo hasta la Aduana, establecen los patrones de estos barcos sus almacenes en tiendas que improvisan con los palos de sus faluchos y las lonas de sus velas.

»Con la misma charla, á la vez impertinente y graciosa que emplean

en los mercados de nuestras ciudades, se les ve ofrecer gallinas, huevos, jamon, ginebra, aceite, queso, vino, pan, naranjas y hasta hace pocos dias, aguardiente; pero la guardia civil, por órden superior, ha prohibido el tráfico de este artículo, hoy nocivo para la salud del soldado. No parece, entrando en el campamento por la parte del rio, sino que estas playas se han convertido repentinamente en un pueblo como aquellos llanos incultos y desiertos que por la intercesion de un genio misterioso se pueblan de populosas ciudades en los fantásticos cuentos de Oriente.

»El vendedor que grita; el comprador que regatea; la mujer del patron que lava y cuelga la ropa en las cuerdas de su falucho; el muchacho que canta y corre; el soldado que á la orilla del rio, sobre una tabla arrancada de un cajon vacío de provisiones, blanquea y jabona su ropa de veinte dias con la misma desenvoltura con que carga la carabina; las reses vacunas que pastan en la vega; el cacareo de una gallina, que sale de improviso del fondo de un bote ó de los ocultos rincones de una tienda, todo contribuye á llenar este cuadro de animacion y vida, á separar por un momento la imaginacion de los horrores de la guerra, para fijarla en los recuerdos de la apartada patria.

»Nadie diria, si no se viera, que á una legua de estos pintorescos y alegres sitios, en unas tiendas que se divisan en la falda de un cerro como menudos copos de nieve, y en la blanca ciudad que ante nosotros se estiende, nos acechan los feroces enemigos de Dios y de España, prontos á descargar su traidora gumía sobre el descuidado soldado ó vendedor que se adelante imprudentemente y trasponga distraido, tal vez embebecido en la memoria de su madre ó en la lectura de la última carta de su novia, el casi desconocido término de nuestro campamento. Y el enemigo que acecha, es un enemigo implacable, sombrío y fiero, que no respeta ni la vejez, ni la juventud; que se goza en los padecimientos de su víctima, y que sonrie con bárbara complacencia ante las agonías, los dolores y estremecimientos de los desgraciados á quienes degüella y mutila.»

El mismo Nuñez de Arce en otra carta fechada el 26 completa la descripcion del campamento con los siguientes pintorescos párrafos:

«Todo el mundo, jefes y soldados, se consumen en estas playas de impaciencia, deseando con ardor que llegue el momento en que sobre

los muros de la Alcazaba, flote al aire la vencedora bandera española, para escarmiento de estos bárbaros. Y la impaciencia no puede ser mas natural. Para la impetuosa sangre que hierve en las venas de nuestros soldados, no es el estar observando dias y dias en frente de las tiendas en que habitan, las tiendas del enemigo á quien buscan; para la curiosidad ávida del ejército, fatigado de dormir al raso, no es estar viendo á todas horas, cuando abre los ojos á la luz de la aurora, y los cierra á las tinieblas de la noche, esa blanca ciudad que se estiende á sus piés como para recordarle el tormento de Tántalo. Yo me impaciento tambien; pero creo que cuando no se avanza, será porque no se puede, y comprimo mis deseos hasta el dia en que dentro de Tetuan pueda espaciarlos con las satisfacciones de nuestro seguro triunfo.

»El tiempo ha mejorado; el viento sigue siendo favorable, y el cielo, hasta ahora cubierto de nubes que aparecian y se disipaban rápidamente en un momento mismo, se ha despejado: hoy está sereno y trasparente como en los mejores dias de la primavera.

»La playa y el mar ofrecen un espectáculo animado y alegre. Lanchas y botes que van y vienen, cargados de provisiones; soldados que, medio desnudos, ayudan á los marineros en sus faenas, cantando y riendo; montones de cajas, fardos, pacas de heno y costales de cebada sobre las arenas de la playa; tiendas á lo lejos, y por el mar una ciudad flotante de naves que se mueven á impulso de las ondas; de vapores que entran ó salen dejando en pos de sí una inmensa cabellera de humo, y una estela brillante donde se reflejan como en un espejo los vívidos rayos del sol; este es el cuadro que ofrece el improvisado puerto, fundado repentinamente en la desembocadura del Guad-el-Jelú, ó del mas propiamente dicho, Guad-el Jamara.

»Pero ¿qué me estraño? ¿Acaso en todo el campo no reinan á todas horas la misma animacion y contento? Antes de que aclare por completo el dia, todas las músicas pueblan el aire de alegres y militares dianas; los soldados, mal envueltos en sus mantas, van saliendo á gatas ó como pueden de sus diminutas tiendas, y se esparcen por la llanura; unos á buscar leña y otros á buscar los sitios mas apartados.

»Véseles correr y saltar con esa jovialidad estraña y bulliciosa, propia del soldado, y que tanto parecido tiene con la del niño; quién

canta, quién chilla, quién riñe, quién apura una bota, quién lia un cigarro, á pesar de los empujones de un camarada; quién come, apretando los dientes para entretener el tiempo, una dura galleta, quién limpia su ropa, quién prepara sus armas por si aquel dia hay accion: todos muy lejos de pensar en medio del peligro constante que los rodea, que aquella hora puede ser la última de su vida; que acaso la luz de la nueva aurora encuentre su sitio vacío en la tienda, y removida la arena de la playa, donde duerma olvidado el sueño eterno de la muerte! Pero ¿quién se para en reflexiones? *Mientras dura, vida y dulzura, y en a abando, giniendo y llorando*; esta es la máxima filosófica que nuestros soldados, sin decirlo, practican; verdaderos estóicos para quien la desgracia no tiene fuerza, y que solo conocen el dolor cuando le sienten. Todo el dia el campamento presenta el mismo carácter; aquí un pobre soldado á quien, limpiando la carabina, se le escapa un tiro; otro que corriendo locamente, se cae escitando la hilaridad de sus compañeros, cada uno de los cuales le suelta una pulla; mas allá un corrillo de amigos que se entretienen en contar las aventuras de fuente ó plazuela, de que fueron héroes con las muchachas de los pueblos ó las ciudades donde han estado de guarnicion; allí otros que juegan á la *morra*, á la entrada de una cantina; mas allá, sobre la márgen de una charca, otros que lavan su ropa charlando y cantando coplas como la mas consumada lavandera del Manzanares.

»Y si el campamento es de caballería, la animacion es mayor, el conjunto mas pintoresco y agradable; porque vienen á aumentar la belleza del cuadro las banderolas que, clavadas al lado de las tiendas, se mecen á impulso del viento, como las amapolas entre la verdura de los prados; los caballos, que atados en gran número á cuerdas sujetas por los cabos en dos fuertes estacas, piafan, relinchan, patean, pastan ó comen en sus morrales de pienso, entre las voces de los soldados que los ponen en paz si riñen, que los acarician, ó los limpian con cariñoso esmero.

»Por la noche, á primera hora, se encienden hogueras y los campamentos parecen en su agrupamiento una ciudad populosa: porque las luces en las tiendas de los jefes se trasparentan á través de la lona, esparciendo en torno una luz ténue y melancólica. El rumor, el ruido

que naturalmente engendra la reunion de muchos hombres, sigue hasta el momento en que se toca la retreta; entonces se apaga y todo queda en silencio; los soldados tendidos en sus tiendas, los jefes leyendo periódicos ó libros hasta conciliar el sueño, los generales meditando tal vez sobre sus planes de campaña.

»Esta debe ser para todos la hora misteriosa de los recuerdos. Entonces en que cada hombre se recoge religiosamente en sí mismo en la oscuridad de la noche, es cuando de seguro acuden en tropel á la imaginacion de los que viven aquí alejados de todo, la memoria de lo que han dejado en España. Porque ¿quién no ha dejado en ella un corazon que le ame, una madre que le llore, un sentimiento, una ilusion ó una esperanza?

»Luego, la imaginacion fatigada se rinde al sueño hasta la siguiente aurora; hasta que la diana bulliciosa turba su descanso para empujarla de nuevo en el torbellino, en la confusion, en la desordenada poesía de la vida de campamento, tan llena de emociones como de penalidades.

«Siguen llegando oficiales estranjeros que vienen á estudiar la guerra ó á tomar parte en ella. Además del hijo del duque de Nemours, de que hablé á Vds. en una de mis anteriores, que se portó como un bravo en la carga de caballería del dia 23, haciéndose acreedor á la cruz de San Fernando, han llegado al campamento dos oficiales mas, ruso el uno y el otro austriaco. Tambien siguen los movimientos del ejército, mister Oliveira, de quien ya he tenido ocasion de hablar, acompañado de dos oficiales ingleses que hacen cumplida justicia al valor y disciplina de nuestros soldados. En esto, para honra suya, se apartan de sus compatriotas.»

Bellas son las anteriores descripciones del campamento. Bien y con hermosos colores lo describe el distinguido escritor de cuya pluma han brotado, pero hay que añadir todavía, para que nuestros lectores acaben de formarse una idea completa, otra descripcion que con fecha del mismo dia 26 escribió otra persona.

Nos duele no saber el nombre del autor de esta carta, que nos vemos precisados por lo mismo á publicar anónima. Lo consignaríamos con mucho gusto á saberlo.

Por lo demás, hé aquí la nueva carta á que hacemos referencia:

«Ninguna operacion militar se ha efectuado desde ayer. Nada nuevo ocurre, fuera de los tiroteos de costumbre entre las guerrillas, y, sin embargo, voy á ocuparme una hora en emborronar unas cuartillas, voy á echar una ojeada por el campamento.

»El tiempo es hermosísimo, pocas veces se ha visto desde estas áridas playas mas anchos horizontes, cielo mas limpio y trasparente y olas que se quiebren en las riberas con mas suave y ardoroso amor.

»Hoy es uno de esos dias en que el valle de Tetuan tiene cierta semejanza con la Albufera de los valencianos, solo que en vez de aquellos arrozales, en estas legunas crecen juncos y eneas, y en vez de aquellos árboles, las pitas que han florecido elevan desnudos sus tallos. Por lo demás, los ánades aquí como allí se posan en las rizadas aguas de los lagos, los pájaros saltan entre el ramaje de las enanas encinas, las barcas resbalan por el rio y los ganados se estienden por la verde llanura y por las quiebras de la arena amontonada.

»En la orilla izquierda del Martil, la última creciente ha arrojado gran número de naranjas, que semejan flores entre la vegetacion de esta tierra vírgen, y á la derecha, flanco izquierdo del campo español, el bajo comercio marítimo la ha convertido en mercado andaluz, en una feria, en una especie de romería.

»Muchos patrones, procedentes de Ceuta, de Gibraltar, de Tarifa, Algeciras, Cádiz, y hasta de Málaga y Valencia algunos, con los remos y las velas de sus barcas ó pailebots han improvisado tiendas donde se vende toda clase de frutas, pastas y licores. La pera, la naranja, la nuez, el polvoron sevillano, la aceituna, el vino, la ginebra, el rom y hasta el prohibido aguardiente, están ya en abundancia en el campamento, y diariamente alguna de estas pequeñas y atrevidas embarcaciones, que al tender sus velas y dibujarse en el horizonte

Parece que una gaviota
que va sacando sus alas,

allega á la ribera nuevas mercancías.

»Han desembarcado como unas cien reses vacunas que pastan casi en frente de las 300 que tendrán los árabes á la derecha de su campo; se han formado rústicos gallineros y pequeños palomares portátiles; hay puestos de pescado fresco y frito, y hasta estancos campestres, permítase la frase. El campamento, pues, despues de multitud de

penalidades y contratiempos, se reanima. Al amanecer, y apenas las alegres dianas levantan al soldado, estos comerciantes aventureros esponen sus mercancías y gritan y dan suelta á su charla como en un mercado: los cafeteros que recuerdan los de la Puerta del Sol, pregonan su líquido corriendo de rancho en rancho, los vivanderos gritan y las cantineras contestan con desaire las picantes frases de los soldados.

»Si se penetra despues en las tiendas, se ve á todos tomando el té ó el café con galleta, y envueltos aun en las mantas sobre los catres de hierro ó de madera, ó en un monton de heno, una piel ó varias esteras.

»Media hora mas tarde todos se saludan, todos dirigen su vista al cielo para saludar al sol y al campo enemigo para enterarse de sus vientos.

»A las diez, los hornillos encendidos en el alba se apagan, y comienzan los frugales almuerzos. Arroz, migas, carne, vino, jamon algunos, y conservas y frutas los menos; hé aquí ordinariamente los suculentos manjares de campaña. Despues, los soldados que al despuntar el dia no han ido á la torre Martil ó al reducto avanzado al flanco derecho á trabajar en las fortificaciones, ó á la playa á ayudar á la marina al desembarque, limpian sus armas, se cosen sus vestidos, ó acuden á las márgenes de los lagos, á las orillas del rio, y sobre una pequeña piedra, sobre la tabla de un cajon, sobre cualquier cosa, se improvisan lavanderos. Otros hacen mesa con tambor, una caja vacía, el ros ó sus rodillas, y escriben á la madre, á la novia ó al amigo. Quisiera trasmitir á V. estas impresiones del soldado, los sentimientos que el recuerdo de la patria y del hogar despiertan en su alma, en el vigor propio de organizaciones no domadas ni por la civilizacion ni por las fatigas de la guerra, pero estoy seguro de que ni él mismo, ni su tosca pluma, los puede espresar.

»Algunos escondidos bajo la lona de sus pequeñas tiendas y ocultándose á las miradas de todos, sacan una baraja grasienta y juegan unos cuartos á la brisca; otros al aire libre se entretienen con el tejo ó con los bolos; otros ejercitan sus fuerzas improvisando una barra de cualquier pedazo de hierro; otros cuentan sus hazañas al oidor de la tienda un vivandero entre libaciones y carcajadas y no faltan algunos

que, apoderándose de un periódico, juzgan de la veracidad de los corresponsales ó del estado de la cuestion italiana.

»En la calle de tiendas que forma el cuartel general, pasean los jefes, como pudieran hacerlo en el Prado, y bajo las de los oficiales, un libro es el recurso cuando falta una baraja ó no pueden reunirse tres ó cuatro compañeros de armas para jugar un tresillo ó tejer un diálogo de recuerdos.

»La tienda en que está la estafeta volante es seguramente la mas frecuentada, y la llegada del correo, la noticia, la novedad del dia. ¡Quién no tiene en España una madre, una esposa, una hermana, un amigo de quien se acuerda en las horas de insomnio, cuando el viento sacude la lona de la tienda ó cuando la lluvia ó el abundante rocío la humedecen! ¡Quién al avanzar al frente del oculto enemigo no invoca un nombre unido al de Dios, un recuerdo íntimo enlazado con el de la patria y la religion en este suelo donde el hogar es un hornillo, donde no se oyen las campanas de los templos contiguos, donde las auras no hacen girar las veletas, donde no se encuentran mas cruces que las de los sepulcros de los que mueren defendiendo el nombre español.

»Juzguen lo que quiera los odios y los partidos de nuestro soldado, sufrido, alegre y disciplinado; de una oficialidad modelo de pundonor y arrojo; de unos generales los primeros en los peligros, y de un general en jefe que habita una tienda igual á la de un subteniente.

»Casi todos los corresponsales se han reunido en el cuartel general; algunos duermen á bordo cuando su salud se altera, pero al amanecer acuden al campamento. Casi todos trabajan bajo las tiendas en que han arranchado, y es curioso ver al espiritual Alarcon escribir su *Diario de un testigo* en un traje misto de paisano y cazador, siguiendo los azares de la guerra. Al epigramático Arce, con levita militar y ros enfundado. A Navarro, el redactor de *La Epoca*; el jefe de la imprenta de campaña, que por seguir las operaciones del ejército deja á Ceuta y acampa. A Merás, que pinta y escribe á la vez, que anda á pié y á caballo, que cada dia está en diverso punto y come en distinta mesa; á Caunedo, que manda soldados de Arapiles y escribe cartas para *El Dia*; á Mola, el corresponsal, aquí como en Italia, del *Diario de Barcelona*; á Vallejo, que es á un tiempo soldado y pintor;

á Iriarte, el dibujante, corresponsal de *El Mundo Ilustrado*, que hace sus láminas sobre la tabla de un cajon; á Chebalier, el corresponsal de *El Constitucional*, que ha hecho con sus compatriotas la campaña de Argelia, y que es quizá el que mejor ha acampado entre los corresponsales.

»Tiene una tienda pequeña, pero bonita, cómoda y segura; y su traje, hasta su baston, le dan cierto carácter de escritor peregrino, ó aventurero; Boyer, que tiene á su cargo las correspondencias de *La Independencia Belga*, acampa con Arce, con Lafuente, Alcántara y con el ayudante Alvarez, el prisionero de los riffeños. Iradier escribe un himno, recuerdo de África, que parece dedicará al general Prim; el corresponsal de *El Times* habita en la tienda del marqués de San José, y Gimenez, el corresponsal de la prensa sevillana, es tan celoso de su mision, que es una pregunta perpétua.

»Al mediar el dia se avivan los hornillos, y al declinar el sol, entre los acordes de las músicas marciales y esas armonías de la tarde que se van apagando con la luz del astro rey, se preparan los ranchos, y con el crepúsculo se vuelve á servir el arroz y la carne, el vino y los postres, de los que lo tienen.

«Entonces se retiran las fuerzas que salen á proteger los trabajos de fortificacion, los soldados marineros tornan á sus tiendas, cesan de cruzar los campos las galeras ó carros de la Mancha, que con las acémilas, se ocupan en los trasportes, y las lanchas de los vapores llevan á bordo á los que durante el dia abandonaron los camarotes.

»El sol poniente tornasola entonces las banderas de los buques y los haces de banderolas del campamento de caballería, y hace brillar como bruñida plata los copos de nieve que coronan las peladas cimas del pequeño Atlas: las marinas brumas se confunden con el humo del campamento, y las risas, los cantares, los dichos agudos del soldado, se oyen por do quiera.

»Despues de la comida hay tambien sus paseos higiénicos, su ratito de café, para algunos en la tienda fonda de los Sres. Abascal y Fontan, y hasta sus tertulias de campaña. Esta es la hora de las murmuraciones, de las noticias, de las confianzas y de los cuentos.

»Se fuma, se bebe, se charla, se juega y mata el tiempo, en fin, que es un poderoso enemigo, con el cual nunca se acaba.

»Tienda de general hay donde la tertulia suele tomar el carácter de un té literario donde se vierten versos y se leen manuscritos.

»Este general diputado, á quien V. conoce, escribe hoy una obrita profunda y chispeante á la vez, que lo mismo puede figurar en el gabinete de un literato que en la biblioteca de una mujer elegante. A su faja une su cartera y puede decir con un poeta morisco:

Tomo la pluma ó la espada
como la ocasion requiera.

»Al toque de retreta se suelen terminar estas pequeñas reuniones, se deshacen los corrillos de los soldados, se van apagando las luces de la ribera del rio que durante las primeras horas de la noche semeja una alegre velada. Y una hora mas tarde tambien las fogatas dejan de iluminar el campamento.

»Entonces solo algunas entreabiertas tiendas dejan escapar los fulgores de una bugía, á quien tal vez sirve de candelero una bayoneta clavada en tierra ó el casco de una botella vacía.

»Poco despues se estinguen las últimas frases y las últimas risas, y solo se oye el ruido de la voz de los centinelas y solo de vez en cuando se vé una linterna de algun tertuliano que viene tarde en busca de su cama.

»Escasas y diseminadas hogueras indican aun las guardias, y el farolillo de algun vendedor revela su codicia, su aficion al comercio.

»A esta hora el mar semeja una ciudad flotante por las numerosas luces de las embarcaciones fondeadas, y el campamento moro, llamado de Gelilí, se distingue entre la sombra como un grupo de ténues y fantásticas luces que poco á poco van desapareciendo.

»Así se pasa la noche, así se pasan los dias, los marineros dicen que el buen tiempo no durará mucho, fundándose en el mar y en no sé qué movimientos de las arañas acuáticas. Si esto aconteciese, el cuadro no seria tan risueño, ni la vida tan animada, ni la perspectiva tan pintoresca. Ojalá, pues, que no acierten en sus vaticinios.»

XIV.

Por la mañana del 26 se observó que la víspera, y á favor de la

oscuridad, algunos moros hubieron de bajar hasta el sitio ocupado por el baluarte de la *estrella*, pues se vió que habian destruido los perfiles que estaban construyendo los ingenieros.

Se levantó lo desecho, pero volvió á ser destruido por la noche, como luego veremos.

A cosa del mediodía del 26 se oyeron partir grandes descargas de lo alto del campamento moro. Como es de presumir, tan inesperado estruendo hizo que todos abandonaran sus tiendas para fijar la atencion en tanto estrépito.

Los soldados empezaron en seguida á hacer sus comentarios.

Unos decian que los marroquíes se habrian declarado en rebelion á causa del pliego del general Odonell que llevó el moro puesto en libertad, otros decian que era *el santo* del emperador, y por consiguiente dia de gala entre los moros; otros que hacian el ejercicio; otros en fin, que celebraban alguna cosa.

Mas tarde se dijo que aquel estrépito habia sido una muestra de regocijo por haber recibido los moros un refuerzo considerable, mientras que otros aseguraban que era por la llegada de un santon. Generalmente, se atribuyó á ceremonia religiosa, pues coincidió con que durante todo aquel dia floló una bandera blanca en la Alcazaba de Tetuan.

No hubo nada mas de particular en este dia.

XV.

El 27 fué dia de mas incidentes.

Volvió á observarse por la mañana que los moros habian aprovechado la oscuridad de la noche, para de nuevo volver á destruir parte de los trabajos del baluarte. Así pues, decidióse poner aquella noche una emboscada por si tercera vez se atrevia á volver el enemigo. Para ello determinó el general Rios que se ocultaran 50 hombres con cuatro ó cinco cornetas, y que tan luego como sintieran la aproximacion de los moros y los tuviesen á tiro, hicieran una descarga cerrada siguiéndose el toque de ataque.

Pronto veremos el resultado que dió esta maniobra.

Sigamos entretanto la historia de los acontecimientos de aquel dia.

El general en jefe pasó la mañana visitando las fortificaciones, cuyos reductos contaban ya con algunas piezas de artillería.

Los moros por su parte no desperdiciaban el tiempo, dedicándose tambien á labrar sus reductos ante la plaza. Distinguíaseles perfectamente ocupados en sus faenas.

Ocurrieron dos desgracias en el campamento del general Rios. Fué la primera, que hallándose un soldado desarmando su fusil dentro de su tienda, salió el tiro en la desgraciada ocasion en que atravesaba por fuera otro soldado. La bala atravesando la frágil pared de lienzo que encontró al paso, fué á dar en una pierna del segundo, la cual tuvo que serle amputada al momento.

La segunda fué mas romántica, pues consistió en el suicidio de un soldado de la misma division, ignorándose la causa que pudo haberle arrastrado á semejante desvarío.

Ya que hablamos de la division Rios, digamos de paso que, como novata fué en aquellos dias el blanco de las enfermedades. Muchas fueron las bajas que tuvo por esta causa, pero los soldados resistian este cruel azote con la misma alegría que anteriormente sus compañeros, los que habian sufrido ya toda su cólera cuando estuvieron acampados en las llanuras del Otero, del Serrallo y de la Concepcion.

Quedaron desembarcados hasta catorce mil metros de rails para la colocacion de una via férrea que desde la playa debia ir á Tetuan.

Aquella noche volvieron los moros y cayeron en la emboscada. La fuerza que se habia apostado disparó contra ellos en cuanto les oyó llegar, y conseguimos alejarlos y escarmentarlos, sin ninguna baja por nuestra parte, mientras que los moros dejaron un reguero de sangre á lo largo del camino por donde huyeron.

Una cosa parecida ocurrió en la trinchera del segundo cuerpo de ejército, en la cual habia mayor vigilancia que otras noches y á la cual se aproximaron tanto, que tuvieron ocasion de disparar á quema ropa un pistoletazo sobre el oficial que hacia el servicio de trinchera. Afortunadamente este oficial salió ileso, ninguna baja tuvimos tampoco por este lado, y los moros dejaron algunos pares de babuchas tintas en sangre y algunas baquetas de espingarda que no pudieron recoger.

Uno de los soldados encontró al pié de la trinchera la siguiente proclama, que vamos á insertar testualmente, con todas sus barbaridades y faltas de ortografía, y que sin duda era obra de algun renegado español, escapado de alguno de los presidios de Ceuta ó de Melilla.

Decia así.

A LA TROPA ESPAÑOLA.

Tetuan 27 de enero.

«Nos vino noticia que en las crónicas ponen que los españoles dicen que el español que se viene al moro que le matan y que los ponen *irsos* y los dejan sin comer. Eso es mentiras. El español que viene anosotros le damos de comer y le damos ropa si le haga falta, y si quiere cambiarse moro que se cambie y si quiere quedar cristiano que se quede y si viene alguno herido lo melecinamos. Como tenemos españoles estan bien cuidados y libres.»

¿Qué efecto produjo la lectura de esta proclama?

El mismo en el general en jefe que en el de los oficiales, que en el del mas ínfimo soldado.

El de la risa.

XVI.

Volvamos por un momento á hablar de la division Echagüe acampada en las posesiones del Serrallo.

El dia 28 fué interrumpida la monotonía de su tranquilidad por un amago de combate, y decimos amago, porque realmente ni llegó á ser combate.

Hé aquí lo que pasó:

Serian sobre las cuatro de la tarde del 28, cuando un peloton de moros, que apareció hostilmente en la falda de la montaña del Renegado, por la vertiente que da al mar, rompió el fuego sobre nuestros

soldados del regimiento de Granada, que se ocupaban en la construccion de un campo que conduce desde el Serrallo á la casa del Renegado, para poder llevar artillería á la posicion indicada; sus tiros fueron inciertos, aunque dirigidos á pelotones, que por hallarse en trabajos, estaban desarmados; esta fuerza se replegó al campamento, y salieron dos compañías del batallon cazadores de Alcántara que estaban guarneciendo el reducto de Isabel II; pero apenas el enemigo vió la intrepidez con que partian nuestros bizarros cazadores, se declaró en retirada sin empeñar el combate.

Poco despues otra fuerza mora hizo fuego á los soldados que guarnecian el reducto del príncipe Alfonso. Los nuestros no tuvieron ningun herido ni quisieron tampoco desperdiciar municiones, pues que con una sola carrera lograron dispersar á los árabes.

XVII.

El mismo dia 28 partió de la ria de Tetuan, en direccion á Gibraltar el vapor inglés *Eard of Lonsdale*, que habia salido de aquella poblacion el dia 23 por la mañana con porcion de pasajeros curiosos, oficiales de aquella guarnicion, y el Sr. Escandella, obispo católico de Gibraltar.

Los pasajeros todos volvieron á sus hogares llenos de admiracion, despues de haber visto detenidamente el campamento español y haberse aproximado al marroquí.

Fueron atendidos por nuestros generales y oficiales con la finura y amabilidad propia del carácter español, habiéndoles acompañado á recorrer todo el campo. El obispo montó el caballo del general Prim, y se sabe que á su regreso á Gibraltar hizo grandes elogios de todos, y muchísimos del buen sentido de nuestro ejército que, siempre entusiasmado y lleno de fuego, deseaba con afan lo llevasen al campamento marroquí para concluir con los moros.

Presenciaron los trabajos en el campamento, vieron fortificar los fuertes Martin y playas inmediatas, construir sin descanso buenos caminos para conducir artillería y demás efectos los hombres metidos

en fango y habiendo en las lagunas agua hasta la rodilla, pero con una decision, prontitud y voluntad admirables; y como esto lo repitieron en medio de grandes elogios, el gobernador de Gibraltar entró en deseos de visitar á su vez nuestro campamento y se decidió á salir con este objeto al dia siguiente, acompañado de una porcion de oficiales é ingenieros.

XVIII.

Efectivamente, la visita del gobernador de Gibraltar al campamento tuvo lugar el dia 29.

Llegado en frente de la ria el vapor inglés, que llevaba á su bordo el gobernador, este, cuyo nombre era mister Codrington, envió á pedir permiso para desembarcar con los oficiales que le acompañaban, pertenecientes todos á la guarnicion de Gibraltar, permiso que acto contínuo le fué concedido por el general Odonell.

Inmdiatamente de haber desembarcado, pasaron á visitar al general en jefe, que los recibió cortesmente, como quien era él y quien eran ellos, les dió caballos y escolta para que hiciesen su escursion, y dispuso que el brigadier Gurrea, que posee perfectamente el inglés, les acompañara y enseñase todo.

Todo lo visitaron con nimia escrupulosidad, estuvieron examinando minuciosamente nuestras posiciones, preguntándolo todo con mucha insistencia, admirándose ante el magnífico tren de sitio, que á la sazon se estaba desembarcando aun, y recorriendo en todas direcciones nuestro campamento.

Esta visita llamó de un modo estraordinario la atencion y se hicieron muchos comentarios. Generalmente se creyó que el gobernador de Gibraltar llevaba una segunda idea. Todo el campamento al menos lo creyó así.

Entre dos y tres de la tarde de este mismo dia las baterías de la moruna Alcazaba y otra que resguardaba las puertas de la ciudad, hicieron lo menos cuarenta salvas, por cierto con bastante regularidad y órden. Media hora despues, los moros acampados estuvieron dispa-

rando sus armas en toda la línea, como si saludaran tambien ó celebraran algun suceso notable.

Díjose al principio que la causa de este regocijo era una festividad religiosa entre los moros, luego se añadió que era por el regreso de Muley Abbas que se habia marchado á Tánjer y volvia con tropas de refresco, pero finalmente se supo la verdad del caso. Lo que se celebraba era la llegada al campamento de Side ó Muley Ahmet, hermano del emperador y de Muley Abbas, y otro de los generales del imperio marroquí, con ocho mil hombres de refuerzo, entre los cuales se contaban dos mil ginetes de la famosa guardia negra.

Este mismo dia efectivamente apareció un nuevo campamento marroquí, situado al pié de la llanura, un poco mas á la derecha del que habia en el mismo sitio en direccion á la ciudad.

El general Odonell, despues de haber recibido al gobernador de Gibraltar, recibió tambien á una comision de oficiales prusianos, llegada el dia anterior al campamento, y compuesta de dos oficiales de estado mayor, uno de infantería y otro de húsares. Iban á despedirse del general para volver á los pocos dias, pues su objeto era solo el de pasar á Algeciras para comprar caballos á fin de poder seguir las operaciones de la campaña.

Otra novedad tuvo lugar en este dia.

El general Zabala habia llegado de Ceuta, y, sin aguardar la completa curacion, quiso volver á encargarse del mando del segundo cuerpo de ejército que desempeñaba interinamente el general Prim. En su consecuencia, este tornó á ponerse al frente de la division de reserva aumentada con la otra division del general Rios, dirigiendo á las tropas del segundo cuerpo, antes de separarse, la elocuente despedida que copiamos á continuacion:

Orden general del segundo cuerpo, correspondiente al 29 *de enero de* 1860, *en el campamento sobre el valle de Tetuan.*

»Soldados del segundo cuerpo: vuestro digno comandante general, conde de Paredes, vuelve á ponerse á vuestro frente. Yo me separo de vosotros para mi nuevo destino, lleno de orgullo de haber tenido ocasiones en que apreciar vuestro valor y brio.

»Las jornadas del 8, 10, 12 y 14 del actual os dan derecho á contaros entre los bravos de los bravos. Ellas dejan en mi ánimo la li-

sonjera impresion que produce el cumplimiento del deber en aras de la gloria de la patria.

»Juntos combatimos, juntos nos hallamos y juntos nos veremos aun en el campo de batalla, llevando adelante, siempre victoriosa, nuestra noble bandera..... El minarete de Tetuan la aguarda! ¡Allí de nosotros por Castilla y nuestra Reina!!»

«*El conde de Reus.*»

Sin embargo, el general Zabala, mas pundonoroso que fuerte, contando con su voluntad mas que con sus fuerzas, fué al campamento solo para tener que abandonarlo al siguiente dia, y por esta vez completamente impedido.

Al dia siguiente de haber tomado el mando, tuvo de nuevo que renunciar á él, viéndose obligado á marchar á la península.

El general Prim fué, pues, nombrado general en jefe en propiedad del segundo cuerpo de ejército, nombramiento que fué muy sentido en el cuerpo de reserva, donde se le miraba por jefes y soldados con particular cariño.

Pero, prosigamos la historia del dia 29.

La primera disposicion que adoptó el conde de Reus apenas se encargó de la reserva, fué la de artillar en seguida el reducto de la *Estrella* para evitar que los moros volviesen á destruirlo.

Tambien dispuso que aquella noche se pusiese un batallon de emboscada para escarmentar á los moros si se presentaban.

Con motivo de haberse dado á reconocer nuevamente el conde de Reus como jefe del cuerpo de reserva, compuesto entonces de las divisiones al mando de los generales Rios y Rubia de Celis, todas las músicas del cuerpo se reunieron á las siete de la noche para darle una serenata.

Terminada esta, el toque de silencio lo impuso completo al campamento, pero no tardó en ser interrumpido por tres nutridas descargas, una tras otra, que resonaron de pronto, causando la alarma consiguiente.

Era el resultado de la emboscada.

Cumpliendo las órdenes del general conde de Reus, el batallon de cazadores de Vergara, al mando del segundo comandante D. Amable Escalera, ayudante del general, fué á emboscarse en las inmediaciones

del reducto de la *Estrella*. Entre nueve y diez de la noche, los árabes fueron, como ya habian tomado de costumbre, á desbaratar los trabajos; el batallon les dejó acercar, y cuando les tuvo casi á boca de jarro, les hizo tres descargas seguidas que los desbarataron completamente, haciéndoles retrocer azorados y dejando en el campo algunos muertos, sin que nosotros tuviésemos que lamentar desgracia alguna.

Un oficial escribió con fecha de este dia una carta, en la cual leimos el siguiente párrafo, que bien se conoce que está dictado por el entusiasmo:

«La salud ha mejorado notablemente, reina una animacion, un gozo y contento tal, que es difícil de esplicar. La vista de Tetuan, que tenemos en frente y la del enemigo, que se halla acampado en el estribo de una cordillera que termina en la misma Alcazaba de esa agarena ciudad, nos electriza de tal modo, que ansiamos por momentos entrar en dicho punto y clavar en ella el pendon de la religion del que, por redimir nuestras faltas y pecados, quiso morir en una cruz por amor al hombre.»

En otra carta, fechada el mismo dia, leimos otro párrafo, que merece tambien ser trasladado.

«Hoy domingo, dice, á las once de la mañana, se ha celebrado una solemne misa desde un terrado de la Aduana, que pocos dias há servia de solaz y recreo á las moras del jefe de la Aduana, por el virtuoso capellan del segundo regimiento de Iberia D. José Rubirnos, la que ha oido el general en jefe, su cuartel general y el ejército todo con la mayor pompa y recogimiento. Terminado este acto, las tropas se han retirado á sus campamentos, y el esforzado general Odonell, con una valentía propia de un subalterno, ha practicado con solo su escolta un atrevido reconocimiento, llegando casi al mismo campamento enemigo.»

XIX.

Nos hacemos la ilusion de creer que nuestros lectores no han de encontrar monótono el dietario que estamos redactando, pues procu-

ramos hacerlo todo lo mas ameno y variado posible, dentro del círculo histórico, poniendo el cuidado mas especial en que no nos pase nada por alto y consignando cuantos hechos y noticias nos es posible recoger.

Ya otras veces hemos indicado que creíamos llenar así los deseos de todos.

El editor prometió en el prospecto de las *Jornadas de gloria* que seria una obra histórica. Nos toca á nosotros cumplir la promesa de nuestro editor, y hé aquí porque hemos adoptado la forma de dietario, entresacando de correspondencias, de cartas particulares, de partes oficiales ó de narraciones que nos han hecho testigos de vista, los sucesos que corresponden á cada dia, cuidando de que no se nos escapara ni el episodio mas insignificante. Solo que, así como lo hemos ido haciendo hasta ahora, cuidaremos que de aquí en adelante tenga nuestra relacion toda la amenidad posible, á fin de que, sin apartarse del carácter histórico, reuna el interés dramático al interés que tiene ya la simple relacion de los sucesos para todo corazon patriota y español.

Afortunadamente, vamos á entrar en la parte épica de nuestra campaña de África, y á mas de los sucesos de la la guerra, tenemos que relatar la espedicion de los catalanes, la historia, que parece novelesca, de Ali Bey, y la vida de Prim.

Luego tropezaremos con estos asuntos que son dignos en verdad de que se ocupara de ellos pluma mejor cortada con la nuestra.

Continuemos por de pronto relatando lo que pasó en los pocos dias que nos quedan antes de llegar al 4 de febrero, dia para siempre memorable, jornada cuyo recuerdo vivirá eterno é imperecedero en el libro de nuestras grandes glorias, como imperecederos y eternos viven en él los de las jornadas de Pavía y de Lepanto.

¿Qué sucedió el 30, cuyos hechos nos toca narrar ahora?

Lo mas notable de este dia fué el ser víspera de una grande accion.

Se cuenta que una de nuestras avanzadas hizo prisionero á un moro, que estaba indefenso por otra parte.

Llevado al campamento, y al ver el uniforme de los húsares, el moro dijo que en su campo habia visto uno igual que lo llevaba un

cristiano cogido en la accion de Castillejos, el cual no se separaba de la tienda de Muley Abbas en donde se le trataba perfectamente.

Mas tarde se supo que el moro decia verdad.

Era realmente un oficial nuestro al que se habia juzgado muerto y que afortunadamente estaba prisionero solo.

Quedaron desembarcados víveres para el ejército para mas de 30 dias, y á este tenor municiones y efectos de guerra, operaciones todas que ejecutó la marina con una actividad prodigiosa, haciéndose digna de los mayores elogios.

«Crea V.—nos escribian del campamento con fecha de este dia—que todos nosotros admiramos el trabajo de la marinería, que se pasa el dia metida en el agua hasta la cintura desembarcando efectos ó bien manejando el remo para transportar objetos, sin que muchos dias descanse ni aun para comer.

»Solo habiendo visto estos esfuerzos, que bien pueden llamarse sobrehumanos, se comprende el gran aprovisionamiento que se ve hoy en tierra, cuando hace dias no habia nada absolutamente. Nunca me cansaré de elogiar el trabajo de nuestra marina, y los buenos servicios que está prestando.»

XX.

Accion del 31.

El mes de enero empezó y terminó gloriosamente para las armas españolas.

La accion del 31 fué digna de la del 1.°

En este mes, nuestro valiente y sufrido ejército verificó una marcha gloriosa, llena de azares y fatigas, sin que la tenaz resistencia y los repetidos esfuerzos del enemigo, la furia de los elementos y las asperezas de salvajes montañas le hayan hecho retroceder un paso ni vacilar un solo momento. El camino que siguió lo fué regando de generosa sangre, abundantemente vertida; cada punto que escogió para descanso, fué señalado por una espléndida victoria.

Para dar cima á las glorias de este mes, el 31, en reñida batalla,

fué derrotada y perseguida hasta sus últimas posiciones la morisma numerosa cual nunca, como siempre osada, y con el nuevo estímulo de que dos hermanos del emperador la conducian al combate.

Muley Abbas y Side Ahmet fueron en efecto quienes dirigieron esta accion, mandando el uno el ala derecha y el otro la izquierda de su ejército.

Serian las nueve de la mañana cuando comenzó á observarse en el campamento enemigo, que ocupaba las alturas de la torre Gelilí, un movimiento estraordinario. Vióse que tenia lugar una gran reunion de moros de infantería y caballería, los cuales poco despues empezaron á descender hácia el llano, con marcada tendencia de dirigirse á envolver la derecha de nuestras posiciones.

La posicion de nuestro ejército acampado, era en aquellos momentos la siguiente: el cuerpo de reserva, á las órdenes del general Rios, cubria la vanguardia, apoyando su izquierda en la Aduana y su estrema derecha en el reducto de la *Estrella*, en construccion; como la distancia que separaba á estos dos puntos era bastante grande, acampaba entre ellos, en segunda línea, el tercer cuerpo al mando del general Ros de Olano, cubriendo á su vez á la caballería y á la artillería; el segundo cuerpo de ejército, á las órdenes del conde de Reus, se estendia hasta la playa, protegiendo con una de sus brigadas el flanco derecho de la caballería y artillería.

El enemigo se hallaba dividido en dos cuerpos á las órdenes de los citados príncipes Muley Abbas y Muley Ahmet. La fuerza del primero, compuesta, segun declaraciones que luego hicieron los prisioneros, de 10 á 12,000 infantes y 3,000 caballos, se agrupaba al pié de la torre de Gelilí, cercada por sus grupos de tiendas colocadas en las cimas de los cerros que constituyen el estribo avanzado de la Sierra Bermeja, donde se halla aquel ruinoso torreon. A su derecha, y al pié de las puertas de Tetuan, en terreno ligeramente elevado sobre el llano, se esparcia en dos distintos grupos el campamento de Muley Ahmet con sus 4,000 infantes y 9,000 caballos.

El terreno que separaba á los nuestros de los árabes presentaba toda una sucesion de pantanos y lodazales que embarazaban los movimientos de las tropas, obligadas á atravesarlos con agua hasta la cintura en algunos de ellos.

Advertido el general Rios del movimiento del enemigo, puso inmediatamente sobre las armas á las tropas de su mando, reforzándose con el batallon de cazadores de Vergara al de Luchana que se hallaba de servicio avanzado en el fuerte de la *Estrella*, mientras que el general en jefe con su cuartel general se trasladaba á dicho punto dando órdenes para que todas las tropas se pusieran sobre las armas.

El cuerpo de reserva formó nuestra izquierda en el órden siguiente: un batallon del regimiento infantería de Zaragoza, un escuadron del regimiento lanceros de Villaviciosa y la compañía de artillería de montaña afecta al quinto regimiento á pié, apoyados en el puente por donde corta la calzada de Tetuan el riachuelo Alcántara: la segunda brigada de la segunda division y los batallones restantes de la primera brigada de la misma, formaron en escalones de masas por batallones, quedando enlazados por la derecha con la primera brigada de la primera division rompiendo desde luego el fuego de nuestras guerrillas con las avanzadas enemigas.

La division de caballería al mando del general Galiano, formada en dos líneas, á los flancos de un escuadron del regimiento artillería de á caballo, avanzó en una direccion oblícua sobre nuestro flanco derecho, para oponerse al manifiesto intento del enemigo de envolvernos por aquel lado; pero este, al notar nuestros preparativos, varió de plan, y dejando una parte bastante numerosa de su caballería que siguiese amagando aquel costado, corrió el resto de sus fuerzas hácia su centro.

Entonces el general Odonell hizo variar de direccion á nuestra caballería situándola á la derecha del reducto de la *Estrella*, mientras el tercer cuerpo avanzaba tambien á tomar posicion sobre la derecha y retaguardia de aquella division. Tres escuadrones del regimiento de artillería de á caballo se situaron asimismo en la inmediacion del reducto, en los intérvalos de los cuadros de la infantería del tercer cuerpo que acababa tambien de tomar posicion en nuestro centro, y rompieron el fuego de granada contra el enemigo.

Las tres baterías del segundo regimiento montado y las tres del tercer regimiento montado de posicion, quedaron de reserva en los primeros momentos del combate, pero avanzaron sucesivamente, sosteniendo luego durante toda la jornada un vivo cañoneo de granadas y metralla.

Finalmente, el segundo cuerpo del ejército formó nuestra derecha, pronto á obrar cuando las circunstancias lo exigiesen.

Tal era la posicion de nuestras tropas.

Al principio, segun ya hemos indicado, solo hubo un tiroteo de guerrillas, pero no tardó en formalizarse la accion.

El general Rios dispuso todas sus tropas en columnas paralelas y avanzó al frente de la segunda brigada, compuesta del regimiento de Iberia, de un batallon de Cantabria y del provincial de Málaga. Protegida por estas fuerzas de infantería, marchaba una brigada de artillería, y seguia en pos de la primera, como de reserva, la segunda brigada, formada con los dos batallones de Zaragoza, uno de Bailen, otro de Soria y el escuadron de lanceros de Villaviciosa cerrando la retaguardia.

En esta disposicion avanzaron de frente con imperturbable serenidad atravesando grandes pantanos, que eran invisibles hasta llegar á ellos y en los cuales se hundian en cenagoso fango á cada paso que daban. Salvando estos obstáculos, que quizá para otros soldados hubieran sido insuperables, y siempre bajo un fuego mortífero é incesante, desalojaron á los moros de todas sus posiciones, llegando hasta el pié de las huertas mismas de Tetuan.

Una vez allí, salieron á su encuentro, como en furiosa avenida, dando salvajes alaridos, blandiendo sus armas y corriendo en todas direcciones, unos 1000 ginetes árabes. Era un instante tan crítico y supremo como el de la accion primera en que aquellas mismas fuerzas entraron en fuego, y que llevamos ya referida, pero tambien como entonces recurrieron al mismo medio que les habia salvado.

Los batallones de Iberia, Cantabria y Málaga formaron el cuadro tan tranquilamente como si estuviesen en parada, arengóles ardorosamente el general Rios, y dando un viva á la reina, mandóles armar bayoneta, y al paso de carga, que tocaban las músicas y bandas, marcharon los cuadros en este órden á vanguardia, haciendo retroceder al enemigo que se aterrorizó ante nuestras bayonetas.

A todo esto, en la derecha tenia lugar un combate mas empeñado si cabe. Como el enemigo acababa de reconcentrar su numerosa caballería en el llano de nuestro frente, el general en jefe dió órden al general Galiano para que, avanzando con su division, la cargase

en el momento oportuno. En su consecuencia, pasó este general los pantanos que tenia á su frente, no sin grande dificultad, ínterin el brigadier Villate, jefe de la primera brigada, cargaba con los escuadrones de la Reina y el Príncipe, llevando al del Rey en reserva, y mientras el brigadier conde de la Cimera, á cuyas órdenes estaba la segunda brigada, amagaba por la izquierda con un escuadron, sostenido á poca distancia por el cuarto de húsares y ambos por los de Farnesio y Villaviciosa.

La brigada de coraceros, que aun no habia tenido ocasion de hacer prueba patente de su ardor contra los marroquíes, aprovechó entonces la que la suerte le deparaba, y cargó á fondo.

Brillante y admirable fué la carga. El enemigo fué arrollado hasta una hondanada al pié de una estribacion de colinas paralela á las de la torre Gelilí y situada á nuestra derecha, pero en ella se hallaban ocultos mas de 1500 caballos, y en las vertientes opuestas de las colinas apareció como por mágia una gran muchedumbre de ambas armas, que con salvaje vocería coronó las cimas y rompió un fuego mortífero contra nuestros escuadrones.

En tal situacion, y ante fuerzas superiores en caballería, era forzosa la retirada; maniobra siempre difícil ante un enemigo que, si bien huye ante todo movimiento de avance, se lanza con ímpetu furioso cuando lo ve iniciado de retroceso.

Sin embargo, merced á los esfuerzos del brigadier Villate, del jefe de Estado Mayor y de los que personalmente hizo el general Galiano, pudieron los escuadrones permanecer reunidos, y verificaron aquel movimiento, no sin dar otras tres cargas sucesivas durante él á la muchedumbre mora, causando numerosas bajas en sus grupos.

La resistencia de nuestra caballería, en medio de que fué muy vigorosa, lo hubiera sido mas aun, si en su veloz é irresistible carga no hubiese encontrado á su paso una zanja traidoramente cubierta de ramaje en la que se hundieron con el ímpetu de la carrera varios jefes, oficiales y soldados, que estaban muy dispuestos á combatir contra los enemigos, pero no contra la alevosía.

Afortunadamente, en el momento crítico que hemos mencionado, entraban en primera línea los batallones de Baza, de la Albuera y de Ciudad Rodrigo, del tercer cuerpo. El segundo batallon de la Albue-

ra formó el cuadro, y un escuadron del regimiento de artillería á caballo, que avanzó al galope, rompió el fuego por el frente del enemigo, en tanto que el general García, avanzando sobre el flanco izquierdo, colocaba en batería otro escuadron del mismo regimiento, rompiendo el fuego, protegido por los batallones de la primera brigada de la primera division de reserva, dirigidos por el general Rubin.

Todos estos movimientos dieron lugar á que la caballería rehiciese sus escuadrones para seguir el combate. La brigada de lanceros, á las órdenes del brigadier conde de la Cimera, habia tambien avanzado á su vez, arrollando á los enemigos que tenia á su frente, pero al notar el movimiento de retroceso de los coraceros, varió de direccion á la derecha, adelantando algunos escuadrones que concurrieron oportunamente á sostener la retirada. El primero de húsares, segun el parte oficial, sostuvo tambien perfectamente su puesto, secundado por el de cazadores de la Albuera, cargando y rechazando á la línea enemiga por la estrema derecha.

Mientras tanto, avanzaba tambien por el mismo lado, con objeto de desbordar el ala izquierda de los moros, la segunda division del tercer cuerpo; pero siendo ya imposible este movimiento por la nueva situacion que este habia tomado, el general Ros de Olano atacó con parte de la primera division las posiciones intermedias entre las alturas de Gelilí y la llanura, al tiempo que el general Quesada, con la primera brigada de la segunda division, formada por los batallones en columna cerrada y protegida por los fuegos de una batería á caballo y otra de montaña, acababa de arrollar por la derecha á la caballería enemiga.

A consecuencia de estos movimientos casi simultáneos, la multitud de caballería é infantería mora abandonó por completo su actitud ofensiva en el llano, replegándose al abrigo de las colinas ya mencionadas, perseguida en su retirada por los certeros disparos de la batería de cohetes, cuyos alcances, multiplicados rebotes y oportuna esplosion, causaron manifiesto espanto entre sus desordenados grupos.

El general Makena quiso aprovechar esta ocasion.

Púsose al frente de dos batallones, uno de Zamora y otro de Albuera, y adelantó con ellos formados en cuadro, decidido á escalar las posiciones enemigas. Lanzáronse con ímpetu, bayoneta calada, y arrollaron al enemigo. El batallon de Baza, el de Ciudad Rodrigo y los

de la segunda division del mismo tercer cuerpo acudieron á reforzar nuestras tropas empeñadas entonces en un combate desigual con un número escesivo de contrarios que crecia y aumentaba de minuto en minuto.

Retrocedieron los árabes no pudiendo resistir al empuje de nuestra brillante infantería, siendo perseguidos hasta las faldas de la sierra, donde se apoyaba la izquierda de su real.

Nuestras tropas se detuvieron un momento al pié de los cerros para cobrar fuerzas, pero se tocó en seguida ataque general, y todos los batallones se lanzaron impetuosamente, acabando por desbaratar y arrollar á la morisma. Ya aquello fué entonces una carnicería.

Mientras esto sucedia en nuestro centro de batalla, el segundo cuerpo de ejército, que, obrando por la estrema derecha, habia iniciado su movimiento atravesando las lagunas y pantanos.....

Pero nuestros lectores nos permitirán que interrumpamos la relacion descarnada de los hechos para dejar hablar á un testigo.

Hé aquí, á propósito de lo que íbamos á contar nosotros, lo que relata en una carta quien presenció desde el cuartel general toda la accion:

«Pocos momentos despues vimos asomar por la parte opuesta del cerro la cabeza de la division del general Prim, que se habia corrido por la estrema izquierda enemiga, en perfecta formacion, con un órden maravilloso. ¡Si vieran Vds. qué efecto produjo la aparicion de estas tropas, tan militarmente organizadas y dispuestas para la pelea! Un sentimiento de admiracion se apoderó de nosotros, y sin querer se escapó de nuestros labios esta lisonjera frase «¡cosas de Prim!» Todo el ejército hace hoy grandes elogios del movimiento arriesgado que el conde de Reus hizo al frente de la division del segundo cuerpo que manda el general D. Enrique Odonell, en el momento mismo en que la accion estaba mas empeñada.

»El general Prim recibió la órden de avanzar sin que se le indicara por donde; dispuso los batallones que debian acompañarle, y emprendió animosamente la marcha, con intento de envolver la estrema izquierda del ejército marroquí. Así atravesó muchas lagunas, donde los soldados se metieron hasta las rodillas en cenagosa agua, y alcanzó á ver la gran masa de caballería enemiga, cerca de 5,000 ginetes,

cuando acometida por las tropas del tercer cuerpo y castigada por los certeros disparos de la artillería, que empleó ayer con bastante éxito los cohetes á la congreve, se replegaba hácia la falda opuesta de la colina al abrigo de un bosque frondosísimo y enmarañado.

»El conde de Reus no llevaba artillería, ni mas caballería que la que compone su escolta; pero eso, ¿qué importaba? Para almas de su temple, las contrariedades nada significan, ni los obstáculos amilanan su valor; antes le enardecen y avivan. Formó, pues, en cuadro los batallones de la division que dirigia, arengándoles breve, pero vigorosamente, como acostumbra.

»Una ocasion se os presenta, les dijo, para alcanzar imperecedera gloria. Sin mas ausilio que el de vuestras bayonetas, vais á combatir contra la caballería enemiga, y á vencerla. ¡Adelante!»

»Las palabras del general produjeron un efecto mágico entre los soldados, que tienen en él la mayor confianza, y se lanzaron contra las huestes contrarias, que no quisieron esperar su llegada. Espantadas sin duda del espectáculo que ofrecia aquella division que habia aparecido allí por arte de encantamiento, cuando menos la esperaban, desaparecieron como sombras por la espesura del bosque, atropellada y vergonzosamente. La escolta del general cargó entonces con el denuedo con que siempre lo ha hecho, perdiendo tres hombres; pero vengándoles suficientemente, arrollando é hiriendo á cuantos encontraba en medio de las dispersas y amedrentadas turbas marroquíes.

»Componian la division que mandaba entonces el general Prim, dos batallones del regimiento de la Princesa, otros dos del de Toledo, uno de Leon y el de cazadores de Alba de Tormes.

«En esta jornada hizo el conde de Reus dos prisioneros y recogió dos caballos.»

Los párrafos que se acaban de leer no pueden ser sospechosos, como hubieran podido serlo para algunos en boca nuestra.

Prosigamos ahora la relacion, que es conforme á la oficial.

A las cinco de la tarde el general en jefe comunicó las órdenes para regresar los cuerpos y divisiones á sus respectivos campamentos. Este movimiento dió principio por el segundo cuerpo, que con el mayor órden, y sin ser molestado por el enemigo, lo verificó por la derecha hasta regresar á su campo.

El tercer cuerpo abandonaba tambien las posiciones que bizarramente habia ocupado, protegiéndose mútuamente sus batallones escalonados para descender al valle, y cubriendo la division de caballería; pero el enemigo, que apoyado en su campamento alto, se habia de nuevo reunido y emboscado en las malezas inmediatas esperando este momento, intentó un audaz ataque contra la retaguardia.

Conocedor de sus hábitos de guerra, el general conde de Lucena habia previsto el caso. Así pues, tenia dispuestos de antemano un escuadron de húsares y otro de coraceros á las órdenes del brigadier Villate, los cuales, lanzados á la carga y seguidos á la bayoneta por la segunda brigada de la primera division al mando del brigadier Cervino, dispersaron por completo al enemigo, que ya no volvió á molestar nuestra marcha.

Mientras tanto, el cuerpo de reserva verificó tambien su movimiento retrógrado en el órden mas perfecto y sin incidente alguno, de suerte que á las ocho de la noche todas las tropas se hallaban acampadas y descansando de las fatigas de aquella gloriosa jornada.

Tal fué el resultado de esta accion trabada por los moros al mando de dos príncipes famosos entre ellos, y con la cual, juzgándose invencibles con los frescos refuerzos que les llegaran de la decantada guardia negra del emperador, creian buenamente recuperar la Aduana, la torre Martin y destrozar por completo el ejército cristiano.

Caro les costó el no haber podido realizar su deseo, pues perdieron mas de 800 hombres entre muertos y heridos, segun las declaraciones de los moros prisioneros ó presentados posteriormente, advirtiendo que gran número de sus muertos quedó en el mismo campo de batalla.

Nuestras pérdidas, segun datos oficiales, fueron: 5 oficiales muertos, 48 jefes y oficiales heridos, 42 soldados muertos y 361 heridos.

XXI.

Esplicaciones, detalles y pormenores.

Hay no poco que contar de esta accion, que coronó perfectamente

el mes de enero tan brillantemente inaugurado por la batalla de Castillejos.

Segun hemos hecho ya otras veces, hemos guardado ciertos episodios para hacer con ellos un capítulo aparte y no interrumpir de este modo la narracion hecha bajo el punto de vista militar.

Comenzamos por decir que la artillería se portó admirablemente, sosteniendo durante todo el dia un fuego tan horrible como certero. Algunas de nuestras baterías adelantaron tanto, que llegaron á estar á 1,120 metros de las enemigas, de modo que las balas de los cañones de á tres del campamento moro llegaban perfectamente.

El conde de Lucena estuvo, durante toda la accion, recorriendo con los oficiales y jefes de su cuartel general toda la línea y presentándose en los puntos de mayor peligro. Hubo momentos en que las balas caian á sus costados como lluvia. En menos de ocho segundos cayeron heridos junto á él un jefe de artillería de elevada graduacion, un correo de gabinete, el auditor del segundo cuerpo, señor Castillo, que estaba allí accidentalmente, y un guardia civil de la escolta.

Algunas personas se acercaron entonces al general en jefe indicándole el peligro en que estaba y manifestándole que no era conveniente se espusiera de aquel modo á las balas enemigas, pero cuéntase que el conde de Lucena contestó sencillamente:

—No las oigo.

Y siguió adelante.

Entre las cargas de caballería que se dieron, distinguióse notablemente el comandante Lagunero, de quien dijo el parte comunicado al general en jefe que *se encontró en todas partes donde mas arreciaba el peligro.*

Cinco fueron los moros que cayeron prisioneros, y uno de ellos, que era un jóven de veinte años, confesó ser el hijo del general de la caballería marroquí.

Este fué quien manifestó que mandaban la accion los dos príncipes hermanos del emperador, añadiendo que solo la infantería mora que habia entrado en fuego subia á 20,000 hombres.

Se refiere el hecho siguiente.

A tiempo que el general Prim ejecutaba su movimiento al frente de la division de D. Enrique Odonell, esta hizo alto un momento, y entonces un ginete árabe que era visiblemente un jefe, pues se le habia visto dirigir durante el combate grandes grupos de infantería y caballería, se adelantó algun tanto hácia nuestros batallones con cuatro ó seis ginetes. Iba vestido todo de grana y se le habia visto siempre en los sitios de mayor peligro.

El general D. Enrique Odonell hizo adelantar por su parte á su ayudante Sr. Maturana con ocho guardias civiles y cuatro ordenanzas, no con objeto de cargar, sino para observar los movimientos del enemigo, pero al llegar al punto que se le habia señalado, se encontró frente á dicho estraño ginete con sus cuatro ayudantes, y á cada lado una docena de ginetes árabes mas.

Sin inmutarse, sin temor alguno, con una bizarría heróica, cargó el Sr. Maturana con los ocho valientes que le acompañaban sobre los marroquíes, y se mezclaron todos, moros y cristianos.

Habiendo caido de su caballo uno de los guardias civiles, ocho ó diez moros dirigidos por su jefe quisieron hacerle prisionero, y entonces el señor Maturana, viendo que era inútil el sable, acudió á su revolver, y mató al jefe é hirió á otros dos moros.

Los enemigos se pronunciaron en retirada, mucho mas cuando dos compañías de la Princesa y una de Toledo se adelantaban para ausiliar á sus hermanos de armas.

Segun la declaracion de un prisionero que se hizo, el muerto era un jefe de alta graduacion en el imperio. Su traje consistia en un riquísimo jaique de grana forrado de seda y con botonadura de seda tambien, llevando debajo una túnica azul y una camisa muy fina.

El general D. Enrique Odonell se quedó con estas prendas y el conde de Reus con el caballo que montaba el ginete muerto.

En una correspondencia leimos el párrafo siguiente:

«La guardia negra del emperador y nuestra brigada de coraceros con el brigadier Villate á la cabeza, estuvieron confundidas durante algunos minutos, hasta que los enemigos huyeron, dejando sembrado de cadáveres el camino, y habiéndoseles escapado varios caballos, la batería de cohetes, dividida en dos secciones, espantó y puso en dispersion á la caballería enemiga. Aquellas serpientes de fuego, aquellas exhalaciones contínuas, aquellas improvisadas centellas, les causaban un asombro y un espanto indecible.»

En otra carta del campamento leimos tambien lo siguiente:

«Un escuadron de lanceros dió una carga en direccion del campamento que los moros tienen en la llanura. Los ginetes mas adelantados llegaron á un sitio en donde los caballos se atascaban hasta la rodilla. Entonces un grupo de infantería árabe cargó á la caballería que tuvo que volver atrás. El oficial que iba mas adelantado y algunos soldados cayeron del caballo y fueron cogidos por los moros. Al oficial le cogieron vivo, y mientras se lo llevaban lo iban desnudando. Así que lo tuvieron en cueros, lo asesinaron dándole tres ó cuatro gumiazos en el pecho, y lo mismo hicieron con los soldados. Cuando se retiraron los enemigos, se adelantó una guerrilla de infantería y trajeron en una camilla el cadáver del oficial.»

Entre los heridos de esta jornada, lo fué nuestro valiente paisano D. Francisco Creuhet, comandante de coraceros, hermano del orador religioso D. Antonio Creuhet, muy conocido en Barcelona. Le mataron el caballo de un balazo, rodó con él al suelo, y precipitándose algunos moros para matarle, le dieron dos gumiazos, ambos en el brazo izquierdo. Debió su existencia al cabo de un escuadron de su mando, que se lanzó á salvarle y lo hizo con peligro de su vida propia.

El herido fué retirado del campo de batalla y al dia siguiente trasladado á Algeciras, de donde escribieron mas tarde que estaba ya fuera de peligro y habia entrado en convalecencia.

Un caballero francés, ingeniero, que se hallaba en nuestro campamento, se presentó cuando ya estaba empeñada la accion al coronel del regimiento de Iberia. Llamábase este caballero Mr. Le Belley é iba acompañado de su hijo, jóven de 14 años. Pidió al coronel que le diera un fusil para él y otro para su hijo, y que les colocara en la compañía de cazadores, pues querian combatir tambien por la causa de la civilizacion y del progreso, de la cual era representante en África el bizarro ejército español.

El coronel le estrechó la mano con efusion, dióle gracias en nombre de la reina y patria, y mandó que fuesen satisfechos sus deseos. Padre é hijo recibieron los fusiles que pedian, y combatieron como valientes á las órdenes del capitan Sr. Carretero.

En una carta dirigida por D. Juan Morzonis, capitan de cazadores de San Fernando, á un individuo de su familia, leimos el siguiente interesante episodio de esta accion:

«Con mi compañía embestí hasta donde nadie habia llegado. Vino luego á reforzarme otra compañía de cazadores de Llerena y otra del Infante, pero luego quedaron á retaguardia, mientras con mis bravos me adelanté hasta colocarme frente de muchísimos caballos enemigos, y conociendo el ardor de mis soldados, les grité: «¡Muchachos, viva la reina, y á la bayoneta!» Fué tan veloz nuestra carga, que en ninguna de las posiciones que tuvieron que abandonar, les dimos mas tiempo que para hacer la primera descarga, algunas de ellas á menos de medio tiro de pistola, y corriendo por unas lomas bastante pendientes, mas de media hora. Llevados por nuestro ímpetu, llegamos á una aldea de unas treinta casas por el estilo de las barracas de las huertas de Valencia; allí se nos resistió hasta tirarnos de unas esquinas á otras de las casas, y como nuestros tiros no fuesen de gran provecho, cargué de nuevo á la bayoneta, de modo que cuando me mandaron hacer alto, no podia contener á mi gente, y sin esta órden, de seguro que entramos en su campamento. Era ya de noche cuando regresamos al nuestro.»

XXII.

El dia 1.° de febrero ambos ejércitos beligerantes descansaron de las rudas fatigas de la batalla anterior.

Tres vaporcitos de poco calado, el *Bulloag*, el *San Dionisio* y el *Tarraconense*, que hacia ya tres dias navegaban por el rio de Tetuan hasta llegar al pié de la Aduana, acabaron de desembarcar el tren de sitio. Estos vapores fueron fletados por el gobierno por ser de construccion á propósito para navegacion de rio, y prestaron grandes servicios. Despues de descargar todo el tren de sitio en el desembarcadero de la Aduana, recibian los heridos y enfermos que debian ser trasladados á bordo de los vapores que estaban destinados al servicio de hospitales ambulantes, y como podian atracarse cuanto era necesario, los heridos eran embarcados en ellos, sin verse espuestos á los crueles sufrimientos inherentes al embarque en pequeños botes, donde antes iban hacinados para no hacer interminable esta operacion.

Por la mañana el general Rios maniobró con toda su division y la del general Rubin á la vista del general en jefe, con una precision y regularidad tales que no lo hubieran hecho mejor en el campo de guardias. Terminadas las evoluciones, se formó una columna de masas, la que desfiló en columna de honor por delante del conde de Lucena, que pareció quedar muy complacido.

El mismo dia llegó á la playa de Tetuan el vapor *Brasil*, otro de los fletados por el gobierno, conduciendo un batallon del regimiento de América y alguna fuerza de caballería.

Ya en aquella fecha estaban concluidos los reductos del campamento, casi se habian artillado por completo, y hasta se habian subido hermosos cañones de bronce á la alta plataforma de la torre Martin. El campamento presentaba, pues, otro aspecto y aparecia entonces como un campo fortificado. De la Aduana partia un gran ramal de trinchera que se estendia por todo el frente del ejército, formando ángulos salientes, para ir en direccion del reducto de la *Estrella;* de manera que, aun cuando el ejército hubiese querido adelantar el cam-

pamento, las pocas tropas que hubieran permanecido guardando aquella línea, quedaban á cubierto de un golpe de mano por parte del enemigo.

En cuanto al reducto de la *Estrella* estaba muy bien situado; defendia la llanura, y sus fuegos combinados con los de la Aduana y de la torre Martin impedian que ningun enemigo se pudiese acercar á un punto en el que hubiera quedado encerrado dentro de un triángulo de fuego. En la Aduana se habia construido un gran almacen de madera que estaba lleno de toda clase de provisiones y de pertrechos de guerra.

Antes de pasar adelante, cumple á nuestro propósito dar cuenta de uno de los mas originales episodios á que ha dado márgen la actual guerra de África. Es un episodio curioso bajo muchos conceptos, y que creemos debe tener lugar en las páginas de la obra que estamos escribiendo.

Una pobre madre, que tenia un hijo en el ejército de África, careciendo de noticias suyas, dirigió una carta al general en jefe preguntándole por el *hijo de sus entrañas*. Es una carta admirable, en cada una de cuyas frases habla el corazon maternal.

Héla aquí, sin alteracion alguna, tal como fué escrita, tal como la recibió el conde de Lucena:

«Esija y enero.

Esentísimo D. Leopordo Odores, conde de Lusena.

Muy Señor mio, una madre que ya ase dos meses que no sabe de el hijo de sus entrañas es la que recure á usía para mereser de su buen corason que me haga usía el osequio de sin pérdida de correo mandar á uno de sus secretarios pues buestra eselensia no es cosa que le escriba auna pobre como yo, como está de salud si es muerto ó erido Manuel Carrascosa y Romero soldado de el primer batallon de el Prinsipe Cuarta compañía n.ª tres ¡ay esselentisimo señor cuanto gusto que tiene mi corason porque mi hijo este al lado de usía para defender la patria y cumplir como soldado con su deber, y cuanta pena tiene mi alma por no tener carta suya ¡ay señor mio por el amor de Dios y el de

buestra familia os suplico que busque á mi hijo y le manden que sin perdida de correo me escriba y si mi hijo está herido ó muerto por Dios que usía me lo mande á desir por vuestro secretario pues si usía tiene hijos sabe cuanto se quieran y cuanto sera mi pena por no saber de el hijo de mi alma; asi le suplico que no desoiga mis suplicas y que me mande á desir cuanto le pido pues hasta no tener contestasion á esta no dejan mis hojos de derramar lagrimas amargas.

Su eselentísima se conserve siempre bueno y libre de todo mal como se lo pide á Dios y á su santísima madre la que á tenido el atrebimiento de incomodarle y le pide á su eselensia mil perdones por aberlo molestado su mas atenta umirde y segura serbidora que besa su mano

JOSEFA ROMERO.

El sobre para Josefa Romero calle de Marín de Parma n.º ocho en Esija Provinsia de Sevilla.

Su Eselensia tambien me ará el osequio de desirle á mi hijo si está en este mundo que me mande á desir si á resibido una carta mia en la que lemando una letra de treinta reales, y una estampa de la Santísima Virgen de el valle nuestra patrona.

Tengo balor suficiente para resibir cuarquiera nueba desagradable de lo que le aya pasado á mi hijo asi su eselensia no tenga cuidado en mandarme á desir lo que le aya pasado pues cuarquiera cosa la llebaré con pa iensi y conformándome con la voluntad de Dios.»

Á la par que el maternal amor, que la solicitud tan natural en una madre, que ve vivir á su hijo en medio de continuados peligros, resplandecen en esta carta una sencillez que encanta, un sentimiento, y un dolor profundos, la conciencia del deber que la patria impone á todo ciudadano cuando necesita su brazo y aun su vida, la resignacion del sacrificio de su hijo querido en aras de la patria y todo el valor necesario para resignarse á recibir la triste y desconsoladora noticia, dado caso que la suerte hubiere decidido la consumacion de aquel sacrificio.

Imposible debia parecerle á aquella buena madre que pudiese quedar sin contestacion su carta, cuando hablaba el lenguaje del cora-

zon, cuando se dirigia al general en jefe con la ruda, pero admirable elocuencia de estas palabras:

Si usía tiene hijos, sabe cuanto se quieren y cuanta será mi pena por no saber de el hijo de mi alma.

La simple lectura de esta carta bastó, pues, para que inmediatamente el general en jefe mandase á su ayudante el Sr. Rizo que tomase informes acerca el soldado Carrascosa.

El Sr. García Rizo se informó, y supo que, afortunadamente para aquella pobre madre, su hijo vivia y habia recibido la letra asegurando á mas que habia escrito á su madre dándole las gracias, solo que la *Zeñora queria que ziempre estuviera escribiéndole.*

Entonces el conde de Lucena contestó á la carta de la afligida madre, con la siguiente, escrita toda de su puño y letra:

«Señora Doña Josefa Romero.

Llanuras de Tetuan 31 de enero de 1860.

«Tan pronto como recibí ayer la carta de usted, manifestando vivos y naturales deseos de conocer el paradero de su hijo Manuel Carrascosa y Romero, soldado de la cuarta compañía del regimiento infantería del Príncipe, comisioné á un ayudante mio para que se informara de sus jefes, y tengo el mayor placer en decirla para su tranquilidad y satisfaccion que continúa perfectamente en las filas, habiendo ofrecido escribir á usted con frecuencia, segun asegura haberlo ya verificado anteriormente, acusando el recibo de la letra á que usted se refiere.

«Lejos de molestarme su carta, aseguro á usted haber proporcionado con darla esta agradable noticia un gran favor á

Leopoldo Odonell.»

El señor ayudante García Rizo pidió al soldado Carrascosa que contestase cuanto antes, y Carrascosa escribió á su madre la siguiente carta cuya ortografía conservamos, y con la cual satisfacia á sus jefes, al mismo tiempo que la natural solicitud de una madre afligida. Decia así:

«A Campamento de africa y enero á 31 de 1860.

«Muy querido padre y madre, me alegraré que al recibo de estas mis cortas letras se allen con la mas cabal saluz que yo parami dese quedando lamia, aDios gracias, para loque gusten mandar, quelo aré con mucho gusto y fina volunta.

»Sabrá uste madre que me adado unsentimiento muy grande por aber es crito usté al general, usté no supo lo que izo, mas presto es de aber es crito al coronel del regimiento, Sbrácomo e recibido oy lasuya, y yo ya leescrito Tres cartas y ninguna me acontestado además de ustedes laculpa meandando sentimientos usté no asabido lo que yo escribir al general á su conocimiento le parecerá que ninguno le escribirá al general, se le figura austé que el general es un soldado, tonta le llamo yo auste, Sabrá que yo mi Padre y á mi Madre nunca les pierdo el Cariño, siempre me estoy acordando de ustedes y siempre les tengo en la me moria: Sabrá usté que erecibido la suya conlos trinta reales el dia beinte del mes pasado y en seguida le contesté usté y el dia beinte y uno le escrito y á José el Ceacero le escrito una carta, Y el dia beinte tube carta de el, y me dijo que le escribiera austedes cada cuatro ocinco dias, no puedo siquiera cada mes por que no hay papel ni obleas para apegarla carta, bien tonto fué el que le aescrito la carta, mas lo siento que si me ubiera dado una puñalada en el corazon, de novedades poraqui aymuchas que poder decir, solo no tengo tiempo hemos tenido bastantes ataques contra nuestros enemigos marruecos: y con esto no cansando mas darán espresiones á mis hermanos y hermanas, tios y tias y á todos los que por mi pregunten.

»Y con esto no canso mas recibirá el corazon de este su querido hijo que berle desea por momentos.

Manuel Carrascosa.

XXIII.

El dia 2 fué el destinado para que las fuerzas que habian quedado

en el campamento del Serrallo acabasen con el pueblo ó la kabila de Anghera.

Así pues, antes de amanecer, emprendió la marcha todo aquel cuerpo de ejército, dejando únicamente en los reductos la fuerza de servicio. Dividido en dos columnas, encargándose del mando de la division de la derecha el general Echagüe y del de la izquierda el general Lasausaye, tomaron la direccion de Anghera por dos distintos puntos con objeto de esplorar mejor el terreno.

La columna del general Lasausaye tomó por la cordillera de montañas, adelantándose para proteger la otra columna. Esta última con el cuartel general penetró por el boquete de Anghera hasta llegar á la sierra en que termina dicho boquete y á la distancia de media legua del pueblo de que toma nombre el mencionado boquete. Otra columna de menos fuerza que las anteriores, porque era la que cubria el servicio, adelantó por la derecha del reducto de Isabel 2.ª dejando casi toda su fuerza escalonada para proteger la retirada.

Las fuerzas del general Lasausaye penetraron en el pueblo de Anghera bastándoles pocos momentos para incendiar las ciento ochenta casas de que se componia, abandonadas por sus habitantes, que eran pocos, y se retiraron con sus mujeres y niños á las montañas inmediatas.

Nuestros soldados recogieron varias armas y trofeos, algunas vacas, becerritos y cabritos, dos tablillas de madera con inscripciones árabes y algunos manuscritos en el mismo idioma.

El regreso al campo se efectuó sin novedad.

Tampoco la hubo en el campamento situado á orillas del Guad-el-Jelú.

Por la mañana se presentó un moro, al parecer de familia distinguida, á cuyo padre, gobernador de una de las provincias del imperio, habia mandado degollar el sultan, segun dijo, por no haberle entregado una suma que se le exigia, añadiendo que se pasaba á nuestro campo á morir, si era necesario, con nosotros, antes que continuar sufriendo la tiranía del emperador.

El pobre traia una gran calentura y la espalda en muy mal estado, porque Muley Abbas le habia hecho dar 500 palos por no querer batirse el 31.

El 2 de febrero era fiesta solemne á causa de ser el dia que la Iglesia consagra á Nuestra Señora por ser el de la Purificacion. Así pues, se dispuso en la azotea de la Aduana un sencillo altar, y todos los cuerpos de ejército acudieron para asistir al santo sacrificio de la misa.

El general en jefe, seguido de los generales jefes de cuerpo y de su estado mayor, fué á colocarse á la cabeza del ejército y muy próximo al sitio donde se iba á celebrar la misa. Un toque de corneta fué el anuncio, el sacerdote se presentó y comenzó la sagrada ceremonia.

Debia de ser un espectáculo sublime el de todo aquel ejército doblando la rodilla ante el Rey de reyes y rindiendo las armas al son de todas las músicas llenando los espacios con los ecos de la electrizadora marcha real, allí, á pocos pasos del campo enemigo, á orillas del sitio en que cuarenta y ocho horas despues debia librarse una gran batalla, allí, teniendo por única nave de templo la bóveda del cielo, bajo los rayos del sol, bajo la mirada de Dios!

Concluida la ceremonia, los soldados se retiraron á sus tiendas, pero se observó que el general en jefe con los generales jefes de cuerpo entraba en la Aduana y, siempre con ellos, aparecia poco despues en la azotea, donde permanecieron juntos largo rato con las miradas fijas en los sitios que ocupaban los enemigos.

Era que Odonell estaba esplicando á los generales de division la batalla que habia dispuesto para el dia 4 al objeto de apoderarse del campamento enemigo. Desde la azotea de la Aduana les detallaba todo el plan y le decia á cada uno la parte que habia de tomar en la lucha.

A continuacion, bajó de la Aduana, y montando á caballo con los generales, se salió fuera del campamento para que, sobre el terreno mismo, pudiera cada cual estudiar y conocer mejor las posiciones que debia ocupar.

Los moros al ver aquel grupo de generales, dispararónle algunos cañonazos desde su trinchera artillada, pero Odonell, Prim, Ros de Olano y Rios continuaron sus estudios é investigaciones del terreno sin inquietarse por las balas de cañon que iban á caer á pocos pasos de ellos.

Terminada la conferencia, y enterado cada cual de lo que debia

hacer, despidiéronse todos del general en jefe, y el conde de Reus llamando á sus ayudantes de órdenes, hizo comunicar las necesarias para que aquella tarde formara su cuerpo de ejército en las llanuras de la playa.

—Yo ya sé mi papel—le dijo á una persona que aquel dia almorzó con él, comunicándole la noticia de la próxima batalla;—ahora quiero ensayar el que les toca desempeñar á mis soldados.

A la hora señalada la division estaba en órden de parada esperando á su general.

El conde de Lucena asistió á las maniobras.

Tuvieron estas lugar de un modo que dejó completamente satisfecho al general en jefe lo mismo que al general Prim.

«Los movimientos,—escribió luego lo persona á quien hemos aludido mas arriba y que tuvo la buena suerte de ser testigo de los grandes acontecimientos que tuvieron lugar aquellos dias en las llanuras de Tetuan;—los movimientos se hacian con geométrica precision y con tal regularidad, que aquellos soldados bisoños, aunque por su traza y porte aguerridos y veteranos, obedecian á las voces de mando y al lenguaje de la corneta, como tocados por un resorte, y lo mismo en grandes masas que por batallones y compañías, lo mismo la artillería que los caballos y los infantes.»

El ejercicio se prolongó por largo rato, y luego que Prim estuvo satisfecho, hizo formar á la division en torno suyo y con su clara, potente y enérgica voz, les dirigió de esta manera la palabra:

«Soldados,—les dijo tendiendo el brazo y señalándoles el campamento enemigo,—allí teneis el término de vuestras glorias, allí os esperan los nuevos é imperecederos laureles que debeis conquistar. Ese enemigo á quien habeis vencido en cien combates, os aguarda por vez primera en sus trincheras con sus cañones, con sus multiplicadas líneas de defensa.

»Pasado mañana—y pronunció estas palabras con fuerza volviéndolas á repetir como para que quedaran bien impresas en la memoria de todos,—pasado mañana vamos á su encuentro y le presentaremos la batalla! Aunque sus fuerzas concentradas son superiores á las vuestras y el terreno les favorece con ventajas, yo tengo la seguridad de que le vencereis! Pero vuestro general no se contenta con esto. Yo

quiero que aquellos cañones sean para los soldados que yo mando.....

—»Sí, sí!—empezaron á gritar los soldados llenos de entusiasmo é interrumpiendo á su general.

»Así lo espero,—continuó Prim;—yo confio en que vosotros los tomareis, porque si así no fuera, vuestros generales irian solos y con el pecho descubierto á tomarlos, y estoy seguro de que no consentireis que vuestros generales mueran abandonados á la boca del cañon.

»Soldados, hasta pasado mañana en que nos encontraremos juntos al frente del enemigo.»

Esta admirable improvisacion fué concluida por el general conde de Reus con un grito de *¡ Viva la reina!*

Los soldados, electrizados por la elocuencia militar de su jefe, desfilaron con entusiasmo delante de él y se retiraron á sus tiendas á prepararse para la batalla que se les acababa de anunciar.

«Quiero que aquellos cañones sean para los soldados que yo mando,» habia dicho Prim.

Para ellos fueron.

XXIV.

El gran acontecimiento del dia 3, víspera de la batalla, fué la llegada de los catalanes al campamento.

Nuestros lectores comprenderán que siendo quien es el autor de esta obra, todo lo concerniente á los catalanes merece mencion especial y capítulo á parte.

LOS CATALANES.

I.

Habiéndose acordado que se formase un cuerpo de voluntarios de Cataluña, lo cual solicitaban con ahinco algunos catalanes entusiastas desde el comienzo de la guerra, accedióse por fin á esta peticion y con fecha 24 diciembre de 1859 el ministro interino de la guerra envió al Excmo señor capitan general del Principado la siguiente real disposicion:

«Excmo. Sr.: En vista de lo propuesto por el capitan general y en jefe del ejército de África, en despacho telegráfico de 13 del actual, respecto á la conveniencia y utilidad de organizar por ahora una corta fuerza de voluntarios de Cataluña con destino al espresado ejército, la Reina (Q. D. G.) conformándose en parte con lo manifestado por V. E. acerca del particular, el 18 del propio mes, se ha servido disponer lo siguiente:

«Artículo 1.° Se organizarán desde luego con la denominacion de *Voluntarios de Cataluña*, y bajo la inmediata direccion del general en jefe del segundo ejército y distrito, cuatro compañías compuestas cada una de un capitan, dos tenientes, un subteniente, un sargento primero, tres segundos, diez cabos, dos cornetas y cien voluntarios.

»Art. 2.° Tendrán ingreso en ellas los naturales del principado que lo soliciten, siempre que á la robustez y aptitud necesaria para el servicio de campaña, reunan la estatura que se requiere para el ejército, y tengan de 20 á 35 años de edad.

»Art. 3.° Desde el momento en que se alisten se les fijará por el

tiempo que dure la guerra de África, que deberá ser el de su compromiso; pero si les tocase á algunos de ellos la suerte de soldados por sus respectivos pueblos pasarán á cubrir su plaza en el ejército, contándoseles para estinguir el tiempo de su empeño el que hubiesen servido en dichas compañías.

»Art. 4.° Los empleos de capitan y subalternos se proveerán en los retirados y licenciados del ejército que lo soliciten, siempre que no escedan de 40 años los primeros y de 35 los segundos. Unos y otros optarán á la colocacion que por sus respectivas clases les corresponda, y solo cuando no los hubiese voluntarios para alguna de ellas, podrán obtener la del empleo superior inmediato al que hubiesen servido en las filas. A falta de oficiales de dicha procedencia, se nombrarán de la de paisano á los que demuestren aptitud para el mando, y hayan desempeñado destinos análogos en otras carreras, ó bien en defecto de estos á los que hubiesen cursado en las Universidades dos ó mas años de estudios mayores.

»Art. 5.° Igual regla se observará para el nombramiento de las clases de sargentos y cabos.

»Art. 6.° Los sueldos y haberes de dichas compañías serán los siguientes: para los oficiales procedentes del ejército, el mismo que los reglamentos señalan á los de sus respectivas clases en infantería, y si procediesen de la de paisano, disfrutarán los capitanes 800 reales mensuales, 500 los tenientes, y 400 los subtenientes. En cuanto á las clases de tropa, su haber mensual será el de 200 reales los sargentos primeros, 160 los segundos, 120 los cabos y 90 los cornetas y voluntarios, sin perjuicio de la racion de campaña que deberá darse á todos como á la demás fuerza del ejército.

»Art. 7.° Por razon de primera puesta se abonarán 200 reales á cada plaza, y para el entretenimiento y reposicion del vestuario, se retendrá en calidad de fondo á cada cabo y soldado un real diario de su haber.

»Art. 8.° Los oficiales é individuos de dichas compañías optarán como los demás del ejército á los premios y recompensas á que por sus servicios se hagan acreedores; siendo el grado de subteniente de infantería la primera á que pueden aspirar los oficiales procedentes de la clase de paisanos.

»Art. 9.° En justa reciprocidad de las ventajas que se les consignan en los anteriores artículos, quedarán sujetos mientras sirvan, tanto los oficiales como las demás clases, á la ordenanza del ejército.

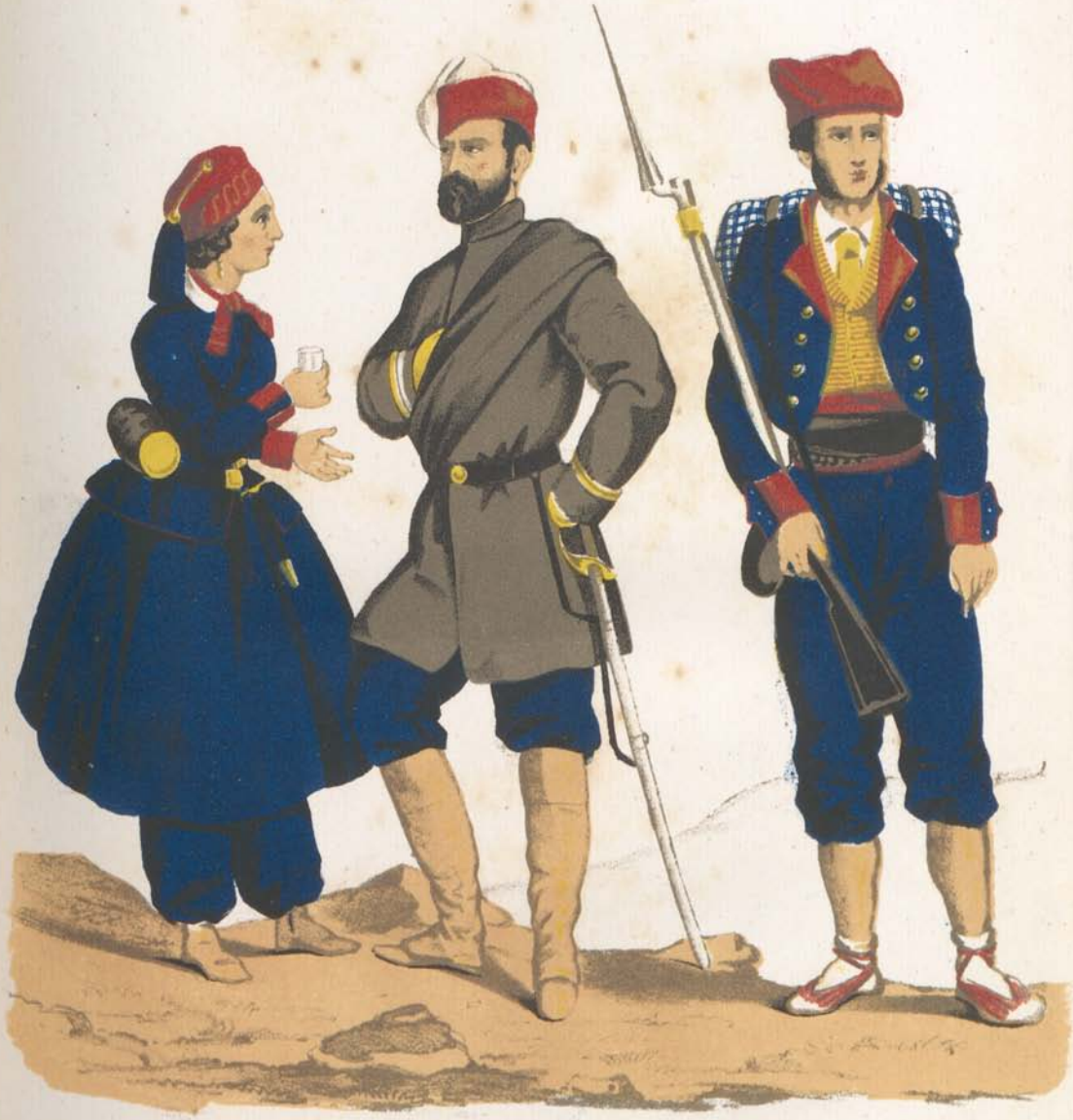
»Art. 10. El mando superior de las cuatro compañías lo conferirá el general en jefe del ejército de África á la persona que considere mas apta para ello.

»Art. 11. El uniforme y divisas que hayan de usar, serán las que les señale el general en jefe del segundo ejército y distrito, con la sola limitacion del ros y el poncho que no podrán formar parte de dicho uniforme.

»Art. 12. El mismo general en jefe queda plenamente autorizado para resolver por sí cuantas dificultades se opongan á la mas pronta organizacion de dichas compañías y su inmediata traslacion á Ceuta, donde recibirán el armamento que el capitan general y en jefe del de África determine.

«Art. 13. Al terminar la guerra y disolverse dicha fuerza, conservarán los individuos de todas clases las ventajas que hubiesen obtenido, y además de los ausilios de marcha, á las de tropa se les dará por via de gratificacion el importe íntegro de dos meses de haber, haciéndose á su favor la oportuna recomendacion, para que en los destinos dependientes de las municipalidades, diputaciones provinciales y oficinas del Estado, se les dé colocacion segun su capacidad y con la preferencia á que se hayan hecho acreedores por sus servicios. De real órden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes.—Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 24 de diciembre de 1859.—Mac-crohon.—Señor general en jefe del segundo ejército y distrito. »

El 24 de diciembre se firmó el despacho que acababa de leerse, y el 27 se anunciaba ya en los periódicos de Barcelona, por medio de aviso firmado por el brigadier jefe de Estado mayor Sr. Malleg, que todos los que quisieren formar parte del cuerpo de voluntarios, se presentasen en la secretaría del gobierno militar para ser reconocidos y filiados si tenian la aptitud que se requeria. A los que aspirasen á empleos de oficiales y sargentos, se les advertia que presentasen soli-



VOLUNTARIOS CATALANES.

citudes documentadas para que en vista de las circunstancias que alegasen y de lo prevenido en los artículos 4.° 5.° de la precitada real órden, pudiese procederse á la formacion del cuadro de las cuatro compañías que iban á crearse.

Al mismo tiempo, al objeto de procurar el mejor acierto y evitar dilaciones, el capitan general D. Domingo Dulce nombró una comision de vestuario y equipo, compuesta del mayor de plaza como presidente y dos de sus ayudantes como vocales.

Esta comision, procediendo con la mayor diligencia, ideó un uniforme sencillo, debiendo atenerse á los 200 reales de primera puesta señalados por el gobierno, pero desde luego conoció que era insuficiente para el servicio á que se destinaba esta fuerza.

En esta situacion crítica acudió en su ausilio la Diputacion provincial, acordando costear por cuenta de la provincia el uniforme y equipo de los voluntarios, cuyo uniforme y equipo fueron á la usanza catalana, tal como lo representa la lámina que acompaña esta obra.

II.

Partida.

Reunido el número de voluntarios que se deseaba, nombrado comandante interino de ellos D. Victoriano Sugrañes, llenas las plazas de oficiales, uniformado y equipado todo el cuerpo, señalóse el dia 26 de enero para su partida.

Desde las primeras horas de la mañana de este dia se observó en Barcelona un movimiento desusado.

El embarque de los voluntarios era el objeto que ocupaba la atencion general.

Varios de ellos eran saludados con efusion y entusiasmo al recorrer nuestras calles. Los estudiantes de la universidad abandonaron sus clases, y con banderas españolas se dirigieron al glacis de la Ciudadela, entonando algunos de ellos festivos cantos y promoviendo todos la mayor algazara. Paulatinamente se fueron cerrando, por haber desertado los operarios, muchas fábricas y talleres. Una multitud inmen-

sa obstruia todas las avenidas del citado fuerte y el paseo de la Aduana, porque todo el mundo dirigia sus pasos al indicado sitio.

Al principio hubo mucha vacilacion en los ánimos. Habíase anunciado el dia anterior por los periódicos que los voluntarios asistirian á las nueve de la mañana, formados por compañías, á una solemne misa en la iglesia de Belen, donde el señor obispo les despediria por medio de un discurso análogo, y que, á la salida del templo, se dirigirian á la plaza de la Constitucion, donde tienen sus palacios la Diputacion y Ayuntamiento, con objeto de ser despedidos por ambas corporaciones.

Esta noticia, que luego resultó equivocada, hizo que desde muy temprano la plaza de la Constitucion y las inmediaciones de la iglesia de Belen, sita en la Rambla, se viesen invadidas por un concurso estraordinario.

A eso de las diez empezó á circular la voz de que los voluntarios pasarian desde la Ciudadela al puerto, sin detenerse, y acabó de convencerse de ello la gente al ver que á dicha hora los cornetas de los voluntarios recorrian la capital para con su toque de llamada reunir á los individuos que aun vagaban dispersos por la ciudad.

Todo el gentío se precipitó, pues, hácia el puerto.

Entre once y doce del dia las inmediaciones de la Ciudadela, plaza de palacio, muralla del mar, paseo de la Barceloneta y anden del puerto ofrecian un golpe de vista admirable. La muchedumbre acudia, ávida de ver á los voluntarios en su carrera y de presenciar su embarque. Todas las clases de la sociedad tenian entre ellos algun conocido, algun amigo, algun allegado ó pariente. Jóvenes de conocidas familias de la capital, entusiasmados por el espíritu de patriotismo, habian sentado plaza de simples individuos; la oficialidad era generalmente conocida de toda la juventud barcelonesa, habiendo entre ellos alguno que abandonaba en aras de la patria sus amores y algun otro que trocaba por la espada la borla del doctorado.

A las once se hallaban los voluntarios formados en la plaza de la torre, dentro del recinto de la Ciudadela, junto con algunas compañías de tropa de línea que debian embarcarse con ellos.

La Diputacion y el Ayuntamiento presenciaban el acto, y era escaso el número de gente que habia sido invitada.

El señor obispo de la diócesis, acompañado de algunos de sus familiares, se presentó en aquel sitio.

Formaban los voluntarios sin armamento, pues debian recogerlo en Algeciras, ocupando los oficiales sus respectivos puestos. Al toque de corneta practicaron una sencilla evolucion, y el cuadro quedó formado encerrando en su interior á las autoridades del fuerte, á varios delegados del Excmo. Sr. capitan general, al señor gobernador civil, señor obispo y las indicadas corporaciones populares.

Entonces el señor obispo les dirigió una breve alocucion, en idioma catalan, recomendándoles la fé religiosa como arma principal de los triunfos en pos de los cuales iban valientes y denodados. Hízoles entrega de algunas medallas con la imágen de la Vírgen de Montserrat, como un recuerdo de su bendicion apostólica, y les amonestó á que tuviesen presente que la guerra en que iban á tomar parte era de honra nacional y de civilizacion y que la divina providencia no permitiria que volviesen á pisar su suelo natal sin haber vengado la primera y procurado, como cumplia, por la segunda.

Fué escuchado este discurso con la mayor religiosidad y silencio, y despues las demás autoridades fueron dirigiéndoles sucesivamente la palabra infundiendo en sus ánimos el valor y la esperanza.

En seguida, á otro toque de corneta volvieron á formarse en órden de parada.

Era llegado el momento de emprender la marcha.

El Ayuntamiento habia muy oportunamente mandado su música á la Ciudadela, y esta rompió sus acordes á la cabeza de las cuatro compañías, en el momento en que su comandante Sugrañes dió un entusiasta grito de *¡Viva la patria!* unánime y ardientemente contestado.

La fuerza se puso en marcha precedida de las indicadas corporaciones.

Al atravesar la última puerta de la fortaleza, el inmenso gentío de que se hallaban pobladas todas las avenidas, se arremolinó precipitadamente para verlos mas de cerca, para estrechar á todos la mano..... Parecia aquella multitud un campo de espigas agitado por un recio vendabal. La madre buscaba á su hijo para abrazarle, quizá por última vez, la hermana buscaba á su hermano, la novia al amante, lloraban unos, otros levantaban brazos y manos al cielo, voceaban

algunos, los mas lanzaban entusiastas vítores al viento..... Aquel espectáculo tenia toda la sublimidad y grandeza de una terrible situacion.

Así marcharon entre empellones y gritos, música y vítores, hasta el mismo pié del anden del puerto.

Su comandante mandó tocar alto y romper filas.

De otra manera hubiera sido imposible el embarque de aquella fuerza en medio de tan espesa multitud que reclamaba de todos un abrazo, trocar alguna prenda conmemoratoria, decirse algunas palabras al oido, y entre ellas juramentos sagrados, testamentos tal vez que bien pronto habian de verse ejecutados.....

El entusiasmo llegó entonces á su colmo y hubo una verdadera esplosion.

¿Cómo no habia de ser así cuando mas de cuatrocientos jóvenes del país se disponian á marchar al África para combatir á la sombra del pabellon español, para ir bajo sus pliegues á vencer como buenos ó á morir como patriotas ?

¡Qué Dios les guie! —dijo al dia siguiente el mismo autor de estas líneas en un periódico de Barcelona. —Van á regar con su sangre el suelo ardiente de la Mauritania y á recoger, como buenos patricios, la parte que pueda caberles en el reparto de botin de lauros que corresponde al ejército español.

Van á ayudar á nuestros hermanos contra nuestros enemigos hereditarios, van á sucumbir si es necesario en esas abrasadas playas que hoy se estremecen bajo los cascos de nuestros corceles y en las cuales el grito electrizador de ¡viva España! se escapa lo mismo del pecho del vencedor , que de los labios descoloridos del moribundo que espira revolcándose en su sangre generosamente derramada.

Fué un espectáculo imponente el del embarque. Toda Barcelona agrupada en el espacio que media de la Ciudadela al puerto, les vió pasar con su característico traje del país , con su clásico y tradicional gorro catalan, haciendo notable contraste con ellos el traje moruno de los oficiales y el pintoresco de las cantineras. Entre estas habia por cierto una muy linda y muy jóven. Segun allí se decia , su novio se habia hecho voluntario y ella se hizo cantinera.

En los momentos de su embarque en el *San Francisco de Borja*,

Barcelona presentaba por aquel lado un aspecto tan embelesador como imponente. El anden del puerto se hallaba coronado por multitud de espectadores, lo mismo el muelle, lo mismo la muralla de mar, lo mismo los balcones y azoteas de las casas vecinas; de entre el gentío se levantaban algunos brazos vigorosos que empuñaban la bandera española; de todos los labios salian gritos entusiastas y repetidos vítores; las damas tremolaban sus pañuelos desde los balcones; muchos caballeros repartian cigarros á los voluntarios; las músicas militares llenaban el aire con sus marciales acentos; varios buques estaban empavesados; y mientras tanto, en el mar, los lanchones en que iban los voluntarios dificilmente podian abrirse paso por entre la multitud de falúas y botes que se les acercaban henchidos de gente ansiosa de saludarles de nuevo con las últimas enronquecidas voces de su creciente entusiasmo.

¡Oh! sí, el amor patrio estaba en aquel momento en todos los corazones, el entusiasmo en todos los semblantes.

Pero, ¿no veis? ¿quién es aquella mujer, aquella anciana, á quien parece que un sentimiento inusitado da fuerzas superiores á su edad? ¿A dónde va, atravesando desalada los grupos, seguida de una jóven, que, sin embargo de ser jóven, apenas puede alcanzarla? ¡Ay! es una madre.

La gente se abre respetuosamente á su paso como si comprendiese todo lo sublime de aquel amor maternal. Ella no lo repara, á ninguna pregunta contesta, á nadie atiende, nada ve. ¿Qué le importa toda aquella gente? Ella busca á su hijo, á su hijo que se ha hecho voluntario, que va á partir, que va á la guerra, que va á morir tal vez. No le pregunteis nada á esa mujer. Abridle paso en silencio y dejadla ir. ¿Qué quereis que os diga ni qué quereis que responda esa madre á todas vuestras preguntas? Le hablaréis de amor patrio y ella os contestará: ¡mi hijo! le hablaréis de entusiasmo, de triunfos, de glorias, y ella os dirá: ¡mi hijo! la veréis pobre, andrajosa casi, le ofreceréis dinero, y ella lo arrojará al suelo diciendo: ¡mi hijo! trataréis de consolarla, de mitigar su dolor, y ella os repetirá: ¡mi hijo! siempre, eternamente ¡mi hijo!

Allá va la pobre madre. Se precipita por las escaleras. ¡Oh! ¡gracias á esa robusta mano que la ha detenido impidiéndola rodar al agua!

Una lancha se encuentra á sus piés por casualidad. Entra en ella y el barquero le pregunta sencillamente:

—¿A dónde os he de llevar, buena mujer?

—A mi hijo.

¿Qué sabe la mujer dónde ha de ir? Lo que quiere es ver otra vez á su hijo que, para evitarla el dolor de la despedida, se ha marchado de su casa ¡el ingrato! sin llevarse consigo el último beso de la anciana con la bendicion maternal.

La barca en que va la madre se cruza con el lanchon que lleva el hijo. Este salta á la lancha de la anciana.

Yo ví, pero no puedo pintarlo, lo que pasó entonces. Es una escena que solo pudiera describir una madre. Yo ví, muchos pudieron ver conmigo, aquel abrazo prolongado, calenturiento, aquella madre que sollozaba, aquella pobre jóven, su otra hija, que rezaba entre dientes, y por cuyas pálidas mejillas surcaban silenciosas lágrimas. Tambien teníamos lágrimas en nuestro corazon y en nuestros ojos todos cuantos presenciábamos aquel drama que tenia por teatro la flotante superficie del mar, por palco escénico los tablones de una lancha, por bambalinas las nubes que vagaban por el cielo, y por espectador todo el gentío inmenso que ocupaba el muelle y la muralla.

El hijo se arrancó por fin á los brazos de su madre, que cayó medio desfallecida sobre el banco del remero.

Fué el momento que aprovechó el barquero para bogar hácia la orilla, sin que nadie, sin embargo, se lo mandara.

Cuando la jóven hubo ayudado á su madre á saltar en tierra, preguntó al barquero que cuanto le habia de dar por su trabajo.

El barquero contestó sencillamente:

—Estoy pagado.

Y empujó su barca al mar, alejándose para que la jóven no pudiese insistir en su demanda.

Quizá aquel hombre no tenia de que comer aquel dia, y sin embargo, seguro estoy que se hubiera dejado hacer pedazos antes que aceptar dinero por haber llevado á una madre á dar tal vez el último abrazo á su hijo.

Seria imposible contar todas las escenas que pasaron.

Solo referiré otra que tenia lugar en el sitio llamado la *Mechina*.

Una mujer jóven con un niño en brazos, cruzaba por entre la multitud como una loca, desgreñado el cabello, preñados sus ojos de lágrimas y pálida como una difunta, preguntando á cuantos voluntarios y soldados encontraba al paso, ó veia á lo léjos, por uno de los cabos de la primera compañía. Unos le decian haberse ya embarcado, otros que se hallaba en una taberna del paseo; este le decia haberle visto un momento antes sobre el anden, aquel que debia hallarse á pocos pasos de distancia, cuando de repente prorumpiendo en un agudo chillido.

—¡Allí está! esclamó; ¡allí está!

Todos los concurrentes miraron hácia el punto indicado y vieron venir, alegre aun que sosegadamente, á un jóven de elevada estatura, que ostentaba con cierta marcialidad sus galones de cabo.

La mujer habia corrido hácia aquel y presentándole el niño que llevaba en sus brazos:

—¡Es tu hijo! le dijo llorando; ¡mírale bien!

El jóven desvió los ojos de la madre por fijarlos en el rostro del niño y lo cogió en sus brazos, imprimió en su alba é inocente frente algunos besos, y cuando ya las lágrimas asomaban á borbotones en sus párpados, y se lo devolvia, sin fijar nunca la vista en su madre, esta le dijo:

—¡Todo lo he sabido! ¡yo tengo la culpa de todo! ¡tú vas á morir por culpa mia!... ¡perdon!

—Ya está hecho! al menos moriré con honra, muriendo por la patria, mientras que aquí, por tu culpa, tal vez mi muerte hubiera sido afrentosa!...

Un grito de dolor se exhaló del agobiado pecho de aquella mujer.

El voluntario prosiguió:

—Procura que tu hijo sea mas feliz que su padre; tú puedes hacerlo... ¡Adios!

—¡Oh! no; no te irás sin darme tu perdon; te lo pido por el amor de nuestro hijo, dijo abalanzándose sobre su cuello como una leona. No quiero que mueras por mi culpa: soy tu esposa, y en estos momentos reclamo todos mis derechos sobre tí.

—¡Ya es tarde!

—Concédeme por lo menos una esperanza de perdon.

—¡Oh, si! contestó entonces el jóven brillando en sus ojos ese rayo celestial que Dios hace descender al hombre en los actos supremos de su vida, sí. Si muero en la campaña, mis últimos pensamientos, despues de consagrarlos á la patria, serán para mi hijo, serán para tí. Sea esta campaña el holocausto que ofrezcamos en desagravio de nuestros estravíos pasados: yo luchando por la patria, tú ensayándote en el seno de la vida doméstica á practicar las virtudes de una digna madre y de una casta esposa; un resto de virtud basta á veces para regenerar á una alma corrompida... Perdonémonos mútuamente... y adios!

La mujer quedó desvanecida en brazos de la concurrencia, que enternecida presenció esta escena, este terrible drama de familia, y el niño recibió de su padre un rocío de lágrimas y besos.

A todo esto las cornetas no dejaban de tocar llamada, y á medida que iban llegando los voluntarios, se trasladaban á los grandes lanchones dispuestos al efecto.

Antes de bajar el primer escalon del desembarcadero, volvíanse á la multitud y vitoreaban con todas sus fuerzas á Barcelona; despues, colocados ya en los lanchones, los vítores eran á la patria en general, á la reina, á las autoridades así civiles como militares de la plaza, al ejército y á su jefe. Todos los vivas eran contestados con estrépito tanto por la gente de mar como por la de tierra, y todas las músicas y cornetas tocaban á un tiempo, aumentando con esto la animacion y el entusiasmo.

A las cuatro y cuarto de la tarde, cuando ya el vapor *San Francisco de Borja*, que lleva el nombre de un virey de Cataluña, habia levantado anclas y principiaba á trazar una ancha estela sobre las tranquilas olas del puerto, se embarcó, el último, el comandante de los intrépidos catalanes voluntarios D. Victoriano Sugrañes.

Sobre el banquillo de popa, y sosteniéndose con el palo de la bandera que en la misma tenia el vapor, dió algunos gritos que fueron contestados con estrépito desde tierra, y agitando á la par un sinnúmero de pañuelos, banderas y sombreros desde las barquillas, puerto y muralla.

El último grito que dió fué en catalan.

—*Adios, Barcelona*—dijo.—*Adeusiau, barcelonesos!*

Todos los espectadores contestaron á una:

Adios! Adeusiau!

¿Quién le hubiese dicho á aquel hombre, en toda la fuerza de su juventud y de su entusiasmo, á aquel hombre, que tanto habia trabajado para la formacion de aquel cuerpo de voluntarios, á aquel hombre que desde antes de comenzar la guerra, como si la fatalidad le empujara, habia pedido permiso para formar aquellas compañías y partir al África; quién le hubiese dicho, repito, que aquella su despedida era una despedida de muerte?

Una bala árabe le esperaba en las llanuras de Tetuan.

Hubo mucha gente que aguardó á que el *San Francisco de Borja* desapareciese en el horizonte.

El autor de estas líneas fué de los últimos, y se alejó de aquel sitio murmurando en su interior:

¡Que Dios los proteja! que los respeten los vientos, las olas y las tempestades!

Mar de los condes de Barcelona, lleva ese buque á seguro puerto, como llevaste un dia, meciéndolas en tus azuladas espaldas, las galeras de los almogavares que fueron al Oriente á conquistar un reino para su patria.

III.

Llegada al campamento.

Despues de haber recogido sus armas, y haberse detenido en Tarifa, los voluntarios catalanes pasaron á África y desembarcaron el 3 de febrero en las playas de Tetuan.

Era mediodia y el general Prim acababa de almorzar, cuando un ayudante del general en jefe le comunicó que acababa de anclar en la rada el vapor que conducia á los voluntarios catalanes, cuya fuerza ponia desde luego á su disposicion.

Quién estaba con Prim en aquel momento, dice que agradeció, como era natural, la galantería que con él acababan de tener, que su

fisonomía se animó al anuncio de tan feliz nueva, y que mandando preparar su caballo, montó en el acto, y seguido de dos ayudantes, se dirigió á la ribera de la ria entre el fuerte Martin y la Aduana, á donde debian desembarcar por hallarse la mar algo inquieta.

Todo el mundo se puso en seguida en movimiento encaminando sus pasos al sitio donde se dirigia el general; la curiosidad se despertó lo mismo en la tropa que en los jefes, generales y empleados de las diversas clases y categorías que allí se encontraban.

«Y cómo no habia de ser así?—dice con fecha de aquel dia el señor Perez Calvo que se hallaba en el campamento y al lado del general Prim.—¿Qué cosa mas natural que las simpatías inmensas que tiene el general Prim en todo el ejército, se trasladen por completo allí donde está su deseo, su esperanza y su satisfaccion? El que tanto partido ha sabido sacar de soldados á quienes no conocia, ni le conocian á él, ¿qué no hará con la gente, cuyas costumbres conoce, cuyo lenguaje habla, y de quien tiene en su poder el movimiento, la voluntad y la fuerza? Por eso ansian todos ver de qué manera los recibe, cómo les dirige la palabra, qué se promete de su venida y el destino que les prepara; por eso acuden todos á saludarlos, á entusiasmarlos y á conocer su porte y la impresion que les causa desde que pongan el pié en el campo que se abre á su valor reconocido de antemano, y al patriotismo que allí los lleva voluntariamente. Yo me dirigí á la playa junto al fuerte Martin, no solo para ser de los primeros en verlos, sino para sentir y conocer el efecto; estando como estaba alborotada la mar, venian repartidos en grandes lanchones, que á la distancia que yo me encontraba hacian la mas cabal ilusion de canastillos de flores, meciéndose al compás de las olas encrespadas, y cuando la elevacion de estas venia á ocultarles y desaparecian de repente, se presentaban de nuevo en punto mas cercano, pero mas frescas y mas puras, cambiando su forma y sus colores, segun el sol hiere las lucientes armas, y la espuma de los alborotados oleajes. Nadie diria que allí vienen soldados; mas bien parece un jardin flotante y á quien los vientos y fuerza de las aguas empujan á la orilla; ya se acercan, ya se percibe la inquietud y movimiento de los que allí vienen, y hasta se siente el deseo que á todos les anima de saltar en tierra; entran en la ria, los canastillos de flores se han trocado en góndolas

venecianas, el escabroso mar se cambia por el manso rio, y la vista que impaciente los buscaba, cuando se perdian al recio impulso de las olas, se fija en ellos y los sigue y los alcanza; ya no es el ruido de los elementos embravecidos quien los acompaña, son las entusiastas aclamaciones de miles de valientes que les aguardan con los brazos abiertos, y que locos de alegría y movidos por los himnos guerreros que las músicas entonan, corren tras las orgullosas naves que surcan la ria, veloces y serenas hasta depositar en tierra el don precioso que envia á su patria Cataluña. El general en jefe y el conde de Reus los aguardan; la multitud ansiosa los contempla: ya están desembarcando; su bizarro porte, su gallardo continente, la novedad y hermosura de su traje embarga á cuantos les miran. Visten chaqueta y pantalon de pana azul, desbrochada la primera, con vivos encarnados y boton dorado liso; largo el segundo, y sujeto por bajo de la rodilla con polaina de cuero rojo; chaleco rayado de encarnado y negro, faja morada, á estilo del país, gorro de lana, de los llamados marineros, encarnado la tropa y morado los cornetas, pañuelo tirado al cuello y preso con sortija de plata; cubierto el pié con media y alpargata, morral á la espalda, un tanto embarazoso por falta de sujecion, canana á la cintura, y al brazo la carabina; distinguíanse los oficiales por un túnico de paño gris, pantalon de paño, sujeto por bajo de la rodilla hasta donde alcanza, bota ceñida de gamuza anteada, zapato ruso, gorro de paño de igu al color y hechura que el de los soldados y jaique con capuchon gris, recogido y colgado en forma de banda.»

El Sr. Nuñez de Arce, á quien otras veces hemos citado, dice por su parte, hablando de la llegada de los voluntarios catalanes al campamento:

«Erale difícil al general Prim disimular el gozo qne sentia por la llegada de sus paisanos, que tan oportunamente desembarcaban para tomar parte en un gran acontecimiento. Ni un instante se separaron sus ojos de las lanchas donde los catalanes venian á tierra, ofreciendo un gran golpe de vista á la apiñada muchedumbre, que esparcida en la playa ó amontonada en los faluchos surtos en el rio, miraba con ávida curiosidad la aproximacion de los nuevos soldados de la patria tan graciosamente ataviados y dispuestos. El conde de Reus habia te-

nido la feliz idea de hacer venir una música para recibirlos, y mientras duró el desembarco, no cesó de poblar el espacio de guerreras armonías.»

En efecto, y razon tenian en decir todo esto los escritores citados. La impresion causada por el arribo de los catalanes no pudo ser mas favorable, ni la acogida mas tierna y cariñosa. El general en jefe los vió formados, y despues de haberlos recibido se retiró á su tienda, pero quedóse allí el conde de Reus, quien adelantándose, pronunció con esforzada entonacion y varonil acento la siguiente arenga, que reproducimos en idioma catalan, tal como fué dirigida á los recien llegados:

«Catalans: ben vinguts al valent exèrcit de África que vos reb y acull com camaradas. Estich persuadit de que sabreu ser dignes de aquestos heroichs soldats: seria desconeixervos lo dubtarho un sol moment. Tots vosaltres sentiu la necessitat de mantenir il-lesa la honra de la terra en que habeu nascut, y si un sol de vosaltres en lo dia del combat, que será demá,—y jo vos felicito per la providencial oportunitat ab que habeu arribat—si un sol de vosaltres se portás ab cobardía, girant la espatlla al enemich, la honra de Catalunya ne quedaria danyada. Estich segú de que no ho quedará.

»Imitáu lo exèmple de vostres gloriosos antepassats, dels qui ab admiració consigna la historia los heroichs fets: no sols en eixa terra, sino en altres més apartadas encara ressonaren sas hassanyas, fins á atravessar las Termópilas que semblan posadas per ser lo teatro de grans accions. Feu com ho feren ells, y sereu dignes de aquest valent exèrcit que vos reb com amichs, y conquistareu un nou llorer per la corona que teixiren en altre temps las invencibles armas catalanas.

»Ja veyeu la satisfacció ab que lo exèrcit vos acull. La música de un de sos més braus regiments ha sortit á saludarvos, y lo mateix general en gefe, que 'm dispensa la honra de que vos agregi als valents que tantas voltas he conduhit al combat, se ha presentat á rebrervos en cuant habeu desembarcat en las platjas africanas. ¡Gloria sia dada á aquest general que ha volgut y sabut aixecar á nostra Espanya de la postració en que 's trobava, pera demostrar á tota Europa que no era morta encara, y que sos fills, dignes hereus de sa gloria antigua, són capassos de fer per la patria tot cuant humanament poden fer los homens!

»Pera formar par de aquest exèrcit, no basta sols ser valent; es precis ser sofert. Debeu acceptar ab resignació las fatigas, los perills de tots generos, fins las més cruels enfermetats. Sempre valents, pero subordinats sempre, si los vostres jefes vos manan treballar, á treballar; si vos ordenan atravèsar estanys y pantanos, atravesáulos; y si es precis anar á Tetuan per lo riu, ¡al aigua! y fins á Tetuan nadant.

»Aixis ho han fet y ho fan los que són ja vostres germans, y aixis ho fareu vosaltres; perque assó es lo que correspont als fills del brau poble catalá.

»Soldats: Catalunya que vos ha despedit ab gran entusiasme, las mares, los germans, los amichs, tots vos contemplan ab orgull. No doneu ja may al olvit que sóu los depositaris de sa honra.

»No defraudeu sas esperansas, que son las mevas; pero si per desgracia, lo que no crech, aixis fós, ni un sol de vosaltres tornaria á trepitjar la terra patria; aquí moririau tots ans que deshonrar en lo més minim lo nom que portau. Seguint lo cami de gloria de vostres antepassats y fentvos dignes de aquest exèrcit de braus, al regressar á vostres llochs, los catalans vos reberan ab aplauso y per hont vulla que vegen un de vosaltres, diran per totas parts: «Veus aquí un valent!»

«Soldats, viva la reina!»

Hé aquí ahora esta proclama traducida al castellano:

«Catalanes: Bien venidos seais al valiente ejército de Africa que os acoge como camaradas. Persuadido estoy de que sereis dignos de estos heróicos soldados, y seria no conoceros si lo dudase un solo instante. Todos sentís la necesidad de mantener ilesa la honra de la tierra en que habeis nacido; y si uno solo de vosotros el dia del combate, que será mañana, (y yo os felicito por la providencial oportunidad con que habeis llegado); si uno solo de vosotros se portase con cobardía volviendo la espalda al enemigo, la honra de Cataluña quedaria mancillada. Seguro estoy de que no quedará.

»Imitad el ejemplo de vuestros gloriosos antepasados, cuyos heróicos hechos registra con admiracion la historia; no solo en esta tierra, sino en otras mas lejanas todavía, hasta atravesar las Termópilas, que parecen creadas para teatro de grandes acciones. Haced como hicieron ellos, y sereis dignos de este valiente ejército que os recibe como ami-

gos; y conquistareis un nuevo laurel para la corona que tejieron en otros tiempos las invencibles armas catalanas.

»Ya veis la satisfaccion con que el ejército os acoge. La música de uno de sus bravos batallones viene á saludaros, y el mismo general en jefe que me dispensa el honor de que os coloque entre los valientes que tantas veces he conducido al combate, se presenta á recibiros al desembarcar en las costas africanas. ¡Loor á este general, que ha querido y sabido levantar á nuestra España de la postracion en que yacia, para demostrar á la faz de Europa, que no estaba muerta, y que sus hijos, dignos herederos de su gloria antigua, son capaces de hacer por la patria, todo cuanto humanamente pueden hacer los hombres!

»Para formar parte de este ejército, no basta solo ser valiente; se necesita ser sufrido. Debeis aceptar con resignacion las fatigas, los peligros de todo género ; hasta las mortíferas enfermedades. Siempre valientes, pero subordinados siempre, si vuestros jefes os mandan trabajar, á trabajar ; si os ordenan atravesar pantanos, atravesadlos; y si fuera preciso ir á Tetuan por el rio, ¡al agua! y hasta Tetuan nadando.

»Así lo han hecho y lo hacen los que son ya vuestros camaradas, y así lo hareis vosotros, porque así cumple á los hijos del bravo pueblo catalan.

»Soldados: Cataluña , que os ha despedido con tierno entusiasmo; las madres, los hermanos, los amigos, os contemplan con orgullo. No olvideis nunca que sois los depositarios de su honra.

»No defraudareis sus esperanzas, que son las mias; pero si por desdicha, lo que no espero, así no fuera, ni uno solo de vosotros volveria á pisar el suelo patrio; aquí morireis todos, antes que mancillar en lo mas mínimo el nombre que llevais. Siguiendo las huellas de vuestros antepasados, y haciéndoos dignos de este ejército de bravos, al regresar á vuestros hogares , los catalanes os recibirán con aplauso, y donde quiera que uno se encuentre , oireis por todas partes : ¡ hé ahí un valiente! —Soldados: ¡Viva la reina! »

Nuñez de Arce, que oyó esta proclama, escribió lo siguiente:

«Varias veces fué interrumpido el bravo general con gritos de frenético entusiasmo. El conde de Reus hablaba un idioma estraño para

la mayoría de los que le escuchaban; pero la entonacion de su acento era tal, su espresion tan marcada; que todos le entendíamos, todos estábamos pendientes de sus palabras: llorando todos desde el soldado catalan recien llegado en cuyo brazo temblaba el fusil, porque el corazon de su dueño latia con violencia, hasta el sesudo castellano que presenciaba la escena; desde los generales hasta el último brigadier. Hubo un momento en que el conde de Reus, soltando las bridas, levantándose sobre los estribos, y abandonándose á su elocuencia sobre el inquieto corcel, inspiró un sentimiento tan vivo en toda la concurrencia, que los soldados interrumpieron con los gritos de «¡Viva el general Prim!» rodéandole, agrupándose en torno de su caballo para verle y para admirarle con verdadero delirio. Verdad es que habia sabido herir todas las fibras sensibles de nuestro corazon: el recuerdo de la patria, la gloria del ejército, la esperanza de la victoria.»

Tambien Perez Calvo escribió el efecto que en él habian producido las palabras del general Prim, y hé aquí como se espresa:

»El conde de Reus victoreó á la Reina como siempre, cuantos allí estábamos le victoreamos á él, y generales y oficiales de todas clases y armas, y paisanos y cuantos pudimos acercarnos á él le estrechábamos las manos, mezclando entre el entusiasmo y la alegría lágrimas abundantes, que sin apercibirlo brotaban de los ojos. Yo he conocido y he oido á oradores muy notables, tanto en nuestro país como en el estranjero, yo no he visto en ninguno reunido tanto vigor, tanta pasion, facilidad tan grande, ni frases tan sentidas, ni pensamientos tan tiernos y elevados, y esto sin preparacion, de improviso, y en un idioma que, entendiéndole muy pocos de los que allí estábamos, lo comprendian todos, sin perder una sola frase, sin desfigurar un solo pensamiento; y consistia en que hay un lenguaje universal que tienen pocos el privilegio de espresar, pero que hasta los sordos y los ciegos no pueden menos de sentir y comprender; que hay un lenguaje en que la palabra es lo menos, y lo mas el corazon, el sentimiento, la fisonomía, la entonacion y las maneras, ¡dichoso el que posee tan raro privilegio! y bien puede asegurarse que el general Prim lo posee como el que mas.»

Hemos querido citar las palabras mismas de los que presenciaron

aquel acto para que se comprenda hasta que punto entusiasmó el conde de Reus á soldados y á paisanos.

Terminada la arenga, dado por concluido aquel acto, los catalanes se pusieron en marcha dirigiéndose con el general Prim á la cabeza á la tienda del general en jefe, por donde debian desfilar haciéndole los honores que á su rango correspondian.

Precedíales la multitud llevando el paso al compas de la banda de música y volviendo la cara atrás, como temiendo que se fuesen por otro camino, oyéndose aclamaciones por todo el tránsito, cual si llegaran de dar una gran batalla.

El conde de Reus detuvo su caballo delante de la tienda donde se encontraba ya el general en jefe rodeado de su estado mayor, la música se colocó á su lado, y se hizo el desfile conforme á ordenanza.

Al verificarlo, aquellos hombres que habian salido de su tierra sin instruccion militar, no guardaron la mayor precision en los movimientos ni obedecieron como hubiera sido de desear las voces de mando que les daba su bravo comandante Sugrañes. Esto dió lugar á la siguiente escena entre Odonell y Prim.

El general en jefe se volvió al conde de Reus, y le dijo con su habitual sonrisa:

—Me parece que están algo faltos de instruccion.

A lo cual Prim contestó con esta admirable frase, sonriéndose tambien:

—Mi general, mañana la completarán en el combate.

Esta frase tan oportuna como elocuente, fué al instante de todos conocida y se hizo popular en el campamento.

Verificado el desfile, Prim les hizo campar inmediatos á su tienda donde hicieron pabellones, se despojaron del morral y de la formalidad que imponen las filas, entregándose con espansion y alborozo á las faenas tan naturales en los que llegan á un punto donde todo lo tienen que hacer y todo lo tienen que buscar.

Como no habia tiendas para ellos, se lo manifestaron á Prim, que salió en seguida de la suya y les dijo:

—Hoy tendreis que dormir al raso, pues vuestras tiendas están allí,—esclamó señalándoles el campamento moro.—Mañana, cuando las habreis tomado, dormireis perfectamente en ellas.

Estas bellas palabras coronaron su proclama y su elocuente frase dirigida al general Odonell.

Luego veremos que los catalañes se portaron al dia siguiente como se esperaba ya que se portarian.

IV.

Necesitamos que nuestros lectores nos concedan un momento antes de pasar á la relacion de la memorable batalla del dia 4.

Estamos hablando de los catalanes, y así como acabamos de decir el arrojo y bravura con que mas de 400 jóvenes se hicieron voluntarios, partiendo denodadamente al África, es preciso hablar de otros paisanos nuestros á los cuales mucho se debe asimismo.

La guerra emprendida por la nacion española contra el imperio de Marruecos despertó el sentimiento de la nacionalidad de una manera tan vigorosa, como no se habia vuelto á ver en España, desde la heróica guerra de la independencia, con tanto entusiasmo comenzada en el año 1808.

Los donativos, los ofrecimientos, los sacrificios de todos géneros que espontáneamente se han impuesto pueblos y provincias para sostener la lucha, constituyen para la nacion, un monumento de gloria, cuyas particularidades son tan dignas de ser referidas y de pasar á la posteridad, como las hazañas de los héroes que tan alto sostienen en los campos de la Mauritania, el honor de la patria ultrajada por los rifleños.

Entre los donativos mas notables ofrecidos al ejército por pueblos y particulares, merece particular mencion uno de la provincia de Barcelona, por ser de un carácter tan alto y eminentemente filantrópico, que no podemos prescindir de dar á conocer sus detalles, para que sean conocidos de los venideros los laudables esfuerzos de los que, realizando tan patriótico como humanitario pensamiento, proporcionaron con sus incesantes desvelos, el alivio de los enfermos de nuestro ejército de África y la curacion de muchos de sus heridos.

El donativo de que hablamos, hecho en nombre de la provincia de

Barcelona, es la formacion y sostenimiento de un hospital, establecido por disposicion del Excmo. Sr. D. Leopoldo Odonell, general en jefe del ejército espedicionario, en el cuartel de Barracones, de la ciudad de San Roque.

Hé aquí, segun ya publicamos en otra parte, como se inició y llevó á cabo tan útil pensamiento.

El caballero comendador de la órden militar y hospitalaria del Santo Sepulcro, D. José Esteve y Vidal, ofreció desde Barcelona por telégrafo en 23 de octubre de 1859, promover y plantear un hospital de sangre para los heridos del ejército de África en la guerra de Marruecos, servido por hermanas de la Caridad. Aceptado instantáneamente por el gobierno este humanitario pensamiento, y puesto dicho señor Esteve de acuerdo con el gobernador civil de la provincia, se constituyó al dia siguiente, bajo la presidencia del canónigo dignidad de la iglesia catedral D. Manuel Villalonga, una junta compuesta de 23 personas de todas clases y categorías. Para desarrollar el patriótico objeto á que desde aquel momento iba á consagrarse, creyó la Junta que debia contar desde luego con la cooperacion eficaz y activa del bello sexo, y á este propósito nombró una comision auxiliar de señoras bajo la presidencia de doña Mariana Garriga de Lluch, madre del obispo de Canarias. Comision y Junta, como poseidas de una noble competencia, inauguraron y siguieron sus incesantes trabajos con una perseverancia y un resultado, dignos de todo elogio.

Preparados en poco tiempo diversos enseres de los que habian de servir para establecer el hospital, nombró la Junta en 20 de diciembre del mismo año al señor Esteve su representante para el planteamiento de aquel patriótico y beneficioso asilo, y henchidos de generoso orgullo, veian sus individuos salir al dia siguiente del puerto de Barcelona, con rumbo para el de Málaga, un vapor de los fletados por el gobierno, depositario de aquel inapreciable donativo. Diez hermanas terciarias de nuestra Señora del Cármen, procedentes del obispado de Vich, y los dos directores espirituales D. Marino Arguillas y D. Francisco Raxach, sostenidos todos por la ciudad de Barcelona, iban en el mismo buque.

El 24 de diciembre, despues de una navegacion por demás felicísima, desembarcaron en Málaga; y habiéndose dignado el gobierno de

S. M. señalar el cuartel de Barracones para que se aprovechase el rico presente de que era portador el señor Esteve, recibió en 25 órden del señor ministro de la Guerra de trasbordar todos los enseres á otro vapor y hacerse al mar con direccion á Algeciras, y de allí al fondeadero de Puente Mayorga, el mas próximo á la ciudad de San Roque, y sea dicho de paso, el menos espuesto á los terribles estragos de los temporales.

En la mañana del dia 2 de enero del siguiente año 1860 desembarcaron en Puente Mayorga, donde fueron recibidos con afectuosa consideracion por los señores comandantes de armas y de carabineros de la ciudad de San Roque, y por el comandante de carabineros del puesto. A la puerta de Barracones los esperaban el jefe local facultativo y el administrativo del establecimiento, que los recibieron con no menos afectuosa complacencia, tributándoles el homenaje de respeto que merecian los representantes de una provincia que demostrara á cuan alto rayaba su patriotismo y desprendimiento.

Desde Barcelona habia sido compañero voluntario de aquel donativo el diligente vocal de la Junta D. Bernardo Castells, que con solícito afan, trabajó sin descanso en arreglar todos los enseres y darles su conveniente colocacion.

Algunos dias despues, ya los útiles de la ciudad de Barcelona, dispuestos en los ventilados y espaciosos dormitorios de Barracones, daban á este antiguo cuartel el aspecto de un verdadero hospital modelo.

El local de Barracones fué construido y ha estado sirviendo para cuartel, y sin embargo, es justo decir que ofrecia para hospital, condiciones que quizá no tenia ningun otro de cuantos se establecieron en aquella costa con motivo de la guerra contra Marruecos.

La construccion del cuartel de Barracones data del reinado de Cárlos III durante el cual tantas obras notables se llevaron á cabo y su figura es la de un cuadrilongo: es bajo y está situado en una suave loma, aislado, con buena luz, soleamiento, limpieza y ventilacion, que vanamente se buscan en otros edificios consagrados al mismo objeto.

Al ser transformado en hospital, se dividió en seis espaciosas salas de una regularidad perfecta y capaces, con la conveniente holgura, y pudiendo contener 250 á 300 enfermos. El celoso y activo oficial de

administracion don Manuel Gonzalez, contralor de este hospital, ya por sí, ya atendiendo á las oportunas indicaciones del profesor castrense y jefe facultativo don Bonifacio Montejo, procuró para aquellos escelentes dormitorios cuanto puede apetecerse de acristalamiento, blanqueo, calefaccion y abrigo, adornando las salas con seis sencillísimas cancelas.

Preciso es detenernos algo para examinar, que bien lo merece, los detalles de los útiles que constituyen el donativo barcelonés digno por cierto de aquella rica y laboriosa provincia. Doscientos catres de hierro de una construccion sencillísima, barnizados de verde oscuro, dispuestos en su altura, anchura y largo con meditada conveniencia para recibir heridos, adornados con una elegante meseta, tambien de hierro, para conservar las vasijas de medicamentos, marcados en el escudo que corona su cabecera con números de bronce y una cruz blanca, dispuestos con perfecta simetría, sin estrechez ni hacinamiento, daban á aquellos dormitorios el aspecto de envidiable regularidad y armonía que debe existir siempre en los asilos destinados á tan humanitario objeto.

Un jergon y un colchon por catre, el último perfectamente embastado, condicion cuya conveniencia solo aprecian bien los que permanecen mucho tiempo en el lecho del dolor; las almohadas correspondientes con sus fundas y considerable número de sábanas, camisas y gorros, todo nuevo, de escelente calidad y lo mas apropiado al objeto, formaban parte del escelente menaje del espléndido donativo barcelonés. El espíritu que ha dominado constantemente á la Junta, y comision de señoras barcelonesas, de presentar en su donativo no un alarde de lujosa apariencia, sino un presente de conveniencia y de utilidad inmejorables, hizo dudar algun tiempo sobre las condiciones que debian reunir las mantas.

Impulsados por el convencimiento de que se formaria con él un hospital de sangre en local próximo á la guerra, como era su unánime deseo, y la consideracion de que el clima no podia presentar, aun en el corazon del invierno, condiciones de crudeza y del rigoroso frio, influyó para que no se diese á las mantas la consistencia que bajo otra idea no las hubiera faltado; circunstancia que, si ha podido hacerlas insuficientes algunos dias de temperatura mas baja de lo regular en

aquel país, las abona en cambio como utilísimas para la mayor parte del año. Eran grises y adornadas en sus estremos con dos bandas blancas. En la banda inferior, que correspondia á los piés de la cama, se lee impreso en gruesos y limpios caractéres: *Barcelona, 1859. Patria. Caridad.* Unico recuerdo que existia, entre todos los enseres y útiles, de la procedencia de tan generoso donativo. A este rico presente, cuyo valor material por mucho que sea es muy inferior al del espíritu que así condensa y da forma y vida á los nobles sentimientos de un pueblo entero, se agregaron como complemento del donativo mas de trescientas arrobas de hilas y vendajes, contenidas en sesenta cajones.

A este donativo contribuyó todo el pueblo barcelonés, teniendo en él una honrosa parte Reus, Vich, Igualada, Manresa, Gerona, Arenys de Mar y otras populosas y entusiastas ciudades del Principado catalan.

Bien pronto hubo de restañarse la sangre de nuestros valientes en el mismo campo de batalla con hilas y vendajes suyos de los que, con generoso desprendimiento, proveyó el Sr. Esteve al primer batallon de Bailen y á los segundos de Soria é Iberia que formaban parte de la division Rios. Los profesores militares de estos últimos, señores García, Artabe y Nogueras, el distinguido facultativo inglés señor Patron, el inteligente médico de una fragata de guerra austríaca estacionada sucesivamente entre nuestra escuadra, la francesa y la inglesa, el Ilmo. señor obispo de Gibraltar, oficiales de nuestro ejército y armada, cuantas personas, en fin, han honrado al hospital barcelonés, han salido de él agradablemente sorprendidos y haciendo los mas sinceros elogios de todo cuanto han examinado, de su conveniencia, de su utilidad, del increible partido que habia sabido sacarse de un antiguo cuartel.

En el momento en que estuvo dispuesto el hospital, creyó el señor Esteve que era llegado el momento de ofrecérsele al general en jefe, y al efecto, acompañado del señor Castells, salió para el campamento frente de Tetuan conduciendo un catre, y en tres cajones riquísimas muestras de hilas y vendajes. Antes de embarcarse en Algeciras, los generales Serrano, Bedoya y Rios dieron su franca y espontánea aprobacion á aquellos objetos tan útiles para el fin á que estaban destinados.

El señor Esteve fué recibido benévola y satisfactoriamente por el general en jefe, que dió las gracias á dicho señor para que lo hiciese en su nombre á la ciudad de Barcelona.

El dia 20 de enero salieron nuevamente de Barcelona cien catres mas como los anteriormente remitidos, con toda la ropa correspondiente y la pasmosa cantidad de cuatrocientas arrobas de hilas y vendajes.

A no tardar muchos dias la Junta barcelonesa, noticiosa de que los pisos de algunas salas no se encontraban en la mejor disposicion, mandó á su representante que sin reparo en gasto alguno procediese á enlosarlas ó entarimarlas segun se creyese mas conveniente: pidiendo noticia diaria del alta y baja de enfermos y heridos; y se propuso además gratificar generosamente á todos los individuos del ejército que por haber sido heridos gravemente en la campaña saliesen inútiles de su hospital.

A la una de la tarde del dia 27 de enero de 1860, ingresaron los primeros en el hospital de Barracones treinta y dos heridos procedentes de Algeciras, y que pertenecian en su mayor parte á los que tuvo nuestro ejército en la memorable y sangrienta accion del 25 de noviembre de 1859.

Aquellos treinta y dos soldados que habian derramado su sangre en aras de la patria fueron los primeros que inauguraron la generosa obra de patriotismo y de caridad iniciada por Barcelona y otras industriosas ciudades del Principado catalan.

¡Loor y gratitud eterna á tantos y tan sublimes esfuerzos!

En fin, para que nuestros lectores puedan formarse una idea exacta de la importancia del donativo ofrecido por la provincia de Barcelona á nuestro valiente ejército de África, basta decir que cuantas personas visitaron aquel hospital, hablaron de él muy ventajosamente, y que, á pesar de estar consagrado á un objeto determinado, acogió á cuantos de nuestros soldados vinieron del campamento invadidos del cólera; y debemos hacer aquí especial mencion por la eficacia y celo con que asistieron á los enfermos, del contralor señor Gonzalez, del administrador señor Molina, de los profesores don Rafael Zurita, D. Ricardo Reina, D. Eusebio Aparici y el jefe facultativo señor Montejo.

Pero no llegaron tan solo hasta aquí los patrióticos esfuerzos de la provincia de Barcelona. Solícitos sus representantes, no contentos aun con lo mucho que debia agradecer el ejército de África á la provincia que les habia encomendado tan filantrópico cometido, promovieron una suscricion voluntaria mensual para completar el donativo. Con este objeto publicó la siguiente alocucion la

Junta Barcelonesa de socorros en favor de los heridos en la guerra de Marruecos, y de los inutilizados y familias de los que hayan sucumbido de Barcelona y su provincia.

HABITANTES DE BARCELONA Y SU PROVINCIA.

Esta Junta ha llenado ya una parte de su honroso cometido con el establecimiento en San Roque, prévia la aprobacion del gobierno de S. M. (Q. D. G.), de un hospital para nuestros valientes heridos en defensa del honor nacional contra las hordas africanas.

Barcelona, al igual que el resto de la provincia, ha dado ya con este motivo relevantes pruebas de patriótico desprendimiento, añadiendo un nuevo timbre de grandeza á los muchos que en todos tiempos ha sabido granjearse con su heróico amor á la patria.

La obra, sin embargo, no está concluida; y esta Junta, que sabe ya por esperiencia cuanto puede y vale la provincia de Barcelona, con la seguridad moral de que nuevamente su voz será escuchada y secundados eficazmente sus filantrópicos deseos, se dirige otra vez á todos los habitantes de esta capital y su provincia, y muy particularmente á las Sociedades y Corporaciones en la misma existentes, para que el nombre de todos, ora individual, ora colectivamente, figure en tan noble como caritativa empresa, que revela al lado de la mas justa espansion de entusiasmo, el mas puro patriotismo de los pechos españoles.

Un nuevo y pequeño esfuerzo para atender á las necesidades de nuestros dignos paisanos que resultan inutilizados en la guerra y socorrer á las viudas, padres y huérfanos de los que hubiesen sucumbido en tan gloriosa lucha, es lo que se propone y espera la Junta Barcelonesa, á fin de ser realizado por completo su programa; y al

efecto, puesta de acuerdo con el Excmo. señor gobernador civil, secundada por las demás autoridades y por el muy digno prelado de la diócesis, invita á todos los señores alcaldes, ayuntamientos, curas-párrocos de dentro y fuera de la capital, para que, unidos á las comisiones de socorros, donde á tenor de la circular del referido señor gobernador, espedida en 8 de diciembre último, se hallen establecidas, abran y promuevan una suscricion voluntaria mensual, para completar la obra que la provincia está realizando por medio de la Junta mencionada.

Habitantes de Barcelona y su provincia, el honor nacional, la humanidad y la civilizacion claman á voz en grito: *Socorro á los hijos de España que tan generosamente derraman su sangre en el suelo marroquí, invocando en el ardor de los combates los sacrosantos nombres de su Dios, de su reina y de su patria.*

Barcelona 14 de febrero de 1860.—El presidente, Manuel Villalonga, dignidad de esta Santa Iglesia.—Julian Maresma, cura-párroco de San Jaime.—José Gonzalez Cutre, coronel, sargento mayor.—José Blanquet, Pbro., Prior de la Convalecencia.—Agustin Aimar, propietario.—José Sayol, Pbro., catedrático.—Federico Ricart, propietario y regidor.—Miguel Puig, Pbro., y misionero apostólico.—Mariano Lluch, diputado provincial.—José Esteve y Vidal, propietario.—José Oriol Ronquillo, farmacéutico.—Ramon Casadevall, coronel retirado.—Pedro Estruch, comerciante.—Joaquin Vilaró, propietario.—Bernardo Castells, fabricante de efectos militares.—Manuel Torrents y Ramalló, propietario.—Sebastian Anton Pascual, propietario.—Salvador Maluquer, abogado.—Miguel Sala, librero.—Vicente Esteva y Coy, propietario.—Vicente Xuclá, propietario y alcalde de barrio.—Serafin Xarrié, ebanista.—Onofre Casanovas, propietario.—Antonio Altadill, escritor público.—Miguel Dubá y Navas, vocal-secretario.

Hé aquí los nombres de los entusiastas ciudadanos que representando las aspiraciones patrióticas de una de las mas bellas provincias de España, contribuyeron con su prestigio y sus esfuerzos, á llevar á cabo otro de los muchos pensamientos útiles que en aquella época gloriosa para nuestra patria, dejaron un recuerdo imperecedero de

cuan popular y universal fué la guerra de España contra Marruecos.

Sus esfuerzos les hicieron dignos de que sus nombres inscritos en la historia, pasen á la posteridad.

Para que se vea cuan útil fué el pensamiento del señor Esteve llevado á cabo por la cooperacion de la Junta formada con aquel motivo en Barcelona, y por el desprendimiento patriótico de los pueblos de aquella provincia, debe tenerse en cuenta que en medio de mil enfermedades, hubo tres principales que dominaron mucho tiempo en el ejército de África, desde su entrada en campaña; la etiología, el cólera y la disentería.

Así es que en todas partes tuvieron que habilitarse hospitales; en Ceuta, Cádiz, Málaga, San Roque, Algeciras, San Lúcar de Barrameda, etc., etc., además de los cuatro buques de vapor destinados á este servicio.

Con objeto, pues, de que los lectores de esta *Historia* vengan en pleno conocimiento de los infinitos padecimientos de nuestros soldados, con el fin de que no carezca este libro de todos los detalles que puedan dar á conocer los muchos inconvenientes y fatigas que han soportado tan heróicamente, vamos á trascribir del apreciable y científico periódico *La España Médica*, algunos párrafos de una carta escrita en el teatro de la guerra por el señor Poblacion, persona muy ilustrada en la medicina, carta que lleva por epígrafe

NOTICIAS MÉDICAS DE LA GUERRA.

. . . . . .

«Descansando despues de tantas fatigas y sufrimientos, aunque sometido todavía á la vida del campamento, mi pluma va á intentar describir con frialdad y verdaderos colores, las enfermedades que mas han dominado en el ejército desde nuestra entrada en campaña.

»No tengo ahora todos los datos necesarios para hablar de otra cosa que de los padecimientos desarrollados en los campamentos, porque no he visitado los hospitales en Ceuta, Málaga, Algeciras, etc., etc., y por consecuencia, es completamente imposible que me traslade á esos puntos ni á los buques hospitales, hablando con entera seguridad, con datos infalibles: podria verificarlo refiriéndome á lo que

me han manifestado algunos compañeros y muchos enfermos; pero estos asuntos son sumamente sérios para tratarlos sin las seguridades mas irrecusables. Así pues, me ocuparé, como he dicho, de las dolencias desarrolladas y tratadas en los campamentos.

»El tercer cuerpo del ejército de África pisó el primer campamento de la Concepcion el dia 14 de diciembre de 1859, estando acampado dos dias en la plaza de África, en Ceuta. Los soldados del tercer cuerpo disfrutaban el estado sanitario mas satisfactorio, estado lisongero que habia de cesar muy pronto por la influencia de las fatales causas morbosas á que habia de ser espuesto.

»El primero, segundo y cuarto cuerpo, habian sufrido de una manera cruel los efectos del cólera y de la disenteria: sus campamentos estaban cubiertos por la atmósfera colérica principalmente; y aunque casi aclimatados, cuando el tercer cuerpo entró en campaña aun las bajas diarias eran enormes.

»Como he dicho, parte del tercer cuerpo estuvo acampado en la plaza de África, en Ceuta; es decir, en medio de los hospitales de coléricos. Muy pronto se nos ofreció á nuestra vista el cruel espectáculo de ver entre nosotros un cordon inagotable de camillas con hombres moribundos, enfermos, cubiertos de sangre, y no pocos infelices que habian pagado todo su tributo.

»Yo deseaba cuanto antes salir al campamento, porque veia grandes peligros en Ceuta para el ejército. Por otra parte, me enteré de cómo estaban los hospitales, y no quise oir sino las primeras indicaciones que se me hicieron: locales insuficientes, arreglados repentinamente para surgir á las grandes é imperiosas necesidades que se debian cubrir; escasez de profesores y practicantes, etc. etc.

»Al fin se cumplieron mis deseos, que eran los de todo el ejército, y salimos á acampar en las posiciones de vanguardia delante de todos los reductos construidos; posiciones conocidas bajo la denominacion de *Campamento de la Concepcion.*

»El primer dia de campamento, dia 14 de diciembre, despues de construida la trinchera, se desplegaron las tiendas, los sacos de la tropa, los mazabones y marquesinas de jefes y oficiales. El campamento estaba vistoso y todos muy contentos. De los reconocimientos practicados en la tropa, aun no resultaba ninguno acometido del có-

lera ni otro padecimiento grave. Sin embargo, la estancia en la plaza de África, la vida de campamento, los alimentos, los escesos, la falta de prudencia y el inusitado servicio, unido á los combates y á la influencia epidémica que revoloteaba en la atmósfera, debian hacer sentir pronto su funesto influjo.

»Voy á dedicarme á examinar causa por causa, para que la etiología quede lo mejor señalada que sea posible. Reasumiendo las causas, las reduzco:

1.ª A la influencia epidémica.
2.ª Vida del campamento.
3.ª Policía médica.
4.ª Alimentos y bebidas.
5.ª Servicio de trincheras.
6.ª Presiones y escitaciones morales.
7.ª Influencia de la estacion.»

Hé aquí, segun el señor Poblacion, las múltiples causas que producian una enfermedad que, aun cuando no de resultados tan graves como el cólera, además de la disentería, enfermedad comun á todos los hombres cuando pasan de un país templado á otro país cálido como el África, llenaba de enfermos los hospitales establecidos y suministrados por la administracion militar.

La gloria de nuestro ejército no está tan solo en el valor y en la bravura desplegadas en los combates donde alcanzaron tantos y tan señalados triunfos; está además en la resignacion con que soportaron las horribles enfermedades que diezmaban sus filas: á nuestros ojos, tan acreedores son al reconocimiento de la patria los que sucumbieron en el campo de batalla, como los que tuvieron la desgracia de ser vencidos en una lucha con la naturaleza, contra la que puede decirse que no hay defensa.

LA BATALLA DE TETUAN.

I.

Llenos de entusiasmo, henchido el corazon de orgullo, vamos á describir la memorable jornada de Tetuan, la gran batalla del dia 4 que pasará á la posteridad uniendo su nombre al de tantas otras célebres y famosas jornadas que enriquecen la corona militar de España.

Antes, empero, de entrar de lleno en la historia de este glorioso dia, permítannos nuestros lectores trasladar la carta que nos escribió nuestro amigo y correligionario político el Sr. Arce, citado ya otras veces.

Lleva esta carta la fecha del 5 de febrero, está escrita despues de la batalla, y será un admirable intróito á la descripcion que vamos á hacer con todas las noticias oficiales á la vista.

Héla aquí:

«Escribo á Vds. bajo la impresion de un sentimiento inesplicable. El cielo me ha proporcionado la dicha de ser testigo de la empresa mas grande, mas heróica que ha acometido y llevado á feliz término nuestra querida España, desde la gloriosa guerra de la Independencia. Ayer hemos tomado el campamento enemigo con todas sus tiendas, sus pertrechos, sus almacenes, sus cañones, sus camellos, con todo, en fin, cuanto le constituia. ¡Qué momentos, amigos mios, de satisfaccion y orgullo para la patria! Dominando en lo que pueda la

emocion que me embarga, procuraré describir sucintamente el sublime espectáculo que he presenciado, las admirables escenas de valor y entusiasmo de que he sido testigo, y que de seguro harán palpitar el corazon de Vds., los de todos los españoles, como han hecho palpitar el mio.

Desde anteayer se sabia que el ejército debia emprender al siguiente dia su movimiento contra el campo enemigo, situado en las posiciones de la torre de El-halili, donde, segun parece, tenian establecido su cuartel general. A la hora acostumbrada, se tocó la diana; los soldados levantaron sus tiendas, encendiéronse hogueras, que aparecian y desaparecian, segun apretaba ó calmaba la lluvia, porque el dia se presentó lluvioso: organizáronse los batallones, y á las siete y media todo el ejército, menos el cuerpo mandado por el general Rios, que se quedó guardando la formidable posicion del reducto de la *Estrella*, se puso pausada y ordenadamente en marcha. El general Prim, á quien como á Murat, debe llamársele el bravo entre los bravos, avanzaba por la derecha, y el general Ros por la izquierda; pero dispuestas con tal arte las fuerzas de las dos divisiones, que ambas, digámoslo así, se daban la mano y se resguardaban mútuamente. Nuestra brillante artillería, tan buena, tan arrojada, tan instruida como la primera de Europa, y no es esta una baladronada, una exageracion hija del amor patrio, porque así lo reconocen y confiesan los mismos estranjeros que nos acompañan, marchaba, avanzando siempre, por el pantanoso llano que se estiende camino de Tetuan.

Habia un no sé qué de solemne y de magestuoso en el movimiento del ejército: en los batallones que iban adelantando en masas, reinaba un silencio profundo, y no se oia en todo el valle sino el pavoroso estrépito del cañon, presagio entonces de un magnífico acontecimiento. Todo el mundo, generales, jefes y soldados, parecian preocupados por la idea de la empresa á que debian dar tan feliz término; todos estaban á la altura de la situacion, imponente, grandiosa, digna en fin, de nuestra valerosa España. Ni un tiro de carabina ó de espingarda, ni una voz, ni un momento de confusion en la hora suprema del combate, ni un solo momento de incertidumbre; en todo el mayor órden, el mayor concierto, la mayor disciplina y el mayor arrojo.

¡Qué soldados tan dignos de que á su regreso teja la patria para ellos una corona de inmarcesibles laureles!

Como he dicho á Vds., la artillería avanzaba siempre estrechando en un círculo de bronce las trincheras enemigas, y despreciando el nutrido fuego con que las baterías contrarias contestaban á sus disparos. Todos seguíamos con religioso respeto la arriesgada operacion de la artillería, sin separar un solo instante los ojos de las inmensas espirales de humo que levantaba, ni el sitio en que estaban las piezas como en el campamento marroquí, donde caian sin que se desperdiciase una, todas las granadas, reventando así con temeroso ruido y estraordinario éxito.

De pronto un grito se escapó de todos los labios; todos los ojos se fijan en un punto, en una inmensa humareda, que brota de repente, que crece, que se ensancha, que se eleva hasta confundirse con las nubes; es que una granada ha caido sobre los barriles de pólvora que tenian los enemigos para el servicio de su artillería, y han estallado esparciendo por todas partes la muerte y el espanto. Tras esta voladura otras dos vienen á aumentar la confusion en las filas contrarias, que ven caer despedazados los hombres, no solo por el fuego español sino por el propio, por sus mismos elementos de destruccion y guerra. Pero ellos, sin embargo, resisten con valor el fuego de nuestros cañones; contestan como pueden, unas veces débilmente, otras con redoblado ímpetu á nuestros disparos, y no se amilanan, es que el círculo de fuego se estrecha cada vez mas, hasta ponerse nuestras baterías á tiro de fusil de las contrarias, y eso que miran detras de las piezas, avanzar silenciosamente grandes masas de infantería, amenazadoras, fieras, prontas á caer como el rayo sobre las trincheras que formidablemente cercaban todo el campamento.

Poco despues el fuego del cañon se interrumpe; reina un momento de solemne calma, minuto de recogimiento sublime en que el hombre, próximo al peligro, se acuerda de todo, de su Dios, de su patria y de su familia; las cornetas y las músicas tocan paso de ataque, y los batallones, con la bayoneta armada, al grito de *¡Viva España! ¡Viva la reina!* escalan las trincheras por entre el fuego de artillería enemiga, y el general conde de Reus, el primero, penetra en el campamento enemigo por una tronera, matando de una estocada á un moro que es-

Lit Vazquez R. 31

BATALLA DEL 4 FEBRERO.

taba á punto de disparar el cañon, y detrás le siguen sus soldados, ébrios de admiracion y de júbilo; sus catalanes, cuyo glorioso estreno en la guerra de África debe llenar de legítimo orgullo á sus paisanos; todos, en fin, palpitando de ira y de entusiasmo.

Por la izquierda escalan al mismo tiempo su trinchera las fuerzas del tercer cuerpo, con sus generales á la cabeza, y con el conde de Lucena seguido de su estado mayor que grita con voz estentórea: ¡Adelante! ¡Adelante! Y los soldados victoreando le siguen en medio de un diluvio de balas, que vienen hácia nosotros en todas direcciones, de detrás de los árboles, de las ventanas, de las casas, de entre las tiendas, de las enmarañadas veredas llenas de espinos y de higueras chumbas, que, como verdaderos laberintos, se estienden por todas partes. Permítanme Vds. tener mi parte de orgullo en esta jornada: cuatro paisanos, los señores Diaz Martinez, Cárlos Navarro, Caballero y yo seguimos esta vigorosa acometida, tan felizmente coronada por el éxito, al cuartel general, llorando de alegría y de júbilo ante el magnífico, el indescriptible cuadro de que éramos á la vez actores y testigos. Nuestro amigo el soldado Pedro Antonio de Alarcon, tampoco se separó de nuestro lado, profundamente conmovido, como todos, con el corazon y el pensamiento puesto en la patria, tan gloriosamente engrandecida ayer á sus propios ojos y á los del mundo entero.

Los moros huian por todas partes como liebres perseguidas; el campamento bajo, el de la torre, otro mas lejano, otro situado en unos cerros, detrás de la misma torre, donde estaba, segun se cree, el cuartel general, todos sucesivamente fueron cayendo en nuestro poder, con cerca de quinientas tiendas, con los barriles de pólvora, con el balerío, con los almacenes, con los cañones de bronce, con la bandera del imperio, de damasco amarillo, hasta con los equipajes de los soldados y jefes marroquíes. Todo esto con la velocidad del relámpago, en media hora y cinco minutos que tardó nuestra valerosa infantería en escalar las trincheras y en dilatarse como un impetuoso torrente por todo el campo enemigo, lleno de cadáveres y de restos humanos, palpitantes todavía.

¡Qué espectáculo tan horrible se ofreció á nuestros ojos! Necesitábamos apartar nuestra vista del suelo para no ver como nuestros ca-

ballos hollaban los sangrientos despojos de nuestros enemigos; por aquí un tronco sin cabeza; por allí los miembros esparcidos de un moro despedazado por una granada; mas allá un cuerpo completamente quemado, tal vez por la esplosion de los barriles; un poco mas léjos dos mutilados heridos, horriblemente desfigurados, de cuyo pecho se escapaba un gemido hondo, ronco, que penetraba en el alma como un puñal, despedazándola, y por todas partes trozos de carne, entrañas calientes aun, desolacion y espanto. ¡Ay! Tambien mezclada con la suya habia corrido allí en abundancia la sangre de nuestros hermanos; allí ví sus cadáveres como las víctimas ofrecidas por nuestra patria en aras de la victoria!

En estos momentos llegaron al campo conquistado, habiendo tenido que vadear á pié las lagunas, por haber dejado sus caballos en Ceuta, mis compañeros de tienda Reyer, corresponsal de la *Independencia Belga*, Viedma y Lafuente Alcántara, que llegaron á tiempo para dar la enhorabuena al general en jefe por la batalla ganada, cuando todavía no habia cesado el fuego, y el general Prim conquistaba con cuatro batallones el último campamento.

¡Qué dia de gloria tan grande para nuestra patria!

Mientras recorrieron el campo despues de disperso el ejército marroquí, la alcazaba de la ciudad no cesó de disparar sus cañones sobre nosotros; pero afortunadamente no hubo que lamentar desgracia alguna.

Digo mal; hubo que lamentar la de un desgraciado, cuyo nombre no cito, que cuando hubo terminado todo, fué herido mortalmente en el cuartel general mismo, por una bala traidora disparada muy de cerca desde una casa rústica medio oculta entre un bosquecillo de higueras y almendros.

Todos se han portado bien en esta heróica jornada; el general en jefe, que ha dispuesto el plan y que tan sábiamente le ha dirigido; el general Prim, cuyo arrojo é inteligencia para regir sus tropas, son hoy proverbiales en todo el ejército; el general García, que dió una carga con su escolta en los momentos de mayor peligro; el general D. Enrique Odonnell; el general Makena, todos, en fin, porque todos trabajaron con decision y celo, son dignos de los elogios y de la gratitud de España. ¿ Y qué diré del ejército? El ejército, que ha mar-

chado el combate con la misma regularidad, con el mismo órden con que hubiera podido marchar á una parada; que atacó y conquistó en un mismo punto, con un valor indescriptible que hizo esclamar en un momento de admiracion á los corresponsales franceses: *¡La Francia y la España unidas pueden dominar el mundo!* que no se detuvo ante ningun obstáculo; que derrotó en media hora á un ejército de 25,000 hombres, merece que España le otorgue una corona y que se registre hasta el nombre del mas humilde soldado en el libro de la historia.»

II.

En otra carta, hablando en general de las impresiones primeras producidas por esta batalla, se decia:

«Frenética habrá sido en España la esplosion de entusiasmo por la magnífica victoria que obtuvimos ayer; pero el júbilo de nuestro ejército anoche aun bajo el fuego de la plaza enemiga, y durante todo este dia, no ha tenido límites. Esperamos esta mañana encontrarnos con ese fuego todavía mas vivo, y la primera pregunta que yo dirigí á mi compañero de tienda fué la siguiente: ¿Nos han seguido haciendo fuego toda la noche? Cuando me dijeron que nó, cuando observé que no nos lo hacian y que eran las ocho de la mañana, comprendí que la plaza iba á rendirse, y entonces volví á considerar la inmensa importancia, toda la grandeza de la batalla de ayer.

»Sobre ella no he escrito á Vds. casi ningun detalle, y tampoco los escribiré hoy, porque creo que seria empequeñecer un hecho de tanta magnitud decir á Vds. que tal soldado fué el primero que entró en la tienda de Muley-Hamet, cual en la de Muley-Abbas, que este oficial cayó en tal momento, que aquel jefe dirigió una frase bella y entusiasmadora á los soldados que mandaba. Cuando se da una gran batalla, en que hay cincuenta ó sesenta mil hombres desplegados, formidables trincheras y fortísimos reductos de que hay que apoderarse y que están protegidos por los fuegos de una plaza inmediata; cuando se libran á una lucha de esas proporciones gigantescas la honra de una gran nacion como la España, y la existencia quizá

sobre su trono del emperador de Marruecos, los rasgos aislados se oscurecen, los detalles empequeñecerian la magnitud del suceso.

»Sepan Vds. con satisfaccion y con orgullo que todas las armas rivalizaron en valor y en bizarría. La artillería, despreciando los fuegos de los cañones enemigos, avanzó á tiro de pistola de ellos hasta el punto de que se le mandara hacer alto por el general en jefe; nuestra de hoy mas, inmortal infantería, sufriendo impávida la metralla de los enemigos, y atravesando un pantano con barro hasta la cintura, salvó la formidable trinchera de los moros y se apoderó de sus cañones y entró en su campamento; nuestros bravos escuadrones de caballería, teniendo en jaque á triple número de caballos enemigos y prontos á cargar, ora sobre ellos, ora sobre su infantería, se movian con un órden y con una precision que ni en una parada se observan movimientos mas bellos.

»Los generales de division y los generales de ejército, y el general en jefe, sobre todo, revelaron tanto valor, tanta bravura como inteligencia. No murió ninguno, como murieron algunos generales franceses en Crimea y en Italia, por un milagro de la Providencia, no porque no se espusieran tanto, cuando menos, como el que mas; así como el general en jefe en el plan y desarrollo de la batalla, y todos sus generales en su ejecucion, se pusieron á la altura de los mas ilustres capitanes de los ejércitos europeos.

»¿Saben Vds. cuantos enemigos tenian en frente los españoles? Pues eran nada menos que 35,000 hombres, en donde figuraban las mejores tropas del imperio de Marruecos, y 4,000 caballos de esa temerosa y célebre caballería negra, que tanto habla á la imaginacion de los europeos, y que es en verdad el nervio de las fuerzas del Emperador marroquí. Esos hombres tienen valor, se baten con ferocidad; defendian su patria, creian defender su religion, eran mandados por sus príncipes y por sus sacerdotes. Muley-Abbas, Muley-Hamet, hermanos del emperador; Muley Ibrahim, su primo; Caid Omar y Benhuda, sus generales mas afamados, mandaban sus tropas. Estas tenian su campamento cerrado por una estensa y fortísima trinchera, defendida por una batería amparada por un ancho foso formado por un largo pantano, apoyada en el lado izquierdo por una áspera montaña poblada de enemigos y artillada, y por el lado izquierdo por un rio,

término de aquel pantano, y por las baterías de la plaza.

»Pues bien: los españoles con menos fuerzas, á pecho descubierto, en campo llano, sin sorpresas, arrojando el guante desde que se anunció el dia, levantando su campo y revelando bien claramente al enemigo que su intencion era tomarles sus posiciones, presentaron la batalla y obtuvieron una completísima victoria. ¿Por qué? Esa es la gloria que corresponde á los soldados y á sus jefes por su valor; esa la pura, la inmensa, la invidiable gloria que corresponde al conde de Lucena como general en jefe del ejército que dió la batalla.

»Los tres cuerpos de ejército que tenemos en el valle de Tetuan mandados por los generales Prim, Ros de Olano y Rios, y por los de division O'donell (D. Enrique), Orozco, Turon, Quesada y Rubin, secundaron admirablemente el plan del general en jefe, hicieron sus movimientos y tomaron sus posiciones.

»El general Rios merece sus elogios, aunque no disparó un solo tiro, y precisamente por eso, aunque el enemigo estuvo á medio tiro de cañon, porque desplegó en batalla, apoyado en el reducto de la Estrella, sostenia la retaguardia, aseguraba la comunicacion con el mar, hacia creer al enemigo que atacaba su izquierda, le hacia acumular allí numerosas fuerzas, y sin empeñar accion alguna dejaba libre y desembarazada la accion del general en jefe con los dos cuerpos de ejército restantes, el uno por la derecha y el otro por la izquierda. Merece elogios, y muy sinceros y muy entusiastas, el conde de Reus, porque en el momento supremo se lanzaba con una brigada de una de las divisiones de su mando sobre la trinchera enemiga, y dando el ejemplo á sus soldados penetraba á caballo por una tronera y derribaba á los dos moros que se le oponian. Los merece el general Odonell (don Enrique), porque con la otra brigada de su division penetraba atrevidamente por las cañadas y por los montes en donde tenia el enemigo uno de los campamentos, y le ocupaba.

»Los merece el cuerpo de ejército que manda el bizarro é inteligente general Ros de Olano, porque con una de sus divisiones penetró el señor general Turon por la izquierda en el campamento enemigo y completaba el pensamiento del general en jefe, adelantando en su ejecucion por la impetuosidad y por el valor de los batallones que atacaban de frente.

»Los merece ante todos y sobre todo el general en jefe, porque imperturbable, frio, sereno, infalible, haciendo adelantar poco á poco á todo su ejército al campamento enemigo, no lanzó á sus soldados á la bayoneta sino en el momento preciso, en el instante supremo, y entonces él, inmóvil antes, se lanzó con tal ardor, con tal impetuosidad á la par de sus batallones, que en treinta y cinco minutos, minutos de horror y de sangre, de ansiedad y de angustia, de bárbara crueldad y de inhumano odio, de locura y de vértigo, decidieron la mas completa de las victorias.

»¡Esos minutos parecian eternos! Pero tenian una bárbara grandeza, ejercian sobre los ánimos, atónitos y pasmados, una fascinacion satánica, eran de una belleza infernal, brillaron con todos los esplendores y con todas las magnificencias de un horror sublime. Nuestros cañones enmudecieron por unos momentos: la batería enemiga vomitaba metralla: los primeros soldados que fueron al asalto quedaron heridos ó muertos por los suelos: otros se hundian en el fango: el entusiasmo no decaia: nuestros soldados siguieron y salvaron la trinchera.

»Entonces se tomaron una revancha sangrienta, y apelando únicamente á la bayoneta, deshicieron y destrozaron por completo á las apiñadas huestes enemigas. Un rio que sale de madre y cubre de espuma el campo sobre que se desborda, un inmenso rebaño de ovejas huyendo de un ejército de fieras que le acorrala y amenaza devorarle, eso es lo que parecian los moros huyendo espantados y despavoridos en todas direcciones, cayendo bajo los piés de nuestros caballos, en las bayonetas de nuestros soldados, en la boca de nuestros cañones, salvando con sus corceles zanjas, barrancos y montes para ir á coronar las alturas mas remotas y llorar allí, como Boabdil al salir de Granada, la derrota sangrienta, la inmensa catástrofe que acababan de sufrir.

»Ya en el campamento se nos presentó un cuadro sombrío y terrible. Cadáveres por todas partes, miembros destrozados aquí y allá y en todos lados, las huellas de los incendios causados por nuestras granadas, heridos revolcándose por el suelo, las tiendas abandonadas, los nidos de las fieras todavía calientes; pero las fieras huidas, los prisioneros ennegrecidos y destrozados todavía, centelleando en sus

ojos el bárbaro deseo de la venganza, hacian aquel cuadro imponente, espantoso, tremendo. Pero todo aquel horror, todo aquel inmenso horror desaparecia ante el grito entusiasmador y eléctrico, repetido por montes y valles, por la voz de los hombres y por el eco de la naturaleza, que decia: ¡VICTORIA! ¡VICTORIA!

»Y esa victoria ha sido completa. Los hermanos del emperador se escaparon de su ejército en derrota para ocultar su vergüenza. Cubiertos de sangre y del cieno de estos pantanos huyeron, el uno por la izquierda, el otro por la derecha de Tetuan, sin entrar siquiera en el pueblo. La ciudad, llena de pánico, ha enviado sus emisarios de parlamento, que han visto á nuestro general en jefe á las diez de la mañana. Se les ha dicho que, ó se rinden en el término de veinticuatro horas, ó se les arrasa la ciudad. Parece que en ella se teme al saqueo de los restos desmoralizados y envilecidos del ejército de Muley-Abbas y de Muley-Hamet. Creo que se rendirán sin defensa. ¡Qué inmensa ha sido la importancia de la batalla de ayer!»

III.

Nuestros lectores acaban de hacerse cargo por las dos relaciones entusiastas que preceden de lo que fué la memorable batalla del 4. Vamos ahora á darles la relacion exacta, segun se desprende de los partes oficiales y de las cartas particulares que tenemos á la vista escritas por jefes que tomaron en ella una parte activa.

Desembarcados ya los víveres que se creyeron ser suficientes para hacer frente á la subsistencia del ejército en algunos dias, y puesto en tierra y montado el tren de sitio, causas que tenian detenido al general en jefe en la desembocadura del rio Martin ó Guad-el-Jelú, pensó ya seriamente en tomar la ofensiva sobre Tetuan, batiendo primero al enemigo, que se hallaba colocado sobre el frente y flanco derecho de nuestro ejército.

La larga y forzada detencion de este en la costa habia dado tiempo á los moros para reunir gran número de fuerzas, que se veian aumentar de dia en dia, y en uno de ellos, segun ya llevamos espresado, las

salvas de la artillería de la plaza y de los campos anunció á los nuestros la llegada de Muley-Hamet, hermano del emperador, con crecido número de moros, entre los que contábase parte de la guardia negra, segun se supo por algunos prisioneros hechos en el combate del 31, los cuales manifestaron que llegarian á 40 ó 50,000 hombres, pero que, aunque no fuese este número, no bajarian de 35,000.

Tambien se les veia trabajar sin descanso en sus campos y trincheras, dando á conocer con esto que estaban fortificándose; y por último, el fuego de cañon que dirigieron contra los nuestros en algunos reconocimientos, dió á conocer que los habian artillado.

«Aunque conocia que esto aumentaba las dificultades de la operacion, dijo Odonell en su parte, sabia, empero, que contaba con elementos bastantes para vencerlos.»

Ya hemos dicho que el dia 2, despues de misa, subió el general en jefe al terrado de la Aduana con varios otros generales, y allí les esplicó su pensamiento que debia tener efecto el dia 4. Mostróles el campamento de Muley Abbas colocado sobre el monte Gelili y las alturas inmediatas por nuestro flanco derecho: el de Muley Hamet á nuestro frente en una pendiente suave al principio de las huertas de Tetuan: marcóles la parte que cada uno debia tomar en el combate y el órden en que debian marchar.

Era este del modo siguiente:

El segundo cuerpo á las órdenes del general Prim á la derecha, llevando dos brigadas por batallones en escalones y á retaguardia las otras dos en columnas cerradas, teniendo en su centro dos baterías del segundo regimiento montado y dos baterías de montaña del primero y quinto regimiento.

El tercer cuerpo, á las órdenes del general Ros, á la izquierda en la misma forma, llevando en su centro los tres escuadrones del regimiento de artillería de á caballo, y en el centro de ambos el regimiento de artillería de reserva, precedido de los ingenieros, y detrás la caballería en dos líneas.

El cuerpo de reserva, con una batería del segundo regimiento montado y otra de montaña del quinto regimiento, al mando del general Rios, debia avanzar por la derecha del general en jefe, y apoyándose en el fuerte de la Estrella amenazar constantemente el campamento

de Muley Abbas para mantenerlo en jaque, y obrar, segun este lo hiciese, sin comprometer el combate, á menos que el enemigo viniese sobre él.

Hechas estas prevenciones y satisfecho de haber sido bien comprendido por los generales, el general en jefe esperó tranquilamente el momento de la ejecucion.

Llegó el amanecer del 4 con un frio glacial, el pequeño Atlas cubierto de nieve y blancos sus estribos hasta la aproximacion de nuestras tropas, el tiempo muy revuelto y una pequeña llovizna en nuestro campo, lo que hizo suspender el movimiento al general en jefe porque no creia prudente, segun dijo, empezar la operacion bajo un temporal si se pronunciaba.

Eran las ocho y media cuando empezó el tiempo á serenarse, apareció el sol y fueron poco á poco disipándose las espesas nubes que cubrian el valle.

El general Odonell hizo entonces la señal de partir, y las tropas comenzaron su movimiento atravesando el rio Alcántara, que estaba al frente de los nuestros, por cuatro puentes que se habian echado la noche anterior construidos con actividad é inteligencia por el cuerpo de ingenieros.

Bien pronto el ejército quedó formado en la inmensa llanura que estaba al frente de nuestro campo, y el enemigo vió por primera vez desplegado el ejército español, que hasta entonces solo habia visto y combatido parcialmente.

Delante del ejército y en toda su estension, habia fangosas lagunas, tras de las cuales, en un pequeño declive, se alzaban los parapetos y baterías de los moros, que tenian además en su favor arboledas espesas, vallados y zanjas profundas que les sirvieron de defensa en la retirada.

Dada la órden de marcha, la rompió todo el ejército en el mas perfecto órden y mas completo silencio, sin que los pantanos y lagunas, de que acabamos de hacer mérito, detuviesen un momento á nuestros batallones y sin que se notase en ellos la mas leve oscilacion, pues que las columnas los atravesaban como si fuesen el terreno mas firme y seguro.

Habrian andado los nuestros sobre unos mil metros, cuando el ene-

migo rompió un vivo fuego de cañon desde su campamento del frente, que muy luego fué seguido por el de la torre de Gelili, pero sin contestar y sin detenerse avanzaron los batallones hasta colocarse á unos mil setecientos metros de las baterías contrarias, y avanzando entonces la artillería de reserva, rompió el fuego sobre ellos con gran viveza y acierto.

Corto fué este período, pues conociendo el general en jefe que era necesario aproximarse mas para que la artillería produjese efecto y para que entrasen en accion las piezas rayadas de á cuatro, dispuso que el tercer regimiento de reserva adelantase haciendo fuego por baterías, ganando terreno, mientras salia el regimiento de á caballo sobre nuestro flanco izquierdo para hostilizar con sus fuegos el derecho del enemigo.

Esta órden fué cumplida admirablemente, segun Odonell lo confiesa así en su parte. Bien pronto el fuego de ambos regimientos pasaba sobre el campo contrario, de modo que aunque continuaba el suyo, era con mucha mas lentitud.

El enemigo se esforzó por detener con sus balas rasas aquella marcha lenta é imponente, pero una verdadera lluvia de granadas caia sobre él. A poco sus disparos fueron siendo mas lentos, y llegó un instante al fin en que uno solo de sus cañones mantenia aquel tremendo combate de artillería.

Avanzaron por nuestra parte los dos regimientos de artillería, seguidos y sostenidos por los cuerpos de ejército, y adelantaron tambien sobre nuestra derecha las dos baterías del segundo regimiento montado, para que la una cañonease la estrema izquierda del campamento bajo, mientras que la otra dirigia sus fuegos sobre una parte de las fuerzas de infantería y caballería que bajaban del campamento alto. Entonces tambien la brigada de lanceros se colocó de modo que pudiese observar la numerosa caballería del enemigo, la cual habiéndose corrido hácia la derecha, parecia provocar al cuerpo de reserva que quedaba sobre el fuerte de la Estrella, permaneciendo inmóvil é impasible.

En esta disposicion, el general en jefe hizo avanzar de nuevo á todo el ejército. La artillería ganaba terreno por el frente y los dos flancos protegida por las guerrillas y apoyada por los cuerpos segundo y

tercero, llegando hasta á seiscientos metros de las fortificaciones enemigas que volvieron á hacer fuego con la artillería, pero sin que ni por una ni por otra parte aun se hubiese disparado un solo tiro de fusil.

Alguna fuerza de infantería y caballería se presentó entonces sobre nuestro estremo izquierdo, pero retrocedió al fuego de nuestras guerrillas, sostenidas por dos batallones que hizo avanzar el general Makenna, á quien se habia mandado á aquel lado, y que rechazó sobre la plaza, interponiéndose entre ella y el campo, protegido por la brigada de lanceros que pasó allí con el general Galiano.

En los movimientos el regimiento de á caballo y el tercer cuerpo habian ganado sucesivamente terreno, de modo que estaban próximos á tomar al enemigo completamente por el flanco, rebasando el estremo de su trinchera. Dispuso en aquel acto el general en jefe un nuevo movimiento para envolverlo, y este se ejecutó del modo mas completo, colocándose toda nuestra línea á unos 400 metros del enemigo.

A esta distancia, 40 piezas rompieron un fuego vivísimo; muchas granadas estaban á la vez en el aire, y muchas reventaban en el campo contrario, causando estragos y aun incendiando algunos barriles de pólvora y tiendas, pero sin lograr por esto inutilizar la artillería enemiga que seguia disparando sobre nuestros batallones. Lo robusto y bien entendido de sus parapetos y trincheras, hacian imposible el desmonte de las piezas, no entrando las balas por las troneras ó reventando precisamente alguna granada sobre sus cureñas, pero teniendo la suerte de que ellos hasta entonces no nos hubisen causado grandes bajas.

Imponente era ver dos ejércitos numerosos á tan corta distancia; el enemigo cubierto completamente con sus obras de defensa y el nuestro á pecho descubierto, pues que en el sitio que ocupaba no se encuentra ni un pequeño arbusto.

«En su actitud firme, dice Odonell, tranquila, y en la precision con que mis órdenes se cumplieron por los generales, veia yo la seguridad de que la indecision de la lucha no seria duradera.»

Y así fué.

El momento habia llegado.

El general Prim con el segundo cuerpo de ejército se hallaba al

frente de las trincheras, y el general Ros con el tercero habia llegado al estremo derecho de ellas.

Resonó en aquel momento en toda la línea el toque de ataque, y vióse á aquellas masas, que habian ido aproximándose poco á poco, arrancar á la carrera y precipitarse con furioso empuje sobre el enemigo.

Prim, al frente de sus primeros batallones, se lanzó á la trinchera: eran estos el de cazadores de Alba de Tormes, los voluntarios de Cataluña, el primer batallon de la Princesa, el primero de Leon y los dos de Córdoba, que por órden de escalones en que iban, les tocó la suerte de hallarse mas próximos.

Por la izquierda el primero de Albuera embistió al estremo de la trinchera envolviéndola. Tambien lo hicieron los generales García y Turon con el batallon de Ciudad Rodrigo, el segundo de la Albuera, el de Zamora y el primero de Asturias, siguiendo á retaguardia de ellos todos los demás jefes.

Este momento, aunque corto, fué terrible. El enemigo, que hasta entonces se habia mantenido oculto detrás de los parapetos, rompió el fuego de espingarda, convirtiéndolos en un volcan, pero sin que el fuego de metralla de su artillería, el cañon que nos dirigia la plaza, ni una profunda y cenagosa laguna que se hallaba á nuestro frente pudieran contener á nuestros batallones un solo instante.

Bien pronto nuestros soldados saltaron la trinchera. En aquel momento supremo murieron el comandante de los voluntarios catalanes D. Victoriano Sugrañes y el teniente Moxó, pero allí estaba Prim, Prim que dió el ejemplo, penetrando por la tronera de uno de los cañones enemigos y matando al moro que iba á dispararlo.

Valiente y admirablemente se portaron los catalanes, valiente y admirablemente se portó el ejército todo.

Treinta y cinco minutos mediaron solo desde el momento de dar la órden del ataque hasta el de ondear la bandera española en lo alto de las fortificaciones moras.

Artillería, municiones, tiendas, bagajes, todo estaba en nuestro poder, y el enemigo, corriendo atropelladamente en todas direcciones, trepaba por las escabrosas vertientes de la sierra Bermeja para salvarse de la inmediata persecucion de nuestros soldados.

Quedaba todavía una parte de la fuerza enemiga en la torre de Gelelí y en las alturas inmediatas; el general D. Enrique Odonell con la segunda division del segundo cuerpo se encargó de arrojarla de sus posiciones, lo cual efectuó con prontitud y decision, quedando terminada la batalla y acampadas nuestras tropas en el mismo sitio y en las mismas tiendas que media hora antes ocupaban los hermanos del emperador de Marruecos con un ejército, quizás el mas numeroso que jamás ha reunido.

El cuerpo de reserva con sus maniobras y actitud firme y dispuesta contuvo una parte crecida de las fuerzas del campamento alto, inutilizándola para el combate, entre la que se hallaba una que no bajaria de 3,000 á 4,000 caballos.

Los efectos tomados en el campo fueron dos banderas, ocho cañones montados y aun algunos cargados, muchas municiones de todas clases, ochocientas tiendas de campaña, muchos camellos y cuantos efectos tenian, pues que nada les fué posible retirar.

Por lo que toca á nuestra pérdida, tenida únicamente en la mencionada media hora, consistió en diez oficiales y cincuenta y siete soldados muertos; tres jefes, cincuenta y dos oficiales y setecientos siete individuos de tropa heridos, y siete jefes, trece oficiales y doscientos cincuenta y nueve soldados contusos.

La del enemigo fué inmensa. El campo estaba cubierto de cadáveres, habiendo retirado infinito número de heridos, tanto en la division de Tetuan, como en la de los montes vecinos.

El general en jefe termina el parte oficial en que da cuenta de esta jornada con los siguientes párrafos:

«Difícil me seria citar los nombres de los que han combatido haciéndose dignos de mencion especial, y por lo mismo me limito á manifestar á V. E. para que se sirva elevarlo á S. M., que los generales, jefes, oficiales y tropa se han hecho dignos de su real consideracion; que los primeros han dirigido con inteligencia y decision sus fuerzas, y estas han ejecutado las operaciones con un valor que los hace acreedores á la admiracion de la patria.

»Las lanchas cañoneras de nuestra armada, deseosas de tener participacion en el combate, habian remontado hasta donde les fué posible el rio Martin, rompiendo el fuego de sus piezas al mismo tiem-

po que el de la artillería del ejército, y continuándolo hasta que la situacion avanzada de este los forzó á suspenderlo; pero saltando entonces en tierra los oficiales, vinieron á suplicarme les permitiera marchar con sus tripulaciones hácia el enemigo en union con nuestras guerrillas: no pude acceder á su honrosa demanda, y habiéndoles manifestado que sus servicios me podian ser todavía muy útiles, cubriendo en caso necesario con sus fuegos el flanco izquierdo y ambas orillas del rio, regresaron á sus cañoneras.»

IV.

Los Catalanes.

Ya hemos dicho que los catalanes se portaron bizarramente.

Iban en pos del regimiento de Alba de Tormes, compuesto tambien en su mayoría de catalanes, y á la vista de todo el ejército se cubrieron de gloria.

—Si quereis tiendas, es preciso tomárselas á los moros, les habia dicho Prim el dia 3.

Las tomaron el dia 4 y tuvieron tiendas.

Hé aquí en qué términos habla de ellos un periódico autorizado y á quien nadie sin duda tachará de imparcial, la *Gaceta Militar*, en su número correspondiente de 7 de marzo:

LOS VOLUNTARIOS CATALANES EN ÁFRICA.

«Cataluña bien puede estar orgullosa por lo dignamente que está representada en el ejército de Africa. Desde que empezó el alistamiento de las cuatro compañías de voluntarios catalanes, hasta que pusieron su pié en Africa, solo pasaron 37 dias. Durante este cortísimo tiempo se reunieron, armaron, equiparon é incorporaron al valiente ejército para compartir con él las penalidades de la guerra. El dia 3 de febrero desembarcaron en la Aduana, y los que los vieron comprendieron desde luego que serian dignos hermanos de los que tantas victorias habian obtenido ya; dignos hijos de la provincia á quien iban á representar.

»El conde de Reus que les esperaba, les arengó en su idioma,

hablándoles al corazon como él sabe hacerlo; y á estos intrépidos soldados que habian ansiado cuanto antes poder pisar el suelo africano, les faltaba tiempo ya para entrar en accion, porque querian que todos sus hermanos se convencieran de que eran dignos de formar parte del ejército que tantas glorias habia conquistado. La falta de instruccion táctica no les detuvo para entrar en fuego en la primera ocasion. Lo deseaban, lo pidieron y se les concedió. Al siguiente dia se dió la batalla de Tetuan, que será notable en nuestra historia por el acierto con que fué dirigida, lo bien que fueron secundadas las miras del general en jefe por los demás generales, jefes, oficiales y tropa, y por los resultados que de ella se obtuvieron. El ejército enemigo fué completamente derrotado y puesto en dispersion; sus cañones, sus tiendas de campaña, sus bagajes y la plaza que protegian quedaron en nuestro poder. Nadie ignora la parte que los voluntarios de Cataluña tomaron en esta célebre batalla.

»Marchando á vanguardia, detrás de los batallones cazadores de Alba de Tormes y Chiclana, al desplegar estos, lo hicieron tambien los catalanes, marchando en primera línea á la derecha del batallon de Alba de Tormes, cubriendo de este modo la marcha y movimiento de nuestro ejército. Así avanzaron en medio de una lluvia de metralla, siendo de los primeros que se lanzaron á la trinchera enemiga con el general Prim á la cabeza, arrollando cuanto se oponia á su paso, sin que hubieran disparado un solo tiro. Para estos valientes las balas nada representaban; por eso ni se valieron de ellas, ni se intimidaron por las que el enemigo les arrojaba. Impávidos en medio del fuego, dieron el asalto con la misma serenidad que si se hallaran en un simulacro.

»Antes de completar 24 horas desde su desembarco, ya habian llevado su bautismo de sangre, habiendo representado en esta batalla uno de los principales y mas gloriosos papeles; pero tambien antes de esas 24 horas, su jefe, Sugrañes, el teniente Moxó y muchos voluntarios habian sellado con su sangre esta gran victoria! Han muerto como valientes, como héroes; dignos son de que Cataluña, esa notable provincia que nunca abandona á sus hijos, perpetue su memoria en un monumento digno de ella y del glorioso hecho de armas en que sucumbieron! Si el teniente coronel graduado don Victoriano Sugra-

ñes y el teniente don Mariano Moxó perecieron en África, en el corazon de todo buen catalan existirá siempre su recuerdo, Cataluña inscribirá sus nombres con letras de oro, y su memoria será imperecedera.

»Cuando el 26 de enero, el Obispo de Barcelona al poner la corbata blanca en los banderines de los voluntarios les dirigió elocuentes frases para que al regresar con ellos á su patria los devolviesen cubiertos de gloria, estaria muy léjos de creer que nueve dias despues esta gloria la habrian conquistado. Todas las correspondencias del campamento están acordes al elogiar la serenidad y arrojo de estos valientes durante la batalla, así como su excelente corazon y humanitarios sentimientos con el enemigo vencido. En una de las correspondencias se decia: «Los intrépidos voluntarios catalanes han dejado, en efecto, la honra de la provincia en este hecho de armas á la altura que el bizarro general Prim podia desear. Para conseguir la victoria no tuvieron necesidad de arrojarse á nado; pero atravesaron con la frente erguida torrentes de fuego que vomitaba el enemigo. »En otra leíamos: «...lo que acaso ignorarás es el espíritu de caridad, de grandeza de alma que campea en estos valientes.»

»Cataluña, esa provincia laboriosa, digna por tantos títulos del aprecio general y que tanto se ha distinguido en esta ocasion por los sacrificios que ha hecho para la guerra, bien sabia que podia poner su honra en manos de esos hijos que habian de conquistar para su patria dias de gloria, probando de este modo que son dignos descendientos de aquellos catalanes que bajo las órdenes de Roger de Flor, Berenguer de Entenza, Jimenez de Arenós y Rocafort, llevaron á cabo hechos tan notables «que causaron temor y asombro á los mayores Príncipes de Asia y Europa, perdicion y total ruina á muchas naciones y provincias, y admiracion á todo el mundo. (1).»

Hasta aquí la *Gaceta Militar*.

¿Qué mas pudiéramos decir nosotros?

Véase ahora el estado de las gracias concedidas á los voluntarios para que se pueda comprender cuan gloriosa parte les cupo en aquella memorable jornada:

(1) *Expedicion de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos* por D. Francisco de Moncada.

SEGUNDO EJÉRCITO Y DISTRITO.—E. M. G.

Ministerio de la guerra.—Relacion de las gracias concedidas sobre el campo de batalla por el capitan general y en jefe del ejército de África en uso de las facultades que le están conferidas, á los individuos de las compañías de Voluntarios de Cataluña que á continuacion se espresan, en recompensa del mérito que contrajeron ó heridas recibidas en el combate que tuvo lugar contra los moros el dia 4 de febrero próximo pasado en los campos de Tetuan, las cuales han sido aprobadas por S. M. en real órden de esta fecha.

OFICIALES.

Capitan D. Manuel Rodriguez, mencion honorífica. Teniente D. Alberto Artal, id. Subteniente D. Antonio Serret, id.

SARGENTOS.

Sargento segundo Juan Grau, cruz de 10 reales de María Luisa. Sargento primero Miguel Mas, id. Sargento segundo Juan Ruiz, id.

CABOS.

Cabo Antonio Boix, cruz de María Luisa pensionada con 10 reales. Cabo José Beltran, id. Cabo Pablo Perez, id.

VOLUNTARIOS.

Eudaldo Miralles, cruz de María Luisa pensionada con 10 reales. Juan Montero, id. José Sengenis, id. Francisco Capellades, id. Pedro Roca, id. Jaime Tolrá, id. Mariano Mora, id. Antonio Roger, id. Miguel Sarrabasa, id. Pedro Angle, id. Telesforo Roura, id. Juan Roura, id. Enrique Girardell, id. Juan Divisoni, id. José Claramunt, id. Antonio Masach, id. Juan Accerías, id. Pablo Baseda, id. Miguel Puig, id. Luis Fernandez, id. Gaspar Camarasa, id. Antonio Guarro, id. Juan Gayan, id. Benito Borrell, id. Antonio Balsells, id. José Arquer, id. Nicanor Aguilera, id. Pedro Cibil, id. Baldomero Minguella, id. Bartolomé Borrás, id. Agustin Escote, id. Jorge Llorch, id. Juan Vilanova, id. Miguel Puig, id. Ventura Joan, id. Pedro Marselleras, id. Miguel Carreras, id. Francisco Fortuny, id. Francisco Pla, id. José

Olivella, id. Miguel Mayol, id. José Vela, id. Francisco Preinas, id. Bernardo Baxó, id. Pedro Carné, id. Sebastian Giralt, id. Ramon Jover, id. Domingo Ramon, id. José Catalá, id. Antonio Ripoll, id. Pedro Font, id. Miguel Torre, id. Jaime Camps, id. Francisco Clapera, id. Estéban Morató, id. Cristóbal Llobet, id. José Valera, id. Antonio Papiol, id. José Bros, id. Ramon Sans, id.

Madrid 10 de marzo de 1860.—Es copia.—el brigadier jefe de Estado Mayor general, José Halleg.

Para completar el relato histórico de lo que hicieron los bravos voluntarios catalanes en la jornada del 4, solo nos falta publicar la comunicacion dirigida á la Exma. Diputacion provincial de Barcelona por los señores comandantes primero y segundo accidentales de dicho cuerpo.

Hélo aquí:

Excmo. Sr.

«Cuando hace quince dias salimos de Barcelona en medio de las aclamaciones de todo un pueblo, una idea, Excmo. señor, acibaraba la pura satisfaccion que esperimentábamos en aquel momento. Esta idea era si nuestros hechos estarian á la altura de la ovacion de que éramos objeto; pero ahora que el cañon ha sonado; ahora que nuestra sangre ha corrido en los campos de batalla, y que los plácemes y vítores de todo un ejército nos dicen que hemos cumplido; ahora, Excmo. señor, con la cabeza erguida, con el orgullo propio de hombres que han llenado su mision, este cuerpo, por conducto de los infrascritos, se dirige á V. E. para comunicarle la adjunta relacion de la batalla del 4 del presente, notable por lo reñida que fué, y mas notable aun por lo fecundo de sus resultados: la rendicion de Tetuan.

»Larga y enojosa tarea seria, Exmo. señor, relatar detenidamente uno por uno los incidentes de batalla tan memorable; V. E. podrá enterarse cumplidamente por el parte que de la misma da al ministerio de la Guerra el escelentísimo señor general en jefe: pero ciñéndonos á la parte que en ella le cupo al cuerpo que tenemos el honor de mandar, diremos tan solo que á la órden de cargar á la bayoneta nuestros voluntarios, con sus jefes á la cabeza, poseidos de un noble entusiasmo, ébrios de gloria, se lanzaron á los parapetos y posiciones enemigas al través de una lluvia de balas y con lodo hasta la cintura.

Lit. Vazquez R. 31.

MOXÓ Y SUGRAÑES.

»Breve fué la lucha; el enemigo, despavorido, huyó cobardemente, abandonándonos sus tiendas, armas y bagajes, y el grito que hace siglos resonó en los confines de la Grecia, retumbando por los valles y montañas de Tetuan trasmitirá al mundo entero el valor de este puñado de valientes, dignos descendientes de los que, lo mismo en el Peloponeso que en Sicilia, en Lepanto que en el Bruch, asombraron al mundo entero con la fama de sus hechos.

»¡Sombras de Rojer y Entenza... regocijaos! ¡todavía los catalanes son los mismos que tantas veces conducisteis á la victoria y á nuestro regreso al suelo patrio depositaremos los laureles salpicados todavía con la sangre de los valientes que los han conquistado al lado de los inmarcesibles que ciñeron vuestras frentes!...

»Tan brillantes resultados, Exmo. señor, no se consiguen sino con pérdidas sensibles, doblemente cuando recaen en personas tan dignas y beneméritas como las que tenemos que lamentar. Por el estado adjunto, verá V. E. cuán cara nos ha costado la victoria; solo llamaremos la atencion de V. E. sobre las nunca bien lloradas del comandante don Victoriano Sugrañes y Hernandez y don Mariano de Moxó, muertos gloriosamente en su puesto, al conducir sus soldados á la victoria.»

V.

Episodios y detalles.

Al dia siguiente de esta jornada, el general Prim dirigió á sus soldados la siguiente alocucion.

«Soldados del segundo cuerpo: Hemos terminado con gloria el primer período de esta campaña: habeis sabido elevar á la mayor altura el nombre del ejército español y el de vuestro segundo cuerpo, que me enorgullezco de mandar. Con soldados como vosotros, la bandera española puede llevarse alrededor del mundo y ostentar á su faz lo que pueden los hijos de España.

»Para que esta gloria sea inmarcesible, preciso es que no la empañe el mas ligero borron, la mas pequeña sombra. Vais á entrar en

una plaza que abre sus puertas y se postra ante los piés de la Reina de España pidiendo clemencia, y la obtendrá cumplida.

»El anciano y el niño, la mujer, los hombres, los habitantes todos están hoy bajo la salvaguardia de la hidalguía castellana, y deben hallar un protector, no un enemigo, en cada uno de nosotros. Si esta plaza hubiera hecho resistencia, si se hubiera entrado á sangre y fuego, tendriais derecho á apoderaros de todo; pero cuando nos pide amparo, es preciso otorgarlo á toda costa.»

El general en jefe, con la misma fecha del 5, dirigió al ejército la siguiente proclama:

«Soldados: En el dia de ayer habeis conseguido una completa victoria, tomando al enemigo sus reductos y atrincheramientos con todas sus tiendas y bagajes. Habeis correspondido dignamente á lo que la reina y la patria esperan de vosotros, y habeis elevado á una grande altura la gloria y el nombre del ejército español.

»Soldados: Continuad con la misma constancia con que habeis luchado durante tres meses contra los elementos, en un clima duro y en un país inhospitalario, hasta que obliguemos al enemigo á pedir gracia, dando á España satisfaccion cumplida de sus agravios, é indemnizacion de los sacrificios que ha hecho.»

Casi todos los periódicos de Madrid publicaron el siguiente episodio que se refiere á la batalla del 4.

«Entre los diferentes paisanos que como corresponsales, pintores, fotógrafos y curiosos siguen al ejército desde que emprendió su movimiento sobre Tetuan, se cuenta el jóven pintor D. José Vallejo, vecino de esta corte, socio-artista y corresponsal de la publicacion titulada *Crónicas de la guerra de África*.

»Ya en la accion de los Castillejos se distinguió este jóven, incorporándose á una de las guerrillas y quemando dos paquetes de cartuchos. Esto le granjeó las simpatías del tercer cuerpo de ejército, y especialmente las del batallon entre cuyas tiendas acostumbraba á plantar la suya.

»En la batalla del dia 4, entusiasmado con la perspectiva del gran hecho de armas que se preparaba, hizo lo mismo, y ya bajo el fuego de los marroquíes se incorporó á una compañía.

»Todos los oficiales de esta fueron muertos ó heridos: los soldados vacilaron un momento; pero en el mismo instante el Sr. Vallejo arengó con breves frases á la compañía, púsose á su frente, y dirigiéndola con el mayor denuedo, penetró de los primeros en la trinchera.

»Este acto de valor, y el espectáculo de una compañía que cargó contra los enemigos á las órdenes de un paisano, llamaron la atencion del general Turon, que dirigiéndose al encuentro del Sr. Vallejo, le presentó al jefe de Estado mayor general Sr. García. Este le condujo á presencia del conde de Reus; quien le dió gracias en nombre de la Reina al frente de las tropas del segundo cuerpo.

»Cuando el conde de Lucena tuvo noticia de lo sucedido, mandó le presentasen al bizarro español, y sobre el campo de batalla condecoró á D. José Vallejo con la cruz de San Fernando.

»Inútil es añadir que este artista se ha conquistado el aprecio de todo el ejército.

»Reciba el Sr. Vallejo, dijo *La Iberia*, nuestro parabien mas completo, pues ha dado tan nobles pruebas de unir al talento de artista un corazon de soldado, henchido por el fuego sacrosanto de la gloria en medio del mortífero combate, que es donde mejor se pueden apreciar el valor y arrojo de los hijos de España.

Los gloriosos trofeos cogidos á los marroquies en la batalla fueron enviados á Madrid, custodiados por un ayudante del general Odonell, el cual los presentó el dia 14 á S. M. y al pueblo madrileño, en medio del mayor entusiasmo.

Luego que la reina los hubo visto se espusieron al público.

Por lo que toca á los cañones, que eran ocho, he aquí la interesante reseña y traduccion de sus inscripciones arábigas, debida al Señor Cerdá de Villarestan:

1.° Incierto.—Sin inscripcion ni fecha.

2.° y 3.° Suecos.—Inscripcion arábiga que dice así:—*Regalo hecho por S. M. el rey de Suecia Gustavo III.*

Estas dos piezas datan seguramente del xerif Mohammed Abdallah ben Ismail, que reinó desde el año 1171 al 1204 de la Hegira (1757, —1789 de Jesucristo).

En este período de tiempo el imperio de Marruecos hizo la paz, y se restablecieron los antiguos tratados con Suecia, la república Veneciana, España y otros varios estados.

4.° Sueco.—Inscripcion.—N.ª 9. *S.* 5. *L.* 9. *m.* 7.—*Me fecit meyer Holmiac* (Estocolmo) 1797.—Corresponde esta pieza al reinado de Gustavo Adolfo IV.

5.° Inglés.—Inscripcion: — DCLXXIX. — *Jand II King.* 1808. *Honi soit qui mal y pense.*—Corresponde al reinado de Jorge III.

6.° Veneciano.—Escudo de armas de la república de Venecia. Debajo C. A.

7.° Español.—Inscripcion: *Cabul.—Carlos IV.* (Monograma).—*Núm.* 1713, *Barcelona* 28 *de agosto de* 1790.

8.° Inscripcion arábiga, y dice así:—*Por mandado de nuestro señor el príncipe de los creyentes, ayúdele Dios y ampárele.—Hízose este cañon... por manos de su siervo.* . . . . . *año* 1261 (1844).

Escusamos decir que no ha sido posible traducir lo que falta de la inscripcion que precede. La mala colocacion de la pieza, lo diminuto de sus caractéres, finalmente, su estado de deterioro, justificarán esta omision.

Aquel horrible triángulo de fuego, dice una correspondencia describiendo la batalla del 4, se estrechaba á cada paso que se daba, y en un momento el toque de ataque á la bayoneta se oyó, y nuestros soldados como leones se arrojaron á las trincheras y á las baterías enemigas, despreciando la muerte que los primeros encontraron con la metralla que estas les vomitaban. El conde de Reus atacaba de frente la trinchera, y entraba á caballo por unas troneras, matando á un moro que se adelantaba á interceptarle el paso. El general Odonell (don Enrique), trepando por una ágria montaña, desalojaba al enemigo de su campamento y plantaba la bandera española en su torre. La division Turon adelantándose por la izquierda, penetraba en el campamento enemigo y en la

trinchera enemiga, cuando todavía los moros estaban haciendo fuego de frente, en cuyos supremos momentos el conde de Lucena, que es la gran figura, que es la figura incomparable de este dia inmortal, entraba con su escolta confundido por este lado con los soldados que iban de vanguardia.

—¡Viva nuestro general en jefe! decian los batallones.

—¡Viva la Reina! contestaba el conde de Lucena.

—¡Viva España! decian otros.

—¡Viva la infantería española!

—¡Vivan los hijos del Cid!

—¡Vivan nuestros soldados!

Y los gritos de entusiasmo y de locura, y el humo de la pólvora y la embriaguez del triunfo, y el estampido de los cañones y nuestros soldados que avanzaban sin cesar, los árabes que huian, producian tal vértigo, que las cabezas enloquecian y los corazones estallaban de júbilo. El dia habia amanecido lluvioso; pero el sol quiso presenciar esa gran victoria de nuestro ejército, y nunca ha tenido rayos mas puros y mas brillantes que los que nos envió en la tarde de ese dia.

Un estranjero que presenció el triunfo de nuestras armas el dia 4, al pié de los muros de Tetuan, Mr. Iriarte, el corresponsal de *Le Monde ilustré* de Paris, escribió á un amigo suyo, y este nos facilitó una carta particular, de la que traducimos los siguientes párrafos, que creemos un título de gloria para nuestro ejército:

«España ha hecho mas en cuatro horas que en muchos años. Hemos penetrado hoy á las dos de la tarde en el campamento de Muley-Hamet; Leon, Saboya, los catalanes y Prim, son los primeros que han dado el asalto. Prim ha entrado por una tronera, dejando herido el caballo y con el sable torcido á fuerza de dar cuchilladas.

»Lo mas grande de esta jornada, á pesar de tan admirables hechos de armas, es la conducta del general en jefe como gran general. Dudo que se pueda ejecutar un gran movimiento estratégico con mas serenidad, y nunca se hará todo lo que él ha hecho, sin perder tres veces mas gente. Estoy loco de entusiasmo, no puedo escribir.

»Siento demasiado lo que España ha hecho en este dia. Al mundo

entero quisiera decir lo que ha hecho el ejército español. Esta mañana (esta carta está escrita el 4 por la noche), me sentí con síntomas coléricos, pero todo lo olvidé al comenzar la batalla.»

Segun carta de un testigo, el ataque de las líneas enemigas en esta jornada fué imponente.

Prim habia arengado á sus tropas diciéndoles que era preciso que supiesen como eran los cañones marroquíes, y que envidiaria la gloria del soldado que dijera «este cañon es mio.»

Los moros dejaron llegar á los nuestros hasta tenerlos á medio tiro. Rompieron el fuego los nuestros con pérdida bastante pero no cejaron.

—A ellos! decia Prim; no se diga que un moro hace huir á un español. Catalanes, con vuestras alpargatas habeis de golpearles en la cara.

Los catalanes gritaban *¡Avant! ¡Avant!* Prim todo era decir: ¡Adelante! y viva la Reina!

La primera línea fué tomada á la bayoneta, huyeron los moros que sobrevivieron á la segunda y pronto se les desalojó de ella. Los enemigos se dispersaron aterrorizados.

Una carta del campamento dijo que despues de la batalla enterraron nuestros soldados 500 cadáveres moros.

Otra dice que el general Prim sacó en la esclavina del poncho hasta ocho balazos, sin que ninguno felizmente le tocara.

Al descender por unas breñas el coronel Alcayna, jefe del regimiento Iberia, se encontró solo y á pié al dignísimo general en jefe, que muy adelantado de su E. M., subia como si fuera un alferez de cazadores, á dar desde la altura sus disposiciones; al verlo el coronel Alcayna se fué hácia él, y conmovido, le dijo: «Mi general, por favor,

la mano;» y dicho general le contestó: «Un abrazo; me enternece V.» Volvió dicho jefe á victorear á la Reina, al general Odonell y al antiguo renombre de la nacion española, y siguió su marcha.

Cuéntase que un oficial del ejército ruso que asistia á las operaciones de nuestro ejército, entusiasmado al ver la admirable bravura de las tropas, no pudo contenerse y se confundió con nuestros soldados para cargar con brios á la morisma. Lo mismo hizo segun parece un oficial austriaco.

En una carta de un jefe superior se dijo lo siguiente con respecto á los catalanes:

Las compañías catalanas llegaron tan á tiempo al campamento, que agregándose al cuerpo de ejército del general Prim, tomaron parte en la batalla del 4. Puesto á su cabeza el intrépido conde de Reus, les arengó en su salida, y al grito mágico de ¡Viva la Reina!, arremetieron con inusitado arrojo, sin disparar un tiro siquiera, desalojando al enemigo de las alturas y haciéndoles una espantosa carnicería, aunque no sin el sacrificio de las vidas de algunos de sus valientes, entre ellos el comandante de dichas compañías.

El quitasol de Muley Abbas quedó en poder nuestro en esta batalla como el de su hermano Sidi Mahomet, actual emperador de Marruecos, habia quedado en poder de los franceses en la batalla de Isly.

Al saber en Madrid la noticia de la batalla del 4, el ministro de la guerra, por encargo de S. M., envió al general en jefe el siguiente despacho telegráfico:

«El ejército de África cuyo sufrimiento y sereno arrojo han merecido tantas veces bien de la patria, acaba de añadir un nuevo y glorioso triunfo á la série no interrumpida de los que han señalado su marcha triunfal por el suelo marroquí.

»Altamente satisfecha la Reina nuestra señora del valor heróico de sus soldados y de la consumada pericia de V. E., me manda le sig-

nifique, como de su Real órden lo ejecuto, que conservará indeleble en su memoria el recuerdo de la victoria alcanzada ayer por los que, haciéndose cada dia mas y mas dignos de su generosidad magnánima, han sabido colocar tan alta la enseña nacional. »

Las tiendas del campamento moro eran cónicas en su mayor parte; otras marquecinas, algunas de una forma estraña, cilíndricas en su base y cónicas en su parte superior, casi todas rayadas, y otras con caprichosos adornos azules y negros. En todas ellas reinaba la mayor inmundicia; á la puerta de muchas habia esparcidas una infinidad de cáscaras de naranja, y en otras galleta inglesa; dentro de casi todas, harapos asquerosos, sillas de caballo, papel, cebada, estera, un ajuar en fin, parecido al que tienen esos mendigos que estramuros de algunas ciudades viven entre los huecos de las ruinas y las quiebras de las peñas.

Pocas eran, pero habia algunas bastante lujosas; entre ellas, la que pertenecia á Muley-Abbas que era de forma cilindro-cónica; tenia en el centro un alma ó pié derecho compuesto de dos trozos que se encajaban recíprocamente por medio de unos casquillos de hierro, en los que se hallaban unos ganchos para sostener la lámpara, y terminaba el palo en su parte superior por una bola de metal plateado coronada de un pico. La parte esterior del lienzo de la tienda era blanca con fajas azules estrechas. Cada faja de estas cubria un viento ó cuerda que iba á fijarse al suelo por medio de unas estaquillas de hierro.

En el interior, la parte cónica era azul con tiras blancas de tela correspondientes á las azules del reverso; la parte cilíndrica era de puro gusto árabe, y se hallaba dividida en trozos rectangulares azules y encarnados, sobreponiéndose á ellos arcos ojivales de colores idénticos, pero alternando. En varios de estos arcos se distinguian aun claramente lentejuelas doradas, lo que indicaba debia haber sido en sus buenos tiempos una tienda de gran lujo digna de un príncipe.

Como testimonio del alcance de nuestra artillería, y de la poca seguridad que debió ofrecer á su dueño, debemos decir que de resultas de la accion del dia 31, dicha tienda se veia agujereada por tres ó cuatro granos de metralla.

Las dos banderas cojidas en aquella memorable accion eran, una de color amarillo y otra azul. La primera idéntica á las anteriormente cojidas, diferenciándose tan solo en que su paño no era de damasco, sino de una tela de seda sumamente fuerte y labrada á rayas en estremo menudas. La otra bandera se distinguia particularmente por su color azul, por las incrustaciones doradas de la moharra, y por su perfecto estado de conservacion. La tela era igual en su clase á la anterior, y ambas tenian, como las cojidas en la accion de Castillejos y en la del 31 de enero, cuatro borlas, dos en la parte superior y dos en la inferior del mismo color que el paño.

Despues del magnífico éxito obtenido aquel dia, los cuerpos que quedaron en la llanura, ocuparon el campamento marroquí establecido al pié de la batería avanzada, y el cuartel general se situó en una lindísima casa de campo, grande y bella, de las mas avanzadas hácia la llanura, y una de las muchísimas que, salpicadas en aquella deliciosísima vega, contribuyen á formar un cuadro encantador que cautiva la vista del hombre, despertando ese sentimiento dulcísimo que nos hace amar y bendecir á la Providencia. En la composicion de aquel hermoso cuadro entraban un cielo purísimo y trasparente como el de Granada, una vega cubierta de frescos y variados plantíos, con diversas colinas, multitud de casas de campo, rodeadas de odoríferas huertas, y por último, descansando sobre la falda de una montaña, no muy alta y besando la fresca llanura, se descubria la blanquísima y pintoresca Tetuan.

Un testigo refiere del siguiente modo un episodio de la batalla:

«La marcha de las columnas del segundo cuerpo, que eran las que yo podia distinguir, se operó con la mas perfecta regularidad, hasta que tuvieron que entrar en una laguna de terreno desigual lleno de hoyos y baches, en donde hombres y caballos se encontraban enfangados hasta los pechos, á la vez que la metralla y el fuego de espingarda de que hasta entonces no habian hecho uso los moros, diezmaban á nuestros valientes; al mismo tiempo, el general Prim les animaba con su palabra, les movia con su entusiasmo y les hacia avanzar con su ejemplo; los obstáculos eran insuperables, pero el conde

de Reus habia recibido la órden de atacar, y su grito de ¡adelante, adelante! se estendia por todas partes; y adelante iba la tropa, cada cual por donde podia y como podia, cayendo unos y levantando otros, pero todos resueltos y animosos; de esta manera, y en medio de tantos peligros y dificultades llegó como á unos doscientos pasos de la luneta enemiga, ordenando que la tomaran Alba de Tormes y los voluntarios catalanes, y lo hicieron valientemente, sellando y enrojeciendo con su preciosa sangre aquellas inmundas charcas.

»Pero los cañones estaban mas á la izquierda, y como cabalmente ya el general Prim habia dicho á sus soldados que deseaba que fueran ellos quienes los tomasen, esperaba que no vacilarian en el momento de abalanzarse á ellos; porque si vacilaban él iria á tomarlos entrando por una tronera. Colocado entonces á la cabeza de los batallones Princesa, Leon y Córdoba continuó su marcha de flanco, siguiendo la trinchera, siempre entre la laguna y sufriendo el fuego de los moros, que estando parapetados, lo hacian mas certero, despues de mil trabajos y de heróicos esfuerzos, lograron salir de aquel pantano y se encontraron enfrente de los cañones.

»A la vuelta la tropa venia sufriendo hacia largo rato un mortífero fuego de metralla y de espingarda, estaba fatigada en estremo y habia menester en aquellos momentos supremos y de toda prueba, recibir una corriente eléctrica que llenara la medida de su grande entusiasmo. ¡Aquí del génio, aquí del poder mágico de la palabra, aquí del ejemplo, aquí del conde de Reus, aquí de su naturaleza privilegiada, para la que no hay obstáculos ni barreras allí donde está el deber, donde se encuentra la gloria! El conde de Reus, á quien ni las balas ni el humo ennegrecido del combate privan de la serenidad y sangre fria, ni enturbian su mirada fija y penetrante, como hubiese observado durante el cañoneo, que por una tronera entraban y salian los moros á hacer fuego, dió como cosa hecha, que por aquel mismo paso podria penetrar, y volviéndose de repente á sus soldados, con voz entusiasta de esas que inflaman hasta el mas tibio corazon, les grita: ¡A los cañones, á los cañones! y metiendo espuelas al caballo se lanza sobre la trinchera, llega al pié, encuentra en efecto un estrecho paso, y como una exhalacion, entra por la tronera, y se lanza denodado sobre la morisma, que la tenia ocupada y cargaba en aquel

momento á los pocos soldados del regimiento de Albuera, pertenecientes al tercer cuerpo que, con el bravo coronel Alaminos, habian penetrado por la estrema derecha que estaba sin cerrar.

»Y fué tan oportuna y tan providencial la entrada del conde de Reus, que sin ella, el coronel Alaminos hubiera dejado de existir, pues á muy pocos pasos le apuntaba un moro, á quien el general no le dió tiempo á descargar derribándole de una cuchillada; mientras tanto otro le disparaba á él á quemaropa, tiene la suerte de que no le dé, y cae muerto, atravesándole el general de una estocada. Ya desde este momento, los oficiales que le seguian, que eran los ayudantes Sanz y Escalante, y los de estado mayor Obregon y Navarro, pues los demás estaban á dar órdenes ó encharcados, con el sable en una mano y el revólver en la otra secundaron valientemente á su jefe; los soldados del conde empiezan á presentarse en las mismas troneras; el vatiente Alaminos y los suyos embisten por su lado, y el enemigo, espantado de la osadía de unos pocos caballos que entran por la tronera, cuando no tenian idea de que eso pudiera suceder, huye por todas partes en espantosa derrota, y los cañones son del conde y con ellos dos estandartes y todo el campamento bajo, con tiendas, bagajes y camellos, inclusa la tienda del hermano del emperador. Semejante acto de osadía en los momentos críticos, no se acierta á esplicar, y es preciso verlo para sentirlo y poderlo comprender. Así lo abrazaba loco de contento el general en jefe, de cuyo plan de batalla habia sido tan escelente instrumento, así al verlo los soldados, que victoreaban sin cesar al conde de Lucena que les habia guiado á tan gloriosa jornada, victoreaban al propio tiempo al conde de Reus, como quien da gusto al superior que es el primero en agasajarlo.»

El mismo testigo de vista que escribió las anteriores líneas consagra algunos párrafos á los heridos en la batalla y dice entre otras cosas lo siguiente, que nos parece digno de trasladarse:

«La batalla está ganada ya: nuestro ejército se encuentra á las puertas de Tetuan. ¿Qué importa que se cierren? ¿Por ventura no tiene las llaves en la mano? El triunfo es mas grande de lo que á primera vista parece: no es el terreno conquistado, es que nuestras tropas irán

á donde quiera y como quiera el general que las manda; es que en Africa son invencibles ya. Es verdad que se ha derramado sangre preciosa, pero esa es la cima donde se encuentra la inmortalidad de la gloria. ¿Cuánta mas no se habria vertido sin la oportunidad, sin la decision, sin el arranque de aquellos héroes desde el instante en que el general en jefe pronunció la terrible frase: «¡á las trincheras!» Un momento de indecision, la menor duda, el vacilar siquiera, hubiera costado miles de víctimas, una retirada vergonzosa y la muerte de nuestra honra: pero esto no podia suceder con aquellos bravos: yo los ví al terminarse la jornada, yo los ví heridos, mutilados, en acémilas unos, en caballerías otros, por su pié los que se lo permitian las heridas, regar con su sangre el dilatado espacio entre las trincheras enemigas y la Aduana, donde estaban los hospitales; yo los ví, y á alguno de ellos le presté mi brazo, ostentar orgullosos y satisfechos sus miembros destrozados y sus ropas cubiertas de fango ensangrentado como si fueran trofeos de la patria; yo los ví en los sitios destinados para su curacion, apagar los ayes de los moribundos, con vivas á la Reina y á los generales O'donell y Prim, y allí donde todos sufrian, donde se practicaban crueles dolorosas operaciones, donde los sacramentos se suministraban sin cesar, donde al exhalar el último suspiro no se escuchaban mas recuerdos que el ¡ay madre mia! ¡Dios mio y señor! Allí, donde todo era amor filial y cristiana resignacion, donde se apartaba la mente de la vida deleznable para fijar los ojos en el cielo, corrian de los mios lágrimas abundantes, precedidas del sollozo que desahogaba mi oprimido corazon. ¡La muerte hubiera preferido cien veces á los desgarradores lamentos que despedazaban mi alma y aniquilaban mi espíritu por completo! No se borrará jamás de mi memoria la afanosa diligencia y el fraternal cariño y tierna solicitud con que un jóven y bizarro capitan de Córdoba, y cuyo nombre no recuerdo, que tenia tres heridas, cuidaba de todos los individuos de su compañía que habian sobrevivido á las crueles heridas que recibieran al asaltar la trinchera artillada; allí todo era ternura, todo sentimientos, consuelo todo: cuanto haga la patria, decia yo para mí, por estos desgraciados y sus familias, será poco. De los que mas habia, ó era que su traje los daba mas á conocer, eran de los voluntarios catalanes, y aunque á todos alcanzaban las simpatías por igual, é inspiraban el

mismo dolor y sentimiento, todos traian á la memoria el dia anterior, pareciéndoles imposible que la muerte y la desgracia estuvieran dando la mano á tanta vida, á tanto bizarro porte, á tan denodado valor: la cuarta parte de su fuerza quedó fuera de combate, y tendido en el campo el comandante Sugrañes, á quien las balas habian respetado en cien combates. »

OCUPACION DE TETUAN.

I.

La batalla del 4 abrió á nuestro valiente y sufrido ejército las puertas de Tetuan.

El dia 5 por la mañana el general en jefe, deseoso de economizar sangre y mitigar en lo posible los tristes rigores de la guerra, dirigió por un moro prisionero la siguiente:

Intimacion al gobernador de la plaza de Tetuan:

«Habeis visto vuestro ejército mandado por los hermanos del emperador, batido; su campo, con la artillería, municiones, tiendas y cuanto contenia, ocupado por el ejército español, que está á vuestras puertas con todos los medios para destruir vuestra ciudad en cortas horas.

»No obstante, un sentimiento de humanidad me hace dirigirme á vos.

»Entregad la plaza, para lo que obtendreis condiciones razonables, entre las que estarán el respecto de las personas, de vuestras mujeres, de las propiedades y de vuestras leyes y costumbres.

»Debeis conocer los horrores de una plaza bombardeada y tomada por asalto; evitadlos á Tetuan, y de otro modo, cargad con la responsabilidad de verla convertida en ruinas, y desaparecer la poblacion rica y laboriosa que la ocupa.

»Os doy 24 horas para resolver: despues de ellas no espereis otras

condiciones que las que impone la fuerza y la victoria. — Leopoldo Odonell. —Campamento junto á la plaza, 5 de febrero. »

Poco despues de haberse puesto en camino para Tetuan el moro á quien el general entregó la anterior comunicacion, salieron de la plaza cuatro moros, uno de ellos montado en una magnífica mula y otro delante con un palo largo y en él una bandera blanca.

Llegados á la tienda del general en jefe, se formó una mitad de compañía haciendo círculo para impedir la aglomeracion de gente, y como el general estaba recorriendo los campamentos, esperaron en pié sin hablar con nadie.

Hé aquí la descripcion que de estos parlamentarios nos hicieron los testigos:

El que habia ido en la mula era anciano, alto, barba blanca, afeitado el bigote, vestia caftan azul, tarbuc encarnado, media y zapato europeo. Era Hamet-el-Abehir, agente consular de Austria y Dinamarca y hablaba español correctamente. El segundo era de unos treinta y cuatro años, alto, blanco, pelo castaño claro, ojos espresivos, vestia albornoz, blanco turbante, sus piernas descubiertas y con zapato negro, y sus manos eran las de una dama. El tercero era mas bajo de cuerpo, fuerte, poca barba, pierna con media de lana y manos callosas, babucha amarilla, albornoz y turbante; y el cuarto en fin, que era el de la bandera, parecia de clase mas humilde con un chaqueton largo, pierna desnuda, babucha y turbante.

Llegó el general Odonell á caballo y una banda de música tocó la marcha real, los soldados presentaron las armas, el general se apeó, miró con su famosa sonrisa á los moros, estos le saludaron, el caudillo entró en su modesta tienda, y le siguieron los parlamentarios, clavando la bandera blanca á la entrada el moro que la conducia.

Ya á presencia del general en jefe, manifestaron que la mayor anarquía reinaba en la ciudad, que la generalidad de sus habitantes deseaba rendirse, siempre que se respetasen sus personas, propiedades y costumbres; pero que una parte de ellos opinaba por la defensa, protegida por un cuerpo marroquí situado en el lado opuesto inmediato á la plaza. Aquella comision no venia revestida de un carácter oficial; no obstante, el general en jefe la escuchó y la contestó lo mismo que habia dicho por escrito al gobernador de la plaza: que si no

se rendian á las veinte y cuatro horas reduciria á cenizas la ciudad.

Estos parlamentarios declararon asímismo que los dos hermanos del emperador, en la cólera que les produjo su vergonzosa derrota, habian mandado cortar las cabezas á los jefes de las kabilas que les habian seguido, alejándose rápidamente de aquellos sitios con direccion al interior del imperio.

La comision se volvió á la plaza sin mas respuesta que la indicada.

El general Prim cuando tuvo noticia de la marcha de los parlamentarios, dijo:

—Si entregan la ciudad sin condiciones, iremos hoy allá; y si imponen condiciones, iremos mañana. De todos modos hemos de ir. La cuestion no es mas que de economía de pólvora y de balas.

Y era así.

II.

Desbandado y disperso el ejército marroquí en la batalla del 4, gran parte de él y los dos príncipes se refugiaron en la ciudad en los primeros momentos, pero en lugar de adoptar las medidas convenientes para defenderla y oponer una vigorosa resistencia con los grandes medios de defensa y enormes cantidades de municiones que en ella poseian, los bárbaros soldados marroquíes, dignos descendientes de los antiguos gétulos y númidas, se entregaron al mas feroz vandalismo, al saqueo, á la destruccion, al asesinato, en una palabra, á todos los horrores imaginables. No parecia sino que la plaza en vez de ser suya era una ciudad enemiga á la cual acababan de tomar por asalto.

Mientras discurrian las veinte y cuatro horas del plazo señalado, el general en jefe activó el transporte del tren de sitio al campamento, y en la noche del 5 habia ya 14 morteros con su correspondiente dotacion de municiones prontos á lanzar el estrago y la muerte sobre la ciudad enemiga.

El plazo concedido por el general en jefe terminaba el dia 6 á las diez de la mañana.

Eran las ocho de este dia cuando se presentó al general un moro enviado por Hamet-el-Abehir con una carta en que le decia que los árabes se habian entregado al saqueo desde que hubo terminado la batalla y que duraba todavía en aquel momento; añadiendo que si queria salvar lo poco que quedaba en la ciudad, que se apresurase á enviar tropas, que él se defendia con sus criados y unos cuantos hombres armados que se habian puesto á su lado dispuestos á perecer antes que entregarse.

El general en jefe dió en seguida las órdenes oportunas y mandó que las divisiones se acercasen á la ciudad. La de reserva, al mando del general Rios, se adelantó hácia una de las puertas, mientras que Prim iba á acampar en las alturas que dominan á Tetuan, dispuesto á caer sobre la Alcazaba.

Puestas en marcha las divisiones, la de Rios se acercó á la plaza por una senda torcida, poblada á uno y otro lado de arbustos y árboles espesos que formaban vallados parecidos á los de las huertas y casas de campo de nuestra España.

Al dar vista á una de las puertas de la ciudad, la encontró cerrada. Dentro se oia una espantosa gritería y de cuando en cuando algunas detonaciones. Sobre la puerta baja y oscura asomaban por una especie de ventanas dos cañones de á cuatro sus negras bocas enfilando la senda que seguian nuestros soldados. De vez en cuando, un moro de rostro innoble, de mirada feroz y recelosa, montado encima de uno de los cañones, asomaba la cabeza por las troneras y hacia señas y gestos ininteligibles, que así podian ser una amenaza como un ruego ó una imprecacion.

Hubo, como era natural, un momento de terrible incertidumbre; ¿el mensaje que habia recibido el general en jefe era algun ardid de la perfidia marroquí? El general Rios, cauteloso y resuelto, dispuso que sus fuerzas, saliéndose de la enfilada senda, ocupasen las posiciones inmediatas.

Como la puerta no se abria, se disponian los gastadores á derribarla cuando un moro logró por dentro franquearla. El general Rios habia salido hácia la Alcazaba; pero el general Mackenna mandó marchar adelante á tres compañías del regimiento de Zaragoza que penetraron en la ciudad seguidas del general Mackenna y de algunos ofi-

ciales de Estado Mayor y de artillería; despues entró el batallon de la Reina, con una de las banderas regaladas al ejército de África por SS. MM., y sucesivamente fueron entrando las demás fuerzas de la expresada division, un batallon de ingenieros y una brigada de artillería de montaña.

Era imponente aquel paso. La entrada era un laberinto de callejones angostos, en los cuales desde las troneras y ventanas podian haber destrozado á nuestros soldados media docena de moros. En las calles que pasaban era una desolacion lo que se veia; las puertas violentadas á tiros; lo que dentro de los establecimientos habia y que no se habian podido llevar los bandidos, se hallaba en medio de la calle. Pisándolo todo marchaban nuestros valientes; alguno que otro moro se asomaba á las puertas abrazando á los soldados; el que hablaba español decia: ¡Viva la Reina! Se oian disparos dentro de la ciudad, y la situacion era crítica: podia ser todo un engaño; y además ignoraban completamente la salida de aquel complicadísimo laberinto de calles.

Un cadáver en cueros estaba tendido en la calle, tenia un balazo en el pecho, una estera medio lo tapaba; era un mulato. Los tiros que se oian se mezclaban con una gran vocería; las músicas y tambores tocaban el paso redoblado.

Cuanto mas adelante seguian nuestras tropas, mas triste era el aspecto que ofrecia la moruna ciudad: las puertas de muchas casas habian sido violentadas y tiradas al suelo; el pavimento de las estrechas y tortuosas calles se hallaba cubierto de efectos destrozados y hasta de cadáveres, así de pacíficos vecinos, como de los salvajes soldados que acaudillaban los Príncipes de Marruecos, que habian sido muertos por los que tuvieron energía para defender sus vidas y hacienda.

A todo esto, la columna del general Rios habia hecho alto un momento para disponer que una compañía del regimiento de la Reina, con la bandera del cuerpo, subiese á la Alcazaba, pero ya el general Prim estaba allí con los suyos.

Los catalanes habian sido los primeros en apoderarse de la fortaleza escalando la muralla por la parte de fuera, y arrancando el rojo pendon marroquí, que redujeron á cenizas en un momento de en-

tusiasmo, tremolaron en el sitio donde poco antes ondeaba, el banderin de una de sus compañías.

Abierta por ellos la puerta de la fortaleza, en donde solo encontraron dos ó tres moros, al general Prim y el resto de la division, entró el general en ella y dirigió una enérgica proclama á los cuerpos todos que estaban bajo sus órdenes encargándoles el órden y la moralidad.

A las diez de la mañana entró en la plaza el general Odonell con su estado mayor.

Hé aquí como en una carta se describieron los pormenores de esta entrada:

«El general en jefe entró en Tetuan á las diez de la mañana, acompañado de todo su cuartel general. No pueden Vds. formarse idea del cuadro de desolacion y espanto que se presentaba á nuestros ojos. Todas las casas estaban violentamente abiertas y por los suelos muebles rotos, víveres desparramados, pólvora á granel, algunas ropas sucias y sangrientas, lo arrojado por inútil ó lo despedazado para que no se utilizara ó porque no pudo robarse, algunos cadáveres de judíos ó de moros, las huellas del incendio, del pillaje y del saqueo; los restos de la poblacion aclamándonos como á sus libertadores, judíos ó moros, con el aspecto de la miseria y del hambre, saliéndonos al encuentro y dándonos la bienvenida; las mujeres en las azoteas ó en las ventanas, gritando: «¡Viva la Reina española!» «¡Vivan los españoles!» formaban un contraste de risas y de lágrimas imposible de describir. Algunos cañonazos se oyeron y nos llamaron la atencion: eran de la Alcazaba y disparados por nuestras tropas contra los últimos enemigos que huian de nuestra presencia.

«Nosotros, que éramos los vencedores, entrábamos enjugando lágrimas y llevando la humanidad: los moros, que eran los vencidos, salian con la tea del incendiario en una mano y el puñal del asesino en la otra. Nosotros, que entrábamos en una ciudad enemiga, lo respetábamos todo: los moros, que abandonaban á una de sus ciudades, la saqueaban y la incendiaban. Nuestros soldados daban su galleta á los moros ancianos y decrépitos abandonados por el fanatismo de sus hijos: los árabes derramaban por el suelo el aceite y los comestibles de la Aduana, del pueblo y de las casas que no podian llevarse consigo. ¡Ah! Es que mientras la barbarie con todos sus horrores salia por una

parte, la civilizacion con todas sus dulzuras entraba por la otra; es que la nacion española, la nacion magnánima por escelencia, cuyos tesoros de grandeza y de generosidad nunca se agotan, era la vencedora, y la raza musulmana, raza abyecta y envilecida, la que resultaba vencida. Si ellos hubiesen triunfado, ni uno solo de nosotros hubiera salido con vida. Al ser nosotros vencedores, las armas españolas no se mancharon con una sola gota de sangre mora; despues del triunfo, no se emplearon sino para proteger la vida y la hacienda de los vencidos.

»Este horrible contraste mide la enormidad de la abyeccion de las razas musulmanas y pone en comparacion la grandeza de la civilizacion y el horror de la barbarie, el cristianismo, el islamismo, la Europa, el santuario magnífico del estremo progreso y el Africa, el inmundo rincon de la barbarie estrema, la cueva infamante de los últimos bandidos y de los últimos piratas.

»Estas consideraciones se me han escapado involuntariamente, cuando mi objeto hoy solo era dar á ustedes cuenta de la entrada que ha hecho el general en jefe y el ejército español en esta plaza. El conde de Lucena fué primero á la plaza, en donde habia tres ó cuatro batallones acampados; allí echó pié á tierra, y empezo á recorrer los edificios mas notables de la ciudad, la casa que llaman del Rey, la mezquita principal, la Aduana y el palacio de Ersini, cónsul de Marruecos en Gibraltar y personaje, al parecer, de alto valimiento en este país.

»Tetuan, que es bellísimo por fuera, sultana á quien sirve de almohada la Alcazaba, y cuyos piés se posan en un rio; Tetuan, que de lejos parece una paloma entre jardines de azahar; Tetuan, que á los rayos de la poética luna semeja una ciudad de plata, ¡tan blanquísima! Tetuan por dentro es una ciudad hedionda, asquerosa, repugnante, con un olor nauseabundo, con calles estrechas, irregulares, chatas, retorcidas, con casas bajas, de dos pisos á lo mas, unidas en lo general para resguardarse de los rayos del sol por arcos altos y bajos, sin uniformidad y sin belleza. Tetuan es la degeneracion de las ciudades árabes que conocemos en España, como la raza envilecida que la puebla es la prostitucion, el resto podrido de aquella raza árabe que al sojuzgar en pasados siglos á nuestra patria dejó impresa en ella en

Lit Vazquez R.H.

ENTRADA DE LAS TROPAS ESPAÑOLAS EN TETUAN.

monumentos que todavía viven, el sello grandioso, la firma audaz de la civilizacion mas adelantada de aquellos tiempos.

»Esta es la regla general, esta la primera impresion que uno siente ya dentro de Tetuan; pero tambien tiene sus escepciones. Dentro de algunas casas particulares, en los edificios que he citado á Vds., se encuentra todavía el refinamiento del gusto árabe, las magnificencias de la civilizacion oriental, del lujo, de la molicie y del regalo de aquella raza, hoy tan decadente y prostituida. Patios embellecidos con caprichosos juegos formados con azulejos, fuentes de mármol, naranjos con la perfumada flor y con el hermoso fruto que los adorna, artesonados preciosos, arabescos lindísimos que recuerdan á Segovia, á Córdoba, á Toledo, á Granada y á Sevilla, se ven en la mezquita, en la casa del Rey, en el palacio de Ersini y en otras; pero esto es la escepcion. El aspecto interior en la poblacion es sucio y repugnante. ¿Conocen Vds. á algunos individuos qne tienen alguna ropa nueva y flamante, pero que, á pesar de todo, jamás consiguen distinguirse por su limpieza? Pues esta comparacion vulgar hará comprender á Vds. perfectamente las primeras impresiones que se reciben en Tetuan.

»No quiero concluir esta carta sin comunicar á Vds. la terrible impresion que esperimenté en el momento en que el general en jefe y personas que lo acompañaban, á cuyo número pertenecia yo, se asomaron á la azotea de la Aduana. Consideren Vds. que muchas personas abrigaban el temor de que la ciudad ó algunos de sus puntos mas principales estuviesen minados, y aun creo que hubo alguna confidencia en este sentido, prendiéndose en la puerta de un repuesto de pólvora situado en la ciudad á un negro, á quien se creia esclavo del anterior Emperador por haber amenazado con su gumía á un oficial español. Con estos antecedentes piensen Vds. si habia motivo para alarmarse al ver tres voladuras sucesivas y cada vez mas próximas al sitio en que se encontraba el conde de Lucena. Afortunadamente nada fué y solo hubo dos ó tres heridos, debiéndose las voladuras á los grandes regueros de pólvora que los moros habian dejado en las calles.»

III.

Las tropas enemigas que acababan de evacuar la ciudad, al ver entrar á las nuestras, intentaron volver á ella.

Ya era tarde.

Dueños nuestros soldados de las fortificaciones, asestaron contra los marroquíes su propia artillería, que tan ignominiosamente habian abandonado, y bastóles hacer algunos disparos para hacerles huir precipitadamente.

Para que se comprenda el grado de ferocidad y rapiña de los soldados de Muley Abbas en el saqueo de Tetuan, bastará saber que llegaron á penetrar en la casa del mismo Sidi Mohamet-el-Jetib, ministro de negocios estrangeros del emperador.

Su casa, que segun parece es bellísima bajo el punto de vista del estilo árabe, fué abandonada, quedando abiertas sus puertas, y los muebles que dejaron en el mayor desórden con señales evidentes del saqueo.

Alojóse en esta casa el brigadier Lesca, y entre los papeles del ministro se encontraron dos ejemplares del tratado de Melilla firmado en agosto último por dicho representante del emperador y el de la reina de España.

Por lo demás, todo á la entrada de nuestras tropas indicaba los horrores de que la ciudad acababa de ser teatro. Los tigres habian huido, pero allí quedaban las huellas sangrientas de su paso. Todo lo que no habian podido llevarse consigo, lo habian despedazado. Calles y plazas estaban sembradas de comestibles, de muebles rotos, las puertas de las tiendas violentadas, y efectos, muebles, ruinas, escombros, todo manchado de sangre humana.

Era un cuadro de horrible desolacion.

Afortunadamente allí llegaban nuestros bravos soldados, y al abrirles sus puertas la sultana del valle, las abria á la civilizacion.

Recorramos para afirmacion de esto á otro testigo de vista. Hé aquí lo que dice el autor de los *siete dias en el campamento de África:*

«¿Dónde hay soldados que batiéndose como lo hicieron los nuestros el dia 4, al dia siguiente, ébrios con el triunfo, cuando aun humea la sangre que han derramado, cuando el amigo se encuentra sin el amigo, y la compañía sin sus queridos jefes, y resuenan en sus oidos los ayes de tantos heridos, que entran en la ciudad que ha sido la madre de los enemigos y su auxilio eficaz para el combate, en la ciudad, de la que pueden decir:—cuanto aquí se encierra es nuestro, lo hemos ganado con las puntas de las bayonetas y el escudo de nuestros pechos;—y que esos soldados, ni pronuncian una palabra descompuesta, ni lanzan una mala mirada á sus contrarios, antes bien, al verlos desnudos ó cubiertos de andrajos, abatidos y exánimes por la miseria y el hambre, se disponen á enseñar á la Europa, que les contempla, lo que es la civilizacion, lo que son los soldados españoles, lo que es España. Los enemigos, porque allí todos eran enemigos, se han robado unos á otros, se han muerto, se han despedazado.—¿Qué importa, dirian otros soldados? Ese trabajo nos han quitado de encima. Mientras los españoles se quedan sin pan y sin arroz por alimentarles, y ropas con que cubrir su desnudez, y lo que en otros hubiera sido ira ó indiferencia es en ellos compasion y cariñosa solicitud; por eso en vez de esconderse, como acontece en los paises conquistados, se van presentando todos en las calles y en el campo; por eso se acercan moros y hebreos, y les rodean y les hablan y les colmarian de bendiciones á permitírselo su religion estraña.»

Léase ahora el siguiente párrafo de otra correspondencia particular:

«En efecto, nuestros jóvenes y generosos soldados demostraron en aquel dia la nobleza de sentimientos de la siempre esclarecida sangre española; dos meses llevaban de contínuos combates en aquel suelo salvaje contra enemigos sanguinarios, implacables y traidores, que con la misma sangre fria y ferocidad daban la muerte que la recibian, sin acostumbrar á dar cuartel á los heridos y prisioneros; pues bien, aquellos soldados tan valientes, tan sufridos, que tan terribles combates habian dado, en la hora de la victoria sus generosos corazones no sintieron mas que las dulces emociones de la compasion y de la humanidad; ellos consolaban á sus afligidos y humillados enemigos; abrieron sus mochilas y les prodigaron el pan que llevaban para su

propio sustento; ni el menor desman, ni el menor ataque á la propiedad, ni la menor violencia contra las personas, echaron la mas pequeña mancha sobre una victoria tan sublime y comprada á precio de tantas penalidades y fatigas; ¡oh, bendita sea la civilizacion, la civilizacion que tiene por base la moral cristiana, que produce hombres tan sencillos, tan valientes, tan generosos y humanos! »

Realmente, y nos place que así lo hayan reconocido los periódicos estranjeros, en la ocupacion de Tetuan nuestros soldados dieron un gran ejemplo de moralidad y cordura.

A su laurel victoriosamente alcanzado en la dura primera época de la campaña, el ejército español supo unir otro no menos bello, no menos glorioso.

IV.

Parte oficial de la ocupacion de Tetuan.

Ejército de Africa.—Estado Mayor general.—Excmo. señor: En comunicacion del 5 manifesté á V. E. que antes de emprender las operaciones del sitio de Tetuan, guiado por un principio de humanidad, habia creido de mi deber intimar la rendicion á la plaza, remitiendo á V. E. copia de la comunicacion que dirigí á su gobernador. Poco despues de haber marchado el moro que la llevaba, se presentó á nuestros puestos avanzados, precedida de una bandera blanca, una comision de los habitantes de la ciudad, presidida por Jamet el-Abehir, agente consular de Austria y Dinamarca, la que, conducida á mi presencia, me manifestó el estado de anarquía que reinaba en la plaza, y que la generalidad de los habitantes deseaba entregarla, siempre que se respetasen sus personas, propiedades y costumbres; pero que habia otra parte que opinaba por la defensa, y que esta se hallaba protegida por un cuerpo marroquí, situado al opuesto lado de ella, en su inmediacion.

A esta comision, que no pude comprender con qué carácter venia,

repetí lo que habia dicho por escrito al gobernador, asegurándole que si bien cumpliria mis ofrecimientos si se sometian, pasadas las 24 horas del plazo marcado no daria oido á ninguna proposicion, y tomaria la plaza á viva fuerza, en cuyo caso no respondia de lo que pudiera suceder.

La comision marchó, y yo esperé tranquilo que llegasen las diez de la mañana del 6, pero no sin activar el trasporte del tren de sitio al campamento, en el cual quedaron ya en la noche del 5 catorce morteros con su dotacion de municiones, que podian empezar á obrar antes de 24 horas.

Serian las ocho de la mañana del 6 cuando se presentó otra nueva comision que me hizo entrega de la comunicacion que remito á V. E. original, manifestándome el portador el estado lamentable en que se hallaba la poblacion, saqueada por las tribus y los moros de Rey, especialmente en el barrio de los judíos.

En el acto mandé poner sobre las armas al ejército, y ordené al general Rios que con su division marchase á la plaza, acompañándole una comision de jefes de artillería é ingenieros y Estado Mayor, precedida por el general Mackenna, para que desde luego se formase inventario de los efectos de guerra; y al general Conde de Reus, que acampaba en las alturas sobre mi derecha, que se dirigiese faldeándolas sobre la Alcazaba con la division Odonell, que era la mas avanzada, siguiendo yo con mi cuartel general, y detrás el tercer cuerpo con el general Ros de Olano.

A las diez de la mañana la division Rios entraba en la plaza, y el general Conde de Reus ocupaba la Alcazaba, teniendo que escalarla, puesto que estaba completamente abandonada y sus puertas cerradas: en este momento las fuerzas enemigas que la habian evacuado trataron de volver hácia ella con ánimo de ocuparla, y llegaban á las puertas de la plaza al mismo tiempo que nuestros soldados se hacian dueños de la fortaleza; y volviendo sus mismos cañones sobre ellos, hicieron algunos disparos, ante los cuales se retiraron precipitadamente.

A las diez y media la bandera española tremolaba en la Alcazaba, saludada por algunos disparos de cañon hechos por nuestra infantería, por no haber llegado aun la fuerza de artillería, y por los vivas á la Reina de todo el ejército.

Triste era, Excmo. señor, el aspecto que presentaba el interior de la ciudad; por todas partes puertas forzadas, tiendas destruidas, efectos destrozados cubriendo el piso de las calles; y algunos cadáveres de los asesinados por los bandidos que habian causado tanto desastre, ó de ellos mismos por los que procuraron defender sus vidas y fortunas.

Una parte de la poblacion, especialmente de la árabe, habia salido temiendo los últimos instantes de una dominacion y los principios de otra nueva; pero cuantos quedaban en la plaza salian á recibir á nuestros soldados, á quienes abrazaban como á sus libertadores, saludándoles en español con los gritos de *bien venidos*, *Viva la Reina de España!*

Ocupados los puntos principales del recinto y la plaza, se empezó á proveer á su órden interior y á formar los inventarios de la artillería y pertrechos de guerra, que son los que espresa el adjunto estado: todo lo habian abandonado, sin que hubieran pensado en inutilizarlo.

La plaza de Tetuan, por su estado, por la numerosa artillería que contiene y por el terreno que la cerca es susceptible de una larga y buena defensa; pero el ejército marroquí, que de derrota en derrota habia venido á colocarse á su frente para cubrirla, batido tan completamente en la batalla del 4, no podia tener fuerza moral para ejecutarlo: la abandonó porque sus muros no le parecieron bastante resguardados para librarse de las bayonetas de nuestros soldados; de modo que la ocupacion de Tetuan del 6 no fué otra cosa que el último período de la victoria del dia 4.

Debo manifestar á V. E., y lo hago para honra del soldado español, que sin embargo de que desde su desembarco en las costas de Africa no habia visto el ejército mas moros que los que combatia, los que quedaban en los campos de sus victorias y los que heridos recogian ellos; hoy que se ve en medio de una gran poblacion que era ayer su enemiga, no tan solo no ha cometido el menor desman, sino que al ver á este pueblo necesitado y hambriento sacaba de sus mochilas la galleta de su racion y la entregaba gozoso á hombres, mujeres y niños de los que salian á su encuentro, y hoy se le ve mezclado con moros y hebreos como si jamás hubiesen estado divididos, y como si toda su vida la hubieran pasado juntos.

La consecuencia de esta conducta es el que hayan empezado á regresar á sus casas muchas familias que las habian abandonado, y pro-

clamado tal proceder por los árabes que salen en todas direcciones, confio con fundamento que muy pronto volverá á estar la ciudad como se hallaba antes de su abandono.

Dios guarde á V. E. muchos años.=Cuartel general del campamento de Tetuan 8 de febrero de 1860.=Leopoldo O'donell.=Excmo. Sr. Ministro interino de la Guerra.

Copia del inventario de las piezas tomadas en Tetuan.

Cañones de á 36, 1; de á 24, 15; de á 16, 4; de á 12, 10; de á 8, 18; de á 6, 1; de á 4, 21; de á 3, 1; de á 2, 4.—Morteros de á 14, 1; de á 12, 2.—Total, 78.

Se han encontrado hasta ahora 70 quintales de pólvora y 2,000 proyectiles de los diferentes calibres.

Cuartel general del campamento de Tetuan 8 de febrero de 1860. =El General Jefe de Estado Mayor general, Luis García.

V.

Al hallarse en Tetuan, las primeras noticias que recibió el general en jefe fueron las de que se habian retirado al Fondac, sitio entre Tetuan y Tanjer, Muley Abbas, Sidi Hamet, Ibrahim, pariente cercano del emperador, y otros cuatro ó cinco jefes principales con los dispersados restos de la batalla del 4.

Vióse que el saqueo habia sido aun mas trascendental de lo que apareciera al principio tocante á los judíos mas ricos, á los tenderos y á los sospechosos de adhesion á los españoles. Las salas de muchas casas se encontraron sembradas de monedas de plata y cobre que no habian podido llevarse.

El general en jefe no permaneció indiferente á todo esto, y despues de visitar los principales edificios, dictó disposiciones para proteger á los habitantes, comisionó quien se hiciese cargo de algunos capazos de plata que los soldados y oficiales entregaron y que fueron hallados en casas deshabitadas completamente, dió á D. Diego de los Rios el mando de la guarnicion de la plaza, nombró gobernador de la misma al coronel Artaza, y á entrambos les comunicó sus instrucciones.

Inmediatamente el general Rios nombró una junta, especie de Ayuntamiento, compuesto de los moros y hebreos que no habian abandonado la ploblacion.

Hé aquí los nombres de los que formaron la primera municipalidad de Tetuan.

Ach-er-Aber, alcalde. Era un moro de unos cincuenta años de edad, hablaba un poco el español, se le conocia como hombre de muy buen sentido y se sabia que era en estremo aficionado á los europeos con quienes hacia su comercio.

Seguian luego Mesod-Ben-Sacar y Judah-Abencasis, que fueron encargados de nombrar las calles y edificios públicos mas importantes.

Judah-Abendosham, á quien se encargó el aseo y limpieza de la poblacion.

Menahem-Alaf y Jahya-Andoy á quienes se dió la mision de recoger los cadáveres judíos y darles sepultura.

Hematry-el-Berdhy que tomó á su cargo el recoger los cadáveres moros.

Y Mose-Abeis, Mose-Benymes, é Isaac-Abecasis, los cuales tomaron á su cargo el alumbrado de calles y plazas de mas tránsito.

Estos funcionarios entraron inmediatamente en el ejercicio de sus funciones municipales bajo la direccion del gobernador de la plaza Sr. Artaza.

Por otra parte, Tetuan quedó dividido en cuatro distritos militares ocupados por las cuatro brigadas que componian la division del general Rios. Las demás fuerzas quedaron acampadas del modo siguiente: Prim y el segundo cuerpo al otro lado de la Alcazaba, camino de Tanjer; Ros y el tercer cuerpo al otro lado de la ciudad ocupando una línea escalonada, cuya retaguardia sé encontraba en las colinas donde los moros tenian antes establecido su campamento de montaña; y el general Rubin con algunas fuerzas en la Aduana conservando la línea de comunicacion que enlazaba el ejército con la escuadra.

Las siete puertas de Tetuan conocidas en árabe por *Bab-el-Hoda*, *Bab-Etud*, *Bab-Encalar*, *Bab-Eremus*, *Bab-Ennuadez*, *Sidi-Esludi*, *Bab-Echijaf*, recibieron los nombres españoles de la *Reina*, los *Reyes católicos*, *Cid*, *Tanjer*, *Victoria*, que es por la que entró nuestro ejército, *San Fernando y Alfonso VIII*.

El fuerte de la Alcazaba recibió el nombre de *Castillejo de Isabel 2.ª* y las baterías los del *Príncipe de Asturias*, *Rey Francisco*, *Infanta Isabel é Infanta Concepcion*.

La plaza principal tomó el nombre de la *Plaza de España* y las calles de la poblacion los de los diferentes batallones que componian nuestro ejército de Africa.

El nuevo Ayuntamiento recibió del general Rios instrucciones á fin de que se ocupase incesantemente en armonizar las exigencias de las tres irreconciliables razas que constituian por el momento la poblacion de Tetuan; en dirimir sus contiendas; en regularizar el comercio; en resucitar la industria, completamente abandonada aquellos dias; en atender á la policía urbana, acaso la mas urgente necesidad del momento, en inventariar los bienes abandonados por la emigracion marroquí, en devolver sus viviendas y sus muebles á los moros que trànsigian y se presentaban, y por último en introducir las mejoras y adelantos en aquel país, tan rico como atrasado.

A los dos dias de haberse posesionado nuestras tropas de Tetuan, empezaron las obras en la mezquita principal á fin de convertirla en iglesia católica. Esta nueva iglesia estaba situada en la plaza de España.

Delante de ella se trazó una especie de paseo, dirigido por el mismo general Rios, donde se debian colocar fuentes, árboles y jarrones.

Tambien se habilitó un local para teatro.

Por fin, el escritor Alarcon, que iba con el ejército, segun ya saben nuestros lectores, sometió al general Odonell un proyecto de periódico, cuyo proyecto favorablemente acogido é informado por el general Rios, fué aprobado en el acto por el general en jefe, á quien S. M. la reina acababa de nombrar duque de Tetuan.

Este periódico debia imprimirse en la imprenta de campaña, titulándose el *Eco de Tetuan* y apareciendo dos veces á la semana para dar al ejército todas las noticias de España y á España todas las del ejército. Debian escribir en él, además de su director Alarcon, los señores Viedma, Arce y Navarro, corresponsales de diversos periódicos.

La idea se llevó á cabo, y aunque solo apareció un número, por la repentina marcha de los redactores á España, —segun veremos mas

adelante,—bastó este número para que los escritores citados tuviesen la indisputable gloria de haber redactado el primer periódico del imperio marroquí.

Gracias á todas estas medidas, comenzó á reinar en Tetuan un órden tan perfecto como era posible despues de una victoria conseguida por un jefe generoso; comisiones de los pueblos y aduares inmediatos acudieron á prestar obediencia al nuevo duque de Tetuan; el alegre carácter español empezó á preparar fiestas con que olvidar las pasadas desventuras; y no interrumpidos los trabajos del ferro-carril que debia seguir hasta la ciudad, quedó abierto por el pronto á aquel país un porvenir desconocido que no habian por cierto soñado los héroes anti-cristianos de las *Mil y una noches*.

VI.

A todas estas noticias, que hemos cuidadosamente extraido de correspondencias y cartas particulares que nos han sido comunicadas, debemos añadir otras no menos curiosas tocante á los habitantes de Tetuan y á la misma ciudad.

No dudamos que agradarán á nuestros lectores.

Empezaremos primero por trasladar los párrafos de una carta de Arce en que hace una bella pintura del alcalde moro.

Dice así:

«Ayer noche, dice con fecha del 8, tuve ocasion de conocer en el alojamiento del general Rios al *señor alcalde* Ach-er-Aber, moro que habla el español aunque con alguna dificultad.

»Quisiera acordarme del animado diálogo que medió entre el general y el *señor alcalde*, pero es punto menos que imposible.

—Los españoles, dijo el general Rios, vienen á civilizar, no á destruir; respetarán por lo tanto todas las costumbres y ritos; pero castigarán severamente á los que les hagan traicion.

—No lo temais por mí, señor general, contestó el Ach-er-Aber. Yo estar como en un *boque* en naufragio: tener mi cabeza comprometida por vosotros, y quererla salvar primero que nada. Ser fiel y obediente.

Celebró mucho las disposiciones adoptadas por el general para el respeto á las mezquitas, y dijo que el próximo viernes celebrarian los moros una fiesta religiosa en accion de gracias por no haber hecho daño los españoles al entrar en la ciudad rendida.

El señor alcalde es hombre de muy buen sentido; se lamentó de la falta de garantías con que vivian bajo el mando del emperador de Marruecos, y cuando le dijo el general que los españoles harian un ferro-carril hasta la Aduana, y navegable el rio, no pudo ocultar su profunda satisfaccion.

Dos moros habian sido presos aquella misma tarde por haber querido robar á unos hebreos.

—Señor general, decirme;—preguntó entonces Ach-er-Aber al oir la noticia y algo sobresaltado;—¿estos moros han cometido el delito antes de entrar vosotros ó despues?

—Despues:—le contestó el general.

—Entonces, castigar;—repuso el alcalde;—pero perdon y olvido como habeis ofrecido por los que faltar primero.

—Asi será;—respondió el general:—porque los españoles cumplen cuanto ofrecen.

Habló Ach-er-Aber del efecto que produciria en todo el imperio la toma de Tetuan, declarando que en su concepto seria funesto para el emperador, y calculó en 30,000 hombres los que habíamos vencido en la batalla gloriosísima del dia 4. Manifestó que al cabo de algunos dias, los moros amedrentados que habian abandonado la poblacion, volverian á la ciudad, viendo que los españoles respetaban sus creencias y sus costumbres, y habiendo manifestado el general Rios el deseo de conocer la letra de Muley-Abbas, el alcalde le propuso un ingenioso medio para satisfacer su curiosidad.

—Aquí vendrá cuando el espanto pase,—dijo en su caprichoso estilo,—un moro que fué por carta de Muley-Abbas, nombrado juez de la ciudad; si pides que te la enseñe, no lo hará; pero si le dices que para reponerle en su empleo deseas conocer si efectivamente ha sido nombrado, él te mostrará la credencial y verás la letra del hermano del emperador.

Con el alcalde, habia venido alumbrándole con un farol, un hermoso niño, hijo suyo, inquieto y vivo como una ardilla, que no com-

prendia el español; pero que escuchaba atentamente cuanto su padre decia, como si quisiera con los ojos comprender su sentido.»

VII.

Vamos ahora á hacer una descripcion de la ciudad tan gloriosamente conquistada por nuestras tropas; entresacando curiosas noticias de correspondencias públicas y particulares, y algunas que nos han sido comunicadas verbalmente por compatricios nuestros que han regresado de África.

La ciudad de Tetuan está situada á la falda de una montaña, y rodeada en el término de una á dos leguas por magníficas huertas y jardines, separados entre sí por enverjados de cañas y en los cuales son abundantísimas las aguas. La ciudad, cuyas casas están perfectamente blanqueadas, sentada entre estos jardines, parece una paloma dormida entre las flores.

Avanzando por la derecha hácia Tetuan, lo primero que se encuentra es el cementerio, situado en la llanura, y que visto á alguna distancia parece un arrabal de la ciudad, porque los moros sobre cada cadáver levantan un monumento perfectamente blanqueado y terminado por arcos ó cúpulas.

La muralla que rodea á la ciudad vale poco y fué construida mucho antes de que se conociera la artillería. Consiste en lienzos de muro defendidos por torreones que se han artillado en épocas mas recientes y en algunos puntos se ha querido añadir á la fortificacion un remedo de baluartes.

La ciudad en su longitud se estiende casi de Este á Oeste, torciéndose un poco al Sur por la parte baja. Está dividida en dos trozos. El primero, que es el mas bajo, corona la cúspide de una colina redondeada, estrechándose por el Oeste como para dar salida al segundo trozo de poblacion, especie de arrabal ó de ciudad antigua que se empieza por una cuesta bastante rápida en forma de escalinata, el cual corona la Alcazaba ó castillo, fortaleza morisca irregular, defen-

dida por torreones almenados en los que en un tiempo mas moderno se han abierto troneras para piezas de artillería.

La defensa principal de la ciudad consiste, no en sus murallas y fortificaciones, pues bastaria la artillería de montaña para abrir brecha en cualquiera parte del muro, sino en las innumerables revueltas de la fortificacion, en lo quebrado del terreno, en lo estrecho de las calles y en las encrucijadas y puertas interiores de sus morunas murallas.

El cultivo está atrasado en Tetuan, y su huerta no es lo que se dice ni lo que parece de lejos. Las muchas quintas y casitas de campo que hay en las inmediaciones, dan una idea de alguna mas comodidad y buen gusto en los habitantes que poseen algo, ó por mejor decir, esplican la necesidad de respirar el aire libre y el fresco de las brisas del mar, á una gente que en un país tan caloroso vive enterrada en una casa sin ventilacion.

A juzgar por los muchos huertos que hay de pequeñas dimensiones, se conoce que la propiedad de los alrededores está muy dividida. Por todos lados, á un tiro de bala de la poblacion, vense pequeños trozos de tierra con cercado de caña. En el interior de estos cuadros hay una casa de campo mas ó menos grande y bien construida, segun la riqueza del dueño.

Estas casas son mas humildes y mas exiguo el terreno á medida que el propietario tiene menos recursos, hasta degenerar en una choza de cañas y enea en algunos huertos, que no tienen mas que unos cuantos piés en cuadro. Esto da á conocer que lo primero á que en Tetuan aspira un moro, es á tener una casa ó choza de recreo para llevar á ella á sus mujeres. Se va á estos huertos, que cierra una puerta pequeña con una ventanilla para mirar, por un laberinto de caminos formados por los setos que en verano deben convertirse en una verde y fresca bóveda de ramaje.

Por lo demás, todo en aquel país parece hacerlo la naturaleza, la abundancia de sus aguas y la bondad del clima. Crecen en aquellas huertas el naranjo, el almendro, el peral, el limonero, la higuera, el ciruelo, la higuera chumba, el algarrobo, el olivo, la vid, etc.; pero ninguno de estos frutos se cultiva en grande escala, pues solo la naranja es algo mas abundante. Se ven en algunas casas capullos de gusano

de seda, lo cual unido al clima hace creer que un pueblo culto sacaria allí una gran riqueza de la morera. Coséchase muy rica y abundante miel. Los huertos parecen dedicados esclusivamente para árboles frutales y flores. Fuera de los huertos se ve siembra de trigo, de cebada, habas, verduras y algunas otras legumbres, de lo que se deduce que el valle de Tetuan admite toda clase de cultivo, y que la feracidad de su suelo daria cosechas riquísimas. Al ver la abundancia de agua que así en la ciudad como en los alrededores mana por todas partes, se ve que Tetuan posee en todas las estaciones abundantemente ese elemento, que es la sangre de la agricultura.

Respecto al clima, bastará decir que febrero es allí nuestro mes de mayo; los árboles están cubiertos de flor; la vejetacion crece robusta y vigorosa por todas partes, y las aves están ya en celo y anidando. Las codornices cantan como en España á últimos de abril, y antes de pasar el mar para ir á criar en Europa, han procreado ya en África. Allí se encuentran todas las aves de paso que emigran en otoño de nuestro país; el jilguero, el pardillo, el verderon, etc., animales que son allí tan mansos y confiados, que no vuelan hasta que uno los pisa. Las perdices se diferencian de las nuestras en que tienen la ceja blanca, la cabeza algo cenicienta y azulada, lo mismo que la concha ó pechina de las alas. El pico es mas largo, y este y las patas tienen color amarillento.

Frente al cerro de la Alcazaba, levanta sus cortados picos, que cubren las nieves gran parte del año, una imponente sierra, Djebelmusa ó monte de las monas; cuyas faldas ofrecen una vejetacion vírgen y nutrida; á sus piés murmuran los rios Enfanfnes y Sansa, cuyas aguas llevan torrentes de savia á todo el terreno que cruzan, hasta unirse en la ria.

El aspecto de la ciudad es eminentemente morisco.

La ciudad está dividida en dos partes que constituyen el total de su poblacion, la de la izquierda ocupada por los judíos, y la de la derecha con la Alcazaba por los moros. La judería tiene su única entrada por la plaza Mayor, llamada hoy plaza de España. Una gran puerta de arco con dos hojas da paso á la única calle, que se puede decir es la mas ancha de la ciudad, y por la cual con dificultad podrá pasar un carruaje. Por ambos lados está llena de una especie de garitas que es

lo que forma las tiendas de los judíos, las que tendrán dos varas de ancho por otras dos de largo, sin mostrador ni estantes. El dueño se sienta en el suelo, y en unas esportillas de palma tiene las mercancías, que se reducen á arroz, tabaco, aguardiente y algunos géneros de seda.

El final de esta calle se subdivide en varias callejuelas sucias, oscuras, llenas de arcos por todas partes, y formadas por casas de dos pisos, cuyas puertas son estremadamente bajas, entrando la luz por unos ventanillos ovalados con sus correspondientes rejas, de los que solo tiene cada casa dos ó tres. El órden arquitectónico es igual en todas; despues de un oscuro y angosto callejon tienen un bonito patio, por lo general pavimentado de mosáico, y lo mismo la escalera y demás habitaciones. En cada edificio de estos se albergan siete ú ocho familias, que son muy numerosas en niños y mujeres. Las habitaciones del patio las ocupan las mas pobres, y en un espacio de seis ú ocho pasos viven ocho ó diez personas que comen y duermen juntas, pasando el dia sentadas alrededor de un braserillo de barro, tiritando de frio y contemplando estasiadas y con la sonrisa en los labios las numerosas visitas que sin cesar les hacian nuestros oficiales y soldados, á los que cedieron para alojamiento las habitaciones superiores.

Estas se elevan á la mitad de la altura de la casa en el patio, rodeándole un corredor con su barandilla, y en el cual hay otras cuatro habitaciones que corresponden perfectamente á las del piso inferior. Súbese á él por una escalerilla estrecha y vieja; otra semejante comunica con el piso superior que es un terrado, cuyo suelo está blanqueado como las paredes y que en ninguna casa falta.

Las habitaciones, algo mas limpias que lo restante, pero no mucho, ofrecen un aspecto estraño. Los muebles son parte orientales, parte europeos; lámparas de muchos vasos como las de los templos, y sillas de Vitoria; alfombras de mas ó menos valor, y catres antiguos con modernos colchones.

Estas familias respetan y obedecen ciegamente al padre ó abuelo, que es su jefe. Los hombres que nada saben ni á nada se dedican, no teniendo talleres ni conociendo las artes, pasan todo el dia mendigando ó haciendo mandados de quien quiere ocuparlos, ó bien vendiendo alguna miserable y escasa mercancía, regresando á sus casas por la noche. Las mujeres se dedican á los quehaceres domésticos.

Observan rigorosamente su religion, y los rabinos son sus sacerdotes, que poseen perfectamente el antiguo Testamento. Sus nombres, en las mujeres, son generalmente Esther, Simí, Estrella, Alegria, Raquel, etc., y en los hombres Abraham, Salomon, Isaac, Jacob y Benjamin.

Aunque entre los hebreos de Tetuan hay algunos muy instruidos, son en general muy ignorantes de la ley de Moisés. Desconocen el espíritu de la ley, siendo hebreos rutinarios. Como carecen de templo, sacerdotes y culto, desconocen la liturgia y ceremonias de la Ley antigua, sustituyendo ridículas y mímicas prácticas á las majestuosas ceremonias del tiempo de David y Salomon.

Muy difícil es narrar la sorpresa que se esperimenta al ver las mezquitas y sinagogas. Un salon lóbrego y oscuro, en donde una esterilla cubre el pavimento, y algunos tablones que sirven de asiento, es todo cuanto en su cuerpo contiene el edificio; el altar es una pequeña urna que nada contiene; en sus puertas están pintadas las tablas de la ley, y algunas lámparas en forma de vaso, pendientes de unas sucias cadenillas, son las destinadas á alumbrar aquel tenebroso recinto; á los piés de la urna, y como á algunos pasos de distancia, se eleva un facistol de construccion gótica, en el que algunos libros viejos con caractéres hebráicos tiene trazada y redactada su salmodia; todo esto, y algun huevo de avestruz pendiente de unas cintas en señal de ofrenda, forman el dibujo exacto de una mezquita ó una sinagoga. Estas últimas suelen tener unos bancos en forma de círculo, donde conferencian sus sabios (sacerdotes), y en el átrio de las mezquitas un baño sucio en forma de taza de fuente, que sirve para sus abluciones.

El sábado es el dia festivo de los judíos: en él no se trabaja ni se vende, ni se permite comercio alguno: las mujeres jóvenes no salen á la calle, y pasan el dia reunidas en sus casas, saliendo á las sinagogas: no pueden encender ni aun luz, sino el candil por la noche, prohibiéndoseles hasta fumar. El viernes componen la comida de este dia, la que calientan á la hora de comer en hornos públicos destinados al efecto. En todo el año no comen carne, como no sea degollada por el sabio; el vino debe ser compuesto por ellos, y no se hace uso del tocino. Segun las palabras de nuestro Redentor, no tienen gobierno ni leyes propias; en todos los paises donde se encuentran son recogidos

por las leyes de aquellos, á las que se someten de una manera humillante.

Solamente la judería, que es un cuartel de la ciudad con puertas que se cierran de noche, tenia el año pasado, segun asegura un viajero, 12,700 hebreos, siendo estos la sesta parte de la poblacion.

Los europeos que llegaban á Tetuan vivian con los judíos, no albergándose entre los moros mas que las personas de distincion como los encargados de negocios de las naciones en relacion con el imperio, en las temporadas en que el ministro del emperador, que trata con dichos encargados, abandona á Tánjer para gozar en Tetuan las delicias de la primavera y del verano.

La parte de la derecha de esta poblacion, comprendida desde la puerta de la Reina, calle del mismo nombre, plaza de España, hasta la salida de la ciudad por la parte opuesta, dando la vuelta por la muralla y Alcazaba hasta el primer punto de partida, está ocupada por los moros.

Esta poblacion está completamente separada de la judería. Así como aquellos tienen una sola entrada para su poblacion, los moros tienen tantas como son sus calles. Pueden llamarse en todo, con razon, el reverso de la medalla de los judíos.

Las mas notables industrias se hallan distribuidas por barrios; así es que se conocen, entre otros, el barrio de cerrajerías, el de tintoreros, la alcaicería, como sucede todavía en España en las poblaciones en que se conservan las tradiciones árabes. El Zoco es una gran plaza capaz de encerrar 10 ó 12,000 hombres. Entre los pocos edificios notables que hay en la poblacion, se cuentan el palacio del Sultan, otro de Ersini, moro riquísimo, quizás el mas rico del Imperio, y otro que acababa de construir el ministro, el Jetib, cuyo nombre significa el orador. El mejor es el del moro Ersini, que ha sido gran visir y que acompañó el año pasado á la Meca á tres príncipes, hijos del Sultan, en un vapor de guerra inglés.

Hé aquí la descripcion, hecha á grandes rasgos, del palacio del emperador marroquí. El esterior no ofrece nada de notable; coronan sus altos y tristes muros algunas almenas, y las escasas ventanas que dan á la calle semejan la forma de una herradura, lo mismo que las puertas que se hallan abiertas sin órden ni simetría. La entrada prin-

cipal es bastante espaciosa, y comunica á un estenso zaguan adornado por numerosos arcos graciosos, columnas esbeltas y preciosos dibujos arabescos.

Cruzando desde este portal á través de unas galerías oscurísimas y muy altas de techo, se penetra en un patio de gusto completamente oriental, que rodean dos vistosas galerías; una baja y otra alta, formadas por arcos ojivales. Sus ricos y elegantes calados y sus caprichosos dibujos y colores, no tienen nada que envidiar á los estimables restos de esta clase de adornos conservados en la Alhambra de Granada.

En el centro de aquel lindo patio hay una gran taza de mármol blanco, que rebosa sus cristalinas aguas por los bordes en mil abrillantados hilos que van á confundirse en otro ancho pilon. Este se halla formado de vistosos azulejos combinados de mil variadas maneras, imitando jarrones con flores, con cintas é inscripciones entrelazadas. Cuatro puertas colocadas en los cuatro puntos cardinales, dan acceso á otras tantas habitaciones en que no hay mueble ninguno, pero que en su pavimento, paredes y techumbre, se advierten iguales alicatados, mosáicos, resaltes y combinacion de colores, conocidos en la Alhambra. En resúmen, dicho palacio es digno de que los artistas y curiosos, acudan á pasar algunas horas para hacer de él un minucioso y merecido exámen.

La mayoría de las casas de Tetuan son, mas que tales, casuchos mezquinos y mal construidos.

Sin embargo, hay tambien buenas casas de particulares ricos.

El Sr. Mola nos describió una de la manera siguiente:

«Conocida una casa, se conocen todas, pues, escepto las dimensiones, la figura es enteramente igual. Ninguna casa morisca tiene belleza esterior. A juzgar por las afueras cualquiera creeria que iba á entrar en una morada pequeña y ruin. Generalmente en uno de los callejones mas retirados y exiguos se encuentra una puerta baja de aspecto humilde. Al entrar se tropieza con un pequeño vestíbulo que da entrada á un patio cuadrado con columnas, en medio del cual hay una fuente, y otras al rededor si el dueño es muy rico. Las casas son de dos pisos y un pequeño terrado. Los suelos, y el pié de las columnas y las fajas bajas de las paredes son de mosáico. Los techos son artesonados, for-

mando arabescos pintados de vivos colores en las casas de lujo. Al rededor del patio, así en el piso bajo como en el superior, están las habitaciones, salas largas adornadas con colgaduras de damasco ó terciopelo, jarros de china, muchos espejos dorados formando fila, otomanas y alfombras. A los estremos de la sala se ven las camas que en algunas casas son de hierro y arregladas á la europea con tres ó cuatro colchones, mientras que en otras están colocadas sobre una especie de tarimas que se levantan del suelo, y en algunas se ven los colchones sobre el mosáico encima de una esterilla. En todas las habitaciones junto á los espejos hay colgados de la pared unos cirios de una vara de longitud, gruesos y cubiertos de papel de color ó pintados. Completan el adorno algunas mesas y grandes arcas de madera con arabescos embutidos ó pintados, floreros de Europa, porcelana de Inglatera, etc. Hé aquí las casas moras. Las de los judíos son iguales á corta diferencia, escepto en algunos de los adornos. Ni unas ni otras tienen mas ventanas que unos pequeños agujeros, tapados con celosías, y todas reciben la luz por arriba y aun esta abertura la cierra una reja de hierro.»

En una carta particular de otro escritor, tuvimos ocasion de leer lo siguiente:

«Al recorrer la ciudad no se encuentra un edificio cuyo esterior revele grandeza, cuyos adornos detengan al viajero y cuyo aspecto haga entrar en codicia á ningun poderoso magnate. Mas, si se logra atravesar la estrecha puerta, si se penetra en el hogar del árabe, cerrado para todos comunmente, por ser la clausura de la mujer, se ven caprichosos artesonados, columnatas de jaspe, de piedra y de azulejos, profusion de fuentes con tazas y saltadores, patios embaldosados con mosáicos, huertos de naranjos y rosales, galerías con molduras en yeso, piedra y madera, baños, grandes espejos, ricos cojines, pesadas y dobles alfombras, tapices, lujosas vajillas arábigas y europeas, pebeteros y todo cuanto pueda poetizar la indolencia, la felicidad pasiva, el placer egoista, silencioso y aislado de esta raza.

»En las camas hay un lujo verdaderamente oriental. Colgaduras, mosáicos, colchones rellenos de yerbas olorosas y almohadas con bordados de seda.

»En los muebles hay muchos, como los belones, enteramente igua-

les á los conocidos en España, sobre todo en Andalucía, las sillas no se conocen, y colchonetas colocadas al rededor de las habitaciones, ó pequeños y redondos cojines de paño y seda, las sustituyen. Las mesas tienen una altura proporcionada á los asientos, y están cubiertas de embutidos ó pintadas con esmeradas labores. Los aparadores son tambien labrados, caprichosos é invertidos para ser visibles en la altura en que los colocan.

»He podido penetrar en una casa árabe habitada. El dueño accedió á mis ruegos y me permitió recorrerla toda. En nada se diferencia de las demás que conocia, y que están vacías ú ocupadas por españoles. La entrada estrecha y oscura; un patio con columnas de ladrillos blanqueados, sosteniendo varios arcos ojivales. Las habitaciones cubiertas con esteras de junco, y sobre ellas vistosas alfombras. Las paredes tapizadas con telas de algodon hasta la altura del zócalo, y mas arriba espejos antiquísimos y bazares cargados de tazas, poncheras y elegantes botellitas de porcelana.

»Al penetrar en la habitacion de las mujeres, me dijo el musulman que yo era el primer cristiano que llegaba hasta allí, y que á la fuerza, antes se hubiera dejado matar que consentir la entrada. Era la pieza cuadrilonga. La puerta se abria bajo una elegante arcada, formada por una ojiva de dentellones caprichosos. Dentro tenia dos especies de pabellones laterales, cubiertos con grandes cortinas de percal.

»Cerca de uno de ellos estaba la esclava del oriental, envuelta en una especie de jaique blanco, sentada sobre una mesita microscópica, con los piés colocados sobre otra aun mas baja, que contenia en su centro un braserillo.

»La negra, al verme, hizo un gesto de admiracion, y clavó en mí sus grandes ojos, pero algunas palabras de su dueño la tranquilizaron. Tenia á su alrededor varias mesitas y muchos cojines forrados de grana, con mantas de terciopelo sobre ellos. En un rincon ví un *guemberi*, instrumento de cuerda que se parece mucho á nuestra bandurria. Los marroquíes tienen además la *derbuga*, que es una especie de zambomba estrecha, pero sin carrizo, pintada de rojo y amarillo, y de la cual se sirven calentando al fuego el pergamino, que hieren con la punta de los dedos, acompañando la monótona cadencia de las rústicas flautas.»

Para completar esta reseña de la ciudad y de las costumbres de sus habitantes, nos permitirán nuestros lectores que copiemos dos cartas de Nuñez de Arce. Son dos escritos á los cuales haríamos una injusticia notoria si les negáramos un lugar en las páginas de esta obra. Por lo demás, son tan bellos, que nuestros lectores nos han de agradecer el que los sustituyamos á nuestra desaliñada prosa.

En la primera de las dos cartas á que hacemos referencia, Arce da algunos pormenores sobre los ritos religiosos de los habitantes de Tetuan.

«Quisiera empezar mi narracion, dice, por el interior de una mezquita, pero mentiria si lo hiciera, y ante todo deseo conservar mi opinion de verídico. Respetando como es debido el sentimiento religioso de estos habitantes, el general Rios, en virtud de órden superior, ha prohibido la entrada en los templos mahometanos á todos cuantos no profesen la ley del Profeta y practiquen su culto.

Hace bien, porque nada mas digno de consideracion que la creencia de los pueblos y el santuario de su conciencia; y aun cuando esta determinacion me prive del gusto de conocer los ritos de los *creyentes*, la aplaudiré siempre porque revelará á los ojos de Europa, que no venimos, como en pasados tiempos, á arrancar la fé de ningun corazon con la punta de nuestra espada: resérvese eso á la propaganda pacífica y civilizadora, que es la que enseña la diferencia que existe entre los falsos ritos y la religion verdadera.

Por fuera, la apariencia de las mezquitas está muy lejos de ser suntuosa. Una puerta de madera mas ó menos alta; unas paredes blanqueadas; un minarete cuadrado, esbelto, pero indudablemente no tan majestuoso como las torres de algunas de nuestras aldeas; unos cuantos devotos, que con un rosario de gruesas cuentas en la mano se pasan largas horas en honda meditacion acurrucados en el umbral del templo: hé aquí el carácter que ofrece una mezquita para los que no pueden penetrar en su misterioso recinto.

Cinco veces al dia, el *muezzin*, encargado de la conservacion de la *chuma*, sube á lo alto del minarete para congregar á los fieles á la oracion; apenas asoma el alba, cuando el sol esparce sus primeros rayos, al medio dia, á la caida de la tarde, y en el momento solemne y religioso para todos los pueblos en que la sombra de la noche se estiende

por el espacio; momento supremo y de inefable melancolía. Entonces, desde lo alto de la torre, volviendo la cara al Oriente hácia el sitio donde está la Meca, y levantando las manos al cielo, rompe el aire con una voz grave y monótona que recuerda al buen muslin la grandeza de Dios y las escelencias del Profeta. Nada mas fantástico que ver en los últimos instantes del crepúsculo vespertino la estraña figura del *muezzin* dibujándose caprichosamente en el espacio, tibiamente alumbrado todavía con los postreros résplandores de la luz moribunda. Tiene algo de patética esta escena, que recuerda al corazon español y cristiano el toque de la campana al Ave-María, en esa hora en que todo es vago é indefinible, luz y sombra, memorias y pensamientos, y que, segun Byron, se consagra á la invocacion en lo íntimo del alma de todo cuanto hemos querido y perdido en el mundo.

Yo presencié este espectáculo desde un terrado vecino á la mezquita ó *chuma* principal. ¡Qué cuadro tan magnífico! Negras y encapotadas nubes coronaban las nevadas y caprichosas cumbres del pequeño Atlas, envolviendo aquella empinada y majestuosa cordillera en una oscuridad tan salvaje, permítame usted la espresion, como la naturaleza misma en que dominaba. Ningun pintor hubiera podido trasladar al lienzo los grandiosos efectos de aquel paisaje, que hubiera podido servir dignamente de ancho y terrorífico escenario á un *sábado* de brujas y espíritus malignos. La voz del *muezzin* en esta hora parecia una imprecacion, ó mas bien, la voz del genio impuro que congregaba para la nocturna y sacrílgea ceremonia á los réprobos y á los malditos.

Las mezquitas son, así en Tetuan como en todo el Imperio, del patronato del emperador ó de fundacion particular; todas tienen propiedades y censos para el mantenimiento del culto, que es sencillo y poco fastuoso. Entre las *chumas* que mas crédito gozan en la ciudad, hay una no lejos de mi casa, que miran los moros con mucha veneracion y respeto: la de Sidi-Said, santon de antigua y no interrumpida fama en Tetuan.

Cuéntase que en lucha con los cristianos, un moro natural de este pueblo habia sido hecho cautivo. Su anciana madre le esperó un año, y otro y otro inútilmente; el prisionero no volvia. Cansada de esperar y de llorar, si una madre puede cansarse de esperar y llorar á su hijo, acudió un dia á la mezquita, y allí postrada pidió fervorosamente á

Dios la vuelta del desdichado que gemia entre cadenas ausente de su amor y de su patria. Dios, segun la leyenda marroquí, no se mantuvo sordo á sus ruegos; y cuando la afligida madre salió de la *chuma*, se encontró en el umbral de la puerta sentado al hijo de sus entrañas, con los grillos puestos todavía; ¡habia milagrosamente quebrantado los hierros de su mazmorra y llegado allí en la blanca yegua del Profeta! En accion de gracias, colgáronse los grillos del cautivo rescatado en el interior de la mezquita, y desde entonces ha venido acrecentándose hasta el dia la devocion de los habitantes de Tetuan hácia Sidi-Said, el santon, cuyo sepulcro cubierto con un paño encarnado se alza en medio del templo.

Esta es la historia que he oido referir y que cuento á Vd. tal como ha llegado á mi noticia.

Los moros, como todo pueblo ignorante y grosero, son estremadamente supersticiosos. Dentro ó fuera del zaguan de todas las casas, hay con tinta negra ó azul trazada una mano, de forma imperfecta y dura, para evitar que penetren en el hogar deméstico los malos espíritus y las malas tentaciones. Son muchos los amuletos que llevan; pero los que tienen mas virtud son aquellos en que encierran escritos, de una manera mas ó menos caprichosa, los *suras* ó capítulos 113 y 114 del Koran; el primero como preservativo contra los peligros del alma, y el segundo contra los peligros del cuerpo.

Sumergidos en esa eterna indolencia que tanto caracteriza al pueblo mahometano, se pasan las horas y los dias en contínua oracion. Dias pasados ví á un moro, que acurrucado en el hueco de una puerta, pasando las cuentas de su largo rosario, elevaba á Dios sus súplicas con una especie de cántico, á media voz, prolongado y monótono, sin parar mientes en nada ni en nadie de cuantos pasaban á su lado; parecíase á uno de esos mendigos que, privados de vista y en actitud inmóvil, se sientan en las esquinas de nuestras calles implorando la caridad pública con un acento que nunca varia y una súplica que nunca se acaba.

»Las costumbres de estos pueblos son ásperas y silenciosas, porque la mujer con su encanto no las dulcifica y las pule. La sociedad, ó mejor dicho el trato social, no existe aquí; las ciudades y aldeas morunas son una agrupacion de familias, sin lazos verdaderamente íntí-

mos que las unan y acerquen; cada cual vive en su casa con sus mujeres y sus hijos; no hay reuniones, no hay paseos, no hay nada. El mercado y la mezquita: hé aquí los dos únicos elementos sociales del musulman.

»La imprenta no ha esparcido sus vívidos resplandores entre estos bárbaros. Casi todos sus libros son manuscritos; algunos con tintas de varios colores; negra, azul y roja. La mayor parte son libros de oraciones; otros de historia, que por cierto pertenecen á escritores antiquísimos, y los menos de literatura, que llaman *Adab*. Un amigo mio, el señor Lafuente Alcántara, ha recogido algunos, aunque pocos, muy curiosos con destino al ministerio de fomento, y entre los cuales los hay de supersticiones y sacrilegios, esplicacion de sueños é interpretaciones del Koran.

»Habia oido decir que los moros son aficionados á la música; pero á juzgar por lo que he visto, no se les conoce mucho. Las nuestras no turban ni un solo momento su perezosa indiferencia, y las oyen, valiéndome de una espresion vulgarísima, como si oyeran llover. Los instrumentos que hasta ahora he examinado y de que mas uso hacen, son toscos y groseros en demasía: una flauta sin llaves, larga y poco pulida; una especie de guitarra con dos cuerdas, estrecha y sin trastes, que aunque se empeñe Mahoma, no puede, á mi juicio, producir mas armonías que una chicharra de Navidad; la pandereta y dos tamborilillos con caja de barro, unidos entre sí, y de un son tan áspero como desapacible.

»A decir verdad, todos los encantos de estas ciudades morunas pueden encerrarse en una caja de fósforos: sus calles súcias y angostas; sus casas silenciosas y cerradas á macha martillo, como la puerta del cielo para los réprobos; las vueltas y revueltas, pasadizos y arcos que hacen de cada calle un laberinto y una cueva; los moros con las barbas puntiagudas, las piernas desnudas, el jaique ó albornoz no muy limpios, que mueven pesadamente sus piés, si tienen que hacer algo, ó se encogen junto á una pared, como figuras de resorte, si quieren tomar el sol ó el fresco: todo este conjunto estraño, mònótono y frio, donde el hombre es un bruto y la mujer un misterio, sorprende al mismo tiempo y cansa.

»Cuesta trabajo creer que esta raza haya acometido y llevado á ca-

bo grandes empresas; que haya sido activa, enérgica y civilizadora. Hoy no conserva siquiera la sombra de lo que fué; es una raza descompuesta por la inmovilidad, que es la muerte de las naciones. ¡Bien haya la santa ley del progreso, que es la inteligencia, que es el vigor, que es la vida de los pueblos! Detenerse es agonizar, pararse es morir. No hay mas que seguir, con el pensamiento puesto en Dios y las fuerzas en el trabajo, la senda que la Providencia ha señalado á la humanidad, y fuera de la cual no hay poder, ni grandeza, ni gloria.

»El África se ha separado de este camino, y por eso, á pesar del sol que la ilumina, de su fecunda tierra y de los mares que la rodean, yace abatida y postrada, habiendo dejado un gran hueco vacío en la historia del mundo.

»Y porque nos paramos tambien, caimos nosotros en los últimos tiempos de la monarquía austríaca desde el colmo de la grandeza al abismo de la humillacion; y porque marchamos hoy, nuestra patria prospera, nuestra bandera, antes olvidada, flota en los muros de Tetuan; la Europa nos contempla con asombro y el porvenir nos sonrie.»

Hé aquí ahora, como conclusion de nuestro relato, y para dar cima á la descripcion del aspecto, carácter y costumbres de Tetuan, la otra carta á que hemos hecho referencia:

«He procurado, dice, retratar á grandes rasgos el aspecto verdaderamente pintoresco de Tetuan; he penetrado en sus calles estrechas, tortuosas, llenas de pasadizos y arcos, cubiertas de inmunda costra como el cuerpo de un leproso; fétidas y oscuras; donde se arrastran un pueblo desconfiado y una raza envilecida, que nos miran pasar con indiferencia si no con odio. Pero todavía ofrece Tetuan otra nueva perspectiva; es preciso verle desde las azoteas en donde rebosa la vida íntima, el misterio encerrado entre las cuatro paredes de las viviendas mahometanas; único punto que deja entrever á los europeos la existencia en esta ciudad de la mujer y de la familia.

»Yo he pasado algunas horas del dia sobre el terrado de la casa en que habito. Tetuan parece desde allí como sujeta á las últimas cumbres que á un lado y otro se levantan: es una paloma entre las fauces de una serpiente. A sus piés se estiende la vega por donde hemos venido, hasta perderse en el mar, que á su vez se confunde en lontananza con el horizonte entre el húmedo vuelo de la bruma que los en-

vuelve. El rio, serpenteando por el valle, aparece y desaparece alternativamente, herido por los rayos del sol que arranca, permítame usted la espresion, de las tranquilas hondas chispas de plata y fuego. A ambos lados de la ciudad, á la caida de las cumbres que la estrechan, divísanse infinitas casas de campo, perdidas entre el espeso follaje, casi todas en muy mal estado; pero que desde léjos atraen vigorosamente la vista, la imaginacion y el deseo.

»Estos son los términos mas remotos del cuadro. Antes de llegar á ellos, espacíase la vista en un interminable laberinto de terrados, grandes, pequeños, altos y bajos, enlazados unos con otros, sin que se sepa como, interrumpidos de vez en cuando por una calle ó por un minarete en que los adornos de azulejos reemplazan á los calados de nuestras catedrales. En el centro de todas las azoteas hay abierto un cuadro que corresponde al patio de la casa, en unas con pretil y en otras sin nada que defienda de una caida peligrosa, como no sea el débil enverjado de hierro que le corona y que sirve en el verano para sostener los toldos. Una mezquina puerta, sin pintar ni pulir, situada en un estremo del terrado, pone á este en comunicacion con el resto de la casa, cuyo interior, tan exactamente ha descrito un apreciable corresponsal de *La Iberia*, á quien siento mucho no conocer.

»En la mayor parte de las azoteas hay un rincon con tiestos rotos y desportillados, donde crecen la mejorana, la luisa y en algunos la pudorosa violeta, á que tan aficionados son los hijos de Mahoma.

»Tambien se alcanza á ver desde mi terrado una chimenea giratoria, la única que debe haber en la ciudad, sobre la cual se alza un mono de hoja de lata en actitud de comerse una manzana.

«Es el único mono que he visto en Tetuan, y yo creo que ha de ser inglés.

»La familia gatuna puebla casi esclusivamente estas alturas. Por todas partes corren y saltan gatos de distintos tamaños y colores ó se entretienen en tomar tranquilamente el sol, como sus amos toman la sombra acurrucados en los huecos de las puertas.

»Algunos militares curiosos ó desocupados andan tambien por las azoteas, con el deseo sin duda de columbrar de vez en cuando alguna mora, y de romper aunque solo sea á medias, el misterio en que las mujeres musulmanas viven.

»En efecto, mas ó menos tarde, ven satisfecho su deseo. La puerta de un terrado se abre y asoma una cabeza indefinible, cubierta con una espesa tela blanca ó de varios colores, sobre todo azul y rosa. La cabeza mira á todas partes con recelosa inquietud, y cuando se satisface, parece como que da permiso al cuerpo á que pertenece para que la siga y salga. Despues, en cumplimiento de esta autorizacion, muéstrase sobre el terrado una estraña figura, que así puede ser de hombre como de mujer. Lleva les piés calzados con unas babuchas; la pierna desnuda hasta la mitad, donde terminan unos pantaloncillos, no precisamente de seda y oro, como se lee en los cuentos orientales, sino de basto percal ó de grosera lana. Un justillo de manga corta, la sujeta el talle; una larga y estrecha camiseta desairada y tosca la cubre desde los hombros á las rodillas, y desde el nacimiento del pecho á la cabeza una mantilla ó rebocillo que sostiene con la mano y que la oculta casi enteramente el rostro. ¿Quién es? ¿Es hermosa? ¿Es fea? Esta rara figura recorre cautelosamente la azotea, mirando á todos lados; sube ó baja gateando de un terrado á otro, cuelga ó descuelga ropa, y cuando ha concluido su faena, se asoma al cuadrado de un patio vecino y arranca del pecho una palabra áspera, dura y rajante. Si es desapacible en los labios de una mujer, ¿cómo será en los de un hombre? Otra voz femenina contesta á la suya desde abajo; la conversacion se anima,—porque hasta en Marruecos la mujer es habladora,—y poco á poco, preocupada con lo que dice ú oye, descuida el rebocillo; primero cae de un lado, despues del otro, y por fin el misterio se rompe. ¡El sol brilla sin nubes!

»El curioso acecha con ansiedad este instante. ¡Dichoso él si no se le amaga el desengaño; si el rostro que aparece no es el de alguna vieja desdentada, desgreñada y sucia que se venga, descubriéndose, de los cristianos! Esto sucede no pocas veces; pero otras luce una cara risueña y alegre, de ojos vivos, de nariz fina y sonrosados labios, pálida con esa palidez que engendra la falta del sol y del aire. Otras es una monstruosa negra, magra y seca, como la *Dueña Dolorida*, de boca disforme y nariz achatada, que puede servir de remedio contra todas las tentaciones del mundo.

»Pero ¡cuán poderosamente es la fuerza de la costumbre! Ella hace suaves y poco costosas las leyes mas tiránicas y brutales. Apenas

observan que las miran, vieja asquerosa, jóven agraciada, ó negra inmunda, huyen lanzando un grito como el que se escapa del pecho de una europea cuando tropieza con un raton, á ocultarse en lugar seguro, si pueden dentro de la casa, ó sino detrás del antepecho de la azotea, donde se arreglan el caido rebocillo para entrar, sin riesgo de ser vistas, en sus silenciosas habitaciones.

»No hay, sin embargo, regla sin escepcion. De vez en cuando se encuentra alguna mora que no se esconde, y que con mas ó menos atrevimiento fija sus ojos en el que la mira. He notado que las que hacen esto suelen ser bonitas. ¿No tiene alguna disculpa su falta?

»Cuando mas embebecido está uno en la contemplacion de los gatos que corren; de las mujeres que huyen ó de los chicos que juegan en el terrado, la voz del *muezzin*, que sin ser sonora y fuerte, se estiende y dilata por el espacio como la luz y el aire, llama la atencion hácia otro punto. Izase en los minaretes un pendon blanco, que flota mientras el *mezzin* llama sucesivamente á la oracion desde los cuatro ángulos de la torre; despues él y la bandera desaparecen, y todo queda en silencio.

»Puesto que de ceremonias religiosas hablo, daré á usted cuenta de dos que estos últimos dias he presenciado: el entierro de un judío y el de un moro. Da la muerte un carácter tan solemne y melancólico á todo cuanto se roza con ella; el sentimiento que inspira es tan idéntico en todos los pueblos, que bien puede asegurarse que en todos tambien se parece la triste y dolorosa despedida de los que se quedan á los que van; de los que son vanidad á los que son polvo.

»Una docena de judíos, lo menos, llevaban el cadáver de su correligionario, enteramente cubierto con un paño, en una especie de angarillas de madera casi sin labrar. Conducianle, no sobre los hombros, sino con las manos y casi al nivel del suelo, é iban entonando una salmodia grave y acompasada como el cántico de los muchachos en una escuela. Algunos amigos, parientes ó conocidos del difunto, tambien resando, seguian al fúnebre cortejo, donde no se observaba ninguna mujer ni ningun niño.

»El entierro del moro que ví, era muy semejante al del judío; solo que en vez de llevar al muerto casi arrastrando, le conducian sobre hombros. Los que le acompañaban hasta la última morada, iban tam-

bien cantando con ese tono frio, pesado y nada cadencioso, tan peculiar en los moros, cuya decantada aficion á la música, es para mí todavía un enigma.

»Usted conoce el traje de los judíos que describí en una de mis cartas, antes de salir de España, y ya solo me falta indicar á usted como se llaman las diferentes prendas del traje de las mujeres, porque el de los hombres no merece fijar ni un solo momento la atencion de nadie, tan súcio, tan desairado es.

»El justillo se llama entre las hebreas *kasó*, que suele ser entre la gente rica, de brocado; *justata* la pechera bordada de oro; el cinturon se conoce con el nombre de *kuchaka;* la falda con el de *chaldeta*, y los adornos con que las casadas se cubren el pelo, *crinches*, *sfifa* y *chari*. La costumbre de ocultar á la vista de todos el cabello desde el momento en que se enlazan, es fielmente observada entre las judías, hasta el punto que una me decia dias pasados, que el suyo hasta su muerte, no le habia de ver ni el cielo. Para peinarse se esconden en un cuarto, cerrado para todo el mundo menos para su marido.

»Esto me aseguraron, y esto cuento.

»Prosiguiendo en la enumeracion del traje femenino, diré á usted, que las dos tiras que cuelgan por detrás de la falda, ó mas bien saya que visten, se llama *eguiga* y los aderezos á que son, como todas las mujeres de raza oriental, muy aficionadas, *aljorza*, *sjuislas* y *jarjales*.

»Para escribir estas palabras me he valido de las letras de nuestro alfabeto, cuyo sonido no es en muchas completamente igual al del hebreo y árabe. La pronunciacion varia algun tanto en las voces que cito, pero poco; la *h* y la *j* son en estas palabras algo mas suaves que las de nuestro idioma.

»Hay en la judería una especie de *academia* donde se reunen los *sabios* ó rabinos para discutir y razonar sobre puntos de religion.

»Es un salon bastante capaz, con bancos de madera al rededor, como se ven en algunas salas municipales de nuestras aldeas; tienen una biblioteca que contendrá, cuanto mas, cuarenta volúmenes, encajonados en un estante grosero y pobre; entre ellos habia el *Talmud* y el *Viejo Testamento*.

»No concluiré esta carta, que va haciéndose bastante larga, sin contar á usted la historia de una infeliz judía, ya anciana, que sirve

de criada á un español avecindado aquí, y que ha sido víctima inocente, así como toda su familia, de la brutalidad y el fanatismo musulmanes. Esta historia revela, que entre sus muchas malas cualidades, no sé si innatas en ellos ó hijas de la opresion salvaje en que viven, tienen los hebreos una buena: la fé en sus creencias, tan inquebrantable en sus corazones como el anatema que les sigue de region en region y de clima en clima.

»Dícese que en un momento de embriaguez ó de locura, el marido de esta judía, que se llama *Sol*, hombre bastante acaudalado y considerado entre los suyos, pronunció delante de moros la fórmula de fé musulmana: « No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta. »

»Bastó esto para que los que le oyeron se empeñaran en ponerle el casquete colorado y en declararle *creyente*; el judío, ya en su sano juicio, rechazó como nula la abjuracion; le instaron y se resistió; le amenazaron y se mantuvo firme en su negativa; le encerraron en una cárcel de Fez, y allí murió sin que ni en sus horas de despecho su voz renegase del Dios de Abraham, de Moisés y de David. Pero la muerte no puso fin á las persecuciones que habian acibarado los dias de su existencia, y estaba decretado que el rencor de sus enemigos le hiriesen en la tumba misma. Su mujer y sus hijas fueron presas, no ya por motivos de religion, aunque esta fuera la causa aparente, sino porque los verdugos de tan desventurada familia habian llegado á entender que, aunque ocultos, por razones de prudencia fáciles de conocer, poseian algunos bienes de fortuna. Tambien las quisieron obligar á que abjurasen de su ley, pero se resistieron tenazmente; fueron encerradas y azotadas, y el castigo las encontró firmes como rocas; sufrieron, en fin, todo género de penalidades, y solo pudieron escapar con la vida, dejando entre las garras de sus tiranos todo cuanto tenian; todo menos su religion. »

VIII.

Nada de particular ocurrió en el campamento situado en Tetuan y sus alrededores hasta el dia 11.

En este dia llegó á nuestro campo una embajada de paz de parte de Muley-Abbas, el caudillo moro vencido en Gelili.

Los parlamentarios eran tres: el caid ó gobernador de Tánjer, el bajá del Riff y el de Rabat, acompañándoles cinco servidores ó criados, que llevaban espingardas y pistolas con labores de marfil y plata.

Iban los parlamentarios montados en tres buenos caballos que lucian ricos paramentos de seda y plata. Vestian los tres lujosos trajes.

En cuanto á los criados iban tres á pié, uno á caballo y el otro montado en una mula, que iba cargada con las provisiones del camino. Todos estos criados, á escepcion de uno negro, eran del Riff, conociéndoseles su procedencia por el mechon de pelo trenzado, que lo mismo que los chinos, se dejan crecer en la parte superior de la cabeza los naturales de aquel país.

Uno de los criados llevaba la bandera blanca de parlamento.

Con la primera fuerza que tropezaron fué con la avanzada del segundo cuerpo, que estaba acampado camino de Tánjer, segun ya sabemos.

Inmediatamente fueron acompañados á la tienda del general Prim, que les acogió con su galantería habitual, entablando una conversacion seguida con uno de ellos, que hablaba regularmente el español.

Prim en vez de acogerles con orgullo, lo hizo, por el contrario, muy cariñosamente, y con tacto y generosidad trató de reanimar el abatido espíritu de los moros, diciéndoles entre otras cosas:

—Dios es el que da ó quita la victoria. Los hombres y los ejércitos mas valerosos no son nada si su mano les abandona.

El moro que hablaba español contestaba á esto con resignado acento:

—Dios lo ha querido!

Despues de haber descansado un momento en la tienda de Prim, pusiéronse los parlamentarios en marcha para el cuartel general acompañados de un coronel de estado mayor, varios ayudantes y una escolta de carabineros.

Llegados á presencia del general Odonell, y recibidos por este en su tienda, declararon estar autorizados por Muley-Abbas para solicitar la paz, contestándoles el general en jefe que él por su parte estaba autorizado para hacer la guerra, pero no para estipular la paz, que esto correspondia á la reina á quien daria cuenta de lo que pasaba, y

que en el término de cinco dias sabria si le otorgaba plenos poderes para entrar en negociaciones y arreglo.

Terminada la entrevista, marcháronse los embajadores ofreciendo volver en el plazo señalado y manifestando quedar muy complacidos del trato y acogida que habian tenido en el campo español.

Como para regresar al suyo necesitaban volver á pasar por el real del segundo cuerpo, espresaron el deseo de entrar en la tienda del conde de Reus para despedirse de él. Permanecieron en ella un breve rato, y en seguida emprendieron su camino, acompañándoles el mismo general Prim con todo su estado mayor hasta mas allá de los límites de su campamento.

Parece ser que durante el tránsito uno de los plenipotenciarios miraba con ávida curiosidad el *revolver* que llevaba el general Prim. Notólo este, y antes de separarse de la comitiva mahometana, sacólo de la funda y mostróselo al moro diciendo:

—Voy á enseñarte los efectos de esta arma que es desconocida para vosotros.

Y dicho esto, disparó, volviendo con agilidad y soltura el caballo, los seis tiros del *revolver*.

En seguida se lo alargó al moro y le dijo:

—Toma esta arma. Si la paz se hace, consérvala como prenda y recuerdo de un cristiano; y si la guerra vuelve, aprovéchate de ella en defensa de tu patria y de tu vida.

El moro dió muestras de recibir el regalo con aprecio, y en cambio, entregó ceremoniosamente al general una pistola de arzon con cinceladuras de plata.

En seguida se despidieron y separaron.

A consecuencia de esta proposicion del jefe superior de las tropas enemigas, el general Odonell envió un comisionado á Madrid con pliegos é instrucciones para S. M. y el gobierno.

Aprovechemos esta especie de tregua entre los ejércitos beligerantes para hablar del efecto que causó en España la noticia de la toma de Tetuan y tambien para reseñar á grandes rasgos la vida militar y política del general Prim, conforme prometió el editor en el prospecto de esta obra.

FESTEJOS EN BARCELONA.

I.

La noticia de la toma de Tetuan, comunicada por telégrafo á todos puntos, causó en España un entusiasmo que rayó en delirio.

Hé aquí el lacónico parte que fué transmitido por el gobierno á todas las provincias de la península:

«*En la batalla del 4 se han cogido* 800 *tiendas de campaña, ocho cañones, y los camellos y demás efectos que se hallaban en los cinco campamentos enemigos. Por consecuencia de esta batalla, los marroquíes se han dispersado.* LA BANDERA ESPAÑOLA TREMOLA EN TETUAN *y ha tomado posesion de la plaza y castillos la division del general Rios.*

Desde la ciudad mas populosa hasta el mas oscuro pueblo, desde el alcázar de los reyes hasta el mas aislado caserío, todo se estremeció de gozo.

Con el mismo entusiasmo con que aquella gran victoria fué celebrada en la corte y en las principales ciudades de España, se celebró hasta en los mas apartados villorríos.

Fué un inmenso dia de júbilo y placer para toda la nacion.

A nosotros, como testigos presenciales que fuimos de ellos, nos toca reseñar los festejos que tuvieron lugar en Barcelona.

II.

Eran las primeras horas de la madrugada del dia 7 de febrero

cuando llegó á Barcelona la noticia de que Tetuan habia caido en poder de nuestro bravo ejército.

A las primeras horas de la mañana comenzó á circular tan grata noticia, pero, sin embargo, muchos eran los que la ponian en duda, pues que la voz del cañon no la habia anunciado aun.

Esto empero, la gente comenzó á circular por las calles, y la plaza de la Constitucion se vió atestada en un momento de ciudadanos de todas clases y condiciones, anhelosos de ver confirmada tan grata nueva.

Mudas estaban aun las campanas, mudo el cañon, ningun parte oficial aparecia fijado en las Casas Consistoriales, y sin embargo, todo era ya en la ciudad bullicio y movimiento, todo el mundo se felicitaba, todos se entregaban á transportes de alegría. En la atmósfera parecia haber algo que indicaba la verdad del hecho.

De pronto, entre nueve y diez de la mañana, dejó oir su sonoro estampido el cañon de Monjuich, al que siguieron las campanas de los templos echadas á vuelo.

Lo que entonces sucedió es de difícil esplicacion. Toda Barcelona pareció estremecerse y exhalar su júbilo en un grito inmenso que salió á un tiempo de todas las bocas, de todas las casas, y de todas las calles; en un momento aparecieron llenas de gente las calles y plazas, y todos se pasaban de mano en mano ó leian el parte telegráfico del que en millares de copias inundaron la ciudad las prensas de los periódicos políticos.

Simultáneamente se enarboló el pabellon nacional en los fuertes de la plaza y en todos los edificios públicos, los señores cónsules izaron los de sus naciones respectivas, y comenzaron á circular por entre el pueblo, como por encanto, multitud de banderas con los colores nacionales, al propio tiempo que muchas casas se engalanaban primorosamente y aparecian colgaduras en todos los balcones.

La noticia fué sabida en la santa iglesia catedral en el preciso momento de fijarse el parte en las Casas Consistoriales y hallándose el coro reunido. Inmediatamente se echó á vuelo la *Tomasa* y se entonó un solemne *Te Deum*, y al repique general y prolongado de todas las campanas de la torre de la iglesia madre, contestaron las de todas las demás iglesias de la ciudad, acabando con su alegre clamoreo de

dar animacion y vida al cuadro que en aquellos primeros momentos presentaba Barcelona.

Antes de las once de la mañana ya muchísimas calles estaban adornadas con vistosas colgaduras, los damascos y las banderas flotaban en los balcones, las músicas recorrian la ciudad tocando el himno de Riego y otros aires nacionales, la animacion era estraordinaria, y abríanse á duras penas paso por entre el gentío los *gigantes* de la ciudad, llevando *él* en su mano derecha el estandarte marroquí arrastrando por el suelo, en señal de humillacion, y tremolando ella triunfante la bandera española.

A mediodia los fuertes de la plaza volvian á hacer salva, de nuevo se echaban á vuelo todas las campanas, y aparecian fijadas en las esquinas las siguientes alocuciones:

BARCELONESES.

«Ya llegó el momento por todos deseado; LA BANDERA ESPAÑOLA TREMOLA EN TETUAN: así lo anuncia el despacho telegráfico que recibo del gobierno en la mañana de hoy.

»BARCELONESES: en presencia de un hecho tan importante como glorioso, ¿qué podrán deciros vuestras autoridades que no os hayais vosotros anticipado á sentir? Tan brillante resultado de los esfuerzos de nuestro ejército añade una página mas á la historia de la heróica España y un nuevo timbre al glorioso reinado de nuestra augusta REINA DOÑA ISABEL II, que vosotros, barceloneses, os apresurareis á celebrar y enaltecer con las demostraciones propias de vuestro entusiasmo, de vuestra cordura y de vuestro carácter tan espansivo como culto y civilizado.

Que de hoy mas Barcelona con tan patriótico objeto sea de las primeras á dar una nueva muestra de como sabe sentir y espresar la gran satisfaccion que rebosa en el pecho de todos los españoles. Viva la Reina. Gloria y loor al ejército español. Prez y renombre para el país, cuyas glorias vamos á celebrar.

Barcelona 7 de febrero de 1860.—El Gobernador civil, Ignacio Llasera y Esteve.

BARCELONESES.

Llegó la ansiada noticia: sobre los muros de la africana ciudad de Tetuan ondea la noble y gloriosa bandera española.

Loor al valiente ejército, digno de la alta mision que su Reina y su patria le confiaran.

Loor al ilustre caudillo, que de victoria en victoria le conduce.

Desde el alcázar de los reyes hasta el mas apartado rincon de la monarquía se conmueve todo corazon español; inmenso es el júbilo de todos.

Barcelona entusiasmada rebosa de patriótica alegría, y al dirigiros la voz, Barceloneses, en representacion del Excmo. Ayuntamiento, ella es á no dudarlo la espresion de vuestros propios sentimientos.

No será, pues, escasa Barcelona en sus demostraciones por tan glorioso triunfo, que de hoy mas coloca de nuevo á España á envidiable altura entre las Naciones de Europa.

Demos gracias al Todopoderoso por tan repetidas y brillantes victorias; alcemos á él nuestras preces por nuestros queridos hermanos que pelean en África y que allí sucumben en defensa del esplendor del Trono de una Reina magnánima, la segunda Isabel, y por la honra de nuestra patria ilustre.

Humillado queda el estandarte de la media luna.

Convénzase el mundo de que no en vano se ofende al nombre español.

Estos son, Barceloneses, vuestros sentimientos, ellos son tambien los de esta Excelentísima Corporacion municipal y los de su presidente.

Barcelona 7 de febrero de 1860.

El alcalde corregidor
José Santa Maria.

El Excmo. Ayuntamiento constitucional reunido en sesion estraordinaria acordó que al dia siguiente, á las doce, se cantara en la santa iglesia catedral un solemne *Te-Deum*, invitando á que se sirvieran asistir las autoridades y demás corporaciones.

Acordó asimismo que se entregaran 5,000 reales á la guarnicion de

la plaza, 500 á la casa de la Misericordia, 400 á la de Infantes huérfanos y otros 400 á la de Correccion.

Y acordó por fin que á las siete y media de aquella misma noche los alumnos del Orfeon barcelonés, bajo la direccion de su digno profesor D. Juan Tolosa, cantaran en la plaza de la Constitucion, al propio tiempo que las músicas de la municipalidad tocaran tambien durante la misma y la inmediata, situándose en varios puntos de la capital.

La Excma. Diputacion provincial se reunió asimismo aquella misma mañana y acordó distribuir dos reales por plaza á todos los sargentos, cabos y soldados de la guarnicion y á todos los que se hallasen destacados en diferentes puntos de la provincia de Barcelona.

A todo esto, ya no se podia transitar por las calles, pues la muchedumbre era inmensa, y como si Dios hubiese querido proteger la solemnidad de aquel dia en que un pueblo entero se entregaba á la embriaguez de su júbilo, un hermoso sol y un bello cielo de primavera brillaban sobre Barcelona.

Entre doce y una de la tarde la plaza de la Constitucion rebosaba de gente, y para mayor animacion todavía, llegaron los estudiantes de la Universidad formando una larga comitiva con dos músicas que tocaban aires nacionales y agitando multitud de banderas.

El M. I. S. Alcalde corregidor D. José Santa María salió entonces al balcon principal de las Casas Consistoriales y dirigió algunas palabras de entusiasmo á la juventud estudiosa y á toda la gente que llenaba la plaza.

Terminado este breve discurso, algunos señores de la municipalidad invitaron al cronista de Barcelona D. Victor Balaguer á leer una poesía que acaba de escribir improvisándola pocos momentos antes, al objeto de repartirse aquella noche.

El autor de estas líneas accedió á ello, y se adelantó para leerla, bastando que el señor Corregidor hiciese una seña con el pañuelo para que se callase la multitud que se agolpaba en la plaza, reinando en todos los ámbitos de ella un imponente silencio.

Hé aquí la poesía que entonces leimos, y que solo publicamos confiando en que nuestros lectores nos harán la justicia de mirarla como una improvisacion del momento, hija del entusiasmo y del patriotismo.

CANTO DE VICTORIA.

—

¡Victoria! la anuncia
rugiendo el leon.
Victoria proclama
tronando el cañon;
y henchida de gozo,
radiante de gloria,
repite *¡Victoria!*
la hispana nacion.

Rugiente voz de guerra—del monte bajó al llano,
preñada de valientes—la flota cruzó el mar,
que el entusiasmo vive—cual fuego sacro, eterno,
de cada pecho hispano
en el sagrado altar.

Rizada por la brisa—que gime plañidera,
caldeada por los rayos—de un sol abrasador,
de África en los vastos,—tostados arenales,
su bicolor bandera,
la España tremoló.

Y al grito que lanzaron—huyendo desbandadas
y hundiéndose en el polvo—las huestes del Koran,
alzáronse en sus tumbas,—de gozo palpitantes,
las sombras veneradas
del Cid y de Guzman.

¡Victoria! Ya los ecos—de la africana sierra
despiertan pavorosos—al trueno del cañon,
y enrojecida en sangre—la mauritana tierra
se postra ante la gloria—que alcanza el español.

—

Y al ver á Prim osado,—á un catalan valiente,

clavar en Castillejos—de España el pabellon,
envuelto en su sudario,—con orgullosa frente,
se incorporó en su tumba—D. Jaime de Aragon.

¡Tetuan es nuestro! ¡Al aire—banderas bicolores!
tremole por los aires—el vencedor pendon!
¡Alzad, alzad de España—triunfantes los colores,
y en júbilo rebose—valiente el corazon!

Victoria! La bandera—que al asomar el dia
el sol halla en las torres—vencidas de Tetuan,
á Europa toda dice,—radiante de alegría,
que vive aun la patria— del Cid y de Pelayo,
que España es todavía
la madre de Guzman.

El numeroso auditorio que se agrupaba en la plaza nos dispensó la honra de pedir que se repitiese nuevamente la lectura de esta poesía. Todos comprendieron que lo que al poeta le faltaba en mérito le sobraba en corazon y en patriotismo.

A otra cosa al menos no puede ni debe achacar el autor de esta obra el triunfo, inmerecido á ser por otra causa, de que entonces fué objeto.

Terminada la segunda lectura de la poesía, y mientras las músicas llenaban el espacio con los electrizadores sonidos del himno de Riego, una comision de estudiantes, presidida por el entusiasta jóven D. Evaristo Alomá, subió á las Casas Consistoriales á felicitar el Excelentísimo Ayuntamiento.

El citado Sr. Alomá pronunció entonces un bellísimo discurso, al que contestó con galantes y patrióticas frases el señor Corregidor.

En seguida los estudiantes partieron á pasear por las calles de la ciudad su alborozo y entusiasmo.

El Excmo. Ayuntamiento habia tenido la feliz idea de pedir á las religiosas de Montesion que le facilitasen, como lo hicieron, la banderola conocida por *festum* y los pendones de la nave real ó capitana que montaba D. Juan de Austria en la célebre batalla de Lepanto, y que

se conservan en dicho monasterio, para esponer en los balcones de las Casas Consistoriales.

La esposicion pública de los gloriosos é históricos restos del memorable combate en que se hundió el poder de la media luna, no podia ser mas adecuada al dia y á las circunstancias.

El Excmo. é Ilmo. Sr. obispo de esta diócesis, en union con el cabildo de la catedral, obsequió con un plato estraordinario en la comida á los pobres que se albergaban en la casa de la Caridad y la de la Misericordia, á fin de que aquellos infelices disfrutasen de la comun alegría con menos privaciones.

A las dos de la tarde el Excmo. Sr. capitan general D. Domingo Dulce participaba al gobierno el entusiasmo producido en Barcelona por la fausta noticia de la toma de Tetuan, con el siguiente parte telegráfico:

El general en jefe del segundo ejército y distrito al Excmo. Sr. Ministro de la Guerra:

Barcelona 7 de febrero de 1860.

Es indescriptible el entusiasmo con que ha sido recibida en esta capital la noticia de los triunfos del ejército de África. La poblacion en masa recorre las calles dando espansion al regocijo público. He mandado que en las plazas de guerra se anuncie la victoria con una salva de 14 cañonazos.

El segundo ejército felicita á su Reina por el glorioso éxito de la primera campaña.—Firmado, Dulce.

III.

Por la tarde, y durante las primeras horas de la noche, los cafés estaban atestados de gente, y en muchos de ellos se pronunciaban entusiastas brindis y habia indescriptibles espansiones de entusiasmo.

En el café de las Delicias se pidió á gritos que el pianista tocara el himno de Riego, y como en aquel momento acertó á entrar el autor de esta obra, se armó un clamoreo general pidiéndole á voces que leyera la poesía que habia recitado desde el balcon de las Casas Consistoriales.

Hubo de acceder, y tras de la lectura de esta composicion, se pidió á otros poetas que estaban presentes que leyesen ó compusiesen algo. Así es que, durante toda la tarde y noche se convirtió aquel concurrido y aristocrático café en una verdadera tertulia literaria, recitándose y leyéndose patrióticas é inspiradas poesías, algunas de ellas hijas de la improvisacion del momento, pero todas animadas por deslumbrantes imágenes é interesantes recuerdos, de estos que logran escitar las mas delicadas fibras del corazon. Cada idea, cada concepto encontraba eco en la curiosa y estasiada multitud de los oyentes. Los vítores y los aplausos se sucedian sin interrupcion.

En esta tarde y en este café se dió á conocer por vez primera en la república de las letras, leyendo una bella composicion catalana, el jóven Sr. Coroleu, que tres meses mas tarde debia ganar un premio de *accesit* en los juegos florales.

Desde las primeras horas de la tarde, todas ó la mayor parte de las tiendas de géneros tuvieron la feliz y oportuna ocurrencia de engalanarse presentando en sus mostradores, esmeradamente agrupadas ó entrelazadas, piezas de seda, lana ó algodon en que campearon los colores nacionales.

Varias de estas tiendas, á mas, se adornaron con coronas de laurel, con retratos de los generales, con transparentes ó con temas é inscripciones alusivas á nuestro heróico ejército.

Algunas casas particulares decoraron sus balcones de una manera tan elegante como nueva formando caprichosos grupos de banderas y vistosos trofeos de armas.

En la primera hora de la noche salió de la Lonja la comitiva del Casino Mercantil, que se habia dispuesto para celebrar la fausta victoria alcanzada por las armas españolas en las playas africanas.

Rompia la marcha una música militar, seguida de unos cien niños de la Casa de la Caridad con hachas, formando en el centro de ambas filas varios otros que llevaban banderas españolas. Seguia luego otra música y en pos de ella los señores socios del citado Casino, unos con hachas y otros con banderas, ostentando todos en su pecho lazos con cintas de colores nacionales, acompañando una lujosa carretela en la que iba una jóven matrona simbolizando la España victoriosa. Cerraba este brillante y entusiasta cortejo un gran número de coches de lujo.

La comitiva en la larga carrera que recorrió fué objeto de repetidos aplausos.

Tambien aquella noche volvieron á recorrer las calles, precedidos de una banda de música, y formando una larga comitiva, los estudiantes de la Universidad, todos con lazos en el pecho, tremolando multitud de banderas y tres blancos estandartes en los que se leian una dedicatoria al ejército y los nombres de las recientes victorias alcanzadas por el mismo.

Seria difícil, cuando no imposible, citar todas las casas que se esmeraron en sus adornos y en su iluminacion aquella noche.

Citaremos algunas tan solo; y diremos de paso que Barcelona apareció lujosa y espléndidamente iluminada.

En la plaza del Beato Oriol, en donde se halla establecido el cuartelillo y depósito de útiles de la Compañía de bomberos, formaron estos con los carretones, cubos, escaleras de ausilio y demás aparatos propios de su instituto, una simétrica y bien entendida perspectiva en cuyo centro descollaba, bajo dosel, y entre banderas y laureles, el retrato de S. M.

En la tienda del guarnicionero Sr. Poudevida, calle del Dormitorio de san Francisco, apareció un magnífico grupo, de tamaño natural y de cuerpo entero, que llamaba la atencion de los curiosos. Figuraba un soldado español á caballo con la bandera en la mano humillando á un árabe rendido á los piés del corcel.

El editor de esta obra D. Inocente Lopez, dueño de la librería española en la calle Ancha, adornó su tienda vistosamente con grupos de banderas, transparente é inscripciones.

Lo mismo hizo el editor D. Salvador Manero, que tiene la suya establecida en la Rambla de Santa Mónica, y durante los dos primeros dias de fiesta, constantemente, en casa de uno y de otro se repartieron poesías lujosamente impresas, que se regalaban á los transeuntes. Solo el Sr. Manero repartió mas de 8,000 poesías.

En varias tiendas se veia entre los adornos el escudo real de España y el leon que es el emblema de sus armas campeando sobre el vencido marroquí ó sobre sus mal parados estandartes é insignias.

Los edificios de la Diputacion provincial y Casas Consistoriales aparecieron engalanados con decoraciones sencillas, pero elegantes y severas.

Por la noche estaban profusamente iluminados, particularmente la Diputacion, sobre cuyo frontis se dibujaban en luces de gas una corona y los nombres de las batallas y combates.

Los estudiantes iluminaron los claustros de la Universidad de una manera que producia un efecto mágico.

Los dos campanarios de la catedral aparecieron tambien iluminados. Una doble línea de vasos de colores aparecian en la cornisa del remate, de modo que, en medio de las sombras, dibujándose aquellos círculos de luces en el espacio, asemejábanse á dos coronas de fuego sostenidas en el aire por manos invisibles sobre la ciudad afortunada que tan fastuosamente celebraba los triunfos de sus hijos y de sus hermanos.

La plaza de la Constitucion, particularmente de noche, ofrecia un aspecto deslumbrador. Iluminada verdaderamente *á giorno* habia en ella la claridad que en mitad del dia. A mas de la lujosa iluminacion de las Casas Consistoriales y palacio de la Diputacion, á mas de las luces que aparecian en los balcones de todas las casas, hubo una de estas, la que hace esquina al Call y á la calle de San Honorato, que apareció formando una especie de castillo gótico trazado con perfiles de vasos de colores, y en el terrado de esta casa, durante toda la noche, con intérvalo de cinco á ocho minutos, se quemaba un fuego de bengala, rojo, verde, amarillo, azul ó de otro color. Sucedia entonces una cosa estraña. Cada llama de estas se estendia sobre la plaza, palideciendo á su brillo los millares de luces que la iluminaban, todos los objetos tomaban el color de aquel fuego, y la muchedumbre, las luces, las casas, todo se presentaba envuelto entre una aurora mágica, pareciendo aquella escena una de las fantásticas visiones del *pandemonium* de Milton.

Reunido ya el Ecxmo. Ayuntamiento constitucional en las casas consistoriales con asistencia del Exmo. Sr. gobernador de la provincia, y señores convidados, se dió principio á una velada musical en la plaza, comenzando las bandas de música por tocar un magnífico himno guerrero, letra catalana del poeta Sr. Estorch y música del Sr. Pardas.

Terminado este himno, el Sr. D. Victor Balaguer volvió á presentarse en el balcon de las Casas Consistoriales á leer la poesía misma que habia leido por la mañana, y en el momento mismo en que concluia

la lectura y en que las músicas que se hallaban en la plaza tocaban el himno de Riego, miles de ejemplares de la poesía, mandada imprimir por el Ayuntamiento, caian á un tiempo sobre la multitud, lanzados de los balcones situados en el centro y ángulos de la plaza.

A continuacion los orfeonistas, hábilmente dirigidos por su maestro el Sr. Tolosa, cantaron diferentes coros que, lo mismo que el himno del Sr. Pardás, fueron estrepitosamente aplaudidos.

No era ya una apiñada muchedumbre, sino un mar de gente lo que invadia la plaza de la Constitucion.

A duras penas se podia circular por las calles principales, particularmente por las avenidas de la citada plaza y de las otras en donde habia músicas.

La iluminacion, hasta en los barrios mas apartados de la ciudad, era completísima, y no se limitaba á los pisos bajos, pues en las ventanas de modestísimas tiendas, en los terceros y cuartos pisos y hasta en los terrados y azoteas se divisaban vistosos juegos de luces combinados con banderas y ramos de laurel y pintados farolitos.

Las habia de admirable efecto, y seríamos injustos si no hiciéramos especial mencion de la del café Español, sito en la Plaza Real que, siendo costeada por un particular, competia, sino aventajaba, á la de muchos establecimientos públicos.

En todas partes reinaba entusiasmo, confraternidad y patriótica alegría.

Fué aquel un bello, un magnífico, un espléndido dia.

Barcelona celebró la grandeza del triunfo con la grandeza del patriotismo y del júbilo.

IV.

El entusiasmo público, lejos de amenguarse, parecia que iba creciendo por horas y hasta por instantes.

Crecian asimismo, á impulsos de la mas decidida y patriótica voluntad, los apresios de fiesta y las gozosas demostraciones, y los vecinos de las calles y los dueños de las casas que no habian tenido la prevision de tener dispuestas banderas, adornos y colgaduras, hubieran

creido humillado su amor propio si, improvisando medios y recursos, no hubieran empleado toda clase de esfuerzos para contribuir por su parte al brillo y lucimiento de los festejos.

Al dia siguiente, 8, el número de banderas españolas que adornaban las calles se contaban por miles.

Durante este dia reinó la misma animacion, el mismo patriótico entusiasmo que en el anterior.

Fué otro nuevo dia de júbilo, de locura, de delirio para los barceloneses.

En muchos puntos de la ciudad se trabajó durante toda la noche para los adornos, y el dia 8 por la mañana, la mayor parte de las calles y establecimientos públicos y particulares aparecieron rica y vistosamente engalanados, produciendo el mas pintoresco efecto las de la Platería, Tapinería, Fernando, Conde del Asalto, plaza del Rey, los frentes del palacio de la Diputacion, de las casas consistoriales, de la Capitanía general, Gobierno de provincia, Lonja, Instituto industrial, Casino Barcelonés y otros varios, entre ellos los teatros, y muchas casas particulares que seria difuso enumerar. Algunas tiendas y otros establecimientos se hallaban decorados con un esmero particular, apareciendo espléndidamente iluminados por la noche.

El Instituto agrícola catalan habia completado la decoracion del frente del edificio que ocupa en la plaza del Beato Oriol, y en el que tenia espuesto bajo un rico dosel el retrato de S. M. adornándolo con hermosos transparentes que contenian diversas inscripciones.

Era magnífica y de gran gusto y riqueza la preciosa tienda de campaña que presentaron aquellos dias los señores Escuder en el interior de su lujoso establecimiento. Toda ella estaba formada de hermosos tapices y de piezas de damasco y terciopelo amarillo y encarnado, distinguiéndose en el interior de la propia tienda una mesa de despacho y una cama.

El Círculo artístico industrial ensayó un proyecto del Sr. D. Eugenio Clausolles, por medio del cual, con un globo mongolfier y aprovechándose un tiempo favorable, podian esparcirse en determinados intérvalos multitud de impresos en un campamento enemigo. En un globo de dicha clase se lanzaron en la Rambla y en varios otros sitios de Barcelona gran número de poesías impresas.

Por la noche se observó que la iluminacion de las calles y edificios habia mejorado muchísimo, y era mas completa, mas espléndida y mejor combinada. Las luces de gas, las de cera y hasta las modestas candilejas formaban hermosas y bien delineadas perspectivas.

Las caricaturas de moros estaban á la órden del dia, y las habia muy chistosas y que revelaban ingenio y talento.

V.

El dia 9, lo mismo que en los dos anteriores, hubo iluminaciones, músicas, bailes y otras demostraciones de público regocijo. Todas las principales calles y plazas continuaron viéndose invadidas por un inmenso gentío.

Los festejos terminaron favorecidos por el tiempo y recomendados por el órden admirable que durante aquellos tres dias de alegre y patriótica espansion reinó en Barcelona, Barcelona una de las ciudades mas calumniadas y en la que los hombres de ciertas ideas cuya funesta dominacion ha dejado en España huellas amargas que no se borrarán facilmente, solo veian posible la tranquilidad con el estado de sitio, las persecuciones y el encarcelamiento de honrados y pacíficos ciudadanos.

En estos tres dias ni el menor incidente desagradable turbó la satisfaccion de un vecindario que, siendo ejemplo de moderacion y cordura, en aquella ocasion y sin distincion de clases ni de partidos se hallaba dominado de un solo sentimiento de entusiasmo patrio.

Tal fué, ligeramente reseñado, el espectáculo que en aquellos tres dias presentó la antigua ciudad de los condes-reyes.

Nos falta solo decir que se dieron tambien funciones patrióticas en los teatros, poniéndose en escena en el del Liceo una loa escrita en catalan por D. J. Ferrer Fernandez.

La sociedad del Conservatorio Barcelonés celebró la fausta noticia

con una funcion que dieron los señores que componen las diversas secciones de esta acreditada sociedad. Leyeron poesías las señoras Mendoza de Vives y Massanés y los señores Rubió, Angelon, Blanch, Busquets, Briz y Balaguer.

Creemos que de ningun modo mejor podemos completar esta reseña que insertando algunas de las buenas composiciones que en aquella noche se leyeron.

A LA TOMA DE TETUAN.

Ya cayó Tetuan!.... en sus almenas
El pendon español flota altanero,
De la africana playa en las arenas
Lauros hizo brotar el sol ibero.

Desque el Leon rugió, do quier ladrando
Bajaron á acosarle infieles perros;
Mas aquél, sus melenas agitando,
Volver les hizo á sus tostados cerros.

Mas ¿cuándo no fué así? ¿Cómo olvidaron
Las lunas que eclipsadas siempre fueron?
Los que insultar nuestro pendon osaron,
¿Cómo olvidar nuestro valor pudieron?

¿Cómo olvidaron esos hijos fieros
De los que fueron de la mar espanto,
Que les venció en Oran el gran Cisneros;
Que el de Austria avasallólos en Lepanto?

Ante los hijos del Islam, es cierto,
Abrumados de hierros ¡ay! nos vimos;
Mas despues, al lanzarlos al desierto,
Contra su misma faz se los rompimos.

Si en Guadalete sucumbió Rodrigo,
En Covadonga le vengó Pelayo.
Si nos venció en Uclés hado enemigo,
Las Navas fueron de venganza rayo.

Cuando bajaron á la lid sangrienta,

Venian en su número fiados,
Mas el bravo á los moros nunca cuenta
Sino por los turbantes derribados.

Si en la lid se portaron con bravura
Los nuestros, lo dirán las africanas
Playas, de los riffeños sepultura,
Y lo dirán las madres musulmanas.

¡Gloria pues á las huestes que vencieron!
Cuando nuestro pendon allí clavaron,
De un clima mas la Europa enriquecieron,
Un pueblo mas para la fé ganaron!

Tras del sangriento acero del soldado
Pasará al Riff la cruz del misionero,
Y un hermano el hispano habrá ganado
Do hasta hora tuvo un enemigo fiero.

Una batalla mas y otra victoria!
La guerra de hoy será la paz mañana.
Do hoy solo crece el lauro de la gloria,
Mañana brotará la mies ufana.

Y la España, que un dia tras la popa
De sus naves la América trajera,
Desde hoy podrá decir: «Empieza Europa
»Del Atlas en la estensa cordillera.»

Joaquin Rubió.

LAS DOS ESPAÑAS.

Dice la España de ayer
A nuestra España de hoy,
Escúchame, y por quien soy
Me tienes que responder.

Yo soy la España que luchó constante,
Sin tregua ni descanso, siete siglos,
Hasta arrojar al árabe arrogante
Del suelo que su planta enlodazó;
Yo soy la que dió vida á los Guzmanes,
Los Cides, Garcilásos y Paredes,
Y el que es Gran Capitan de capitanes
En mi espejo de honor se contempló.

Yo soy la que ondeé sobre Sevilla,
Y en Francia y Grecia, y en Italia y Flandes,
El pendon de las torres de Castilla
Y las barras sangrientas de Aragon;
Yo soy quien dí la mano al náuta bravo;
Y al regresar mis hijos del combate,
Trajeron á mis playas, hecho esclavo,
Un mundo entre las garras del leon.

Yo soy la de las Navas y Lepanto,
Y doquiera mis hijos combatieron,
El mundo contemplóles con espanto,
Que su esfuerzo del mundo era la ley:
Cesó ante mí de Roma la arrogancia,
Al africano sojuzgué en Granada,
Y prisionera mia fué la Francia
En la fiera persona de su rey!

Mis hazañas la historia las poclama,
Mis victorias las lloran los vencidos,
Y en ambos mundos pregonó la fama
Que en mis dominios no se puso el sol!...
Vive de mis recuerdos, hija mia.....
Del pasado es la gloria que te queda.
Clavijo, Navas, San Quintin, Pavía.....
¡Estos los timbres son del español!

Y nuestra España de hoy
Dice á la España de ayer;
Pues tengo de responder,
Escúchame, por quien soy.

Respeto, al par que ambiciono,
El laurel de tus victorias;
Mas no hacen falta en mi abono
Grandes hechos, que son trono
Donde asentaré mis glorias.

Estás de tu Isabel fiera,
Mas no es bien que me confunda
Cuando honra igual nos espera:
Si tu Isabel es primera,
No es segunda la segunda.

Supo la tuya lidiar
Y la mia bendecir.
Primeras las dos al par,
Lo es la tuya en el reñir
Y la mia en el amar.

Y aunque á rebuscar te mueve
Tu orgullo, con ojo lince,
Gloria, á que nadie se atreve,

No ensalzes tu siglo quince
Por cima del diez y nueve.

Que si Tarifa te abona,
Y gloria hallaste en Leon;
Para ceñirla á Gerona,
Su laureada corona
Arranqué á Napoleon!

Cual tú en Clavijo y Lepanto,
Tengo victorias tambien,
Que de Pavía el espanto
Se reprodujo otro tanto
En los campos de Bailen.

Y si por fin te envanece
Tu estandarte sobre Oran,
El mio no palidece.....
Viento africano le mece
En los muros de Tetuan!

Ya ha doblado la rodilla
La raza mal domeñada;
Y ante el pendon de Castilla,
Cual Tetuan fué mi Sevilla,
Tánger será mi Granada!!!

Yo gozosa te abandono
Las páginas de tu historia;
Mi España tiene en su abono
El siglo décimo nono
Para bastarse á su gloria!

Manuel Angelon.